

ERINDALE COLLEGE



3 1761 02434457 4

OBRAS
DE
LOPE DE VEGA

OBRAS
DE
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS
POR LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
(NUEVA EDICION)
OBRAS DRAMATICAS

TOMO XIII



MADRID
IMPRENTA DE GALO SAEZ
MESON DE PAÑOS, 8
1930

PRÓLOGO

Como las comedias de este tomo son de las más conocidas y estudiadas del autor, nos limitaremos a señalar las ediciones en que se conservan, ya que Hartzenbusch omitió en su edición toda noticia bibliográfica, que siempre es útil y aun necesario conocer para comprobar hechos o resolver dudas.

I. Los milagros del desprecio.

Es una de las más famosas y más lindas comedias de Lope de Vega. La impresión más antigua de ella que ha llegado hasta nosotros parece ser la de la *Parte XXVII*, que suena impresa en Barcelona en 1633, pero que no es más que un tomo coleccionado en que un librero aprovechó un extenso fragmento de otra *Parte*, hoy no conocida, pero que pudiera ser de 1633, poco más o menos, añadiéndole varias comedias sueltas de la misma época y aun de la misma imprenta (1). El título que ostenta en dicha colección es éste: *De los*

(1) Tiene la siguiente portada: "*Las / comedias del / Fenix de España / Lope de Vega Carpio. / Parte veinte y siete. / Dirigidas al Doctor Ivan Perez / de Montalvan, natural de / la Villa de Madrid. / Año (escudo grande del halcón en el puño; el león al pie, echado, y la leyenda: POST TENEBRAS EPERO LUCEM) 1633. / Con [licencia]. [En] Barcelona... de...*". La vuelta, en blanco. En la segunda hoja hay una breve dedicatoria con la firma "*Amigo de v. m.*" y los títulos de las comedias, y a la vuelta, una *Aprobacion*, y *Licencia*, fechada en Zaragoza, a 4 de enero de 1633, que será la de la verdadera o primera edición de esta *Parte*, a la cual, aprovechando un gran fragmento de ella, se puso nueva portada, quizá en Za-

ragoza mismo: pero mucho después de 1633.

El tomo empieza con dos comedias sueltas y sigue el fragmento de otras seis, con foliación continuada del 21 al 146; luego, la comedia *El médico de su honra*, foliada 1 a 20 (que era la primera del verdadero tomo 27), y después, otras tres sueltas. En la Biblioteca Nacional apareció hace poco un fragmento de esta parte, comprensivo de las siete comedias que tienen foliación del 1 al 146. Este fragmento, aunque tenía el sello de la antigua Biblioteca Real, no había sido identificado hasta que, últimamente, el Sr. Ruiz Morcuende (véase el tomo X de esta colección de Lope, *Prólogo*), al tropezar con él en sus inteligentes indagaciones, nos dió amplia noticia de su contenido.

milagros del desprecio, '*Comedia famosa de Lope de Vega Carpio*' / *Representada en Arandaño*. Esta última circunstancia nos prueba que esta obra no es de la primera juventud de Lope, cosa ya de presumir viendo que no la menciona en ninguna de las dos ediciones de 1604 y 1618 de su *Peregrino*, en que dió listas de buen número de obras que hasta entonces llevaba escritas (2).

Después de esta edición, y sin duda por ella, pues tiene los mismos defectos, se reimprimó en 1658 en *Parte X* de la gran colección llamada de *Comedias escondidas*, donde lleva el título de *Los milagros del desprecio* — *Comedia famosa de Lope de Vega Carpio*. No dice quien la representó, que era cosa vieja ya entonces.

En la Biblioteca Nacional de Munich, en un tomo colectivo, hay una comedia suelta titulada *Diablos son las mujeres*, falsamente atribuida al Doctor Pérez de Montalban y que no es más que la comedia de Lope con algunas, aunque pocas, alteraciones en el texto.

Después de estas ediciones conocemos sueltas antiguas, una de principios del siglo XVIII que tiene este encabezado: *Num. 76. Los milagros del desprecio* — *Comedia famosa de Un ingenio desta corte*. Al final dice "Con licencia En Sevilla, por Francisco de Leedael, en la casa del Correo Viejo". Sin año; en 4.^o y con 32 págs. numeradas. Como esta edición es de Sevilla, las palabras "Un ingenio desta corte" nos indican que hay una edición madrileña, sin autor, anterior a ella.

Otra edición del primer tercio del siglo XVIII es la titulada *Num. 73. Comedia famosa de Los milagros de el desprecio de Un ingenio de la Corte*. Al final dice: *Impresa en Valladolid En la Imprenta de Alonso del Rio, donde se hallava esta y otras de diferentes titulos*.

Más modernas todavía hay otras impresiones que no ofrecen interés, excepto la de autores españoles que D. Juan Eugenio Hartzenbusch hizo con mucho cuidado, corrigiendo los evidentes errores del texto, que fué el de la *Parte X* de *Escondidas*, según presumimos.

La fecha de la composición de esta hermosa comedia, de carácter, y de un original carácter de mujer, puede concretarse bastante recordando que en el texto de ella se citan en dos lugares (págs. 1 y 32) como vivos a la intanta Isidra, Clara Eugenia y su marido el archiduque Alberto, que falleció en Bru-

(2) Arandaño, que murió en 1614, no empezó a trabajar como director de compañías hasta después de 1608. Quizá por este tiempo se representara *Los milagros del desprecio*, en cuya

obra todavía a fines de 1614, saca el delicioso papel de Doña Juana la noble actriz Jerónima de Burgos.

selas el 13 de julio de 1621. Si la obra es posterior a 1618 y anterior a 1621 puede darse por seguro que pertenece a la madurez del entendimiento de Lope, como también lo demuestra el excelente contenido de ella.

Esta comedia fué traducida al alemán por Dohrn.

II. Mirad a quién alabáis.

Publicó esta comedia el mismo Lope de Vega, en la *Parte XVI* de su propia colección, en 1621, dedicándola a la dama portuguesa doña María de Noñoña, mujer de D. Diego Jiménez de Vargas, a quien dedica, en este mismo tomo, *La inocente Laura* (3). Fué reimpressa treinta y dos años después en

(3) *Decima sexta / Parte de / las Comedias de / Lope de Vega Carpio, Prev- / rador Fiscal de la Camara Apostolica / Quibusdam enim canovs / sic innatum est, vt non pro feritate, sed pro consuetu- / dine latrent. Seneca de Rem. Fort. / Año* (escudo del sagitario, con la leyenda) 1621. / *Con privilegio. / En Madrid. Por la viuda de Alonso / Martín / a costa de Alonso Perez Mercader de libros.*

4.º; seis hojas prels. y 284 foliadas; signaturas A-Nn. todas de a ocho hojas, menos la última, que tiene cuatro.

Portada; v., en blanco; hoja 2.ª, títulos de las comedias:

El premio de la hermosura. Al Conde de Olivares (fol. 1).

Adonis y Venus (tragedia). Al Duque de Pastrana, D. Rodrigo de Silva (fol. 21, v.).

Los Prados de León. Al Duque de Huéscar, D. Fernando Jacinto de Toledo (fol. 40 v.).

Mirad a quien alabais. A doña María de Noñoña (fol. 65).

Las mugeres sin hombres. A la señora Marcia Leonarda (fol. 87).

La fabula de Perseo (tragicomedia). A Antonio Domingo de Bobadilla, Veintiquatro de Sevilla (fol. 108 v.).

El laberinto de Creta (tragicomedia). A la señora Tisbe Fenis (fol. 133 v.).

La serrana de Tormes. Al Conde de Cabra, D. Antonio de Cordova Cardona y Aragón (fol. 155 v.).

Las grandezas de Alejandro (tragicomedia). Al Duque de Alba (fol. 185).

La Filisarda. A D. Juan Antonio de Vera y Zuñiga (fol. 211).

La inocente Laura. A D. Diego Ximénez de Vargas (fol. 233 v.).

Lo fingido verdadero (tragicomedia). Al R. P. Fr. Gabriel Tellez (fol. 259 v.).

Vuelta: Suma del privilegio al autor por diez años; San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—Suma de la Tassa: 4 mrs. pliego; tiene 72 y medio: Madrid, 27 de septiembre de 1621.—Erratas (ninguna); Madrid, 13 de diciembre de 1621.

Aprobación del maestro Espinel. Dice que estas comedias de Lope "son las que he visto suyas escritas con más cuidado". Madrid, 24 de septiembre de 1620.

"Prólogo dialogístico. El Teatro y Un Forastero: *Forast.* ... que libro es este que estas mirando?—*Teatro.* La parte diez y seis de las Comedias de Lope que no se acabó de imprimir por su ausencia y assí viene despues de la Decima septima.—*For.* ¿Son buenas estas comedias?—*Te.* *Mirad a quien alabais, El Perseo, El laberinto, y Los Prados, el Adonis y Felisarda* están de suerte escritas que parece que se detuvo en ellas...—*For.* Lástima te tengo; porque como se acabaron los Cisneros, Navarros, Loyolas, Ríos, Solanos, Ramírez, Tapias, Leones, Rochas, Salvadores y Christhovales, ¿qué han de hacer los autores sino convertidos en Bolatines, remitir a las Tramoyas las comedias y los Poetas los concetos a los aros de cedazo?—*Te.* Yo llevara en paciencia mis fracturas, aunque cada día me pusieran

una *Setta* parte de comedias *Escopidas*, extravagante o de fuera de Madrid, hoy muy rara (4), con el encabezado que dice: *Mirada quien alabays* — *Comedia famosa* — *De Lofe de Vega*. Se ha suprimido la dedicatoria.

Mister Chorley cita una impresión suelta de esta comedia; pero no es mas que un ejemplar desglosado del tomo tercero de *Zaragoza, 1653*. Hartzenbusch la incluyó en el tomo IV de su *Conjuntor de Autores españoles*.

nuevos empleos si él me libarían me iría. Pero ahora hegado la barbada con naves de muchos que visten sería a que con el tiempo de lustre de su persona pidiere de los sillones a la clusma. Yo a eso me tenro que responder: voy a comprar el libro *Diante de la sena*."

En la delatadora de *El premio de la belleza* al Conde de Olvares dice: "La Reina nuestra era la que Dios tiene en sus brazos, esta trágicamente. La traza fue la que en la Humanidad amada a un hábito de encarnar y propositos. El Cupido y la Aurora a las diosas de las personas del mundo en sus ternos años, las demás figuras la Hermosura de Eterna en la vida, Dios las y el arado digno de la grandeza de sus dueños."

[illegible]

The first of these is the fact that the
 government has been unable to
 control the inflation rate. This
 has led to a loss of confidence in
 the government and a rise in
 unemployment. The second is
 the fact that the government has
 been unable to control the
 balance of payments. This has
 led to a loss of confidence in
 the government and a rise in
 unemployment. The third is
 the fact that the government has
 been unable to control the
 interest rate. This has led to a
 loss of confidence in the
 government and a rise in
 unemployment.

En la Misericordia que nos da, exist. en esta
 es a la Fe en nuestra seña por Dios tiene

En la delicatona de *L. trisulca* *verduana* a
brindar. Ellos dicen: "Almas verdadas
duran hasta la muerte y en la gente de
poco las cuales vive en el momento de
muerte".
En la delicatona de *L. trisulca* *verduana* a
brindar. Ellos dicen: "Almas verdadas
duran hasta la muerte y en la gente de
poco las cuales vive en el momento de
muerte".

En la delatar a los que se refugian a Duque de Hues, a donde que-
da burla a la carta de los que se refugian do-
re, no se dirá a los que se refugian a V. S. en
su casa, no se dirá a los que se refugian a
su casa, no se dirá a los que se refugian a

[illegible][illegible]

Es comedia de poco valor por su grande inverosimilitud, así en conjunto como en los episodios. Tiene alguna semejanza con *La obediencia laureada*, pero hay gran distancia entre ambas en cuanto al mérito.

Moreto imitó esta comedia en la suya *Lo que puede la aprensión*.

III. El molino.

Esta interesante comedia, que corresponde a la juventud del autor, fué publicada en la *Parte I* de sus comedias, impresa por primera vez en Zaragoza y no en Valencia, como con error se viene asegurando, pues aparte de que dicha edición de 1604, en Valencia, es posterior a la de Zaragoza, como lo prueban las aprobaciones y licencias, es el mismo Lope quien lo afirma en su *Epístola* al contador Barrionuevo (5).

tiene aprobaciones ni licencias. Las comedias serán poco más o menos de la fecha que se supone; pero la portada parece bastante posterior, por la forma y distribución de las líneas, como se ve por las separaciones señaladas, etc. Las comedias son: "Titulo de las comedias que se contienen en este libro. / Mirad a quien alabais. De Lope de Vega Carpio. El Angel de la Guarda. De Don Pedro Calderon. El Capitán Belisario. De Lope de Vega. El diablo predicador. De Luis de Velmôte. Los principes de la Iglesia. De D. Christoual de Monroy. Dineros son calidad. De Lope de Vega. El jurameto ante Dios. De Jacinto Cordero. Las mocedades de Bernardo del Carpio. De Lope de Vega. Los encantos de Medea. De Rojas. El satisfazer callado. y Princesa de los môtos. De Lope de Vega. Don Domingo de Don Blas. De Iuan Ruiz de Alarcon. Vengarse con fuego, y agua. De Don Pedro Calderon."

(5) *Las comedias del famoso poeta Lope de Vega. Carpio Recopiladas por Bernardo Grassa. Dirigidas al Illustrissimo señor Don Grabiél Blasco de Alagon Conde de / Sastago, señor de las Baronias de Espes y Escuer. Camarlengo / del Rey nuestro señor / § Las que en este libro se contienen, van a la buelta desta hoja. / Año (escudo curioso de la casa de Sastago) M.DCIII (1604) / Con licencia de los Superiores. / En Çaragoca. Por Angelo Tauanno.*

4.º: 12 hojas prels. y texto con dos foliaciones: 176 hojas para las seis primeras comedias y 191 para las siguientes. En hoja perdida: *Impresas. con licencia. / En Çaragoça. / Por Angelo Tauanno. Año. / M.DCIII (1603).*

Portada. A la vuelta: *Las comedias contenidas en este libro son las siguientes:*

Primera parte.

Los Donayres de Matico, fol. 1.
Carlos el perseguido, fol. 29.
El cerco de Sancta íee, fol. 70.
Vida y muerte del rey Bamba, fol. 91.
La traycion bien acertada, fol. 120.
El hijo de Reduan, fol. 158 (es 148).

Segunda parte.

Nacimiento de Vrsón y Valentin, fol. 1.
El casamiento en la muerte y hechos de Bernardo del Carpio, fol. 34.
La Scolastica Zelosa, fol. 75.
La amistad pagada, fol. 102.
La comedia del Molino, fol. 136.
El testimonio vengado, fol. 177.

Hoja 2.º: "Aprovacion" del Doctor Ioan Briz Martinez: Zaragoza 4 de noviembre de 1603. Licencia del Vicario Pedro de Moya: Zaragoza, 12 de noviembre de 1603.—*Vuelta*: Licencia del Virrey de Aragon a Angelo Tavano: Zaragoza, 15 de octubre de 1603.

Hoja 3.º: Dedicatoria de Angelo Tavano, al Conde de Sastago, en que le dice que él (Ta-

hay un manuscrito antiguo tomado de la impresión anterior (8) y otro de una refundición hecha en el siglo XIX.

Esta comedia fué compuesta, o a lo menos representada, en Toledo, en 1605, cuando las fiestas celebradas para solemnizar el nacimiento, en 8 de abril, del príncipe, después Felipe IV, en las cuales Lope hizo un lucido papel en la parte literaria de ellas. Se representó además otra comedia suya, titulada *El catalán valeroso*, en el salón del Ayuntamiento; y el mismo Lope mantuvo un certamen poético y escribió una *Relación* de estos festejos.

Claramente señala Lope la fecha de la comedia en el pasaje del acto primero (pág. 103) de ella, donde el diálogo dice:

La prospera fortuna de Ruy Lopez de Aualos.
/ La adversa fortuna de Ruy Lopez de Aualos.
/ Vida y muerte del santo Negro llamado san Bene- / dito de Palermo." Advertencia al encuadernador para que tenga presente el error en las signaturas Bb y Cc, que se pusieron bairajando las planas.

Vuelta: "Tassa." Cada pliego 4 mrs. A petición de Alonso Pérez que presentó el libro (se lo cedería Serrano). Madrid, 12 de junio de 1613. Añade que tiene 88 pliegos que montan 10 rs. y 12 mrs.

Hoja 3.^a: "Licencia." Que Alonso Pérez quería imprimir de nuevo "Doze comedias impresas de diferentes personas, autores y representadas en esta corte muchas veces, de las cuales hazíades presentación." Se le da la licencia por una vez. Madrid, 24 de diciembre de 1612. El Marqués del Valle. El Lic. D. Diego Fernando de Alarcon. El Lic. Pedro de Tapia. El Lic. D. Diego Alderete. El Lic. Don Geronimo de Medinilla.—*Vuelta*: "Erratas", muchas, "Estas comedias impresas por Miguel Martinez, Mercader de libro...". Madrid, 10 de junio de 1613. El Lic. Murcia de la Llana. "A Don Lvis Ferrer y Cardona..." En tercetos suscrita por Aurelio Mey, que sigue toda la hoja 4.^a: 16 tercetos. Después de las comedias y una plana en blanco, siguen: "Entremes famoso del Sacristan Soguillo; Entremes famoso de los Romanos (sic: por Romances); Entremes famoso de los Huebros); Loa famosa en alabanza de la Espada; Loa famosa de las calidades de las mugeres; Loa famosa de la Batalla naval; Loa famosa de las letras del a. b. c.; Loa famosa del suntuoso Escorial." Con texto de cada

pieza. En la hoja última dice: "*En Madrid. Por Miguel Serrano de Vargas. / Año M.DC.XIII.*" Vuelta en blanco.

Parte / tercera de / las comedias de Lope de Vega y otros avtores, / con sus Loas y entremeses, las quales Comedias / van en la segunda oja. / Dedicadas a don Lvis Ferrer y Car- / dona, del Abito de Sanctiago, Coadjutor en el oficio de Portant / vezes de General Governador de la Ciudad, y Reyno, de / Valencia y señor de la Baronia de Sor. / 82. / Año (escudete de un ancla con una sierpe enroscada en ella y dos manos cogiendo el palo del ancla) 1614. / Con licencia del Ordinario.

Impresso en Barcelona por Sebastian de Cormellas al Call. / A costa de Iuan de Bonilla Mercader de Libros.

4.^o: 2 hojas prels. y 330 foliadas. Signaturas A-Tt, de a 8 hojas, menos la última, que tiene 4. En el vuelto de la última y al pie de la plana, dice: "*En Barcelona, por Sebastián de Cormellas, al Call. / Año de M.DC.XIII.*"

Portada: v. en bl; *hoja 2.^o*: "Aprobación" por el Obispo D. Luis Sans, Barcelona, 5 de diciembre de 1613; Fray Alberto Soldevilla.

Vuelta: "Las comedias que / van en esta tercera parte son las siguientes." Las mismas y por el mismo orden que la anterior: folios 1, 26, 49, 71, 97, 122, 149, 180, 202, 228, 261 y 2 (no lo dice).

A continuación (fol. 315) van los entremeses y las loas, como en la anterior.

(8) Ms. 16.928, de 36 hojas en 4.^o y letra de fines del siglo XVII, procedía de la biblioteca ducal de Osuna. El otro, Ms. 14.456, de 72 hojas, en 4.^o, letra de mediados del siglo XIX. En los dos primeros actos hay po-

CARITAN: Que hay de bestas
 HUENEPED: ¡Bravas bestas!
 CARITAN: En las acciones como estas
 que hay hombre a te de quien es
 que no procure ni trazar
 la te que debe a su rey.
 HUENEPED: Si es noble y es justa ley
 que cosa puede alegrar
 más a un e pan... que se
 ha en un príncipe digno de tal.

La *una noche teledía* tiene un plan muy ingenuo, es bien desarrollado, salvo el desenlace que, siendo muy semejante al del *La casa de los cuervos*, es aún menos moral que aquel. En la representación, quizá no pasaría actualmente, pero su lectura es agradable. El dicho popular de ser "una noche teledía" debía de existir ya en el antiguo, y Lope no hizo más que tragar un argumento para justificarlo, lo cual consigue tanto bien como lo toca al protagonista Florencio y al lacayo Beltrán.

V. La obediencia laureada y primer Carlos de Hungría.

Recordo Lope esta excelente comedia en el segundo *Periplo* de 1618, en la edición sólo ya impresa, en 1615, en la *Parte III* de la *obra*, en la *obra* hecha con un nuevo plan.

Un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, de particular para nuestra biblioteca, es de esta comedia (10).

El manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, de particular para nuestra biblioteca, es de esta comedia (10).
 El manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, de particular para nuestra biblioteca, es de esta comedia (10).
 El manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, de particular para nuestra biblioteca, es de esta comedia (10).

El manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, de particular para nuestra biblioteca, es de esta comedia (10).

El manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, de particular para nuestra biblioteca, es de esta comedia (10).

lejos del año en que fué impresa la primera vez, ya que su seriedad y sentido moral la alejan de los juveniles atrevimientos que advertimos en las que corresponden a dicho período. Es comedia de carácter, y aun de varios caracteres, pues casi no le va en zaga al noble y heroico de Carlos, dechado de amor y respeto filiales, que justifica el título de la comedia, el bellissimo y nada exagerado de Filiberto, rey de Bohemia.

Y aquí verán los que por rutina niegan a Lope la facultad de crear caracteres cuán errados andan en tal opinión. Hay en Lope más caracteres, y más variados, y más reales y humanos, que en todo el teatro francés anterior al siglo XIX.

Para digno complemento de esta preciosa obra está divinamente versificada y con un lenguaje exacto, claro y elegante como sólo Lope los empleaba cuando quería sobrepujarse a sí mismo.

Reinar por obedecer, de Matos, Diamante y Villaviciosa, es una simple refundición de la comedia de Lope.

VI. Los peligros de la ausencia.

Este drama, que debe de ser de la última época de la vida de su autor, ha llegado a nosotros en una *Parte XXIV*, de 1641, que no es, ciertamente, modelo de fidelidad en cuanto a los textos que ofrece, pero que por fortuna, en esta obra, quizá por lo tardío de su composición, no había tenido tiempo de sufrir los insultos de los habituales refundidores de Lope (11).

La comedia es buena; está muy bien escrita y su argumento interesa cada vez más. En el acto tercero se plantea el conflicto de la honra y castigo de la mujer con la hosquedad ordinaria en esta clase de dramas. Por dicha, el desenlace no es sangriento. La inocencia de Blanca resplandece en el momento oportuno y se calman las celosas furias de su marido. Nótese igualmente cuánto ha progresado en bondad el carácter del padre de la dama. A diferencia de los feroces padres de *La locura por la honra* y de *El labrador del Tormes*, Don Sancho, padre de Doña Blanca, no quiere que su hija muera: contra todas las apariencias y pareceres sostiene la inocencia de su hija: quizá no estaba muy convencido de ella; pero se alza airado contra la sentencia de muerte. El Lope de 1630 ya no era el de 1604. Lo que había visto y sus pro-

(11) En el tomo anterior (*Prólogo*, página xvi) queda hecha la descripción bibliográfica

de esta *Parte*, que no repetiremos aquí, por no dilatar estas notas.

Suelta, sin lugar, año ni imprenta, con su verdadero título y a nombre de su autor verdadero, se reimprimió en el siglo XVIII (14), y no sabemos que después de la edición de Hartzenbusch se haya vuelto a estampar en España (15).

Es otra comedia de carácter esta pieza, como ya lo deja traslucir el título. La Condesa Diana se enamora de su secretario Teodoro, sólo de ver que le ama una de sus criadas. Pero como le cree de clase inferior a la suya, no se atreve a dar expansión a su afecto, ni consiente que se lo prodigue a su menina Marcela. Y las vacilaciones y luchas de la dama, hasta que el criado de Teodoro facilita la solución, constituyen el enredo de la comedia y razonan el título que ostenta.

El perro del hortelano fué traducido al francés por La Beaumelle, por M. Damas Hinard y por Eugène Baret; al alemán, por Braunfels, y al italiano, por La Cecilia.

VIII. Por la puente, Juana.

De esta linda comedia tenemos, ante todo, el texto que el mismo autor nos dió en la *Parte XXI* de su colección de comedias, impresa en 1635, los mismos días en que Lope dejaba esta vida (16). También existe en una llamada *Par-*

de España. / Dedicadas / a D. Pedro de Ponte Franca de Llerena, Capitan y Sar- / gento mayor de un Tercio de Infantería Española / del Exercito de Extremadura. / Pl. (escudo del Mecenas) 62. / Con privilegio. En Madrid, Por Domingo García Morras, Im- / pressor del Estado Ecclesiastico, año de 1666. / A costa de Domingo Palacio y Villegas, / Mercader de Libros. Vendese en su casa, / frontero del Colegio de Santo Tomás. (Al fin, en hoja suelta, dice:) Con privilegio, / En Madrid, / Por / Domingo García Morras / Impressor del Estado Ecclesiastico, / Año de M.DC.LXVI.

4.º: 4 hojas prels. y 243 foliadas. Signaturas A-Hh2. Portada; v. en bl.—Hoja 2.º: Dedicación de Palacio, sin fecha.—Hoja 3.º: Aprobación del P. José de Vitoria, agustino: Madrid, 30 de abril de 1666.—Vuelta: Aprobación del P. Martín del Río: Madrid, 8 de abril de 1666.—Licencia del Ordinario: Madrid, 8 de abril de 1666.—Hoja 4.º: Fee de erratas: Madrid, 22 de setiembre de 1666: Lic. Don Carlos Murcia de la Llana.—Suma de la Tasa

(5 mrs. pliego): Madrid, 24 de setiembre de 1666.—Suma del Privilegio a Palacio por diez años, sin fecha.

A la vuelta van los títulos de las comedias. La quinta, al folio 81, dice: *Famosa / comedia. / De la Condesa de Belflor. / de Don Agustín Moreto.*

(14) *El perro del hortelano. / Comedia / De Lope de Vega Carpio.* 4.º; 32 págs. numeradas.

(15) El mismo Hartzenbusch hizo una refundición de esta comedia para la apertura en Madrid del Teatro de Lope de Vega, el 1.º de octubre de 1862, de la cual existen dos manuscritos, números 1.080 y 1.374, en la Biblioteca Nacional. También se cita en la *Bibliografía de Hartzenbusch*, pág. 111.

(16) *Veinte y una / parte / verdadera de las / comedias del Fenix de / España Frei Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San Juan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisición, / Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, / sacadas de sus originales. / Dedicadas*

re XVII de Lope, y que figura impresa en Barcelona en 1633, de la cual ya hemos hablado al comienzo de este prólogo. Ambos textos son exactamente iguales, como en ambos se observan ciertas omisiones de versos, es de creer, además, que la edición de Zaragoza de 1633, hoy no conocida, pero de la cual parece ser reproducción, esta de Barcelona del mismo 1633, ha servido de modelo para la de 1635, o que esta lo fue de aquella, en cuyo caso la fecha de 1633 sería falsa y, en realidad, posterior a este año.

Después de estas ediciones antiguas, la comedia *Pero la fuente* nunca se ha publicado en Aragón en Madrid, donde se la ha representado antes (17).

En la primera edición de la comedia, en Valencia, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

En la segunda edición, en Madrid, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

En la tercera edición, en Madrid, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

En la cuarta edición, en Madrid, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

En la quinta edición, en Madrid, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

En la sexta edición, en Madrid, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

En la séptima edición, en Madrid, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

En la octava edición, en Madrid, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

En la novena edición, en Madrid, se dice en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*, y en la dedicatoria a la comunidad de los Hermanos y Laicos de la ciudad de Valencia, se dice que se trata de la obra de Lope de Vega, con el título de *La Fuente de la Fuente*.

Es comedia toledana y de la buena época de Lope; quizá no sea muy posterior a 1605, en que sabemos residió en Toledo y compuso allí otras obras por este estilo. El refrán completo que motiva la comedia es: *Por la puente, Juana; no por el agua*.

Quizá sea refrán sólo toledano o moderno, porque no lo traen el Comendador Hernán Núñez, ni Vallés; ni, lo que es más extraño, el racionero Garay; pero sí Gonzalo Correas, añadiendo, como moraleja, que “es peligroso el vado”, que es el alcance que también le dió Lope, aunque en sentido muy figurado.

El argumento es sencillo y bien urdido, y se desenlaza de un modo feliz y no esperado, aunque bueno. Sobresale el tipo de Juana, una de aquellas damas disfrazadas de labradoras que Lope sabía rodear de tantas gracias y de tan ingeniosa travesura.

Don Félix Enciso Castrillón refundió en cinco actos esta comedia, que también fué traducida al alemán por Rapp.

IX. Porfiando vence amor.

De esta gran comedia sólo tenemos un texto, pero bueno, que es el publicado en 1637 por doña Feliciana de Vega, hija de Lope, en el tomo titulado *La Vega del Parnaso* (18), reimpreso luego en la colección de Sancha (19) y últimamente por Hartzenbusch, como todas las demás comedias de este tomo.

Hay noticia de que ya antes de 1637 se había impreso en Sevilla, en un tomo que vió el erudito D. Juan Isidro Fajardo, a principios del siglo XVIII, pero que ha perecido en la general persecución que el teatro padeció por aquellos días y antes y después.

(18) *La Vega del Parnaso. Por el Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio. del Abito de San Juan, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Dirigida al Excellentissimo Señor Don Luis Fernandez de Cordova, Cardona y Aragon, Duque de Sessa, etc.* (Escudo del Duque.) *En Madrid, en la Imprenta del Reyno. Año 1637.*

4.º: 4 hojas prels. y 202 foliadas.—Suma del privilegio, por diez años, a Luis de Usátegui, yerno de Lope: Madrid, 3 de noviembre de 1635.—Fe de erratas: Madrid, 23 de junio de 1637.—Tasa: Madrid, 2 de julio de 1637.—

Aprobación del M. José de Valdivielso: Madrid, 26 de agosto de 1635.—Prólogo del Lic. José Ortiz de Villena.—Dedicatoria de Usátegui, sin fecha.

Contiene, además de varios versos, las nueve comedias siguientes: El guante de Doña Blanca; La mayor virtud de un rey; Las bazarrias de Belisa; Porfiando vence amor; El desprecio agradecido; El amor enamorado; La mayor vitoria de Alemania de Don Gonzalo de Cordova; Si no vieran las mujeres; Diálogo militar, pieza representable en un acto.

(19) Tomos IX y X.

vió D. Nicolás Antonio, en el artículo Lope de Vega de su *Biblioteca Nova*, que contenía doce comedias todas diferentes de las que encierran las otras *Partes XXIV* conocidas, y entre ellas está *La porfía hasta el temor*. Esta parte es hoy desconocida.

La incluía también una *Parte XXVIII* de Zaragoza, 1639, cuyo contenido cita Barrera, aunque de un modo incompleto y muy sospechoso (21).

Impresiones anteriores a la de Hartzenbusch en Autores no sabemos de más que una suelta antigua que cita Restori como existente en la Biblioteca Ducal de Parma (22). Un manuscrito de mano de D. Agustín Durán hay en la Biblioteca Nacional, simple copia del impreso de *Varios*, que es el que ha servido para esta nueva edición.

El encabezado dice, en esta única impresión, debajo de unos adornitos tipográficos: *La porfía hasta el temor. / Comedia / famosa. / De Lope de Vega Carpio. / Representóla Roque de Figueroa. Hablan en ellas las personas siguientes*. Al fin de la primera jornada tiene un doble y grande final de capítulo, floreado; al fin de la segunda, una bonita cabecera, aquí fuera de su lugar, y al acabar la obra sólo dice: FIN, sin adorno ninguno. La comedia empieza en el folio 89 y termina en el 107 vuelto.

pero serán las dos últimas; porque en la vuelta, donde acaba la dedicatoria, tiene al pie el reclamo "Escanderbey", que es la undécima comedia del tomo, aunque no empieza con la palabra del reclamo, sino con "La despreciada querida", que es el título de la primera comedia del tomo. Esta anomalía tipográfica, que se aumenta al ver que la hoja de esta segunda dedicatoria tiene en el resto la página 216 y en la que sigue la 217, y al pie la signatura Ff3, no se explica con suponer que la hoja estará mal puesta en el tomo; porque en éste están muy bien ocupados los números 216 y 217, con las planas que les corresponde, y tienen la signatura Ff3 en su debido lugar y con su plana que les corresponde. Pudiera ser que Escuer imprimiese primero el tomo seguido con doce comedias, como está, y luego se le ocurriese hacer dos dedicatorias, o bien que el tomo original de Zaragoza las tuviese ya.

(21) Esta parte existe o ha existido, porque la cita D. Juan Yáñez Fajardo en su *Catálogo* de comedias, que compiló a principios del siglo XVIII. Pero Barrera (pág. 683 de su *Catálogo*) le da un contenido incompleto, pues sólo cita diez comedias, que son casi las mis-

mas que la *Parte* anterior, lo cual nos indica la relación que existe entre ambas. Pudiera ser ésta de 1639 segunda edición de una de 1633, también de Zaragoza, que haya servido de modelo a la de Huesca, o bien pudiera estar equivocado o mal leído el 3 último de la fecha, que pareciese un 9.

La lista y orden que da Barrera es, según la impresión de Huesca: 12, 8, 4, 1, 6, 3, 5, 11, *El trato muda costumbre*, de Lope (será la de D. Antonio di Mendoza) y 7. De suerte que este tomo tiene nueve comedias del anterior y una que no figura en él, faltando, en cambio, *La industria contra el poder* (núm. 2). *El Príncipe D. Carlos* (núm. 9). *El Príncipe de los Montes* (núm. 10). Además, este tomo de Barrera estaba incompleto, pues *Partes* de 10 comedias no era costumbre entonces el imprimirlas.

Con el estudio detenido y crítico de estas *Partes*, ciertamente *extravagantes*, como se las viene llamando; pero que muchas son supercherías de libreros, se irá poco a poco simplificando la enmarañada bibliografía dramática española.

(22) *Una collezione di comedie di Lope de Vega Carpio*. Liborno, 1891. 4.º; pág. 14.

De su contexto no se deduce cuando pudo haber sido escrita. El hecho de haberse titulado *R* que de Figueroa sólo nos demuestra que se compuso después de 1623 o 1624, en que Figueroa partió con el *patro* o director de compañía a la corte de 1625, en que se ausentó a Italia.

— La comedia, obresada únicamente de un poder brujico y por lo del susto — se resuelve con la intervención de un muerto que domaña la hereza de Don Juan, obligándole, por temor, a cejar en el propósito de casar a la fuerza a Doña Leonor, aparición que empleo I. que varias veces, como en *Dimas y su alid*, *La herencia de Elvira*, *El alma de las brujas* y acaso en alguna otra.

XI. La portuguesa y dicha del forastero.

Menciona, I, que esta comedia — su segundo *Partapuno* de 1618 — se imprimió en la *Parte III* de la gran colección de *Comedias escogidas* impresa en Madrid en 1653, sin que después se haya vuelto a imprimir, no obstante ser pieza tan graciosa y movida, hasta la edición de autores españoles que a por la gran rareza del tomo que la contenía (23).

Para la comedia fue escrita antes del 1614 o primeros días del siguiente año, pues en ella se cuenta extensamente, como muy reciente, el casamiento en El Pardo del Príncipe de los Reys Felipe IV con Doña Isabel de Borbón, hija de Enrique IV de Francia, el día es de diciembre de dicho año. La va Princesa de Asturias, Juana, aquella noche al Convento de San Jerónimo, y al día siguiente hizo su entrada solemne en Madrid.

XII. El premio del bien hablar.

Se reimprimió suelta a principios del siglo XVIII, con el siguiente encabezado: *Núm. 147. / El premio del bien hablar, y bolver por las mugeres. / Comedia famosa, / De su ingenio de esta corte.* Al final dice: *Con licencia: En Sevilla, por Francisco de Leefdael, en la Casa del Correo Viejo* (25).

Al decir el impresor "De un ingenio de esta corte", parece indicar que se sirve para esta reimpresión, no de la *Parte XXI* original, en la que expresamente consta el nombre del autor, sino de otra reimpresión madrileña de fines del siglo XVII, en la que voluntaria o involuntariamente se omitió el nombre de Lope de Vega.

La composición de esta excelente comedia debe retraerse a los últimos años de la vida de su autor. No sólo por el tinte de seriedad que reina en toda ella, donde hasta se apunta algo de carácter para justificar el título de la pieza, sino por la perfección misma de la obra y por algunas alusiones que encierra.

En la página 379 se elogia a Cervantes como un escritor ya fallecido, y a quien se coloca entre Cicerón y Juan de Mena, diciendo, por boca de Martín:

¿Cómo discreta? Cicerón, *Cervantes*
ni Juan de Mena, ni otro después ni antes
no fueron tan discretos y entendidos.

También creemos que la comedia sea no sólo posterior a 1616, en que murió Cervantes, sino que, en efecto, corresponda a fines del año 1625, en que parece la estrenó en el Escorial el autor de compañías Tomás Fernández de Cabredo, a quien se pagaron por palacio, en 18 de noviembre de dicho año, 1.300 reales por cinco particulares hechos a los Reyes en dicho Real Sitio y en Madrid (26). Lope había hecho ya las paces con Góngora, quien, cansado de la corte, se preparaba a retirarse a su ciudad natal, donde, en efecto, falleció dos años después. Así, el elogio que Lope le dedica en esta comedia es doble, como puede verse en las páginas 373 y 379; en la primera, recordando una letrilla del poeta:

Dineros son calidad,
dijo el cordobés Lucano.

te, Juana, de este tomo, hemos descrito extensamente esta *Parte* auténtica del teatro de Lope.

(25) En 4.º; sin año; 32 págs. numeradas. Con posterioridad se reimprimió, también suelta, en Madrid, en la librería de Castillo, 1804; y en la Biblioteca Nacional hay una refundi-

ción anónima, hecha en 1806, con el título de *El defensor de las mujeres o el premio del bien hablar. Comedia de Lope de Vega refundida y arreglada en 1806*; 21 hojas en 4.º Lo de "arreglada" debe entenderse no mejorada, sino puesta conforme a las reglas.

(26) *El Averiguador*, 1871; pág. 10.

Manuscritos existen, uno en la Biblioteca Nacional de Madrid, copia del impreso (28), y otro, según el difunto hispanista D. Antonio Restori, en la Biblioteca ducal de Parma (29), también copia.

fol. 1.—2. La pobreza estimada. A don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache; fol. 24.—3. El divino Africano. A don Rodrigo de Acuña, Obispo de Oporto; fol. 51 v.—4. La Pastoral de Jacinto. A doña Catalina Maldonado, Comendadora de Torres y Cañamares; fol. 78. 5. El honrado hermano. A Juan Nunez de Escobar, Contador mayor de Cuentas de Su Magestad; fol. 105 v.—6. El Capellan de la Virgen. A doña Catalina de Auiles; fol. 131 v.—7. La piedad executada. Al señor don Gonçalo Perez de Valenzuela, del Consejo supremo de Castilla; fol. 158.—8. Las famosas Asturianas. A don Juan de Castro y Castilla, Corregidor de Madrid; fol. 183 v.—9. La Campana de Aragon. A don Fernando Vallejo, Colegial del Mayor de San Bartolomé; fol. 208.—10. Quien ama no haga fieros. A don Jorge de Tobar Valderrama, Alcaide de la fortaleza de Compea; fol. 236 v.—11. El rustico del cielo. A Francisco de Quadros y Salazar; fol. 257.—12. El valor de las mugeres. Al Doctor Matías de Porras; fol. 284.—*Uelta*: “Tassa”: 4 mrs. pliego; tiene 70 = 316 mrs.; Madrid, 6 de diciembre de 1622.—“Svma del privilegio”, a LOPE, por diez años, para la 18 y 19 partes: Madrid, 25 junio 1622.—“Fe de erratas” (ninguna): Madrid, 4 de diciembre de 1622: El Lic. Murcia de la Llana.”

Hoja 3.ª: “Aprouacion” de Vicente Espinel de las dos partes: Madrid, 22 junio, 1622. “Aprovacion del señor doctor don Diego de Vela, Vicario general desta villa”: Madrid, 16 junio 1622.—*Uelta*: “Benedicti Milani, ad Logimn de Vega Carpio. / Epigramma.”

Hoja 4.ª: “Sebastian Francisco de Medrano. / al Lector.” Dice que estas comedias son de las mejores de LOPE: que de algunas no tenia los originales; que le han atribuido “tantos librillos de romances y otros versos así divinos como humanos, que no le ha pasado por el pensamiento escribirlos, fuera de lo que algunos ciegos, gitanos y mulatos van pregonando por las calles”.

La dedicatoria al Príncipe de Esquilache, entonces virrey del Perú, es curiosa, porque

habla y combate largamente a los cultos.

La pastoral de Jacinto dice que es obra de su juventud.

Que también lo era *La piedad executada*, y que fué muy celebrada.

Las famosas asturianas está escrita en lenguaje antiguo.

Es curiosa la dedicatoria de *El rustico del cielo*, o sea el Hermano Francisco. “Sucedió una cosa rara, que un famoso representante, a quien cupo su figura en esta comedia de LOPE que se representó en tiempo de Felipe III y su mujer (ésta murió en 1611), se transformó en él de suerte que siendo de los más galanes y gentilhombres que habemos conocido le imitó de manera que a todos parecía el verdadero y no el fingido, no solo en la habla y en los donayres, pero en el mismo rostro; y yo soy testigo con saliendo de representar un día, ya en su traje y vestido de seda y oro, le dijo un pobre a la puerta: *Hermano Francisco, deme una camisa*, y mostrole desnudo el pecho. Admirado Salvador (que así se llamaba) (Jaime Salvador), le llevó sin réplica a una tienda y le compró dos camisas.”

El Dr. Matías de Porras (hijo de Gaspar) era “Capitan de la Real Sala de Armas, Familiar del Sto. Oficio y Corregidor y Justicia mayor de la Provincia de Canta, en los reinos del Perú”. Dice LOPE que era médico.

Dice que en las pasadas fiestas de la beatificación de S. Isidro hubo 3,640 papeles de versos.

“Marcela es ya monja descalza. Lope está en Sicilia con el Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, mi señor y mi protector. Feliciano se halla con poca salud. Al jardinillo quité los pájaros, porque venian los de fuera a hurtarles el sustento, como ahora sucede a muchos poetas.” (Todo esto y lo anterior se lo dice a Porras.)

(28) Ms. 15.600, en 4.º: 18 hojas, letra del siglo XVII, pero muy mala. Falta la portada y empiezan las “Figuras de la comedia”.

(29) *Una collezione di commedie di Lope de l'eqa*. Livorno, 1891, 4.º: pág. 31.

La prima è un'analisi della letteratura basata su un campione di 1000 articoli pubblicati tra il 1980 e il 2010.

XIV. Querer la propia desdicha.

Lista of names in the *Grammatica Latinoe* (1621) is given in the edition of Grammatica Latinae (1621, en Madrid, 1968), pp. 100-101. Instituto de la UPEL (1971), p. 321.

Suelta se imprimió otras dos veces, lo menos. Tengo a la vista una rarísima impresión de la primera mitad del siglo XVII, cuyo encabezado dice: *Querer la propia desdicha. Comedia famosa. De Lope de Vega Carpio.* / En 4.º; 16 folios, numerados, sin más señas ni adorno tipográfico alguno. En el *Catálogo* de Salvá (I, 548) se cita una impresión suelta de esta comedia, en 44 páginas, que al final contenía este pie de imprenta: *Brusselas. Huberto Antonio Velpio. 1649.* Esta comedia, con otras semejantes, había de formar parte de un tomo coleccionario, del cual no hay más noticia.

En la Biblioteca Nacional existe una refundición, en cinco actos, anónima o con iniciales que no hemos podido interpretar, escrita en 1829, con bastante atrevimiento por parte del refundidor en poner las manos en una de las obras más regulares por un lado, y por otro mejor escritas del Fénix de los ingenios (33).

Esta comedia es de carácter femenino; pero de un carácter inverosímil y poco simpático por los extremos a que Doña Angela de Aragón conduce a su

Ríos).—(12) Cauallero del milagro, a Pedro de Herrera, fol. 279 v. (Representóla Vergara.)

Vuelta: Tassa (a 4 mrs.; 77 pliegos con principio y fin = 9 reales y 2 mrs.). Madrid, 17 de diciembre de 1620.—Fee de erratas (ninguna): El Lic. Murcia de la Llana: Madrid, 15 de Diciembre de 1620.

Hoja 3.º: Aprobacion de Maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Suma del privilegio a Lope, por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.

Vuelta: "El Teatro a los lectores", que ocupa además toda la hoja 4.º—Dice que Lope imprimía las comedias que le volvían a las manos porque otros no lo hiciesen peor, aunque él no tenía tiempo de corregirlas. Añade que llevaba a la sazón compuestas "novecientas y veynete y siete" (927) incluyendo los autos.

Es cosa bien extraña que el mismo Alonso Pérez costeara otra impresión de este mismo tomo y en el mismo año, aunque en otra imprenta. Son ediciones distintas, empezando por la portada, que dice:

Decimaquinta / parte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio. Proveedor Fiscal de la Camara Apostolica, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisicion. / Dirigidas a diversas / personas. / Año (escudo del Sagitario) 1621. / Con privilegio. / En Madrid.

Por la Viuda de Alonso Martin. / A costa de Alonso Perez Mercader de libros.

4.º; 4 hojas prels. y 296 foliadas; signaturas A-Pp, todas de a 8 hojas.

Portada: v. en bl.—*Hoja 2.º:* "Títulos de las comedias desta decima quinta parte, y / a quien van dirigidas." (Las mismas que en la anterior; pero la foliación es: 1. 24 v., 47, 68 v., 94, 118, 145 v., 169, 196 v., 222 v., 247, 271 v.)

Vuelta: Tassa (4 mrs.; 75 pliegos con principio y fin = ocho reales y 28 mrs.): Madrid, 17 diciembre 1721.—Fee de erratas (ninguna): Madrid, y Diciembre 15 de 1620; El Licenciado Murcia de la Llana.

Hoja 3.º: Aprob. de Espinel.—Suma del privilegio (como el anterior).

Vuelta y hoja 4.º (como el anterior).

Si la fecha de la Tassa no está equivocada, se deduce que este tomo fué impreso, no en 1620 para salir el 21, sino en 1621, y se puso a la venta en 1622.

(33) Ms. 18.076. *Querer su propia desdicha o La mujer singular. Comedia en cinco actos de Fr. Lope de Vega Carpio. refundida por M. S. 1829.* No tiene ninguna otra señal. En la Biblioteca Municipal hay otra copia de esta refundición, también sin más señas de autor que las iniciales. Esta comedia se estrenó en el teatro de la Cruz, el 6 de mayo de 1829.

amante Don Juan, a quien rechaza desde que el Rey le honra con títulos y riquezas. La justificación que la dama quiere hacer de su conducta no puede ser más absurda (pag. 456).

Quando era pobre don Juan,
e don Juan señor quería
parte humildes tener
para marido y galán.

Pero rico y gran honor
piensa que me honra a mí
que, desde que soy quien tu
tuviste ese mismo mal.

Yo pensaba honrarle con
v. que honrado me estimara
mas ya no, porque pensara
que yo me honraba con él.

pues no he de tener marid
que piensa que me honra a mí.

Por otra parte, como el castigo que el Rey quiere infligir a la imaginaria traición de Don Juan es conocido de la misma Doña Angela, en cuyo provecho redunda todo, faltan el interés y la originalidad que debería seguir, no a lo hecho por Don Juan, sino a la corrección que debería imponerse a la orgulloso dama que es la verdadera y única culpable.

Pero hay un personaje excelente, que es el querido o gracioso Tello. Sus diálogos con los otros personajes, ligeros, ingeniosos, galantes, sátiras y verdades melancólicas, pero siempre todo muy divertido, muy bien dicho. Además, Tello es un personaje muy humano, muy real y muy vivo.

Don Tello es, además, una obra de arte, es decir, es perfecto (1889) como el resto de la obra, es una obra de la primera categoría de su tiempo, una obra de arte que merece el título de obra maestra.

XV. Los ramilletes de Madrid.

Los ramilletes de Madrid son una obra de arte, es decir, es perfecta (1889) como el resto de la obra, es una obra de la primera categoría de su tiempo, una obra de arte que merece el título de obra maestra.

Los ramilletes de Madrid son una obra de arte, es decir, es perfecta (1889) como el resto de la obra, es una obra de la primera categoría de su tiempo, una obra de arte que merece el título de obra maestra.

impresión de esta obra, ni conocemos manuscrito antiguo de ella más que una copia del impreso que cita Restori (35).

Esta comedia, aparte de algunos muy estimables rasgos de costumbres madrileñas, casi no tiene argumento que merezca tal nombre. Sólo ha servido al autor para hacer una extensa descripción de la jornada regia a Irún, para el cambio de infantas: la española Ana Mauricia y la francesa Isabel de Borbón, hecho en el otoño de 1615, y casamientos de dichas infantas con el rey Luis XIII de Francia y el príncipe después Felipe IV de España.

A esta jornada, entre los criados del duque de Sesa, asistió Lope, que hubo de romperse un brazo en el camino.

FABIO. También he visto a *Belardo*,
que decían que por medio
se había quebrado un brazo;
y debió de ser del peso
de lo que tiene entre manos,
pues es más que todo el cielo.

Con lo cual querrá referirse al encargo de escribir la relación en verso de la jornada, que si la hizo ha quedado inédita, aunque se alude a este encargo en otra del mismo tiempo (36).

El mismo Lope, con el nombre de Marcelo, se introduce en la comedia, aunque cambiando el nombre, por el papel amoroso que hace en ella, y con cierta discreción, pues, refiriendo los principales personajes que concurrieron a la expedición, desde el jefe de ella, el duque de Uceda (por enfermedad de su padre, el de Lerma, que se quedó en Burgos), de quien dice que

gorguerán pardo vistió,
cuajado de oro; no sepas
más de que tuvo el vestido
cuarenta libras de perlas.

Con lo cual, más que caballero, parecería un ganapán el buen duque, añade Marcelo:

(35) *Una collezione*, etc.; pág. 32.

(36) Véase Barrera: *Nueva biografía de Lope de Vega. Madrid, 1890*. Folio; pág. 230: "En la jornada ha andado el famoso poeta

Lope de Vega, Pedro Mantuano y otros dos, tomando por memoria todo lo que pasaba para hacer historia dello: dellos se sabrá todo lo sucedido."

mes de diciembre. En otra carta, fechada el 12 de diciembre, ya le dice: "La comedia se ha hecho, y ha salido lucidísima. V. exc.^a la verá que hasta tener su voto no quiero estar contento."

Lope había hecho este esfuerzo cuando el cuerpo estaba rendido a la enfermedad. "Mi salud es muy poca; pues desde que vine no me han faltado calenturas y corrimientos con dolores excesivos" (38). Pocos días después, sin embargo, hacía representar otra lindísima comedia, *La Portuguesa y dicha del forastero*, como hemos visto.

XVI. El saber puede dañar.

Esta buena comedia se imprimió en 1638, en la *Parte XXIII* y última de las verdaderamente auténticas del gran poeta que hoy conocemos. Hay, además, una edición suelta rarísima y del siglo XVII, cuyo encabezado dice: *El saber puede dañar. Comedia famosa. De Frey Lope Felix de Vega Carpio*. Sin lugar, ni año ni adorno tipográfico; consta de 18 hojas foliadas, en 4.º Y no sabemos que se haya impreso más veces esta linda comedia (39).

(38) Barrera: *Nueva biogr.*; págs. 231 y 232.

(39) *Parte veinte y tres de las comedias de Lope Felix de Vega Carpio, / del Abito de San Pedro y de S. Ivan. Dedicadas a Don Gutierrez Domingo de Teran, y Castañeda, señor de la Casa de Teran del Valle de Iguña Montañas de Burgos. Por Manuel de Faría y Sousa Cavallero del Abito de Christo, y de la Casa Real 75. Año (escudo del Mecenaz) 1638. Con Privilegio. En Madrid. Por María de Quiñones. A costa de Pedro Coello Mercader de Libros.*

4.º: 8 hojas prels. y 304 foliadas; la vuelta de la última en blanco.—Signaturas A-Oo, de a 8 hojas, menos la postrera, que tiene 4.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: "Títulos de las Comedias deste Tomo":

1. Contra valor no hay desdicha, fol. 1.—2. Las Batuecas del Duque de Alba, fol. 22 (v.).—3. Las Cuentas del Gran Capitan, fol. 40 (es 48).—4. El piadoso veneciano, fol. 73 (v.).—5. Porfiar hasta morir, fol. 96 (v.).—6. El Robo de Dina, fol. 118 (v.).—7. El Saber puede dañar, fol. 156.—8. La Embidia de la No-

bleza, fol. 179 (v.).—9. Los Pleitos de Inglaterra, fol. 206 (v.).—10. Los Palacios de Galiana, fol. 230 (v.).—11. Dios hace Reyes, fol. 258.—12. El saber por no saber y vida de S. Julian, fol. 281.

Vuelta: "Suma del Privilegio": a Luis de Vastigni por diez años: El Pardo, 16 de enero de 1638.—"Suma de la Tassa": 5 mrs. pliego; tiene 75 = once reales en papel: Madrid, 23 de agosto de 1638.—"Fe de erratas" (ninguna): Madrid, 15 de agosto de 1638. El Licenciado Murcia de la Llana.

Hoja 3.ª: "Licencia del Ordinario": Madrid, 16 de julio de 1636: El Lic. Pérez de Vargas y Pulgar.

Vuelta: "Aprobación del Maestro Joseph de Valdivielso." "Estas comedias... que escribio Lope de Vega Carpio he leído con respeto y ternura, porque le admiré vivo y le venero muerto: portento de los ingenios, y ingenio con dudas de imposible en todas edades..." que merese Luis de Isastigui "su yerno (de Lope) la licencia que suplica": Madrid, 8 de julio de 1636.

Hoja 1.ª: "A Don Gutierrez Domingo de

tánico; y como se ve en las notas, nos ha suministrado muchas variantes en un texto ya bueno, como es el de la *Parte XIII*, lo cual nos prueba que Lope corregía sin dificultad sus obras cuando bien le parecía. Sin embargo, creemos que en no pocos lugares es preferible la lección antigua o primitiva del manuscrito autógrafo. Verdad es que ciertos pasajes del impreso pueden considerarse más bien como erratas de imprenta.

A este autógrafo no sólo le falta el acto segundo, sino una o dos hojas al final, como decimos en la nota 119 de la página 579, en las cuales añadiría alguna circunstancia bibliográfica apreciable. Al principio sólo dice: *Santiago / el Verde. / Comedia deste año / 1613*. Siguen una rúbrica y dos líneas ilegibles.

En la dedicatoria al malogrado poeta Baltasar Elisio de Medinilla, que Lope puso en su edición impresa, le dice que como su comedias andaban estragadas en poder de los actores, tuvo que "vestirlas de nuevo", y añade: "De las que lleva esta decima tercia parte cabe a v. m. la que se llama *Santiago el Verde*, imitando la estación que hace Madrid el primero día de mayo al Soto, donde el padre Manzanares, adornado de tantos coches, no envidia las altas ruedas del Tajo, las naves del Guadalquivir ni los naranjos de Guadalquivir."

No se olvida de los cantares populares, que solía intercalar en estas obras que tocaban costumbres comunes.

En Santiago el Verde me dieron celos.
Noche tiene el día: / vengarme pienso.
Alamos del Soto, / ¿dónde está mi amor?
Si se fué con otro / moriréme yo.

2. El Halcon de Federico. A Sebastian Iayme, Ciudadano de Valencia (fol. 31).—3. El remedio en la desdicha. A doña Marcela del Carpio (fol. 53).—4. Los esclavos libres. A don Juan Antonio de Vera, Caballero del Abito de Santiago, Comendador de Sierrabraua (fol. 77).—5. El desconfiado. Al Maestro Alonso Sanchez, Catedrático de Prima de Hebreo en la vniversidad de Alcalá (fol. 103).—6. El Cardenal de Belen. Al P. M. F. Hortensio Felis Parauecino Predicador de su Magestad, y Provincial dignissimo de la Religión de la Sanctissima Trinidad (fol. 123).—7. El Alcalde Mayor. Al Doctor Christoual Nuñez, en la noble y admirable ciudad de Mexico (fol. 149).—8. Los locos de Valencia. Al Maestro Simon Xabelo, noble Frâces (fol. 173).—9. Santiago el Verde. A Baltasar Elisio de Medinilla, Toledano (fol. 199).—10. La Francesilla. Al Licenciado Iuan Perez, en la Vniversidad de Alcalá (fol. 223).—11. El desposorio encubierto. Al Licenciado Iacinto de Piña (fol. 245).—12. Los Españoles en Flandes. A Christoual Ferreyra de Sampayo, cauallero Portugues (fol. 267).
- Uchta*: "Aprouacion de Madrid", del Dr. don Iuan de Gomara y Mexia: Madrid, 28 de septiembre de 1619.—"Aprouacion de Barcelona": Barcelona, 30 de mayo de 1620: Fr. Thomas Roca.—*Imprimatur attenta relatione*: Matias Amell, Offic. & Vic. Gen.—*Imprimatur*.—Vt de Çalva. & de Vallseca.
- Hoja 3.^a*: Prólogo. El de la edición de Madrid. Sigue el texto.

Manzanares — corra — no pequeño;
por quitarle el agua — corre con fuego.

Esta comedia resuelve un enredo chistoso y escenas graciosas, pero los personajes principales, Celia y Don Garcia, son caracteres poco recomendables, en cuanto a moral. Celia, con engaños y mentiras le quita a Teodora su novio, y Don Garcia, con embustes indignos de un caballero, hace que el noble Don Rodrigo olvide a su palabra y deje de casarse con su prometida.

Sumario del Viaje fué refundida en tres actos por el actor Juan Carretero con el título de *En el Soto de Manzanares y castre fingido*, en 1827. Existe el manuscrito en la Biblioteca Municipal. La obra se estrenó en el teatro de la Cruz el 20 de enero de 1828, e hicieron los principales papeles Antera y Teresa Baus y Josefa Virg, con José García de Luna, Cubas, Montañó y José Tanayo.

XVIII. Servir a buenos.

Esta comedia se imprimió primero en 1641 en una *Parte XVII* de Zaragoza, de la "Comedias extravagantes en lo delencito" de Lope de Vega (41).

Se reimpuntó a principios del siglo XVIII en un tomo de obras de Lope, con título general de *Comedias de las comedias* y con el nombre de *Lope de Vega* (100). También se reimprimó en 1794, sin nombre de impresor. Hizo esta edición el D. Juan Capellán, como se deduce del título de la comedia. Son los diez siguientes:

Manzanera, o el Bulto, pags. 1 a 34. Al final: "Se hallará en la Librería de Casado, frente a la Puerta de San Felipe el Real y en el Puerto de San Juan de San del Principe." Año 84. *La comedia*, pags. 35 a 60, sin indicación de tiempo. Año 84. *La comedia*, pags. 61 a 90. Año 84. *Manzanera*, pags. 91 a 131. También se reimprimó con signacion propia, en 1794, con el título: "Año 84. Se hallará en la Librería de Casado." Año 84. *La comedia*, pags. 133 a 164. Año 84. *La comedia*, pags. 165 a 206, sin año al final. Año 84. *La comedia*, pags. 207 a 248. Año 84. *La comedia*, pags. 249 a 280. Año 84. *La comedia*, pags. 281 a 312. Año 84. *La comedia*, pags. 313 a 344. Año 84. *La comedia*, pags. 345 a 376. Año 84. *La comedia*, pags. 377 a 408. Año 84. *La comedia*, pags. 409 a 440. Año 84. *La comedia*, pags. 441 a 472. Año 84. *La comedia*, pags. 473 a 504. Año 84. *La comedia*, pags. 505 a 536. Año 84. *La comedia*, pags. 537 a 568. Año 84. *La comedia*, pags. 569 a 600. Año 84. *La comedia*, pags. 601 a 632. Año 84. *La comedia*, pags. 633 a 664. Año 84. *La comedia*, pags. 665 a 696. Año 84. *La comedia*, pags. 697 a 728. Año 84. *La comedia*, pags. 729 a 760. Año 84. *La comedia*, pags. 761 a 792. Año 84. *La comedia*, pags. 793 a 824. Año 84. *La comedia*, pags. 825 a 856. Año 84. *La comedia*, pags. 857 a 888. Año 84. *La comedia*, pags. 889 a 920. Año 84. *La comedia*, pags. 921 a 952. Año 84. *La comedia*, pags. 953 a 984. Año 84. *La comedia*, pags. 985 a 1016. Año 84. *La comedia*, pags. 1017 a 1048. Año 84. *La comedia*, pags. 1049 a 1080. Año 84. *La comedia*, pags. 1081 a 1112. Año 84. *La comedia*, pags. 1113 a 1144. Año 84. *La comedia*, pags. 1145 a 1176. Año 84. *La comedia*, pags. 1177 a 1208. Año 84. *La comedia*, pags. 1209 a 1240. Año 84. *La comedia*, pags. 1241 a 1272. Año 84. *La comedia*, pags. 1273 a 1304. Año 84. *La comedia*, pags. 1305 a 1336. Año 84. *La comedia*, pags. 1337 a 1368. Año 84. *La comedia*, pags. 1369 a 1400. Año 84. *La comedia*, pags. 1401 a 1432. Año 84. *La comedia*, pags. 1433 a 1464. Año 84. *La comedia*, pags. 1465 a 1496. Año 84. *La comedia*, pags. 1497 a 1528. Año 84. *La comedia*, pags. 1529 a 1560. Año 84. *La comedia*, pags. 1561 a 1592. Año 84. *La comedia*, pags. 1593 a 1624. Año 84. *La comedia*, pags. 1625 a 1656. Año 84. *La comedia*, pags. 1657 a 1688. Año 84. *La comedia*, pags. 1689 a 1720. Año 84. *La comedia*, pags. 1721 a 1752. Año 84. *La comedia*, pags. 1753 a 1784. Año 84. *La comedia*, pags. 1785 a 1816. Año 84. *La comedia*, pags. 1817 a 1848. Año 84. *La comedia*, pags. 1849 a 1880. Año 84. *La comedia*, pags. 1881 a 1912. Año 84. *La comedia*, pags. 1913 a 1944. Año 84. *La comedia*, pags. 1945 a 1976. Año 84. *La comedia*, pags. 1977 a 2008. Año 84. *La comedia*, pags. 2009 a 2040. Año 84. *La comedia*, pags. 2041 a 2072. Año 84. *La comedia*, pags. 2073 a 2104. Año 84. *La comedia*, pags. 2105 a 2136. Año 84. *La comedia*, pags. 2137 a 2168. Año 84. *La comedia*, pags. 2169 a 2200. Año 84. *La comedia*, pags. 2201 a 2232. Año 84. *La comedia*, pags. 2233 a 2264. Año 84. *La comedia*, pags. 2265 a 2296. Año 84. *La comedia*, pags. 2297 a 2328. Año 84. *La comedia*, pags. 2329 a 2360. Año 84. *La comedia*, pags. 2361 a 2392. Año 84. *La comedia*, pags. 2393 a 2424. Año 84. *La comedia*, pags. 2425 a 2456. Año 84. *La comedia*, pags. 2457 a 2488. Año 84. *La comedia*, pags. 2489 a 2520. Año 84. *La comedia*, pags. 2521 a 2552. Año 84. *La comedia*, pags. 2553 a 2584. Año 84. *La comedia*, pags. 2585 a 2616. Año 84. *La comedia*, pags. 2617 a 2648. Año 84. *La comedia*, pags. 2649 a 2680. Año 84. *La comedia*, pags. 2681 a 2712. Año 84. *La comedia*, pags. 2713 a 2744. Año 84. *La comedia*, pags. 2745 a 2776. Año 84. *La comedia*, pags. 2777 a 2808. Año 84. *La comedia*, pags. 2809 a 2840. Año 84. *La comedia*, pags. 2841 a 2872. Año 84. *La comedia*, pags. 2873 a 2904. Año 84. *La comedia*, pags. 2905 a 2936. Año 84. *La comedia*, pags. 2937 a 2968. Año 84. *La comedia*, pags. 2969 a 3000. Año 84. *La comedia*, pags. 3001 a 3032. Año 84. *La comedia*, pags. 3033 a 3064. Año 84. *La comedia*, pags. 3065 a 3096. Año 84. *La comedia*, pags. 3097 a 3128. Año 84. *La comedia*, pags. 3129 a 3160. Año 84. *La comedia*, pags. 3161 a 3192. Año 84. *La comedia*, pags. 3193 a 3224. Año 84. *La comedia*, pags. 3225 a 3256. Año 84. *La comedia*, pags. 3257 a 3288. Año 84. *La comedia*, pags. 3289 a 3320. Año 84. *La comedia*, pags. 3321 a 3352. Año 84. *La comedia*, pags. 3353 a 3384. Año 84. *La comedia*, pags. 3385 a 3416. Año 84. *La comedia*, pags. 3417 a 3448. Año 84. *La comedia*, pags. 3449 a 3480. Año 84. *La comedia*, pags. 3481 a 3512. Año 84. *La comedia*, pags. 3513 a 3544. Año 84. *La comedia*, pags. 3545 a 3576. Año 84. *La comedia*, pags. 3577 a 3608. Año 84. *La comedia*, pags. 3609 a 3640. Año 84. *La comedia*, pags. 3641 a 3672. Año 84. *La comedia*, pags. 3673 a 3704. Año 84. *La comedia*, pags. 3705 a 3736. Año 84. *La comedia*, pags. 3737 a 3768. Año 84. *La comedia*, pags. 3769 a 3800. Año 84. *La comedia*, pags. 3801 a 3832. Año 84. *La comedia*, pags. 3833 a 3864. Año 84. *La comedia*, pags. 3865 a 3896. Año 84. *La comedia*, pags. 3897 a 3928. Año 84. *La comedia*, pags. 3929 a 3960. Año 84. *La comedia*, pags. 3961 a 3992. Año 84. *La comedia*, pags. 3993 a 4024. Año 84. *La comedia*, pags. 4025 a 4056. Año 84. *La comedia*, pags. 4057 a 4088. Año 84. *La comedia*, pags. 4089 a 4120. Año 84. *La comedia*, pags. 4121 a 4152. Año 84. *La comedia*, pags. 4153 a 4184. Año 84. *La comedia*, pags. 4185 a 4216. Año 84. *La comedia*, pags. 4217 a 4248. Año 84. *La comedia*, pags. 4249 a 4280. Año 84. *La comedia*, pags. 4281 a 4312. Año 84. *La comedia*, pags. 4313 a 4344. Año 84. *La comedia*, pags. 4345 a 4376. Año 84. *La comedia*, pags. 4377 a 4408. Año 84. *La comedia*, pags. 4409 a 4440. Año 84. *La comedia*, pags. 4441 a 4472. Año 84. *La comedia*, pags. 4473 a 4504. Año 84. *La comedia*, pags. 4505 a 4536. Año 84. *La comedia*, pags. 4537 a 4568. Año 84. *La comedia*, pags. 4569 a 4600. Año 84. *La comedia*, pags. 4601 a 4632. Año 84. *La comedia*, pags. 4633 a 4664. Año 84. *La comedia*, pags. 4665 a 4696. Año 84. *La comedia*, pags. 4697 a 4728. Año 84. *La comedia*, pags. 4729 a 4760. Año 84. *La comedia*, pags. 4761 a 4792. Año 84. *La comedia*, pags. 4793 a 4824. Año 84. *La comedia*, pags. 4825 a 4856. Año 84. *La comedia*, pags. 4857 a 4888. Año 84. *La comedia*, pags. 4889 a 4920. Año 84. *La comedia*, pags. 4921 a 4952. Año 84. *La comedia*, pags. 4953 a 4984. Año 84. *La comedia*, pags. 4985 a 5016. Año 84. *La comedia*, pags. 5017 a 5048. Año 84. *La comedia*, pags. 5049 a 5080. Año 84. *La comedia*, pags. 5081 a 5112. Año 84. *La comedia*, pags. 5113 a 5144. Año 84. *La comedia*, pags. 5145 a 5176. Año 84. *La comedia*, pags. 5177 a 5208. Año 84. *La comedia*, pags. 5209 a 5240. Año 84. *La comedia*, pags. 5241 a 5272. Año 84. *La comedia*, pags. 5273 a 5304. Año 84. *La comedia*, pags. 5305 a 5336. Año 84. *La comedia*, pags. 5337 a 5368. Año 84. *La comedia*, pags. 5369 a 5400. Año 84. *La comedia*, pags. 5401 a 5432. Año 84. *La comedia*, pags. 5433 a 5464. Año 84. *La comedia*, pags. 5465 a 5496. Año 84. *La comedia*, pags. 5497 a 5528. Año 84. *La comedia*, pags. 5529 a 5560. Año 84. *La comedia*, pags. 5561 a 5592. Año 84. *La comedia*, pags. 5593 a 5624. Año 84. *La comedia*, pags. 5625 a 5656. Año 84. *La comedia*, pags. 5657 a 5688. Año 84. *La comedia*, pags. 5689 a 5720. Año 84. *La comedia*, pags. 5721 a 5752. Año 84. *La comedia*, pags. 5753 a 5784. Año 84. *La comedia*, pags. 5785 a 5816. Año 84. *La comedia*, pags. 5817 a 5848. Año 84. *La comedia*, pags. 5849 a 5880. Año 84. *La comedia*, pags. 5881 a 5912. Año 84. *La comedia*, pags. 5913 a 5944. Año 84. *La comedia*, pags. 5945 a 5976. Año 84. *La comedia*, pags. 5977 a 6008. Año 84. *La comedia*, pags. 6009 a 6040. Año 84. *La comedia*, pags. 6041 a 6072. Año 84. *La comedia*, pags. 6073 a 6104. Año 84. *La comedia*, pags. 6105 a 6136. Año 84. *La comedia*, pags. 6137 a 6168. Año 84. *La comedia*, pags. 6169 a 6200. Año 84. *La comedia*, pags. 6201 a 6232. Año 84. *La comedia*, pags. 6233 a 6264. Año 84. *La comedia*, pags. 6265 a 6296. Año 84. *La comedia*, pags. 6297 a 6328. Año 84. *La comedia*, pags. 6329 a 6360. Año 84. *La comedia*, pags. 6361 a 6392. Año 84. *La comedia*, pags. 6393 a 6424. Año 84. *La comedia*, pags. 6425 a 6456. Año 84. *La comedia*, pags. 6457 a 6488. Año 84. *La comedia*, pags. 6489 a 6520. Año 84. *La comedia*, pags. 6521 a 6552. Año 84. *La comedia*, pags. 6553 a 6584. Año 84. *La comedia*, pags. 6585 a 6616. Año 84. *La comedia*, pags. 6617 a 6648. Año 84. *La comedia*, pags. 6649 a 6680. Año 84. *La comedia*, pags. 6681 a 6712. Año 84. *La comedia*, pags. 6713 a 6744. Año 84. *La comedia*, pags. 6745 a 6776. Año 84. *La comedia*, pags. 6777 a 6808. Año 84. *La comedia*, pags. 6809 a 6840. Año 84. *La comedia*, pags. 6841 a 6872. Año 84. *La comedia*, pags. 6873 a 6904. Año 84. *La comedia*, pags. 6905 a 6936. Año 84. *La comedia*, pags. 6937 a 6968. Año 84. *La comedia*, pags. 6969 a 7000. Año 84. *La comedia*, pags. 7001 a 7032. Año 84. *La comedia*, pags. 7033 a 7064. Año 84. *La comedia*, pags. 7065 a 7096. Año 84. *La comedia*, pags. 7097 a 7128. Año 84. *La comedia*, pags. 7129 a 7160. Año 84. *La comedia*, pags. 7161 a 7192. Año 84. *La comedia*, pags. 7193 a 7224. Año 84. *La comedia*, pags. 7225 a 7256. Año 84. *La comedia*, pags. 7257 a 7288. Año 84. *La comedia*, pags. 7289 a 7320. Año 84. *La comedia*, pags. 7321 a 7352. Año 84. *La comedia*, pags. 7353 a 7384. Año 84. *La comedia*, pags. 7385 a 7416. Año 84. *La comedia*, pags. 7417 a 7448. Año 84. *La comedia*, pags. 7449 a 7480. Año 84. *La comedia*, pags. 7481 a 7512. Año 84. *La comedia*, pags. 7513 a 7544. Año 84. *La comedia*, pags. 7545 a 7576. Año 84. *La comedia*, pags. 7577 a 7608. Año 84. *La comedia*, pags. 7609 a 7640. Año 84. *La comedia*, pags. 7641 a 7672. Año 84. *La comedia*, pags. 7673 a 7704. Año 84. *La comedia*, pags. 7705 a 7736. Año 84. *La comedia*, pags. 7737 a 7768. Año 84. *La comedia*, pags. 7769 a 7800. Año 84. *La comedia*, pags. 7801 a 7832. Año 84. *La comedia*, pags. 7833 a 7864. Año 84. *La comedia*, pags. 7865 a 7896. Año 84. *La comedia*, pags. 7897 a 7928. Año 84. *La comedia*, pags. 7929 a 7960. Año 84. *La comedia*, pags. 7961 a 7992. Año 84. *La comedia*, pags. 7993 a 8024. Año 84. *La comedia*, pags. 8025 a 8056. Año 84. *La comedia*, pags. 8057 a 8088. Año 84. *La comedia*, pags. 8089 a 8120. Año 84. *La comedia*, pags. 8121 a 8152. Año 84. *La comedia*, pags. 8153 a 8184. Año 84. *La comedia*, pags. 8185 a 8216. Año 84. *La comedia*, pags. 8217 a 8248. Año 84. *La comedia*, pags. 8249 a 8280. Año 84. *La comedia*, pags. 8281 a 8312. Año 84. *La comedia*, pags. 8313 a 8344. Año 84. *La comedia*, pags. 8345 a 8376. Año 84. *La comedia*, pags. 8377 a 8408. Año 84. *La comedia*, pags. 8409 a 8440. Año 84. *La comedia*, pags. 8441 a 8472. Año 84. *La comedia*, pags. 8473 a 8504. Año 84. *La comedia*, pags. 8505 a 8536. Año 84. *La comedia*, pags. 8537 a 8568. Año 84. *La comedia*, pags. 8569 a 8600. Año 84. *La comedia*, pags. 8601 a 8632. Año 84. *La comedia*, pags. 8633 a 8664. Año 84. *La comedia*, pags. 8665 a 8696. Año 84. *La comedia*, pags. 8697 a 8728. Año 84. *La comedia*, pags. 8729 a 8760. Año 84. *La comedia*, pags. 8761 a 8792. Año 84. *La comedia*, pags. 8793 a 8824. Año 84. *La comedia*, pags. 8825 a 8856. Año 84. *La comedia*, pags. 8857 a 8888. Año 84. *La comedia*, pags. 8889 a 8920. Año 84. *La comedia*, pags. 8921 a 8952. Año 84. *La comedia*, pags. 8953 a 8984. Año 84. *La comedia*, pags. 8985 a 9016. Año 84. *La comedia*, pags. 9017 a 9048. Año 84. *La comedia*, pags. 9049 a 9080. Año 84. *La comedia*, pags. 9081 a 9112. Año 84. *La comedia*, pags. 9113 a 9144. Año 84. *La comedia*, pags. 9145 a 9176. Año 84. *La comedia*, pags. 9177 a 9208. Año 84. *La comedia*, pags. 9209 a 9240. Año 84. *La comedia*, pags. 9241 a 9272. Año 84. *La comedia*, pags. 9273 a 9304. Año 84. *La comedia*, pags. 9305 a 9336. Año 84. *La comedia*, pags. 9337 a 9368. Año 84. *La comedia*, pags. 9369 a 9400. Año 84. *La comedia*, pags. 9401 a 9432. Año 84. *La comedia*, pags. 9433 a 9464. Año 84. *La comedia*, pags. 9465 a 9496. Año 84. *La comedia*, pags. 9497 a 9528. Año 84. *La comedia*, pags. 9529 a 9560. Año 84. *La comedia*, pags. 9561 a 9592. Año 84. *La comedia*, pags. 9593 a 9624. Año 84. *La comedia*, pags. 9625 a 9656. Año 84. *La comedia*, pags. 9657 a 9688. Año 84. *La comedia*, pags. 9689 a 9720. Año 84. *La comedia*, pags. 9721 a 9752. Año 84. *La comedia*, pags. 9753 a 9784. Año 84. *La comedia*, pags. 9785 a 9816. Año 84. *La comedia*, pags. 9817 a 9848. Año 84. *La comedia*, pags. 9849 a 9880. Año 84. *La comedia*, pags. 9881 a 9912. Año 84. *La comedia*, pags. 9913 a 9944. Año 84. *La comedia*, pags. 9945 a 9976. Año 84. *La comedia*, pags. 9977 a 10008. Año 84. *La comedia*, pags. 10009 a 10040. Año 84. *La comedia*, pags. 10041 a 10072. Año 84. *La comedia*, pags. 10073 a 10104. Año 84. *La comedia*, pags. 10105 a 10136. Año 84. *La comedia*, pags. 10137 a 10168. Año 84. *La comedia*, pags. 10169 a 10200. Año 84. *La comedia*, pags. 10201 a 10232. Año 84. *La comedia*, pags. 10233 a 10264. Año 84. *La comedia*, pags. 10265 a 10296. Año 84. *La comedia*, pags. 10297 a 10328. Año 84. *La comedia*, pags. 10329 a 10360. Año 84. *La comedia*, pags. 10361 a 10392. Año 84. *La comedia*, pags. 10393 a 10424. Año 84. *La comedia*, pags. 10425 a 10456. Año 84. *La comedia*, pags. 10457 a 10488. Año 84. *La comedia*, pags. 10489 a 10520. Año 84. *La comedia*, pags. 10521 a 10552. Año 84. *La comedia*, pags. 10553 a 10584. Año 84. *La comedia*, pags. 10585 a 10616. Año 84. *La comedia*, pags. 10617 a 10648. Año 84. *La comedia*, pags. 10649 a 10680. Año 84. *La comedia*, pags. 10681 a 10712. Año 84. *La comedia*, pags. 10713 a 10744. Año 84. *La comedia*, pags. 10745 a 10776. Año 84. *La comedia*, pags. 10777 a 10808. Año 84. *La comedia*, pags. 10809 a 10840. Año 84. *La comedia*, pags. 10841 a 10872. Año 84. *La comedia*, pags. 10873 a 10904. Año 84. *La comedia*, pags. 10905 a 10936. Año 84. *La comedia*, pags. 10937 a 10968. Año 84. *La comedia*, pags. 10969 a 11000. Año 84. *La comedia*, pags. 11001 a 11032. Año 84. *La comedia*, pags. 11033 a 11064. Año 84. *La comedia*, pags. 11065 a 11096. Año 84. *La comedia*, pags. 11097 a 11128. Año 84. *La comedia*, pags. 11129 a 11160. Año 84. *La comedia*, pags. 11161 a 11192. Año 84. *La comedia*, pags. 11193 a 11224. Año 84. *La comedia*, pags. 11225 a 11256. Año 84. *La comedia*, pags. 11257 a 11288. Año 84. *La comedia*, pags. 11289 a 11320. Año 84. *La comedia*, pags. 11321 a 11352. Año 84. *La comedia*, pags. 11353 a 11384. Año 84. *La comedia*, pags. 11385 a 11416. Año 84. *La comedia*, pags. 11417 a 11448. Año 84. *La comedia*, pags. 11449 a 11480. Año 84. *La comedia*, pags. 11481 a 11512. Año 84. *La comedia*, pags. 11513 a 11544. Año 84. *La comedia*, pags. 11545 a 11576. Año 84. *La comedia*, pags. 11577 a 11608. Año 84. *La comedia*, pags. 11609 a 11640. Año 84. *La comedia*, pags. 11641 a 11672. Año 84. *La comedia*, pags. 11673 a 11704. Año 84. *La comedia*, pags. 11705 a 11736. Año 84. *La comedia*, pags. 11737 a 11768. Año 84. *La comedia*, pags. 11769 a 11800. Año 84. *La comedia*, pags. 11801 a 11832. Año 84. *La comedia*, pags. 11833 a 11864. Año 84. *La comedia*, pags. 11865 a 11896. Año 84. *La comedia*, pags. 11897 a 11928. Año 84. *La comedia*, pags. 11929 a 11960. Año 84. *La comedia*, pags. 11961 a 11992. Año 84. *La comedia*, pags. 11993 a 12024. Año 84. *La comedia*, pags. 12025 a 12056. Año 84. *La comedia*, pags. 12057 a 12088. Año 84. *La comedia*, pags. 12089 a 12120. Año 84. *La comedia*, pags. 12121 a 12152. Año 84. *La comedia*, pags. 12153 a 12184. Año 84. *La comedia*, pags. 12185 a 12216. Año 84. *La comedia*, pags. 12217 a 12248. Año 84. *La comedia*, pags. 12249 a 12280. Año 84. *La comedia*, pags. 12281 a 12312. Año 84. *La comedia*, pags. 12313 a 12344. Año 84. *La comedia*, pags. 12345 a 12376. Año 84. *La comedia*, pags. 12377 a 12408. Año 84. *La comedia*, pags. 12409 a 12440. Año 84. *La comedia*, pags. 12441 a 12472. Año 84. *La comedia*, pags. 12473 a 12504. Año 84. *La comedia*, pags. 12505 a 12536. Año 84. *La comedia*, pags. 12537 a 12568. Año 84. *La comedia*, pags. 12569 a 12600. Año 84. *La comedia*, pags. 12601 a 12632. Año 84. *La comedia*, pags. 12633 a 12664. Año 84. *La comedia*, pags. 12665 a 12696. Año 84

lencia (págs. 243 a 283); la misma indicación final que la anterior.—N. 9. *El premio del bien hablar* (págs. 285 a 316).—N. 10. *La mayor victoria* (páginas 317 a 342); al final dice: “Fin del tomo primero. Madrid, año de 1804. Se hallará...”, etc. (como el número 7). Otro ejemplar de este número 10 no dice nada al final.

Otro ejemplar de *Servir a buenos* tiene paginación propia (1 a 35), y al final dice: “Se hallará en la Librería de Castillo...”, etc. De modo que parece edición distinta del número 2 del tomo; pero es sólo una tirada especial, como se hizo con las demás comedias del tomo para venderlas sueltas.

Esta comedia es sencilla y bien llevada, pero no ofrece nada de particular. Algunas lindas escenas villanescas son la marca de fábrica.

XIX. La vengadora de las mujeres.

Se estampó esta comedia en 1621, en la *Parte XV* de la colección especial del autor y por él mismo; de modo que el texto es auténtico (42). Salvá, en su *Catálogo* (I, 548), cita una impresión suelta, es decir, con paginación propia, pero que también estaba destinada a formar parte de un tomo coleccionario, impreso en Bruselas, en 1649, por Huberto Antonio Velpio. Tenía este encabezado: *La vengadora de las mujeres*, y constaba de 43 páginas en 4.º

Es comedia lindísima, por el estilo y gusto de *El perro del hortelano*, aunque en ella se sostiene una paradoja sólo por lucir el autor su inagotable ingenio. Pero, como en *El perro del hortelano*, se está viendo nacer y desarrollarse el amor por su secretario en la dama desamorada. No es comedia de carácter, porque el aborrecimiento de Laura a los hombres es un supuesto teórico para discretear y decir agudezas casi todos los personajes.

Debió de tener mucho éxito, porque Lope, al reimprimirla en 1621, cuando “andaba perdida por la corte”, señal de que era ya algo antigua, se acordó de su estreno y dejó consignada su fortuna, escribiendo: “Representóla León e hizo la *Vengadora* María de Alcaraz famosamente”.

(42) En la nota 1.ª de la comedia *Que- rer la propia desdicha*, de este mismo pró- logo, se describen las dos ediciones de esta *Parte XV*.

XX. La moza de cántaro.

El primer ejemplar de este romance es de 1777, con la lectura que se encuentra en *Antología de la poesía popular española*, edición de D. Juan Manuel de Arce, Madrid, 1877, pero en el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D.

En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D.

Es seguro que otros ejemplares que aparecen citados por los bibliógrafos serán a guisa de citas oblicuas u otras, y ya redundadas.

En 1913 publico en Nueva York un estudio anotado y comentado de *La*

moza de cántaro. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D.

En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D.

En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D.

moza de cántaro. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D.

En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D. En el original se lee: *De la moza de la cántara de la villa de Villavieja. Hablan los señores de la villa de Villavieja*. En el original se numeran las estrofas A-D.

moza de cántaro el Sr. M. Stathers, siguiendo el texto de Hartzenbusch de Autores españoles.

En la Biblioteca Nacional hay, de esta obra, un manuscrito de principios del siglo XIX que, por tanto, no tiene valor alguno. Es copia incompleta de la refundición de Trigueros (45).

Esta notable comedia excitó, a fines del siglo XVIII, en D. Cándido María Trigueros el deseo de refundirla, como había hecho con otros grandes dramas de Lope (*La Estrella de Sevilla*, *Los melindres de Belisa*, *La esclava de su galán*, *El anzuelo de Fenisa*), estropeando (no hay para qué decirlo) estas magníficas obras para acomodarlas al gusto francés o neoclásico.

Se imprimió varias veces con el título de *La moza de cántaro. Comedia en cinco actos. De Lope de Vega Carpio* (46), y *refundida por Don Cándido María Trigueros. Madrid Mateo Repullés, 1803; 8.º: 108 págs.* (47).

La moza de cántaro así refundida se estrenó en el teatro de la Cruz el 18 de abril de 1803, ya muerto Trigueros, y fué muy aplaudida y repetida, en particular por la excelente representación de Rita Luna, que hizo el papel principal.

Con respecto a la fecha en que Lope compuso esta preciosa comedia ha habido dudas que, a mi ver, no debían haberse suscitado. Para Hartzenbusch y para casi todos los que han tocado este punto, la comedia se escribió a fines de 1625, pues en el acto segundo hay un soneto relativo al desembarco atrevido de una escuadra inglesa en Cádiz, en octubre de dicho año, con tan mal éxito, que las tropas tuvieron que reembarcarse precipitadamente, abandonando todo lo que habían sacado a tierra. Como Lope no necesitaba muchos días para componer una de sus piezas, y el soneto aludido, superfluo en la obra, sólo puede explicarse por la novedad del suceso, de ahí que con buen juicio pueda afirmarse que la comedia se compuso y representó en los últimos meses del año 1625. Y mucho más cuando habiendo, en 1627, repetido este soneto en su *Corona trágica*, no lo hizo sin dos enmiendas notables que lo mejoran mucho, lo cual prueba que la de la comedia fué su primitiva forma.

Pero la comedia tiene la conclusión que dice textualmente:

fia teatrale spagnuola. Genève, 1929. 4.º; páginas 63 y sigs.

(45) Ms. 16.398, en 4.º; de 33 hojas, incompleto al principio y al fin.

(46) Esto es falso: la comedia de Lope está en tres actos o jornadas. Lo que está

en cinco es la refundición de Trigueros.

(47) Otra edición: *Se hallará en Valencia, en la Imprenta del Diario, con otros títulos diferentes*. Sin año; 4.º, 26 págs.—Hay otra edición de Valencia, Joseph de Orga, 1803, 28 págs., y otra de Barcelona, A. Roca, sin año.

Aquí
 un fin a los media
 men si perdiera este pleo
 que a *Mil y quinienta*
 Me quinientas ha escrit
 he de que perdien mereza

A Hartzenbusch le parecieron muchas comedias en 1625, y supuso, sin fundamento alguno, que *La moza de cántaro* se había estrenado en 1625, pero con otra conclusión en que no entrase lo de las *mil y quinientas*. Y que hacia 1632, en que se volvería a poner en escena dicha comedia, le añadiría la conclusión definitiva.

Pero como sabemos por declaración expresa del doctor Pérez de Montalban (*Fama póstuma*) discípulo y amigo predilecto de Lope, que conocía bien sus obras, que "las comedias representadas llegan a *mil y ochocientas*", aunque demos por supuesto que, en efecto, sucedió lo que dice Hartzenbusch, sería necesario que Lope, en los tres años escasos que vivió después de 1632, escribiese 300 comedias. Esto sería completamente imposible, porque Lope, en los últimos años escribió muy poco de teatro. El mismo se quejaba, hacia 1627, de que el público le desairaba a veces, y esto le tenía muy retraído. Montalban añade que mucho antes de su muerte le dijo al duque de Sesa "que no quería escribir más comedias", y que el duque, para compensarle, le daba 400 ducados anuales.

Además, Lope tenía otros motivos de queja en lo relativo al teatro. En este año mismo de 1625 se le prohibió imprimir más tomos de comedias, cuando iba en el tomo o *parte XV*; publicación que era para él una buena fuente de ingresos pecuniarios, pues sus obras eran las que más se vendían y las ediciones de una misma parte se repetían sin cesar, en Madrid y en Barcelona. Hasta 1635 no pudo continuar la impresión de nuevos tomos, precisamente cuando le faltó la vida.

Era, pues, necesario que Lope tuviese, en 1625, escritas *mil y quinientas* comedias, y quizá algunas más, para que al fallecer, en 1635, dejase un capital siempre inverosímil, pero cierto, de 1.800 comedias en tres actos cada una, y cerca de 400 autos sacramentales.

El incendio del archivo dramático del teatro del Príncipe, en 1802, nos privó de centenares de comedias manuscritas de Lope, que allí perecieron abrasadas.

Algo podrá, con el tiempo, restituirse a Lope entre los obras de Luis

Vélez de Guevara y otros poetas de época posterior, que se las apropiaron al refundirlas o modificarlas. Casi todo lo que suena como de Lanini o de Cañizares es de Lope. De éste, en particular, puede decirse que toda su gran fama de dramático es usurpada.

EMILIO COTARELO Y MORI.



INDICE DEL TOMO XIII

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.....	v
239.—Los milagros del desprecio.....	1
240.—Mirad a quién alabáis.....	28
241.—El molino.....	60
242.—La noche toledana.....	95
243.—La obediencia laureada y primer Carlos de Hungría.....	133
244.—Los peligros de la ausencia.....	170
245.—El perro del hortelano.....	205
246.—Por la puente, Juana.....	247
247.—Porfiando vence amor.....	275
248.—La porfía hasta el temor.....	309
249.—La portuguesa, y dicha del forastero.....	338
250.—El premio del bien hablar.....	373
251.—Quien ama, no haga fieros.....	403
252.—Querer la propia desdicha.....	435
253.—Los ramilletes de Madrid.....	469
254.—El saber puede dañar.....	505
255.—Santiago el Verde.....	539
256.—Servir a buenos.....	581
257.—La vengadora de las mujeres.....	614
258.—La moza de cántaro.....	647



LOS MILAGROS DEL DESPRECIO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

DON PEDRO GIRÓN.
DOS CRIADOS.
HERNANDO.
DOÑA JUANA.

LEONOR, criada.
DOS PAJES.
DON ALONSO.

DON JUAN.
BEATRIZ.
TÍO DE DOÑA JUANA.

JORNADA PRIMERA

(*Salen a empezar DON PEDRO GIRÓN y CRIADOS.*)

PEDRO. Dejádme. ¿Qué me queréis?
Bien sé que podéis decir
que es el dejarme morir
desesperación. Diréis
muy bien; que si esto os negara
en la piedad de los dos,
parte de la ley de Dios
os confieso que os negara.
¡Válgame Dios! ¿Dónde tiene
la condición inhumana
de tu inclinación villana
la contrayerba? (1).

CRIADO 1.º Conviene,
aunque se enoje, Beltrán,
divertirle en su cuidado,
que es una tema en que ha dado,
y enloquecerle podrán
sus continuos pensamientos.

CRIADO 2.º ¡Señor! Aun mirar siquiera
con qué condición de fiera
hallará divertimientos
tan rebelde corazón

(1) Falta quizás una redondilla en que se nombra-
se la persona a quien se vitupera. Hartzenbusch lo
enmendó así:

¡Válgame Dios! ¿Dónde tiene
tu corazón, doña Juana,
de su condición tirana
la contrayerba?

y tan extraña inclemencia.
CRIADO 1.º Duélete de tu prudencia. (1)

(*Sale un CRIADO.*)

CRIADO. Hernando, el que te sirvió
y fué a Flandes, ha venido,
y, leal y agradecido
al pan que en casa comió,
dice que te quiere ver.
PEDRO. Aunque son muy desiguales
tus recados y mis males,
dile que entre. ¿Qué he de hacer,
si es ingratitud negarme
a su buen conocimiento?
¿Que no pueda el pensamiento
desta locura apartarme!

Esta mujer, ¿no es mortal,
y se pudiera morir?
Claro está; pues el sentir,
¿por qué ha de ser desigual?

Y siendo fuerza tener
fin su rigor y mi pena,
¿por qué de mí me enajena
lo que ha de dejar de ser?

(*Sale HERNANDO.*)

HERNANDO. Dame tu mano a besar.

PEDRO. Muy hombre estás ya.

HERNANDO. Señor,

(1) Falta un verso a esta redondilla. Hartzenbusch
lo suplió con éste:

señor, en esta ocasión.

muchos cazadores diestros
que pudieron ser maestros
de otros, y no acertar.

y llegar un cojo y manco,
y poner sin gallardía
a tiento la puntería.
y dar en medio del blanco?

Pues así pienso yo ser:
que, aunque otros hayan tirado,
quizá daré, afortunado,
en el blanco, sin saber.

PEDRO. Ahora, Hernando, yo no quiero
despreciar tu ingenio aquí,
sino que haces (1) por mí
de tu experiencia el primero.

Doña Juana de la Cerda
se sirve de una criada
poco menos recatada
que ella, si no tan cuerda,
y como sepas hacer
que te trate sin rigor,
en todo, después, mi amor
seguirá tu parecer.

¿Quieres darle este diamante?

HERNANDO. Pues dando, ¿qué le debieras
a mi ingenio, cuando fueras
con ellas dichoso amante?

Con la experiencia verás
que está, aunque estimas y adoras,
más el daño en lo que ignoras
que el remedio en lo que das.

Un punto no has de exceder
los récipes que te diere:
que el enfermo que no quiere
al médico obedecer,
no le queda qué argüir.

PEDRO. Los venenos se probaban
un tiempo en los que ya estaban
condenados a morir;

y, así, yo que a manos muero
de un repentino rigor,
ya resuelto y sin temor
ponerme en tus manos quiero.

HERNANDO. El pulso voy a tomar
a doña Juana, por ver,
ya que no sabe querer,
si está cerca de enfermar.

(*Vanse. Sale DOÑA JUANA y LEONOR, criada.*)

JUANA. ¡Mueran los hombres, Leonor!

LEONOR. ¡Mueran mil veces, señora.
esta canalla traidora.
tiranos de nuestro honor!

JUANA. Eso sí, buena mujer:
¡vive el cielo, que si fuera
mío el mundo, que te diera
la mitad sólo por ver
medida tu inclinación
a mi gusto! Estos tiranos,
tiernos, suaves y humanos
antes de la posesión.

y después de ella crueles,
desabridos y ofensores,
a manos de mis rigores
han de morir, como inieles.

La venganza universal
a sus palabras quebradas
y esperanzas malogradas
seré, con rigor mortal.

Mujer Atila he de ser
contra estos fieros tiranos
contra quien son nuestras manos
el llorar y padecer.

Y ojalá que a mi opinión
cualquiera mujer se viera
reducida, por que fuera
cada mujer un Nerón
abrasador.

LEONOR. ¡Qué dulzura
que tiene para engañar
el que llega a enamorar!
¡Con qué amor, con qué frescura
que pone en el alameda
de la esperanza los pies
y el alma!; pero después,
¡qué abochornado que queda!

JUANA. De las que he visto llorar
estoy tan escarmentada,
que quisiera verme atada
a un duro escollo del mar
antes, Leonor, que rendida
a una pasión amorosa.

LEONOR. Añade estando celosa,
agraviada y ofendida,
y perderás en pensallo
el entendimiento.

JUANA. ¡Guerra,
Santiago, arma cierra, cierra
contra los hombres!

(*Sale HERNANDO.*)

HERNANDO. ¡Andallo!
Ellas embisten conmigo

(1) Así en el original. Hartz, enmendó, con acierto, "uses".

en el fondo que soy soldado.
¡Ay, ay, Cordero que he llegado
al campo del enemigo!

¡Guerra, Santiago, guerra
en el asalto! ¡Ay de mí!

Sin barbas, sálgo de aquí.

El diablo me engañó.

JEANA. — ¿Que hombre es este?

LEONOR. — ¡Ay, señora!

Hernandillo, el que servía
a don Pedro y se fue en lo
a la guerra.

HERNANDO. — ¡Y vuelvo ahora!

LEONOR. — Sin barbas se fue, y con ellas.

HERNANDO. — También hay entre las gentes
barbas para los ausentes.

LEONOR. — ¡Jesús, y qué grande viene!

¡No acabo de santiguarme!

HERNANDO. — Yo sé por lo que he creído.

LEONOR. — Por qué.

HERNANDO. — Porque no he tenido
otra cosa en que ocuparme.

LEONOR. — ¿Lo que te trae aquí, contra
de ti mismo?

HERNANDO. — Por estas razones
he muerto más luterano
que ateo. — ¡Grande es el mal
de la mentira con desamor!

Que hay e tréllas. — ¡En bien son
muchas! No hay comparación
con el que me quedé en el campo.

del hiperbole ateo.

LEA. — Que eres el primero en verlo
que se te abarda mintiendo.

de que se ha de haber empezado.

A ver, a la infanta.

HERNANDO. — ¿Y cómo me va?

Cada día.

LEA. — ¿Y cómo me va?

HERNANDO. — Todo a la vez, en la villa.

en la casa que llevé.

LEA. — ¿Quién habla que me lo traiga?

HERNANDO. — ¿Tú, que tienes don de ver?

HERNANDO. — ¿Qué te trae aquí, don es el?

de que me me daban.

LEA. — ¿Y qué vuelta a eso?

HERNANDO. — ¡Pela!

HERNANDO. — Señora, no.

LEA. — ¿Qué que?

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

que me me daban.

que me me daban.

que me me daban.

que me me daban.

que me me daban.

que me me daban.

que me me daban.

que me me daban.

que me me daban.

¡Cuántos para ir a
vaya, uno venga a la
a embestir a pele.

en lo que me da la ma
pensare que es luterano.

¡Voy a desollar.

¡Como estar!

JEANA. — Con los alcores.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

HERNANDO. — ¡Pela, que me me daban.

enojarte y despedir
te doy bastante poder.

(Vase.)

LEONOR. ¿Tienes tú amor?

HERNANDO. ¿Qué es amor?

No daré por cien mujeres
un ochavo de alfileres.

¡Mujeres!... ¡Jesús, qué hedor!

LEONOR. Parece que no has sabido
que naciste de una, Hernando.

HERNANDO. Por eso nací llorando,
y sentí el haber nacido.

LEONOR. Según eso, ¿cosa es llana
que me aborrecéis a mí?

HERNANDO. Como si estuviera en ti
el demonio en carne humana.

En mi vida hablé a mujer,
como no me dé o me preste.
El primer emplasto es éste
de la cura que he de hacer.

LEONOR. Bueno es esto para quien
está mirando estos días
amantes idolatrias.

¿Que nunca has querido bien?

HERNANDO. Una vez que en mis intentos
sentí ciertos intervalos,
les di más de treinta palos
a mis propios pensamientos.

A un diestro muy confiado (Ap.),
en dándole de antuvión
sobre su propia lición,
de afligido y de turbado
no sabe volver en sí.

LEONOR. Dame tú, que yo quisiera
quererte, que yo te hiciera
que te murieras por mí.

HERNANDO. Por dos caminos sería:
de risa de ver tu engaño,
o temeroso del daño
de tan gran majadería.

No quisiera en mis cuidados
más bien que la comisión
de acotar sin remisión
mujeres y enamorados.

LEONOR. ¿Hay tal hombre?

HERNANDO. Industria mía,
por aquí se ha de guiar
la cura: que en despreciar
está la primer sangría.

LEONOR. Presto me he ver vengada
de ti; que criados vienen

de pretendientes que tienen
hasta el alma enamorada.

Escóndete, no te vean,
y verás cómo me hartó.

HERNANDO. ¡Qué importa, si yo descarto
cuando hay otros que desean!

(Escóndese HERNANDO y salen dos CRIADOS con pre-
sentes.)

CRIADO 1.º Este pequeño presente
es de don Juan, mi señor,
cuyo cuidado y amor
lo serán eternamente.

CRIADO 2.º Don Alonso de Ribera,
mi amo, a la enferma envía
esta pequeña sangría
con fe firme y verdadera.

LEONOR. Huélgome que hayáis venido
los dos, porque sin cuidado
responda con un recado
a los dos que habéis traído.

Decid a esos caballeros
que mi ama no es mujer
que se deja convencer
de búcaros lisonjeros

ni de salvillas doradas;
que, cuando quisiera el mar
sobornos acreditar
con las perlas encerradas
en sus conchas, y la tierra,
con sus preciosos diamantes,
no hicieron inconstantes
los propósitos que encierra.

Que el crédito y los sentidos
en este amor perderán,
porque en esta casa están
los hombres aborrecidos.

Y así, a tanto porfiar
sólo manda el responder
que se cansen de ofender
o se ofendan de cansar.

(Vase.)

HERNANDO. Oigan, y cuál se han quedado
el uno y otro aturrido:
pajes de tapiz han sido
con el intento pintado.

CRIADO 1.º Muy bien pudiera excusar
vuestro amo el competir
con el mío.

CRIADO 2.º Eso es decir,
que no le puede igualar.

— Mi amo tiene guardado,
para cuando el rey le bara-
titue un dosel y paga
de señor adelantado.

— pues viene al amanecer
a dormir que llueva o truene
que si no cae si el rayo tiene
de temer a bolicarlo.

— ¿Y cómo vamos a dormir
por el calor de el verano?
— Ay, cómo atengo a
que me desahorde de Buedia
y el otro marqués de Espera-
tula, amaleón

rundado en su pretensión

— ¿Qué tiene en los dos?

— ¿Qué? ¿No tenemos sermón?

— En empezando a rifar,

les teng de percollar

lo de que entes apr-

— ¿Esto le importa a mi tana?

— ¿Qué te importa, noble de v-

— ¿Qué del tipo de v-

— ¿Qué de la garrama

— ¿Qué de tener pacencia

que en la do rena Marte

hoy se mudan a otra parte

lo tanto de la pendencia

— *Don Hernando* — *Don Alonzo* — *Don*

— Aquí nos han de rietir
en paz y a campo adentro
a tener

— ¿Y cómo van
que no se han de tener
el "fuerza" de la "filla"
a campo adentro?

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

— ¿Y cómo van
que le en la "filla"

sera mas fácil remed
Si puede haber agua, medi
e e pienso que lo es
lo mismo he de de los

— *Don*

— ¿Y qué viene el dueño
Reduzcane el desano
a lo de la del ment

— *Don* — *Don*

— *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

— *Don* — *Don*

en su casa estorbaré
que entre sin licencia mía.
la luz, cuya inmensidad
en rasgos de claridad
es precursora del día.
Sígueme.

CRÍADO 2. Contigo voy.
Facilmente lo ha creído:
y de haberle persuadido
gozoso y contento voy.

(*Vánc. y sale el PRIMER CRIADO y DON JUAN.*)

CRÍADO 1.º Esto, señor, fué mostrar
que en servir y en agradarte
me cabe a mi tanta parte
como a ti en saber amar.

Otro presente ha enviado
don Alonso de Ribera,
tu competidor, que espera
lograr también su cuidado,
y el tuyo se recibió
cuando el suyo han despedido,
y así habemos reñido
el desconsolado y yo.

JUAN. La vida, amigo, me has dado,
y, desde hoy, que no eres digo
mi criado: eres mi amigo,
y en quien fundo mi cuidado.

¿Es posible que yo he sido,
entre tantos pretendientes
ricos, nobles y valientes,
el solamente admitido?

El juicio he de perder,
y no por el rendimiento
con que se obliga mi intento
a servir y a pretender,

sino por la soberana
calidad y estimación
con que don Pedro Girón
pretendía a doña Juana.

Tres años ha justamente
que el pobre la galantea,
sin ver el fin que desea
en un favor solamente;

y está tan rendido ya
de su amoroso cuidado,
que dicen que, retirado,
perdiendo el juicio está.

Visitarle será bien
sólo para examinar
las causas de su pesar,
y para darles también

esta gloria a mis sentidos:
que no hay gustos estimados
como el oír los amados
llorar los aborrecidos.

(*Vánc.*)

CRÍADO 1.º Amantes: ninguno crea
que es en el arte de amar
difícil el engañar
a quien pretende y desea.

(*Vánc. y sale DON PEDRO y HERNANDO.*)

HERNANDO. Es todo lo que he contado
tan verdad, como lo es
que los dos no somos tres
y que el uno no es soldado.

PEDRO. La soldadesca, en efeto,
en todo entra.

HERNANDO. Es, señor,
constitución del valor,
aunque no traigo coleteo:
que no hay, a mi parecer,
quien hable más en su estado
que un coletillo picado
acabado de comer.

Todo lo rinde y lo mata
contra los pobres infieles,
si acaso dió a sus papeles
sepulcros de hoja de lata:
pues que si el que está a su lado
replica y le da cordel,
en la torre de Babel
no se habló tan revesado
y tanto sobre comida.

Dios se lo perdone a Flandes:
¿qué de mentiras tan grandes
tiene a cargo en esta vida!

PEDRO. ¿Que los presentes allí
los cogistes? ¿Gran valor!

HERNANDO. Entre sus armas, señor,
águila rapante fui:
mientras los dos, muy valientes,
defendían la nobleza
de sus amos, con presteza
agarré los dos presentes;
y así, que andaban recelo,
ya después de haber reñido,
como aquel que divertido
busca hongos por el suelo.

PEDRO. ¿Y qué, tanto me aborrece
esa mujer?

HERNANDO. Sí, señor:

en el mantener amor
todavía esta en sus trece
pero la has de ver, aquí
tus pasos, de puro amor
yo he de ser ignorante
en la demanda morir

l'empêcher de voir, autrement, que l'on se doit de faire?

He is also Deputy European (to

los principios de respeto
de callar y obedecer

Que en este primer intento
es el remedio mejor
en calenturas de amor
parales de sustento.

Sale au Château de Dour-Py, n.º 1.

CREADO. Don Alonso de Ribera dice que te quiere hablar.

Prepro Entre

HERNANDO. Aquí he de rectar
una cosa muy ligera
— si en doña Juana te metta
este tu competidor,
solo te ordeno, señor,
que bebas en la visita

Pedro — Pues, ¿le de beber sin gana?

HERNÁNDEZ. ¿Pide de beber, que yo
se el enfasis, y tu no
Si del mal que en doña Juana
te aflige quieres curarte,
no hay sino creerte a mi
porque has de beber agua,
o no he de poder sanarte.

Enrico — No he de saber para que
eleto.

HERNANDO: Puesto en mi mano
etc. enterrimo cristiano
que se cura con la te
... en empezando a ser...

Porque ahora bien, poco oventura
me ta el temido calabaz.

1971 10. 9 1 80.

Agradecimientos. Se agradece al Dr. Carlos Rodríguez Domínguez, por su colaboración en la realización de este estudio.

Pedro De vuestra buena intención
no me deis satisfacción
ni tenéis que disculpar.

con el darme esa disculpa
que, en tan noble proceder
que ignorancia puede haber
es cierto, pero no culpa.

Alonso Y como os va de salud

PRIMO — Ya, gracias a Dios, me va

Amosso Ansi lo dice el color

... en sabiendo, en tu ciudad
que soy el favorecido!

HERNANDO. Este por Lima ha vendido
y ha de volver trasquilado
(Pague su intencion traidora!)

ALONSO — Lo que importa es no comer demasiado, ni hacer desordenes por ahora.

Antes un médico me
que he de beber me portia
todas las horas del día

Alonso Graduado en algún río
debe de estar

HERNANDO (Lo que tragua
el medico sabreis luego,
cuando vos paguéis en luego
el conjetivo del agua.)

Arooso Pediros a solas quero
uma merced.

Exposure to salt water

1. 1.000 (1000)

ALONSO De la pasión verdadera
de vuestro amor cierto espero
que disculpéis el mío

Ya sabéis que doña Juana
ha sido hasta aquí, tirana
tan dueña de mi albedrío

como del vuestro: pues va un presente ha recibido de mi mano: en que ha quedado decirme claro que está

mi voluntad admitela
y, pues yo no habeo legado
a veros en tal estado
mi amor, me manda que os pida.

por merced a por favor
que de esta empresa a'gais
y acaso el premio esperar
debido a tanto valor

A tax results pool.

de su amor, la resistencia
es sólo tener paciencia.
¡Hola!, dadme de beber.

(Sale HERNANDO con la salvilla del presente y un bernegal.)

ALONSO. ¡Válgame Dios, qué curioso
bernegal! ¿Quién os le ha dado?

PEDRO. Una dama le ha enviado,
con un recado amoroso.

HERNANDO. Y más que envió a decir,
la dama que le envió,
que a ella un galán se le dió,
y así es dar y recibir.

Los favores de las damas
son los emplastos de amor,
y curan mucho mejor
que con récipes y dracmas.

(Aparte.)

PEDRO. ¡Vive Dios, que ha conocido
su presente y se ha turbado!
¿Qué has hecho?

HERNANDO. Haberte vengado
de la intención que ha tenido.

Ya mira con atención,
ya atribulado es su enojo;
echa por un lado el ojo,
y está mirando el arpón.

ALONSO. Regalado habréis estado
de sangrías.

PEDRO. Esta sola
fué la receta española
que dió fin a mi cuidado.

ALONSO. ¿Ella pudo imaginar...?
Pero yo sí, ¿cómo, cuándo...?

HERNANDO. El hombre se va turbando;
la purga ha empezado a obrar.

PEDRO. No parece que tenéis
tampoco entera salud.

ALONSO. Con esta nueva inquietud,
desdichas, ¿qué me queréis?

PEDRO. Mortal estáis.

ALONSO. Tuve ahora
un disgusto, y no estoy bueno.

PEDRO. Amor le ha dado veneno
por los ojos.

ALONSO. ¡Ah, traidora!

Quien recibe para dar,
¿amor tiene? ¡Vive Dios,
que se quieren bien los dos!
Mas yo me sabré vengar.

PEDRO. El color habéis perdido:
volved en vos; ya sabéis
cuán seguro me tenéis,
si en algo estáis ofendido.

ALONSO. El tiempo sólo os dirá
mi intención y mi cuidado.

HERNANDO. Ya éste lleva su recado:
¡confuso y sin huesos va!

PEDRO. ¿De qué sirve haber querido
darle este disgusto aquí?

HERNANDO. Si en el que te daba a ti
mala intención ha tenido,
¿qué ley ni razón ordena,
en lo justo, ni en lo injusto,
que te venga a dar disgusto
y le excusemos la pena?

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Entrándoos a visitar,
bajaba por la escalera
don Alonso de Ribera...

HERNANDO. Para todos hay pesar.

(Vase.)

JUAN. De suerte que me asegura
algún enojo con vos.
¡Desdichados de los dos,
en sabiendo mi ventura!

(Sale HERNANDO con otra salvilla.)

HERNANDO. Apenas vió este presente,
que a mi señor le ha enviado
una dama, con cuidado
de verle enfermo y doliente,
cuando sin pulsos quedó
y tan mortal, que me admiro.

JUAN. ¡Cielos!, ¿qué es esto que miro?
¡De aquellos pulsos soy yo
el muerto! A tales venenos
¿quién habrá que se resista?

HERNANDO. Si no me engaña la vista,
otro aturrido tenemos.

PEDRO. De don Alonso quisiera
que supierais el disgusto,
o la intención; que no es justo
el irse de esa manera,

sin declarar sus extremos.
JUAN. ¡Que siendo yo el ofendido
los inquiete el que se ha ido!
Corazón, disimulemos:
porque en llegando a saber

JUANA.
BEATRIZ.
Tío.

estimada y preferida
a tus hermanas? ¿Olvido
cupo en tu imaginación
de que soy tu padre, di?
¿Qué es esto, prima?
¡Ay de mí!
¡Buena estará mi opinión
y la tuya en el lugar!
Ya destos locos mozuelos
cuyos amantes desvelos
se fundan en engañar,
se ha dejado persuadir.
Sea este papel testigo
si no hace fe lo que digo
en lo que debo sentir.
Que le dé en su casa entrada
le pide, y agradecido
de verse favorecido
el que le escribió... ¡Qué honrada
persuasión! ¡Qué rendimiento
tan hijo de tu flaqueza!
Pues ¡también de mi nobleza
lo será mi sentimiento!
Y ¡vive Dios!, que si fuera
cada golpe de esta espada
de tu amante fulminada
exhalación de otra esfera,
que habías de ver, traidora,
en las venas que me dan
honroso aliento, un volcán,
cuya furia abrasadora
dejara con más rigor (1)
un cadáver cada vida.
Y la seña desmentida
en la mancha de mi honor,
para que contigo esté
la traigo viva contigo;
la que no pudo conmigo
asegurarme en mi fe.
Que de ti me satisfago,
y confío que a los hombres...
¡Detente, no me los nombres!
¿Los aborreces?
Sí hago;
y tanto, que si estuviera
fundada en celos mi vida,
gustosamente homicida
de mi propia vida fuera.

JUANA.
Tío.
JUANA.

Tío.

JUANA.

Tío.

JUANA.

BEATRIZ.

JUANA.

BEATRIZ.

JUANA.

LEONOR.

JUANA.

Quita, Leonor, ese manto.
Sólo en ti pudiera hallar
consuelo para un pesar
que pudo afligirme tanto.
Déte Dios en tu virtud
lo que mereces por ella.
Yo confío en Dios, que en ella
ha de fundar tu quietud
Beatriz.
De tu compañía
y tus consejos lo espero.

(*Vase.*)

Sólo de una cosa quiero
advertirte, prima mía:
la casa donde has quedado,
no es casa, que es fortaleza
donde vive la pureza
del honor muy bien cuidado.
A la falsa idolatría
de amantes engañadores
hay por esos corredores
asestada artillería.
Rabias, enojos, desdenes,
desprecios y desafueros
son petardos y pedreros
del castillo adonde vienes.
Pero para estar aquí,
pleito homenaje has de hacer
primero de no creer
a ningún hombre.

¿Perdí
la reputación de hoy más
porque llegué a recibir
un papel?

¿Eso has de decir? (1)
¡Y aun el honor perderás!
Que como la voluntad
de ti dispone y dispensa,
los principios de la ofensa
sólo es la dificultad.

Pues en esto, si es delito,
¿qué hicieras tú?

¿Yo?, no más
de lo que ahora veras
en los que a mí me han escrito.
Trae una luz.

Voy por ella.
También yo soy pretendida,
pero tan mal persuadida,

(1) Este pasaje lo enmendó Hartzenbusch así:

te dejara con rigor
en cadáver convertida
y la señal desmentida.

(1) Este verso es largo. Hartz. suprimió el "un"

que antes se vera una estrella,
de mortal mano tocada
altar y retroceder
el sol ardiente, y erectas
esteras de nieve helada.

ERONOR. Aquí está lo que has pedido.

LUANA. Para que sepas mejor
vencer sirenas de amor
que engañan por el oído
un acto de inquisición
te lo ha de enseñar ahora.

ERONOR. De que recela, señora,
el de don Pedro Girón?

BEATRIZ. Don Pedro Girón te ha escrito:
«Este es suyo!»

BEATRIZ. Y tu crueldad
inmensa, su voluntad
castiga como delito.

Muevate la inclinación
que hace (1) de tal empleo.
Hásmelo visto en el deseo,
pero no en la posesión.

No has visto el mar proceloso
prometer serenidades,
y luego, con tempestades,
desmentirse cauteloso?

Pues así los hombres son.
Dáme tu que ellos se vean
al fin de lo que desean,
que luego, la condición

despolvorea huracanes,
entre ofensas y tentaciones,
todo niegan poseer,
lo que ofrecieron galán.

y así los voy castigando
en ti que, según entiendo,
solo obligan pretendiendo.
Beatriz, pero no alcanzando.

El de don Pedro Girón
es el de quemar el primero.

Salen DON PEDRO y HERNÁNDEZ.

ERONOR. Detengo, que me lo quieran
HERNÁNDEZ. Aquí no hay otra fuerza
que temar, ni que ceder,
ni desearme, ni dar.

Tener paciencia y callar,
no temer, pero morir.

ERONOR. ¿Y si me da de ventura
lo que alivia de amor?

Salen DON PEDRO y HERNÁNDEZ.

acaban en tu rigor
la piedad de tu hermosura.

Y claramente se ve
tu ignorante demencia,
pues tratas como hereje
los meritos de tu fe.

La pasión más verdaderal
es digna de este castigo,
y así no hay prodal conmigo.
Ya lo creo, pero espera.

Pues quemas no sólo arantes
en estatua de papel,
vayan al fuego con ellos
mis blasfemias pensando.

y habremos que tener mengua
con distintas intenciones.

tu en el fuego mis renglones,
y yo en tu crueldad mi lengua.
Tan hecha esta mi paciencia
a los rayos de tus ojos,

que ese fuego, en sus enojos,
me informa de tu clemencia.

pues con rigor tan estrecho,
siempre observante en tu fama
cada desdeñ fue una llama
del infierno de tu pecho.

abrasa, si te otendrán
mis intentos malogrados,
que esos conceptos quemados
de mayor fuego sabieron.

y aunque no se permite
en los nobles la venganza
cuando el daño o la esperanza
en mujeres se funde.

mi voluntad, va rendida
parte a enojarte indignada,
que la que hace preso obligada
solo estimara otendida.

Entra

LUANA. «¡Espera!»

ERONOR. «¡Dete, te lo mando!»

HERNÁNDEZ. No podrá que va en amor
ni ha de haber aludidor
ni veneno que va aludando.

Entra

LUANA. ¿Qué me vas de envanecida
de que que me has precipitado?

BEATRIZ. A que me te da el lado
de un chispa de amor, la
que tan fuertemente me llama.

JUANA. ¿Esto te puede ofender?
Viendo a un hombre padecer
me considero gloriosa.

Con tanto imperio me veo
en mi libre condición,
que ni siento inclinación
ni se me altera el deseo.

LEONOR. ¡Ay, señora, don Juan viene!

JUANA. ¿Hay tan extraña porfía
de amante? ¿Otra herejía
en lo pertinaz.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Conviene,
corazón, que os declaréis
en la intención y el cuidado;
que una vez desengañado
ya no hay gloria que esperéis.

No vengo, como solía,
a pedir y a suplicarte
que hagas del adorarte
méritos en mi porfía.

Hasta hoy mis ojos, rendidos
en tu suprema beldad,
juzgaron una deidad
llena de almas y sentidos.

Como libre te admiraba
mi siempre espíritu inquieto,
con el temor y el respeto
tus desdenes adoraba;

Pero ahora, que he sabido
que nace (1) en tu voluntad,
con dueño tu honestidad,
y que saber has querido,
sabré también castigar
mi imaginación rendida
con más fuerzas en mi vida,
con más daño en mi pesar.

A tus ojos volveré,
por volver por mi opinión,
lo que a don Pedro Girón
le diste y yo te envié.

Y, pues he perdido en ti
la parte de venturoso,
quiero en la de valeroso
satisfacerte por mí.

JUANA. ¡Espera!

JUAN. ¿Qué hay que esperar
de una mujer engañosa

que, inconstante y cautelosa,
sabe fingir y engañar?

(Vase.)

JUANA. ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Que a
se me atreva un hombre ya! ¡mi
¿No hay quien le mate?

(Sale DON ALONSO.)

ALONSO. ¿Quién da
causa de tratarte así?

¿De qué te espantas, tirana
de la quietud de los hombres,
que así es justo que te nombres
por fácil y por liviana?

Lo mismo que te envié
por vasallaje y sangría
de tu enfermedad o mía,
que mía pienso que fué,

diste a don Pedro Girón:
de que veo claramente
que de amoroso accidente
enfermó tu corazón.

JUANA.

ALONSO.

Mira bien...

Si por mis ojos
he visto en plata y cristal
lisonjeado su mal
y ofendidos mis despojos,

sólo puedes argüir
tu gusto y tu voluntad;
pero no en esta verdad
dudar y contradecir.

JUANA.

ALONSO.

¡Hombre!

Dices bien, tirana:
hombre soy, y lo he de ser
contra quien supo vencer
condición tan inhumana.

Contra don Pedro Girón,
por darte disgusto a ti,
he de oponer desde aquí
mi valiente corazón.

JUANA.

Si tengo de responder
en injurias declaradas,
no...

ALONSO.

En culpas comprobadas
no queda más que el hacer.

(Vase.)

JUANA.

LEONOR.

¿Qué es esto, Leonor?

Señora,
¡plega a Dios, si recibí
sus dos presentes, que aquí

(1) Hartz, enmendó "vive", en lugar de "nace" que dice el original.

tan loco me parrá ahora
que ante había pensado
que te debes de haber
que lo ha recibido
que lo ha enviado
a don Pedro.

ACTO II. — VIVE DUEÑO
de una intimo.

SOLO. — ¡Deten!

ASA. — ¡Guarda que mataron
a la ligera a las dos.

ACTO III. — Prima y los hijos de
pueden matar conmigo.
Yo con mi abuelo te di
aunque no te satisfacés.

de mi amor, que nunca
ningun amante dudado
que no le haya de culpar
por lo que me toca a mí.

Nunca con tan buen
y en la muerte también
natural el poder bien
se da millos y queres.

quien te guardará mi
no se retira que quien te ve
tu madre.

ASA. — ¡Cielos! Si me
envuelto en e te tigre.

¿digo que voy a me dar
muñad que en el maltrato.

honoridad de mi honor.

Solo el tener sangre me
Beatriz te puede excusa.

la venganza del pesar
se me ha dado. En tu vida

haber te n vi pensamiento.

Beatriz, ya la dolid
le amor y de voluntad.

el lo de entendimiento
le mi sangre me harta.

me oír a la contraria
que me sea de honor.

me oír a la contraria
que me sea de honor.

que me sea de honor
que me sea de honor.

ACTO IV. — Alguien se
de la casa.

ACTO V. — Te me
de la casa.

Como ha de tener a
que tanto le encara.

Otra se ve que te
le mismo. A por des
el me e tar enamorado
le parte a va hetera.

Dios se de lo que
¡Amor, píra a te.
Después que a Hernán
el alma se me mata.

ACTO VI. — ¡Amor, píra a te.
te en la fuerza de
con culpa.

De repet
una posesión de her
vea. ¿De mi sen
m que de tulida p
partadas, si me qu
en el cora n ahora.

una de lo que dig
dos presentes te truen
dos criados que vi
y entrambo los depel

¡Venrás a Dios que
Hernando, que podr
testigo, pues lle
cada amant, había pas.

ACTO VII. —

ACTO VIII. — Dame Amor, sin
porque si el amor no gasto
con este segundo emplast
tengo de dejar con asma
el pech de esta obra
y sin el tavor de lida
le he de volver siendo a bar
en aguachile de miel.

ACTO IX. — Hernando, te
dos presentes que trave
de criados que venia
le d e pretendiente.

ACTO X. — N
te, a la vez de un
y que lo he en con seten
que me sea de honor
que me sea de honor
que me sea de honor
que me sea de honor
que me sea de honor
que me sea de honor.

HERNANDO. Serviréte en amolar
el cuchillo, y lo tendré
guardándote las espaldas
en tanto que tú te enfaldas,
que ya tus intentos sé.

Y aunque a don Pedro he servi-
de tu parte me he de hacer: [do,
que, en efeto, eres mujer,
y yo, airoso y bien nacido.

El un ojo apostaría
que algún enredo ha inventado,
porque como le ha faltado
el amor que te tenía,
mil faltas anda diciendo
de ti tan públicamente.
que se anda toda la gente
unos con otros riendo.

JUANA. ¿Qué dice?

HERNANDO. Dice que tienes
un ojo mayor que el otro;
éste he visto, venga el otro.

JUANA. Loco imagino que vienes.

LEONOR. O tengo el ingenio yo
desencuadrado ya,
o éste es bellaco, y le da
con lo mismo que me dió.

JUANA. Prima, ¿tengo yo los ojos
desiguales?

BEATRIZ. ¿Desiguales?
Dos luceros celestiales
parecen en sus despojos.

HERNANDO. Si otras cosas te dijera
que dice, no te quedara
en dos días tanta cara.
Pues lo de la cabellera
postiza y dientes atados,
de manera lo he sentido,
que te miro de corrido
con los dos ojos cerrados.

Pues ver con el alegría
que se lo dice a la dama
con que se huela y te infama...

BEATRIZ. ¿Hay tan gran bellaquería?

LEONOR. ¿Hay tal maldad? No creyera
de un hombre que te adoró
tan grandes infamias yo,
si el mundo me lo dijera.

JUANA. ¿Y es hermosa esa mujer?

HERNANDO. Es airoso y bien prendida.
Carne viva hay en la herida,
que le ha empezado a escocer.

JUANA. ¿Y quiérela más que a mí
me quiso?

HERNANDO. Absorto la mira,
y dice que fué mentira
cuanto ha querido hasta aquí.

Porque le cogió un billete.
con un suspiro que dió
seis bujías apagó
que estaban en un bufete.

JUANA. ¿Qué dices?

HERNANDO. Dios me destruya
si no es tanta su afición
que trae sobre el corazón
una zapatilla suya.

Y si el origen (1) le toca,
y a ser en la calle acierta,
se mete tras una puerta
y se la zampa en la boca.

JUANA. ¡Jesús!

HERNANDO. Tan grande es su ardor,
que me llegué por un lado,
diciendo, disimulado:

"¿Y doña Juana, señor?"

Y, sin responderme nada,
enojado me miró
y al sesgo me sacudió
la más cruel bofetada
que se ha visto dibujar
sobre carrillos cristianos.

JUANA. ¿Qué dices?, prima.

BEATRIZ. Tiranos
son los hombres; no hay dudar.

JUANA. ¿Qué te parece que haga?

BEATRIZ. Que le escribas un papel,
y que le digas en él
tus enojos, y que te haga
merced de no te ofender
en público ni en secreto,
siquiera por el respeto
que se le debe a tu ser.

JUANA. Bien dices; espera aquí.
¡Válgame Dios! ¿Dónde voy?
El camino erré. O estoy
sin alma o fuera de mí.

(Vase.)

LEONOR. Señora, ya que las dos
nacimos con voluntad,

(Aparte.)

(1) Hartzenbusch enmendó, con acierto, "frenesí",
en lugar de "origen".

HERNANDO. En sabiendo que te he visto,
y que el billete le llevo,
me ha de poner como nuevo:
que para mí, ¡vive Cristo!

que es una tigre cruel
después que tiene otro amor.

JUANA. Toma tu manto, Leonor,
y llévale tú con él.

(*Vase.*)

LEONOR. Ahora encajaba aquí
lindamente una coleta,
que voy con él.

BEATRIZ. ¡Qué discreta
es la voluntad! Por mí.
¿no habrá un poquito de fe
con Leonor?

(*Vase.*)

HERNANDO. A pensar vengo
que si por mí no la tengo,
que por nadie la tendré:
y basta decir aquí
que ya de ninguna suerte
me puedo mandar.

LEONOR. Advierte
que te quiero más que a mí,
aunque todo el año entero
nos andemos a mandar
tú en casa y yo a remendar
tu vestido y tu braguero.

HERNANDO. No, Leonor, que en esta vida
menos me tendrá afligido
un braguero descosido
que una mujer muy rompida.

(*Vanse, y sale DON PEDRO GIRÓN.*)

PEDRO. En buen laberinto estoy
metido. Los pretendientes
de doña Juana, impacientes,
piensan que el dichoso soy,
y escriben que si no doy
los presentes que me han dado,
me dé por desafiado.
¿Cuándo un hombre habrá reñido
porque piensan que es querido
cuando muere despreciado?

Nunca de Flandes viniera
Hernando para matarme;
nunca para aconsejarme
el cielo aliento le diera;

nunca a mi casa viniera:
aunque yo, solo culpante
en las locuras de amante,
¿de quién me puedo quejar
si me dejé aconsejar
de un hombre tan ignorante?

(*Sale HERNANDO.*)

HERNANDO. ¿Qué hay? ¿Hay revolucion?
¿No están los cielos serenos?
¿Hay relámpagos y truenos?

PEDRO. No hay sino mi perdición;
una esperanza burlada,
una intención no entendida,
una mujer ofendida
y un alma en penas criada.
¿Que me creyese de ti!

HERNANDO. ¿Soy ignorantino yo?
Mal hizo quien me crió
si me ha de tratar así.
Para el puto que tuviera
el negocio en mal estado:
el morir descuartizado
pienso que lo menos fuera
en tu deseo.

PEDRO. ¡Ay, Hernando!
¿Cómo has de poder hacer
que me quiera una mujer
que maltraté desechando
los despojos de su honor?

HERNANDO. El énfasis está ahí:
sólo en el tratarla así
está el remedio, señor.
Concierto fué de los dos
que si yo a Leonor rindiese
tu voluntad mereciese.

PEDRO. Es verdad.

HERNANDO. Pues, ¡vive Dios,
que has de verla ahora aquí,
para ti cosa bien nueva,
más madura que una breva,
y enamorada de mí!

Saca la daga, fingiendo
que estás conmigo enojado.

PEDRO. ¿Para qué?

HERNANDO. Ya estás cansado.
Sácala, que yo me entiendo:
y después, señor, sabrás
la tela que tengo urdida.
¡Ay, que me quitan la vida!
Saca presto.

PEDRO. ¡Loco estás!

LEONOR. Si lo digo, ¿Ay, que me mata!
¿Y has quien me ampare?

Sale Leonor con un *papel*.

LEONOR. Deten
Amor, que le quiero bien.

HERNANDO. Logrose la patafata.

PEDRO. Bien le quieres?

LEONOR. Si señor.

Y con saber que por él
me estoy muriendo es crío
y me trata con rigor.

HERNANDO. Como te puedo tratar,

si porque aquí nombre yo
a tu ama se enoja
y me ha querido matar.

LEONOR. Posible es que de ese modo
la has aborrecido, diré.

HERNANDO. En no diciendo que si
das en la calle con todo.

Engie que estas enojado.

PEDRO. Murindome estoy, Leonor,
ha sido grande el rigor
y mucho lo que he pasado.

LEONOR. E te billete te envia
enajada lo escribió,
pero disculpala yo,
y a tu hermosura posha.

ser disculpa en sus cuidados,
que bien sabes que es quimera
eso de la cabellera
y de los dientes atados.

HERNANDO. Concede en lo que han dicho
que hay dientes y cabellera
en la montaña.

LEONOR. Quiera
saber cómo.

HERNANDO. En el capricho
entran esos adhirerite.

LEONOR. Y a la gente se sentada
y ha de calar con su vela
lo del cabel y lo del diente.

HERNANDO. Recibe el papel y di
que porque él te ha traído
tan malos remedios.

LEONOR. ¿Cómo se sabe en paz de aquí
que traes un papel que me traera
a la vida y a la paz en mis brazos?

¿Cómo tan temprano?

¿Cómo de lo que he dicho?

LEONOR. ¿De qué? ¿De lo que he dicho
te traes a la vida de tu dama
y se la viene a matar a

atreptido, tu amor
me ofrece a ser tu tercera
y por si acaso volvieres
nada en tanto que otra quiere
que Hernando señor, me quiera.

PEDRO. Yo sé que Hernando por ti
mudara de condición.

LEONOR. Mire cual está el Nero
y se echá contra mí!

Pase.

PEDRO. Que es lo que has hecho
HERNANDO. Hacer

lo que el Galeno de amor
en el recipe mejor,
me pudo dar a entender.

PEDRO. Ya por la experiencia en
parte de tu medicina,
tan rara y tan peregrina
que parece que te crees.

HERNANDO. Despacito te contare
el camino que he tomado
que ahora voy con cuidado
a lo que después dire.

PEDRO. El papel quiero leer.

HERNANDO. Cerrado se ha de quedar
todo es en el descansar
con deshonrar y tender.

Y le he menester cerrado
que hay gran máquina apretada
y aun guerra y este billete
servirá de pistoleta
en la postre rosada.

PEDRO. Pedro va satisfecho
en algo?

HERNANDO. ¿Presu mil veces!
Estrosamente parece
para siempre has de perdella.

PEDRO. Ya como el negro se está
en tantísimo tierra
de tu orden saliera.

HERNANDO. Yo me voy, señor, te va
que ver lo que tú me
dices, ya hay que ver, ya te m
con mas zarapaz tras de ti
que guadrapa de donar.

Pase.

TERCERA JORNADA

Sale Leonor y Ana.

LEONOR. ¿Que es esto, imaginación
Pase. ¿Que a la te de veras

y en mi propio ser anhelas
ahora jurisdicción?

Dueño soy de mi intención,
y soy la misma que fui,
y quiero poner aquí
límites a mi deseo.

Contra mi misma peleo:
¡defiéndeme, Dios, de mí!

¡Que quiera yo no pensar,
y que me falte el poder!

¿Qué quietud puedo tener,
sin dejar de imaginar
que me pudiera olvidar
tan presto un hombre? ¡Ah, traí-
Engañoso fué tu amor. [dor!]

¿Qué es esto? Estoy reprobando
el pensar, y estoy pensando:
¡incurable es mi dolor!

No quiero admirarme yo
de que a su dama dijera
que tengo yo cabellera
y dientes atados, no;
pero, que tan presto halló
mujer tan a su medida,
que tan del todo se olvida
quien tanto supo querer,
aquí es donde he de perder
la paciencia con la vida.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Señora, tu prima está.
JUANA. ¿No soy la misma que fui?
LEONOR. ¡Señora!...

JUANA. ¿Qué ha visto en mí,
que tan presto pudo ya
trasladar tanta firmeza
en sujeto diferente?

LEONOR. ¡Ay, señores, que lo siente!

JUANA. ¿Aquella naturaleza
se mudó con tal rigor?

LEONOR. En éxtasis está ya.
Carruaje hay por acá:
también embarga el amor.

JUANA. Leonor pienso que me ha visto
divertida, e importará
desvelarla, claro está;
¡qué mal mi dolor resisto!
¿Yo con recato y deseo?

LEONOR. ¿Qué hace mi prima?
Ahora
me pidió un libro, señora,
de comedias.

JUANA. Yo lo creo.

En libros más virtuosos
fuera más justo leer
la que ha llegado a saber
tantos lances amorosos.

¿Pensáis que no os escuché
hablar anoche, a la una,
por la ventana? Ninguna
imagine que no sé

sus pasos y sus secretos;
pero yo soy de opinión
que sobre seguro son
los castigos **más discretos**.

Llama a mi prima. ¡Ay de mí,
que no parece que ya
tan entera el alma está
como se mostró hasta aquí!

Mas ¿qué es esto? ¿Ha de faltar
en mi pecho mi valor?
¡Mueran los gustos de amor
a manos de mi pesar!

(Sale BEATRIZ y LEONOR.)

BEATRIZ. ¿Qué me quieres?

JUANA. Que no quieras;
que ya he visto claramente,
prima, que el nuevo accidente
dura en tus vanas quimeras.

A mi tío escribí ya
que alguna noche que ocioso
esté, ronde cuidadoso
la calle, que lo que está
a mi cargo es sólo el
mirar por mi casa yo.

BEATRIZ. ¿Qué poco que te debió
mi sangre, si tan cruel,
tan mi enemiga eres ya,
que a mi padre le escribías
claramente culpas mías!

JUANA. ¿Y quién, dime, me dirá
que, porque te quiero buena,
te trato como enemiga?

BEATRIZ. La que en secreto castiga,
descando está la pena.

JUANA. Muy bien sabes argüir.

BEATRIZ. De tu escuela habré sacado,
por lo que a mí me has culpado,
lo que yo debo sentir.

Amor, venganza te pido.
No puede esta escrupulosa
bizarrear tan airosa,
habiéndote a ti ofendido.

(Vase BEATRIZ y sale HERNANDO.)

el secreto por mi honor,
que esto es rabia, no es amor.
HERNANDO. Así, un poquito a lo largo,
cuando en tercianas procura
ser el calor verdadero,
esperezo hay primero
que venga la calentura.

JUANA. En un pozo me echaré.

HERNANDO. Yo lo creo de barriga.

JUANA. ¿Qué dices?

HERNANDO. Que nadie diga:
de este agua no beberé.

JUANA. Hernando, mira que soy
mujer, y estoy afligida,
no por no verme querida,
sino despreciada.

HERNANDO. Estoy
por, si no fuera hablado,
llorar en esta cautela
como un muchacho de escuela
que está ya desatacado.

JUANA. ¿Qué noche te he de esperar?

HERNANDO. Yo avisaré la que fuere
a propósito (y lloviera,
por que se pueda enlodar).

JUANA. Tu esperanza vive en mí;
no nos vean a los dos
juntos tanto tiempo. Adiós.

(Vase.)

HERNANDO. A Dios gracias, que vencí.

(Sale LEONOR y BEATRIZ.)

LEONOR. Lindamente lo has hablado.

BEATRIZ. Para estar aborrecido,
por ser hombre mucho ha sido.

HERNANDO. Soy altar privilegiado.

LEONOR. Para mí tenéis vos manos,
os pudiera yo decir,
pues supisteis reducir
mis pensamientos tiranos.

¿Por qué no pruebas tus fuer-
za para hacer que tenga amor [zas
la del eterno rigor?

No hayas miedo que la tuerzas.

BEATRIZ. ¿Torcer? Si resucitara
su padre, no le tuviera
amor: antes le pidiera
que al sepulcro se tornara.

HERNANDO. ¡Válgame Dios! ¿Es posible?

BEATRIZ. Pues tú solamente eres

peregrino en las mujeres.
No ha nacido tan terrible
monstruo de crueldad.

HERNANDO. Ya sé
que no se enamorará.

BEATRIZ. ¿Por qué?

HERNANDO. Porque va lo está.

LEONOR. ¿Qué dices, hombre?

HERNANDO. No fué
la que en Teruel se arrojó
tan pegajosa y suave
con solamente un jarabe
que en la vanidad tomó.

LEONOR. Que me des los pies te pido.
Si verdad fuera, te diera,
aunque en camisa me viera,
cuanto tengo aquí: un vestido.

HERNANDO. Bien te puedes desnudar,
que yo sé que algún mirón
deseará la ocasión.
Tras mi amo se ha de andar
la noche que quiera yo.

BEATRIZ. Sea ésta.

HERNANDO. Ha de llover:
que a su casa ha de volver
como jamás no se vió
carro de Riche en febrero.

LEONOR. Señora, estoy por saltar
de contento y reventar
de risa. ¡Que tal espero!

BEATRIZ. Todo hoy está llovinzando.

HERNANDO. Pues que ha de ser ésta entiendo.

BEATRIZ. Lo del lodo te encomiendo.

LEONOR. ¡Por amor de Dios, Hernando!

HERNANDO. Idos, que ha de sospechar,
si os ve aquí, que lo sabéis:
esta noche os vengaréis.

BEATRIZ. Bien dices.

(Vase. Sale DON PEDRO.)

PEDRO. ¿Hete de hallar?
Todo el día ando tras ti.

HERNANDO. No me espanto de eso, no;
que ando en los negocios yo
de la herencia (1) del Sofí.
Ya la fuerza se ha rendido:

esta noche ha de seguirte.
PEDRO. Déjame sólo decirte
que es mucho para creído.

Hernando, si yo la veo

(1) En el original, "esencia", por errata.

Ya es de noche; voyme armar (1),
 porque así podré saber
 si quien me puede ofender
 me puede también matar.

(Vase. Salen BEATRIZ y LEONOR.)

LEONOR. Quedito, señora; saca
 de matachín pie y pierna.

BEATRIZ. ¿Cómo?

LEONOR. Hernando con linterna
 y con zapato de vaca,
 en secreto están hablando
 más ha de un hora cabal,
 y ella, si no miré mal,
 pienso que se está enfaldando.

BEATRIZ. ¿Cómo podremos saber
 si trata de salir fuera?

LEONOR. Yo lo sabré; aquí me espera,
 pero no te has de mover.

Si me hicieran reina ahora
 sólo porque no acechara,
 pienso que no lo tomara.

(Vase.)

BEATRIZ. Valiente Amor, nadie ignora
 que se fundan tus razones,
 según tu poder contemplo,
 en entapizar tu templo
 de rendidos corazones.

Contra quien más tu poder
 resiste, más te previenes;
 porque de Dios, al fin, tienes
 lo absoluto del poder.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Chinelita baja.

BEATRIZ. Espera,
 a ver si sale.

LEONOR. Eso hago,
 porque no me satisfago
 hasta verla en la escalera.

(Vase.)

BEATRIZ. Ruego a Dios que despreciada
 vuelva del que va a buscar,
 por que no llegue a probar
 los gustos de enamorada.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Flux hizo para conmigo
 doña Juana, mi señora;
 como un rayo sale ahora
 por la puerta del postigo.

Ya no tiene que reñir:
 privilegio nos ha dado
 con haberse enamorado
 para podernos reír.

¿Qué se ha hecho tu galán,
 señora, que no le veo?

BEATRIZ. Fuése al Brasil; el deseo
 y el alma, penando están.

LEONOR. Ya en su castillo no hay fueros.

BEATRIZ. Sí, que amorosas pasiones
 han clavado los fogones,
 a petardos y a pedrerros.

LEONOR. ¿Qué habemos de hacer?

BEATRIZ. Bajat
 al postigo, y aguardarla
 para sólo avergonzarla
 con mirarla y con callar.

LEONOR. ¡Vitoria por el amor!

BEATRIZ. Como es ciego, díole palo.

LEONOR. Desde hoy puede ser Gonzalo
 enamorado mayor.

(1'ause. Sale el Tío, armado.)

Tío. ¿Que aun así tratan flaquezas
 mis años, tan sin respeto!

Todavía estoy sujeto
 a femeniles ternezas.

Pensará, viéndome así
 la muerte, que ya la he visto
 y que armado la resiste.

(Sale Doña JUANA disfrazada y HERNANDO rebozado
 con linterna.)

HERNANDO. Quedo, que un hombre está aquí.

JUANA. Si algo pregunta, que soy
 doña Beatriz de la Cerda
 le dirás, para que pierda
 los indicios que le doy;

y si es justicia, dirás
 que va en casa de su padre.

HERNANDO. No hay disculpa que no cuadre,
 bien dicha; salir podrás.

Tío. ¿Quién va?

HERNANDO. Cuanto puede ser.

Tío. ¿Quién es?

HERNANDO. ¡Qué pregunta en vano!

(1) Falta un verso antes o después de éste para
 que haya dos redondillas con un consonante común a
 ambas.

(Sale Doña Juana.)

JUANA. ¡ Señor don Pedro Girón,
amparame!

PEDRO. Si haré.
Caballeros, acudir
a las mujeres es justo;
que para nuestro disgusto
tiempo queda en qué reñir.

ALONSO. Sois, en efeto, Girón,
cuya calidad sabemos,
y no es bien que os estorbemos
tan precisa obligación.

(Sale el Tío.)

PEDRO. ¿ Quién es? ¿ Quién va allá?
Tío. Yo soy.

PEDRO. ¿ Quién?
Tío. El padre desdichado
desta hija, que le ha dado
el ser, que perdiendo estoy.

PEDRO. Señor don Luis.
Tío. Yo tomara
que, por que nadie me viera
en mi deshonor, se abriera
la tierra y que me tragara.

HERNANDO. No te des por entendido
que no es su hija.

PEDRO. Si haré.
Tío. ¿ Qué ha hecho?

Tío. Yo os lo diré.
De su inquietud ofendido,
con doña Juana, señor,
de la Cerda, mi sobrina,
la puse, cuya divina
virtud y heroico valor
pensé que la convirtiese,
y al traerla (1), divertida
en las calles y perdida
la halló de esta manera.

Dádole hubiera la muerte;
pero ¿quién, señor, pensara
que de una santa tomara
los consejos de esta suerte?

No le falta sino hacer
milagros.

HERNANDO. De piedra y lodo,
para dar en él con todo
después que empezó a querer.

PEDRO. Con justa causa, os confieso
que ahora os podéis quejar;
pero no es éste el lugar
para hablar, señor, en eso.

Mi señora doña Juana
la reñirá, y vos allí
también con ella.

JUANA. ¡ Ay de mí!
Tío. ¿ Que no pudieron, tirana,

los consejos de tu prima
moverte a no me afrentar!

PEDRO. Yo la tengo de llevar.
Tío. El que como yo os estima,
que os obedezca es razón.

HERNANDO. ¿ Linda va la cazolada!
En la santa acreditada
se metió la tentación.

PEDRO. Disimulad, y llevemos
a su casa esta mujer
que se ha querido valer
de mí, y luego podremos
reñir.

ALONSO. A tanto valor
no replico.

JUAN. Sea así.

(Vanse todos.)

HERNANDO. La buena es la mala aquí,
y la mala es la mejor.
Amantes, nadie sea necio
en pretender, y avísón
en lo visto, que estos son
los milagros del desprecio.

(Vase, y sale BEATRIZ y LEONOR.)

BEATRIZ. ¡ Lindamente se cerrara
la plana de venturosa
si fuera yo tan dichosa
que mi padre la encontrara!

LEONOR. Con atrancarle el postigo,
ahora a perder volviera
la paciencia; pero fuera
todo el enojo conmigo.

BEATRIZ. Si va haciendo con querer
nuestro negocio, no es justo
que le pongamos al gusto
estorbos que lo han de ser.

LEONOR. En la puerta principal
llaman.

(Vase.)

(1) En el original, "tragarla", por errata. Hartzenbusch enmendó "y a estas horas".

y tan firme en su pasión,
lo dije, porque éstos son
los milagros del desprecio.

PEDRO. Los favores que pedías
tengo yo; mas, engañados,
los llamáis favores dados,
y que los diese querías.

Porque no creías en nada
que mujer tan virtuosa
recibía codiciosa
para dar enamorada.

Aquí os desengaño yo:
unos criados riñeron,
en el suelo las pusieron,
y Hernando se las cogió.
¿Darélos?

ALONSO. De Hernando son
de mi parte.

JUAN. Y de la mía.

HERNANDO. Vuestra ha sido la hidalguía,
si fué mía la invención.

ALONSO. Justamente merecéis
que se os muestre más humana
mi señora doña Juana.

JUANA. Es verdad; razón tenéis.

Y ya tan humana estoy,
que, por lo mucho que gano,
si ahora estima mi mano,
con el alma se la doy.

PEDRO. Yo con el alma también
la recibo, como es justo.

JUAN. Y los dos, con mucho gusto,
os damos el parabién.

BEATRIZ. Prima.

JUANA. No me digas nada,
que harto has hecho con no hablar,
con mirarme y con callar.
Si te reñí enamorada,

desde hoy te disculparé,
que ya conozco mejor
las fuerzas que tiene Amor
después que me enamoré.

LEONOR. ¿Preténdeste resistir?

HERNANDO. No, Leonor; pero tomara
que ninguno se casara,
por sólo oílle decir

al obispo de Antioquia
que una comedia se ha hecho
en que no tuvo provecho
el cura de la parroquia.

LEONOR. Tuya soy, Hernando mío.

HERNANDO. Advierte que no hay braguero.

LEONOR. Quebrado o sano te quiero:
que ya con el amor nío
no tienen las Indias precio
de amor y de estimación.

HERNANDO. Yo lo creo, y éstos son
Los milagros del desprecio.



OTÓN. Alto pensamiento os mueve.
 ROBERTO. Tan alto voy como ciego.
 OTÓN. A dar una vuelta voy,
 como, al fin, recién venido.
 ROBERTO. Esto en vuestra ausencia ha sido
 lo más de que parte os doy.

(Fase OTÓN, y sale el REY, solo.)

REY. Roberto.
 ROBERTO. Señor.
 REY. Ya tarda

la Duquesa.
 ROBERTO. Así lo creo,
 porque le aumenta el deseo
 la dilación al que aguarda:
 y puédesse amar sin ver,
 cuando enamora la fama:
 digno efecto que tal dama
 puede imaginada hacer.

REY. Aunque la imaginación
 suele pintar al deseo
 lo que no ha visto, y yo creo
 que sus efectos lo son,
 no tiene fuerza conmigo,
 pues nunca la imaginé,
 ni por fama vista fué
 la causa que adoro y sigo.

No pide mi pensamiento
 retratos a la pintora
 imaginación, ni adora
 la ley del merecimiento;

no quiero, formando ideas,
 lo no visto por lo visto,
 que lo que he visto conquisto,
 y hoy quiero que tú lo veas.

Enviar al almirante
 don César por la Duquesa
 de Milán, fué por la empresa
 que hoy sabrás, aunque te espante
 que allá me quiera casar
 y acá quiera pretender,
 pues una cosa es querer
 y otra cosa es desear.

Con la Duquesa me han dado
 a Milán, y aquí mi amor
 le diera por un favor,
 siendo de amor conquistado.

ROBERTO. ¿Tiene el Almirante dama
 que tú puedas desear
 en su ausencia?

REY. Si lugar
 pide para hablar quien ama,

quien le estorba ya le ofrece,
 si está ausente.

ROBERTO. Así es verdad.
 REY. Engaño mi voluntad,
 pues ausente, el desdén crece.

ROBERTO. ¿Dama de don César?
 REY. Mira

qué prenda tiene en su casa.
 ¿Su hermana?

REY. Su amor me abrasa.
 ROBERTO. Tu pensamiento me admira.

(¡Cuán engañado le di
 el consejo que pensaba
 que en mi favor se le daba,
 pues se le di contra mí!)

REY. ¿Qué sientes de esto?

ROBERTO. No sé,
 pues dices que no has tenido
 la dicha que has merecido
 por tanta firmeza y fe.

REY. Después que falta de aquí
 don César, tan mal me va,
 que más desdenosa está.

ROBERTO. Pues ¿a ti te trata así?

REY. A mí, Roberto.

ROBERTO. ¡Notable
 mujer!

REY. Esto de el valor
 no permite que el amor
 sin casamiento las hable.
 ¿Dama en Nápoles! Yo creo
 que el venir ya la Duquesa
 es causa.

ROBERTO. ¿De eso te pesa?

REY. Así lo dice el deseo.

ROBERTO. (¡Buenas mis desdichas van!
 ¿Qué hará por mí, si desprecia
 un rey? Pero fuera necia,
 siendo el Rey sólo galán
 y aspirando a ser marido.)

(Sale OTÓN.)

OTÓN. Con buenas nuevas, te beso
 los pies.

REY. Otón, yo comieso
 que el verte las ha traído.
 Pero ¿son nuevas de España?

OTÓN. De Milán me las ha dado
 don César, que ya ha llegado.

REY. El amor, Otón, te engaña.

(Salga DON CÉSAR, de camino.)

CÉSAR. Deme los pies Vuestra Alteza.

marfil, a las perlas la anticipo;
dichoso tú, que gozarás la joya
de honrara a Grecia y abrasara a Troya!

REY. Descansa, César, y advierte
que luego vuelvas a hablarme.
CÉSAR. ¿No dices más?

REY. De obligarme
cuanto debo agradecerte,
no son las palabras firmas.
(Vase el REY.)

CÉSAR. Por lo menos es señal
que a quien sirve tan leal
en su lealtad le confirmas.
¿Qué es esto, Fabio?

FABIO. Señor,
cosas del mundo.

CÉSAR. No creo
que he despertado el deseo
del Rey a tenerla amor,
por más que hablé en su alaban-
Vamos a casa. [za.]

FABIO. No estés
triste, pues ya sabes que es
gran señora la mudanza.

CÉSAR. Habiéndole yo servido
al Rey con tanto cuidado,
¿desta suerte me ha pagado?,
¿tan grave me ha respondido?

FABIO. En los reyes no hay semblante,
ni se puede conocer
su pesar ni su placer;
son retratos en diamante.

¿Quién duda que te previene
grandes mercedes agora,
pues la Reina, mi señora,
de ti tan contenta viene?

Ella, en llegando, será
dueño de todo su pecho;
los servicios que le has hecho,
en los brazos le dará,
no dudes, el galardón.

CÉSAR. Antes le quiero dudar,
que un buen servir suele hallar
contraria satisfacción.

Mi hermana es ésta; otro amor
diferente la ha traído
del que al Rey he conocido.

FABIO. Aquí hay sangre, allí hay valor.

(Salga CELIA, hermana de DON CÉSAR.)

CELIA. ¡César mío!

CÉSAR. ¡Celia amada!

CELIA. ¿Qué es esto?

CÉSAR. Querer saber
lo que el Rey me manda hacer
para esta famosa entrada.

CELIA. ¿Dónde dejas a Su Alteza?

CÉSAR. Cerca de aquí; mas sospecho
que tan lejos de su pecho
como muestra la aspereza
con que dél fui recibido.

CELIA. ¿Aspereza?

CÉSAR. No me oyó
como imaginaba yo.

CELIA. ¿Si está el Rey arrepentido?

CÉSAR. El ducado de Milán
ha sido tan codiciado,
que los reyes que ha dejado
perdidos de envidia están.

No sé qué le pueda dar
tan fuerte arrepentimiento.
CELIA. ¿No basta ser casamiento?

CÉSAR. Basta después de llegar,
mas no viniendo camino
y siendo un ángel su esposa.
CELIA. ¿Es hermosa?

CÉSAR. Tan hermosa,
que es toda un ángel divino.

CELIA. Sospecho que puede ser
tener el alma ocupada,
pues la fama no le agrada
de tan gallarda mujer;
que en estando el pensamiento
divertido en otro amor,
gracia, hermosura y valor,
no tienen merecimiento.

(Entre ROBERTO con un papel.)

ROBERTO. No he dado a vuestra excelencia
la bienvenida, por ver
al Rey con poco placer,
y así, le pido licencia.

Hizome esperar un poco,
y aqueste papel me dió,
que es orden, entiendo yo,
para esta entrada.

CÉSAR. ¡Estoy loco!

(Lee el papel:)

“Don César de Avalos: Sin saber la causa
porque no gusto casarme, volved donde habéis
dejado a la Duquesa, y ella con vos a Milán.
Cuando los reyes no piden consejo, no tienen
más respuesta que la obediencia.—El Rey.”

— ¡Cielos! ¿cómo se
 puede delirar de amor
 por una mujer que no
 es ni más ni menos
 que un tórrido casamentero
 que con el mismo ímpetu
 busca una bella como
 tú, o como tú, o como
 yo, entre sus penurias?

— Luego ¿dices que
 a una mujer como tú
 se le da a tal hombre
 que se te figura que
 ante un su amor
 se aminorará con ultraje
 que le haga tal no pensara
 ni que señora tan bella
 lel cielo en que fueran
 a tales desprecios? ¡Ja!

— ¡Eso es lo que tú
 el sabe lo que ha de ser
 abe en un trato que
 abe que nos ante lo
 abe que en mucho pod
 es de uno de que te ag
 alse que soy quien me
 y que el que soy ha de
 está obligado a hacer
 prudente, que lo es en
 el mundo!

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa
 a la diosa a la vez que
 le agusto agraviarse
 de un tal trato
 info a tu te culparán
 que yo el delato
 de ser el de un loco
 por dudar con tanta presteza
 cuando se me ha de

— ¡Eso es lo que tú
 al se que me te de
 me que yo me he de

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¡Hase acordado de
 que se le!

— No se trata
 de lo que tú le

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

— ¿Y si yo quisiera
 que se enterara que sa

rosas, jazmin, azucenas.
claveles, púrpura, sol,
oro, diamantes y perlas”
era lo menos, Otón.
¿No has visto la lisonjera
pluma guiada de amor
de un dulcísimo poeta,
que de los cielos más altos
desenaja las estrellas?
Va por rubíes a Ceilán,
por jazmines a Valencia,
por diamantes a la China,
por alabastros a Grecia;
no deja cándido cisne
que no diga que le afrenta
su cuello, y que es con sus manos
la nieve, en los Alpes, negra.
¿No has visto, Otón, un pintor
cómo en la tablilla ordena
el blanco, el azul, el rojo,
la sombra, el nácar que temple,
mezcla el carmín para el labio,
y para las joyas mezcla
el pajizo y genolí,
que de ser oro se precia,
y cómo tiento y pincel
tiene en la mano siniestra
y con la derecha excede
tal vez a Naturaleza,
cómo a pocas pinceladas
se levanta por ser cerca
y desde lejos advierte
lo que acierta o lo que yerra?
Pues haz cuenta, Otón amigo,
que estás mirando a don César,
con diestro pincel, con pluma,
ser pintor y ser poeta.
Con notable artificio
me pintaba a la Duquesa,
que le vi los pensamientos
por el cristal de la lengua.
Dime tú: ¿por qué un arroyo
corre a veces con tal fuerza?
Abundancia de su fuente
lo causa.

OTÓN.

REY.

De esa manera,
bien dijo el sabio que hablaba
la lengua siempre ligera,
de abundancia que tenía
el alma que la gobierna.
El Almirante ha venido
de Milán con la Duquesa;
es hombre: bien pudo, Otón,

poner los ojos en ella;
no digo yo que tendría
atreimiento, que fuera
ofender ya su lealtad
mi sangre.

OTÓN.

REY.

Pues ¿qué sospechas?
Que es gentilhombre y discreto,
y vino hablando con ella,
y que en la fábrica humana,
Dios, su autor, tanta excelencia
puso en los ojos, que son
del alma lenguas discretas,
que pueden hacer, mirando,
que por los ojos se entienda
lo que la lengua no dice
y que fuesen vidrieras
por donde, sin verse el alma,
a cuantos pasan acecha;
cuando en tan pequeño espacio
cifrada miró su esencia,
si fuera bárbaro, Otón,
dioses los ojos hiciera.
Aristóteles no quiso
que el alma asiento tuviera
en todo el cuerpo, y le dió
por silla de más grandeza
el corazón; mas yo digo
que, a no ser cosa tan cierta
ser principio de la vida,
diera aquesta preeminencia
a los ojos, pues en ellos
se ve cuanto pasa en ella.
¿Para qué dicen que el alma
es invisible?

OTÓN.

REY.

OTÓN.

Pues ¿yerran
en decir que es invisible,
si Platón nos dijo della
que es sustancia intelectual?
También a mí se me acuerda
que su discípulo dijo
que era, en alguna manera,
el alma todas las cosas.
Pues cuando el alma lo sea,
como Aristóteles dice,
o aquel lugar de las ciertas
especies inteligibles,
¿qué importa para que puedas
decir, con celos tan locos,
que ves el alma de César?
Porque, por lisonja suya,
una mujer te encarezca
que piensa que tú codicias,
¿no ves que sin causa piensas

que el arte en teatro
Otro, el que con el
famoso y galán

ha dad tanta honra
Ha no sólo de labo-
r, sino que del pte de an-
dencia que hay con ve-
stros que, envidiosos, me al-
canza falta la catanca

la virtud, por ce-
ofros con isotas vana
bages, gracia y exceden-
al dieno d' lo que alaba
na, y alabanza na, me-
o la que na e de amor
porque e te no considera
que da el al que e con-

pesa lumbre o sospecha
Resuélveme que al letrado
entre los hombre de letra
se ha de alabar con templanza
por lo demás le respetan
a la dama, entre las dama
que se precian de ser bella
al damente entre los hombre
que de ser hombres se precian,
al muico, en exceso

en los que el arte pte de
al pintor, entre pintore
al poeta, entre poetas
al casado, a su mujer
en palafas tan horrores
que no sene que e la alaba
e la en estado de ella

Exalta el Rey y suza de su trono a Carlos

Estrana imagina

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

Orax, "Orax, Orax"

el hombre que le arrojé,
pues en los ojos le doy.

FABIO. Desde ahora me despidió
de alabar cosa que sea
digna de alabanza.

CÉSAR. Crea
el Rey que al fin le he servido
aventurando la vida;
mátenme, Fabio, en Milán;
que así sus celos verán
que ha sido mal recibida.

FABIO. ¡Vive Dios, que he de partir
como quien parte a la muerte!
Alabástela de suerte
que esto y más pudo inferir.

Ejemplo quiero tomar
en tu desdicha; a Dios sólo
pienso, de uno al otro polo,
eternamente alabar.

No diré que vi mujer
hermosa, discreta y bella
porque no haya quien por ella
sospecha pueda tener.

No diré que vi galán
destos de ámbar y alfeñique,
porque no haya quien replique
si acaso celos le dan.

No diré Fulano es
valiente entre blasonantes,
sino que broqueles y antes
siempre llegaron después.

No diré, si se me ofrece,
que hay letrado en Facultad,
sino que es necesidad
que de toda ley carece.

Del médico no diré
que estudia el mal del que cura,
no me digan por ventura
que miento y que no lo sé.

No diré bien de alguacil,
no me digan los demás:
"Hombre, no miras que das
pesar y envidia a otros mil?"

Ni de escribano tampoco,
que no quiero que las plumas,
de que hay infinitas sumas,
me tengan por necio y loco.

A los señores que saben,
haré templados favores,
que también a los señores
les pesa que a otros alaben.

De poetas, pues, mal año,
que yo diga bien jamás.

CÉSAR. Necio por extremo estas.

FABIO. Nunca lo fué el desengaño;
y la gente desta seta
sufrirá una melecina
primero que al que se inclina
alaben a otro poeta;
pues alabar latinantes,
eso no; sepan primero
romance. ¿Yo lisonjero?
No es fiesta para estudiantes.
Yo te juro que he de ser
cuerdo con tu ejemplo.

CÉSAR. Vamos
donde el premio consigamos
de las lisonjas de ayer.

FABIO. Por lo menos, este aviso
es cometa que señala
sobre mujeres.

CÉSAR. Fué gala
que hacer la lisonja quiso.

FABIO. Hablaré con tal templanza
de mujer, que a la doncella
diré que lo diga ella,
que ella sabe su alabanza.

A la casada más grave,
que la alabe su marido;
a la que viuda ha sido,
que su difunto lo sabe;

que las que libres se ven,
ellas estarán, si a osadas,
alabadas y lavadas
por siempre jamás, amén.

(*Entran, y salgan la DUQUESA y CAMILO y LUPERCIO.*)

DUQUESA. Mucho tarda el Almirante.
CAMILO. Las fiestas deben de ser
la causa.

LUPERCIO. Querrán hacer
que la ostentación espante.

DUQUESA. Grandes virtudes me cuentan
del Rey.

CAMILO. No engaña la fama,
pues el décimo le llama
de los nueve que se asientan
sobre su templo triunfante,
nombre a su virtud fiel.

LUPERCIO. Quizá por venir con él
se detiene el Almirante.

DUQUESA. De verle voy deseosa,
y aunque enamorada diga,
antes pienso que me obliga
el ser como soy su esposa.

aunque muchas veces suele
volver en ira la ofensa,
y por conseguir venganza
dar con el secreto en tierra.
Sabrás que alegre y contento
llegué a Nápoles la bella,
y besé la mano al Rey,
que me recibió con muestras
de no menor alegría;
y dándole larga cuenta
de todo lo sucedido,
de los favores y fiestas,
de las honras que me hiciste,
pensando que agradecería
la lisonja que le hacía,
tus gracias, tu gentileza,
tu hermosura, tu donaire
le encarecí de manera
que, lleno de necios celos,
dió lugar a la sospecha
de que te había mirado
con enamorada ofensa,
porque tales alabanzas
ningún hombre las dijera
a no estar loco de amor.
Con esto, en mortal tristeza
bañado el rostro, se parte
y en tal confusión me deja,
y a poco rato me envía
un papel, en que me fuerza
a que te vuelva a Milán.
¡Vive el cielo!, que quisiera
que ya que por mi desdicha
quiso culpar mi inocencia
por traidor imaginado,
me cortara la cabeza,
la cual ofrezco a tus pies.
Llama una espada que pueda
quitármela de los hombros.

(De rodillas.)

DUQUESA. Alza del suelo y no creas
que yo sea tan cruel
como él fué necio, y que sepa
conocer lo que tú vales
mejor que él, y por que veas
que pues él te tuvo en más,
es bien que tú me merezcas.
De Milán has de ser Duque,
si a toda Italia le pesa,
que si el Rey se tiene en menos
siendo tanta su grandeza,

claro esta que eres mejor,
pues él mismo lo confiesa.
Hoy has de ser mi marido.
¿Qué te encoges? ¿Qué te alejas?
Que es propio de las mujeres
hacer ciertas las sospechas.
Celos tiene, pues, quien duda,
que por mejor se recela;
que nadie tuviera celos
que tuviera en más sus prendas.
El te estima, yo también;
pues yo haré lo que él piensa;
si a su valor te prefiere,
bien es que yo te prefiera.
César, mejor eres que él.
luego bien será que seas
mi marido, y que a Milán
desde aquí conmigo vuelvas.
Esta es ya resolución:
en una mujer resuelta,
no hay que ponerse delante,
que es detener una flecha,
un toro al salir del coso,
nave que en popa navega,
loco la espada en la mano,
villano en su misma aldea,
agraviado con ventajas,
juez que la pasión le ciega
y un necio favorecido
que le hace espaldas la fuerza
de un grande; que es nave, es toro,
juez, loco, villano y flecha.

(Vase.)

CÉSAR. ¿Qué es esto?
FABIO. Pues ¿sélo yo?
CÉSAR. ¿Qué haré?
FABIO. Falta resistencia

de aquí a Milán.

CÉSAR. Y casarme,

FABIO. ¿no será traición, con ella?
Dile allá que has de volver
a Nápoles, y a la vuelta
asegura al Rey, y pide
para tu casa licencia.
Desde allá podrás tratar
lo que dice la Duquesa
sin que des celos al Rey.

CÉSAR. Altamente me aconsejas.

FABIO. Soy un alto consejero.

CÉSAR. En fin, ¿me dices que vuelva
a pedir licencia al Rey?

guerra al Rey, con que darás satisfacción suficiente.

Tratarán medios de paz el Papa y los potentados de Italia, desengañados de que eres mujer capaz de hacer, como otra Camila, Valasca y Pantasilca, guerra al mundo; y cuando vea que tu valor le aniquila y pone miedo tu espada, yo iré a verte con licencia suya, en cuya justa ausencia quedarás mal empleada.

y yo tu esclavo seré: toda Italia satisfecha de que no es cosa mal hecha ni al Rey mi señor quité la dicha que él se quitó.

DUQUESA.

César, si no conociera tu valor, y dél tuviera la muestra que tengo yo, hoy le viera en tus razones; mas, dejando tu valor, con tanto rey mi señor en gran confusión me pones.

Creo que estimas en más su amor que el mío, pues veo que te lleva su deseo y de mis ojos te vas.

¿Qué traición viniera a ser casarte agora conmigo?

CÉSAR.

Cuando dije mi enemigo te quise satisfacer.

Cuando dije mi señor quise pedirte licencia para hacer tan justa ausencia y satisfacer mi honor.

Nombra aqueste general: asigüemos al Rey: cumpliré yo con la ley de mi obediencia real

y tú con tu agravio y gusto; haz esto por ti y por mí, y cumpliremos así con lo que es más honra y justo,

porque pensar que yo puedo no estimarte, es desvario.

DUQUESA.

En fin, ¿te vas, César mío? No sé; sospechosa quedo.

Hacéis los hombres valor atropellar por la honra cualquier interés que os honra,

cualquiera hazaña de amor.

Yo estaba ya consolada con tu valor de mi agravio; allá te vas; eres sabio; yo quedo y quedo burlada.

Mas porque veas que sigo como quien amor te tiene, lo que dices que conviene, saldré contra mi enemigo.

Yo conduciré mi gente, yo seré su general; que lo amoroso y marcial se junta gallardamente.

Obedeciendo tu ley, saldré mañana de aquí más por acercarme a ti que por hacer guerra al Rey.

No voy con ánimo alguno de vengarme, ya lo estoy; siguiéndote, César, voy; que no a hacer guerra a ninguno.

Mañana diez mil soldados saldrán juntos de Milán, y un general seguirán que va siguiendo cuidados.

Pero si los accidentes del tiempo y de la fortuna pudieron dar vez alguna los sucesos diferentes,

mira que suelen hacer, ya que pierdes la ocasión, mudanzas con poco; son tiempo, fortuna y mujer.

Mi valor y a Milán juntos dejas; no te lo aconsejo, que el tiempo, como es tan viejo, muda consejos por puntos.

La fortuna, como es varia, de quien hoy da su favor mañana, con su rigor, suele amanecer contraria.

Pues de mujer basta el ser, y más si el proverbio vale, que con cada sol que sale mudamos de parecer.

Y aunque con fuerza importuna mañana a los tres buscases, podría ser que no hallases tiempo, mujer y fortuna.

(Fase.)

CÉSAR.

¿Qué amenaza!

FABIO.

La mayor.

pues sólo a mayores daños
pueden esperar mudanzas?

Blanca.

Señor.

REY.
BLANCA.
REY.
Quien tenía

tal visita, bien pudiera
darnos parte della.

BLANCA.
Y fuera
de mayor gusto la mía
dividiéndola con vos.
CELIA.
Tanto favor suspended,
pues para hacerme merced
queréis juntaros los dos.

REY.
En tantas obligaciones
de deudo y de amor, no es justo
que llaméis favor al gusto
que os muestran las ocasiones;
y pues las satisfacciones
que ya de los dos tenéis
tan claramente sabéis,
estimad la voluntad
obligada a la verdad
de lo que vos merecéis.

Creed que alegráis aquí,
señora, cuanto miráis,
y que alegráis y matáis
no sé si os diga que a mí.
Pero sé que os ofendi
sólo con quereros bien;
que hay condiciones también
de tan extraño rigor,
que pagan un grande amor
como si fuera desdén.

Blanca, Celia escucha mal;
vete al jardín; por ventura
me escuchará más segura
entre la llor y el cristal;
que no es amor tan igual
cuando siente compañía,
aunque no sé quién se fia
de soledad con amor,
y más donde es el valor
la mayor desdicha mía.

BLANCA.
Ya previne a tus enojos
el remedio que tendrás.

REY.
¿Qué te ha dicho?

BLANCA.
Que serás
dueño y señor de sus ojos.

REY.
Yo, Blanca, soy sus despojos.

BLANCA.
Vamos, Celia.

CELIA.
Respondiera
si Roberto no estuviera
presente.

ROBERTO.

Quien esto mira,
¿a qué pensamiento aspira
o qué favores espera?

(*Ense BLANCA y CELIA; salen CÉSAR y FABIO.*)

CÉSAR.
Si algún día mereci
tus pies por servicios míos,
nunca, señor, como agora.
REY.
César, Almirante amigo.
CÉSAR.
Esclavo, vasallo, hechura
de esas manos.

REY.
Seas venido
mil veces en hora buena.
¿Qué hay de la Duquesa?

CÉSAR.
He visto

tigres hircanos, airados
cuando los llevan sus hijos;
sierpes levantando el cuello
contra los desnudos indios,
basiliscos en Arabia,
cocodrilos en el Nilo,
los leones albaneses,
los fieros áspides indios,
tiranos apasionados,
agraviados enemigos
todos en una mujer.
¿Con vida vuelves?

REY.

CÉSAR.
No he sido

en eso poco dichoso.
REY.
Agora, César, te digo
que no entendí que volvieras,
y admírame que hayas visto
áspides, sierpes, tiranos,
cocodrilos, basiliscos
y leones albaneses
en un serafín divino
de quien fingiste claveles,
jazmines, rosas, jacintos,
corales, púrpura, sol,
perlas en nácares vivos.
¿Tan airada está?

CÉSAR.
¿No sabes,

señor, que el rostro más lindo,
airado parece feo?

REY.
No te pregunto qué dijo,
sino qué hizo.

CÉSAR.
Señor,
yo te diré lo que hizo.
Guardóme del vulgo a mí,
que estaba tan ofendido,
que para cada agraviado
no hubiera un cabello mío.

alababa al mundo entero.

Tanta la alabanza fué,
que un señor inquisidor
envió un paje y por favor
pidió que un plato le dé
de las peras que llevaba.
Alborotóse el judío,
que, aunque fuese en tiempo frío,
cualquier temor le quemaba.

Un hacha al tronco aplicó,
y como le vió caer,
por no tener qué temer
todo el peral le envió.

El cuento es viejo, en efeto;
mas lo que se ha de lograr
nunca lo debe alabar
a nadie el hombre discreto.

Cuando pide una mujer
alguna cosa, aunque calla,
la pide con alaballa
el que quiere encarecer.

Una espada, una pintura,
peligro corre al deseo,
o quiere darla.

CÉSAR. No creo
que nadie alabe hermosa
para darla a quien la alaba,
y el Rey, conforme a razón,
mostrar debiera afición
a lo que alabando estaba.

Pero aborrecerme a mi
y a lo alabado, es la cosa
más nueva y más rigurosa
que en mi vida vi ni oí.

FABIO. Señor, la suerte te llama
a grandes cosas; camina
por donde el hado te inclina,
a la muerte o a la fama.

Acércate a la Duquesa
con el campo que te dan
y haz que se vuelva a Milán.
De mi ventura me pesa.

CÉSAR. ¿No eres César, a lo menos
en el ánimo?

CÉSAR. Sí soy.

FABIO. Por mi honor dudoso estoy.
Jamás dudaron los buenos
en los hechos de opinión.

CÉSAR. Pues ¿no hay aquí deslealtad?

FABIO. Ninguna, pues es verdad
que ella te tiene afición
y a ser Duque te convida
del Estado de Milán.

CÉSAR. Mis amigos, ¿qué dirán,
si hay deslealtad que lo impida?

FABIO. Las cosas de la fortuna
van muy lejos de consejo.

CÉSAR. Siempre el consejo es espejo:
su cristal llamaron luna.

Por las mudanzas que hace,
consejo se ha de mudar.

FABIO. Este temer y no obrar
ya entiendo yo de qué nace.

Si la flor de las mujeres
no te deshace de amor,
falta tienes de calor,
tibio por extremo eres.

Date la fortuna ayer
una mujer y un ducado,
que algunos hombres han dado
muchos por una mujer,
¿y estás temblando de miedo?

Sospechoso estoy de ti.
Nunca amar, César, te vi.
Habla más cuerdo y más quedo.

CÉSAR. ¿Cómo cuerdo? Si no eres
para estas cosas de amor,
dieme la verdad, señor:
que me han dicho mil mujeres
a quien tu tibieza nueve
y el verte tan descuidado,
que las miras con enfado
y que las hablas con nieve.

El hombre, si no es que el nom-
pueda a respeto obligar. [bre
de cuando en cuando ha de dar
algunas señales de hombre.

CÉSAR. Deja esos necios errores.

FABIO. Yo haré lo que me conviene.
Ya tu intención a ser viene
como pleito de acreedores.

Hay unos hombres perdidos,
ricos de la hacienda ajena,
que, fingiendo mucha pena,
lloran a todos oídos.

Querrían, sin pagar nada,
quedarse con lo escondido.
Mi pleito, Fabio, no ha sido
de hacienda ajena usurpada.

CÉSAR. Si me alzare con Milán,
no es ajeno, pues su dueño
me le ofrece, y por empeño
de unas bodas me le dan.

Voy a detener el paso
a esa invencible mujer;
que no me ha de suceder

CAMILO.

Bien es que quede en tu defensa alguno.

(*Vanse LUPERCIO y CAMILO.*)

CÉSAR. Tus manos, tras tantos días,
bien las podré merecer.

DUQUESA. Y mis brazos.

CÉSAR. ¿Podrá ser
tener el cielo en las mías?

DUQUESA. ¿Viene el Rey?

CÉSAR. ¿Ya desconfías
de mi justo amor, señora?

Yo soy general agora
deste campo contra ti.

DUQUESA. ¿Contra mí?

CÉSAR. Señora, sí.

DUQUESA. Ríndome.

CÉSAR. César te adora.

DUQUESA. Llévame presa.

CÉSAR. Es traición.

En el alma podrá ser.

DUQUESA. ¿Qué diera yo por tener
esa dichosa prisión!

CÉSAR. Solos esos ojos son
la prisión de mis sentidos,
tan dulcemente perdidos.

DUQUESA. No acabo de imaginar
cómo se ha de pelear
si estamos los dos rendidos.

¿Es Fabio aquél?

FABIO. Fabio soy.

DUQUESA. Pues ¿no llegas, Fabio ingrato?

FABIO. Con la boca a tu zapato
los puntos contando estoy.

DUQUESA. Fabio, ¿quién dijera que hoy
conducieran dos amigos
dos campos tan enemigos?

FABIO. Desdichado amor tenéis,
pues un instante que os veis
tenéis veinte mil testigos.

DUQUESA. Tiendas hay donde podemos
hablar seguros.

CÉSAR. No es bien
que nos entiendan, si ven
el intento que tenemos.

FABIO. ¿Hay más graciosos extremos?
¿Tienes seso?

CÉSAR. Fabio, sí,
que no quiero que de aquí
vayan las nuevas al Rey
de que no guardé la ley
con que obligado nací.

DUQUESA.

César, de tu gran lealtad
yo tengo satisfacción,
y estimo en más tu opinión
que mi propia voluntad.
Quedemos en amistad;
vuelve a Nápoles la gente,
adonde el Rey tu pariente
te pague tantas lealtades,
que mirar dificultades
nunca fué de amor valiente.

¿Qué más tibia voluntad,
si fuera Milán aldea (1)
y yo la misma fealdad?
Quien sirve una majestad
con términos tan leales,
no trate de casos tales,
que con tantos miramientos
no se ponen pensamientos
en mujeres principales.

Quien a mí me ha de querer,
César, tan loco ha de estar,
que ni al sol ha de mirar
ni al rey del mundo temer.
A ser del tuyo mujer
fui cuando el pie me besaste;
tu señora me llamaste;
bien haces: no seas villano
en querer tomar la mano,
pues por el pie comenzaste.

Con justa causa diré
mirando tu desatino
que de mi mano es indino
quien no ha pasado del pie.
A Milán me volveré,
pues tan desdichada fui
diciendo, César, que vi
un hombre de buena ley
muy leal para su rey,
muy cobarde para mí.

En Alemania o en Francia,
por mí, cuando no le obligue
Milán, habrá quien castigue
de Nápoles la arrogancia,
y pues tan poca distancia
los ejércitos están,
prueba a quitarme a Milán,
peleemos si tú quieres,
que allá sois todos mujeres
y acá sólo el capitán.

(1) Falta un verso antes o después de éste para completar la décima.

¡Ahora!

Ay, como
falta un nombre
que viéndome no este
viéndote y a la vez.

Y que tu gracia me
dada que quites mira
e te este a tu lugar
ahí porque en esta vida
no presumiera traición
que en nos pudiera ocurrir.

Yo te aliento que ese
no te hee por en tu

bea y no eres ahora
el Rey y al mundo de
que te quere te adre

El mundo ama a su
César y a su Rey.

Y el día que se te
mueren los amigos tan
a la vez como por ellos.

Y el día que me
que me mueren y grande
esta de tal mundo
que me es el cobarde
y guarda.

Nó hay que
Ser o aguardar por el
tal y que es una
que es a tu fin.

Que en el mundo amor
me mueren en los brazos.

¡Ah!

¡Qué contento!

Nó hay que
me de dichado suceso.

¡Qué compasión me
fue a que con.

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

¡Qué que quere!

FABIO. Puede ser.
Mas, una vez, en un fresno
vi un nido de ruiseñores;
pude llegar a cogerlos,
y dije: "Criense agora,
después volveré por ellos:
volví, y, al meter la mano,
agarróme de los dedos
un lagarto, que me hizo
ver las estrellas del cielo.

CÉSAR. Las mujeres principales
no son mudables tan presto.
Marche a Nápoles el campo.

FABIO. ¡Ah, señor!, que ha sido yerro.
Cogieras el nido agora,
como prudente, discreto,
que hay mujeres ruiseñores
que hoy muestran los picos tiernos
y mañana son lagartos
que agarran alma y dinero.

(Vanse. Salgan el REY y CELIA, y ROBERTO detrás.)

REY. Cansan desprecios.
CELIA. Sí harán;
pero éstos no son desprecios,
que con vos fueran muy necios.

REY. Soberbios, señora, están
vuestros pensamientos hoy.

CELIA. Siempre fué la honestidad
desdén.

REY. De mi libertad,
albricias al alma doy.

CELIA. Pues según eso, estaréis
a mi desdén obligado,
porque él sin duda os ha dado
la libertad que tenéis.

REY. Estaba una vez la rosa
soberbia de su hermosura,
ya teñida en sangre pura,
ya en nácar, ya en mezcla hermosa.

Ya de la verde camisa
salían blancas y rojas,
apretándose, las hojas
a ver del alba la risa,
y apercibiendo el botón
con las dilatadas puntas,
las guardaba todas juntas
en avarienta prisión.

Miró al clavel y azucena,
y dijo: "¡Qué hermosa estoy!
Obra de Júpiter soy,
vosotros, de mano ajena.

Oyendo el dios su locura,
tantas espinas la dió
por castigo, que templó
su loca y vana hermosura.

CELIA. Engañase vuestra Alteza.

REY. ¿En qué, Celia, lo imaginas?

CELIA. En que le dió las espinas
para guardar su belleza.

Y no hay imagen más clara
de la castidad hermosa,
pues de las manos la rosa
con las espinas se ampara.

(Vase CELIA.)

REY. Roberto, ¿tú estás aquí?

ROBERTO. Sí, señor.

REY. Sombra pareces
de Celia; siempre te ofreces.

ROBERTO. Tú sólo sol para mí
haces que tu sombra sea,
que no de Celia, señor;
que bien sabes que mi amor
sólo servirte desea.

REY. No me querer Celia bien
y siempre verte tras ella
me obliga a pensar que en ella
causas tan fiero desdén.

El desdén es frialdad.
tú eres sombra; luego es cierto
que de ti nace, Roberto,
que no de su voluntad.

Soy rey, soy mozo y pudiera
ser querido; no lo soy:
culpa, Roberto, te doy.

ROBERTO. ¡Ojalá culpa tuviera!
Crea Vuestra Majestad
que somos muy parecidos.

REY. ¿En qué?

ROBERTO. En ser aborrecidos.

REY. ¿Cierto?

ROBERTO. Es la pura verdad.

REY. En lugar de tener celos,
consuelo quiero tener;
no puedo Alejandro ser,
que no quisieron los cielos.

ROBERTO. Dírate a Celia; no es mía.
Ni yo puedo ser Apeles;
mas mi boca hará pinceles
para pintar cada día
tus alabanzas, señor.

(Salga OTÓN, solo.)

OTÓN. Don César de Avalos llega.

CÉSAR. ¿Dónde tenía.
cuando fui leal, el seso?

FABIO. ¿No fuiste tibio? Pues basta,
que mil nobles casamientos,
por no tomar posesión,
han perdido su derecho.

OTÓN. César, todo se hará bien.

CÉSAR. En mi ejemplo, caballeros,
mirad a quién alabáis:
que todo el daño que tengo
nació de alabar un ángel.

FABIO. No nació; llevalde preso:
sino de no haber tomado
posesión de ángel con cuerpo.
pues los digestos de amor,
ley, tibio; *párrafo*, miedo:
dicen que quien *tempus habet*
y aguarda que *veniat tempus*,
pues que no mereció silla,
quasi jumento albardetur.

ACTO TERCERO

(*Salgan el REY y OTAVIO.*)

OTAVIO.

Esto dicen que ha hecho
la agraviada Duquesa, tu enemiga
con atrevido pecho.
¡Así el desprecio en la mujer obliga!

REY.

Las venganzas, Otavio,
son hijas de la honra y del agravio.

Ya sé que en las mujeres
pueden más las venganzas que en los hombres.

OTAVIO.

Con razón las prefieres;
y así, no es justo que de ver te asombres
que con tantos soldados
destruya por mil partes tus estados.

Para mayor venganza,
con el rey albanés casarse intenta.
y si Rodulfo alcanza
la gran ciudad, de quien la fama cuenta
tan heroicos trofeos,
llegarán a la nuestra sus deseos.

REY.

Sabré yo, defendiendo

la furia desta bárbara amazona.
que en nombrarla me ofendo,
conducir mis soldados en persona,
que la del rey no hay hombre
que no lleve tras sí: tal puede el nombre.
Tú verás que la planta
pongo en su cuello vil, aborrecido
de mí con furia tanta,
que entre estas manos le veré rotpido,
y no estaré vengado.

OTAVIO.

Causa de eterna enenistad te han dado.

REY.

No aborrece más fiero
magnánimo león, gallo arrogante,
ni más grave y severo
doméstico ratón, sabio elefante,
a quien tanto parezco,
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

No aborrece el prudente
al lisonjero más, el cuerdo al loco,
el cobarde al valiente,
ni el pobre honrado al que le tiene en poco,
y poco lo encarezco,
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

No es a un príncipe sabio
la infame adulación más enojosa,
al honor el agravio,
ni la vejez a la mujer hermosa,
sí crédito merezco,
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

No el que es discreto al necio,
el verdadero a las palabras vanas:
el valor al desprecio,
ni el poco seso a las honradas canas,
cuya estima engrandezco,
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

OTAVIO.

Señor, si las verdades
estimas como dices, y aborreces
lisonjas, no te agrades
de los agravios que a vengar te ofreces.
Mira que es importante
la libertad de César, tu Almirante.

No quieras más soldados
para templar la furia a la Duquesa.
Los príncipes sagrados,
en cuyos hombros el imperio pesa,
destierran la codicia
y abrazan la prudencia y la justicia.

Rey

Ojalá a la compaña
de la fatalidad de César me obligara

Oraydo

Los celos son hechas,
nada de la verdad asombraron

Rey

En el mundo, ¿qué es?

Oraydo

En tu propia

Rey

Aquí con el te espero

Rey, Oraydo y salga Reyes

Rey. Pasando va sin temor
la puerta de Celibato
pues ya los desprecios della
podrán templanza en mi amor

aparear de un cohe va
una mujer que alabarte
quisiera, a no ser el arte
de tanta sospecha en ti,

pues para ser peregrino
en peregrino valor
era la madre de Amor
en forma de peregrina

El cabello que hurta al mar
ola que al viento ligero
mueve, cubre un sombrero
que se desliza mirar;

que no lo mirar pudiera
el uso de su guirnalda,
si del sombrero la tal
de su tal, o no se viera

El uso de su guirnalda
que no lo mirar pudiera
el uso de su guirnalda,
si del sombrero la tal

de su tal, o no se viera
El uso de su guirnalda
que no lo mirar pudiera
el uso de su guirnalda,

si del sombrero la tal
de su tal, o no se viera
El uso de su guirnalda
que no lo mirar pudiera

el uso de su guirnalda,
si del sombrero la tal
de su tal, o no se viera

que en tu
que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

que de la gente
que de la gente
que de la gente

Rey

Rey

Rey

el irlandés, en lo agudo;
en lo científico, el griego;
el portugués, en lo grave;
el genovés, en el cuerpo,
y el castellano, en el brio.

ROBERTO. Si tus retratos contemplo,
no es de la tierra esta dama.

REY. Pues ¿de adónde?

ROBERTO. De los cielos.

REY. ¿Qué dices?

ROBERTO. Esto que escuchas.

REY. Vamos a verla, Roberto;
que, si es como tú la pintas,
quiero dar a Celia celos.

(Vanse, y salga la DUQUESA, de peregrina, y CELIA con ella.)

DUQUESA. Vine a Roma, y desde allí
quise ver esta ciudad.

CELIA. Merezca mi voluntad
saber quién sois.

DUQUESA. Prometi,
hasta acabar la jornada,
encubrir mi patria y nombre.

CELIA. Cuando de la tierra os nombre,
quedáis, señora, agraviada.

Del cielo sois, no del suelo;
de allá venís peregrina,
porque cosa tan divina
sólo viniera del cielo.

DUQUESA. Fué mi voto por librar
un hermano de prisión,
y con la misma afición
juré también de ayudar
a cualquiera que estuviese
preso; con dinero y ruego
llegué a Nápoles, y luego
que a la vulgar fama oyese
la prisión del Almirante,
vine a servirlos en ella.

CELIA. Será, peregrina bella,
obligación semejante,
para César más prisión,
si el pagalla es justa ley,
que la en que le ha puesto el rey
don Alonso de Aragón,
el cual está sólo airado
de que se case en Milán:
envidias de que le dan
tal mujer y tal estado.

Alaban a la Duquesa
de bellísima señora;
César pienso que la adora;

mas, tanta lealtad profesa,
que sin licencia no quiso
casarse; al Rey la pidió,
y, enojado, le prendió,
y agora ha tenido aviso
que la Duquesa, en venganza,
viene el reino destruyendo.
De su ejército lo entiendo,
porque le mueve esperanza
de librar a su señor.

DUQUESA.

CELIA.

DUQUESA.

¿Quién? ¿César?
Dicen que sí;
esto, a lo menos, oí
en Roma a su embajador.

(Salgan el REY y ROBERTO.)

REY. No piden licencia reyes;
basta, Roberto, la mía,
que aun hasta en la cortesía
no nos alcanzan las leyes.

ROBERTO.

REY.

Esta es la dama.
Detente;
si ésta es, Roberto, la dama,
¡no la alabará la fama
cuando hablara eternamente!

CELIA.

DUQUESA.

Este es el Rey.
Dad los pies
en limosna, gran señor,
a una peregrina.

REY.

Amor,
peregrino dicen que es,
porque siendo hijo del cielo,
pernute en sus ocasiones
peregrinas impresiones
en el cristal de su velo;
y debéis de serlo vos;
pero gran causa le ha dado,
la tierra al cielo ha enojado,
cuando peregrina un dios.

Salir un cometa ardiente
en la postrera región
del aire, en la imitación
de pluma resplandeciente;
eclipsarse el sol, la luna,
correr luces celestiales,
son efectos naturales,
por buena o mala fortuna;
mas no sin causa divina
humilde la tierra sella
la hermosura de una estrella
en forma de peregrina.

DUQUESA.

Los príncipes, obligados

Un criado no se pone vestidos que no llegaron a las manos de sus dueños, que es lo mismo que usurparlos. Mujer y vestidos, César, si no lo sabéis, pensaldo, ¿no se han de probar primero?

CÉSAR.

No merezco ser culpado, señor, si os pedí licencia.

REY.

No hay licencia, si mil años pasan después que la deje, que siempre es el mismo agravio. Para un amigo discreto y que se precia de honrado, ya es muerta aquella mujer que el otro tuvo en sus brazos.

CÉSAR.

Nunca fué vuestra, señor.

REY.

Basta haberlo imaginado; que aun a la imaginación, leyes de amistad jurando, no ha de agraviar el amigo; mas ya estas cosas pasaron; yo aborrezco a la Duquesa, como a causa de los daños que por su enojo padecen mis inocentes estados; amo a una mujer que he visto, mejor la llamara rayo, pues que de una vista sola en su hermosura me abraso. Está en vuestra casa, César. ¿En mi casa?

CÉSAR.

REY.

Hoy ha llegado, vestida de peregrina, y peregrino retrato de los ángeles del cielo; que es gran señora está claro, porque su talle lo dice, su vestido y sus criados. Como de fúlgidas nubes se forma del cielo el manto, de dianantes su vestido, o sus ojos me engañaron, que como el sol encendido hace parecer dorados los campos, los edificios, así del vestido el manto bordaba el sol de sus ojos: ojos que no hicieran casto en Cartago a Cipión, en Grecia al fuerte Alejandro. Sus dos niñas, dos amores, jugaban con flechas y arcos;

de sus pestañas y cejas iban mil almas colgando: el campo de sus mejillas, ¿qué flores tienen los campos, qué nieve tienen los montes con que poder compararlos? La nieve es negra: las flores, feas, en viendo mezclados con azucenas, claveles; con rosas, jazmines blancos. ¿No has visto, César, la risa de algún arroyuelo manso, que en dos márgenes de flores va las arenas contando, y como músico diestro, con diversidad de pasos trina en los altos la voz y va sonoro en los bajos? Pues imagina en la suya aquel mismo curso blando, y otra cosa más sutil, aunque parezca milagro, que es la voz para el oído; y la suya puede tanto, que es para los ojos, viendo que la obliga a abrir los labios. No sé si me acuerde bien que por haberte alabado la duquesa de Milán estoy en tantos trabajos. Tú, señor, que tan discreto, dices que no es de hombres sabios alabar a las mujeres, porque es poner en cuidado sus dueños, has hecho aquí tan excelente retrato de una hermosa peregrina. César, su rostro te alabo, ya que estás cerca de verla, por ganarte por la mano: con esto quedas agora de alabármela excusado: tal miedo tienen mis celos al pincel de tus agravios: no quiero después que digas que, pues que yo no me caso, te dé licencia.

CÉSAR.

REY.

CÉSAR.

REY.

Señor, ya que el alma te ha robado esa señora, permite que prosiga en lo que trato con la Duquesa.

No, César;

— ¡Y yo te creí ca-
 ligo tan poderoso!
 — ¡No guardo a entrecabe-
 llas el apuesto señor!
 — ¡Dejad entre mis cuidados
 que os creí me podía nuera
 y vengadme a palacio
 dando a mi hermana a otro
 y a otro, que os hago a otro
 en su dote en mi deseo!
 — ¿Y cómo os me reman-
 quéis, que en Milán
 me creí que denlo, sonsa, el
 — ¡No pienso que os creí
 casado y no casado!

FABIO

CE. AV. — ¿Que de fortunas me cercad!
 FABIO — De las mercedes.
 CE. AV. — ¡Ay, Fabio,
 andad a hermosa Duquesa
 sedida en Milán!
 FABIO — Ya es un año
 que me la arrojo, y me
 tiene como un buey con
 leñones, olvidos, celos,
 onsenas, pechos ingratos
 para el mayor, la tibieza.
 CE. AV. — ¿Que habia de hacer, y todo
 de por medio el Rey.

CA. UTE

FABIO — Me muero, quien me creí
 dego y en nada en el mundo.
 CE. AV. — Aquí fue buero con un buey
 — ¡Un amigo me llamo.
 FABIO — ¡Entonces príncipe Patrio
 con la cabeza de perro
 os gregos le murmuraron
 — ¡Dad, el perro, ten me
 e del príncipe retrato
 — ¡No, el perro, el di-
 la muerte da cabu, arado
 — ¡No, la vida da, andad!
 CE. AV. — Ahora buero a guerra, y
 — ¡No, la vida da, andad!
 CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

AV. CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

— ¡Quiso la vida, y quiso, arad
 ver el calor y fuerzas que tema.

— ¡El que que el hombre le perdía
 a las fortunas de, guardar de un
 a la vida, y de la vida, al no, el
 — ¡No, la vida da, andad!

— ¡Así me lo, los, y, cuanto vos
 — ¡No, la vida da, andad!
 — ¡El laurel, y
 — ¡No, la vida da, andad!
 — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

DU. G. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

FABIO — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

CE. AV. — ¡No, la vida da, andad!

que la misma verdad niega
lo que se toca y se ve.

FABIO. Señora, si vuestra Alteza
niega, por justos enojos,
lo que están viendo los ojos
y publica su belleza,

Fabio, que no la ofendió,
merezca...

DUQUESA. ¡Quitaos allá!

(Vase.)

FABIO. "Quitáos allá." O ella está
sin juicio, o lo estoy yo.

CÉSAR. ¿Hate conocido?

FABIO. ¡Bien!

¿No has visto por las mañanas
unas hacas galicianas
que apenas la silla ven,

cuando están corcoveando,
como quien tiene cosquillas?

Pues tú y yo somos las sillas;
ya entiendes.

CÉSAR. Estoy pensando
que se puede parecer
a la Duquesa.

FABIO. Podría.

CÉSAR. Dice que es reina de Hungría.

FABIO. Presto se puede saber.

CÉSAR. ¡Que me maten, si no es chan-
No viniera la Duquesa [za!
de esta suerte.

FABIO. Eso confiesa
tu necia desconfianza.

Demás que se han parecido
muchos hombres a otros hombres,
de que no han puesto los nombres
las memorias en olvido;

Artemio se parecía
al rey Antíoco; a Nino,
Semíramis; al divino
Pompeyo, Publio; y tenía
del César otaviano
un hombre de otra nación
tanto, que era admiración
y risa al pueblo romano;
y aun a muchos animales
hombres vemos parecer.

CÉSAR. ¿Por qué causa?

FABIO. Puede ser
por influjos celestiales.

Hombres tienen de león
el ser robustos y fieros;

hombres parecen carneros,
y por ventura lo son;

mujer vi yo que tenía
la cara como una oveja,
y almagrada la pelleja:
balaba cuando pedía.

¿A quién se parecerá
un hombre falso testigo,
que jura contra un amigo
por lo que el otro le da?

CÉSAR. Mas ¿a quién, Fabio, parece
el buen amigo de Otavio,
que calla viendo su agravio?

FABIO. Sufre, César, y padece.

De los amigos de agora
haz lo que se suele hacer
del cardo, si has de comer
lo que el imprudente ignora.

¿No veis cómo va quitando
pencas y arrojando?

CÉSAR. Sí.

FABIO. Pues come lo bueno así,
lo que es malo perdonando;
o busca un ángel en quien
halles pura condición,
porque sin imperfección
hay pocos hombres de bien.

(Vanse, y salen el REY y BLANCA y OTAVIO.)

BLANCA. ¿Tantos encarecimientos?

REY. Yo sé cuán corto he quedado.
Que venga la he suplicado,
Blanca, con mil cumplimientos:
tú la verás, y tendrás
por huéspedes a Elena.

BLANCA. ¿A quién?

REY. A Elena, y no dije bien:
la misma Venus verás.

BLANCA. Eres, cuando te apasionas,
notable encarecedor.

REY. ¿Yo no he de tener amor,
como las otras personas?

Prevén, así Dios te guarde,
muchas honras que le hacer.

BLANCA. Si me das tanto poder,
no me tendrás por cobarde.

REY. Otavio, ¿qué respondió
Celia?

OTAVIO. Que luego vendría;
mas que es la reina de Hungría
su huésped me contó.

REY. ¿Cómo la reina?

OTAVIO. Esto pasa.

- KEY: Cosa que hayamos traído
quiere a Napóles?
- CECILIA: No ha sido
sino un alboroto en su casa.
Allá andaba el Almirante
lento de cuidado.
- KEY: Aquí
quiero que corra por mí.
- (Vuelve DON CESAR y FABIO.)
- CESAR: No quieres tú que me cuente
de cosa tan parecida?
- FABIO: El Rey te puede escuchar.
- CESAR: Señor, yo acabo de hablar
la hermosura encarecida
de ti con tanta razón,
y dice que vendrá a verte.
KEY: Cesar, pues la viste, adviérteme
me dio tu ta oca ion.
- CESAR: Sabes que es reina de Hun-
gría lo dice.
- KEY: Yo creo
que he cumplido el gran deseo
que de casarme tenía.
Por dar contento a mi padre
en acabando la empresa
de Milan, cuya Duquesa
me ha puesto en tanto cuidado,
ha ta que la haya venido
tranga cautiva aquí
me he de casarme, y a ti
Cesar, porque me has querido
te doy a Blanca su hermana.
en ella quiero casarte.
- CESAR: Que gracias podes darte.
KEY: Hablemos, Cesar, mañana.
En la jornada que me tra-
guera a Duquesa.
- CESAR: ¡Vaya!
- KEY: Como della mal, que guito
de enterrar mi padre muerto.
- (Vuelve FABIO.)
- CESAR: Fabio, ¿cómo va la guerra?
que el que me apremia me traiga
a Italia.
- FABIO: ¡Vaya! ¿cómo va?
Reñido el buen pueblo
de la casa de Milan, la Duquesa
está por también ir.
Blanca, que el Rey tu hermano
nos trae en esta fiesta empresa.
- Pacencia. No estoy muy mal,
duque de Calabria soy.
Te parabien que te doy
en a tu fortuna igual.
- (Sale DON CESAR y CECILIA.)
- FABIO: Entraré primero y
ganar la alfilas que
Aquí, señora, te espero.
En la Duquesa leg
emperta en tema de la guerra
Devane Fabio con ella
que quiero vengarme della.
¿Ise si por vida mia?
- CESAR: Aquí, braves tenéis
y algo de na mas hñra
que con Blanca me ha casado.
Su Alteza, mas no sabéis
que es Blanca su hermana.
- DUQUESA: Tanto
mereceris por vos que honrais
al Rey, aunque del lo estais.
(Ya se altera.)
- CESAR: No me espanto.
FABIO: El Rey es noble.
CESAR: Si hara
que una cosa de nñra
volviera a la nueva tra-
FABIO: Penando está que el Rey
Duquesa: Principio de le-
ciencia Cesar.
Ayabos, si
noble un soberbia
poco en las damas
que se fama entre ella
cuando quieren bien
la mayor la era.
Mas, porque te he
may res atentas
que decir que buiste
de la fama de mi familia.
FABIO: Que buiste
que en ti que tengo
cambio de. ¡Mik
no hñra en la guerra
En de una mujer
que mayor atenta
que en la guerra
atma de la guerra
Habate un pocho
amora y berna
que en la guerra

vi tu pecho en ella.
 Con lealtad disfrazas
 lo que fué tibieza;
 quien yerra al principio,
 nunca el fin acierta.
 Yo también erré,
 pues más justo fuera.
 huyendo, seguirte
 con armas de guerra.
 No sé cómo agora
 conocerte pueda,
 pues siempre te he visto
 las espaldas vueltas.
 Los Césares fueron
 del mundo cabeza,
 hojas victoriosas
 de laurel los cercan;
 Césares les llaman,
 imperial grandeza;
 tú, a su nombre ilustre
 quitas una letra:
 cesa en ti su fama.
 cesa su grandeza,
 y pues cesa el nombre,
 llamaraste Cesa.
 A Milán te daba,
 a Milán desprecias;
 no es para milanos
 tan hermosa presa.
 Si por conservarlo
 temiste sus fuerzas,
 diérasme tu nombre,
 mi valor te diera.
 César, doña Juana
 llamarte pudieran,
 y a mí me llamaran
 la duquesa César.
 Cuando el rey Alfonso
 casados nos viera
 y venganzas tuyas
 nos hicieran guerra,
 dentro de Milán
 poco le temiera
 la que bríos tuvo
 de entrar por su tierra.
 Quitarte las tuyas,
 ¿qué pérdida fuera,
 teniendo las mías
 y mi alma entre ellas?
 ¿Tan pobre quedabas?
 Mas bien es que adviertas
 que las ocasiones
 no es bien que se pierdan.

CÉSAR.

Aquí me traías
 para ser tu reina;
 tu reina seré
 cuando el Rey lo quiera.
 Sabré enamorarle,
 sabré hacer que vengas
 a besarme el pie
 pues la mano dejas.
 y cuando tu boca
 en mis plantas vea.
 se reirá la mía
 de ver tu imprudencia.
 Seré tu enemiga
 hasta dar en necia.
 que con los agravios
 no hay mujer discreta.
 ¡Mal haya el cobarde
 que cuando le enseñan
 el camino al gusto
 por otro rodea!
 No ha de perdonarse.
 porque es darle fuerza.
 contrario en el suelo
 ni hermosura fea. (1)

Detente, señora mía.
 y no hagas tanto agravio
 con tu entendimiento sabio
 a quien de ti se confía.
 ¿Por qué llamas cobardía
 la lealtad que puso en calma
 tu amor, que le dió la palma.
 pues las leyes del valor
 añadieron el honor
 por cuarta potencia al alma?

A la fuerza de lealtad
 que viste en mi pensamiento.
 rindióse mi entendimiento.
 forzóse mi voluntad;
 la más excelsa ciudad
 del mundo fué tu belleza,
 que Milán no era riqueza.
 Si fui en gozalla cobarde.
 no es tarde, si ya no es tarde
 mudándose tu firmeza.

De Otaviano aprendí.
 que a Cleopatra habló sin vella.
 que no eres tú menos que ella
 cuando de tu tienda hui.
 La ofensa de mi Rey vi.
 y. para no darle enojos.

(1) Así en el original; quizá deba leerse "ni hermosura tierna".

DUQUESA. con los áspides se mate.
¿Arrogancias? No lo creas.
De esa doña Juana Esforcía
cuenta la fama grandezas
notables.

ROBERTO. Eres mujer;
permíto que la defiendas.

(Salen CÉSAR y OTAVIO.)

OTAVIO. ¿Dónde vas?
CÉSAR. Déjame, Otavio.
De ti formo justas quejas.
ilustrísimo señor,
pues, prosiguiendo la guerra,
nombras otro general;
y así, me has de dar licencia
para que me vuelva a España,
a Francia o Ingalaterra.
Llama a Roberto almirante,
duque de Calabria sea,
cásale con doña Blanca,
que no es bien que lo merezca
un deudo tuyo a quien haces
tantos géneros de afrentas.
Dejárasme en la prisión...
pero en más prisión me dejas,
pues me dejas de tu mano
y de tu amor me destierras.
¿Qué bien mis servicios pagas!

REY. Almirante, nadie entienda
que para venganzas mías
trato las honras ajenas.
A Roberto di el bastón
después que quise que fueras
marido de doña Blanca,
no de Marte, de amor guerra.
¿Es esto verdad, Otavio?

OTAVIO. ¿Diciéndolo vuestra Alteza
eran menester testigos?

ROBERTO. Si César, señor, desea
la guerra, aquí está el bastón.

CÉSAR. Roberto, muy bien se emplea
en ti. Sólo del amor
del Rey formo justas quejas.

REY. Almirante, yo os le tengo,
y porque mejor se entienda
que trato verdad con vos,
hoy me caso con la reina.
Dad vos la mano a mi hermana.

CÉSAR. ¿Qué respondes?

DUQUESA. Que no crea

el Rey que soy reina yo.
¿Cómo?

DUQUESA. No hay en mi cabeza
corona de tantos rayos.
Basta que del sol lo seas.
Ya eres mía, pues naciste
emperatriz de belleza,
reina de la discreción,
laurel que en las almas reina.
Hoy has de ser mi mujer,
como una mujer no seas,
que sólo ser ella puede
oscurecer tu belleza:
no lo siendo, serás mía.
la mano te doy en prendas.
Mas si por dicha lo eres,
como el alma ya lo piensa,
confesaré que he tenido
mala voluntad a César,
y para vengarme dél
confieso que te le diera
por marido, porque así
vengarme en los dos pudiera,
dando, al fin, a cada uno,
aunque por tal no lo tenga,
lo que yo más aborrezco.

DUQUESA. Airado, verdad confiesas.
Pero ¿quién es la mujer
con quien castigarle intentas?

REY. La duquesa de Milán.

DUQUESA. Pues yo soy.

REY. ¿Quién?

DUQUESA. La Duquesa.
Cumple la palabra, Rey.
y dame a César.

REY. Quisiera
quebrarla; mas no es razón,
que en reyes es cosa fea.
Daos las manos, que yo quiero
volver a dársela a César.
Lo que es del rey, dése al rey.
Dadme vos la mano, Celia.

CÉSAR. Mi dicha alabo.

REY. Alabada:
y, acabando la comedia.
Mirad a quién alabáis.

CÉSAR. Con licencia del poeta,
alabando tal senado
será la alabanza cierta.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA "MIRAD A QUIÉN
ALABÁIS".

VALERIO. Enfermo estás.
 PRÍNCIPE. Incurable.
 VALERIO. ¡Fiero dolor!
 PRÍNCIPE. Insufrible.
 VALERIO. Mucho pierdes de tu punto
 en pedir al Conde celos.
 PRÍNCIPE. Yo los tuve; pedirélos
 al Conde y al mundo junto.
 VALERIO. Yo le hablaré.
 PRÍNCIPE. No quiero.
 VALERIO. ¿Por qué?
 PRÍNCIPE. Porque me es forzoso:
 que mal se cura un celoso
 con remedios de tercero.
 Quiero que esta enfermedad
 ella se busque el remedio.
 VALERIO. Por más que me ponga en medio,
 crece tu enojo.
 PRÍNCIPE. Es verdad.

(Sale el CONDE PRÓSPERO con dos criados.)

CONDE. Mirad que estéis avisados
 y no os apartéis de mí.
 CRIADO 1.º ¿Cuándo en el servirte a ti
 hemos sido descuidados?
 CONDE. Si acaso estoy en aprieto,
 haced como hidalgos.
 CRIADO 2.º Llega.
 que si en tu ofensa se ciega,
 no ha de haber ley ni respeto.
 CONDE. De un paje he sido avisado
 que aquí te viniese a hablar.
 PRÍNCIPE. Y en este mismo lugar,
 Conde, te espero enojado.
 CONDE. ¿Con quién, Príncipe?
 PRÍNCIPE. Contigo;
 porque ha días que te hallo
 muy traidor para vasallo,
 y fingido para amigo.
 CONDE. Mal informado te tiene
 quien te ha dicho mal de mí:
 y eso no nace de ti,
 mas del que a tu lado viene.
 Y, ¡vive el cielo!...
 VALERIO. Ya, Conde,
 mal me pagas, desafortunado,
 disculparte y defenderte.
 CONDE. ¿Defenderme? ¿Cuándo, adónde?
 PRÍNCIPE. ¡Basta, no más!
 CONDE. Si el lugar
 donde ahora me has traído
 es donde yo te he ofendido,

él me puede disculpar.
 Digan estas altas rejas,
 estas piedras y paredes,
 si por sus quiebras o redes
 entraron jamás mis quejas.
 Diga Celia si en mi vida
 puse en ella el pensamiento,
 y el mismo viento, si el viento
 vió mi esperanza perdida:
 diga un hombre si jamás
 hablar me ha visto con ella.
 PRÍNCIPE. Pues no lo negará ella,
 si fuera el tormento más:
 que quien ya se ha confesado
 por escrito y por papel,
 más se precia de fiel
 que quien su fe le ha negado.
 Próspero, yo estoy celoso,
 con razón o sin razón;
 tú tienes obligación
 de procurar mi reposo.
 Pierda yo aquesta sospecha,
 o tú perderás la vida.
 CONDE. Esa será bien perdida,
 si a tu servicio aprovecha.
 ¿Mándasme que desde aquí
 no la hable ni la vea?
 PRÍNCIPE. Más firme quiero [que] sea
 asegurarme de ti.
 CONDE. Pues dime tu voluntad.
 PRÍNCIPE. Conviene a mi desengaño,
 Conde, que por todo un año
 te ausentes de la ciudad.
 Vete a tu tierra en buen hora,
 que estás pobre, y será bien
 que dejes la corte a quien
 comienza a gastar ahora.
 Ya has mostrado bien quién
 a mi padre has obligado [eres:
 con hombres acreditado,
 adorado de mujeres.
 Descansa un año siquiera;
 cuelga la espada dorada,
 haz un arrimo o cayada
 de alguna caña ligera;
 y con esto, si aprovecha
 el ponerlo yo a mi cuenta,
 crecerá tu estado y renta
 y menguará mi sospecha.
 CONDE. Si atento sólo a mi bien
 ese consejo me dieras,
 ya pudiera ser que fuera
 obedecido también;

que a mi grave pesadumbre
sois de pedernal tan fiero,
que aun es menester acero
para haceros saltar lumbré.

A Valerio le decía,
cuando en estas piedras daba,
que más difícil entraba
amor donde amor no había;

y como el amor me fuerza,
ensayo mi libertad
a que, en vez de voluntad,
me aproveche de la fuerza.

DUQUESA. Según eso, no es amor
el que decís que tenéis.

PRÍNCIPE. Pues ¿cómo le llamaréis?

DUQUESA. Tema, locura, furor.

PRÍNCIPE. Bien al fuego que me quema
se pueden dar tales nombres.
DUQUESA. Bien digo yo de los hombres
que los más quieren por tema.

Resistese una mujer
de un hombre al primero ruego,
y cuanto procura luego
no es amar, sino venerar.

PRÍNCIPE. Nunca por sola porfía
de sujetaros, Duquesa,
he seguido aquella empresa,
ni para llamaros mía;

sino porque el vivo fuego
que agora me desatina,
para serviros me inclina,
y me abrasa, loco y ciego.

Este amor no fué elegido
como cosa accidental,
aunque ha sido tanto el mal,
que fuera mejor fingido.

Yo os amo, ¡y pluguiera a Dios
que este fuego que me quema
no fuera amor, sino tema,
y que vencierades vos!

Que yo os dejara de amar,
como en mi mano estuviera,
y más cuando alguno hubiera,
como ahora, en mi lugar.

DUQUESA. ¿Alguno, Príncipe?

PRÍNCIPE. Alguno,
y más que yo, cuando menos,
que aunque soy bueno entre buenos
para con vos ninguno. [nos,

DUQUESA. Más que vos, ¿quién es?

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

Quien próspero de favor
puso en el cielo su amor

y tiene un rey a los pies.

DUQUESA. ¿El conde Próspero?

PRÍNCIPE. El Conde.

¿Para qué os hacéis de nuevas?

DUQUESA. No es negocio para pruebas,
pero mi valor responde.

Y alegara de mi parte
que ha de ser rayo del cielo
quien, fuera de ti, en el suelo,
me abrase y puede agraviarte.

¿Qué león tan bravo y fiero,
qué Narciso tan hermoso,
qué príncipe poderoso,
o qué galán caballero?

Anda, que es impertinencia
pedirme celos de un loco.

PRÍNCIPE. Que lo esté, Celia, tan poco
desatina la paciencia.

Dame tú que fuera él,
que si yo loco estuviera,
fuera, si de mí tuviera
los celos que tengo dél.

DUQUESA. ¿No estaba contigo aquí
el Conde?

Dí cuándo.

PRÍNCIPE. Agora.

DUQUESA. No, por Dios.

PRÍNCIPE. Señor...

DUQUESA. Señora.

creedme que no le vi.

Que pudo ser que rondase,
como suele, vuestra huerta;
mas no que junto a la puerta,
donde yo he estado, llegase.

Mi mal habéis conocido,
y mis celos alterado;
pero una nueva me han dado,
de que vuestro Conde es ido;

y así, me dará lugar,
mientras dura aquella ausencia,
que descanse la paciencia,
tan enseñada a callar.

DUQUESA. ¿El Conde es ido?

PRÍNCIPE. Sin duda.

DUQUESA. ¿Y adónde?

PRÍNCIPE. Un camino largo.

DUQUESA. ¡Ay!

PRÍNCIPE. El secreto os encargo.

DUQUESA. Haced cuenta que soy muda.

Mas no lo estarán los ojos;
que hablarán pidiendo al cielo,
con lágrimas, el consuelo
de su luz y mis enojos.

CONDE. Sola tu vida pudiera
hacer que Próspero huyera;
tú eres quien me acobardas.
Y este verme enflaquecer,
y que este temor me asombre,
no es temer la muerte un hombre,
mas amar una mujer.
¿Dónde me mandas que huya,
mientras esta furia pasa?
DUQUESA. ¿No hay de un amigo una casa?
CONDE. ¿Y qué mejor que la tuya?
DUQUESA. Serás luego descubierto,
que tiene ya los criados
el Príncipe sobornados,
y a manos de alguno, muerto.
Y como es aquesta huerta
más aldea que ciudad,
y está en esta soledad
tan guardada y encubierta,
cuando entreses allá dentro,
el salir es imposible,
y a mi honor es conveniente
quitar ese mal encuentro.
Mejor será que te vayas
fuera del reino unos días;
no a tierras tuyas ni mías,
sino a las ajenas playas:
que mi palabra te doy
de no ser de otro mujer,
y aunque no te vuelva a ver,
haz cuenta que tuya soy.
Tú lo has querido, tú mismo:
tú, Conde...

CONDE. ¿Gentil consuelo
agora me cubre el cielo,
cuando estoy en el abismo!
¿Esas lágrimas, por dicha,
han de apacar este fuego?

DUQUESA. No; que lo encenderá luego
el aire de mi desdicha.
Mas soy, Próspero, mujer,
a quien es dado llorar.
Yo te quisiera imitar,
mas nunca lo supe hacer.
CONDE. ¿Al fin mandas que me vaya,
y del reino me destierras?
¿Quien paz tiene y busca guerras,
que bien pierda y que mal haya!

DUQUESA. Este es el postrer remedio,
y que en llegando me escribas.
¿Será posible que vivas,
tanto mar y tierra en medio?

CONDE. Sí, que al fin me mandas ir;

y quien tal puede mandar,
podrá sin vida quedar
y sin el alma vivir.

DUQUESA. Mira que ha un hora, y más,
que de la huerta sali.
CONDE. Pues, di: ¿pártome de ti,
y tanta prisa me das?
¿Qué es esto, Celia, qué es esto?
¿Hay alguna novedad?
Mi bien, ¡ya es mucha crueldad!
DUQUESA. ¡Huye, por Dios; huye presto!
Temo que te hallen aquí,
y te maten a mis ojos,
para que en ver tus despojos
me maten sin hierro a mí.
Que como claro se infiere
que el hijo que no ha nacido
muere en el vientre, escondido,
si acaso la madre muere,
ansi, matando tu vida,
quedará el cuerpo deshecho
de la que tengo en mi pecho,
y morirán de una herida.
Vete con Dios, que yo espero
librarte con este brazo.
CONDE. Pues dame el postrer abrazo.
DUQUESA. Toma el abrazo postrero.
Digo postrero esta vez,
que después de la partida
seré tu esposa.

CONDE. Eso pida
el alma, que es el juez.
Mira que sólo te encargo
que, si a dicha me olvidares
y otro nuevo amor tomares
en este destierro largo,
como el Príncipe no sea,
sea cualquier caballero.

DUQUESA. ¿Eso pides?

CONDE. Eso quiero.
¡Ansí yo vuelva y te vea!

DUQUESA. Esa palabra te doy,
y esta cadena.

CONDE. Este anillo
te doy, pues.

DUQUESA. Con recebillo
soy tu esposa y vida soy.

CONDE. ¡Adiós!

DUQUESA. Vete por detrás
deste cercado.

TEODORA. ¡Adiós, Conde!

CONDE. Teodora, adiós. ¡Voyme!

TEODORA. ¿Adónde?

que me da pátzva, y dire
 Interne al a mir de
 el tiempo mudable
 e en balde y necesi
 tomar de tu agravio pro
 Que triste suceso es el
 que me ha me la pátz
 siempre el mal de
 llera ma arrepentido

PRINCEPS Y VALERIO. ARRIAS Y
 OTROS. Ciudad.

PRINCEPS

¡Oh tal vez igual tal tu con
 te cando Valerio e atrevi
 sera muy el to que a desha
 omulad, y en lengua a hablarla
 le podra venir a muestra ma
 que que n te co mlokura

VALERIO

Dado un pregon que manda en la rite
 que quien te da te pre al conde de, pero
 le daza, o tr tanto con el tiene
 timo, lo den la villa y linare,
 por los o a tendir el que no l de te
 pero para aler a caso ecribe
 a Celia y la lengua a le repende
 e been que p ng a el muto a guarda
 y en tal la que tiene e agola
 de Ar el y Celia que pre entee tiene
 puede hacer tu rita conianza
 e en creen el mal tales,
 e la g a beo a viente

PRINCEPS

Que tu es Valerio valerio
 que me da pátzva, y dire
 Interne al a mir de
 el tiempo mudable
 e en balde y necesi
 tomar de tu agravio pro
 Que triste suceso es el
 que me ha me la pátz
 siempre el mal de
 llera ma arrepentido

VALERIO

Que tu es Valerio valerio
 que me da pátzva, y dire
 Interne al a mir de
 el tiempo mudable
 e en balde y necesi
 tomar de tu agravio pro
 Que triste suceso es el
 que me ha me la pátz
 siempre el mal de
 llera ma arrepentido

PRINCEPS Y VALERIO. ARRIAS Y
 OTROS. Ciudad.

PRINCEPS Y VALERIO. ARRIAS Y

VALERIO. Que te pare. A

Que te pare. A
 Que te pare. A
 Que te pare. A
 Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A
 Que te pare. A
 Que te pare. A
 Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

VALERIO. Que te pare. A

PRINCEPS. Que te pare. A

hace a un hombre tantos daños,
cuyo padre muchos años
me ha servido, mozo y viejo?

PAJE. Señor, aquí está una dama
que quiere hablarte.

REY. ¿Quién es?

PAJE. Podráslo saber después:
mujer del Conde se llama.

REY. ¿Del Conde?

PAJE. Sí, mi señor:
así lo dice; y, cubierta,
pide para entrar la puerta.

REY. ¿Sola?

PAJE. Sola.

REY. ¿Grande amor!

Dí que entre.

RUFINO. Pues ¿no sabrás
si lo merece? No sea
alguna grosera y fea.

REY. ¿En gracioso extremo das!

¿Parécete que mujer
del conde Próspero, acaso
ha de ser de cada paso?

RUFINO. Yo sigo tu parecer.

(Entra la DUQUESA.)

DUQUESA.

Aunque haya sido grande atrevimiento
venir, excelso Rey, a tu presencia;
mas como de mujer el sentimiento
sea parte de justicia y de clemencia
que en tu pecho real el cielo puso,
me dieron para aquesto esta licencia;
estarás espantado, y aun confuso,
de ver que una mujer, y no casada,
a semejante hazaña se dispuso;
pero, si no lo estoy, estoy prendada
a peligro de fama, vida y honra.
Tu hijo lo estorba, de quien soy forzada.
pues pretende ver cierta mi deshonra;
estórbale, señor, remedio mío,
pues la ocasión legítima me honra.

Yo soy hija del duque Leonadío,
viejo y enfermo de servirte en guerras
al fuego indiano y al flamenco frío;
saben aquesto conquistadas tierras
que tienes hoy por él, y tú lo sabes,
aunque de tu memoria lo destierras.

Amor, que nunca vino en gruesas naves,
con salva ni alboroto, mas secreto,
hasta tomar del corazón las llaves,
como somos iguales, en efeto,

a mí y al conde Próspero nos puso
de matrimonio el yugo más perfeto.

Nunca a pedirme al Duque se dispuso,
de miedo que tu hijo, como agora,
hiciese la maldad de que le acuso.

REY.

Reírenad esas lágrimas, señora,
que para tan honrados ojos bastan,
pues siempre mueve la mujer que llora:
en balde perlas tan hermosas gastan,
si ya no piensan que es de piedra el pecho,
y como tal le rinden y contrastan.

Cuanto a lo de la justicia, satisfecho
estoy del Conde, cierto; y de mi hijo
creo lo que encubris y yo sospecho.

Id norabuena, que el dolor prolijo
que agora os atormenta y apasiona
será muy presto gloria y regocijo:
yo guardaré del Conde la persona
de la manera que la propia mía.

DUQUESA.

Guarda el cielo esa real corona,
que en esa fe, como es razón, confía
aquesta hechura de un leal vasallo
que sirvió, señor, cuando podía.

(Vase la DUQUESA.)

RUFINO.

¡Gentil talle!

REY.

¡Gentil! Y de mirallo
me pretendí guardar.

RUFINO.

¡Dichoso el Conde,
pues solamente tiene de gozallo!

REY.

No hay palmo, desde aquesta tierra adonde
el contrapuesto mar del occidente
la cabeza del sol baña y esconde,
que no haya andado y visto variamente;
pero jamás, Rufino amigo, he visto
tan bellos ojos, boca, ceja y frente.

RUFINO.

¿Hate agradado?

REY.

Tanto, que resisto
a toda fuerza el daño.

si del bosque me desvío,
mis ojos contemplarán
donde los tuyos están.
Celia hermosa, cielo mío.

Desde aquí, siquiera el viento
me traerá nuevas de ti,
y podrá mi pensamiento
ir al lugar que perdí
con más fácil movimiento.

Aquí, sobre esta cayada,
el alma triste y cansada,
quiere descansar. ¿Si el peso
del pesar en ella impreso
sufrirá sin ser quebrada?

Sed, cayada, fuerte palma:
pero probemos los dos
a tener en una calma
cuerpo y alma. El cuerpo, vos,
y yo, mientras vivo, el alma.

*(Salen, como del molino, LAURA, hija del molinero, tras
MELAMPO, mozo del molino, tirándole salvado.)*

LAURA. Aguárdame, burlador.

MELAMPO. Si me alcanzas. *(Vase.)*

LAURA. ¿Alcanzarte?

Fuera lícito a mi honor,
que, según leyes de amor,
ventaja pudiera darte,
porque venciera a Atalanta
y a la Amazona que espanta,
pues por los trigos corría,
y en las espigas ponía
de una en otra la planta.

¿Qué hace aquél labrador
sobre la cayada echado?
¡Hola! ¿Qué digo? ¡Señor!
¡Qué lleno está de cuidado
y qué falto de color!

Sin duda, al molino vino
de algún pueblo convecino,
y yo no le he visto entrar.
Mas quíerole despertar.
De esta vez me determino.

(Echale un puñado de harina o salvado.)

CONDE. ¡Que me ahogo, santo cielo!

¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Favor!

LAURA. No tengáis desto recelo.

Despertad, buen labrador.

Bajad los ojos al suelo. [do:]

CONDE. ¿Y sois vos quien me ha burla-

LAURA. Sacudíos el salvado
y veréis quién os burló.

CONDE. Si esa mano me tiró,
salvo estoy de mi cuidado.

LAURA. ¿En salvado os ahogáis?
¡Cochino debéis de ser!

CONDE. Mejor diréis en placer:
que el mucho que en veros daís
a todos puede exceder,

que, a tanto bien, es estrecho
el aposento del pecho.

LAURA. Sacudíos el salvado.

CONDE. Conviéneme estar manchado
de la mano que lo ha hecho.

LAURA. Sacudíos.

CONDE. Bien estoy,
que yo sé que de esta suerte
más desconocido voy.

LAURA. ¿De quién?

CONDE. De la misma muerte,
pues ya de la vida soy;

que esta señal conocida
es vuestra, que es de la vida
que me habéis dado con veros.

LAURA. Más señal de molineros.

CONDE. ¿Soislo vos?

LAURA. Y aquí nacida.

CONDE. ¿Sois hija del dueño?

LAURA. No;
el dueño es más ancho y largo;
empero soy hija yo
del que lo tiene a su cargo
y por un año arrendó.

El dueño es dueño de brio.
Son del Duque Leonadio
y de Celia, la Duquesa,
desde bosque hasta la presa.

CONDE. Son del mismo dueño mío.

¡Qué buen dueño y qué divino!
¡No en balde el alma me inclina
a seguir este camino!

LAURA. A ver me vuelvo la harina.
¿Qué mandas para el molino?

CONDE. Esperad.

LAURA. ¿Qué me queréis?

CONDE. Que una razón me escuchéis,
pues me tirastes salvado.

LAURA. Sí haré, si habéis despertado
del cuidado que tenéis.

CONDE. Grande yerro hubiera sido,
aunque una noche de enojos
ha de dormir el sentido,
habiendo ya el sol salido;

CONDE. El mismo nombre.
 LAURA. Y, en fin,
 ¿quieres servir?
 CONDE. Y tan fiel
 como Jacob por Raquel,
 si no se me muda al fin.
 LAURA. No estoy de creerte un dedo;
 pero ven; que ya de amor
 es mensajero este miedo.
 CONDE. De mi bien dirás mejor
 si en este molino quedo.

(Vase LAURA.)

¿Hay locura más notable?
 Permite, cielo, que hable
 en tal punto al molinero
 que me acoja donde espero
 vida y puerto saludable;
 que aquí la harina y vestido
 sé yo que me han de tener
 de tal manera escondido,
 que pueda hablar y ver
 a los que me han perseguido.
 Y a Celia veré también,
 cuando las cosas estén
 en punto menos mortal;
 que sin ella todo es mal,
 y con ella todo es bien.

JORNADA SEGUNDA

(Salen MELAMPO, mozo del molino, y otro molinero desposado.) (1)

DESPOSADO. ¿Que es posible que ha llegado
 a tanto extremo con él?
 MELAMPO. Digo que pierde por él
 el sentido enamorado.
 DESPOSADO. ¿Tan presto puso en olvido
 lo que me quiso?
 MELAMPO. Es mujer;
 sabe amar y aborrecer.
 DESPOSADO. Bastante causa ha tenido,
 que, en efecto, a su pesar
 con Dalisa me casé,
 y aquí, ocasión le fué
 para poderme olvidar.
 Ella amó desesperada;

no debo ponelle culpa.
 MELAMPO. Bien le basta la disculpa
 de ser por otra olvidada.
 Mas conmigo no la tiene,
 pues con tu ausencia, debía
 agradecer la fe mía
 y no a quien se la mantiene;
 que dos años la he querido,
 aborrecido por ti,
 y era bien quererme a mí
 y no a un hombre de hoy venido.
 Pero al fin su ingratitud,
 teniéndola más ahora,
 ha venido a que le adora
 a costa de mi salud.

DESPOSADO. ¿Cuanto ha que está en el moli-

MELAMPO. Poco más habrá de un mes [no?
 que puso en casa los pies
 y a darme la muerte vino.

DESPOSADO. ¿Cómo se llama?

MELAMPO. Martin.

DESPOSADO. ¿De dónde es?

MELAMPO. De Belmirar.

DESPOSADO. ¡Buen talle!

MELAMPO. El que basta a dar
 a mi vida amargo fin.

El, que pudiera dar celos
 no digo entre labradores,
 pero entre aquellos señores
 que compiten con los cielos.

Debajo de aquel sayal
 es un hombre tan bien hecho,
 que muchas veces sospecho
 que es persona principal.

Buen rostro, gran cortesía,
 gran músico de vihuela,
 pues danza como en escuela,
 todo para envidia mía.

Tira la barra una legua,
 que no hay señal que no borre,
 y si alguna yegua corre,
 parece viento la yegua.

Tiene fuerza como un toro,
 ligereza como cabra
 y gracia que no hay palabra
 que no parezca de oro.

Cuando aquesto considero,
 yo propio a Laura disculpo.

DESPOSADO. Si él es tal, yo no le culpo,
 que hombre soy, y bien le quiero.

Y si por sola la fama
 se deja de hombres querer,
 yo disculpo a la mujer

(1) A este mozo dió Hartzenbusch el nombre de Tamiro, que es el que lleva en el cuerpo de la obra.

hablarte de espacio.
 DESPOSADO. Vamos.
(Vanse quedando el CONDE y LAURA.)

LAURA. ¿Qué tenemos? ¿Cómo estamos?
 CONDE. Voyme.
 LAURA. Espera.
 CONDE. Desespero.
 LAURA. Vuelve, Martín, esos ojos,
 que son la luz de los míos.
 CONDE. Mejor dijeras dos ríos
 que han de llorar mis enojos.
 LAURA. Sin causa te has enojado.
 CONDE. Dios sabe la que he tenido,
 pues a un hombre que has querido
 entre tus brazos he hallado.
 Ya vengo a experimentar,
 aunque es con tan caro aviso,
 que lo que un tiempo se quiso
 tarde se viene a olvidar.

LAURA. Deja, mi bien, de quejarte
 dese fingido favor;
 que sólo ha sido su amor
 ensayo para adorarte.
 ¿Piensas tú que le abracé
 de mi propia voluntad?
 CONDE. ¿Quién forzó tu libertad?
 LAURA. Mi padre.
 CONDE. ¿Tu padre fué?
 LAURA. ¿No ves que me lo mandó?
 CONDE. Tú pudieras excusallo.
 Al fin, quisiste abrazallo.
 No importa; paguelo yo.
 Siempre queréis las mujeres
 a quien os deja y desprecia.
 LAURA. No fui tan blanda, aunque necia.
 CONDE. Yo sé bien, Laura, quién eres.
 Que sin duda que te asió
 con montera y sayo nuevo.
 LAURA. ¿Por esas cosas me nuevo?
 Debo de ser niña yo.
 Más me agrada tu capote
 lleno de harina y salvado
 que su sayo ajironado
 de damasco y chamoleté.
 Pégame toda esa harina
 en aqueste pecho y brazos,
 mi alma, con dos abrazos.
 CONDE. ¡Gracia tienes peregrina!

(Abrázanse.)
 ¡Ah, Celia, si aquesto vieras
 a qué risa te incitara.

LAURA. ¿Aun no me vuelves la cara?,
 luego ¿enojaste de veras?

CONDE. Estoy muy sucio y trocado;
 otro día me verás
 más limpio, y me abrazarás
 si acaso vengo enfadado.

LAURA. Según yo tengo ventura
 en amar quien me aborrezca,
 ¿quién duda que me acontezca
 otra mayor desventura?
 ¿Quién duda que me suceda
 lo que temo y adivino,
 pues ya tiene en mi molino
 fortuna puesta su rueda?

Cásate, ingrato, en buen hora,
 que aunque es malo para mí,
 ya de una vez aprendí
 lo que he de llorar agora.
 Ya viuda de dos maridos
 soy primero que casada.
 CONDE. ¡Oh, molinera pesada,
 para moler los sentidos!
 ¿Si ya me dejases ir
 a ver a Celia, mi bien!
 Pero cese mi desdén,
 por que me deje partir.)
 ¿Ea, mi Laura, no haya más!
 No llores, cesen enojos;
 no falte el sol en tus ojos,
 con cuya luz me la das.
 Mira que estoy de partida.
 No te quedes enojada.

LAURA. ¡Mi bien!, en lo que te agrada
 está mi muerte o mi vida.
 No me digas más de un hombre
 de quien la muerte deseo,
 que huyo desde que le veo
 y blasfemo de su nombre.
 Como no muele el molino
 con el agua que pasó,
 así el amor que olvidó
 no vuelve al mismo camino.
 Tuya soy, ya soy más diestra,
 pues amé a quien olvidase,
 para que cuando te amase
 fuese en amarte maestra.

CONDE. Mi Laura, todo lo creo;
 vete, porque estoy de prisa;
 pues ya de mí fe te avisa
 la fuerza de mi deseo.
 Dime qué te he de traer
 de la corte.

LAURA. ¿Qué, te vas?

SOLDADO 1.º

Pase delante el escuadrón formado.
y téngase gran cuenta con el preso.

PRÍNCIPE.

Hase hecho muy bien, Valerio amado.
Quédate a ver el fin deste suceso.
¿Dónde está mi caballo?

VALERIO.

Queda atado
en una encina dese bosque espeso.

SOLDADO 1.º

A la puerta de Celia nos paremos,
que es orden que del Príncipe traemos.

(Páranse con el preso, y aparecen en la ventana la DUQUESA y su criada.)

TEODORA.

Llega, señora, llega, por tu vida;
verás un escuadrón de gente armada.

DUQUESA.

Ya vengo del temor descolorida,
y sobre el corazón la sangre helada;
que gente es ésta de crueldad vestida.

TEODORA.

Un preso llevan.

DUQUESA.

¡Ay, Teodora amada!

¿Si es el Conde?

TEODORA.

¿Qué dices?

DUQUESA.

Que sospecho

bien cierto que es el Conde.

SOLDADO 2.º

¡Bien se ha hecho!

(Vanse todos, queda VALERIO.)

DUQUESA.

¡Ah, señor caballero!

VALERIO.

¿Soy en algo

a vuestra señoría de provecho?

DUQUESA.

Que me esperéis os ruego, si algo valgo,
por ser quien soy, en vuestro honrado pecho.

VALERIO.

¡Que me place, señora!

DUQUESA.

Pues ya salgo.

(Quítanse de la ventana.)

VALERIO.

Basta, que tiene el corazón estrecho.
A hablarme baja, y de su pena infiero
que piensa que es el Conde verdadero.

(Salen la DUQUESA y TEODORA.)

DUQUESA. ¿Valerio dices que fué?

TEODORA. Valerio me pareció.

VALERIO. Ese fui, señora, yo,
y el que en la reja os hablé.

Y pues creo que estimáis
al Príncipe, mi señor,
tanto por que os tiene amor
como porque vos le amáis,
y que os habéis de holgar
de lo que gusto recibe,
muestras os doy que ya vive
con placer y sin pesar.

DUQUESA. ¿De qué suerte?

VALERIO. Este que veis
llevar al justo castigo
es el Conde, su enemigo,
cuyo delito sabéis.

Este es aquel Conde falso
que os parece verdadero,
a quien presto ver espero
en un alto cadalso.

Este es aquel embaidor
que en la corte se alababa
de que os hablaba y trataba
con más palabras que amor.

Este es aquel que muriendo
dará vida a vuestra honra,
por cuya lengua y deshonra
murió, señora, viviendo.

De quien ves que le atropella
fué preso en la propia raya,
atado el caballo a un haya
y él durmiendo al tronco della.

Y un pedernal y una espada

En eso debe de estar.

DUQUESA. Si eso andáis por inquirir,
desde luego os podéis ir,
que no tenéis que buscar.

GALO. ¿Cómo así?

DUQUESA. Porque no ha un hora
que ha pasado por aquí
preso.

CONDE. ¿Preso?

DUQUESA. Yo le vi.

CONDE. ¿El Conde preso, señora?

ARSELO. Vamos de aquí, ¿qué aguarda-
a pedir albricias desto. [mos?]

GALO. Dichoso el que se le ha puesto
en las manos vivo.

ARSELO. Vamos.

(Vanse ARSELO y GALO.)

CONDE. ¿Dijístelo por burlarte
eso de ser preso el Conde?
¿Conocístelo?

DUQUESA. Sí.

CONDE. ¿Dónde?

DUQUESA. Desta casa y de otra parte.

CONDE. Porque le tengo afición,
me di si fué verdadera
su prisión.

DUQUESA. Si no lo fuera.
¿fuera burla mi pasión?

Ahora le llevan preso
un escuadrón de soldados.

CONDE. O van todos enjaulados
o tengo perdido el seso.

DUQUESA. Yo le vi con estos ojos,
y le he llorado con ellos.

CONDE. No les deis, pues son tan bellos,
por tan poca causa enojos,
que el Conde es buen caballero.
y sabrá volver por sí
estando preso.

DUQUESA. ¡Ay de mí!
de su salud desespero.

Y si cual tigre no he sido,
en saliendo de su cueva
cuando el cazador le lleva
el hijo recién nacido,

es que el Rey y mi afición
me han dado palabra y fe
que a Próspero gozaré
aunque viniese en prisión

CONDE. El os debe de pagar
ese amor y justo oficio,

y del vuestro es gran indicio
poneros conmigo a hablar,

que al fin por tratar del Conde,
me habéis tratado en expreso
de que le han llevado preso
y que una cárcel lo esconde,
y no despreciar mi traje,
lleno de harina y pobreza.

DUQUESA. Tratar del Conde es riqueza
para mí de gran linaje.

CONDE. ¿Es acaso vuestro esposo.

que habláis como su mujer?

DUQUESA. Eslo el Conde y ha de ser,
a pesar de un envidioso.

CONDE. ¿Quién es?

DUQUESA. El Principe, y tiene
envidia del Conde, y grande,
de ver que el Conde me mande
y que él a servirme viene.

CONDE. ¿Queréis que le mate yo,
que tengo en casa guardada
de vuestro Conde una espada?

DUQUESA. ¿Quién, o cómo te la dió?

CONDE. Estando yo en mi molino,
pasó huyendo a pie y cansado,
que el caballo había dejado
medio muerto en el camino;
y por un vestido así
espada y capa me dió,
y aquella noche durmió
conmigo.

DUQUESA. ¿Contigo?

CONDE. Sí.

DUQUESA. ¡Grande es el dolor del miedo!
CONDE. No tengáis tanto, ¡por Dios!
pues está hablando con vos
el Conde.

DUQUESA. ¿El Conde?

CONDE. Sí.

DUQUESA. ¿Quedo!
Próspero, no te alborotes.
¿Eres tú?

CONDE. Yo soy, mi bien.
¡Paso! Mira que no estén
los neblis sin capirotes.

DUQUESA. Si yo no te abrazo y toco
no he de creer que tú eres.

CONDE. Abrazame; no te alteres.
¿Qué temes?

DUQUESA. Espera un poco.

CONDE. ¿Qué tienes?

DUQUESA. Fuite a abrazar,
y dióme imaginación

mas no me conocerá,
pues vos no me conocisteis.

(*Entran el PRÍNCIPE y VALERIO.*)

PRÍNCIPE. Alegre mis ojos tristes
el sol que me alumbra ya.
No os alteréis, Celia hermosa,
puesto que me aborrecéis.
TEODORA. ¡Ah, molinero! ¿No os vais?
¿Fáltaos algo?

CONDE. Cierta cosa.
TEODORA. Pues despachalda y partíos.

(*Úase el CONDE y vuelve a escuchar desde la puerta.*)

PRÍNCIPE. Guerra piden vuestros ojos,
pues me miran con enojos,
habrán de llorar los niños.
¿Por ventura es la ocasión
la prisión del Conde?

DUQUESA. Y tanto,
que si no me acaba el llanto,
piedra he vuelto el corazón.

PRÍNCIPE. Pues, preso, ¿qué honor os quita?

DUQUESA. Ver lo que el mundo dirá.

PRÍNCIPE. Que así engañándose está,
a más cólera me incita.

VALERIO. Di que le quieres matar.

PRÍNCIPE. Ya, Celia, acierte o no acierte,
al Conde dará la muerte.

DUQUESA. Y yo la sabré vengar.

PRÍNCIPE. Mejor podrás estorballa
con sólo hacer mi gusto.

VALERIO. Llega y quitale el disgusto;
sola está: intenta abrazalla.

PRÍNCIPE. Bien sé, mi vida, que estáis
muy enojada conmigo,
porque yo soy enemigo
de un hombre a quien adoráis;
pero dadme aquestos brazos;
que si me hacéis este bien,
yo haré que libre os le den,
donde le deis mil abrazos.

DUQUESA. Príncipe, ¿qué atrevimiento
es éste? ¿Suelta!

VALERIO. No quieras,
que las mujeres más fieras
tienen tierno el sentimiento.

PRÍNCIPE. Temo, Valerio.

VALERIO. Porfía.

PRÍNCIPE. ¡Ea!, dadme aqueles brazos.

(*Entra el CONDE y pónese en medio.*)

CONDE. Nunca faltan embarazos.

¿Qué digo? ¡Ah, señora mía!

PRÍNCIPE. ¿Quién es éste?

DUQUESA. Un molinero
de casa. ¿Qué quieres, di?

PRÍNCIPE. ¿Qué puede quererte a ti?

CONDE. Mas que a vos pretendo y quiero.

VALERIO. ¿Qué rústico es el villano!

CONDE. Cuando en el macho subía,
me vino a la fantasía
mi amo.

DUQUESA. ¿Quién?

CONDE. Leridano,
que me mandó que os dijese
lo que denantes no pude:

por que el molino no mude,
si acaso el río creciese.

Y es que mandéis reformar
la presa que el agua bate,
que el río, al primer combate,
se la ha querido llevar.

Esté más firme, y no sea
causa que pierda el molino;
por que al segundo camino
más firme que antes la vea.

Y dice que le escribáis
las hanegas y la cuenta
del trigo que acá se asienta,
por que respuesta tengáis;

que él escribirá también
lo que le deben allá.

DUQUESA. ¿El mayordomo no está
donde esas cuentas le den?

¿Cómo me vienen, Teodora,
con estas cuentas a mí?

TEODORA. Este villano es así;
no le conoces, señora.

DUQUESA. Hermano, pues que así es
que ya en mi casa no hay gente
que os entienda y os contente,
y es la cabeza los pies,
yo, que al fin os he entendido,
la respuesta a cargo tomo,
haciendo de mayordomo,
el oficio no entendido.

Y así, digo que digáis
a vuestro amo y mi casero
que lo que él quisiere quiero,
como vos nie lo mandáis;

y que no tenga temor
que el río la presa lleve,
por más que a romper la pruebe
su creciente y su rigor;

que tiene buenos cimientos

en el mundo que se ha
que me sea espantadizo
y que me sea penitencia
y guerra en mi alma, en
que la presa lo estará
de noche, y el que se cierra
a la hora de salir, dirá
que es el que andaba en
el mundo. Dios, sabrá
por qué me es temor
que yo ande en la luna.
En el mundo, que es el
que me es el mundo.

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

Yo que me he metido en
el mundo, he visto
que me he metido en
el mundo, he visto

del antiguo valor de tus agüelos,
de quien eres divino descendiente:
Rey a quien dieron los eternos cielos
el alma mas real y generosa
que cubrieron jamás humanos velos:
esta que ves cual sombra lastimosa
a tus pies arrojada, es por su daño
del Conde preso la viuda esposa.

REY.

Tu funesto espectáculo es extraño,
señora Celia, ¿necesario ha sido
tan blancas tocas y tan negro paño
para vencer un hombre ya rendido
a la hermosura vuestra, a quien me allego,
aunque sin luto, del dolor vestido?

Y cuando no estuviera yo tan ciego,
mi real palabra no bastara sola
para daros al Conde libre luego?
Si en las necesidades se acrisola
el oro de la fe y aqueste ejemplo
os hace mas romana que española,
pedid a mi valor que os libre un templo:
seréis imagen de su altar divino,
por que os adoren como yo os contemplo.

DUQUESA.

No en balde vuestro nombre es peregrino
de polo a polo, y vuestra cortesía
digna de un pecho de adoraros digno.

¿A quién mejor el templo convenia
que a un rey que de mil lauros adornado
busca la paz y guerra aborrecia?

Pero como ladrón y maltratado,
el Conde mi marido, en el castillo,
con guardas, tiene el Principe encerrado,
y es lo peor que su cruel cuchillo
ya dicen que amenaza su garganta:
a vos le pido, Rey: a vos me humillo...

REY.

Las piedras, cuanto más hombres, quebranta,

Duquesa, vuestro llanto y mueve a pena,
y más con más razón quien tiene tanta.

Pero, decidme: una amistad tan buena
como sería daros libre al Conde,
y negando mi sangre por la ajena,
¿merece galardón?

DUQUESA.

Por vos responde
el mismo bien que pretendéis hacerme,
y el beneficio al premio corresponde.

REY.

A quien tan liberal quiere entenderme
no es necesario declararme tanto:
yo creo que esperaréis favorecerme.

Ve, Rufino, al castillo, y entretanto
que el Principe no sabe lo que intento,
aunque a las guardas todas cause espanto,
al Conde saca libre, y al momento
a mí y a Celia nos le trae.

RUFINO.

Yo parto.

(Ahora se descubre el fingimiento.)

De dar contento al Principe me aparto,
sólo porque le tengas tu (1). (Vase.)

DUQUESA.

Es tan grande,
que ya por los sentidos lo reparto.

De hoy más, señor, tu Majestad me mande
como a esclava que compra en este punto,
pues es razón que con tus hierros ande.

REY.

¡Ay, Celia, que me tienes ya diñunto!
No te llames esclava, sino reina
de un rey esclavo y de su reino junto

Para corona tus cabellos peina,
que en ellos reina bien, pues es tan justo
que reine en reinos quien en almas reina

DUQUESA.

Dispuesta estoy, señor, para tu gusto,
si al Conde me das libre.

REY.

¿En eso dudas?

DUQUESA.

Mira que das al Principe disgusto.

REY.

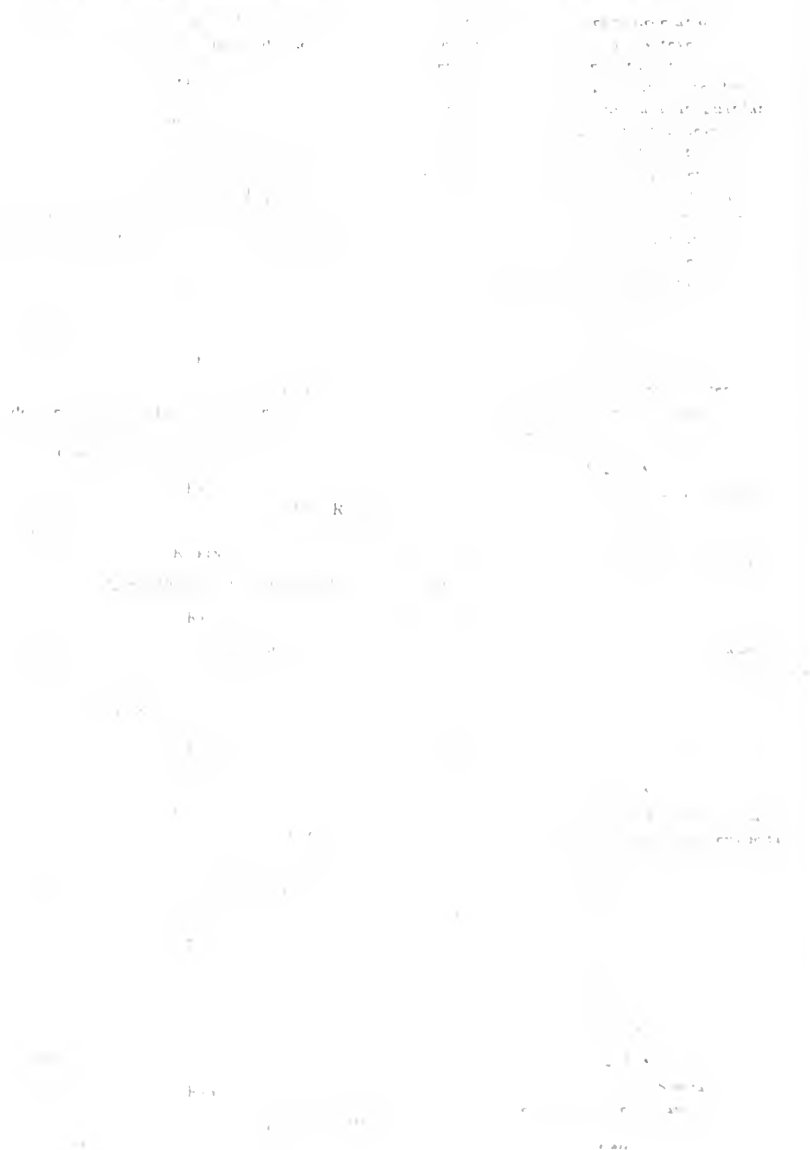
Ansí, Duquesa, a mi remedio acudas
como te trae Rufino libre al Conde.

DUQUESA.

Hablemme de placer las piedras mudas.

¡Ah, torre fuerte que mí bien esconde,

(1) Hartzenbusch suprimió el "tú." Este verso y el anterior parece que deba decirlos el Rey y no Rufino.



RUFINO.

En no aguardar razón está resuelta.

REY.

¡Que no la detuvieras!

RUFINO.

Fuera en vano,

que va furiosa.

REY.

¡Ah, hijo inobediente,

abrás un rayo tu enemiga mano!

Yo no sé qué me haga, o cómo intente
remedio ya para mi mal. Rufino,
y para el alboroto de mi gente.

RUFINO.

Para todo, señor, habrá camino.
Mas oye un poco, que tu hijo viene.

REY.

¡Haría, si le viese, un desatino!

(*Entra el PRÍNCIPE.*)

PRÍNCIPE.

¿Es verdad, mi señor, que tú mandabas
que soltasen al Conde libremente?

REY.

¿A mis ojos pareces, fiero bárbaro?

¡Quítate de mis ojos, mal nacido,
incapaz de llamarte hijo mío!

Pues mira que te aviso y te prometo
que si estás en la corte, y a mis ojos,
que la muerte que al Conde dar hiciste
has de pagar con otra, y no con menos,
y agradece que luego no lo hago.
Vamos, Rufino: deja ese cobarde.

(*Vase el REY solo.*)

PRÍNCIPE.

Yo cumpliré, señor, tu mandamiento.

RUFINO.

Calla, señor, que es cólera de padre.
Mañana estará blando y amoroso.
No te ausentes, sosiégate.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE.

No puedo;

determinado estoy, pues cielo y suelo,
amor, mi padre, Celia y mi fortuna,
son contra mí y procuran mi tormento,
de no hacer resistencia ni pedirles
el daño que me causan todos juntos;
iréme de la corte, y aun del mundo,
donde jamás las nuevas de mi muerte
puedan venirte, padre: pues la vida,
dejando a Celia, dejo ya perdida.

(*Vase.*)

JORNADA TERCERA

(*Sale el PRÍNCIPE solo.*)

PRÍNCIPE.

El cielo está cansado de sufrirme,
y yo de ir contra él no estoy cansado:
mi padre, reino y Celia me han dejado,
y yo no puedo dellos eximirme.

Mi pensamiento veo perseguirme,
y siempre estoy en él más engolfado:
de la causa del daño me han echado,
y yo no veo camino por dónde irme.

Estáme el bien llamando, y yo huyendo,
y huye de mí alma quien yo sigo,
pues me aborrece Celia, a quien yo amo.

Quiero acabar con mi dolor muriendo,
y por darme la muerte cruel castigo
no me quiere matar, porque la llamo.

Con el ausencia pensaba
que el dolor se aplacarí:
por eso me desterraba;
mas la memoria porfía
y el pensamiento no acaba.

Vuelvo, patria y padre, a verte,
pues el pesar y mi suerte
quiere que a esa mi homicida
le venga a dejar la vida,
en pago de darme muerte.

¡Ah, si Valerio viniese
para que de aquella ingrata
algunas nuevas me diese,
y de qué la corte trata!
¡Ah, Valerio, si te viese!

Que con ti descansarí
alguna parte del día,
si en mí puede haber descanso,
pues con el gusto me canso

que si me la traes aqui
haré que te quiera a ti.

MELAMPO. Lo que es imposible harás.

Mas, por verte aborrecella
en mi presencia, yo voy
a traella.

CONDE. Ves por ella.

MELAMPO. Contento y pagado estoy
sólo en que te burles della.

(Vase MELAMPO.)

PRÍNCIPE. ¿No es éste, Valerio amigo,
el molinero entonado

que, estando Celia conmigo,
entró a darme aquel recado?

VALERIO. Dese cuento soy testigo.

PRÍNCIPE. Pues lleguémosle a hablar:

quizá nos sabrá informar
del estado de mis cosas.

CONDE. Destas carrascas hojosas
siento las ramas turbar.

Mas, ¡ay, extraño accidente!

¿Tengo al Príncipe presente
y no me hiela el temor?

PRÍNCIPE. Dios os guarde, labrador,

CONDE. Bien venga la buena gente.

¿Habéis errado el camino,
o acaso tenéis que hacer
algo en aqueste molino?

PRÍNCIPE. No venimos a moler.

CONDE. Bien molido os imagino.

PRÍNCIPE. No lo adivináis muy mal;
que quien anda y nunca para,
parece al molino igual.

CONDE. Bien se os parece en la cara
que sois hombre principal.

PRÍNCIPE. Yo os he visto en otra parte.

CONDE. Estaría de otro arte.

PRÍNCIPE. No, sino de aquesta suerte.

CONDE. Así se espanta la muerte,
y la vida se reparte.

PRÍNCIPE. Era en cas de la Duquesa.

VALERIO. De Celia, ¿no la conoces?

CONDE. Nueva ama, por Dios, es ésa.

PRÍNCIPE. Y de quien lo dice a voces.

VALERIO. Mas que le piden confiesa.

CONDE. ¿Sois vos también su criado?

PRÍNCIPE. Soy un hombre que la adora,
y soy un cautivo errado.

CONDE. ¡Oxte, puto! ¿A mi señora?

Vos saldréis descalabrado.

PRÍNCIPE. Si tú supieras quién soy,

dirías que la merezco.

CONDE. Yo lo sé, que al diablo os doy,
y perdonad, que os ofrezco
por el enojo en que estoy.

PRÍNCIPE. ¿Quién soy?

CONDE. Sois un engañado.

que os andáis embelesado
por quien jurara yo aquí
que me quiere más a mí,
lleno de harina y salvado.

VALERIO. Todos saben su rigor.

PRÍNCIPE. ¿Cuánto habrá que allá no fuistes?

CONDE. De entonces acá, señor,
sola una vez.

PRÍNCIPE. ¿Y ésa viste
su divino resplandor?

CONDE. Antes no resplandecía;

que un luto negro traía
por un conde que murió.

PRÍNCIPE. Más vivo está que no yo.

CONDE. ¡Miren qué bellaquería!

PRÍNCIPE. ¿Viste acaso a quién hablaba?

CONDE. Con una carilamida.

De un principe se quejaba
que quitó a un conde la vida,
y socarrón le llamaba.

Echábanle maldiciones
entre las dos a montones,
y para ayudallas bien,
a todas dije yo: amén,
que digo las oraciones.

Hoy, que tengo de ir a vella
y llevarle cierta harina,
pienso hablar a su doncella
y pedille esta doctrina
para salvarme con ella.

Que aunque yo ya estoy salvado,
no estoy bien asegurado;
que a fe que temblando estoy.

PRÍNCIPE. Valerio, de vida soy,
después de estar enterrado.

VALERIO. ¿Cómo así?

PRÍNCIPE. Yo fabliqué
el remedio más seguro
que para hablalla tendré:
en traje tosco y oscuro,
con este villano iré.

VALERIO. ¿Quiéreste hacer molinero?

PRÍNCIPE. Eso mismo hacerme quiero,
y a su lado deste entrar,
adonde la pienso hablar
y decille cómo muero.

VALERIO. Agrádame la invención.

en cuyas prendas estamos
lo que yo de ti merezco;

porque no he de hablarte más.

LAURA.

No menos me prometía
la grande desdicha mía
que el galardón que me das.

No quiero de ti quejarme,
ni dar a entender que siento
perder un hombre de viento
que ha confesado dejarme.

Quéjome sólo de mí,
que con engaño te amé.

CONDE.

¿Qué te parece?

MELAMPO.

No se
con qué pagarte.

LAURA.

¿Ay de mí!

Martin, que mejor dijera
martirio del pecho mío,
martillo de hierro frío
que rompe un alma de cera.

¿posible es que eres tan duro
que divides a los dos,
que me dejas?

CONDE.

Si, por Dios.

LAURA.

¿Cierto?

CONDE.

Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

LAURA.

¿Y que estás determinado?

¿Y que ya no me veras?

CONDE.

Yo no pienso hablarte más:
pon en Melampo el cuidado.

LAURA.

¿Eso intentas, marmol duro?

CONDE.

No he de escuchar tus enojos
por vida de ciertos ojos.

LAURA.

¿Cierto?

CONDE.

Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

¡Vase.

LAURA.

¿Al fin el cruel se fué!

MELAMPO.

Aquí está quien te desea.

Laura, ¿quién habrá que crea
tu desengaño y mi fe?

No miras el desconcierto
que haces con él y conmigo,
pues dejas un cierto amigo
por un enemigo cierto.

¿Por qué, ingrata, no me quieres,
pues que conoces mi amor?

LAURA.

Para un hombre que es traidor
poco valen las mujeres.

Mas pues éste me dejó,
no se ha de burlar de mí,
no se vengue en que perdí

por él lo que no estimé.

Fingirme quiero contenta,
y a quien me aconseja, amar:
que con un diestro olvidar
el mejor come pimienta.

El que más presto olvida,
si ve que se le da poco,
suele volver como loco
a querer lo que dejó.

Melampo, ya yo deseo
dar remedio a tu pasión,
porque tu marido a quien
no mereces, cual lo veo.

Habría dos días o tres
que mi padre me hablaba
de que casarme trataba,
¿como ya un viejo es!

Y de Martin ¿de ti
me dijo que yo escogiese
el que más gusto me diese,
pero no le he dado el sí.

Vé a mi padre y di que quiero
que tú seas mi marido,
pues lo tiene merecido
tu fe y amor verdadero.

Cree que tu bien procuro
y el remedio de los dos.

MELAMPO.

¿Es de veras?

LAURA.

Si, por Dios.

MELAMPO.

¿Cierto?

LAURA.

Pues ¿qué?, ¿se lo juro?

MELAMPO.

Dame, mi bien, esa mano
por prendas de aqueste bien.

LAURA.

La mano y brazos también.

MELAMPO.

Amor, reviento de ufano.

LAURA.

Mi palabra te aseguro
que he de gozarte algún día.

MELAMPO.

¿Júraslo?

LAURA.

Por vida mía.

MELAMPO.

¿Cierto?

LAURA.

Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

¡Vase, y sale el REY y la DUQUESA y TEODORA, su dama.

REY.

Si, como aquí te ofrezco, el alma mía,
mi reino y mi corona, todo el mundo
darte pudiera, es cierto que lo haría.

Sólo en servirte y agradarte fundo
lo que merezco, lo que soy y valgo,
y en que quieras hacerme tu segundo.
¿Jamás veras que de tu gusto salgo.

empero no desesperes,

que yo llegaré en secreto
y diré que eres un hombre
que la adora, y en efecto
servirá saber tu nombre.

PRÍNCIPE. Que lo sabe te prometo.

Pero hablala después:
dile que el Príncipe es,
y que le quiere hablar.

CONDE. Pues mira, deste lugar
no pienses mudar los pies.

Que yo llegaré por ti
y tu nombre le diré.

PRÍNCIPE. No me moveré de aquí:
hecho una piedra estaré.

CONDE. Aguárdate y fía de mí;
que nadie mejor desea
que bueno el suceso sea
destas cosas en que andamos.

DUQUESA. Mi Conde, ¿quién esto crea?
Dime, ¿no es este traidor
el Príncipe?

CONDE. Si, señora,
ya sabéis que os tiene amor.

DUQUESA. ¿Qué es esto, Próspero, ahora?

CONDE. Habla bajo y sin temor.

Que este traidor me ha buscado
para venir disfrazado,
viéndome aquí el otro día.
Sábelo Dios, Celia mía,
si yo lo tengo llorado.

Pero, al fin, no pude más,
y le traigo a que te hable.

DUQUESA. ¿Quién lo creyera jamás!

CONDE. Es mi fortuna mudable.

DUQUESA. Dime, mi bien, ¿cómo estás?

CONDE. En viéndote, bueno y sano.

PRÍNCIPE. ¡Oh, lo que tarda el villano!

DUQUESA. Yo estoy, sin verte, perdida.

CONDE. Ponte delante, mi vida,

y tomaréte la mano.

DUQUESA. Veísla aquí.

CONDE. Besalla quiero.

PRÍNCIPE. ¡Lo que tarda el molinero!

DUQUESA. Con el contento de verte
se me olvida el de mi muerte.

PRÍNCIPE. ¡Ya de esperar desespero!

CONDE. ¿Cómo es eso?

DUQUESA. Que estoy loca
de ver que el Rey quiere hacer,
tanto el amor le provoca,
suya propia tu mudé.

CONDE. ¿Eso tomas en la boca?

DUQUESA. En esta locura ha dado:
pero no te dé cuidado
que el Rey haga, aunque más val-
ga el Conde que adoro salga [ga,
cágate] que le ha guardado.

CONDE. Eso creo yo muy bien
de tu amor.

DUQUESA. Y del desdén
que le muestro a capa tuya.

CONDE. Esto, mi bien, se concluya,
por este dolor también.

DUQUESA. En fin, le he de hablar aquí?

CONDE. Conviene, ahora, ansí.

[Llegad, Pascual, que, por Dios,
que he negociado por vos
lo que no hiciera por mí.

PRÍNCIPE. Concesmo, Celia hermosa?

DUQUESA. ¡Parécete justa cosa,
loco Príncipe, y debida
a una dama recogida
esta invención vergonzosa?

Si aquí fueras conocido,
¡podieras darme la fama
que en este tiempo he perdido
mientras que no soy tu dama
ni tú mi propio marido?

Deja ya las mocedades,
que si va a decir verdades,
eres más loco que cuerdo.

PRÍNCIPE. Cuando ves que el seso pierdo,
con razones me persuades.

Yo conozco que estoy loco,
y que nace esta ocasión
de sólo tenerme en poco,
que priva de la razón
la pena a que me provocho.

¿Qué esperas del Conde muerto?

¿Tú no ves que es desconcierto

amarle con tal pasión?

¿Es de piedra el corazón?

¿Tienes diamante encubierto?

Ya la tierra le aprisiona.

¿De que sirve voces dalle,

ni maltratar tu persona?

¿Piensas de resucitalle,

como hace la leona?

Piensa, Celia, que jamás

le verás vivo.

DUQUESA. No estás

en eso engañado poco.

Yo le veo vivo y toco,

y pienso gozalle más:

para quien deja a Francia, su regalo,
sus padres, sus abuelos y parientes.

ALBERTO.

Huelgo que bien os haya parecido,
pues es forzoso que viváis en ella.

MADAMA.

En extremo, señor, estoy confusa
de ver que hasta la corte hemos llegado
sin que nadie nos haya recibido,
ni el Principe. No sé cuál sea la causa.

ALBERTO.

No os cause aquesto, Flordelis, disgusto,
que ha sido la venida de secreto,
y puede ser que no lo haya sabido,
si ya no fuese caso que ocupado
está en cosa que importe, y que no pueda.
La causa se sabrá bien presto. ¡Hola,
marcha a la corte! Mas ¿qué gente es ésta?

(Salen el REY y algunos.)

REY.

Haced que lleguen luego esa carroza
para que a la ciudad volvamos juntos.

MADAMA.

Déme tu Majestad tus pies.

REY.

Mis brazos

os daré, mi Madama, con gran gusto,
y mi hija también.

MADAMA.

Eslava vuestra,
que vengo como en prendas, desde Francia,
de la amistad que el Rey mi padre os debe.

REY.

La discreción a la hermosura iguala;
en todo os hizo peregrina el cielo.
¿Cómo ha venido la Princesa, Alberto?

ALBERTO.

El mar le hizo, señor, algunos días
el mal alojamiento que ella suele;
mas, gloria al cielo, no fué nada todo.

REY.

Espantada estaréis, Madama hermosa,

que el Principe no salga a recibirnos;
mas pensando que fuera la venida
por tierra, por la posta fué a buscaros;
mas dentro de dos días tendrá aviso
y dara vuelta con deseo y gana
de recibir aqueos dulces brazos.

MADAMA.

Pésame a mí que mi señor el Principe
sin causa haya tomado ese trabajo;
mas bien se vengará de nuestra burla
con el deseo y gana de esperalle.

(Habrá ruido dentro, diciendo: para, para.)

REY.

Qué gente es ésta que camina al bosque,
Rufino amigo?

RUFINO.

Aquestos son criados
de la Duquesa Celia, que esta tarde
se ha venido a aquestas caserías
a ser madrina de una boda rústica
de una hija de aqueste molinero.

REY.

Y di, ¿será capaz aquea casa
esta noche de tan honrados huéspedes?

RUFINO.

Ya entiendo al blanco, gran señor, que tiras,
y digo que la casa basta y sobra
a aposentar doblada gente en ella.

REY.

Pues alto huésped tiene la Dupuesa,
y esa boda mejora de padrino.
Haz que nos traigan de la corte presto
lo necesario para aquesta noche;
porque con otra fiesta más solemne
Madama Flordelis entre en mi corte.

RUFINO.

Apercibida tienes la carroza.
Venga tu Majestad.

REY.

Venid, Princesa,
donde descansaréis aquesta noche,
y mañana dará lugar el día
para poder serviros con contento.

(Vanse, queda RUFINO solo.)

quedar. Duquesa, obligada:
pues que vengo a ser padrino
sabiendo que sois madrina.

DUQUESA. De merced tan peregrina
hallo mi valor indino.

PRÍNCIPE. No es fea la francesilla:

DUQUESA. obliga a tenella amor.
Es esa merced, señor,
para el mejor de Castilla,
y el ser padrino conmigo
donde la Princesa está
injusta cosa será:
sólo a servirlos me obligo.

Ella será la madrina
con vos, y yo os serviré.

REY. En nada contradiré
lo que Celia determina.

MADAMA. A fe que dichosos fueron
los señores desposados:
que padrinos tan honrados
pocos reyes los tuvieron.

DUQUESA. Mi señor el Rey ha sido,
de quien yo recibo honor.

PRÍNCIPE. Cobrándole voy amor;
harto bien me ha parecido.

REY. Duquesa, haced que veamos
los novios, y trataremos
de que aquí los desposemos,
y buen agüero tengamos:
que ésta su boda lo es
de alguna que hacer espero.

DUQUESA. Acá se siente el agüero
para tu gusto al revés.

Pues alto. Casero amigo,
y vos, Martín, allí entremos,
y los novios sacaremos
para que vengan conmigo:
y mirad que habéis de hacer
cierto negocio por mí.

VIEJO. Haré, señora, por ti
cualquier cosa.

DUQUESA. Así ha de ser.

(*Vanse CELIA y el CONDE y MOLINERO, viejo.*)

PRÍNCIPE. Considero tan sin pena
a aquesta hermosa dama,
que con gran razón se llama
flor de lirio y azucena.

Aquí si que mis cuidados
y amorosos desatinos
por tan honrados caminos
serán más bien empleados.

¡Mal haya el tiempo que amé

la ingrata que me aborrece!
Mujer sin fe no merece
que nadie le tenga fe.

Princesa del alma sola,
éste es el Príncipe: éste es:
serás ahora y después
mi princesa y española.

Aquí estoy arrepentido
del tiempo que me engañó;
no llores mi ausencia, no,
que aquí tienes tu marido.

Sale la DUQUESA embosada y vestida a lo villano, y el MOLINERO viejo, y los desposados, y el CONDE con alguna gente, y salen cantando los del molino. Cantan:)

"Esta novia se lleva la flor,
que las otras no.
Bendiga Dios el molino
que tales novias sustenta.
Muelan su harina sin cuenta,
a costa de tal padrino.
Del trigo que muele amor
estas muelen de lo fino,
que las otras no."

REY. ¡Muy bueno es esto, por Dios!
¡Gentil agüero y fortuna!
¿Esta novia, no era una?
¿Cómo ahora vienen dos?

VIEJO. Eran almendras paridas
las que estas huertas criaban:
que en una cáscara estaban
dos desposadas metidas.

Melampo y Martín se casan
con las dos que son mis hijas,
pues honras y regocijas
la boda.

REY. ¡Qué cosas pasan!
Este villano es discreto,
y viendo que soy padrino,
no halla mozo en el molino
que no le casa en efeto.

VIEJO. En fin, señor, ¿que gustáis
que se hagan estas bodas
con grande alegría todas?

REY. Y otras muchas que traigáis.
MELAMPO. ¿Vuestra palabra real
obligáis, justo o injusto,
de no recibir disgusto?

REY. ¡En mi vida he visto tal!
Digo que sí.

VIEJO. Esto es hecho.
Venga un clérigo que os case.

COMEDIA FAMOSA
DE
LA NOCHE TOLEDANA
COMPUESTA POR
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FLORENCIO.
BELTRÁN.
JULIO.
HUÉSPED.
EL CAPITÁN ACEVEDO.
EL ALFÉREZ CARRILLO.

LUCINDO.
RISELO.
GERARDA.
LUCRECIA.
CELIO, su criado.
LISENA.

AURELIO.
FINO, *caballero*.
DOS ALGUACILES.
UN ESCRIBANO.
BELARDO.
TORPIO.

ACTO PRIMERO

Salen FLORENCIO, BELTRÁN y JULIO.

FLORENCIO. Veré la iglesia mayor.
BELTRÁN. Pues quitate las espuelas.
FLORENCIO. Si es que importa, quitarélas;
si no, pareceme error,
pues habemos de pasar
a dormir aquesta noche
a Illescas.
BELTRÁN. Hoy se va un coche
que el sol le puede envidiar
para salir en su oriente
después que el otro que vió (1)
Faetón cuando no llegó
con su carrera a occidente.
FLORENCIO. De damas debe de ser.
BELTRÁN. Y hermosas, a fe de hidalgo,
si yo tengo voto en algo
desto que llaman mujer.
FLORENCIO. Tu voto en esta materia
no es para ías ni hermosas;
siempre hablas de sus cosas
conforme te va en la feria.
¿Estaban ya de camino?
BELTRÁN. Del coche las vi apear.

FLORENCIO. ¿Sabes tú de qué lugar
el coche a Toledo vino?
BELTRÁN. Un mesón más adelante
desto presumo que están.
FLORENCIO. Pues vaya Julio, Beltrán,
si te parece importante,
y sepa dónde camina;
porque si a Madrid se va,
conversación llevará,
si a conversción se inclina.
BELTRÁN. Ve, Julio, y con discreción.
JULIO. Voy con la que a ti te sobra.
FLORENCIO. Mi soledad fuerzas cobra
habiendo conversación;
que en dejándome, Beltrán,
entra Granada y su historia
a hacer mártir la memoria
donde mis celos están.
BELTRÁN. ¿Tenemos ya tabarreras?
¿Agora quieres volver
a memorias de mujer,
causa de tantas quimeras?
Dala al diablo treinta veces,
que así nos puso a los dos,
que aun aquí temo, ¡por Dios!,
el rigor de los jueces.
FLORENCIO. El mío me da más pena
que la herida de aquel hombre.
BELTRÁN. ¿A quién habrá que no asombre
tu fe, de fealdades llena?

(1) Hartzenbusch enmendó "quebró".

que llama a tener amor.

La mujer siempre apetece aquello que se le va, porque lo que en casa está, como a seguro aborrece.

¿No has visto un ave enjaulada, que no da tanto contento como la que va en el viento, libre, hermosa y despenada?

Pues así vienen a ser los hombres ya de camino, porque se van imaginando que los pretenden coger.

FLORENCIO. Ahora bien: ¡Huésped!

(Llama y sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. Señor.

FLORENCIO. ¿Habrá de comer?

HUÉSPED. Si habrá.

FLORENCIO. ¿Qué hay ahora?

HUÉSPED. No hay acá puesto que fuera mejor la costumbre de la tierra donde venís, ni podemos tener de todo.

FLORENCIO. ¿Qué haremos?, que quien pregunta no yerra.

BELTRÁN. Estarnos hoy sin comer. Da un doblón a ese lacayo y partirá como un rayo.

FLORENCIO. ¿Adónde?

BELTRÁN. A Zocodover o al rollo de Ecija, y luego comprará un par de capones, pues ya no habrá perdigones; y poniéndolos al fuego se asarán, y estando asados, comerás en esta tierra si quien pregunta no yerra.

FLORENCIO. Donaires tienes cansados.

¿No tengo de preguntar?

BELTRÁN. Pues ¿estamos en la China?

FLORENCIO. Ahora bien: Julio, camina.

HUÉSPED. Yo iré con él a comprar.

FLORENCIO. Merced me haréis.

BELTRÁN. De aquí a un rato volveremos a comer.

FLORENCIO. ¿Que otra mujer voy a ver!

¡Ay, Lisená!

BELTRÁN. ¡Ay, mentecato!

(Vansc, y salen GERARDA y LUCRECIA, damas, de camino, con capotillos y sombreros, y CELIO, su criado.)

CELIO. La fiesta se dilató, aunque a todos ha pesado.

GERARDA. ¿La fiesta se ha dilatado?

LUCRECIA. ¿Qué, no es el miércoles?

CELIO. No.

GERARDA. ¿Qué pesadumbre se iguala?

Pues ¿cómo se ha descompuesto?

CELIO. Dicese que está indispuerto don Pedro López de Ayala; un gran caballero, hijo del conde de Fuensalida.

LUCRECIA. No te pese, ¡por tu vida!, que se alargue el regocijo; que me parece Toledo muy bien, y cuanto se tarda la fiesta, tanto, Gerarda, me alegro más.

GERARDA. Tengo miedo

que sepa nuestra venida aquel loco de Fineo; no le traiga su deseo donde nuestro gusto impiña; que también me agrada a mí esta ciudad generosa.

LUCRECIA. Allí va una dama hermosa.

GERARDA. Y un hombre gallardo allí.

LUCRECIA. ¿Qué buen manto!

GERARDA. ¿Qué buen aire!

CELIO. La gallardía advertid.

GERARDA. ¡Dios te perdone, Madrid, que tuviste de donaire!

CELIO. Yo sé que aquí parecís muy bien por lo ballenato, y que en la iglesia gran rato os miraron más de seis que me dijeron a mí algunas cosas.

LUCRECIA. ¿De veras?

GERARDA. Ser forasteras (1)

lo merece siempre así, que van tras la novedad los hombres con desatino.

LUCRECIA. Mucha gente de camino he visto por la ciudad.

GERARDA. Todos vienen a la fiesta.

CELIO. Estos, forasteros son.

(Salen FLORENCIO y BELTRÁN.)

FLORENCIO. Estas armas y blasón

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch añadió después del "¿De veras?" esto:

CELIO. ¡Y cómo!

Folios	Inventario de la Biblioteca de la Universidad de Tolima	Folios	Inventario de la Biblioteca de la Universidad de Tolima
Folios 1-10	1-10	1-10	1-10
Folios 11-20	11-20	11-20	11-20
Folios 21-30	21-30	21-30	21-30
Folios 31-40	31-40	31-40	31-40
Folios 41-50	41-50	41-50	41-50
Folios 51-60	51-60	51-60	51-60
Folios 61-70	61-70	61-70	61-70
Folios 71-80	71-80	71-80	71-80
Folios 81-90	81-90	81-90	81-90
Folios 91-100	91-100	91-100	91-100
Folios 101-110	101-110	101-110	101-110
Folios 111-120	111-120	111-120	111-120
Folios 121-130	121-130	121-130	121-130
Folios 131-140	131-140	131-140	131-140
Folios 141-150	141-150	141-150	141-150
Folios 151-160	151-160	151-160	151-160
Folios 161-170	161-170	161-170	161-170
Folios 171-180	171-180	171-180	171-180
Folios 181-190	181-190	181-190	181-190
Folios 191-200	191-200	191-200	191-200
Folios 201-210	201-210	201-210	201-210

Pues la sombra con quien viene
no me desagrada a mí.
FLORENCIO. En cuantas he visto aquí,
ninguna su talle tiene.
BELTRÁN. ¿Ni Lisena?
FLORENCIO. Ni Lisena.
BELTRÁN. ¡Eso sí, cuerpo de tal!
FLORENCIO. Tenlo por buena señal.
BELTRÁN. Ya lo tengo por muy buena.
Pues la hermana compañera...
FLORENCIO. ¿Parécete bien?
BELTRÁN. No, a fe;
mas ¿cuánto va que es o fué
desta guitarra tercera?
¡Qué ojos!
FLORENCIO. Bellos.
BELTRÁN. Y escasos
de hacer a ninguno bien.
FLORENCIO. ¿Qué sientes dellos?
BELTRÁN. Que ven
una bolsa a treinta pasos.
FLORENCIO. Poco te deben, Beltrán,
las mujeres.
BELTRÁN. Antes tanto
que a pagármelo...
FLORENCIO. Me espanto
del crédito que te dan.
BELTRÁN. Todo lo que les he dado
me lo deben muy debido,
porque mal tomado ha sido,
y es deuda lo mal tomado.
FLORENCIO. Ocasión quiero buscar
para hablarlas.
BELTRÁN. Llega.
FLORENCIO. Voy.
Medio enamorado estoy.
BELTRÁN. Amor, comer y rascar,
todo en el principio estriba.
FLORENCIO. Si es que puede un forastero...
BELTRÁN. ¿Hay tan grande majadero?
GERARDA. ¡Gallardo mozo! ¡Así viva!
FLORENCIO. Hablar a una forastera...
GERARDA. Aunque noble y principal,
siendo el forastero tal...
BELTRÁN. Todo es moneda torera.
FLORENCIO. Suplicoos, señora mía...
BELTRÁN. Señora, no le escuchéis,
que ya cansada estaréis
de tanta forastería.
Tenía talle, ¡por Dios!,
de no parar en un año.
LUCRECIA. ¡Oh, cómo es negro el picaño!
BELTRÁN. Mucho me parezco a vos.

FLORENCIO. ¡Que aun en las cosas de veras
tus burlas se han de mezclar!
BELTRÁN. ¿Tan de veras es llegar
a hablar a dos forasteras?
Diga, señor forastero.
FLORENCIO. ¡Déjame, por Dios, Beltrán! (1)
BELTRÁN. Beltran me llamo, ¿es delito?
LUCRECIA. Que por muchos años sea:
en la puente de Alcolea
tomastes el sobreescrito.
Llecastes la delantera
a los ciento y veinte ciegos.
BELTRÁN. ¿No dije que éramos legos
para gente bachillera
de la que en Madrid nacía?
Vámonos de aquí, Florencio.
FLORENCIO. Ten un momento silencio,
por tu vida o por la mía,
que me agrada esta mujer.
BELTRÁN. A mí esotra no me agrada.
FLORENCIO. ¿Por qué?
BELTRÁN. Saco poco o nada,
y sabe muy bien volver.
FLORENCIO. Si no tenéis, por ventura,
quien en aquesta ocasión
os sirva, y la condición
de vuestro estado es segura,
suplicoos que me mandéis,
si es que la fiesta esperáis,
que busque en qué la veáis
con el gusto que veréis,
que no soy tan pobre aquí
que no pueda en un balcón
prometeros colación.
LUCRECIA. ¿Y él, qué me promete a mí?
BELTRÁN. Si acaso desde el mesón
en que estoy se puede ver,
señora, Zocodover,
allí tenéis un balcón;
mas pensar que quien aquí
casas ni raíces tiene
y con los muebles se viene
ha de hacer lances en mí,
es cosa de disparates.
LUCRECIA. Cierto que sois descortés.
BELTRÁN. No soy hombre de interés;
sólo de gusto me trates.
GERARDA. Acepto el ofrecimiento
por ver que esa cortesía

(1) Para el sentido y la rima sobran este verso y el anterior, o bien faltan otros dos para formar redondilla.

y que guardaré de mi
la belleza que en vos vi
teniéndooos justo respeto.

Desde aquí soy vuestro hermano:
si algo hiciere contra vos
de mi mano entre los dos,
os defenderá mi mano.

GERARDA. Pues con esa condición
entraré en vuestra posada.—
Basta que el hombre me agrada.
Si es amor, principios son.

¿Qué puedo en esto perder?
¿No me sabré yo guardar?
Pero ¿qué puede fiar
de si mi-ma una mujer?

FLORENCIO. Beltrán, aquestas señoras
han de ir a nuestra posada.

BELTRÁN. ¿Está hecho el precio?

FLORENCIO. ¿Que en nada
tendras silencio dos horas!

BELTRÁN. En casa del mercader,
del joyero o del platero,
deja un hombre al compañero
mientras precio quiere hacer,
a la puerta de la tienda,
y cuando sale y se juntan,
eso mismo se preguntan.

FLORENCIO. ¿Qué hay aquí que compre o ven-

BELTRÁN. A este par de cataluñas: [da?

buena vista y poco tomo.
¡Ea!, yo soy mayordomo:
habrá baños, habrá estufas;
habrá temerario plato.
Gastemos esos doblones,
aunque el amor en mesones
suele comprarse barato;

que cuando desta ocasión
salga tu hacienda medrada,
volveremos a Granada.

FLORENCIO. tú el pródigo, y yo el lechón.
Señoras, Beltrán es hombre
deste humor; délos servid,
que a fe que aprendió en Madrid
el buen humor como el nombre;
que, dejando estos donaires,
es hombre para las veras.

BELTRÁN. ¿Qué se intentan de quimeras
cuando anda el seso en los aires!
¿Con qué invención ha de entrar
en la posada?

FLORENCIO. Eso es llano:
yo diré que soy su hermano,
y que la vine a buscar

para llevarla a Granada,
y que ella partió también
para buscarme.

BELTRÁN. ¡Oh, qué bien!

Digo que es traza extremada,
que a todas las aventajo,
pues viene a ser esta vez
el mesón Aranjuez,
que junta Jarama y Tajo.

En fin, ¿eres ya su hermano?

FLORENCIO. ¿No lo ves?

BELTRÁN. Y yo ¿qué soy
de vuesa merced?

LUCRECIA. Estoy
por asentalle la mano.
¡El mi pariente!

BELTRÁN. ¿Pues qué?

¿No puedo ser su pariente,
siendo hidalgo y decendiente
de un rey mago?

LUCRECIA. ¡Bien a fe!

BELTRÁN. Pero ya sé la ocasión
de que no lo quieras ser.

LUCRECIA. ¿Y es?

BELTRÁN. Por no te detener
en buscar dispensación.

GERARDA. ¿Cómo os llamáis?

FLORENCIO. Yo, Florencio.

¿Y vos?

GERARDA. Gerarda.

BELTRÁN. Decid,
¿cómo os llamáis?

LUCRECIA. Advertid...

BELTRÁN. Un hora os daré silencio.

LUCRECIA. Yo tengo el nombre de aquellas
ejemplo de castidad.

BELTRÁN. Si, mas no será verdad
que la guardéis como ellas.

GERARDA. Celio.

CELIO. Señora.

GERARDA. Mi ropa
nuda luego a la posada
destos hidalgos.

FLORENCIO. Robada
hoy llevo la bella Europa.
Dadme la mano.

GERARDA. Esta es.

BELTRÁN. ¿Y la vuestra?

LUCRECIA. Esta es la mía.

BELTRÁN. ¡Fria está!

LUCRECIA. ¿De qué está fría?

BELTRÁN. De que no toa interés.

HUÉSPED.

¿Y del segundo corredor?

TORIBIO.

Bien dices:

la sala adonde estuvo aquel indiano,
y el aposento del rincón.

HUÉSPED.

Pues, ¡alto!

En esa del balcón estén las damas.

TORIBIO.

Venid conmigo.

JULIO.

Vamos.

HUÉSPED.

Estos días

aun pienso que el Alcázar fuera estrecho,
que todo el mundo acude a ver las fiestas.—
¿Inés?, ¿qué digo?, ¿Inés? ¡Ella es hermosa!
No habrá en Toledo cosa más famosa.

(Vase, y salen el CAPITÁN ACEVEDO y el ALFÉREZ CARRILLO, de camino.)

ALFÉREZ. ¡Buena posada!

CAPITÁN. Y quieta.

ALFÉREZ. Mañana lo estará más.

CAPITÁN. De aquí un rato quitarás
la funda desa jineta,
y saldremos por Toledo.

(Dice dentro el HUÉSPED.)

HUÉSPED. ¡Nunca nos falta un soldado!

CAPITÁN. Pues, huésped, ¿habrá recado?

HUÉSPED. Sí; gracias a Dios, bien puedo
en mi casa aposentar
toda vuestra compañía.

ALFÉREZ. La de agora bien podía.

HUÉSPED. ¿Váisla a hacer?

CAPITÁN. Voila a buscar.

HUÉSPED. ¿Adónde?

CAPITÁN. A Ocaña iré, pues voy. (1)

¿Qué hay de fiestas?

HUÉSPED. ¡Bravas fiestas!

CAPITÁN. En ocasiones como éstas,
no hay hombre a fe de quien soy,
que no procure mostrar
la fe que debe a su rey.

HUÉSPED. Sois noble, y es justa ley.

¿Qué cosa puede alegrar
más a un español, que ver
nacer un príncipe a España? (1)
Pienso que en la tierra extraña
fiestas se deben hacer.

CAPITÁN. En las indias orientales
y antárticas las habrá;
pero no es mucho, si allí
son vasallos naturales.

En los reinos extranjeros
habrá justo regocijo.
ALFÉREZ. Dios guarde ese sol que es hijo
de tan hermosos luceros.

Id, huésped, a procurar
que pongan las mesas luego.

HUÉSPED. Voy.

CAPITÁN. ¿Habrá un toco de juego?

ALFÉREZ. Si hubiere con quién jugar.

(Sale LISENA.)

LISENA. En esta sala de en medio
puede entrar el Capitán.

CAPITÁN. Si la que decís me dan,
en casa hallé mi remedio.
¿Gentil moza! ¿Sois, por dicha,
hija del huésped, señora?

LISENA. No, señor; soy labradora,
natural de mi desdicha;

que es un lugar bien desierto,
donde nacen a morir
los que vienen a servir.

CAPITÁN. No lo merecéis, por cierto:
que debiéradles mandar,
si Aquel que lo pudo hacer
no os obligara a nacer
en ese estéril lugar.

ALFÉREZ. ¿Hay tal moza de mesón?

CAPITÁN. ¿Hay labradora tan bella?

ALFÉREZ. ¿Que aquestos se sirvan della,
locos y bárbaros son!

CAPITÁN. ¿Venid acá, por mi vida!
Volveros quiero a mirar.

LISENA. Digo que podéis entrar,
porque es la sala escogida.

CAPITÁN. Y vos más que no la sala,
aunque del Alcázar fuera.
ALFÉREZ. ¿qué pareciera
con alguna honesta gala
labradora tan hermosa?

(1) Verso largo; Hartzenbusch lo enmendó suprimiendo el "iré".

(1) Alude al nacimiento de Felipe IV, el 8 de abril de 1605.

AYO: ¿Qué es lo que me quieres decir?
 CARLOS: Que me has dado un hijo, y que me has
 dado un hijo que me va a costar mucho dinero.
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?

AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo

AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo

AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo

AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo

AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo

AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo

AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo

AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo
 AYO: ¿Y qué quieres que haga yo por eso?
 CARLOS: Que me des un hijo, y que me des un hijo

CAPITÁN. ¿Fuése?
 ALFÉREZ. ¿No lo ves?
 CAPITÁN. Pues bien,
 ¿qué dijo?
 ALFÉREZ. Que yo le había
 parecido bien.
 CAPITÁN. Si haría.
 ALFÉREZ. Y que conmigo también
 iría a Italia y a Flandes.
 CAPITÁN. ¿Tú quiéresla?
 ALFÉREZ. ¿Para qué?
 CAPITÁN. ¿Con qué pensamiento fué?
 ALFÉREZ. De que hará cuanto le mandes.
 Háblala, que me decía
 que era muerta por soldados;
 que durarán tus cuidados
 menos que durare el día.
 Pero dice que la lleves
 como paje.
 CAPITÁN. ¡Vive Dios,
 que habemos de andar los dos
 como el miércoles y el jueves!
 ¡Pesía tal, que es como un oro!

(Vase, y salen LUCINDO y RISELO, caballeros de Toledo.)

LUCINDO. En este mesón entraron.
 RISELO. ¿Tan de veras te agradaron?
 LUCINDO. Prometi matar un toro
 a cuchilladas, ¡por Dios!,
 en servicio de la una.
 RISELO. ¿Hay guarda?
 LUCINDO. Poca o ninguna;
 aunque sé llegaron dos,
 al parecer forasteros,
 y las han acompañado.
 RISELO. Aquí hay un galán soldado.
 LUCINDO. ¡Y no de malos aceros!
 ¡Jesús, señor Capitán!
 ¿En Toledo? (1)
 CAPITÁN. ¿Pues [en] dónde?
 Esta grandeza os responde.
 LUCINDO. ¿Qué hay del Marqués?
 CAPITÁN. Fuése a Orán.
 Ya me acuerdo.
 CAPITÁN. Con él fué
 don Lorenzo, nuestro amigo.
 LUCINDO. ¿Qué bueno venis! Yo os digo

que se os luce y que se os ve
 el regalo de la corte.

¡Grandes fiestas!

CAPITÁN. La ocasión
 es grande. En este mesón
 ¿qué puede haber que os importe?
 LUCINDO. Siguiendo a dos forasteras,
 desde la iglesia he venido.
 CAPITÁN. Sólo he sentido el ruido.
 LUCINDO. Agradóme tan de veras
 una dellas, que he de hablalla,
 si vos espaldas me hacéis.
 CAPITÁN. Bien seguras las tenéis,
 si Amor os deja gozalla.
 Y, para hablalla mejor,
 comeréis aquí conmigo,
 que bien se sufre a un amigo.
 LUCINDO. Yo soy vuestro servidor.
 Pero al revés ha de ser:
 a mi casa habéis de ir.
 CAPITÁN. No puedo de aquí salir.
 LUCINDO. ¿Por qué?
 CAPITÁN. Por cierta mujer.
 LUCINDO. Pues, ¡pájalo!, con vos me quedo.

(Salen FLORENCIO y BELTRÁN.)

FLORENCIO. ¿Hubo qué comer, Beltrán?
 BELTRÁN. Lo que hubiere les darán,
 sin quedar cosa en Toledo.
 FLORENCIO. ¿Regalense, por mi vida,
 que estoy...!
 BELTRÁN. No me digas más.
 FLORENCIO. Pongan la mesa.
 BELTRÁN. Hoy verás
 una espléndida comida.
 Para principio les doy
 de Juanelo el artificio. [cio!
 FLORENCIO. ¿Que siempre has de estar de vi-
 BELTRÁN. ¿Qué quieres? Deste humor soy.
 Galanes hay.
 FLORENCIO. Dices bien;
 y que parecen soldados.
 CAPITÁN. Basta, a amigos tan honrados,
 que la voluntad les den.
 LUCINDO. Yo siempre me llevo a ella
 mejor que a la mesa.
 CAPITÁN. Vamos,
 porque esas mozas veamos.

(Vanse los dos.)

BELTRÁN. La una es en extremo bella.

(1) Hartzenbusch añadió:

¿Vos en Toledo?

porque el verso era corto.

FLORENCIO. ¿Y si es ya de otra?
 LISENA. Los dos
 sabremos mudar de prendas.
 FLORENCIO. Id a hacer vuestras haciendas.
 LISENA. Quedad con Dios.
 FLORENCIO. Id con Dios.

ACTO SEGUNDO

(Salen el CAPITÁN ACEVEDO, el ALFÉREZ CARRILLO,
 LUCINDO y RISELO.)

CAPITÁN. Perdonad que en un mesón
 no puede haber más regalo.
 LUCINDO. Al de Atalante le igualo
 CAPITÁN. Si es la mesa el corazón,
 ¡qué atrevida es la amistad!
 ALFÉREZ. Amor es atrevimiento.
 RISELO. Donde sirve el cumplimiento,
 no asiste la voluntad.
 LUCINDO. ¿Qué os pareció de la dama
 de Madrid?

CAPITÁN. Que os ha servido
 de comida, y me ha valido
 para no perder la fama;
 que dando con su hermosura
 dulces cosas de comer,
 no reparastes en ver
 la mesa.

LUCINDO. Y fuera locura:
 porque donde el alma come,
 el cuerpo es razón que ayune.
 CAPITÁN. ¿Vos queréis que la importune
 y que esto a mi cargo tome?

ALFÉREZ. De aquí a las fiestas, no creo
 que habéis de tener lugar;
 que muy poco os ha de dar
 la guarda con que la veo.

RISELO. Debajo de que es hermano,
 no ha de ser tan cudicioso;
 que no es amante celoso,
 ni marido cortesano.

Esta tarde se irá a ver
 la ciudad.

LUCINDO. ¡Quiéralo el cielo!

CAPITÁN. Más corto levanto el vuelo,
 con el temor de caer.

Nunca pongo el pensamiento
 donde tengan fuerza alguna
 el tiempo ni la fortuna,
 ni pueda llevarle el viento.
 ¿Vos estáis enamorado

desta dama de Madrid?

LUCINDO. Perdido estoy.

CAPITÁN. Advertid
 en la bajeza que he dado.
 Ni yo camino en el mar,
 ni en el viento, ni al sol miro,
 ni por el fénix suspiro,
 ni estrellas quiero alcanzar;
 ni me mata seda o tela,
 ni artificio, ni cabellos
 rizos, ni anda el alma en ellos
 como anda el viento en la vela;
 solamente me parezco
 a vos en que hoy me ha nacido
 en casa este amor, que ha sido
 legítimo.

LUCINDO. No os ofrezco
 ser padrino de ese amor,
 hasta saber el sujeto;
 y si no importa el secreto,
 tendrélo a mucho favor.

CAPITÁN. Los soldados no podemos
 amar con secreto, y ser
 constantes en el querer;
 que estas dos faltas tenemos.

Apenas entra el soldado
 con las medias de color,
 calzón de extraña labor,
 sombrero rico emplumado,
 ligas con oro, zapato
 blanco, jubón de Milán,
 cuando ya todos están
 murmurando su recato.

Llevan colores y brío
 los ojos, y en galas solas
 más jarcias y banderolas
 que por la barra el navío.

Pues ¿constancia en el querer?
 ¿Cómo puede ser constancia?

Ya está en Flandes, ya está en
 él ausente; ella, mujer. [Francia,
 ¡Bien haya mi condición!

RISELO. Sólo de oiros hablar,
 he venido a sospechar
 que hay duende en este mesón;

y si es así, no penséis
 que sois el doliente vos
 de ese dolor, que, ¡por Dios,
 que hay más de cuatro, y de seis!

CAPITÁN. ¡Por vida del Capitán,
 que sospecho, y sin sospecho,
 que ha de entrarme en mal prove-
 el ser hoy de Inés galán! [cho

El primer día de
la noche de la luna
y el día de la luna
y el día de la luna

El primer día de la noche
y el día de la luna
y el día de la luna
y el día de la luna
y el día de la luna

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de

de la
luna
(dy)
de la luna

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

Mi remedio espero en vos.
¡Valedme, industria; ayudadme,
cielos!, que no quiero amor;
id en buen hora, señor.

CAPITÁN. ¡Oye, Inés!

LISENA. Señor, dejadme;

que viene Gerarda aquí.

CAPITÁN. Pues ¿vendrasme a ver?

LISENA. Si haré.

CAPITÁN. ¡Victoria! ¡Vine, llegué,
venci a Inés, a Inés venci!

(Vase el CAPITÁN, y sale GERARDA.)

GERARDA. ¿Con quién das voces, Inés?

LISENA. ¡Oh, mi señora Gerarda!
Con ese necio, que aguarda
lo que de otro dueño es.

Persuadirme pretendía
que esta noche visitase
su aposento.

GERARDA. Que intentase
tu amor con descortesía,

fué culpa; mas no lo es
quererte siendo su gusto:
antes parece muy justo
quererte todos, Inés.

LISENA. Si eso hubiéradas tratado,
rendida de algún dichoso,
ya fuese galán, ya esposo,
que os hubiese conquistado.

¿Sería entonces razón
que otro que os persuadiese,
la misma noche quisiese
la misma conversación?

GERARDA. Eso, Inés, no puede ser,
que es de comunes mujeres;
y si guardar honra quieres,
uno solo has de querer.

LISENA. Tengo mi palabra dada
de ser de cierto galán,
y también el Capitán
quiere ocupar la posada,
cosa que no puede ser.

GERARDA. Notable placer me has hecho
en descubrirme tu pecho.

LISENA. Sois mujer y soy mujer;
¿qué queréis?: flaquezas son.

GERARDA. Dime la verdad, Inés:
¿ha sido amor, o interés?

LISENA. Dos deditos de afición.

GERARDA. ¿Aficionado te has?

LISENA. ¿Soy piedra?

GERARDA. Pensé que amor

se trataba a lo señor,
y andaba entre ellos no más.
No creí que en los mesones
hallaba el amor posada.

LISENA. Al amor tal vez le agrada
dejar calzas por calzones.

Suele enfadar el faisán,
suele la vaca dar gusto,
que no hay vestido más justo
que aquel que nuevo le dan.

Si del ver nace el amor,
y de privación, desco,
en los que caminan creo
que será más el rigor.

GERARDA. Tú, a lo menos, disculpas
cualquiera desco, Inés;
que es muy justo que le des,
si en tus méritos reparas.

Mas, pues me has declarado
lo más, que es decir que quieres,
y que el galán que prefieres
tendrá esta noche tu lado,
dime cuál destos dos es,
así logres tu deseo.

LISENA. Muy cuidadosa te veo;
yo te lo diré después.

GERARDA. Vuelve, detente y advierte
que sólo es este cuidado
gusto de ver si has echado
el dado con buena suerte. [tas.

LISENA. ¿Quién?, por mi vida; y no mien-
(¡Bien se traza mi invención!)
¿En amores de mesón
saber secretos intentas?

No te lo niego por mí,
que confesar que ha de ser
es lo más que puedo hacer
en esta ocasión por tí.

Por honra del caballero,
Gerarda, te encubro el nombre.
Pues ¿qué pierde ningún hombre?

GERARDA. Su libertad considero;

LISENA. y sé bien que en el sayal
suele estar envuelto el oro,
sin que pierda su decoro.

GERARDA. No sientas de mí tan mal;
que si el mismo Amor posara,
Inés, en este mesón,
pudiera con afición
rendirse a tu hermosa cara.

Y como se suele dar
a la huésped el dinero
que lo guarde, considero

Así que Inés me ha tocado,
y es de mi jurisdicción,
y alrededor del mesón
cinco leguas...

GERARDA. Si has pensado,
Beltrán, que en Madrid hay bo-
y que el tiempo y la fortuna [bas,
no dejaron cosa alguna,
mucho en sus leyes inovas.

Imagina que es Madrid
en la tempestad que fué
como el Arca de Noé.
BELTRÁN. Más como el arca del Cid,
que en vez de oro tiene arena.

GERARDA. De cada género tiene
dos animales.

BELTRÁN. Más viene
a estar de animales llena;
que los conejos del Parque
se suben hasta San Juan.

GERARDA. Cosas que en el arca están
es justo que el tiempo embarque.

Hay dos discretos, dos necios,
dos ricos, dos mendigantes,
dos sabios, dos ignorantes,
dos altos, dos bajos precios,
dos tues, dos señorías,
dos grandes y dos pequeños,
dos gordos y dos cenceños,
dos palomas, dos arpías,
dos legos, dos estudiosos,
dos jardines, dos desiertos,
dos con ojos y dos tuertos,
dos sucios y dos curiosos,
dos damas y dos fregonas,
para que, en pasando el agua,
haya sin ir a la fragua
aquellas mismas personas.

Tú, Beltrán, no has de pensar
que soy de las bobas yo:
Florencio no me engañó,
pero quisome engañar.

Y si es que las ocasiones
te dan las damas, sin duda
que, pues de damas se muda,
trocastes jurisdicciones.

Ya Florencio en tu afición
tiene tanta señoría,
que, como chancillería,
se entra en tu jurisdicción.

Dile que siendo galán
de las damas, que no es justo
que fregonice su gusto,

pues es tu oficio, Beltrán,
que Inés no es lugar que cae
cinco leguas del mesón:
pues de tu jurisdicción
hoy a la suya la trae.

Esta noche ha concertado
tener su lado de Inés,
y por prenda, si lo es,
una sortija le ha dado.

Pues quien me ha de amar a mí
no ha de tener pensamientos
de tan bajos fundamentos
ni ha de humillarlos así.

Quien tanta gala pregona
y me llama su mujer,
una estrella no ha ver,
cuanto y más una fregona.
¡Jesús, qué asco! ¡Qué infame
gusto! ¡Qué sucio deseo!
¡Qué vil amor! ¡Qué trofeo
tan bajo!

BELTRÁN. ¡Quedo! No llame
vuesa merced tales nombres
al buen gusto de Beltrán,
porque es creencia en que están
muchos muy discretos hombres.

FLORENCIO. Calla, Beltrán, que si vuelves
por ellas, ha de pensar
que es mi gusto.

BELTRÁN. ¿He de callar,
cuando a callar te resuelves,
tocandome en las dos niñas
de los ojos? ¡Vive Dios!,
que hay fregonas más de dos
sin las bordadas basquiñas,
sin el manto soplonesco,
sin el garbo ni el chapín,
con el tranzado garbín
y el delantal blanco y fresco,
que van vendiendo cuajada,
más que nieve y que tomillo,
porque aquel amor sencillo
es lo que al buen gusto agrada!

¡Qué faldellín de persona
grave iguala en nieve y flores,
al ver en paños menores
una cándida fregona?

¿Para qué puede ser bueno
al marido ni al galán
brindalle con solimán,
que es, en efeto, veneno?

GERARDA. Beltrán, yo digo que Inés
y otras fregonas de aquí

llama azul de piedra azufre!

¡Sin ti no vivo!

BELTRÁN. ¿Es posible

que sin mí no vives ya?

LISENA. De los requebros de allá soy, Beltrán, eco insufrible.

Respondo al postrer acento

a la voz de aquel Narciso

que entre aquesta fuente quiso

volver mi espíritu en viento.

BELTRÁN. ¿Qué fuentes? ¿Cómo no ves

que no hay fuentes en Toledo?

GERARDA. Varios, mi bien.

(Vase GERARDA y FLORENCIO y quedan BELTRÁN y LISENA.)

LISENA. ¡Buena quedo!

BELTRÁN. Sosiégate un poco, Inés.

LISENA. Al fin, infame alcaguete,

capa y manto de los dos,

se me escaparon por vos.

BELTRÁN. ¿Y es mal cosa ir a Huete?

No hay cosa de más primor

que ser alcaguete o capa,

mayormente cuando tapa

gustos y celos de amor.

Los árboles, ¿no son buenos?

LISENA. Buenos son.

BELTRÁN. Pues ¿quién encubre más que un bosque, hasta que octuseca sus troncos amenos? [bre

El cielo, ¿es bueno?

LISENA. Pues ¿no?

BELTRÁN. Pues cuando el sol se le va,

¿quién encubre cuanto está

debajo dél? Luego yo

soy aquí su semejante.

La noche, que es capa y manto,

llama a su silencio santo;

las manos encubre el guante;

al cuerpo encubre el vestido,

el zapato cubre el pie,

el dosel, al rey que fué

majestad de su apellido.

La bolsa cubre el dinero,

el retrato, la cortina;

a los diamantes, la mina;

la cubierta, al marinero;

el solimán, los defectos

de la cara de las damas;

si esto es así, ¿por qué infamas

a quien encubre secretos?

LISENA. ¿Cómo, Beltrán, cuatro días

de ausencia a Florencio han puesto de tal suerte, y descompuesto las obligaciones mías?

¿Cómo, Beltrán? ¿No era ayer

la que en Granada le vi

llorar más tierno por mí

que la más tierna mujer?

¿Cómo, Beltrán, un hidalgo

miente y llora; vende, infama

una mujer que lo llama

su bien?

BELTRÁN.

De juicio salgo,

con ver lo que beltraneas,

Lisena: si he de dejar

de llamarte Inés, y hablar

en las cosas que deseas,

oye, mira que le has dado

para mudanza ocasión;

que mudanzas siempre son

como el son que se ha tocado.

¿Cuerpo de tal! La mujer

que quiere, no dé lugar

a que otro la pueda hablar.

¿Cómo pueda hablar? Y aun ver.

Sírvete Estacio, y tú gustas

del servicio y del favor;

y tras ser competidor

(cosas en buen trato injustas),

préciase de bravo y viene

a echarnos ya de su calle,

y quieres que el otro calle

las ocasiones que tiene.

Viene huyendo de Granada

por ti, y a sus padres deja,

y tú, con graciosa queja,

dices que has sido olvidada.

¿Qué respondes?

LISENA.

Que aunque hubiera

dado a Florencio ocasión,

porque, en fin, sus celos son

autores de esa quimera,

el venir como he venido,

infamando mi linaje,

y el servir en este traje,

la culpa hubiera vencido.

¡Ah, Beltrán! Di tú que viste

a la amiga de Gerarda,

moza de Madrid, gallarda,

y a Florencio persuadiste,

porque hallaste gusto aquí,

y no digas que yo he sido

causa de su injusto olvido.

BELTRÁN.

No me conoces tú a mí.

Y en la noche
de la noche
de la noche
de la noche

Y en la noche
de la noche
de la noche
de la noche

Y en la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

Y en la noche

de la noche

LISENA. Yo le voy a aderezar.
 FINEO. ¡Qué gallardo talle!
 ALFÉREZ. ¡Airoso!
 Y antes, ninfa, que os entréis
 me decid de qué estáis triste.
 LISENA. De que hay hombres.
 FINEO. Si consiste
 en alguno que queréis
 que no os paga como es justo,
 escoged, que otros habrá.
 LISENA. Ninguno gusto me da.

(Vase.)

FINEO. Tenéis estragado el gusto.
 ALFÉREZ. ¿Es buena?
 FINEO. Como mil perlas.
 ALFÉREZ. Ya estamos solos. Decid
 lo que os saca de Madrid.
 ¿Son fiestas?
 FINEO. No vengo a verlas.
 ALFÉREZ. ¿Pues a qué?
 FINEO. Sigo una dama.
 ALFÉREZ. ¿Haos engañado?
 FINEO. Tal vez.

Que venia a Aranjuez,
 echó entre sus deudos fama.
 Sali, seguila y busqué
 sus huertas.

ALFÉREZ. ¿Y estaba en ellas?

FINEO. No.
 ALFÉREZ. Mil cosas cuentan dellas.
 FINEO. Las que yo he visto os diré.

Grandes maravillas tiene
 el católico Filipo,
 aumentadas en España
 de su agüelo y padre invicto,
 y si maravillas fueran
 personas como edificios,
 diera primero lugar
 a sus soberanos hijos;
 el templo del Escorial
 maravilla octava ha sido,
 desde nuestro polo al Austro
 y del ocase a Calisto.
 Tienen Toledo y Segovia
 dos alcázares ativos;
 Madrid, su rico palacio,
 de pintura y cuadras rico;
 pero, dejando estas cosas,
 dadme por un rato oído,
 y veréis a Aranjuez,
 puesto que es mapa su sitio.

A Vaciamadrid llegué:
 Dios me libre de haber ido
 a Vaciamadrid de noche;
 que no le tengo por limpio.
 Allí vi el rico palacio,
 con linda vista de ríos;
 perdone la casa antigua,
 ruina del tiempo antiguo;
 que mejor saben las damas
 su mala traza y abrigo.
 Partí a Arganda, y vi la quinta
 del embajador; prosigo,
 y en San Martin de la Vega
 duermo.

ALFÉREZ. Méteme al del vino.

FINEO. A la barca de Bayona
 madrugo, y atento miro
 los diques en medio el agua,
 contra su curso excesivo.
 Llego, por fin, a Aranjuez,
 paso el palenque y admiro
 en la huerta Totipela
 tantos árboles distintos.
 Cemeños, melocotones,
 albérechigos y membrillos,
 avellanos y nogales,
 peros, duraznos y guindos.
 Veo la puente del Tajo.
 Tajo que el nombre latino,
 a pesar del fiero moro,
 conservó por tantos siglos,
 por cuya causa en su iglesia,
 Toledo en aljibes fríos
 le deja entrar como a hidalgo
 de cuatro costados limpio.
 Por la calle de Toledo,
 que así se llama, partimos
 aquel estanque o mar Tonta.
 ¿Mar Tonta?

ALFÉREZ.

FINEO. Es su nombre mismo.

Muchos tenidos por sabios
 vi en sus ondas sumergidos,
 y convertidos en cisnes
 los confiados por lindos;
 los que prestan, los que fian.
 los graves y los remisos,
 los que casan pobremente,
 los avarientos y ricos,
 los mordaces, los que enfadan,
 los cortos y los prolijos.

ALFÉREZ. Cisnes son de la mar Tonta

FINEO. mil pretendientes ativos.
 Notable es aquel palacio,

una justa literaria,
y pues picáis de poeta,
al premio escribir podéis.

FINEO. ¿Qué sujetos?

ALFÉREZ. Más de seis.

FINEO. ¿Hay glosa?

ALFÉREZ. Y un pie que aprieta:

"De Dios es insigne hazaña (1)
que al mar de Austria se remita,
pues el nácar Margarita
pare una pelta en España".

FINEO. El tercero y el primero
tienen más dificultad.
Entro a descalzarme.

ALFÉREZ. Entrad;
que hablando a Inés os espero.

(Vase FINEO, y sale LISENA.)

¡Ah, mi Inés! ¿No quiere ser
vuesa merced cosa mía?

LISENA. Para mi melancolia
venís. Dejadme barrer.

ALFÉREZ. Inés, que, como el aurora,
pudieras barrer estrellas,
pues en esas manos bellas
tal luz del cielo atesora,
vente conmigo a la guerra,
toma las armas, Inés,
y verás...

LISENA. ¿Quedo!, después,
cuando la noche se cierra,
me podéis venir a hablar,
que ya sabéis mi aposento;
que de día no consiento
ni doy a nadie lugar,
porque el huésped no querría
que supiese esta flaqueza.

ALFÉREZ. Hoy a tu mucha belleza
igualas tu cortesía.

Fiado de tu palabra,
voy a rogar a los cielos
cierren al día los velos
y que nunca el sol los abra.

(Vase.)

LISENA. Nunca Dios te dé salud,
ni a ese necio Capitán.
¡Buenos mis negocios van!
Arde, celosa inquietud;

matadme el pecho, romped,
salga el llanto por los ojos,
destilense mis enojos,
arded, corazón, arded.

Arde, triste corazón,
para que, siendo alquitara,
vierta el agua por la cara
venenos de su pasión.

Arde, sin cesar de arder,
y aunque es mi muerte abrasarme,
valdme vos con matarme,
pues yo no os puedo valer.

(Salen GERARDA y LUCRECIA.)

GERARDA. ¡Oh, Inés, gran mal!

LISENA. ¡Ay de mí!

¿Qué os puede haber sucedido?

GERARDA. Un forastero ha venido,
para mi desdicha aquí.

Si me ve, soy muerta, Inés.

LISENA. ¿Por qué, siendo vuestro hermano
Florencio?

GERARDA. Ya encubro en vano
mi desdicha: no lo es.

LISENA. ¿Y eslo por dicha el que viene,
que estáis muy emparentada?

GERARDA. Soy, Inés, muy desdichada;
diferente dendo tiene.

Esta noche has de esconderme;
que éste sin duda se irá
por la mañana.

LISENA. (¿Si ya
quiere el amor socorrerme?)

Yo tengo en el corredor
desocupada una cuadra
que para secreto os cuadra;
en ella estaréis mejor;

por de fuera os cerraré,
y en dando el tiempo lugar
os llevaré de cenar.

GERARDA. ¿Diráelo, Inés?

LISENA. No podré,
que me va en callar la vida.

LUCRECIA. La nuestra queda en tu mano.

LISENA. Entrad quedo. ¡Oh, soberano
cielo! ¡Esperanza cumplida!

(Entranse las dos, y salen LUCINDO y RISELO.)

RISELO. Yo le hablé de vuestra parte,
y dijo que la hablaría.
Aquí está Inés.

LUCINDO. ¡Inés mía!

(1) En el original dice, por errata: "y luego acaba". La corrección es de Hartzenbusch.

vi un receptor de la chancillería
preguntar por Florencio de Granada.

BELTRÁN.

Sin duda que aquel hombre está en peligro,
o que ya no le tiene, o será muerto.
¿Requisitoria viene tras nosotros?

FLORENCIO.

Mayor será para los dos si agora
de la ciudad salimos.

BELTRÁN.

¿Por qué causa,
siendo, cual veis, las nueve de la noche,
y haciéndola tan lóbrega y oscura?

FLORENCIO.

Porque podrá toparnos la justicia,
que ya estará avisada, y el ser tarde
es lo más peligroso.

BELTRÁN.

Llama al huésped.

FLORENCIO.

Al fin del día, al comenzar la noche,
que es el tiempo de todos más seguro,
que como entonces se recogen todos,
es más la confusión, el trato y gente.

(Sale el HUÉSPED.)

JULIO.

El huésped está aquí.

FLORENCIO.

Salte allá fuera.

(Vase JULIO.)

Huésped, con hombres que del mundo saben,
que han sido tan de bien y tan de hecho,
bien puede un hombre honrado declararse.

HUÉSPED.

¿En qué os puedo servir?

FLORENCIO.

Estadme atento.

Yo di en Granada a un hombre cierta herida,
de que a peligro estuvo de ser muerto;
requisitoria dicen que ha venido;

para salir de la ciudad es tarde.
¿Hay en casa aposento donde pueda
esconderme esta noche?

HUÉSPED.

Este de enfrente
tiene a la Concepción unas ventanas,
o al Carmen, si queréis; que sin peligro
daréis en un tejado de otra casa,
y della en un corral, y deste al campo,
por donde entrar podréis al monasterio.

FLORENCIO.

Pues, ¡alto!, en vuestro amparo me confío.

BELTRÁN.

Huésped, ¿es este salto de peligro?

HUÉSPED.

Es muy fácil, ¡por Dios!

BELTRÁN.

Por eso digo,
que no soy muy ligero; y pues el cielo
no me dió cara de ángel, no querría
hurtalles el oficio.

FLORENCIO.

Abrilde, huésped.

HUÉSPED.

¿Inés? ¿Oyes, Inés?

(Sale LISENA.)

LISENA.

En comenzando
a dar en mí, no sabes otro nombre.
¡Válame Dios!, ¿no llamarás a otra?
¿Parécete que estoy poco cansada,
de guisar a mil huéspedes la cena?

HUÉSPED.

Abre aquel aposento.

LISENA.

¿Cuál?

HUÉSPED.

¡Qué espacio!

Muestra esas llaves.

LISENA.

No está aquí la suya.

Mas ¿quién duda que se hablen?
Que alguno ha de hacer ruido,
y el otro ha de preguntalle.
Ya, por la respiración,
dirá con recelos tales
Florencio: ¿Quién está ahí?
con alterado semblante.
Gerarda, oyendo su voz,
¿cómo es posible que aguarde?
Que anticipan a la lengua
los brazos de los amantes.
Pues ¿cómo, desdichas mías,
queréis que os sufra y que pase
porque se gocen los dos?
Mas yo haré que no se alaben.
¡Agora os haré pedazos,
puertas, que mal fuego abrase,
porque sea con mi muerte
Sansón deste templo infame!
¡Caed, caed, matadme,

pues di las llaves y ocasión tan grande
que Florencio y Gerarda se gozasen!

(Sale el CAPITÁN ACEVEDO.)

CAPITÁN. ; Ah, señora Inés!
LISENA. ; Esto sólo
a mi desdicha faltaba!
CAPITÁN. Apenas la noche entraba
por donde se ausenta Apolo.
cuando esperé que vinieras:
has tardado, y son las diez...
LISENA. ¿No se acaban de una vez
desdichas que son tan fieras?
¿Qué le diré? Pero, ¡ay, cielos!,
¿si será bien? ¿Si será...?
Este, antidoto dará
al veneno de mis celos.
Capitán, este aposento
quisiera desocupar,
que no hay en otro lugar,
y sólo un remedio siento.
CAPITÁN. ; Vive Dios, si fuera el muro
de Amberes o de Mástrique!...
LISENA. ¿Quedo! La industria se aplique,
que es ir a lo más seguro.
Venid conmigo, y diréis
que la justicia está aquí.
CAPITÁN. ¿Disfrazaréme, o así?
LISENA. Mejor es que os disfracéis.
CAPITÁN. Pues vamos, que si gustaras,
que a coces por tu contento
derribase el aposento...

LISENA. Créolo: mas ¿no reparas
que te dolerán los pies?
CAPITÁN. ; Por Dios, que tienes razón!
LISENA. ; Qué soldado fanfarrón!
CAPITÁN. ; Qué fresca y qué limpia Inés!

(Entranse, y salen FLORENCIO y GERARDA.)

FLORENCIO. Apenas puedo creer
que eres tú, bella señora;
aunque el alma que te adora
me ha dado luz para ver.
GERARDA. ; Ay, Florencio! ; De qué suerte
en este aposento entraste?
Sin duda, a Inés sobornaste.
¡Oh, cuánto me alegra el verte!
¿Eres tú? Apenas lo creo.

(Entra BELTRÁN, tentando.)

BELTRÁN. ; Ce, Florencio! ; ¿Dónde estás?
FLORENCIO. ; Quedo! ; Qué voces que das!
GERARDA. ; Beltrán!
BELTRÁN. Ni te hallo, ni te veo.
GERARDA. Por aquí, ven por aquí.
BELTRÁN. ¿No sabes lo que ha pasado?
En un rincón he topado
otra sombra.

GERARDA. ¿Cómo así?
BELTRÁN. Ella hacia mí se venia,
tentando por la pared;
yo, Gerarda, con la red
de la cama me encubría;
Púsome en la limpiadera,
digo en la barba, la mano:
no sé si parezco alano,
mas díjome si lo era.
Descuidóse hacia la boca
un dedo; apreté, y está
llorando.

GERARDA. ¿Estaba loca? (1)

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. ; Maldito seas, Beltrán!
¿Qué pesadas burlas tienes!
BELTRÁN. ; Quedo! y mira cómo vienes.
LUCRECIA. ¿Adonde están?
BELTRÁN. Aquí están.
LUCRECIA. ¿Qué escuridad de aposento!
GERARDA. Mi bien, ¿cómo entraste en él?

(1) Faltan dos medios verso para formar redondilla.

FRODO: ¡No seas tan coquette! ¿quieres
que te esperen? ¡Contenta!
En los toreros del día
está el elemento popular
alegre, el trafulleador
de la mentalidad en el mar.
¡Hay que estar en el momento!

BETRO: ¿Y qué hora es? ¿cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

FRODO: ¿Y qué hora es? ¿cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

BETRO: ¿De qué hora es? ¿cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

LEOCADIA: ¿De qué hora es? ¿cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

BETRO: ¿De qué hora es? ¿cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

BETRO: ¿De qué hora es? ¿cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

BETRO: ¿De qué hora es? ¿cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿De qué hora es? ¿cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?
¿Cuánta? ¿Cuánta? ¿Cuánta?

¡Vive Dios, que está muy alto!
Haz cuenta que el perro salta
por la mala tabernera.

FLORENCIO. ¡Gran gente suena allá fuera!
BELTRÁN. La cárcel no está tan alta.

Creo que es menor el daño
de irme a la cárcel a pie.

FLORENCIO. ¡Salta, acaba!

BELTRÁN. Saltaré.

¡Vive Dios, que estás extraño!
"¡Noche bella toledana,
pierdan su fama contigo
las noches áticas!"

FLORENCIO. ¿Digo
que nos prendan?

BELTRÁN. Cosa es llana;
que soy pesado. ¡por Dios!
para danzar saltarélo.

FLORENCIO. Pues yo ya salto.

BELTRÁN. Yo apelo:
pero saltemos los dos;
que la vida es del amigo.
¿Hay quien la quiera tomar,
de dos la una?

FLORENCIO. ¿Qué azar!

¡Salto!

BELTRÁN. Dios vaya contigo.

GERARDA. Abre, y hallaránnos solas.

BELTRÁN. Saltaré.

LUCRECIA. ¡Buen gobierno! (1)

BELTRÁN. ¡Que quiera un hombre al infierno
irse haciendo cabriolas!

(*Vanse, como que saltan, FLORENCIO y BELTRÁN, y
sale LISENA.*)

LISENA. Sosegáos, que ya se han ido.

GERARDA. ¿Quién era?

LISENA. Alguaciles son,
que buscaban un ladrón.

GERARDA. ¿Qué pesadumbre he tenido!

LISENA. ¿Saltó Florencio?

LUCRECIA. Saltó.

GERARDA. Por esos tejados van.

LISENA. ¿Sintiólo mucho Beltrán?

LUCRECIA. En extremo lo sintió.

Pero ¿quién los trujo aquí?

LISENA. Yo, por hacerlos placer;
y de suerte supe hacer,
que eché al alguacil de aquí.

GERARDA. ¡Buena suerte hemos tenido!

LUCRECIA. Envíalos a llamar
para que vuelvan a entrar.

LISENA. Luego, en cesando el ruido,
se volverán al mesón;
tú en mi aposento estarás,
y a solas con él tendrás,
Gerarda, conversación;
y Lucrecia, en el de enfrente
quiero que a solas esté.

GERARDA. ¿Dónde mi Florencio fué?

LISENA. ¿Sientes mucho verle ausente?

GERARDA. ¡Ay, Inés: haz de manera
que le goce!

LISENA. Ven conmigo.

GERARDA. Como a mi estrella te sigo.
¡Tráeme el sol que el alma espera!

LISENA. Digo que hasta la mañana
podréis al seguro hablar.
(¡A fe que se han de acordar
de la noche toledana!)

(*Vanse, y salen BELTRÁN y FLORENCIO.*)

FLORENCIO.

¿Haste hecho mal?

BELTRÁN.

No tengo güeso sano.

FLORENCIO.

¿Adónde estamos?

BELTRÁN.

¿Puedo yo sabello?

¿Hay mapa de tejados en el mundo?

¿Hay carta que señale rumbo o línea
de chimeneas, ni de caballetes?

¿Hay Tolomeo, ni otro algún cosmógrafo
que trate de azoteas?

FLORENCIO.

Esta casa

me parece mesón.

BELTRÁN.

Y ésto, sin duda,

porque lo son las de esta acera todas,
desde la Concepción al Carmen.

FLORENCIO.

Creo
que es palomar aqueste, o gallinero.

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch añadió:

Saltaré antes.

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu
hijo, a tu hijo, a tu hijo, a tu hijo,

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu
hijo, a tu hijo, a tu hijo, a tu hijo,

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu
hijo, a tu hijo, a tu hijo, a tu hijo,

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

BELTRAN

¡Que es bueno

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¡Que he traído a tu hijo, a tu
hijo, a tu hijo, a tu hijo, a tu hijo,

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

FRODENO

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

BELTRAN

¿Qué me quieres decir, de lo
bueno que me has traído?

como (1) al planeta de oro que respetas.

A tus aras ofrezco las bayetas
más blancas que el flamenco suelo envía,
si de la bella Inés, tu luz y mía,
dejas que goce en horas tan secretas.

El mesón de Atalante y sus encantos
están en éste, donde me han traído
para que en él sucedan otros tantos.

Haz, noche, como a Siquis y Cupido,
sábanas y frazadas de tus mantos,
y dormirán mis celos en tu olvido.

(Sale el ALFÉREZ.)

ALFÉREZ.

Noche, que das descanso a cuanto vive,
y al son de arroyos y de fuentes duermes;
tú, que madres solícitas aduermes,
cuando tus ojos Argos apercibe;

tú, cuyo manto azul el cielo escribe
de figuras, imágenes inermes,
así jamás de su humedad enfermes,
ni el tiempo de sus céfiros te prive.

Porque goce, primero que te huyas,
de Inés, corona de tus luces bellas,
haz que me miren con piedad las tuyas;
que así la suya gozaré por ellas,
si no es que por invidia de las tuyas
contrarias se me vuelvan tus estrellas.

FINEO. Otro huésped enibozado
ronda de Inés el terrero;
irme con descuido quiero,
para no le dar cuidado,
que él se quitará de aquí.

(Vase.)

ALFÉREZ. Otro huésped embocado,
que por ventura ha esperado
lo que Inés me ofrece a mí.
Pero en viéndome, se fué;
no hay de qué tener celos,
que en mesón no ha de haber celos,
aunque el amor me los dé.

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN.

Negra, desaseada, descompuesta,

desafeitada noche: deslucida
de manto, y de cabellos esparcida;
envidiosa del sol, con sombra opuesta;
remisa en bienes, y en traiciones presta;
adúltera, ladrona y homicida,
disfrazada, cobarde y atrevida;
del ganado, terror; del lobo, fiesta.

Por tus mismas traiciones te conjuro,
miedos, engaños, laberintos, celos,
que me dejes gozar lo que procuro.

Así te canten buhos y mochuelos,
e igualen con el sol hermoso y puro
tu negro curso los piadosos cielos.

ALFÉREZ. Un huésped se ha levantado,
y de Inés el aposento
mira, curioso y atento.

CAPITÁN. Por la mano me ha ganado.
¿Quién este huésped será?
¿Si por dicha aguarda a Inés?

ALFÉREZ. ¿Si es el Capitán? El es.

CAPITÁN. Aquí el Alférez está.

FINEO. Por ver si aquel hombre es ido,
otra vez al puesto vengo.
¡Muy buena ventura tengo!
Basta, que dos han venido.

¿Cosa que vengan aquí
con el mismo pensamiento?
El uno me mira atento,
y el otro se viene a mí.

Quiero, por disimular,
volverme a entrar otra vez.

(Vase.)

CAPITÁN. Muchas piezas de ajedrez
comienza Inés a entablar.

Pienso que sus pensamientos
son sacar de la talega
los huéspedes con que juega,
de todos los aposentos.

¿Si está el Alférez picado?
Que, si no es mi fantasía,
a toda la compañía
Inés ha desafiado.

Sin duda que todos salen:
otros dos viniendo van;
que, rendido el capitán,
poco los soldados valen.

(Entran LUCINDO y RISELO.)

LUCINDO.

Noche serena, dulce, hermosa y clara.

(1) En el original, "asi". La enmienda, que parece acertada, es de Hartzenbusch.

CAPITÁN. ¡Oírezco al diablo el amor!
Voime, y volveré después.
LUCINDO. Ven, y volveremos luego.
FINO. Esta mujer desatina.
HUÉSPED. Oscura está la cocina.
LISENA. Calle, señor. ¡Fuego, fuego!

(Vanse, y salen BELTRÁN y FLORENCIO.)

BELTRÁN. ¡Huye!
FLORENCIO. ¿De qué sirve ya?
BELTRÁN. ¡Ventura habemos tenido!
FLORENCIO. ¡Famosa la noche ha sido!
BELTRÁN. Si, ha sido. ¿Qué hora será?
FLORENCIO. ¡Por Dios, que tienes razón!
que aún no es la noche pasada.
BELTRÁN. La una pienso que es dada.
FLORENCIO. La una, y aún las tres son.
BELTRÁN. No, que ya salido hubieran
las siete hermanas Cabrillas,
y del cielo en las orillas
trepando, al norte subieran.
¡Tres horas dos pobres hombres
en una caballeriza,
haciendo mil pulgas riza
en sus cuerpos!

FLORENCIO. ¡No las nombres!
¿Pulgas? ¡Demonios las llama!

BELTRÁN. Pulga vi yo que tenía
tenazas con que mordía.

FLORENCIO. ¡Linda noche!

BELTRÁN. ¡Linda cama!

FLORENCIO. ¡Enamórase en Toledo
de las mozas del mesón!

BELTRÁN. ¡Noches toledanas son!

FLORENCIO. Sosiégate.

BELTRÁN. ¿Cómo puedo?

FLORENCIO. ¿Por qué?

BELTRÁN. Con pulgas selladas,
cada una vale por dos.

FLORENCIO. ¡Terrible noche, por Dios!

Trocara las cuchilladas
con el que en Granada está,
si estos ministros envía.

BELTRÁN. Si aquel huésped no salía,
hoy nos quedamos allá.

Pues más mal me vino a mí.

FLORENCIO. ¿Cómo?

BELTRÁN. Al salir de la puerta,
en la aldaba, larga, tuerta,
todo este muslo me así,
y allá me dejó el un lado
del calzón, y traigo acá,
de la fuente que está allá

el hierro que está estampado.
FLORENCIO. No vengo muy bueno yo;
porque una mula, al salir,
sin que le fuese a pedir,
de tal manera me dió,
que traigo rota una pierna;
y de aquella puerta baja,
en el madero que ataja
del umbral en la linterna
tal golpe, Beltrán, me di,
que, a no ser en el cerebro,
nariz y frente me quiebro,
y vengo fuera de mí.

¡Valgate el diablo el amor!
¡Nunca más noche en Toledo!

BELTRÁN. Gente es ésta.

FLORENCIO. Tengo miedo,
que aún nos falta lo mejor.

(Salen dos ALGUACILES y un ESCRIBANO y gente de ronda.)

BELTRÁN. ¿Qué haremos?

FLORENCIO. Ya es imposible
huir.

ALGUAC. 1.º ¿Quién va?

FLORENCIO. ¿No lo ven?

ALGUAC. 1.º ¿Quién son?

FLORENCIO. Dos hombres de bien.

ALGUAC. 1.º A estas horas, no es posible.

BELTRÁN. Luego ellos no lo serán.

ALGUAC. 1.º ¡A la justicia se tengan!

FLORENCIO. ¿Cosa que a prendernos vengán?

BELTRÁN. Pues no dudes que vendrán.

FLORENCIO. Mudate el nombre.

BELTRÁN. Sí haré,
y tú no digas el tuyo.

ESCRIBANO. Huir queréis.

BELTRÁN. Yo no huyo;
cansome de estar en pie.

ESCRIBANO. Traiganle una silla aquí.

¿Qué gente?

FLORENCIO. Dos forasteros.

ESCRIBANO. ¿Qué ejercicio?

FLORENCIO. Caballeros.

ESCRIBANO. ¿Caballeros? ¿Cómo así?

Pues ¿dónde a tal hora van?

BELTRÁN. A la posada.

ALGUAC. 1.º ¿De dónde
vienen?

ALGUAC. 2.º Turbado responde:
éstos, ladrones serán.

Apártalos.

ESCRIBANO. Decís bien;

LISENA.

En aquel aposento, deseoso
de merecer tu voluntad, que en ella
consiste de un amante el bien más alto.

LUCRECIA.

¿Por dicha hizose mal?

LISENA.

¿De qué?

LUCRECIA.

Del salto.

LISENA.

Entra, que bueno está, pues te desea:
mas, por si te escuchare algún curioso,
finge que eres Inés, porque no sea
deslustrado tu nombre generoso.

LUCRECIA.

Como toda esta noche se pasea
este patio, por ti será forzoso.

LISENA.

De que os llamen Inés tengo avisados,
Lucrecia, a vuestros dos enamorados.

LUCRECIA.

¿Que no dirán jamás el nombre nuestro?

LISENA.

Ni vosotras.

LUCRECIA.

Ya sé lo que me importa.

Quédate adiós.

(Vase.)

LISENA.

¡Oh, sol! Si el rayo vuestro

de mis enredos el discurso acorta,
la vana industria del ingenio dentro
será la tela que la muerte corta:
mas yo espero que el alba matizada
me verá de sus flores coronada.

Yo triunfaré del enemigo mío,
pues que su dama he dado al propio dueño,
que en la verdad de mi firmeza fio
que le despierte del injusto sueño.
¡Oh, fuerza de mujer! ¡Oh industria, oh brio,
que de una noche el término pequeño
de suerte a sus desdichas acomoda,

que excede al curso de la vida toda!

Yo, sin perder aquel honor que debo
a los mayores de quien vengo honrada,
con nueva industria, con engaño nuevo,
tengo toda esta gente sosegada.

Mas primero dará su lumbré Febo
que esté su pretensión desengañada,
porque todos me esperan de mil modos,
y están cerrados y engañados todos.

Golpes siento en la puerta. ¿Qué es aquesto?
¿Hay nuevo mal, hay nueva desventura?

(Dentro, FLORENCIO y BELTRÁN.)

BELTRÁN.

¡Abran aquí!

LISENA.

¿Quién llama?

FLORENCIO.

¡Abre, Inés, presto!

LISENA.

La voz es de Florencio. ¡Oh, gran ventura!
Yo voy a abrir. Señor, ¿tan descompuesto?

(Entran agora los dos.)

FLORENCIO.

¡Oh, noche; la más áspera y oscura
que he tenido en mi vida!

LISENA.

¿De qué suerte?

FLORENCIO.

Con mil peligros de prisión y muerte.

Referirte las cosas que he pasado
era esperar en este patio el día;
vengo muerto, perdido y quebrantado,
y Beltrán casi en brazos me traía.
Dílo, Beltrán.

BELTRÁN.

Después de aquel tejado,
y de otras circunstancias que tenía,
venimos a parar en esta calle,
llenos de polvo, y lo demás se calle.

Tópanos la justicia, yo no puedo
decirte más: Florencio lo prosiga:
respondimos turbados con el miedo;
que miedo al hombre más honrado obliga,
y entre dos alguaciles de Toledo

1. The first step is to identify the problem or question that needs to be addressed. This involves understanding the context and the specific requirements of the task.

esperar una mujer
que agora acabo de ver
pasar del umbral el paso?

(Sale el ALFÉREZ.)

ALGUAC. 2.º Salga esa mujer acá.
ALFÉREZ. Yo soy el que estoy aquí.
CAPITÁN. Alférez, ¿vos érades?
ALFÉREZ. Si.
CAPITÁN. ¡Gracioso el engaño está!
ALFÉREZ. Aquí me dijo que entrase
Inés, que aquí la hallaría.
CAPITÁN. Y a mí también, que vendría,
y que callando esperase:
y puesto que entrar senti,
callé hasta ver quién entraba.
ALGUAC. 2.º ¿Es esta Inés vuestra esclava?
HUÉSPED. No, que ayer la recibí.
ALGUAC. 2.º ¿Quién son estos caballeros?
HUÉSPED. Alférez y Capitán.
ESCRIBANO. Y los demás, ¿no abrirán?
CAPITÁN. De risa me caigo en veros.
Alférez, ¿vos me buscáis?
ALFÉREZ. ¿Y vos me esperarás a mí?

(Sale LUCINDO.)

LUCINDO. ¿Qué es lo que quieren aquí?
ALGUAC. 1.º Ver quién sois y dónde vais.
LUCINDO. Esta dama es mi mujer,
y así, yo con ella estoy.
HUÉSPED. ¿Qué mujer?
LUCINDO. Su esposo soy,
convertido desde ayer.
Salid, señora Gerarda.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. Lucrecia soy yo, Beltrán.
LUCINDO. Yo Lucindo.
HUÉSPED. ¡Buenos van!
La burla ha sido gallarda.
LUCRECIA. Beltrán me dijo que aquí
me esperaba. ¿Hay tal maldad?
LUCINDO. Y a mí Gerarda.
ESCRIBANO. En verdad
que está bueno todo así.
ALGUAC. 1.º Abranse esos aposentos.
¿Qué es esto, guésped?
HUÉSPED. No sé.
¡vive Dios!, que me acosté
libre destos pensamientos,

y que Inés debe de ser
algún demonio.
ALGUAC. 2.º Abran presto.

(Sale FINEO.)

FINEO. ¿Con tanta furia, qué es esto?
Hombre soy y ella mujer.
ESCRIBANO. ¿Otra mujer?
HUÉSPED. ¡Ay de mí!
ESCRIBANO. Haga-se santo después.
HUÉSPED. ¿Qué mujer decís?
FINEO. Inés.
que entró a verme y está aquí.
¿Es delito una fregona
con un hombre que camina?
Ayer la hablé en la cocina.

(Sale GERARDA.)

ALGUAC. 1.º ¿Fregona con tal persona?
GERARDA. De Florencio soy mujer;
yo con mi marido estoy.
FINEO. ¿Gerarda!
GERARDA. ¿Quién es?
FINEO. Yo soy.
¿Cómo aquí te vengo a ver?
GERARDA. ¿Eres Fineo?
FINEO. Pues ¿quién?
GERARDA. De vergüenza no te miro.
FINEO. De tu deslealtad me admiro.
GERARDA. Yo de la tuya también.
FINEO. Inés me ha engañado así.
GERARDA. También a mí me engañó.
ALGUAC. 2.º ¿Todo Inés lo concertó?
ESCRIBANO. Venga Inés.
ALGUAC. 1.º ¿Quién está aquí?

(Salen BELARDO y RISELO.)

BELARDO (1). ¡Par Dios, donaire tenéis!
¿Desa suerte me abrazáis?
RISELO. Si vos a abrazarme entráis,
¿qué es lo que de mí queréis?
BELARDO. Yo por Lucrecia os tenía.
RISELO. Y yo a Lucrecia esperaba.
¿Quién es dijo que aquí estaba?
BELARDO. ¿Quién os dijo que venía?

(1) Este personaje, que no aparece hasta ahora, sustituyó Hartzembusch por Beltrán, que parece debe de ser así. Sin embargo, el nombre de Belardo figura también en la lista de personajes. Esta comedia fué muy maltratada antes de ir a la imprenta.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA OBEDIENCIA LAUREADA Y PRIMER CARLOS DE HUNGRÍA

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FILIPO.
ALEJANDRO.
TEBANO.
DORISTEO.
AURELIO, *viejo*.
FLAMINIO.

MARCELA, *dama*.
ROSELA, *dama*.
CARLOS, *caballero*.
GUARÍN, *su lacayo*.
LUCRECIA, *criada*.
SOLDADOS.

UN CAPITÁN.
FILIBERTO, *rey de Bohemia*.
MARÍA, *reina de Hungría*.
UN SECRETARIO.

ACTO PRIMERO

(Suena dentro ruido de pendencia, como casa de juego.)

FILIPO. ; Basta que lo diga yo!
ALEJ. ; Miente, si lo dice!
FILIPO. ; Muer! ; Muera!
ALEJ. ; Fuera, villanos!
DORISTEO. ; Paz! ; Fuera!
TEBANO. ; Dentro de mi casa, no!

(Salen acuchillándose FILIPO y ALEJANDRO, y DORISTEO y TEBANO metiéndolos en paz.)

DORISTEO. ; No basta que de por medio
estén dos hombres de bien?
ALEJ. Ver que de por medio estén,
fué de su vida remedio.
FILIPO. No me faltará lugar
en que me venga de ti.
ALEJ. Camina al campo.
FILIPO. ; Irás?
ALEJ. Si.
FILIPO. Allá te voy a esperar.
DORISTEO. Sed amigos.
FILIPO. ; Yo su amigo?
; Cuando aquel alma le saque!

(Vase.)

DORISTEO. No hay remedio que le aplaque.
ALEJ. El se aplacará conmigo.

(Salen AURELIO, viejo, padre de ALEJANDRO, con bácullo, y FLAMINIO, su amigo.)

AURELIO. ; Qué es esto?
ALEJ. ; Mi padre viene!
AURELIO. ; Reñía Alejandro?
DORISTEO. No.
AURELIO. Pues ; quién, por mi vida?
DORISTEO. Yo.

AURELIO. Desnuda la espada tiene.
TEBANO. Era porque paz metía.
AURELIO. ; Sobre qué fué la cuestión?
DORISTEO. Disgustos del juego son;
él miraba, y yo perdía.
Llegó una suerte dudosa,
juzgó, si verdad os digo,
Alejandro como amigo,
y pareció injusta cosa
a Filipo, que compite
conmigo en cosas mayores.

AURELIO. ; Qué cosas?
DORISTEO. Ciertos amores.
TEBANO. ; Ojalá que allá se esquite!
AURELIO. ; Es esto verdad, Tebano?
TEBANO. La verdad es que reñía
tu hijo.

AURELIO. No lo temía

TEBANO. ¡Arrogante presunción!
 DORISTEO. ¡Ahora sabéis que es loco?
 TEBANO. Extraño amor tiene el viejo
 al que menos le ha obligado.
 DORISTEO. ¡Por Dios, que en eso ha mostrado
 poca prudencia y consejo!
 Al hijo que es virtuoso,
 noble y honrado, aborrece,
 y al malo su hacienda ofrece,
 de su vida cuidadoso.

Siempre le da pesadumbre
 con mil maneras de enojos,
 y aquí le dice en sus ojos
 que ve por sus ojos lumbre.

Pues no piense tratar mal
 a Marcela: que Marcela
 tiene una guarda que vela
 su remedio, a un lince igual.

Y porque habemos llegado
 a su casa, poco a poco,
 sabed que me tiene loco
 de su hermosura el cuidado.

Trato de ser su marido,
 y por eso os hablo así.

TEBANO. Bien podéis fiar de mí:
 como confesor me olvido
 de lo que decirme suele
 cualquier amigo en secreto.

DORISTEO. Tengo de vos buen conceto;
 no es razón que me recele
 de hablarla en vuestra presencia
 y que a mi propio os iguale.
 Pero ya, como el sol, sale
 dando a la noche licencia.

(Asómase MARCELA en lo alto con la almohadilla y en ella un ancho de cambray, como que hace vainillas.)

MARCELA. Por la calle os vi pasar,
 que por la reja miraba,
 con mi labor, si pasaba
 quien me obliga a descartar,
 cuando pasa, el almohadilla,
 porque no hay tomarla más.

DORISTEO. ¿Qué es lo que labrando estás?

MARCELA. Una flamenca vainilla
 en un ancho de cambray;
 mas con tal divertimiento
 de ver si pasáis y os sienta,
 que hay lindas cosas.

DORISTEO. ¿Qué hay?

MARCELA. Anda como niño Amor,
 entre el alma y la almohadilla,

el aguja y la vainilla,
 jugando con la labor.

Sangre, por Dios, me costáis:
 que dos veces me he picado,
 sólo porque me ha engañado
 diciendo que vos pasáis.

DORISTEO. ¡Mal haya el zapaz, amén!
 Pero no hagáis vos labor
 con aguja, que es dolor
 que me alcanza a mí también.

MARCELA. Pues ¿qué labor hay sin ella,
 en gente moza?

DORISTEO. El hilar
 no se suele mucho usar;
 mas podréis, Marcela bella,
 con randas entreteneros.

MARCELA. Si uno así suele ofender,
 ¿qué labor yo puedo hacer,
 entre tantos majaderos?

DORISTEO. Tenéis razón; que aun de palo
 deben de ser enfadosos.

(Salen CARLOS, estudiante, de camino, y GUARÍN, su criado, con una maleta y escopeta.)

GUARÍN. ¿Adonde somos odiosos
 vienes a buscar regalo?

CARLOS. Aunque mi padre, Guarín,
 me aborrece de tal suerte,
 por ser de condición fuerte,
 es ésta mi casa, en fin;

es donde vi la primera
 luz del cielo, y vuelvo aquí
 porque es centro en que nací,
 y vuelvo a mi propia esfera.

Amo a Marcela, mi hermana;
 amo a Alejandro también,
 aunque no me quieren bien,
 que es una cosa inhumana.

Si de mi madre pudiera
 presumir algún error,
 que fué a mi padre traidor
 su pensamiento dijera.

Crejera, pues me aborrece,
 que no me engendró. Guarín;
 mas fué un ejemplo su fin
 que como el sol resplandece.

GUARÍN. No debe de aborrecerte;
 mas a tu hermano menor
 tiene tan notable amor,
 que del tuyo le divierte.

Quiérole por su virtud,
 modestia y recogimiento,
 discreción y entendimiento...

si no es que de sus amigos
está haciendo el miedo alarde.

Mal se aplican los trasuntos
de Alejandro con su ser,
y aunque el honor todo es puntos,
esto del decir y hacer
pocas veces comer juntos.

¿Qué es esto que viene aquí?

(Sale AURELIO con su báculo.)

AURELIO. ¿Conóceme?

FILIPO. No, señor.

AURELIO. ¿Cómo no, si yo fui
la causa de aquel furor
que os trujo, Filipo, así?

FILIPO. ¿Vos?

AURELIO. Si, porque el padre soy
del hombre que os ha ofendido:
aquí en su lugar estoy,
que con la espada he venido
con que por Nápoles voy.

Mi edad ésta me consiente;
que la de mi edad briosa
tiene de un clavo pendiente
la cuchilla, ya molhosa,
y un tiempo resplandeciente.

Este báculo es la espada
que se ciñe la vejez:
no la tengáis envainada,
que no ha de verse esta vez
en Alejandro manchada.

Heridme, matadme a mí;
que le quiero de tal suerte,
que vengo por él aquí
para que me déis la muerte,
pues soy el que os ofendí:

que si yo no le engendrara,
vuestro agravio se excusara;
pero, pues yo le engendré,
yo he sido el que os agravié.

FILIPO. Padre, detente y repara...

AURELIO. ¿Qué quieres?

FILIPO. Que no es razón
descomedirme a esas canas,
que tan venerables son.

(Salen ALEJANDRO y FLAMINIO.)

ALEJ. Todas son quimeras vanas
contra mi honor y opinión.

FLAMINIO. ¿Tente! ¿Qué poco respeto!

AURELIO. Alejandro, ¿dónde vas?

ALEJ. No has tenido buen conceto
de mi honor, pues aquí estás.
AURELIO. Soy padre; temo, en efeto...

ALEJ. Bien pudieras excusar
el venir, Aurelio, aquí.

AURELIO. Tu padre me has de llamar.

ALEJ. ¿Qué importa llamarte así?

AURELIO. Que se te puede olvidar.

ALEJ. ¿No imaginas que dirá
Filipo que te avisé,
y que Nápoles sabrá
que tu báculo envié
adonde mi espada está?

AURELIO. Hijo, no dirán, que aquí
estamos solos los tres;
que Flaminio es yo.

ALEJ. Pues di,
¿no querrá tomar después
la satisfacción de mí?

AURELIO. Cuando se llame agraviado,
le casaré con Marcela.

ALEJ. Mayor deshonra has pensado,
porque dirán que es cautela
ser de Filipo cuñado.

AURELIO. ¿Qué es cautela?

ALEJ. De temor:
y así es más justo, señor,
que a las armas se remita.

AURELIO. Hijo, ¿qué furia te incita?

ALEJ. Sólo velar por tu honor.

¿Qué aguardas, Filipo?

FILIPO. Aquí,
solo te quisiera ver.

AURELIO. ¿Hijo, dueñete de mí!

(Rempuja a su padre y cae AURELIO al suelo.)

ALEJ. ¡Quitáos allá!

AURELIO. ¿Puede ser
que tú me trates así?

FILIPO. A tu padre has arrojado
al suelo, Alejandro; ¿tente!

ALEJ. ¿Qué te detiene?

FILIPO. He pensado
que el ser quien soy no consiente
reñir tan aventajado.

ALEJ. Pues ¿qué ventaja me tienes?

FILIPO. Arrojar tu padre así,
pues que con eso previenes
todo el cielo contra ti.

¡Mira si a la muerte vienes!

Pero, pues tú le arrojaste,
yo le alzaré de este suelo,

ya mi desagravio baste
haber obligado al cielo
por lo que tú le en tuiste.

Alto. Que de mi padre lugar
a estas atentas! No quiero
verle en mi vida ni hablar!

Alto. ¿Hijo, hijo!
Alto. ¿Qué me quieres decir?
pues a mi te quise honrar.

Alto.

Alto. ¿Qué dices? ¿Qué me dices?
¿Volver en la tierra
vuelves que me mueras ante
que yo me oculte en la tierra
para que tú me levantes?

Entre. ¿Qué me dices?

Alto. ¿Qué dices? ¿Qué me dices?
¿Volver en la tierra
vuelves que me mueras ante
que yo me oculte en la tierra
para que tú me levantes?

Entre. ¿Qué me dices?

Alto. ¿Qué dices? ¿Qué me dices?
¿Volver en la tierra
vuelves que me mueras ante
que yo me oculte en la tierra
para que tú me levantes?

Entre. ¿Qué me dices?

Alto.

Entre. ¿Qué me dices?

Alto.

Alto.

Alto.

Entre.
que

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Alto.

Carlos.

Detarse. No quiero amar a mi
y muy contrario a la naturaleza
pero a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.

Carlos.

No quiero amar a mi

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

Carlos.

Pues a mi te quise honrar.
contra mi voluntad a mi madre.

donde se ven mil cosas concertadas,
que ninguna la tiene por sí sola.

GUARÍN.

Señor, mientras tu hermana tiene padre,
no corre por tu cuenta el honor suyo.

CARLOS.

¿Sabes, Guarín, cómo es la honra?

GUARÍN.

¿Cómo?

CARLOS.

Como un cuerpo gentil proporcionado:
la cabeza es el dueño de la casa;
los sentidos, los hijos; pies y piernas
son los criados; si los ojos faltan,
¿qué culpa puede darse a los oídos?
Mas luego queda todo el cuerpo feo,
de manera que a todos les conviene
mirar de aquesta unión por cualquier parte.

GUARÍN.

¿No dicen los filósofos que tiene
el medio la virtud, si son viciosos
los dos extremos?

CARLOS.

Es común proverbio.

GUARÍN.

Luego, siendo Marcela virtuosa,
no ha de ser ojos de este cuerpo vuestro.
Pues ¿qué ha de ser?

GUARÍN.

El medio; y siendo el medio,
¿qué mucho que a otro medio el medio aplique?
Medio y medio son uno, y dos mitades
fabrican un entero, y lo que tiene
entero ser, entonces es perfecto:
luego Marcela es sabia y virtuosa,
pues que juntando el medio que le falta
viene a quedar perfectamente buena.

CARLOS.

¡Majadero sofisticado!, ¿qué dices?

GUARÍN.

Que aquí tu padre viene.

CARLOS.

¡Oh, padre mío!

(Sale AURELIO.)

Dadme esos pies, pondrélos en mi boca;
dadme esas manos, de quien soy hechura.
¿Estáis bueno, señor? No me responde.
¿Cómo están mis hermanos? Dios os guarde.

GUARÍN.

¿Más que habemos venido mal y tarde!

AURELIO.

¿Cómo te viniste así
y tus estudios dejaste?

CARLOS.

Aunque no me lo mandaste,
acabé el curso, y partí:
que allá no tengo qué hacer,
y me mataba el deseo
de verte, aunque no te veo
como te quisiera ver.

AURELIO.

¿Allá pasar no podías?

CARLOS.

¿Qué había de hacer allá,
gastando dineros?

AURELIO.

Ya
conozco tus fantasías.

Mejor por acá te hallas:

Nápoles es muy vicioso.

¿Qué estudiante virtuoso!

GUARÍN.

¿Esto escuchas? ¿Por qué callas?

CARLOS.

Es padre: debo callar.

AURELIO.

Pues ¡el criado es un santo!

GUARÍN.

Si tú nos aprietas tanto,
por fuerza habemos de hablar.

Si estamos sorbiendo caldo
todo el año, entre mil textos,
donde somos más *digestos*
que los de Bártulo y Baldo:

si antes de salir el sol,

ya con la lección de prima,
nos cae más niebla encima
que al Pirineo español;

si después de haber comido
menos carne que un halcón,
volvemos a otra lección,
¿qué tiempo habemos perdido?;

si antes de la noche fría
ya estamos, como los bueyes,
volviendo a rumiar las leyes
que pacimos todo el día;

si viene el ama después
con la cena, tan escasa,
que es juego de pasa-pasa,
porque es cena y no lo es;

si antes de entrar en la cama
hay rosario como el puño,

LUCRECIA. Mucho ha templado el ausencia.
MARCELA. Ten, mientras leo, paciencia.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Respondíome airada, en fin,
que tras el casto valor
va la venganza. Un papel
está leyendo, y en él
los libelos de mi honor.
Quitársele quiero. ¡Suelta!

MARCELA. ¡Ay, Dios!

CARLOS. ¡Suelta, ingrata hermana!

MARCELA. ¿Cómo que suelte?

CARLOS. ¡Villana!,

a nuestra infamia resuelta,
suelta el injusto proceso
de nuestra afrenta.

MARCELA. No seas
necio, Carlos, si deseas
de tus cosas buen suceso:
que cuando este papel fuera
sospechoso, eres mi hermano
y no mi marido.

CARLOS. En vana
le defiendes. Suelta.

MARCELA. Espera.

CARLOS. Suéltale, Marcela.

MARCELA. Carlos,
deja el papel.

CARLOS. Suelta digo.

MARCELA. ¿Esta fuerza usas conmigo?
¡Padre, hermano! Ve a llamarlos.

CARLOS. No porfies.

MARCELA. Con alguno
debió de ser vil mi madre.

CARLOS. ¿Así infamas a mi padre,
a quien no iguala ninguno,
y a una madre santa y tal
que sólo malo ha tenido
haberte, infame, parido
para una deshonra igual?

(Dale un bofetón.)

¡Toma!

MARCELA. ¿Bofetón a mí?

¡Padre, Alejandro!

LUCRECIA. ¿Qué has hecho?

CARLOS. Voyme, que estoy satisfecho
que me matarán aquí.

(Vase CARLOS.)

LUCRECIA. No des voces, no lo digas.

MARCELA. ¿Cómo no? ¡Padre, señor!

(Sale AURELIO.)

AURELIO. ¿Qué voces das?

MARCELA. ¡Que a un traidor
con tus regalos obligas
a que me dé un bofetón!

AURELIO. ¿Es Alejandro?

MARCELA. Si fuera
Alejandro, lo tuviera
por más señal de afición.

AURELIO. Pues ¿quién te pudo ofender?

MARCELA. Carlos.

AURELIO. ¿Carlos? ¿Cosa extraña!

¿Cómo tan infame hazaña
pudo en su virtud caber?

MARCELA. ¡Qué virtud, que es un infame!

AURELIO. ¿Por qué te dió?

MARCELA. Porque digo
bien...

AURELIO. ¿De quién?

MARCELA. De su enemigo,
que así quiere que le llame.

AURELIO. ¿Es de Alejandro?

MARCELA. Señor,
véngame, si eres mi padre.

AURELIO. Por el amor que a tu madre
tuve, y por tu mismo amor;
por el que a Alejandro tengo,
que es más que todo, que hoy veas
la venganza que deseas.
Tú verás como te vengo.

¿A mi hija bofetón
porque a Alejandro defiende?
¡Vive el cielo, que me ofende
las telas del corazón!

(Vase AURELIO.)

LUCRECIA. Mal has hecho.

MARCELA. No he podido,
Lucrecia, disimular.
Aquí te puedes quedar
mientras de lo sucedido
aviso con un papel
a Doristeo.

LUCRECIA. No seas
causa que más mal te veas.

MARCELA. No tengo vida sin él.

(Vase MARCELA.)

LUCRECIA. ¡Por esos ojos, Guarín,
que sabes a moscatel
con algo de toronjil!

GUARÍN. Gil, norabuena; mas toro,
eso no, ¡por San Crispín!
que no soy de los que tienen
su honor en cosa tan vil.
Ya yo sé que tus iguales
sois lo mismo que un candil,
que en faltándole.... ya entiendes.
de ningún modo vivís.

LUCRECIA. De tu amo has deprendido.
GUARÍN. ¿Hasle visto?
LUCRECIA. Aquí le vi,
tan necio y tan descompuesto
como te contemplo a ti.

GUARÍN. Dió un bofetón a Marcela.
LUCRECIA. ¿Hubo coz?
GUARÍN. ¿No bastó así,
para una mujer tan noble,
sin las cosas que decís?

GUARÍN. No lo digo yo por eso,
sino porque siempre vi
juntos bofetón y coces,
como el agua y el anís.
¿Dónde le hallaré?

LUCRECIA. No sé.
GUARÍN. Voye a buscar, ¡y de ti
me libre el cielo, Lucrecia!

LUCRECIA. ¡Ay, majadero en latín!
GUARÍN. ¡Ay, picaiona en romance!
LUCRECIA. ¡Ay, alcahuete sutil!

GUARÍN. ¡Ay, zapato de aguador!
LUCRECIA. ¡Ay, desechado escarpín!
GUARÍN. ¡Ay, guadrupa por enero!

LUCRECIA. ¡Ay, almohaza en abril!
GUARÍN. ¡Ay, almirez boticario!
LUCRECIA. ¡Ay, corchete de alguacil!

(*Vanse. Sale FILIPO, DORISTEO y TEBANO.*)

DORISTEO.

En fin, ¿cómo quedastes concertados?

FILIPPO.

Viendo el respeto que le tuve a Aurelio,
cuando fué tan villano el hijo suyo,
me prometió a Marcela en casamiento.

DORISTEO.

¿A Marcela? ¿Qué dices?

FILIPPO.

Lo que oyes.

DORISTEO.

¿Y qué le respondiste?

FILIPPO.

Que la aceto,
con treinta mil ducados.

TEBANO.

Di, Filipo,
¿no sabes que la sirve Doristeo?

FILIPPO.

¿Doristeo la sirve?

DORISTEO.

Si la quieres,
Filipo, desposada ya conmigo,
por palabras, papeles y otras cosas
que afirman el concierto que hemos hecho,
y que entre amantes sirven de escrituras,
buen provecho te haga.

FILIPPO.

Si supiera
solo tu pensamiento, no acetara
los tesoros del mundo con Marcela;
pero desde hoy le suelto la palabra.

TEBANO.

Quedo, que es éste su mayor hermano,
recién venido agora de Bolonia.

DORISTEO.

¿Es éste, acaso, el estudiante bravo
a quien Marcela teme?

TEBANO.

El mismo es éste.

DORISTEO.

Si no mirara yo que era su hermano,
ya por su mal a Nápoles viniera.

TEBANO.

Guárdala más que si su esposa fuera.

(*Sale CARLOS.*)

CARLOS.

Honra, por nuestro daño introducida
en las leyes del mundo, siempre erradas,
¿cómo, si son tus manos delicadas,
aprietas tanto el cuello a nuestra vida?

CARLOS. Estos, con poca razón,
murmuran de mi obediencia;
volveré por mi opinión. [cho
¿Qué les digo? ¿Es muy mal he-
sufrir a un padre estos palos,
a cuyo caduco pecho
debo el ser y los regalos
de que estoy tan satisfecho?
¿Párecele cobardía
no matar la senectud
que estos palos le ponía
al árbol de mi virtud,
porque tanto fruto había?
¿No ven cuán de otra manera
los palos se han de sentir,
pues son palos de escalera
por donde pueda subir
a la fama que me espera?
¿No ven que mi justo amor,
mi obediencia y mi temor
los recibió por regalos,
y que en estos cuatro palos
funda su palio mi honor?
¿No ven que en el mar profun-
nave destes palos fundo. [do
y que voy seguro más,
siendo este palo el compás,
por la maroma del mundo? [toria.
¿No ven que en mi honrosa bis-
de aquel bordón, por memoria
hizo dos palos la fama
para la caja en que llama
los hombres a eterna gloria?
Pero, pues que no lo ven,
este acero les dirá,
castigándoles muy bien,
que aquél, por padre, se va
sin que respuesta le den.
¡Aquel hombre que me hizo,
bien me puede deshacer!

(Echa mano y acuchillanse.)

DORISTEO. ¡Tente!
CARLOS. ¡Infame advenedizo,
no es Marcela tu mujer,
si mujer te satisizo!
TEBANO. ¡Extraña furia!
FILOPO. ¡Ay de mí!

(Huyen y entra GUARÍN.)

CARLOS. ¡Huid, villanos, así!

GUARÍN. ¿Qué es esto, señor?
CARLOS. No sé.
Aquí con mi padre hablé,
y tan desdichado fui,
que me dió con el bordón;
fué, y la murmuración
de esta gente me ha obligado
a haberles mil palos dado,
si espaldarazos lo son.

GUARÍN. Vente a casa, que la gente
se junta.

CARLOS. ¿Qué es ir a casa?

Yo soy, Guarín, obediente.

GUARÍN. Pues ¿hay más? Dí lo que pasa.

CARLOS. Que me manda que me ausente.

Aquí hay tres cosas, que son:
de Alejandro la afición,
de mi padre la obediencia,
de Marcela la insolencia;
todas me dan ocasión.

Bohemia hace guerra a Hungría,
yo me he de ir a ser soldado;
si quieres mi compañía,
sin lo que me has obligado,
nueva obligación sería.

GUARÍN. ¿Eso dices? ¡Vive Dios,
que iré contigo hasta el fin
del mundo!

CARLOS. Pues, ¡ea!, adiós.
Pero escucha, mi Guarín,
que nos importa a los dos...

GUARÍN. ¿Cómo?

CARLOS. Ve a casa, y el palo
con que mi padre me dió
le hurtarás, por mi regalo,
cuando coma.

GUARÍN. ¿Y podré yo?

CARLOS. Con Alejandro te igualo
en hurtar lo que hay en casa.
Mientras come, bien podrás.

GUARÍN. Voy.

(Vase.)

CARLOS. El alma me traspasa,
¡oh padre!, el no veros más.
¡Cielos, ya veis lo que pasa!
Voy, pues lo queréis así,
a la guerra desde aquí;
premiad mi justa obediencia,
pues me debéis la paciencia
con que estos palos sufrí.

CITO SEGUNDO

En el primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

del primer tomo de la obra se trata de la

no tuviera este valor:
hongo sospecho que fuera,
porque es la humedad mayor.

CARLOS. ¡Calla, Guarín, en buen hora!
Ten respeto a un rey.

GUARÍN. La guerra
es libre; déjame agora.

REY. ¡Valor el soldado encierra!

CAPITÁN. Tu crédito le mejora.

REY. A buena suerte he tenido
que haya este hidalgo venido
a servirme. Carlos, oye:
para que mejor se apoye
lo que hacermos has prometido,
¿cómo el río pasarás?

CARLOS. Con esta espada en la boca
y este corazón, no más:
allá haré lo que me toca,
que esto después lo sabrás.

REY. Si nada's bien, ¡buena traza!

CARLOS. El mar es pequeña plaza.

GUARÍN. Seguro podrá pasar,
como le dejes llevar
a Guarín por calabaza.

REY. Pues retira el campo mío.
Tú, con animosos brazos,
rompe las ondas del río.

CARLOS. Con mil círculos y lazos,
bordar su campo confío.

REY. Vamos, que tu vuelta espero;
tú, el premio esperar podrás.

(Vase el REY y su gente.)

CARLOS. Guarín, desnudarme quiero
ropilla y calzón no más.

GUARÍN. ¡Tú eres lindo majadero!
¿Veniste por nadador,
o a ser soldado, señor?
La ropilla sola basta,
porque si alguien te contrasta
tengas defensa mayor.

CARLOS. Bien dices; porque desnudo,
menos podré pelear.

GUARÍN. Que has de volver temo y dudo.

CARLOS. Quisiera el bordón llevar,
que me sirviera de escudo.
¿Dónde está?

GUARÍN. Guardado está.

CARLOS. ¡No se pierda!

GUARÍN. No podrá,
que a tus espaldas le até.

CARLOS. Guárdale bien.

GUARÍN. ¿Para qué?

CARLOS. Por el honor que me da.

GUARÍN. ¿Honor te ha dado un bordón
que te dió públicamente
palos en tal ocasión?

CARLOS. Si, que en un hijo obediente,
las armas de hidalgo son.

¿Con la espada no le dan
al que arman caballero,
cuando a ceñírsela van?
Pues lo mismo considero
en los que viéndome están.

Toma, y aguarda, y adiós.

GUARÍN. El te guie, y a los dos
nos vuelva a juntar aquí.

CARLOS. ¡Río! a César veis en mí,
y yo, mi remedio en vos!

(Vanse, y sale la REINA y ROSELA.)

REINA. Mientras la gente se ordena
del nuevo ejército mío,
salgo, Rosela, a este río
a pisar la blanca arena,
así por tratar contigo
cosas de tanta importancia,
como por ver la arrogancia
del campo de mi enemigo.

Entre aqueas soledades
que estas arboledas forman,
adonde mejor informan
las almas de sus verdades,
quiero que sepas mi intento
en el dilatar mi estado,
por si acaso me has culpado
en razón del casamiento.

ROSELA. Inclita reina María,
sangre del claro Bohemundo,
que puedes serlo del mundo,
como lo fuiste de Hungría:
conozco tu entendimiento,
tu varonil proceder;
pero no puedo entender
qué te mueva a tal intento.

Filiberto es rey y mozo,
tan gallardo y envidiado,
que a muchas hubiera dado
su amor amoroso gozo;

de su ingenio hay clara fama;
de sus hechos, mil historias;
de sus armas, mil victorias;
mil versos de que te ama.

Pues ¿qué es esto?
REINA. No lo sé;

Lavándose está los pies
una bellísima dama.
Olmos, cuya verde rama
corona de Hércules es,
animad mi atrevimiento;
así os vistáis de hojas nuevas.
Mas ya el príncipe de Tebas
se ofrece a mi pensamiento.

Que ésta es Diana, sin duda,
y seré yo como él
si me transforma en laurel
porque la he visto desnuda.

El marfil, cristal, el hielo,
menos blanco y terso es;
tal deben de ser los pies
con que el alba pisa el cielo.

¿Hay mármol en fuente alguna
de más limpia perfección?
O blancos jazmines son,
o son los pies de la luna.

Alzó el rostro, ¡santo cielo,
qué hermosura celestial!
Castigo me espera igual,
pues ya me convierte en hielo.

En mi vida tu rigor
supe, amor, ni tus efectos,
que aunque es mal para discretos,
yo era ignorante de amor.

Ahora sabré lo que es,
y pienso decir a voces:
¡Amor, rendístele a coces,
pues me has muerto con los pies!

Mas trueca el efecto luego,
pues por los pies es verdad
que suele entrar la humedad,
y tú quieres que entre el fuego.

Sintiéronme. Huyendo van.

(Hablan dentro.)

REINA. ¡Huye, Rosela! ¡Ay de mí!
ROSELA. ¿Vieronte?

REINA. Pienso que sí.
CARLOS. Abriendo una puerta están.

REINA. Cierra presto.

CARLOS. Ya se entraron.

Dueños de esta casa son.
Con la mucha turbación
una liga se dejaron.

¡Oh, gran ventura! Alzaréla.
Verde es, ¡por Dios!, quien alcanza
en tanta dicha esperanza,
¿qué mal suceso recela?

¡Oh, pies! Ya que huyendo vais,
dejarme prenda es exceso,
pero como me habéis preso,
vuestros grillos me dejáis.

Ya no podré defenderme
de vuestros hermosos brazos,
que, pues me habéis puesto lazos,
sin duda queréis cogerme.

Verde prenda que ceñistes
aquella columna hermosa,
decidme, ¿quién es la diosa
cuyo mármol blanco vistes? [muro

Mas, ¡por Dios!, que sobre el
de aquella almena se han puesto.

(Asómanse en lo alto la REINA y ROSELA.)

REINA. Yo estoy ya resuelta en esto.

CARLOS. No sé si estoy muy seguro.

ROSELA. ¿Qué importa que te haya visto?

REINA. ¡Pensar que no tengo honor!

CARLOS. Sol, a cuyo resplandor
indignamente resisto:

¡qué bien haces de salir
y enjugarme este vestido!
¡Pero estás tan encendido
que me podrás consumir!

Pon los rayos soberanos
en toda el agua que ves:
agua soy; baña tus pies,
o, por lo menos, tus manos.

REINA. Hombre, ¿quién eres?

CARLOS. Un hombre.

REINA. ¿Cómo estás así mojado?

CARLOS. Porque este río he pasado.

REINA. ¿A qué efecto?

CARLOS. A ganar nombre.

REINA. ¿Eres Filiberto?

CARLOS. No.

REINA. Pues ¿quién?

CARLOS. Un soldado suyo.

REINA. Pues ¿qué es el intento tuyo?

CARLOS. Cumplir lo que él me mandó.

REINA. ¿Qué te ha mandado?

CARLOS. Saber
lo que la Reina de Hungría
intenta.

REINA. ¡Brava osadía!

Valor debes de tener.

CARLOS. Si antes que pasara el río,
que había de ver supiera
lo que he visto en su ribera,
otro valor fuera el mío.

y para que tú juegues no hay tesoro
en Florencia, en San Marcos de Venecia.

ALEJANDRO.

Calla, hermana Marcela, y suelta el oro;
menos pierdes en esto, no seas necia,
que por esto te sufro yo otras cosas
de un loco amor que nuestro honor desprecia.
Súfreme, pues te sufro tus viciosas
costumbres.

MARCELA.

¿Yo viciosas? ¿Estás loco?

ALEJANDRO.

Si que tener galán son virtuosas.
Súfreme que yo juegue mucho o poco,
Marcela, pues te sufro a Doristeo.

MARCELA.

¡A qué furor y rabia me provoco!

(Sale AURELIO.)

AURELIO.

¿Qué es esto, hijos, en que siempre os veo?
¿Qué tienes, Alejandro, con Marcela?

MARCELA.

Hablarte claro, padre mío, de-se-o.
Estas son las costumbres que en la escuela
de buenas compañías ha estudiado
quien para tus agravios se desvela.
¿No le ves? De jugar viene picado,
y, como si yo fuese una ramera,
la cadena del pecho me ha quitado.

AURELIO.

Hijo, Alejandro, cuando yo no fuera
tu padre, por ser viejo, merecia
que un bárbaro respeto me tuviera.

Robástemme mi trigo el otro día;
anteanoche rompiste el escritorio,
y sacaste el dinero que tenía.

La herida de Tristán y la de Honorio
me cuestan más de siete mil ducados,
que esto es a todo Nápoles notorio.

Sin esto, a mil tratantes y agraviados
contento con mi hacienda por momentos.
Todos están de tu rigor causados.

¿En qué piensan parar tus pensamientos,
si ya robas en público a tu hermana?
Estos exceden ya de atrevimientos.

ALEJANDRO.

Padre, no más que si esa barba cana
fuera de plata, como lo parece,
hoy os la hurtara, por jugar mañana.

AURELIO.

¡Traidor! Tu desvergüenza me enloquece!
¿No basta que mi herencia has destruido?
Al paso de mi amor tu maldad crece:
el cielo me castiga de ofendido,
de ver que a Carlos desterré sin culpa:
Carlos, que ejemplo de obediencia ha sido.

ALEJANDRO.

Padre, ninguno en Nápoles me culpa,
si no sois vos, pues dicen que os imito:
que basta a mis locuras por disculpa.

Si mozo fuiste loco y solícito,
pareceros a vos, como hijo vuestro,
con justa causa vuestra hacienda os quito.
Si es cuerdo Carlos, claramente os muestro
que soy más hijo vuestro que fué Carlos,
pues fuistes mozo, jugador y diestro.

A los padres debemos imitarlos:
si yo os imito, estad agradecido.

AURELIO.

Tales hijos, ¿quién quiere desearlos?
¿Yo he sido loco y jugador he sido?
¿Esto escucho?

MARCELA.

Señor, no llores, mira
que hasta el temor a Dios tiene perdido.

AURELIO.

¡Plegue a Dios que no incite más su ira!
Esto con tiernas lágrimas le ruego.

ALEJANDRO.

Que llore un viejo, a mi nunca me admira.
Son niños ya: los niños lloran luego.

AURELIO.

Entre el mucho dinero que perdiste,
también perdiste la vergüenza al juego.
Dale el oro, Alejandro.

MARCELA.

No pudiste
decir cosa más loca.

que pues un Rey me le dió,
no es hierro, sino corona.

Y esta borla es bien que pueda
honrar quien de vos lo queda;
pero dirán muchos malos
que por encubrir mis palos
os quiero vestir de seda.

Ya con borla estáis mejor,
que aunque sois arma, sois ciencia,
pues en facultad de amor,
el maestrescuela obediencia
os da el grado de doctor.

REY. Carlos, cuéntame el estado
de la Reina, mi enemiga.

CARLOS. Estás muy acompañado.

REY. Dejadnos solos.

CAPITÁN. ¡Que siga
tanto la suerte a un soldado!...

(Vanse y queda solo el REY y CARLOS.)

CARLOS. Generoso Filiberto,
cuyos abuelos invictos
dieron más nombre que a Grecia
el gran Alejandro y Pirro:
a saber de tus contrarios
los encubiertos desinios,
con esta espada en la boca
me arrojé al agua vestido.
A la orilla contrapuesta
llegué con mayores bríos
que por llegar a su lumbre
iba el amador de Abido.
Tomé puerto entre unas cañas
que a unos álamos sombríos
cubrían los verdes troncos
cuyos pies bañaba el río.
Detúveme contemplando
la fertilidad del sitio:
vi los muros que le cercan,
las torres y los castillos.
No hay foso, ni contrafoso,
por la parte que te digo,
sino jardines y peñas
y un espléndido edificio;
de suerte que por combate
es imposible camino
tomar esta gran ciudad;
hambre es forzosa, y partido.
REY. ¿Que no sientes en sus muros
flaqueza, ni hay un portillo,
ni donde batirlo pueda,
si no es desde el mismo río?

CARLOS. Yo, por más que la miré,
sola una flaqueza he visto,
que agora sabrás, señor.

REY. Ya te escucho.

CARLOS. Y yo prosigo:

Al pie de un verde laurel,
a un pardo peñasco asido,
que bien lo está con las peñas
quien lo fué a tantos suspiros,
vi dos gallardas mujeres
entre dos arroyos limpios,
como pintan a Diana
en el huerto de Calisto.
Lavaba la una de ellas
unos pies adonde quiso
mostrar la naturaleza
las manos de su artificio;
vi dos columnas de mármol,
que lo que estaba ceñido
del agua parecía nieve;
lo que estaba dentro, vidrio.
Lavábase, y de lo alto
bajaba el cristal rotpido,
como cuando se tornea
blanca plata o martil liso;
porque parecían pedazos
del mismo mármol bruñido,
y que las enflaqueciesen
me pesaba. ¡por Dios vivo!
REY. No las pintas, Carlos, mal;
mira que por los oídos
corre peligro el deseo.
CARLOS. ¿Y en los ojos no hay peligro?
REY. ¿Qué peligro? Por los tuyos
trocara entonces los míos,
aunque esas pellas de nieve
de fuego me hicieran tiros.

CARLOS. Apenas, Rey de Bohemia,
las dos sienten el ruido...

REY. ¿Qué ruido? ¿No podías
irte allegando quedito?

CARLOS. Donde hay guerra, ¿no ha de haber
voces?

REY. Voces hay, y gritos.

CARLOS. Pues la de mis pensamientos
alzó sus ojos divinos;
vióme, y a los pies mojados
dejó caer los vestidos,
y por el jardín se entraron.

REY. ¡Bueno quedaste!

CARLOS. Perdido.

La mano bella cogió
las medias y zapatillos;

mi juego y mis desgracias algún día.
Una de dos: o vos, desde este punto,
no habéis de entrar jamás por nuestra calle,
o habéis de ser marido de Marcela
con sólo el manto que la cubre agora.

DORISTEO.

Dadme un día de término.

ALEJANDRO.

¿De término?

DORISTEO.

Pues ¿no es término honrado, y sólo un día?
¿No he de dar a mis deudos cuenta de esto?

ALEJANDRO.

Yo me contento.

DORISTEO.

Pues el cielo os guarde;
y tú guarda de casarte ahora,
porque tu pobre hacienda verás luego
pasar desde tu casa a la del juego.

(Vanse, y sale el REY, CARLOS y GUARÍN.)

REY. ¿Retiró la barca?

CARLOS. Ya
de este sitio la apartó.

REY. Bien su palabra cumplió.
¿Guarín, dónde está?

GUARÍN. Aquí está.
REY. En fin, ¿no se puede hacer
este negocio sin ti?

GUARÍN. Vuestro peligro temí.

REY. ¿Y ya no le puede haber?

GUARÍN. Pues ¿quién, si yo os acompaño,
que soy el valor del mundo,
que soy Hércules segundo,
os puede hacer algún daño?

¿Es de corcho aquesta espada?

¿Soy de natas, o qué soy?

Que me atrevo, como estoy...

REY. Di, adelante.

GUARÍN. A no hacer nada.

REY. En los peligros, Guarín,
no es defensa el buen humor.

GUARÍN. Llegando a veras, señor,
y dando a las burlas fin,
es soltar de una leonera
dos leones africanos,
verme la espada en las manos:
todo un ejército altera.

En lo que ahora hay criado,
para matar yo, no hay gente;
no hay injerto de valiente
como estudiante y soldado.

¿Juegas las armas?

REY.

GUARÍN.

Muy bien.

REY.

Mucho tardan.

CARLOS.

Ya vendrán.

REY.

Si no es que trazando están
cómo la muerte nos den.

¿Qué armas juegas?

GUARÍN.

Siete espadas.

si me entran el seis y el as.

REY.

Con esas armas darás
cincuenta y cinco estocadas.

¿Qué más juegas?, que dos solos
toman bien la espada y daga.

GUARÍN.

¿No quiera Dios que tal haga!

REY.

¿Pues qué?

GUARÍN.

Dados, truco y bolos.

REY.

Menos sabrás de montante.

GUARÍN.

Ese sé yo bien meter,

que al reñir suelo poner

cinco o seis calles delante.

REY.

¿Buen compañero traemos!

CARLOS.

La puerta abren al jardín;

desvíate allí, Guarín;

ten cuenta en tanto que hablemos.

GUARÍN.

Allí me hallarás sentado.

(Salen la REINA y ROSELA.)

REINA.

Cierra sin hacer ruido.

ROSELA.

Gente suena.

CARLOS.

Aquí ha venido,

señora, vuestro soldado.

REINA.

¿Venís solo?

CARLOS.

Ya os previne

de que un amigo vendría.

REINA.

Que nos sentemos querría.

REY.

Dios, Carlos, nos encamine,

que en grave peligro estamos.

CARLOS.

Esa señora entretén.

(Siéntanse a hablar CARLOS y la REINA, y el REY y ROSELA, y GUARÍN se echa a dormir.)

GUARÍN.

¿Por Dios, que me suena bien
el airecillo en los ramos!

¿Musiquitas para mí?

Pues búrlese como quiera,

que si calo la visera

y corre este fresco así, [ma
no hay niño en cuna que duer-

soy del Rey favorecido,
que ya os llama su mujer.

Sírvole, su sueldo tiro;
no hay remedio.

REINA. (Ap.) ¿Qué es aquesto?

¿Un hombre me ha descompuesto?

¿Hombre me cuesta un suspiro?

¿Yo hablo en cosas de amor?

¿Yo hallé un hombre a mi gusto?

¿Que hombre me vea es justo,
sin ser del mundo el mejor?

Yo le haré rey, ¡vive el cielo!
¡yo le igualaré a quien soy!

Baste.

CARLOS.
REINA. A matarme voy;
mal estimas mi buen celo.

CARLOS.
REINA. ¿Señora!...

REY. Rosela, ven.

Aguarda, señora mía,
que de mi parte os querría
hablar ahora también.

REINA. ¿Qué queréis?

REY. ¿Por qué olvidáis

a Filiberto y queréis
que guerra os haga? ¿No veis
en el engaño en que estáis?

Amadle, y palabra os doy
que en vuestra vida habéis visto
hombre más noble y bienquisto.
Mas ¿quién eres tú?

REINA.
REY. El mismo soy.

Y, ¡por Dios, que si no fuera
por Carlos, que en la barquilla
volviérais a la orilla
donde mi campo os espera!

REINA. Pues, ¡por Dios, que si no fuera
por Carlos y su afición,
que os pusiera en la prisión,
donde mi gente os espera!

Vaya con Dios Vuestra Alteza,
y haga la guerra en buen hora,
que yo tengo gente agora
que guardará mi cabeza:

y despidase de ser
mi marido eternamente.

REY.
REINA. ¡Señora, espera, detente!
No me puedo detener.

Con esta barca vendrás
a verme, cuando quisieres,
haciendo como quien eres,
y con tu Carlos no más:

que si intentases traición,
cuatro mil hombres esperan

una seña, [con] que hicieran
mil pedazos tu escuadrón.

(Vanse la REINA y ROSELA.)

REY. ¡Ay, Carlos! (r) ¿Qué es aquesto?

CARLOS. Ya lo ves; la Reina es, [to]
que porque le vi los pies,
hoy en sus manos me ha puesto.

REY. El alba se está riendo
de estos disparates, Carlos;
los pájaros, sin llamarlos,
que nos vamos van diciendo.

Llama a Guarín, y partamos.

CARLOS. ¿Guarín?

GUARÍN. ¿Moricos a mi?

CARLOS. ¡Tente!

GUARÍN. Que muy bien los vi
salir de entre aquestos ramos.

CARLOS. ¡Vuelve en ti, necio!

GUARÍN. ¡Señor!

CARLOS. Mira que el barco se acosta.

GUARÍN. ¿No era mejor una posta?

REY. La cama fuera mejor. [dado!]

GUARÍN. ¡Qué bien, Guarín, me has guar-

REY. ¡Oh, qué bien que lo has oído!

GUARÍN. ¿Cómo?

Mientras he dormido,
cien moros he degollado.

CARLOS. El barquero acosta el barco.

¿Vas enojado conmigo?

REY. No, Carlos, que soy tu amigo;
con mucho gusto me embarco.

Muriéndome voy de celos.

CARLOS. ¡Ay, bellissima Maria!

GUARÍN. ¡Ay, cama vellosa mía,
que toda la lana es pelos!

ACTO TERCERO

(Sale DORISTEO y MARCELA.)

MARCELA. ¿Que estás dudoso respondes?

DORISTEO. ¿Parécete gran rigor?

MARCELA. ¿De esa manera a mi amor
y voluntad correspondes?

DORISTEO. Marcela, ningún agravio
has de presumir de mí,
porque te respondo aquí

(r) Así en el original; Hartzzenbusch enmendando,
sin gran necesidad: "¿Hay tal? ¿Carlos!"

no pienso que tiene poca:
que de un sobrino del rey
es biznieto el padre mío.
Por mi loco desvarío
y el querer vivir sin ley,
es pobre, mas es quien es.
Y pues que no te has casado
y en esta casa has entrado,
saldrás en ajenos pies.

DORISTEO. A la defensa me obligas.

(Metén mano a las espadas.)

ALEJ. ¡Muere, infame!
DORISTEO. ¡Muerto soy!
MARCELA. ¿Qué has hecho?
ALEJ. A una iglesia voy.
MARCELA. Pues ¿qué he de hacer?
ALEJ. Que me sigas.
MARCELA. ¿Y aquel viejo padre mío,
no le prenderán también?
ALEJ. ¡Ay, Marcela! Dices bien.
Llevarle en hombros confío,
porque dirán que es culpado
y pagará por los dos.
Padre, yo entraré por vos
y no os dejaré del lado.
Si hasta aquí mi vida fué
citra de hazañas tan feas,
hoy seré segundo Eneas
de la casa que abrase.

(Vanse, y sale FILIBERTO, CARLOS, GUARÍN y SOLDADOS.)

REY. Conocida tu ascendencia,
pues tienes sangre real,
de mi campo en la presencia
hoy te he de hacer general.
CARLOS. ¡Oh, humilde y santa obediencia!
¡Beso mil veces tus pies!
REY. Deja la jineta, pues,
y denle luego un bastón.
CARLOS. Guarín, oye una razón.
GUARÍN. En alto lugar te ves.
Ya, Carlos, no sé yo
tu privanza.
CARLOS. Mi Guarín,
siempre mi amor te estimó.
GUARÍN. ¿Qué es lo que mandas, en fin?
CARLOS. Con este palo me dió
mi padre Aurelio.
GUARÍN. Es así.

CARLOS. Pues córtale por aquí,
y hazme del medio un bastón.
GUARÍN. ¡Válale Dios, por bordon,
lo que se sirven de tí! [cho
¡De qué huevos se habrán he-
más guisados que de un palo
de un viejo mal satisfecho,
que por un hijo tan malo
puso al bueno en tal despecho?

Ya nos sirvió de jineta,
ya es bastón de general.
CARLOS. Parte que bien interpreta
que a la mano celestial
mi obediencia ha sido aceta.
Y mostraré, pues me honra
en el oficio segundo
el que primero deshonra,
que de un palo mismo el mundo
hace la infamia y la honra.
REY. ¿Por qué no tomas bastón?
CARLOS. Ya, señor, se fué a cortar
de la jineta, en razón
de que en cualquiera lugar
piense que unos mismos son.
REY. Tu humilde pecho me obliga
a que te levante al cielo.
CARLOS. Y a mí, tu valor, que siga
del águila tuya el vuelo,
que al sol los rayos mitiga.

(Sale GUARÍN.)

GUARÍN. Este es el bastón, señor.
CARLOS. Recíbase por favor
de tu mano generosa.
REY. En la tuya belicosa
estará, Carlos, mejor.
Quedemos solos.
CAPITÁN. ¡Soldados,
retírense!
CAPITÁN 2.º Bien podrán,
por no ver tan mal pagados.
¡General a un capitán!
Mas toda la guerra es dados.

(Fase el CAPITÁN y su gente, y quedan solos el REY y CARLOS.)

REY. ¿Qué hay de la Reina?
CARLOS. Señor,
pregúntalo a tu valor.
REY. ¿Responde a tu carta?
CARLOS. Sí.

Rey. ¿Qué es lo que me quieres?
 D. ¿Que me des un hijo?
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.

Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.

Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.

Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.

Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.

Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.

Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.

Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.
 Rey. ¿Qué quieres?
 D. Que me des un hijo.

ni a mi nombre ni a mi ley;
honrrarte es cosa real;
que más es hacer un rey
que matar a un general.

Vete en buen hora y corona
tus sienes de ese laurel,
pues mi voluntad te abona;
que, para ponerte en él,
le quito de mi persona.

CARLOS. ¡Oh, Alejandro sin segundo!
La tierra es bien que me des
de esos pies, que en razón fundo
que es el mundo, si tus pies
merecen pisar el mundo.

La fama en su anfiteatro
del último Tile a Batro
y de Poniente a Levante,
diga, ensalce, escriba y cante
ese nombre que idolatro.

Si te parece mejor,
tomaré tan alto estado;
que el poder de más valor
es el hacer de un criado
un absoluto señor.

Pero la traza has de darme;
que sin tu gusto no hay cosa
que pueda en el mundo honrrarme.
Vete, y di a la Reina hermosa
que determinas dejarme.

REY.

Ordena su campo y gente,
pon casa a tu honor decente,
y acabado de trazar
me has de enviar a llamar
por criado o por pariente;
porque a la Reina dirás
que aquí tienes tus criados,
y llevaré algunos más,
que juntos y disfrazados
en tu servicio tendrás.

Y si amor tanto la aprenia
que con casarte le premia,
haré paces con María,
y dejandote en Hungría
daré la vuelta a Bohemia.

CARLOS. Yo parto, y te avisaré.

REY. Dios te encamine.

CARLOS. Y te dé
la vida que te deseo.

REY. ¡Buen Carlos!

CARLOS. Si rey me veo,
yo vendré a besarte el pie.

(Vase CARLOS.)

REY.

No sé quién ama donde no es querido,
siendo todo el amor un instrumento
que, destemplado su divino acento,
disuena a la razón, como al oído.

¿Qué consonancia harán amor y olvido,
la fuerza y el desdén, si el fundamento
de amor es un igual consentimiento
de las dos voluntades admitido?

Ya no quiero querer lo que solía:
ni de amor las tormentas, ni las calmas;
hoy toma puerto la esperanza mía.

Quien no ha vencido no pretenda palmas,
que consiste de amor el armonía
en la correspondencia de las almas.

(Sale un CAPITÁN, que trae preso a ALEJANDRO.)

ALEJ. Con menos fuerza podréis
llevarme.

CAPITÁN. Para un ladrón
no hay respeto.

ALEJ. No hay razón
para que así me tratéis.

REY. ¡Hola! ¿Qué es esto?

CAPITÁN. Aquí está
Su Majestad, Gran Señor,
este traidor.

ALEJ. No es traidor,
aunque desdichado es ya:
y en la presencia de un Rey,
tratadme bien, Capitán,
que todos los que aquí están
saben que es injusta ley.

REY. Quedo, ¿dónde le lleváis?

CAPITÁN. A ahorcarlo.

REY. ¿Eres soldado?

ALEJ. No, señor, que hoy he llegado
a este arrabal donde estáis.

REY. ¿Qué ha hecho?

CAPITÁN. Un hombre mató.

REY. ¿Por qué?

ALEJ. Yo te lo diré.

REY. Habla.

ALEJ. A este campo llegué
hoy, cuando el alba salió,
con un viejo, padre mío,
y una hermana.

REY. ¿Dónde vas?

ALEJ. Buscando un hombre no más,
que en tu campo hallar confío.
Desde Nápoles salí.
Llegóse cierto soldado

R			R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R
R	R	R	R

trabajos me han puesto así,
desde que un hijo perdí,
por quien donde veis estoy.

Mas no que merezca ser
huésped de un Rey, ni aun criado;
sólo os doy este soldado,
que no tengo qué ofrecer
para reconocimiento
de esta merced otra cosa,
y porque en mi edad briosa
tuve algún conocimiento
de las armas que seguí
con Carlos, delfín de Francia,
si aquí os fuere de importancia
podréis serviros de mí,
que estas canas respetadas
os allanarán la tierra;
porque un gobierno en la guerra
vale más que mil espadas.

ALEJ. Lo que mi padre ha ofrecido
es cuanto os podemos dar.

REY. No me han dejado lugar
de mostrarme agradecido.

ALEJ. Id a Hungría conquistando,
que la iréis toda rindiendo
con este mancebo hiriendo
y este viejo gobernando.

REY. De todos contento estoy.
Venid conmigo.

MARCELA. Hoy el cielo
ha dado a mi mal consuelo.

AURELIO. Señor, vuestra hechura soy.
REY. ¡Por cuán extraño camino
me ha robado el corazón
la extremada perfección
de este rostro peregrino!

En mi vida mujer vi
que obligase a mi respeto
ni hiciese mayor efeto
que se ha conocido en mí.

Humillé la majestad,
porque como la hermosura
su mismo hacedor figura,
obliga y fuerza a humildad.

Por esta vez dejo a Hungría;
que esta rara perfección
viene a famosa ocasión
para olvidar a María.

(*Vanse y sale la REINA y ROSELA.*)

ROSELA.

¿Si habrá mudado intento?

REINA.

Yo sospecho
que la amistad del Rey le habrá mudado.

ROSELA.

Siendo el amor que te mostró tan grande,
páreceme imposible que le mude
en espacio tan breve, por lo menos.

REINA.

Según es Carlos, aunque humilde en prendas,
en pensamientos de lealtad altivo,
aunque se muera del amor que tiene,
y aunque se pierda con perder mi Estado,
respetará la fe de Filiberto.

ROSELA.

Bien le desvía el Rey con obligarle.

REINA.

¿Qué cargo tiene?

ROSELA.

General le ha hecho.

(*Sale el SECRETARIO.*)

SECRETARIO.

Carlos está, señora, sobre el puente.
¿Mandas echarlo, o que se vuelva Carlos?

REINA.

Mando que Carlos entre muchas veces.

SECRETARIO.

Entre, señora, muchas veces Carlos.

(*Vase.*)

REINA.

¿Qué te parece?

ROSELA.

Que, pues viene público,
habrá dejado al Rey, y será cuerdo;
porque un reino es mejor, cierto y seguro
que un gobierno de un campo sospechoso.

SECRETARIO.

Ya Carlos está aquí.

REINA.

Salíos afuera.

no me podía echar más a galeras.
¡Qué cosa, para mí siete leones,
que me suelo espantar de dos mosquitos!
¡Oh, bellissimo oficio! Por ¡mi vida!
¿pensaste acaso que era yo profeta?

ROSELA.

Vuelve. Guarín, que burla mi señora.

GUARÍN.

¿Que burla? Linda cosa si me hiciera
sobrestante mayor de sus cocinas,
o que guardara yo siete bodegas;
pero ¿siete leones?

REINA.

En fin, Carlos,

¿ya vienes a servirme?

CARLOS.

Aquí me tienes.

REINA.

¿Defenderás-me del cruel bohemio?

CARLOS.

Tú lo verás; mas sólo te suplico
que licencia me des para que traiga
la casa que en el campo me servía.

REINA.

Yo gusto que te sirvan tus criados.
Parte, Guarín, y sus criados vengan.

CARLOS.

Guarín, ya sabes lo que está tratado.

GUARÍN.

Déjame hacer. Pero, por Dios, te ruego
que temples de la Reina el pensamiento;
porque siete leones no se pueden
entregar a un cristiano temeroso
de Dios y de las gentes.

CARLOS.

Ten cuidado,
que has de contar al Rey lo que ha pasado.

(Vase GUARÍN.)

REINA. Carlos, notable alegría
me da el verte.

CARLOS. Pues en mí,

¿cual será, viéndome aquí,
la que siente el alma mía?

REINA.

Creo que he de aventurarme
a hacerte dueño de todo.

CARLOS.

Si el amor te ha dado el modo,
bien puede amor levantarme.

REINA.

Hoy has de comer conmigo
en público, y te ha ver
mi gente, aunque venga a ser
más envidia en mi enemigo;

y al fin de aquesta comida
te he de poner el laurel
de mis reinos, y con él...

CARLOS.

Dilo, así Dios te dé vida
que alcance a ver en tus brazos
tus biznietos.

REINA.

He de ser,
con mil firmas, tu mujer,
y quizá serán abrazos.

CARLOS.

Abra el alma tus mercedes
tal puerta en su mismo centro,
que ellas y tú quepáis dentro,
aunque en el mundo no pudes.

Hagan fiestas mis oídos,
como aquel día los ojos,
que mirando tus despojos
fueron ellos los rendidos.

REINA.

Querido Carlos, no es
tiempo de hacerme colores,
porque me saldrán mayores
si me tratas por los pies.

CARLOS.

A lo menos, decir puedo
que por los pies os así,
porque no os fuistes de mí,
y, en fin, si con vos me quedo.

El juego de tal ventura
brújula del alma es,
el conocer por los pies
de una Reina la figura.

Jugando en tal alto puesto
bien sé que puedo envidiar,
pues esos pies me han de dar
la mano, y con ella el resto.

De pies nació mi ventura
para que diga después
que los que nacen de pies
la suelen tener segura.

REINA.

Ven. Trataremos los dos
que mi reino te reciba.

CARLOS.

¡Vivas mil años!

REINA.

Y viva
mi Carlos.

CARLOS.

¡Guárdete Dios!

ROSELA. en viniendo el convidado.
¿Cómo toma ya la gente,
Rosela, mi pretensión?
Armado está el escuadrón,
y de tu palacio enfrente:
tu guarda, en torno ha de estar
de la mesa; yo no creo
que, aunque hubiese mal deseo,
lo que pueda nadie mostrar.

(Sale CARLOS.)

SECRETAR. Carlos está aquí.
CARLOS. ¿No es hora
de venir el convidado?
REINA. Yo pienso que habéis tardado.
CARLOS. Antes no tardo, señora:
que se me ha puesto en la fren-
que lo que tardo eso vivo. [Te
viendo un escuadrón altivo,
de tanta lucida gente,
en la plaza de Palacio.
Y si es que vengo a morir,
no me parece venir
a prisa, sino despacio.

REINA. Carlos, para darte muerte
bastaba un hombre.

CARLOS. Es así.
REINA. Que los muchos que hay aquí
vienen para defenderte:
que aunque todos son amigos,
la envidia de tu ventura
en la tierra más segura
puede engendrar enemigos.
Dénnos luego de comer;
la mesa junta sacad.

(Saquen la mesa y platos cubiertos, en que vengan
retratadas algunas ciudades, y en otro plato, una
corona de laurel y un cetro.)

CARLOS. Espere tu Majestad:
pues merced me quiere hacer,
que me sirvan mis criados.

SECRETAR. Cuatro o cinco están aquí.
REINA. Que entren a servir les di.

(Sale el REY, AURELIO, ALEJANDRO, MARCELA y
GUARÍN.)

REY. Entrad en cuerpo, soldados,
y, por cosas que veáis,
no habléis palabra.

GUARÍN. ¿Señor!

CARLOS. ¿Qué quieres?
GUARÍN. Hazme favor
de oírme.

REY. ¿Qué os admiráis?
ALEJ. Callaremos, pues tú quieres
que callemos.

REY. No se excusa.
REINA. Y ¿en vuestra tierra se usa
servir también las mujeres?

CARLOS. ¿Qué me dices?

GUARÍN. Que aquí están
tu padre y tus dos hermanos.

CARLOS. ¿Ya los cielos soberanos
venganza en esto me dan!
Disimula.

GUARÍN. ¿Que me place!
CARLOS. ¡Hola! Aguananos me dad;
presto, esa fuente tomad.

ALEJ. ¿El cielo estas cosas hace!
Aquí está, señor, la fuente.

(Tome ALEJANDRO la fuente y llegue de rodillas.)

CARLOS. Echa, aunque fuera mejor
que se lavara el traidor
y la diera el inocente.

REINA. ¿Qué maestresala tan viejo!

ROSELA. También será allá costumbre.
AURELIO. ¿Que vea en tan alta cumbre
mi no conocido espejo!

ALEJ. ¿Quieres más agua?

CARLOS. Echa más;
aunque más discreto fueras
si de los ojos la dieras
que de donde me la das.

AURELIO. Dad acá el paño, buen viejo.
Bueno solía yo ser;
pero vineme a perder,
gran señor, por mal consejo.

CARLOS. No me llames gran señor,
aunque el dolor te lo mande:
porque cuando soy más grande,
para ti soy el menor.
Si cuando tú me ofendiste,
del suelo te levanté,
¿en qué lugar te pondré
ahora que me serviste?

AURELIO. El paño te doy, señor,
que para mis ojos fuera
mejor, si enjugar pudiera,
no el llanto, sino el dolor.

Todos estamos aquí:
a todos nos trujo a verte
el cielo, en tan alta suerte.

(MARCELA llega a coger las toallas con dos platos
trincheros.)

y más obediencia mía.
Y tú, mi hermano Alejandro,
causa de tantas desdichas
de mi padre y de mi hermana,
vuelve a tu nobleza antigua.
Veis aquí todos mis brazos.
Hijo, de las culpas mías
piden perdón estas canas.
Grave historia.
Peregrina.
Hermosa Reina, yo soy
Filiberto.
Si tenía
guerra contigo y desdén,
hoy a justo amor me inclinas
por lo que has hecho con Carlos.
Por ti, conmigo confirma
Carlos inviolables paces,
porque Marcela me obliga
a ser su esposo.
Señor,
el laurel que tengo, pisa.
Prometí besarte el pie.
Cumplirlo quiero.
Desvia
para que Marcela llegue.
Yo soy de tu mano indigna.
Manda, señora, a Rosela
que a mi Alejandro reciba
por marido.

REINA. Ella es dichosa.
Dadle vuestra mano, prima.
GUARÍN. Eso sí. Cargar, cargar;
ándese entre ellos la jira,
y tire el pobre Guarín.
Todos de Guarín se olvidan.
Allá los siete leones
me darán su compañía.
Despedazarán mis carnes,
en mí vengarán sus iras.
Holgaránse algunas viejas;
lloraránme algunas niñas.
(Hacer que se va.)
CARLOS. ¡Tente, Guarín! ¿Dónde vas?
GUARÍN. A la leonera me iba.
CARLOS. Diez mil ducados te doy
y una famosa alcaldía.
GUARÍN. ¿Por una vez, o de renta?
CARLOS. De renta.
REY. Y yo, treinta villas.
GUARÍN. Entróme treinta con rey,
gané diez mil, ¡brava dicha!
ALEJ. Aquí, senado, se acaba
(todos a sus padres sirvan)
La obediencia laurcada
y el primer Carlos de Hungría.

FIN DE LA COMEDIA DE LA OBEDIENCIA LAUREADA
Y EL PRIMER CARLOS DE HUNGRÍA

LOS PELIGROS DE LA AUSENCIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAJES DE LA COMEDIA

Don Juan de Matos
Don Alonso de Matos
Don Alonso de Matos
Don Alonso de Matos
Don Alonso de Matos

Don

Don Juan de Matos
Don Alonso de Matos

Don

Don

Don

Don

Don

PEDRO. Si él se la pide, confieso
que don Sancho estime en más
a don Bernardo.

MARTÍN. Y ¿qué harás
entonces?

PEDRO. Perder el seso.

(Entre LEONOR, esclava, con manto y sombrerillo se
villano, y por otra parte, RAMIRO, criado, cada uno
con su papel.)

LEONOR. ¿El seor don Pedro está aquí?

RAMIRO. ¿Está en casa el Veinticuatro?

MARTÍN. ¿No le ves, Leonor? Ramiro.
llegad, que aquí está mi amo.

LEONOR. Dios guarde tan lindo talle.
Veinticuatro, el más gallardo
que vió la insigne Sevilla
en su cabildo en mil años.

PEDRO. ¡Oh, morena de los cielos,
en cuyo color mezclaron
su ocaso oscuro Etiopía
y España su oriente claro!
¡Bien haya cuarenta veces
el buen gusto de aquel blanco
que se pagó de tu madre,
que por el que tiene vario
fué hermosa naturaleza!

LEONOR. Bien dices, porque jugaron
mis padres al ajedrez.

PEDRO. Hanme dicho que don Sancho
te quiere como a su vida.

LEONOR. Dice que soy su regalo.

PEDRO. Eres linda conservera.
¡Bien hayan, Leonor, tus manos!
Muestra, besártelas quiero.

LEONOR. Algo has visto.

MARTÍN. Con recato,
que aguarda Ramiro allí,
criado de don Bernardo.

LEONOR. Este papel te traía
del ángel que adoras tanto;
quisiera hablarte, y no puedo,
que está aquel hombre mirando.

PEDRO. Muestra, morena divina,
muestra.

MARTÍN. No vendrá muy blanco,
si ha rato que le traía.

LEONOR. ¿Qué le parece al lacayo?

MARTÍN. Yo, porque guisas lo digo.

LEONOR. Si guiso, también me lavo.

MARTÍN. Y más que escribir se puede
con el agua de tus manos.

LEONOR. Oiga el señor estornudo.

MARTÍN. Antes de hacerlo me guardo
porque no te corras, perla,
con dos erres.

LEONOR. ¡Si me abajo
por la chinela!

MARTÍN. ¡Detente!

PEDRO. ¡Basta, necio!

MARTÍN. Ángel tiznado.
mi amo dice que basta.

PEDRO. Sol, eclipsados los rayos,
toma este bolsillo, y vete,
que me espera aquel criado.
Con Martín responderé.

LEONOR. ¡Vivas, don Pedro, más años
que en una ciudad pequeña
la enemistad de dos bandos
y el pícaro por el agua
de la mar!

MARTÍN. Quedo y reparo.

LEONOR. Tome.

MARTÍN. Bofetón con guante
de ámbas es favor, no agravio.

PEDRO. ¿Qué manda vuesa merced?

RAMIRO. De mi señor don Bernardo
es este papel.

PEDRO. Veréle,
que agora estoy ocupado,
y responderé después.

RAMIRO. ¡Guárdeos Dios!

PEDRO. Solos quedamos,
y cargados de papeles.
Martín, tu consejo aguardo.
¿Cuál dellos leeré primero?

MARTÍN. Barajémoslos entrambos.
Mas lee el de doña Blanca,
porque el de ese necio honrado,
si viene con pesadumbre,
no te ague el gusto.

PEDRO. Es engaño;
mejor es leer el suyo,
porque después, si hay enfado,
doña Blanca me le quite.

MARTÍN. Bien dices.

PEDRO. La nema rasgo.

(Lee.)

“Desconfiado de mi corto merecimiento, no
he querido aventurar mis esperanzas a los fa-
vores de doña Blanca, en competencia de quien
tiene tantos, sino la vida a mis recelos y dis-
gustos, y, por excusar los que me da v. m., le
suplico sea servido de venir esta tarde al cam-

BARQ. 2.º Aquí, que ya nos partimos.
Aquí, hermosas. Entren, vamos.

ALBERTO. Qué bien vestidos de ramos
con sus dorados racimos,
en vez de toldos están
los barcos, ¡oh, gran Sevilla!,
como cisnes, por la orilla,
las alas abriendo van.
Oye, arráez, salga afuera,
que tengo que hablarle un poco.

BARQ. 1.º Ya la blanca arena toco
de la mojada ribera.
¿Qué manda el seor forastero?

ALBERTO. Ese barco he menester
para Sanlúcar.

BARQ. 1.º Ayer
me habló cierto caballero.
¿Es su criado?

ALBERTO. No; fué
por ver hoy la bizarría
de Sevilla.

BARQ. 1.º Al fin del día,
si él gusta, le servirá.

ALBERTO. Quede así; pero esta tarde
le ha de traer por el río
que de su hermosura y brío
hacen las damas alarde,
y todo entrará en la cuenta.

BARQ. 1.º ¿Pasaré esta gente?

ALBERTO. Si,
como luego vuelva aquí.

(Vase, y salga DON FÉLIX, caballero de la corte, de camino.)

FÉLIX. ¡Qué mal quien ama se ausenta!
Vine de Madrid, posé
en una casa vecina
al jardín de Falerina,
que más encantada fué,
donde la ventana opuesta
a la de una hermosa dama
fué deste incendio la llama,
y yo, materia dispuesta.
Señas hice, aunque entendidas,
a traición disimuladas,
que mientras más declaradas
fueron menos acogidas.
Pagáronme con cerrar
muchas veces la ventana,
que tantas, tarde y mañana,
dió mi amor en porfiar.
Ha llegado la ocasión
de partirme, y voy de suerte

que de mi vida a mi muerte
habrá poca dilación.

Alberto, ¿qué haces aquí?

ALBERTO. El barco que he concertado
aguardo con el cuidado
de tu partida.

FÉLIX. ¡Ay de mí!

ALBERTO. ¿De qué es la pena?

FÉLIX. No sé.

ALBERTO. ¿Sientes partirte?

FÉLIX. ¿Pues no?

ALBERTO. ¿Qué ocasión jamás te dió
quien siempre de mármol fué
más firme que las columnas
de su casa, que con necios
suspiros, por sus desprecios,
el claro viento importunas?

Si amaras a doña Inés,
como a doña Blanca, creo
que hicieras mejor empleo,
por lo que entendí después.

FÉLIX. ¿Cómo?

ALBERTO. Un día que la vi
sola y a hablarla llegué,
como yo lo imaginé,
que te adora conocí.

Pero ya son disparates
estas cosas para quien
se va a las Indias, ni es bieu,
señor, que de amores trates.

Que quien ha de gobernar
una provincia ha de ser
tan prudente, que aun del ver
honesto se ha de guardar.

Sé ambicioso, sé arrogante,
hurta, roba, come, bebe,
juega, sé avariento, debe,
ten entrañas de diamante;
que con sólo ser honesto,
aunque lo finjas, serás
respetado, porque es más
que ser diablo manifiesto.

FÉLIX. Bien dices; pero en mis años
no te espantes que el amor
ejecute su rigor,
solicite sus engaños.

En las Indias podrá ser
virtuoso, pues que ya
toda la virtud está
en no tratar de mujer.

Con esto será estimado;
que como amor es flaqueza,
el que en ser flaco tropieza,

que no le pueden querer?

FÉLIX.

Va que tantos desengaños
combaten mi pensamiento
con sentencia tan cruel
para tan breve proceso,
turbado y loco de amor,
enamorado y suspenso,
indicio de que he perdido
las esperanzas y el pleito,
dice amor (1), dulce señora,
que de vuestra boca apelo
a vuestros tiernos oídos,
oidores de su consejo.
Oigan en apelación,
y si me condenan ellos,
quejaréme a vuestros ojos,
más piadosos, por ser cielos.
Pero si los dos jueces
de esos labios, en su acuerdo,
me han dicho que amáis un hombre,
siendo vos quien sois, ¿qué espe-
Otras mujeres, amando, {ro?
olvidan por hombres nuevos,
y si no olvidan, no tienen
puerta con llave en el pecho.
Pero vos, cuando llegáis
a decir "un hombre quiero",
levóse el alma tras sí
la puerta del pensamiento.
Entre muros de diamante
estará cerrado y preso,
con ser cosa que hizo Dios
más alta que el mismo cielo.
Con esto, os diré quién soy,
mi jornada y mis deseos,
para que os quede memoria,
pues no os queda sentimiento.
Yo soy don Félix Manrique,
que por pobre caballero
vine a servir a la corte,
último y noble remedio.
Dióme un príncipe su casa,
grande por todo y de aquellos
en quien los reyes se miran,
cual suele un hombre a un espejo.
Mas yo, temiendo que tiene
la fortuna ciertos tiempos
en que le da una locura
de deshacer cuanto ha hecho,
pedí al príncipe que digo

me hiciese algún bien de presto,
porque no hay firme criado,
si se muda la del dueño.
Corre una nave la mar
con mas ricos paramentos
que un enjaezado caballo,
cuando lleva en popa el viento;
duerme el piloto mayor,
y luego los pasajeros,
olvidados de que van
fuera del propio elemento.
Levántase un huracán,
en un instante deshecho:
dan voces: "¡amaina, vira!";
vanse a pique, no hay remedio;
ahóganse los culpados,
y pierdense a vueltas dellos
los inocentes también,
porque sus cómplices fueron.
Di prisa a mi pretensión;
dióme en Indias un gobierno,
hice galas y partime
murmurado de mil necios.
Murmuren cuanto quisieren,
que no tengo por discreto
el hombre, si no es premiado,
que se envejece sirviendo.
Dijo un sabio que en palacio,
aunque esto lo dijo en griego,
con simiente de esperanzas
sembraba canas el tiempo.
Llegué, hermosa doña Blanca,
a Sevilla, al mismo centro
de la nobleza, al valor
del mundo, al humano cielo;
acerté a tener posada,
por mi dicha no lo creo,
enfrente de la alta casa
que de tu hermosura es templo.
Dél venias la mañana
que te vieron mis deseos,
coronada de más rayos
que ilustra el oriente Febo:
pues, como vi tanto sol,
tantos diamantes tan bellos,
tantas perlas, oro y plata,
admirado dije a Alberto:
"¿Qué presto habemos llegado
a las Indias, pues tan presto
nos abrasa tanto sol
y tales riquezas vemos!"
Fui continuando tu vista,
y vi el ejemplo más cierto,

(1) Hartzenbusch, en lugar de estas dos palabras escribió "oidme".

de un imposible que a morir me anima.
Fuése a otro polo el sol, dejóme el fuego,
y aunque abrasarse el corazón estima,
quedara alegre, aunque expirando estaba,
con que supiera el sol que yo le amaba.

(Sale MARTÍN, disfrazado de ciego, con un muchacho o perrillo atado en un cordel.)

MARTÍN. ¡A qué mal tiempo he llegado,
si en tan cruel ocasión
no me vale la invención
con que vengo disfrazado!
Pues dejar de hablar no puedo
a doña Blanca. ¿qué haré?
¿Si llegaré? ¿Si podré
vencer de don Sancho el miedo?

Que es hombre que si entendie-
que ando de Huede a Alcalá... [se
Pero ellos me miran ya;

ciego y rezo, aunque me pese.

¿Hay quien me mande rezar?

Aunque ciego, todavía

dejo cierta celosia

por donde pueda mirar:

que, mientras no sé si soy

conocido destas dueñas,

dejo un ojo haciendo señas,

como quien juega al rentoy.

¿Hay quien me mande rezar

la oración del Justo Juez,

de los mártires de Fez,

de Santelmo para el mar,

de la vista de Lucía,

de la Magdalena el llanto

y del Espíritu Santo,

hoy, en su bendito día?

BLANCA. Prima, ¿no es éste Martín,

del Veinticuatro criado?

INÉS. ¿A qué vendrá disfrazado?

MARTÍN. Del santo fray Juan Guarán
me manden rezar la historia.

SANCHO. Las voces que aquestos dan,
me matan.

BLANCA. Oye, galán:

¿tiene, acaso, en la memoria

la de san Nofre?

MARTÍN. He compuesto
muchas. Llégueseme acá,
y cierta cosa sabrá
que le importa.

BLANCA. Diga presto.

MARTÍN. Hoy, don Bernardo ha enviado
al Veinticuatro un papel

de desafío, y por él
salió al campo y le ha buscado.

Los dos se han visto.

¿Qué es eso?

SANCHO.

MARTÍN.

Y el santo que aquí llegó,

como a su contrario vió,

le dijo, con mucho seso:

“Enemigo Satanás,

¿qué me quieres esta tarde?”

No era el demonio cobarde,

y dijo: “Aquí lo verás”.

Nofre, entonces, desnudando

la espada de la oración,

resistió la tentación,

diestramente peleando;

pero en aquesta pelea,

mucha gente que pasó,

que le venciese estorbó.

¡Plegue a Dios que por bien sea!

(Porque se han ido los dos

de Alfarache hasta San Juan,

adonde se matarán,

si no lo remedia Dios.)

Nofre bienaventurado,

ruega al Señor sin pasión

por quien dice esta oración,

que no por quien la ha pagado.

Librale de que le den

de palos y azotes fieros;

dale salud y dineros

y tu santa gloria, amén.

(Váyase y deténgase.)

BLANCA.

Todo lo tengo entendido,

y el alma me ha traspasado.

Inés.

INÉS.

¿Prima?

BLANCA.

Ya ha llegado

la desdicha que he temido.

El Veinticuatro salió

con don Bernardo, esta tarde,

al campo: amor no es cobarde,

ninguno el campo venció.

Lejos de Tablada van,

donde no impida la gente

su intento.

INÉS.

Tu padre siente

que pesadumbre te dan,

y ha reparado en el ciego.

BLANCA.

En la oración me contó

cuanto entre los dos pasó.

INÉS.

Que te reportes te ruego.

su antigua gentilidad.

Yo he probado vuestro pecho,
y cierto que me ha pesado
de que, siendo tan honrado,
no esté de mi satisfecho.

Y como hombre que la espada
ha sacado ya con vos,
sin ventaja que en los dos
pueda ser considerada,

digo que si hidalgamente
me decis lo que habéis sido
de Blanca favorecido,
para que lo mismo os cuente,

y estáis en mejor lugar,
de servirla dejaré,
porque afición os cobré,
y os la quisiera mostrar,

desde que reñir os vi.

BERNARDO. Lo mismo me ha sucedido;
mas ¿tengo de ser creído?

PEDRO. Claro está.

BERNARDO. Pues digo así:

La más hermosa mañana
que nuestros ojos celebran
en el rigor del verano
y con más aplauso y fiesta,
en este famoso río,
que de la falda de tela
de la ropa de Sevilla,
de tantas ciudades reina,
con cuchillo de cristal
corta sobre blanca arena
este jirón de Triana,
reliquia de su grandeza,
vi en un barco a doña Blanca,
cuando la rubia madeja
sacaba el sol de las aguas,
mirándose el rostro en ellas.
Salió más presto aquel día:
debió de ser para verla
sin aguardar al aurora,
que en Blanca la vió más bella.
Hice, admirado de ver
su hermosura y gentileza,
al arráez de mi barco
que fuese en corso tras ella.
¡Oh, cuántas veces pensé
que si yo corsario fuera,
robara tal joya a España,
Paris de tan linda Elena!
Como iba enramado el barco,
parecíame las selvas
que pinta Ovidio en Fenicia,

de niñas desnudas llenas.
Acordábame de Europa,
y que si Júpiter fuera,
rompiera las blancas ondas,
nave animada por ellas.
Finalmente, doña Blanca
tomó puerto en una huerta,
no sé si sabré pintarla:
pero ¿quién habrá que sepa?
Llevaba un baquero azul,
brahón y manga francesa,
cubierto de plata y nácar,
cielo azul de blanca estrella:
un manteo de tabi
puesto en corto, y cortés era,
pues descubría, al descuido,
una argentada chinela;
cintas blancas le apretaban,
que si por dicha atormentan
deseos de un imposible,
pudieran servir de cuerdas;
eran, en fin, celosias,
asomándose por ellas
pies que pisan más almas
que aquella mañana arenas.
Quise pintaros, don Pedro,
por los pies, como quien juega,
esta figura que vos
ya debéis de conocerla:
porque tratar de su rostro
fuera tomar sin destreza
claveles para pinceles,
y para tabla, azucenas.
Anduve de árbol en árbol,
como pájaro que llega
enamorado a la liga;
al fin pude hablarla y verla.
¿Son favores este gusto,
y que, viéndola en la iglesia,
a preguntas de mis ojos
me da en risa las respuestas?
Jamás se cansó de verme,
y recibió, cierta fiesta,
una rosa de mi mano,
con amorosa apariencia.
Atrevido fuí, y dichoso,
que a la misma primavera
di rosas, que agradecida
me pagó su boca en perlas.
Dijome una esclava suya
que le preguntó quién era:
quien quiere saber quién soy,
memoria le dan mis penas.

PEDRO. Saben los cielos
que os estuviera mejor.
BERNARDO. ¡Matadme, por desdichado!
PEDRO. ¡A lo menos, por romper
la palabra!
BERNARDO. ¿Qué he de hacer,
celoso y desesperado?

(Salen MARTÍN y DON SANCHO.)

MARTÍN. Aquí se oyen las espadas.
SANCHO. Caballeros, respetad
mis años.

PEDRO. Tu autoridad
basta.

SANCHO. Y el ser tan honradas
que dan tal satisfacción
sosegando los aceros.
No pregunto, caballeros,
la causa desta cuestión,
sino a don Pedro suplico
se venga conmigo.

PEDRO. Iré
a servirlos.

BERNARDO. Oid, en fe
de quien sois, pues no replico
a la merced de llevar
al Veinticuatro con vos.

SANCHO. El no llevar a los dos,
es porque le quiero hablar.

BERNARDO. La causa desta cuestión
es vuestra hija. Mirad
que fundo esta libertad
en que pienso que es razón
que me la déis por mujer.

SANCHO. Yo os la diera, si no fuera
de don Pedro, a quien espera,
que esta noche lo ha de ser.

MARTÍN. ¡Cerró la plana!

SANCHO. Venid,
señor don Pedro, conmigo.

PEDRO. Beso vuestros pies, y digo...

SANCHO. Ninguna cosa decid:
que desta suerte remedia
un padre honrado su honor,
antes que dé un loco amor
principio a alguna tragedia.

PEDRO. ¡Ay, Martín!

MARTÍN. ¡Calla, por Dios!,
que ya es Blanca tu mujer.

BERNARDO. ¡Vive el cielo, que he de hacer
que no se junten los dos!

ACTO SEGUNDO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL:

DOÑA BLANCA.	ALBERTO.
DOÑA INÉS.	RUFINO.
DON FÉLIX.	LEONOR.
DON PEDRO.	MARTÍN.
DON BERNARDO.	EL EMPERADOR.
LUCINDO.	

(Salen DOÑA BLANCA y DOÑA INÉS.)

BLANCA.

¡Cuan bienaventurada,
Inés, puede llamarse
la que, casando por amores, tiene
tal dicha en ser amada,
que puede asegurarse
de que sola le goza y entretiene
aquel saber que viene
con el mismo deseo
que su esposo tenía
cuando la pretendía!
Después de tanta posesión, no creo
que tenga igual contento,
porque es cielo en la tierra el casamiento.

Tres años hace agora,
¡ay, qué dicha la mía!,
que con el Veinticuatro estoy casada:
los mismos que me adora,
creciendo cada día
la fe con que me tiene asegurada.
Así de mí se agrada:
así me hace favores,
como cuando era amante.
¡Ay!, vayan adelante
los regalos, los gustos, los amores,
que si falta contento,
es infierno en la tierra el casamiento.

Los hijos que he tenido,
hermosos como el dueño,
ángeles desta paz y fe segura
dice el amor que han sido,
que sin ellos es sueño,
quien casa por amor, tener ventura:
si la que tengo dura,
sin celos, sin agravio,
como en don Pedro espero,
tan noble caballero,
tan generoso, tan prudente y sabio,
no quiero más contento:
cielo en la tierra fué mi casamiento.

MARTÍN. Señor viene.

BLANCA. Y quien le adora,
por alma que vive en mí.

(Sale DON PEDRO.)

PEDRO.

Pasa la nave igual al pensamiento:
líquidos montes de salada espuma;
flecha del agua, de los vientos pluma,
rayo veloz del húmido elemento;

y en un instante el proceloso viento,
para que de las alas no presuma,
hace que la alta máquina consuma
toda su fuerza con rigor violento.

Lozano almendro esmalta la vestida
camisa, y en un punto el cierzo vierte
las flores por la tierra agradecida.

¡Oh humana condición, que nos advierte
que no hay seguro bien en esta vida,
porque se va camino de la muerte!

BLANCA. Viéndoos hablar entre vos,
bien mío, he estado suspensa.

PEDRO. Perdonad si os hice ofensa,
hermosa Blanca, ¡por Dios!,
que venía divertido.

BLANCA. Pues, mi señor, ¿qué tenéis?
¿Cómo no me respondéis?
Agüero mi gozo ha sido
de algún pesar que me espera.
¿Qué es esto? ¿Qué novedad
os obliga?

PEDRO. En la ciudad...
Pero no es justo que os quiera
dar disgusto, Blanca mía.
Después tenemos que hablar.

BLANCA. Mataréisme con callar.

PEDRO. Noche, amores tiene el día
en que decirlo os prometo.

BLANCA. ¿Cuándo habéis visto mujer
que del pesar o el placer
pueda sufrir el secreto?

No habéis sabido callar
el principio desta pena,
y yo, de sospechas llena,
¿podré a la noche esperar?

No, mi bien; no, mi señor;
que es matarme con sangría
aguardar al fin del día.
De un golpe será mejor.

¿Qué tenéis? ¿Qué ha sucedido?

PEDRO. Pues, Blanca, para mi muerte,

BLANCA.

de procurador la suerte
en la ciudad me ha cabido,
y aunque la puedo trocar,
bien veis vos que no es razón
perder honor y opinión.

Ahora os quiero abrazar,
que os prometo que pensé
que os había sucedido
alguna afrenta. ¿Eso ha sido?

¿Qué importa? Con vos iré
a la corte, al fin del mundo.

PEDRO.

Ese es, Blanca, mi pesar;
que en no poderlos llevar
toda mi tristeza fundo.

No está ahora nuestra hacienda
para vivir como es justo
en la corte. Este disgusto
no será bien que os ofenda.

alma de mi propia vida,
que es echarnos a perdición
vivir, no pudiendo ser,
con la ostentación debida.

Las cortes no durarán,
tres meses, a lo que creo;
si más, siempre mi deseo
tuvo aceros de galán.

y él sabrá venir a veros:
postas hay, Sierra Morena
no es mar de peligros llena...
¿Lloráis, hermosos luceros?

Resistid, pues sois mi palua,
esta forzosa partida:
mirad que lloráis, mi vida,
y que es cada perla un alma.

No me engañaba en pensar
que la noche me ayudara,
que en los brazos, no en la cara,
se ha de decir el pesar.

Allí, señora, ayudados
de caricias amorosas,
tratáramos estas cosas
mejor que entre los criarlos.

Prima, Blanca está afligida
de que a la corte me voy:
habladla, que como soy
más parte en esta partida,
no me quiero enternecer.
¿Tan presto ha de ser, señor?
No, Inés, que fuera rigor;
y también es menester
tiempo para prevenir
el camino.

INÉS.

PEDRO.

INÉS.

Así es razón.

Por los peligros que pasando vienes,
ya que de todos a la orilla sales.
conozco, dulce mal, el bien que tienes.
Sean la pena y el descanso iguales;
que no puede alabarse de los bienes
quien no supo también sufrir los males.

ALBERTO. Agrádame el alegría
con que muestras el pesar
que te dió el pasar el mar.

FÉLIX. La muerte decir podría.
A Sanlicar bendecia.
de cuya barra salí
cuando partimos de aquí.
¡Oh, mal haya, dulce España,
quien puede y en tierra extraña
se atreve a vivir sin ti!

ALBERTO. Pues el oro que has traído
¿no te ha obligado a consuelo
de haber mudado aquel cielo
adonde habemos nacido?

FÉLIX. Ya de las penas me olvido
que el adquirille me cuesta.
Tierra es, Alberto, dispuesta;
pero cuesta tanto ya.

ALBERTO. ¿Cómo va de pensamiento?
¿Resucitó la memoria
de aquella pasada historia?

FÉLIX. De eso nació mi contento.
De esta vez, Alberto, intento
servir a aquella divina
mujer, pues el oro inclina,
a quien le quisiera dar
cuanto ha pasado la mar
desde que el oro camina.

ALBERTO. ¡Notable imaginación!
¿Que no la acaben tres años,
tratos y reinos extraños?

FÉLIX. Tú me diste la liCIÓN.
Dijiste que a mi opinión
convenía en el gobierno
no ser a mujeres tierno;
y como a nadie he mirado,
estése vivo el cuidado
con esperanzas de eterno.

ALBERTO. ¿Qué? ¿Ahora la quieres bien?

FÉLIX. Más que cuando me partí.
Fué pintura al olio en mí
su hermosura y su desdén.
Un barco fleta, y prevén
lo que habemos de llevar,

que con gusto de llegar.
Sevilla, donde portio,
más siento pasar tu río
que todo el pasado mar.

Veré, Blanca, tu hermosura
con galas y variedad,
de que traigo en cantidad
esto que el mundo procura.
Y pues no hay cosa segura
del alto poder del oro,
toma un alma de tesoro,
pues sirviéndote diré
con el oro y con la fe
que te adoro y que te adoro.

Agradece esta fineza
de venir como partí.
que quiero comprar tu sí
con un alma de riqueza.
Dame, Blanca, tu belleza;
no correspondas ingrata,
y recibe de quien trata
servirte con tal lealtad
mil Indias de voluntad,
que valen más que de plata.

(*Éanse, y salen DON PEDRO, de camino; DOÑA BLANCA y DOÑA INÉS.*)

PEDRO. Pues ya llegó la ocasión
de partirme, Blanca mía,
y sabes que honor tan justo
hoy a los dos nos obliga,
a ti para no sentir
tan de veras mi partida,
y a mí para que me aparte
sin la muerte de tu vista,
mira tus obligaciones
y por nuestros hijos mira;
aunque era bien excusado
que tales cosas te diga.
Pero, pues estamos solos,
aunque el alma me lastimas,
y yo las espuelas puestas,
oye un secreto, mi vida:
he sido cuerdo en callar
una pesadumbre mía,
o porque no la tuvieses
siendo tu inocencia indigna,
o porque un marido cuerdo
no debe, si serlo estima,
despertar con locos celos
una voluntad dormida.
No te los pido, mis ojos;
sólo decirte quería

en la ausencia y soledad
que de mis brazos espera.
Como un hombre considera
que no hay honor que perder
cuando nos quiere ofender
de hacernos ofensas gusta;
¡mal haya la ley injusta
que no le puso en mujer!

En fin, a Toledo vas,
donde ya me pone miedo
la hermosura de Toledo
y la discreción, que es más.
Pero pienso que tendrás
respeto a mi obligación,
que quiero, en esta ocasión
que no la tienes de mí,
tener, don Pedro, de ti
tan justa satisfacción.

Fuera de que es calidad
el acordarse tu honor,
que vas por procurador
de Cortes desta ciudad.
Enfrena tu voluntad
hasta que el oficio acabes
con honra y virtud, pues sabes
que la merced de los reyes
asienta por justas leyes
mejor en los hombres graves.

PEDRO. Blanca, tú quedas segura,
y de ti lo voy también.
Quédate con Dios, mi bien,
y lo que digo procura.
Dame esos brazos.

(MARTÍN, dentro.)

MARTÍN. ¡Jo, jo!

PEDRO. ¿Qué es esto?

MARTÍN. ¡Tente, Mendoza!

Que con el vicio retoza.
PEDRO. Blanca, ya el coche llegó;
ya los pajes y la gente
se están poniendo a caballo;
cuanto con la lengua callo
el alma, mis ojos, siente.
Vuelve a abrazarme.

MARTÍN. ¡Arre allá
con el estribo! ¡Oxte, puto!

BLANCA. Vísteme el alma de luto,
que ya el corazón lo está.

(Sale MARTÍN con botas y fieltro.)

MARTÍN. Ya, señor, te está esperando
el coche.

PEDRO. ¿Subieron ya
los pajes?

MARTÍN. Sevilla está
tu buen gusto celebrando.

En tan vistosa librea,
todos a caballo están;
yo tengo un macho alazán
que respinga y corcovea
sólo en tocar el arzón.

PEDRO. Las gracias trueca en endechas.

MARTÍN. Con las orejas tan drechas
me está mirando a traición,
que pienso que aquesta noche
las tuvo con higotera.

PEDRO. Ya, Blanca, la gente espera.
BLANCA. Adiós, mi bien.

PEDRO. Llega el coche.

BLANCA. Martín.
MARTÍN. Señora.

BLANCA. Servid
de lo que os toca y no más.

MARTÍN. ¿De mi sospechosa estás?
BLANCA. Esto que os digo advertid,
que el traerme a mí papeles
cuando Pedro me sirvió
esta sospecha me dió.

MARTÍN. Trátame bien, como sueles,
que si los llevé galán,
no los llevaré marido.

BLANCA. Ahora bien: esto te pido.

MARTÍN. Plegue a Dios que el alazán
me arrastre en Sierra Morena
si le nombrare mujer,
ni vuelva jamás a ver
la puerta de Macarena.

(Vanse, y salen RUFINO, huésped; DON FÉLIX y ALBERTO.)

FÉLIX. ¿Qué me contáis?

RUFINO. Esto pasa.

FÉLIX. ¿Blanca, huésped, se casó?

RUFINO. Con don Pedro de Guzmán,
que va por procurador
de Cortes hoy a Toledo.

FÉLIX. Bien me dijo el corazón,
Alberto, este mal suceso.

ALBERTO. ¡Calla, don Félix, por Dios,
que antes te ha venido bien!

FÉLIX. ¿Bien dices en tanto amor?

ALBERTO. Pues, si la hallaras doncella,
no era fuerza, aunque razón,
casarte, siendo quien es?

a Indias; dióme cuidado entonces...

INÉS. Gente ha llegado.

LUCINDO. Paréceme que a lo tierno le dice amores a Inés, ¿y tráeme a ser su amante?

BERNARDO. Ninguna sombra os espante, que éste ya sé yo quién es. Mañana se irá de aquí.

INÉS. Don Félix, Blanca os adora: don Pedro se parte agora, vos la gozaréis por mí; que quiero que me debáis el fin de vuestro deseo.

FÉLIX. Si en tanta dicha me veo, hoy la posesión tomáis de más de treinta mil pesos.

INÉS. Otra mi codicia ha sido. (Loca estoy, pues he fingido de un ángel tales excesos.)

Venid cada noche aquí, que yo os abriré la puerta.

FÉLIX. Veré la del cielo abierta, y vos, un esclavo en mí.

INÉS. No habéis de ver dónde entráis, que sin luz la habéis de ver.

FÉLIX. Sin luz, ¿cómo puede ser donde tanto sol gozáis?

Que os prometo que llego donde su antipoda fui, que el del cielo, para mí, nunca alegre amaneció.

Yo vendré, pues vos queréis que a Blanca, sin verla, vea.

INÉS. (Vos veréis quien os desea, y a quien no pensáis veréis.) Adiós.

FÉLIX. A Blanca decid que le traigo un alma de oro.

INÉS. Vos sois su mayor tesoro.

BERNARDO. En lo que pasa advertid.

LUCINDO. ¡Ah, Bernardo! ¿dónde tiene el honor seguridad?

BERNARDO. ¿Hay tanta facilidad? Mas seguirle me conviene: ver dónde posa y quién es.

FÉLIX. Estos nos miran.

ALBERTO. Si harán, que un forastero galán los ojos lleva en los pies.

BERNARDO. ¡Bueno, el Veinticuatro parte! Ojos, ¿es esto verdad? ¿En tan santa honestidad

halló amor industria y arte para combatir a quien, mi doncella, ni casada, ha dado a mi amor entrada la puerta de su desdén?

¡Ah, Lucindo! Un forastero que mañana se ha de ir, ¿qué no podrá conseguir?

LUCINDO. El es galán caballero, y vendrá cargado de oro.

BERNARDO. La vida le ha de costar, que yo tengo de guardar del Veinticuatro el decoro.

Don Pedro, en esto me fundo: que lo que no es para mí, no ha de ser, fuera de tí, de ningún hombre del mundo.

(Vanse, y salen DON PEDRO, de negro, y MARTÍN.)

PEDRO.

Por aquí dicen que el divino Carlos, el César de Alemania, español Júpiter, que con mejores águilas se adorna, el alto alcázar de la iglesia torna. Aquí la quiero hablar, besar su mano, por la merced del hábito, que dice el duque de Alba que ha hecho agora, y admirar su grandeza soberana, ilustre honor de tanta monarquía.

MARTÍN.

Aún no has querido descansar un día. ¿Qué te parece esta ciudad insigne?

PEDRO.

Que puede hacer a Tebas competencia; que es un famoso monte de edificios, en eterno cimiento fabricados; que es madre de las armas y las letras, donde florece agora Garcilaso, divino Arquipetrarca del Parnaso. ¡Ay, si tuviera yo su vivo ingenio, la constante dulzura de sus versos, que no son versos donde no hay dulzura: cómo escribiera yo, cómo cantara, esposa de mis ojos, tu hermosura, y al Apolo mayor desafiara!

MARTÍN.

Olvidate, por Dios, siquiera un hora; perdone este consejo mi señora, que me pesa de verte tan perdido.

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

[Entra]

MARTÍN.

Quien calla y sirve, dicen que harto pide.
¡Dichoso el lisonjero o maldiciente
coronista de vicios de señores,
que no le cuesta nada aquella prosa,
"más helada que nieve Galatea"!
Pero, en efeto, lo que fuere sea.
Con bien llegamos. ¡Lindo agujero ha sido!

PEDRO.

Voy a escribir a Blanca mi fortuna.

MARTÍN.

Y yo a Leonor, sarten de mi deseo.
que de tu cruz he sido el cirineo.

(*Vanse, y sale DON FÉLIX con espada y broquel.*)

FÉLIX.

¡Oh, noche, que por sendas mal formadas
huyendo vienes del ligero día,
que desde el indio, por incierta vía,
te sigue, las espaldas enlutadas!

Esconde tus estrellas argentadas
para que llegue a ver la prenda mía,
que de mi atrevimiento desconfía,
las luces de sus ojos adoradas.

Hoy, con tu negra máscara pretende
la hermosura encubrir, por quien suspira
el alma que en su puro rayo enciende.

Más tiene amor mi dicha por mentira;
que no basta que goce lo que entiende,
pues no goza del bien quien no le mira.

(*Sale LEONOR.*)

LEONOR. ¡Ah, caballero!

FÉLIX. ¿Quién es?

LEONOR. Una esclava vuestra soy.

FÉLIX. Yo lo soy vuestro, y estoy,
en fe de serlo, a esos pies.

LEONOR. Tenéos, Félix, tenéos.
Entrad y venid tras mí.

FÉLIX. ¿Por adónde?

LEONOR. Por aquí.

(*Salen DON BERNARDO y LUCINDO, y otros dos que acompañen, con armas.*)

BERNARDO. ¡Abriéronle!

FÉLIX. Entrad, deseos.

LUCINDO. Entró: ¿qué hay más que aguar-

BERNARDO. Aguardar, Lucindo, importa [dar?
a que salga.

LUCINDO. ¿Para qué?

BERNARDO. Para lo quitar la honra
al dueño de aquesta casa.
¡Oh, majer fácil y loca!
¡Sera verdad que aquí entró,
Lucindo, un hombre a estas horas?

LUCINDO. No, sino el alba que andaba
entre las coles de Coria.

Yo, ¡por Dios, que, cuanto a mí,
que sacara el hombre agora
de los brazos desta infame,
que a tal marido deshonra!

BERNARDO. Seremos, de esa manera,
si la casa se alborota,
nosotros quien la infamamos.

LUCINDO. ¡Basta; paciencia te sobra!

BERNARDO. ¿No has visto un hombre, Lucin-
que en alguna cosa topa, [do,
y con el dolor no habla,
que el mismo mal le reporta?

Pues de esa manera estoy;
pase el dolor, que si goza
desta mujer esta noche,
yo sé que no venga otra.

LUCINDO. ¿Qué haré para no sentir?
Irte a casa, pues que cobras
seso donde otros le pierden.

BERNARDO. Oye una invención famosa:
yo llevo y llamo. ¡Ah de casa!

LEONOR. ¿Quién es?

BERNARDO. Dile a mi señora
doña Blanca que me envía
desde Adamuz, por la posta,
don Pedro con esta carta.

LEONOR. Venid mañana.

BERNARDO. No es cosa
que se pueda dilatar.

LEONOR. Duerme.

BERNARDO. Pues la carta toma.

LEONOR. Salid de presto, ¡por Dios!,
que doña Blanca se enoja
de que hayamos respondido;
y si a la reja se asoma,
ha de ver abrir la puerta.

(*Sale DON FÉLIX.*)

FÉLIX. ¿Qué bien, qué gusto, qué gloria,
como sea de la tierra,
sin sobresalto se goza?

BERNARDO. Teneos a la justicia.

FÉLIX. Tenido soy.

BERNARDO. ¿Cómo nombran
a vuesa merced?

¿Cómo he temido la muerte?
¿Quién la vida me asegura?
Que si tengo de morir
a las manos de tu ausencia,
no la pudiendo sufrir,
mejor fuera en tu presencia,
que no el alma dividir.

La que entre los dos había,
¿cómo, señora, podía
dividirse sin la muerte,
que, en fin, no tengo de verte?

ALBERTO. Mira que se pasa el día,
y habemos de caminar

como si quierés llegar
a Córdoba aquesta noche.

FÉLIX. Gente se apea de un coche.

ALBERTO. Ya tendrás con quién hablar;
que aquesta imaginación
loco te quiere volver.

¿Si son damas?

FÉLIX. Hombres son.

(Salen DON PEDRO, de camino, con un hábito de Santiago, y MARTÍN.)

PEDRO. Di que me den de comer.

FÉLIX. ¿Qué gentil disposición!

MARTÍN. Ya lo tendrá aderezado
ese galgo que salió
rayando el alba.

PEDRO. Hanme dado
aires de Sevilla.

MARTÍN. ¿Y yo,
soy barro?

PEDRO. Bien seáis hallado.

FÉLIX. Y vos, señor, bien venido.
¡Lindo talle!

ALBERTO. ¡Maravilla!

PEDRO. ¿De dónde bueno?

FÉLIX. He salido
esta noche de Sevilla.

PEDRO. Fuérades mejor servido
si fuérades hacia allá.

FÉLIX. Bésoos las manos.

PEDRO. Comed
conmigo.

FÉLIX. Pártome ya.

PEDRO. Hacedme tanta merced,
que pienso que a punto está.

FÉLIX. Voy con alguna tristeza.

PEDRO. Así la divertiréis.

MARTÍN. Martín, da prisa.
Ahora empieza
a asar el perro.

FÉLIX.

Tenéis

escrita en vos la nobleza.

Perdonad, si no recibo
la merced. Yo voy sin mí,
y de tanto bien me privo,
que desde Sevilla aquí
no he comido, ¡por Dios vivo!

PEDRO. Por eso me habéis de hacer
esta merced y favor.

FÉLIX. Ya me es fuerza obedecer.

PEDRO. Mas qué, ¿son lances de amor?

FÉLIX. ¿En qué lo echastes de ver?

PEDRO. Voy también enamorado,
puesto que voy más contento.

FÉLIX. Yo dejo el bien que he gozado.

PEDRO. Yo voy a gozarle, y siento
el veros ir lastimado.

Que a cuantos veo quisiera
repartir de mi alegría,
y que ningún hombre hubiera,
como es tan grande la mía,
que sin tenerla estuviera.

Alegraos, que donde vais
otro sujeto hallaréis,
pues no es propio el que dejáis.

FÉLIX. Mis tristezas ofendéis
con pensar que me alegráis.

PEDRO. ¡Por Dios, que gusto de oíros,
en parte!; que es tal mi amor,
que estoy para osar pedirlos,
mientras con tanto rigor
dáis por Sevilla suspiros,
me contéis vuestro suceso;
porque, como quiero bien,
que os agradezco os confieso
esa fineza.

FÉLIX. Es por quien
merece mayor exceso.

PEDRO. Mientras nos dan de comer
podremos entretener
el tiempo en nuestros amores.

FÉLIX. Vuestros cortesces favores
me obligan a obedecer.

PEDRO. También yo sé que quien ama,
para contar de su dama
la privanza o el desdén,
cuando no hay hombres a quién,
a las mismas piedras llama.

FÉLIX.

Yo soy un caballero de Castilla,
que don Félix Manrique me apellido;
para pasar el mar vine a Sevilla

de Silva; soy hombre, en fin,
desta condición y humor,
que daré vida y hacienda
a un forastero, y no quiero
que, por verle forastero,
ningún cobarde le ofenda.

Vamos con secreto allá,
hasta que sepa quién es.

FÉLIX. Déjame echar a esos pies.

PEDRO. El silencio importa ya.

Un caballo tomaré,
que traigo aquí, regalado,
y, por entrar disfrazado,
coche y gente dejaré.

No comamos, que no quiero
que éstos sepan dónde voy.

FÉLIX. Loco de contento estoy.

Sois Silva, que hasta.

PEDRO. (Hoy nmero.

No sé cómo, de turbado,
acierto a hablar.) Solamente
es fuerza que, de mi gente,
llevemos aquel criado.

Martín.

MARTÍN. Señor.

PEDRO. Oye aparte.

A mí me han muerto, Martín.

¿Qué dices?

MARTÍN. Que hoy es mi fin.

PEDRO. Desde que vi desnudarte,
algún mal imaginé.

PEDRO. Cosas de tu ama son.

MARTÍN. ¿Qué necia imaginación!

PEDRO. Si lo fué, yo lo sabré.

Dame el caballo y ensilla
tu mula.

MARTÍN. Pues, ¿sin comer?

PEDRO. Sí; que éste no ha de saber
quién soy, aquí ni en Sevilla.

Don Martín de Silva he dicho
que me llamo; mira bien
no yerres.

MARTÍN. Algún vaivén
te ha desquiciado el capricho.

PEDRO. ¡Vive Dios, que me ha ofendido
Blanca!

MARTÍN. ¡Miente, vive Dios,
quien lo dice!

PEDRO. ¡De los dos
tomaré venganza!

MARTÍN. ¿Ha sido
verdad, o imaginación?

PEDRO. Verdad.

MARTÍN. ¿Cómo puede ser
que tan principal mujer
se atreviese a tu opinión,

y más teniendo experiencia
tú de sus costumbres graves?
PEDRO. Calla, necio, que no sabes
los peligros de la ausencia.

MARTÍN. Siendo así, ¿qué hará Leonor?

¡Vive Dios, que he de matalla!

PEDRO. Ensilla el caballo, y calla.

MARTÍN. Yo voy.

Don Félix.

FÉLIX. Señor.

PEDRO. Poneos a caballo luego,
mientras me sacan el mío.

FÉLIX. En vuestras manos confío
mi vida.

ALBERTO. ¡Que estés tan ciego,
que te vuelvas!

FÉLIX. ¿Qué aventuro?

ALBERTO. Algún desdichado fin.

FÉLIX. Pues, necio, ¿con don Martín
de Silva no voy seguro?

(DON PEDRO, solo.)

PEDRO. Pensamiento desdichado.
solos quedamos: pensemos
qué venganza tomaremos
del honor que me han quitado.
Pero, ¿si me han engañado?

(Saque unas cartas.)

Cartas de Blanca, salid,
y lo que sabéis decid;
traiciones son sus favores;
amor, sus falsos amores
que los rompa permitid.

(Rómpalas.)

¡Oh, qué mal hice en romper,
no sabiendo la verdad,
el libro de su lealtad!
Volverlas quiero a coger.
Aquí dice: "Tu mujer".
¡Oh, qué bien están rompidas
mentiras tan bien fingidas
y tan engañosa fe!
Pues ¡más que letras rasgué
tengo de quitarle vidas!

¿Es posible que paciencia
tengo en tanta desventura?
Bien temí, de tu hermosura,

El peligro de la ausencia

El mundo ha de haber deteriorado
de mujeres principales

y a penas que no son tan
capaces de haber estado en un
que aman lo cualquier temar
hacer las cosas que

Pero que Blanca ya
que no entienden tu inocencia
que te quises de la an no
por una que el honor sería
Enganos hay cada día
que engañan a tu inocencia
guarden tu vida los que
que te de maridos de
que te guardan de agravio
la bonanzas de los celos

Mañana como me perdonó
con tanta facilidad

Si por me a honradad
merece crédito honor
Pero si entre de casar
me quiso fácil sería
quien vería aunque con
de la que se enamora
pues vengo a pensar en la
la leyenda que tema

Pero no haya más cunul
que la tra confirmando
e responder lo juro
por lo que de la ley
Mañana si tan declaro
que se a prima por ella
y competirlos no es nada
Muera Blanca y muera en mi
que am am pero de de ap
llevar de nada lo e podía

Para y alce Dos Blanca y Dos Blanca

Blanca

El mundo ha de haber

Blanca

que que tan creyó
que se intento

que que se creyó a
e anima

que que se creyó a
e anima

que que se creyó a
e anima

BERNARDO

Por mucho que se que
a no en vue tro crédito tan po
no creas que llegase

a e todo que el respeto a tu que

Pero que Blanca ya
de vue tras prendas Blanca y nacimiento
e acentuación tema
disculpa el que se creyó a
pues no e tan tu que
será que para mi que e podía

El mundo ha de haber
que a lo de belva a lo que e de

Esto e de tu que

No ha de haber a lo que e de

Y de que de la que

de la que de la que e de

No ha de haber a lo que e de

d Ve ntra a lo que e de

mirando a lo que e de

de da a lo que e de

en premio a lo que e de

ha a lo que e de en a lo que e de

Pues que a lo que e de

entra en a lo que e de

Blanca

El ver que de la que
el se a lo que e de
en a lo que e de
que a lo que e de

Que da la que e de

Que a lo que e de
y a lo que e de
la a lo que e de
de a lo que e de
de a lo que e de
de a lo que e de
de a lo que e de

Para y alce Dos Blanca y Dos Blanca

Blanca

El mundo ha de haber a lo que e de

Blanca

que que se creyó a

que que se creyó a

que que se creyó a

que que se creyó a

que que se creyó a

que que se creyó a

que que se creyó a

con la espada tan loco atrevimiento.
Pero él vendrá a Sevilla,
acabadas las Cortes de Castilla. (*Váyase.*)

INÉS.

Pues ¿cómo habéis llegado,
don Bernardo, a esta casa descompuesto?
¿De dónde habéis tomado
tan gran atrevimiento? ¡Salid presto!

LEONOR.

¿Quieres que llame gente?

BERNARDO.

¡Paso, señora; Inés, detente!

INÉS.

Que no hay detenimiento.
Salga vuesa merced.

BERNARDO.

Oíd, os ruego.

INÉS.

¡Salid! Salga al momento,
o, ¡por el agua de la mar, que luego,
aunque mujer me mira,
saque las armas que nos dió la ira!

BERNARDO.

Yo no he sido atrevido
con doña Blanca, ni jamás perdiera
el respeto debido
al valor desta casa, si no viera
entrar en ella un hombre,
de quien ya sabe que le dije el nombre.

En esta misma puerta,
por muerto le dejé con mil heridas.

INÉS.

¡Ay, triste! ¡Yo soy muerta!

LEONOR.

Disimula, señora.

INÉS.

No me pidas,
en tanto mal, que calle.
¿Hombre a esta puerta?

BERNARDO.

Y hombre de buen talle.

INÉS.

Idos, ¡por Dios!, agora,
que esas cosas no son de caballero.

LEONOR.

¿A ver a mi señora
hombre del mundo?

BERNARDO.

Indiano y forastero;
no os hagáis inocentes.
¡Ay del honor de los que están ausentes!

INÉS.

Lástima os he tenido.

LEONOR.

¿Hay testimonio igual?

INÉS.

¡Está sin seso!

BERNARDO.

De no le haber perdido;
pero no os espantéis, si ha sido exceso,
viendo que en una casa
tan principal, tan grande infamia pasa.

Por lo menos me vengo
en que a don Félix le quité la vida;
y pues venganza tengo
de don Pedro también Blanca, perdida,
y él sin honra, ¿qué aguardo?

¡Hoy, Blanca, te aborrece don Bernardo!

Hoy te deja, hoy te infama,
hoy te desprecia, y del haberte amado
se arrepiente y desama.

Tu fácil hermosura, ¿a qué ha llegado?
A venderse por precio
del oro indiano a un forastero necio.

¡Vive Dios, de no amarte
eternamente, por tan gran bajeza!
No supiste guardarte
del oro, aunque de amor tanta belleza
libraste muchas veces;
no sé si eres mujer, mujer parece. (*Fase.*)

LEONOR.

¿Qué te parece desto?

INÉS.

Estoy sin mí, Leonor.

LEONOR.

¡Todo se sabe!

y en estudiar tus papeles.
y luego escribirte versos.

BLANCA. No me ha enviado ninguno.
MARTÍN. Teme que no has de entenderlos;
como a lo moderno escribe...

BLANCA. Señor don Pedro, ¿qué es esto?
¿Suspense y recién llegado?

PEDRO. No estoy, mis ojos, suspense;
y si lo estoy es del gusto
de verte.

BLANCA. Venid, que quiero
enseñaros vuestros hijos,
pues no preguntáis por ellos.
Ven, Inés, a sacar ropa
limpia al Veinticuatro.

INÉS. Temo
de su tristeza algún mal.

(*Vanse BLANCA y DOÑA INÉS.*)

LEONOR. ¿Cómo no habla, mancebo?
MARTÍN. Señora Leonor, no hablo
por tres cosas.

LEONOR. Diga presto.
MARTÍN. La primera, porque estoy
sin gusto. ¿Entiende?

LEONOR. Ya entiendo.
MARTÍN. La segunda, por faltarme
voluntad.

LEONOR. Así lo creo.
MARTÍN. La tercera...

LEONOR. No la diga,
que viene muy majadero
de la corte.

MARTÍN. Si lo fui,
lo que llevaba me vuelvo.

PEDRO. ¿Tampoco tú disimulas?

MARTÍN. ¡Vive el cielo que no puedo!
¡Morir tiene aquesta galga!

PEDRO. Habla bajo, y entra dentro;
no entiendan como culpados,
que cualquiera movimiento
presumen que es el castigo.

MARTÍN. Voy.

PEDRO. Perdido estoy, ¡ay, cielos!

PEDRO.

¡Oh, ausencia, quién pintara lo que siente
de tu traición! ¡Oh, madre del olvido,
en quien perdió su honor el más valiente
y se alabó que le venció el vencido!
En ti padece el príncipe excelente
la vil murmuración, y es ofendido

el ministro, de sátiras injustas,
de santas obras y costumbres justas.

En ti se desverguenzan los criados
del dueño más ilustre y poderoso;
róbense las haciendas, los estados,
y el más pagado amor duerme celoso.
En ti yacen por tierra derribados
los altos edificios, y en el foso
de la mayor ciudad las hierbas nacen
que, prado verde, las ovejas pacen.

Por ti falta a su honor la recogida
doncella y el más firme y leal amigo;
la muerte es una ausencia de la vida,
y tú, de todos el mayor castigo.
No tienes rostro, aunque eres homicida;
eres espaldas toda, pues contigo
perdí mi honor, que si por ti no fuera
ni Blanca me olvidara ni ofendiera.

¿En cuál prisión de Argel, en cuáles baños
del turco más feroz, en cuál infierno
puede haber confusión, puede haber daños
que igualen juntos mi dolor eterno?
Casa de deshonor, casa de engaños,
falta de honestidad y de gobierno,
que a las más viles en bajaça excedes,
yo lavaré con sangre tus paredes.

Si pudieran hablar, ¿qué me dijeran
de infamias, desatinos y locuras?
Ya pienso que hablan, pero bien pudieran
destos pintados cuadros las figuras.
Todas me infaman, y mi pecho alteran;
pues morirán también, aunque seguras;
porque no ha de quedar, aunque pintado,
testigo de su afrenta al que es honrado.

Morirá doña Inés, pues será cierto
ser cómplice con Blanca en el delito;
merezca pena igual quien le ha encubierto;
que ni disculpa ni perdón permito.
La esclava infame en el proceso abierto
ya tiene el nombre y el castigo escrito.
¡Oh siempre no excusados enemigos,
del bien azares y del mal testigos!

Blanca, entre estas sentencias, ¿cuál te es-
Aquí mi necio amor tiene la espada. [pera?
Su deslealtad, su infamia considera,
y que me tiene el alma lastimada.

Haz cuenta, amor, que matas una fiera,
no aquella Blanca que de ti fué amada;
no mires su hermosura, huir procura,
que ha hecho mil cobardes la hermosura.

No te acuerdes, memoria, de los gustos;
sólo me representa los agravios;
mira el honor, que en tiempo de disgusto

— ¿Por qué me hacen sabios
 cuando yo soy tan ingusto
 y cuando pretendo robar
 y detengo mi empresa honrada,
 para volver a cambiárla e pagarla?

— *Entra y salen DON BERNARDO y DON SANCHO.*

DON SANCHO. — ¿Qué me trae de Sevilla a mi?

BERNARDO. — Te he traído, como me habes puesto.

SANCHO. — Sabes, don Bernardo, lo presto para lo que es traigo aquí.

BERNARDO. — Yo sé que de esta vez de dichas me vuelven loco.

SANCHO. — Alejeme un poco de la puerta de Jerez, porque quiero que en Tablada repase el intento mío.

BERNARDO. — Parece que es desato.

SANCHO. — Pues, ¿qué me lo la espada?

BERNARDO. — Pues, ¿yo para mí, señor, que tan vuestras siempre he sido?

SANCHO. — Ay, ¿me tenéis por tonto?

BERNARDO. — Ay.

SANCHO. — Ay, ¿qué me voy en el honor?

BERNARDO. — Mirad que os han engañado.

SANCHO. — Engañado me engañare.

BERNARDO. — La espada, ¿me la prestas?

SANCHO. — ¿Qué me importa el que me honrado?

BERNARDO. — Mirad que os traigo un petate que vale por un mal caballo de los que me dais.

SANCHO. — ¿No os traigo, don Bernardo, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

BERNARDO. — ¿No os traigo, don Sancho, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

SANCHO. — ¿No os traigo, don Bernardo, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

BERNARDO. — ¿No os traigo, don Sancho, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

SANCHO. — ¿No os traigo, don Bernardo, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

BERNARDO. — ¿No os traigo, don Sancho, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

SANCHO. — ¿No os traigo, don Bernardo, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

BERNARDO. — ¿No os traigo, don Sancho, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

SANCHO. — ¿No os traigo, don Bernardo, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

BERNARDO. — ¿No os traigo, don Sancho, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

SANCHO. — ¿No os traigo, don Bernardo, un petate que vale por un caballo de los que me dais?

Y porque buenos jueces han de ser de muchos años, me manda el honor a mí, y aun el cielo, castigaros. Il y entrastes en su casa, porque su pecho casto para el vuestro deshonesto halló en su virtud reparo entre mil infamias necias, y habistes que habéis dado la muerte a un cierto don Felix, caballero castellano, que con el oro de Chile venía su honor reparando con un buen amigo ausente la honra del Veinticuatro. Yo soy su suegro, y soy padre de don Juan Blanco, el otro que viene en su honor me tova, como el padre de don Bernardo, que defender y ostender con tan grandes contrarios, como yo debo y hacer, como yo pienso en un claro castro, que tenéis causa bastante para mataros.

— No os traigo, ¿qué me pierda, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

— ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

— ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

— ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

BERNARDO. — ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

SANCHO. — ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

BERNARDO. — ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

SANCHO. — ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

BERNARDO. — ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

SANCHO. — ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

BERNARDO. — ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

SANCHO. — ¿Qué me da el de Sancho, que lo voy a dar tanto como el de Pedro, ¿qué me da el de Sancho?

BERNARDO. aunque tenga órdenes sacros.
¿Y si vos los conocéis
y os muestran que fué tan claro
como el sol?

SANCHO. Si los conozco
y verdaderos los hallo,
antes que venga don Pedro
pondré sus hijos en salvo,
y ésta en el cuello de Blanca;
que nació Córdoba y Haro.

BERNARDO. Así lo creo de vos,
y venid conmigo.

SANCHO. Vamos.
Ya voy turbado de ver
que aquéste no se ha turbado.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Pero ¿de qué me acobardo?
¿No es Blanca mi hija? Sí.
Pues no hay que temer agravio.

(*Vanse, y salen DON PEDRO y MARTÍN.*)

PEDRO. Ensilla presto, Martín.
MARTÍN. Discreto ha sido el enredo.
PEDRO. Pues ¿cómo ausentarme puedo
y dar a mi intento fin,
si no es con esta invención
para que don Félix venga
y el justo castigo tenga
Blanca de tan vil traición?

MARTÍN. Mira que sale.

(*Salen DOÑA BLANCA y DOÑA INÉS.*)

BLANCA. Señor,
pues ¿sin descansar siquiera
una noche, y la primera
que os merece tanto amor,
os volvéis de aquesta suerte?

PEDRO. ¿No habéis, señora, sentido
cómo en Carmona ha reñido
mi gente y que ha dado muerte
Mendoza a Vasco, aquel paje
que vuestro padre me dió?

BLANCA. ¿Que Mendoza le mató?

PEDRO. ¡Oh, infamia de tu linaje!
Presto se dirá de mí
que de veras te maté.)
En fin, sobre el juego fué.
Como yo no estaba allí,
hanle preso y enbargado
el coche y cuanto traían,
dos cargas en que venían

las galas que os he sacado:
dos cadenas de diamantes
y dos joyas. ¡Presto, ensilla!
¡Que por venir a Sevilla
y por abrazaros antes
que supiédes de mí,
esto me haya sucedido!

MARTÍN. Ya está todo prevenido.
PEDRO. Adiós, adiós.
BLANCA. ¡Ay de mí!
¿Qué desdicha es ésta, Inés?

INÉS. ¡Dejar solos los criados
y el juego!

BLANCA. Más desdichados
sucesos temo después.
Poco amor me ha parecido.

INÉS. Mañana podrá volver.
BLANCA. Ausencia y propia mujer,
¡qué presto engendran olvido!

INÉS. Pues ¿ha de perder su hacienda
y dejar preso a Mendoza?

BLANCA. Quien ama, Inés, y no goza,
algo tiene que le ofenda.
En mal punto fué a Toledo.
Su discreción y hermosura
le ha puesto en esta locura.

INÉS. Amor, Blanca, todo es miedo.
Pero no hay de qué temer,
que el Veinticuatro te adora.

BLANCA. Inés, de ausencia de un hora (1)
Pedro venía a abrazarme,
y de tanto tiempo ahora (2)
ha vuelto para dejarme.
Tú verás cómo ha traído
alguna mujer.

INÉS. No creo,
de la virtud que en él veo.
en tanto amor tanto olvido,
y un hombre que allá trató
cosas de tanta importancia...

BLANCA. No hay lealtad donde ha distancia.
Pedro vino y me abrazó,
los brazos, Inés, caídos,
y un hombre que en los abrazos
tiene caídos los brazos,
lejos tiene los sentidos.
Sin esto, no preguntó
por sus hijos, ni aun hablaba
en la cruz que le adornaba

(1) Falta el último verso de esta redondilla.

(2) Falta un verso, antes o después de éste para la redondilla.

— ¡Dios! que me nego
a ser tan ciego en ajenos ojos
de que yo presumo. ¡Dios!
que tú y yo traer la desdicha
y de ar la de mi casa.

— Si yo no es más de la luz
de la vida que me protege
de la muerte, ¿cómo me
cuidas, ¿cómo me cuidas
de la cruz?

— De la cruz, ¿de la cruz?
¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?
¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

— ¿De la cruz, ¿de la cruz?

Ives

— ¿A tu puerta haciendo señas
de que quieres ver las
heridas que me dejó la vida?
¿A tu puerta, ¿a tu puerta?
¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

Ives

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

Ives

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

Ives

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

Paco

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

Max

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

Paco

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

— ¿A tu puerta, ¿a tu puerta?

Dile palabra a su dueño
de guardar secreto, y fuera
bajeza decir el nombre.
Mas guardarme no es bajeza,
que si no he de venir solo,
nadie en el mundo pudiera
como vos acompañarme,
ni ser mi amparo y defensa.
Si llega nuestra amistad
a que podáis conocerla,
veréis la más bella dama
que hay en Sevilla, y si llega
a más el conocimiento,
he de hacer que os entretenga
una prima tan hermosa,
tan gallarda, tan discreta,
que a no estar con doña Blanca,
un ángel os pareciera.
¿Nombréla? ¡Si! ¡Vive Dios!
No importa, que no se quiebra
la palabra con descuido.
Vuelvo a verla, estad alerta,
que me va en vuestro cuidado
estar seguro con ella
y no menos que la vida.

PEDRO. ¿Puede haber cosa como ésta?

MARTÍN. Martín, yo pierdo el juicio.
No me espanto que le pierdas,
porque quien pierde la honra
no es hien que sentido tenga.

PEDRO. Ya estoy probando la espada,
como instrumento que templa
la honra en que ha de cantar
tan miserables endechas.
Déjame amor, que pareces
un demonio que me tienta,
si puede haberle piadoso
y estorbar cosas mal hechas.
¡Mal hechas dije! ¡Estoy loco!
¡Calla, que abrieron la puerta!

(Sale LEONOR.)

LEONOR. ¿Sois vos don Félix?
FÉLIX. Yo soy.
LEONOR. ¿Cómo ha sido tanta ausencia?
FÉLIX. Poca salud fué la causa.
LEONOR. Sabe Dios lo que me pesa.
A linda ocasión venís,
que don Pedro es ido fuera.
FÉLIX. Pues ¿ha venido don Pedro?
¿Cosa que éste mismo sea
que viene conmigo aquí?

Mas ¿qué cobarde sospecha,
si éste es don Martín de Silva!
Entrad.

LEONOR.

Entro.

FÉLIX.

Entró tras ella.

MARTÍN.

¿Cerraron?

PEDRO.

Si.

MARTÍN.

Mas ¿qué importa?

PEDRO.

MARTÍN.

Señor, un instante espera
para que los halles juntos;
aunque ¡vive Dios!, que tiembla
el alma, de imaginar
tan lastimosa tragedia.
Quiero tanto a mi señora,
que una merced te quisiera
pedir.

PEDRO.

¿Cómo?

MARTÍN.

Que me mates,
por no verlo. Dame. Prueba
la espada en mí.

PEDRO.

¡Quita, infame!

¡Abierto está! ¡Sígueme!

MARTÍN.

¡Entra!

(Vanse, y salen DON BERNARDO, DON SANCHE y LUCINDO.)

SANCHE.

De lo que dices me admiro.

LUCINDO.

Pues tened por evidencia
que por esta puerta entró
y que le dimos en ella
mil heridas.

SANCHE.

Ya, Bernardo,
sé que mi deshonor es cierta;
pero yo tengo de hablar
con doña Inés.

BERNARDO.

Fué tercera
destos amores su prima,
y negarállos por fuerza.

(DON PEDRO, dentro.)

PEDRO.

¡Abre, infamia de mujeres,
que en vano la puerta cierras
de aqueste aposento infame,
que si de diamantes fuera
le hiciera a coces pedazos.

SANCHE.

La voz de don Pedro es ésta.

BERNARDO.

Pues don Pedro está en Sevilla,
ya no importan diligencias.

PEDRO.

¡Abre, infame!

SANCHE.

¿Con mi hija
hay en el mundo quien pueda

¡Tus palabras!

Martín.

¡Fente!

¡Espera!

Salen DON PEDRO y DONA BLANCA deteniendo.

BLANCA. ¿Quién es ese? Señor Veinticuatro.

¡Entra de esta manera!

Blanca.

PEDRO. ¡Señor! Blanca intente
que es justo que se perezcan
sus palabras a sus obras?

SAN JUAN. Infame la más honesta
y virtuosa mujer
del mundo.

PEDRO. Harto bien se muestra
condenada en un aposento
con un hombre.

BLANCA. No tienes que replicar.
¡Dímelo que yo lo crea!

SAN JUAN. ¡He de ver con estos ojos
si se aparta de donde la
Sera aparta de donde la

PEDRO. Pues véte a lo que contig
ocurre, que en el mundo fuera
que no han de irse de un lado
cuando la puerta queda
abierta para las ramolas.

Salen DONA BLANCA y MARTÍN y se van.

BLANCA. ¿Quién es ese?

MARTÍN. ¡Un hombre que se llama
Martín y que se llama
Martín y que se llama

BLANCA. ¿Un hombre que se llama
Martín y que se llama
Martín y que se llama

MARTÍN. ¿Un hombre que se llama
Martín y que se llama
Martín y que se llama

BLANCA. ¿Un hombre que se llama
Martín y que se llama
Martín y que se llama

MARTÍN. ¿Un hombre que se llama
Martín y que se llama
Martín y que se llama

BLANCA. ¿Un hombre que se llama
Martín y que se llama
Martín y que se llama

¡Esta mujer!

¿Que es della?

MARTÍN.

BLANCA.

MARTÍN.

BLANCA.

PEDRO.

SAN JUAN.

Aquí estoy.

¡Valgame Dios!

¡Después del mi inocencia!

¡Rompe las puertas!

¡Rompe!

Salen DONA BLANCA y DON PEDRO.

PEDRO. Pues ya no tengo defensa.
¡El Pedro contra tu engaño
pague mi vida la deuda
de la ofensa que te hice.

PEDRO. ¿Cielos! ¿Que mujer es esta?

BLANCA. ¡Yo soy de la Blanca,
sino su prima que ciega
de tu amor te dio a entender
que entrabas de noche a verla.

PEDRO. No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

PEDRO. ¡No te duermas, pues,
que aunque mil muertes me dieras,
como te insiente Blanca,
no me dejas a donde pueda

BLANCA. A sus pies pido perdón
y me entiendo de rendirla.

COMEDIA FAMOSA

DE

EL PERRO DEL HORTELANO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DIANA, *Condesa de Belflor.*

LEONIDO, *criado.*

EL CONDE FEDERICO.

ANTONELO, *lacayo.*

TEODORO, *su secretario.*

MARCELA.

DOROTEA.

ANARDA, *de su cámara.*

OTAVIO, *su mayordomo.*

FABIO, *su gentilhombre.*

EL CONDE LUDOVICO.

FURIO.

LIRANO.

TRISTAN, *lacayo.*

RICARDO, *Marqués.*

CELIO, *criado.*

CAMILO.

ACTO PRIMERO

(*Salen TEODORO, con una capa guarnecida, de noche, y TRISTÁN, criado. Vienen huyendo.*)

TEODORO. ¡Huye, Tristán, por aquí!

TRISTÁN. ¡Notable desdicha ha sido!

TEODORO. ¿Si nos habrán conocido?

TRISTÁN. No sé; presumo que sí.

(*Váyanse, y entre tras ellos DIANA, Condesa de Belflor.*)

DIANA. ¡Ah, gentilhombre, esperad, tenéos, oid! ¿Qué digo?

¿Esto se ha de usar conmigo?

Volved, mirad, escuchad.

¡Hola!, ¿no hay aquí un criado?

¡Hola!, ¿no hay un hombre aquí?

Pues no es sombra (1) lo que vi, ni sueño que me ha burlado.

¡Hola! ¿Todos duermen ya?

(*Salc FABIO, criado.*)

FABIO. ¿Llama vuestra señoría?

DIANA. Para la cólera mía, gusto esta flemma da.

Corred, necio, enhoramala, pues merecéis este nombre, y mirad quién es un hombre que salió de aquesta sala.

FABIO. ¿De esta sala?

DIANA. ¡Caminad,

y responded con los pies!

FABIO. Voy tras él.

DIANA. Sabed quién es.

¿Hay tal traición, tal maldad?

(*Salc OTAVIO.*)

OTAVIO. Aunque su voz escuchaba, a tal hora, no creía que era vuestra señoría quien tan a prisa llamaba.

DIANA. ¡Muy lindo Santelmo hacéis!

¡Bien temprano os acostáis!

¡Con la flemma que llegáis, qué despacio que os movéis!

Andan hombres en mi casa

a tal hora, y aun los siento

casi en mi propio aposento;

que no sé yo dónde pasa

tan grande insolencia, Otavio;

y vos, muy a lo escudero,

cuando yo me desespero,

¿ansi remediáis mi agravio?

OTAVIO. Aunque su voz escuchaba, a tal hora, no creía

que era vuestra señoría

quien tan a prisa llamaba.

DIANA. Volveos, que no soy yo;

acostaos, que os hará mal.

(*Salc FABIO.*)

OTAVIO. Señora...

(1) En el original, "hombre", por errata.

OTAVIO. Duerme agora, que mañana
lo puedes averiguar.
DIANA. No me tengo de acostar.
no, ¡por vida de Diana!
hasta saber lo que ha sido.
Llama esas mujeres todas.
OTAVIO. Muy bien la noche acomodas.
DIANA. Del sueño, Otavio, me olvido,
con el cuidado de ver
un hombre dentro, en mi casa.
OTAVIO. Saber después lo que pasa
fuera discreción, y hacer
secreta averiguación.
DIANA. Sois, Otavio, muy discreto,
que dormir sobre un secreto
es notable discreción.

(Sale FABIO, DOROTEA, MARCELA, ANARDA.)

FABIO. Las que importan he traído;
que las demás no sabrán
lo que desear, y están
rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
estaban por acostar.
ANARDA. De noche se altera el mar
y se enfurecen las olas.
¿Quieres quedar sola?
DIANA. Si.
Salíos los dos allá.
FABIO. ¡Bravo examen!
OTAVIO. Loca está.
FABIO. Y sospechosa de mí. (Vase.)
DIANA. Llégate aquí, Dorotea.
DOROTEA. ¿Qué manda su señoría?
DIANA. Que me dijese querría
quién esta calle pasea.
DOROTEA. Señora, el marqués Ricardo,
y algunas veces el conde
Paris.
DIANA. La verdad responde,
de lo que decirte aguardo,
si quieres tener remedio.
DOROTEA. ¿Qué te puedo yo negar?
DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?
DOROTEA. Si me pusieses en medio
de mil llamas, no podré
decir que, fuera de ti,
hablar con nadie los vi
que en aquesta casa esté.
DIANA. ¿No te han dado algún papel?
¿Ningún paje ha entrado aquí?
DOROTEA. Jamás.
DIANA. Apártate allí.

MARCELA. ¡Brava inquisición!
ANARDA. Cruel.
DIANA. Oye, Anarda.
ANARDA. ¿Qué me mandas?
DIANA. ¿Qué hombre es este que salió?
ANARDA. ¿Hombre?
DIANA. De esta sala; y yo
sé los pasos en que andas.
¿Quién le trajo a que me viese?
¿Con quién habla, de vosotras?
ANARDA. No creas tú que en nosotras
tal atrevimiento hubiese.
¿Hombre para verte a ti
había de osar traer
criada tuya, ni hacer
esa traición contra ti?
No, señora; no lo entiendes.
DIANA. Espera, apártate más;
porque a sospechar me das,
si engañarme no pretendes,
que por alguna criada
este hombre ha entrado aquí.
ANARDA. El verte, señora, así,
y justamente enojada,
dejada toda cautela,
me obliga a decir verdad,
aunque contra el amistad
que profeso con Marcela.
Ella tiene a un hombre amor,
y él se le tiene también;
mas nunca he sabido quién.
DIANA. Negarlo, Anarda, es error.
Ya que confiesas lo más,
¿para qué niegas lo menos?
ANARDA. Para secretos ajenos
mucho tormento me das,
sabiendo que soy mujer;
mas basta que hayas sabido
que por Marcela ha venido;
bien te puedes recoger,
que es sólo conversación,
y a poco que se comienza...
DIANA. ¿Hay tan cruel desvergüenza?
¿Buena estará la opinión
de una mujer por casar!
¿Por el siglo, infame gente,
del Conde, mi señor!...
ANARDA. Tente,
y déjame disculpar;
que no es de fuera de casa
el hombre que habla con ella,
ni para venir a vella
por esos peligros pasa.

DIANA *sola.*

Mil veces he advertido en la belleza,
gracia y entendimiento de Teodoro,
que, a no ser desigual a mi decoro,
estimara su ingenio y gentileza.

Es el amor común naturaleza.
mas yo tengo mi honor por más tesoro:
que los respetos de quien soy adoro,
y aun el pensarlo tengo por baja.

La envidia bien sé yo que ha de quedarme:
que si la suelen dar bienes ajenos,
bien tengo de que pueda lamentarme.

Porque quisiera yo que, por lo menos,
Teodoro fuera más, para igualarme,
o yo, para igualarle, fuera menos.

(Sale TEODORO y TRISTÁN.)

TEODORO. No he podido sosegar.

TRISTÁN. Y aun es con mucha razón,
que ha de ser tu perdición,
si lo llega a averiguar.

Dijete que la dejaras
acostar, y no quisiste.

TEODORO. Nunca el amor se resiste.

TRISTÁN. Tiras, pero no reparas.

TEODORO. Los diestros lo hacen así.

TRISTÁN. Bien sé yo que si lo fueras,
el peligro conocieras.

TEODORO. ¿Sí me conoció?

TRISTÁN. No, y sí;
que no conoció quién eras,
y sospecha le quedó.

TEODORO. Cuando Fabio me siguió,
bajando las escaleras,

fué milagro no matalle.

TRISTÁN. ¡Qué lindamente tiré
mi sombrero a la luz!

TEODORO. Fué
detenelle y deslumbrale:
porque si adelante pasa,
no le dejara pasar.

TRISTÁN. Dije a la luz, al bajar:
"Di que no somos de casa".
y respondiome: "Mentis";
alzo, y tiréle el sombrero:
¿quedé agraviado?

TEODORO. Hoy espero
mi muerte.

TRISTÁN. Siempre decís
esas cosas, los amantes,
cuando menos pena os dan.

TEODORO. Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,

en peligros semejantes?

TRISTÁN. Dejar de amar a Marcela,
pues la Condesa es mujer
que, si lo llega a saber,
no te ha de valer cautela
para no perder su casa.

TEODORO. ¿Y no hay más sino olvidar?

TRISTÁN. Lecciones te quiero dar
de cómo el amor se pasa.

TEODORO. Ya comienzas desatinos.

TRISTÁN. Con arte se vence todo.
Oye, por tu vida, el modo
por tan fáciles caminos.

Primeramente has de hacer
resolución de olvidar,
sin pensar que has de tornar
eternamente a querer:

que si te queda esperanza
de volver, no habrá remedio
de olvidar: que si está en medio
la esperanza, no hay mundanza.

¿Por qué piensas que no olvida
luego un hombre a una mujer?

Porque pensando volver
va entreteniendo la vida.

Ha de haber resolución
dentro del entendimiento,
con que cesa el movimiento
de aquella imaginación.

¿No has visto faltar la cuerda
de un reloj y estarse quedas,
sin movimiento, las ruedas?
Pues de esa suerte se acuerda
el que tiene las potencias,
cuando la esperanza falta.

TEODORO. Y la memoria ¿no salta
luego hacer mil diligencias,
despertando el sentimiento
a que del bien no se prive?

TRISTÁN. Es enemigo que vive
asido al entendimiento,
como dijo la canción
de aquel español poeta;
mas por esto es linda treta
vencer la imaginación.

TEODORO. ¿Cómo?

TRISTÁN. Pensando defetos,
y no gracias: que, olvidando,
defetos están pensando.
que no gracias, los discretos.

No la imagines vestida
con tan linda proporción
de cintura, en el balcón.



TEODORO. Si aquí,
señora, has puesto la mano,
igualarle fuera en vano,
y fuera soberbia en mí.

Sin verle, pedirte quiero
que a esa señora le envíes.
Diana. Lee, lee.

TEODORO. Que desconfíes
me espanto. Aprender espero
estilo, que yo no sé,
que jamás traté de amor.

DIANA. ¿Jamás, jamás?

TEODORO. Con temor
de mis defectos, no amé;
que soy muy desconfiado.

DIANA. Y se puede conocer
de que no te dejas ver,
pues que te vas rebozado.

TEODORO. ¿Yo, señora? ¿Cuándo, o cómo?

DIANA. Dijéronme que salió
anoche acaso, y te vió
rebozado el mayordomo.

TEODORO. Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solemos,
que mil burlas nos hacemos.

DIANA. Lee, lee.

TEODORO. Estoy pensando
que tenga algún envidioso.

DIANA. Celoso podría ser.
Lee, lee.

TEODORO. Quiero ver
este ingenio milagroso.

(*Lca.*)

"Amar por ver amar, envidia ha sido,
y primero que amar estar celosa
es invención de amor maravillosa
y que por imposible se ha tenido.

De los celos mi amor ha procedido,
por pesarme que, siendo más hermosa,
no fuese en ser amada tan dichosa
que hubiese lo que envidia merecido.

Estoy, sin ocasión, desconfiada;
celosa, sin amor, aunque sintiendo:
debo de amar, pues quiero ser amada.

Ni me dejo forzar, ni me defiendo;
darme quiero a entender, sin decir nada:
entiéndame, que puede; yo me entiendo."

DIANA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que si esto es
a propósito del dueño,

no he visto cosa mejor;
mas confieso que no entiendo
cómo puede ser que amor
venga a nacer de los celos,
pues que siempre fué su padre.
Diana. Porque esta dama sospecho
que se agradaba de ver
este galán, sin deseo,
y viéndole ya empleado
en otro amor, con los celos
vino a amar y a desear.
¿Puede ser?

TEODORO. Yo lo concedo;
mas ya esos celos, señora,
de algún principio nacieron,
y ese fué amor; que la causa
no nace de los efectos,
sino los efectos de ella.

Diana. No sé, Teodoro; esto siento
de esta dama, pues me dijo
que nunca al tal caballero
tuvo más que inclinación,
y en viéndole amar, salieron
al camino de su honor
mil salteadores deseos
que le han desnudado el alma
del honesto pensamiento
con que pensaba vivir.
TEODORO. Muy lindo papel has hecho.
Yo no me atrevo a igualarle.
Entra y prueba.

Diana. No me atrevo.
TEODORO. Haz esto, por vida mía.
Diana. Vueseñoría con esto
quiere probar mi ignorancia.
TEODORO. Aquí aguardo. Vuelve luego.
Yo voy.

Diana. Escucha, Tristán.
TRISTÁN. A ver lo que mandas vuelvo
con vergüenza de estas calzas,
que el secretario, mi dueño,
anda salido estos días;
y hace mal un caballero,
sabiendo que su lacayo
le va sirviendo de espejo,
de lucero y de cortina,
en no traerle bien puesto.
Escalera del señor,
si va a caballo, un discreto
nos llamó, pues a su cara
se sube por nuestros cuerpos.
No debe de poder más.
Diana. ¿Juega?

DIANA.

Que vuestra señoría solemnice lo que en Italia llaman gallardía, por hermosura, es digno pensamiento de su buen gusto y claro entendimiento.

Que me pregunte cómo está... no creo que soy tan dueño suyo que lo diga.

RICARDO.

Quien sabe de mi amor y mi deseo el fin honesto, a este favor se obliga. A vuestros deudos inclinados veo para que en lo tratado se prosiga; sólo falta, señora, vuestro acuerdo, porque sin él las esperanzas pierdo.

Si como soy señor de aquel estado, que con igual nobleza heredé agora, lo fuere desde el Sur más abrasado a los primeros paños del aurora; si el oro, de los hombres adorado, las congeladas lágrimas que llora el cielo, o los diamantes orientales que abrieron por el mar caminos tales

tuviera yo, lo mismo os ofreciera; y no dudéis, señora, que pasara adonde el sol apenas luz me diera, como a sólo serviros importara; en campañas de sal, pies de madera, por las remotas aguas estampara hasta llegar a las australes playas, del humano poder últimas rayas.

DIANA.

Creo, señor Marqués, el amor vuestro, y, satisfecha de nobleza tanta, haré tratar el pensamiento nuestro si al Conde Federico no le espanta.

RICARDO.

Bien sé que en trazas es el Conde diestro, porque en ninguna cosa me adelanta: mas yo fio de vos que mi justicia los ojos cegará de su malicia.

(Sale TEODORO.)

TEODORO.

Ya lo que mandas hice.

RICARDO.

Si ocupada

vueseñoría está, no será justo hurtarle el tiempo.

DIANA.

No importara nada puesto que a Roma escribo.

RICARDO.

No hay disgusto como, en día de cartas, dilatada visita.

DIANA.

Sois discreto.

RICARDO.

En daros gusto. Celio, ¿qué te parece?

CELIO.

Que quisiera que ya tu justo amor premio tuviera.

(Vase RICARDO.)

DIANA.

¿Escribiste?

TEODORO.

Ya escribí, aunque bien desconfiado; mas soy mandado y forzado.

DIANA.

Muestra.

TEODORO.

Lee.

DIANA.

Dice así:

(Lee.)

Querer por ver querer, envidia fuera si quien lo vió, sin ver amar, no amara, porque antes de amar no amar pensara, después no amara, puesto que amar viera.

Amor, que lo que agrada considera en ajeno poder, su amor declara; que como la color sale a la cara, sale a la lengua lo que al alma altera.

No digo más, porque lo más ofendo desde lo menos, si es que desmerezco porque del ser dichoso me defiendo.

Esto que entiendo solamente ofrezco; que lo que no merezco, no lo entiendo por no dar a entender que lo merezco.

Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO. ¿Búrlaste?

DIANA.

¿Pluguiera a Dios!

TEODORO.

¿Qué dices?

DIANA.

Que de los dos,

que "se puede perder más".
 ¿qué rosa, al llorar la aurora,
 hizo de las hojas ojos,
 abriendo los labios rojos,
 con risa, a ver cómo llora,
 como ella los puso en mí,
 bañada en púrpura y grana,
 o qué pálida manzana
 se esmaltó de carmesí?

Lo que veo y lo que escucho
 yo lo juzgo, o estoy loco:
 para ser de veras, poco,
 y para de burlas, mucho.

Mas teneos, pensamiento,
 que os vais ya tras la grandeza,
 aunque si diago belleza,
 bien sabéis vos que no miento:
 que es bellísima Diana
 y en discreción sin igual.

(Sale MARCELA.)

MARCELA. ¿Puedo hablarte?
 TEODORO. Ocasión tal
 mil imposibles allana;
 que por ti, Marcela mía,
 la muerte me es agradable.
 MARCELA. Como yo te vea y hable,
 dos mil vidas perdería.
 Estuve esperando el día
 como el pajarillo solo,
 y cuando vi que en el polo
 que Apolo más presto dora
 le despertaba la aurora,
 dije: "Yo veré a mi Apolo".
 Grandes cosas han pasado;
 que no se quiso acostar
 la Condesa hasta dejar
 satisfecho su cuidado.
 Amigas que han envidiado
 mi dicha, con deslealtad
 le han contado la verdad;
 que entre quien sirve, aunque veas
 que hay amistad, no la creas,
 porque es fingida amistad.
 Todo lo sabe, en efeto;
 que si es Diana la luna,
 siempre a quien ama importuna.
 Salíó y vió nuestro secreto;
 pero será, te prometo,
 para mayor bien, Teodoro;
 que del honesto decoro
 con que tratas de casarte,

le di parte, y dije aparte
 cuán tiernamente te adoro.

Tus prendas le encarecí,
 tu estilo, tu gentileza,
 y ella entonces su grandeza
 mostró tan piadosa en mí,
 que se alegró de que en ti
 hubiese los ojos puestos,
 y de casarnos muy presto
 palabra también me dió
 luego que de mi entendió
 que era tu amor tan honesto.

Yo pensé que se enojara
 y la casa revolviere,
 que a los dos nos despidiera
 y a los demás castigara.
 Mas su sangre, ilustre y clara
 y aquel ingenio, en efeto,
 tan prudente y tan perfeto,
 conoció lo que mereces.
 ¡Oh, bien haya, amén, mil veces
 quien sirve a señor discreto!

TEODORO.

¿Que casarme prometió
 contigo?

MARCELA.

¿Pones en duda
 que a su ilustre sangre acuda?

TEODORO.

Mi ignorancia me engañó;
 que, necio, pensaba yo
 que hablaba en mí la Condesa.
 De haber pensado me pesa
 que pudo tenerme amor,
 que nunca tan alto azor
 se humilla a tan baja presa.

MARCELA.

¿Qué murmuras entre ti?

TEODORO.

Marcela, conmigo habló;
 pero no se declaró
 en darme a entender que fui
 el que embozado salí
 anoche de su aposento.

MARCELA.

Fué discreto pensamiento
 por no obligarse al castigo
 de saber que hablé contigo,
 si no lo es del casamiento;
 que el castigo más piadoso
 de dos que se quieren bien
 es casarlos.

TEODORO.

Dices bien,
 y el remedio más honroso.

MARCELA.

¿Querrás tú?

TEODORO.

Seré dichoso.

MARCELA.

Confírmalo.

TEODORO.

Con los brazos,
 que son los rasgos y lazos

1. *Chlorophyll a*
 2. *Chlorophyll b*
 3. *Chlorophyll c*
 4. *Chlorophyll d*
 5. *Chlorophyll e*
 6. *Chlorophyll f*
 7. *Chlorophyll g*
 8. *Chlorophyll h*
 9. *Chlorophyll i*
 10. *Chlorophyll j*
 11. *Chlorophyll k*
 12. *Chlorophyll l*
 13. *Chlorophyll m*
 14. *Chlorophyll n*
 15. *Chlorophyll o*
 16. *Chlorophyll p*
 17. *Chlorophyll q*
 18. *Chlorophyll r*
 19. *Chlorophyll s*
 20. *Chlorophyll t*
 21. *Chlorophyll u*
 22. *Chlorophyll v*
 23. *Chlorophyll w*
 24. *Chlorophyll x*
 25. *Chlorophyll y*
 26. *Chlorophyll z*
 27. *Chlorophyll aa*
 28. *Chlorophyll ab*
 29. *Chlorophyll ac*
 30. *Chlorophyll ad*
 31. *Chlorophyll ae*
 32. *Chlorophyll af*
 33. *Chlorophyll ag*
 34. *Chlorophyll ah*
 35. *Chlorophyll ai*
 36. *Chlorophyll aj*
 37. *Chlorophyll ak*
 38. *Chlorophyll al*
 39. *Chlorophyll am*
 40. *Chlorophyll an*
 41. *Chlorophyll ao*
 42. *Chlorophyll ap*
 43. *Chlorophyll aq*
 44. *Chlorophyll ar*
 45. *Chlorophyll as*
 46. *Chlorophyll at*
 47. *Chlorophyll au*
 48. *Chlorophyll av*
 49. *Chlorophyll aw*
 50. *Chlorophyll ax*
 51. *Chlorophyll ay*
 52. *Chlorophyll az*
 53. *Chlorophyll aza*
 54. *Chlorophyll abz*
 55. *Chlorophyll aca*
 56. *Chlorophyll acb*
 57. *Chlorophyll acc*
 58. *Chlorophyll acd*
 59. *Chlorophyll ace*
 60. *Chlorophyll acf*
 61. *Chlorophyll acg*
 62. *Chlorophyll ach*
 63. *Chlorophyll aci*
 64. *Chlorophyll acj*
 65. *Chlorophyll ack*
 66. *Chlorophyll acl*
 67. *Chlorophyll acm*
 68. *Chlorophyll acn*
 69. *Chlorophyll aco*
 70. *Chlorophyll acp*
 71. *Chlorophyll acq*
 72. *Chlorophyll acr*
 73. *Chlorophyll acs*
 74. *Chlorophyll act*
 75. *Chlorophyll acu*
 76. *Chlorophyll acv*
 77. *Chlorophyll acw*
 78. *Chlorophyll acx*
 79. *Chlorophyll acy*
 80. *Chlorophyll acz*
 81. *Chlorophyll azaa*
 82. *Chlorophyll abz*
 83. *Chlorophyll aca*
 84. *Chlorophyll acb*
 85. *Chlorophyll acc*
 86. *Chlorophyll acd*
 87. *Chlorophyll ace*
 88. *Chlorophyll acf*
 89. *Chlorophyll acg*
 90. *Chlorophyll ach*
 91. *Chlorophyll aci*
 92. *Chlorophyll acj*
 93. *Chlorophyll ack*
 94. *Chlorophyll acl*
 95. *Chlorophyll acm*
 96. *Chlorophyll acn*
 97. *Chlorophyll aco*
 98. *Chlorophyll acp*
 99. *Chlorophyll acq*
 100. *Chlorophyll acr*
 101. *Chlorophyll acs*
 102. *Chlorophyll act*
 103. *Chlorophyll acu*
 104. *Chlorophyll acv*
 105. *Chlorophyll acw*
 106. *Chlorophyll acx*
 107. *Chlorophyll acy*
 108. *Chlorophyll acz*
 109. *Chlorophyll azaa*
 110. *Chlorophyll abz*
 111. *Chlorophyll aca*
 112. *Chlorophyll acb*
 113. *Chlorophyll acc*
 114. *Chlorophyll acd*
 115. *Chlorophyll ace*
 116. *Chlorophyll acf*
 117. *Chlorophyll acg*
 118. *Chlorophyll ach*
 119. *Chlorophyll aci*
 120. *Chlorophyll acj*
 121. *Chlorophyll ack*
 122. *Chlorophyll acl*
 123. *Chlorophyll acm*
 124. *Chlorophyll acn*
 125. *Chlorophyll aco*
 126. *Chlorophyll acp*
 127. *Chlorophyll acq*
 128. *Chlorophyll acr*
 129. *Chlorophyll acs*
 130. *Chlorophyll act*
 131. *Chlorophyll acu*
 132. *Chlorophyll acv*
 133. *Chlorophyll acw*
 134. *Chlorophyll acx*
 135. *Chlorophyll acy*
 136. *Chlorophyll acz*
 137. *Chlorophyll azaa*
 138. *Chlorophyll abz*
 139. *Chlorophyll aca*
 140. *Chlorophyll acb*
 141. *Chlorophyll acc*
 142. *Chlorophyll acd*
 143. *Chlorophyll ace*
 144. *Chlorophyll acf*
 145. *Chlorophyll acg*
 146. *Chlorophyll ach*
 147. *Chlorophyll aci*
 148. *Chlorophyll acj*
 149. *Chlorophyll ack*
 150. *Chlorophyll acl*
 151. *Chlorophyll acm*
 152. *Chlorophyll acn*
 153. *Chlorophyll aco*
 154. *Chlorophyll acp*
 155. *Chlorophyll acq*
 156. *Chlorophyll acr*
 157. *Chlorophyll acs*
 158. *Chlorophyll act*
 159. *Chlorophyll acu*
 160. *Chlorophyll acv*
 161. *Chlorophyll acw*
 162. *Chlorophyll acx*
 163. *Chlorophyll acy*
 164. *Chlorophyll acz*
 165. *Chlorophyll azaa*
 166. *Chlorophyll abz*
 167. *Chlorophyll aca*
 168. *Chlorophyll acb*
 169. *Chlorophyll acc*
 170. *Chlorophyll acd*
 171. *Chlorophyll ace*
 172. *Chlorophyll acf*
 173. *Chlorophyll acg*
 174. *Chlorophyll ach*
 175. *Chlorophyll aci*
 176. *Chlorophyll acj*
 177. *Chlorophyll ack*
 178. *Chlorophyll acl*
 179. *Chlorophyll acm*
 180. *Chlorophyll acn*
 181. *Chlorophyll aco*
 182. *Chlorophyll acp*
 183. *Chlorophyll acq*
 184. *Chlorophyll acr*
 185. *Chlorophyll acs*
 186. *Chlorophyll act*
 187. *Chlorophyll acu*
 188. *Chlorophyll acv*
 189. *Chlorophyll acw*
 190. *Chlorophyll acx*
 191. *Chlorophyll acy*
 192. *Chlorophyll acz*
 193. *Chlorophyll azaa*
 194. *Chlorophyll abz*
 195. *Chlorophyll aca*
 196. *Chlorophyll acb*
 197. *Chlorophyll acc*
 198. *Chlorophyll acd*
 199. *Chlorophyll ace*
 200. *Chlorophyll acf*
 201. *Chlorophyll acg*
 202. *Chlorophyll ach*
 203. *Chlorophyll aci*
 204. *Chlorophyll acj*
 205. *Chlorophyll*

Das
... ..
... ..
... ..
... ..

[illegible]

1934-1935

[illegible]

De acordo com o artigo 1.º da Lei n.º 10.741/2003, a Matricula no Registro Civil é obrigatória para todos os cidadãos brasileiros, independentemente de sua situação econômica, e constitui requisito indispensável para o exercício dos direitos civis e políticos.

y los corales y perlas
de esa boca celestial...”
DIANA. ¿Celestial?
TEODORO. Cosas como éstas
son la cartilla, señora,
de quien ama y quien desea.
DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro;
no te espantes de que pierdas
hoy el crédito conmigo,
porque sé yo que en Marcela
hay más defectos que gracias,
como la miro más cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
no tengo pocas pendencias
con ella; pero no quiero
desenamorarte de ella,
que bien pudiera decirte
cosas; pero aquí se quedan
sus gracias o sus desgracias,
que yo quiero que la quieras
y que os caséis en buen hora.
Mas pues de amador te precias,
dame consejo, Teodoro,
así a Marcela poseas,
para aquella amiga mía
que ha días que no sosiega
de amores de un hombre humilde;
porque, si en quererle piensa,
ofende su autoridad,
y si de quererle deja,
pierde el juicio de celos;
que el hombre, que no sospecha
tanto amor, anda cobarde,
aunque es discreto con ella.
TEODORO. ¿Yo, señora, sé de amor?
¿No sé, por Dios, cómo pueda
aconsejarte!
DIANA. ¿No quieres,
como dices, a Marcela?
¿No le has dicho esos requiebros?
Tuvieran lengua las puertas,
que ellas dijeran...
TEODORO. No hay cosa
que decir las puertas puedan.
DIANA. ¿Ea!, que ya te sonrojás,
y lo que niega la lengua
confesas con los colores.
TEODORO. Si ella te lo ha dicho, es necia.
Una mano le tomé,
y no me quedé con ella,
que luego se la volví.
¿No sé yo de qué se queja!
DIANA. Sí, pero hay manos que son

como la paz de la iglesia,
que siempre vuelven besadas.
TEODORO. Es necísima Marcela.
Es verdad que me atreví,
pero con mucha vergüenza,
a que templase la boca
con nieve y con azucenas.
DIANA. ¿Con azucenas y nieve?
Huelgo de saber que tiembla
ese emplasto el corazón.
Ahora bien: ¿qué me aconsejas?
TEODORO. Que si esa dama que dices
hombre tan bajo desea,
y de quererle resulta
a su honor tanta bajeza,
haga que con un engaño,
sin que lo conozca, pueda
gozarle.
DIANA. Queda el peligro
de presumir que lo entienda.
¿No será mejor matarle?
TEODORO. De Marco Aurelio se cuenta
que dió a su mujer, Faustina,
para quitarle la pena,
sangre de un esgrimidor.
Pero estas romanas pruebas
son buenas entre gentiles.
DIANA. Bien dices, que no hay Lucrecias,
ni Torcuatos, ni Virgilio
en esta edad, y en aquella
hubo Faustinas, Teodoro,
Mesalinas y Popeas.
Escribeme algún papel
que a este propósito sea,
y queda con Dios. ¿Ay, Dios!

(*Caiga.*)

Caí. ¿Qué me miras? Llega,
dame la mano.
TEODORO. El respeto
me detuvo de ofrecella.
DIANA. ¿Qué graciosa grosería,
que con la capa la ofrezcas!
TEODORO. Así, cuando vas a misa,
te la da Otavio.
DIANA. Es aquella
mano que yo no le pido,
y debe de haber setenta
años que fué mano, y viene
amortajada por muerta.
Aguardar quien ha caído
a que se vista de seda,

EDERICO. ¿Es aquél Ricardo?
 LEONIDO. El es.
 EDERICO. Fuera maravilla rara
 que de este puesto faltara.
 LEONIDO. ¡Gallardo viene el Marqués!
 EDERICO. No pudieras decir más,
 si tú fueras el celoso.
 LEONIDO. ¿Celos tienes?
 EDERICO. ¿No es forzoso?
 De alabarle me los das.
 LEONIDO. Si a nadie quiere Diana,
 ¿de qué los puedes tener?
 EDERICO. De que le puede querer,
 que es mujer.
 LEONIDO. Sí, mas tan vana,
 tan altiva y desdeñosa,
 que a todos os asegura.
 EDERICO. Es soberbia la hermosura.
 LEONIDO. No hay ingratitud hermosa.
 ELIO. Diana sale, señor.
 RICARDO. Pues tendrá mi noche día.
 ELIO. ¿Hablarásla?
 RICARDO. Eso querría,
 si quiere el competidor.

Salen OTAVIO, FABIO, TEODORO, la CONDESA, y detrás, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, con mantos; luego el CONDE por un lado.

FEDERICO.

Aquí aguardaba, con deseo de veros.

DIANA.

Señor Conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO.

yo, señora, con el mismo, agora
 acompañaros vengo y a servirlos.

DIANA.

Señor Marqués, ¿qué dicha es ésta mía?
 Tanta merced!...

RICARDO.

Bien debe a mi deseo
 la señoría este cuidado.

FEDERICO.

Creo

que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO.

¡Áblala, no te turbes.

FEDERICO.

¡Ay, Leonido!

Quien sabe que no gustan de escuchalle,
 ¿de qué te admiras que se turbe y calle?

(Todos se entren por la otra puerta, acompañando a la CONDESA, y queda allí TEODORO.)

TEODORO. Nuevo pensamiento mío,
 desvanecido en el viento,
 que con ser mi pensamiento,
 de veros volar me río;
 parad, detened el brío,
 que os detengo y os provoco,
 porque si el intento es loco,
 de los dos lo mismo escucho,
 aunque donde el premio es mucho
 el atrevimiento es poco.

Y si por disculpa dais
 que es infinito el que espero,
 averigüemos primero,
 pensamiento, en qué os fundáis.
 ¿Vos a quién servís amáis?
 Diréis que ocasión tenéis,
 si a vuestros ojos creéis;
 pues, pensamiento, decíldes
 que, sobre pajas humildes,
 torres de diamante hacéis.

Si no me sucede bien,
 quiero culparos a vos;
 mas teniéndola los dos,
 no es justo que culpa os den;
 que podréis decir también,
 cuando del alma os levanto
 y de la altura me espanto
 donde el amor os subió,
 que el estar tan bajo yo
 os hace a vos subir tanto.

Cuando algún hombre ofendido
 al que le ofende defiende,
 que dió la ocasión se entiende
 del daño que os ha venido.
 Sed en buen hora atrevido,
 que aunque los dos nos perdamos,
 esta disculpa llevamos;
 que vos os perdéis por mí
 y que yo tras vos me fui,
 sin saber adónde vamos.

Id en buen hora, aunque os den
 mil muertes, por atrevido,
 que no se llama perdido
 el que se pierde tan bien;
 como otros dan parabién

tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su pretensión
escribió una pluma airada:
"César, o nada dijiste,
y todo, César, lo fuiste,
pues fuiste César y nada".

TEODORO. Pues tomo, Tristán; la empresa,
y haga después la fortuna
lo que quisiere.

(Salen MARCELA y DOROTEA.)

DOROTEA. Si a alguna
de tus desdichas le pesa
de todas las que servimos
a la Condesa, soy yo.

MARCELA. En la prisión que me dió
tan justa amistad hicimos.
Y yo me siento obligada
de suerte, mi Dorotea,
que no habrá amiga que sea
más de Marcela estimada.

Anarda piensa que yo
no sé cómo quiere a Fabio,
pues de ella nació mi agravio,
que a la Condesa contó
los amores de Teodoro.
Teodoro está aquí.

DOROTEA. ¡Mi bien!

MARCELA. Marcela, el paso detén.

TEODORO. ¿Cómo, mi bien, si te adoro,
cuando a mis ojos te ofreces?

MARCELA. Mira lo que haces y dices,
que en palacio los tapices
han hablado algunas veces.

¿De qué piensas que nació
hacer figuras en ellos?

De avisar que detrás de ellos
siempre algún vivo escuchó.

Si un mudo, viendo matar
a un rey, su padre, dió voces,
figuras, que no conoces,
pintadas sabrán hablar.

MARCELA. ¿Has leído mi papel?

TEODORO. Sin leerle, le he rasgado,
que estoy tan escarmentado
que rasgué mi amor con él.

MARCELA. ¿Son los pedazos aquéstos?

TEODORO. Sí, Marcela.

MARCELA. ¿Y ya mi amor
has rasgado?

TEODORO. ¿No es mejor
que vernos por puntos puestos
en peligros tan extraños?

Si tú de mi intento estás,
no tratemos de esto más,
para excusar tantos daños.
¿Qué dices?

MARCELA.

TEODORO.

Que estoy dispuesto
a no darle más enojos
a la Condesa.

MARCELA.

En los ojos
tuve muchas veces puesto
el temor de esta verdad.
TEODORO. Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
el amor, no el amistad.

DOROTEA.

¿Tú dices eso, Teodoro,
a Marcela?

TEODORO.

Yo lo digo:
que soy de quietud amigo
y de guardar el decoro
a la casa que me ha dado
el ser que tengo.

MARCELA.

TEODORO.

MARCELA.

Oye, advierte...
Déjame.
¿De aquesta suerte
me tratas?

TEODORO.

¿Qué necio enfado!

(Váyase.)

MARCELA.

TRISTÁN.

MARCELA.

TRISTÁN.

¡Ah, Tristán, Tristán!
¿Qué quieres?
¿Qué es esto?

Una mudancita.
Que a las mujeres imita
Teodoro.

MARCELA.

TRISTÁN.

MARCELA.

TRISTÁN.

¿Cuáles mujeres?
Unas de azúcar y miel.
Dile...

No me digas nada,
que soy vaina de esta espada,
nema de aqueste papel,

caja de aqueste sombrero,
fietlo de este caminante,
mudanza de este danzante,
día de este vario hebrero,
sombra de este cuerpo vano,
posta de aquesta estafeta,
rastro de aquesta cometa,
tempestad de este verano,

y, finalmente, yo soy
la uña de aqueste dedo,
que, en cortándome, no puedo
decir que con él estoy.

(Váyase.)

Código	Nombre	Especie	Descripción
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro
A	Cachorro	A	Cachorro de perro

ANARDA. ¿Puedote hablar?
 DIANA. Ya bien puedes.
 ANARDA. Los dos que de aquí se van,
 ciegos de tu amor están.
 Tú en desdeñarlos excedes
 la condición de Anajarte,
 la castidad de Lucrecia,
 y quien a tantos desprecia...
 DIANA. Ya me canso de escucharte.
 ANARDA. ¿Con quién te piensas casar? (1)
 ¿No puede el Marqués Ricardo,
 por generoso y gallardo,
 si no exceder, igualar

al más poderoso y rico?
 ¿Y la más noble mujer
 también no lo puede ser
 de tu primo Federico?
 ¿Por qué los has despedido
 con tan extraño desprecio?
 DIANA. Porque uno es loco, otro necio,
 y tú, en no haberme entendido,
 más, Anarda, que los dos.
 No los quiero porque quiero;
 y quiero porque no espero
 remedio.

ANARDA. ¿Válgame Dios!
 ¿Tú quieres?

DIANA. ¿No soy mujer?

ANARDA. Sí, pero imagen de hielo,
 donde el mismo sol del cielo
 podrá tocar y no arder.

DIANA. Pues esos hielos, Anarda,
 dieron todos a los pies
 de un hombre humilde.

ANARDA. ¿Quién es?

DIANA. La vergüenza me acobarda
 que de mi propio valor
 tengo. No diré su nombre:
 basta que sepas que es hombre
 que puede infamar mi honor.

ANARDA. Si Pasife quiso un toro,
 Semíramis un caballo,
 y otras los monstruos que callo,
 por no infamar su decoro,

¿qué ofensa te puede hacer
 querer hombre, sea quien fuere?
 DIANA. Quien quiere, puede, si quiere,
 como quiso, aborrecer.

Esto es lo mejor. Yo quiero
 no querer.

ANARDA. ¿Podrás?

DIANA. Podré;
 que si cuando quise amé,
 no amar, en queriendo, espero.
Toquen dentro.
 DIANA. ¿Quién canta?
 ANARDA. Fabio, con Clara.
 DIANA. ¡Ojalá que me diviertan!
 ANARDA. Música y amor conciertan
 bien. En la canción repara.

Canta dentro.
 ¿Oh, quién pudiera hacer; oh, quién hiciese
 que en no queriendo amar aborreciese!
 ¿Oh, quién pudiera hacer; oh, quién hiciera
 que no queriendo amar aborreciera!

ANARDA. ¿Qué te dice la canción?
 ¿No ves que te contradice?

DIANA. Bien entiendo lo que dice;
 mas yo sé mi condición.

Y sé que estará en mi mano,
 como amar, aborrecer.
 ANARDA. Quien tiene tanto poder,
 pasa del límite humano.

(TEODORO, entre.)

TEODORO. Fabio me ha dicho, señora,
 que le mandaste buscarme.

DIANA. Horas ha que te deseo.

TEODORO. Pues ya vengo a que me mandes;
 y perdona, si he faltado.

DIANA. Ya has visto estos dos amantes,
 estos dos mi pretendientes.

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Buenos talles
 tienen los dos.

TEODORO. Y muy buenos.

DIANA. No quiero determinarme
 sin tu consejo. ¿Con cuál
 te parece que me case?

TEODORO. Pues ¿qué consejo, señora,
 puedo yo en las cosas, darte,
 que consisten en tu gusto?
 Cualquiera que quieras darme
 por dueño será mejor.

DIANA. Mal pagas el estimarte
 por consejero, Teodoro,
 en caso tan importante.

TEODORO. Señora, ¿en casa no hay viejos
 que entienden de casos tales?

(1) En el original, "se piensa".

Díjome, en fin, que el Marqués le agradaba, y que yo mismo fuese a pedir las albricias.

TRISTÁN. ¿Ella, en fin, tiene marido?

TEODORO. El Marqués Ricardo.

TRISTÁN. Pienso que a no verte sin juicio, y porque dar aflicción no es justo a los afligidos, que ahora te diera vaya de aquel pensamiento activo con que a ser conde aspirabas.

TEODORO. Si aspiré, Tristán, ya expiró.

TRISTÁN. La culpa tienes de todo.

TEODORO. No lo niego, que yo he sido fácil en creer los ojos de una mujer.

TRISTÁN. Yo te digo que no hay vasos de veneno a los mortales sentidos, Teodoro, como los ojos de una mujer.

TEODORO. De corrido, te juro, Tristán, que apenas puedo levantar los míos. Esto pasó, y el remedio es sepultar en olvido el suceso y el amor.

TRISTÁN. ¡Qué arrepentido y contrito has de volver a Marcela!

TEODORO. Presto seremos amigos.

(Sale MARCELA.)

MARCELA.

¡Qué mal que finge amor quien no le tiene!
¡Qué mal puede olvidarse amor de un año,
pues mientras más el pensamiento engaño,
más atrevido a la memoria viene!

Pero si es fuerza, y al honor conviene,
remedio suele ser del desengaño
curar el propio amor amor extraño;
que no es poco remedio el que entretiene.

Mas ¡ay!, que imaginar que puede amarse
en medio de otro amor, es atreverse
a dar mayor venganza, por vengarse.

Mejor es esperar que no perderse;
que suele alguna vez, pensando helarse
amor, con los remedios encenderse.

TEODORO. Marcela.

MARCELA. ¿Quién es?

TEODORO. Yo soy.

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA. Y tan olvidada estoy,
que a no imaginar en ti,
fuera de mi misma voy.

Porque si en mi misma fuera,
te imaginara y te viera,
que, para no imaginarte,
tengo el alma en otra parte,
aunque olvidarte no quiera.

¿Cómo me osaste nombrar?
¿Cómo cupo en esa boca
mi nombre?

TEODORO. Quise probar
tu firmeza, y es tan poca
que no me ha dado lugar.

Ya dicen que se empleó
tu cuidado en un sujeto
que mi amor substituyó.

MARCELA. Nunca, Teodoro, el discreto
mujer ni vidrio probó.

Mas no me des a entender
que prueba quisiste hacer.
Yo te conozco, Teodoro;
unos pensamientos de oro
te hicieron enloquecer.

¿Cómo te va? ¿No te salen
como tú los imaginas?
¿No te cuestan lo que valen?
¿No hay dichas que las divinas
partes de tu dueño igualen?

¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
Turbado, Teodoro, vienes.
¿Mudóse aquel vendaval?
¿Vuelves a buscar tu igual,
o te burlas y entretienes?

Confieso que me holgaría
que dices a mi esperanza,
Teodoro, un alegre día.

TEODORO. Si le quieres con venganza,
¿qué mayor, Marcela mía?

Pero mira que el amor
es hijo de la nobleza;
no muestres tanto rigor,
que es la vengaza baja
indigna del vencedor.

Venciste; yo vuelto a ti,
Marcela, que no salí
con aquel mi pensamiento;
perdona el atrevimiento
si ha quedado amor en ti.

No porque no puede ser
proseguir las esperanzas
con que te pude ofender;
mas porque en estas mudanzas

TEODORO. ¡Ay, qué me has dicho de airen-
TRISTÁN. Yo he caído ya, con veros. [tas!
juntar las almas contentas,
que es desgracia de terceros
no se concertar las ventas.

MARCELA. Si te trocare, mi bien.
por Fabio, ni por el mundo,
que tus agravios me den
la muerte.

TEODORO. Hoy de nuevo fundo.
Marcela, mi amor también;
y si te olvidare, digo
que me dé el cielo en castigo
el verte en brazos de Fabio.

MARCELA. ¿Quieres deshacer mi agravio?

TEODORO. ¿Qué no haré por ti y contigo?

MARCELA. Di que todas las mujeres
son feas.

TEODORO. Contigo, es claro.
Mira qué otra cosa quieres.

MARCELA. En ciertos celos reparo,
ya que tan mi amigo eres,
que no importa que esté aquí
Tristán.

TRISTÁN. Bien podéis por mí.
aunque de mí mismo sea.

MARCELA. Di que la Condesa es fea.

TEODORO. Y un demonio para mí.

MARCELA. ¿No es necia?

TEODORO. Por todo extremo.

MARCELA. ¿No es bachillera?

TEODORO. Es cuitada.

DIANA. Quiero estorbarlos, que temo
que no reparen en nada,
y aunque me hielo, me quemo.

ANARDA. ¡Ay, señora, no hagáis tal!

TRISTÁN. Cuando queráis decir mal
de la Condesa y su talle,
a mí me oíd.

DIANA. ¿Escuchalle
podré desvergüenza igual?

TRISTÁN. Lo primero...

DIANA. Yo no aguardo
a lo segundo, que fuera
necedad.

MARCELA. Voyme, Teodoro.

(Váyase, con una reverencia, MARCELA.)

TRISTÁN. ¡La Condesa!

TEODORO. ¡La Condesa!

DIANA. Teodoro.

TEODORO. Señora, advierte...

TRISTÁN. El cielo a tronar comienza.
No pienso aguardar los rayos.

(Vase TRISTÁN.)

DIANA. Anarda, un bufete llega:
escribiráme Teodoro
una carta de su letra;
pero notándola yo.

TEODORO. Todo el corazón me tiembla.
¿Si oyó lo que hablado habemos?

DIANA. Bravamente amor despierta
con los celos a los ojos.
¡Que aqueste amase a Marcela,
y que yo no tenga partes
para que también me quiera!
¡Que se burlasen de mí!

TEODORO. Ella murmura y se queja.
Bien digo yo que en palacio,
para que a callar aprenda,
tapices tienen oídos
y paredes tienen lenguas.

(Sale ANARDA, con su bufetillo pequeño y recado de
escribir.)

ANARDA. Este pequeño he traído
y tu escribanía.

DIANA. Llega.

TEODORO. Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO. Hoy me mata o me destierra.

DIANA. Escribe.

TEODORO. Di.

DIANA. No estás bien
con la rodilla en la tierra.
Ponle, Anarda, una almohada.
Yo estoy bien.

TEODORO. Pónsela, necia.

TEODORO. No me agrada este favor
sobre enojos y sospechas,
que quien honra las rodillas
cortar quiere la cabeza.
Yo aguardo.

DIANA. Yo digo así.

TEODORO. Mil cruces hacer quisiera.

(Siéntese la CONDESA en una silla alta. Ella diga y
él vaya escribiendo:)

“Cuando una mujer principal se ha declara-
do con un hombre humilde, eslo mucho el tér-
mino de volver a hablar con otra; mas quien
no estima su fortuna, quédese para necio.”

TEODORO. ¿No dices más?

DIANA. Pues ¿qué más?

y que después de aquel mortal disgusto me elegís por marido y por criado?
Dadme esos pies, que de manera el gusto, de ver mi amor en tan dichoso estado, me vuelve loco, que le tengo en poco, si me contento de volverme loco.
¿Cuándo pensé, señora, mereceros, ni llegar a más bien que deseáros?

DIANA.

No acierto, aunque lo intento, a responderos.
¿Yo he enviado a llamaros, o es burlaros?

RICARDO.

Fabio, ¿qué es esto?

FABIO.

¿Pude yo traerlos
sin ocasión agora, ni llamaros
menos que de Teodoro prevenido?

DIANA.

Señor Marqués, Teodoro culpa ha sido.
Oyóme anteponer a Federico vuestra persona, con ser primo hermano y caballero generoso y rico, y presumió que os daba ya la mano. A vuestra señoría la suplico perdone aquestos necios.

RICARDO.

Fuera en vano dar a Fabio perdón, si no estuviera adonde vuestra imagen le valiera.
Bésoos los pies por el favor, y espero que ha de vencer mi amor esta porfía.

(Váyase el MARQUÉS.)

DIANA.

¿Paréceos bien aquesto, majadero?

FABIO.

¿Por qué me culpa a mí vueseñoría?

DIANA.

Llama luego a Teodoro. ¿Qué ligero este cansado pretensor venía cuando me matan celos de Teodoro!

FABIO.

¡Perdí el caballo y mil escudos de oro!

(Váyase FABIO, y quede la CONDESA sola.)

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? ¿Ya no tenía olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres? Pero responderás que tú no eres sino tu sombra, que detrás venía.

¡Oh, celos! ¿qué no hará vuestra porfía? Malos letrados sois con las mujeres, pues jamás os pidieron pareceres que pudiese el honor guardarse un día.

Yo quiero a un hombre bien; mas se me [acuerda

que yo soy mar, y que es humilde barco, y que es contra razón que el mar se pierda.

En gran peligro, amor, el alma embarco; mas si tanto el honor tira la cuerda, ¡por Dios, que temo que se rompa el arco!

(Sale TEODORO y FABIO.)

FABIO. Pensó matarme el Marqués; pero, la verdad diciendo, más sentí los mil escudos.

TEODORO. Yo quiero darte un consejo.

FABIO. ¿Cómo?

TEODORO. El Conde Federico estaba perdiendo el seso porque el Marqués se casaba. Parte, y di que el casamiento se ha deshecho, y te dará esos mil escudos luego.

FABIO. Voy como un rayo.

TEODORO. Camina.

¿Llamábasme?

DIANA. Bien ha hecho ese necio en irse agora.

TEODORO. Una hora he estado leyendo tu papel, y bien mirado, señora, tu pensamiento, hallo que mi cobardia procede de tu respeto; pero ya que soy culpado en tenerle, como necio, a tus muchas diligencias, y así a decir me resuelvo que te quiero, y que es disculpa que con respeto te quiero. Temblando estoy, no te espantes.

DIANA. Teodoro, yo te lo creo.
¿Por qué no me has de querer, si soy tu señora y tengo tu voluntad obligada, pues te estimo y favorezco más que a los otros criados?

quién te besara entonces, mano hermosa, agradecido al dulce castigarme!

No te esperaba yo tan rigurosa:
pero si me castigas, por tocarme,
tú sola hallaste gusto en ser celosa.

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN. Siempre tengo de venir
acabados los sucesos;
parezco espada cobarde.

TEODORO. ¡Ay, Tristán!

TRISTÁN. Señor, ¿qué es esto?
¡Sangre en el lienzo!

TEODORO. Con sangre
quiere amor que de los celos
entre la letra.

TRISTÁN. ¡Por Dios,
que han sido celos muy necios!

TEODORO. No te espantes, que está loca
de un amoroso deseo:
y como el ejecutarle
tiene su honor por desprecio,
quiere deshacer mi rostro,
porque es mi rostro el espejo
adonde mira su honor,
y véngase en verlo feo.

TRISTÁN. Señor, que Juana o Lucía
cierren conmigo por celos
y me rompan, con las uñas,
el cuello que ellas me dieron;
que me repelen y arañen,
sobre averiguar por cierto
que les hice un peso falso,
vaya: es gente de pandero,
de media de cordellate
y de zapato fraileasco:
pero que tan gran señora
se pierda tanto el respeto
a sí misma, es vil acción.

TEODORO. No sé, Tristán; pierdo el seso
de ver que me está adorando
y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo,
ni de Marcela, y si dejo
de mirarla, luego busca,
para hablarme, algún enredo.
No dudes; naturalmente,
es del hortelano el perro:
ni come, ni comer deja;
ni está fuera, ni está dentro.

TRISTÁN. Contáronme que un doctor,
catedrático y maestro,

tenía un ama y un mozo
que siempre andaban riñendo:
reñían a la comida,
a la cena, y hasta el sueño
le quitaban con sus voces,
que estudiar no había remedio.
Estando en lección un día,
fuéle forzoso, corriendo,
volver a casa, y entrando
de improviso en su aposento,
vió al ama y mozo acostados,
con amorosos requiebros,
y dijo: "Gracias a Dios,
que una vez en paz os veo".
Y esto imagino de entrambos,
aunque siempre andáis riñendo.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. Teodoro.

TEODORO. Señora.

TRISTÁN. ¿Es duende
esta mujer?

DIANA. Sólo vengo
a saber cómo te hallas.

TEODORO. Ya lo ves.

DIANA. ¿Estás bueno?

TEODORO. Bueno estoy.

DIANA. ¿Y no dirás:
"a tu servicio"?

TEODORO. No puedo
estar mucho en tu servicio,
siendo tal el tratamiento.

DIANA. ¡Qué poco sabes!

TEODORO. Tan poco,
que te siento y no te entiendo,
pues no entiendo tus palabras,
y tus bofetones siento.
Si no te quiero, te enfadas,
y enójaste si te quiero:
escribesme, si me olvido,
y si me acuerdo, te ofendo;
pretendes que yo te entienda,
y si te entiendo, soy necio.
Mátame, o dame la vida:
da un medio a tantos extremos.
¿Hicete sangre?

DIANA.

TEODORO. ¿Pues no?

DIANA. ¿Adonde tienes el lienzo?

TEODORO. Aquí.

DIANA. Muestra.

TEODORO. ¿Para qué?

DIANA. Para que esta sangre quiero.

TRISTÁN.

Todo aquesto
es cosa de chacota y zarandajas,
respecto del lugar que tendré presto:
si no mudan los bolos la fortuna,
secretario he de ser del secretario.

LIRANO.

Mucha merced le hace la Condesa
a vuestro amo, Tristán.

TRISTÁN.

Es su privanza;
es su mano derecha, y es la puerta
por donde se entra a su favor.

ANTONELO.

Dejemos
favores y fortunas, y bebamos.

FURIO.

En este tabernáculo sospecho
que hay lágrima famosa y malvasia.

TRISTÁN.

Probemos vino grieco, que deseo
hablar en griego, y con beberlo basta.

RICARDO.

Aquel moreno, de color quebrado,
me parece el más bravo, pues que todos
le estiman, hablan y hacen cortesía.
Celio.

CELIO.

Señor.

RICARDO.

De aquellos gentileshombres,
llama al descolorido.

CELIO.

¡Ah, caballero!

Antes que se entre en esa santa ermita,
el Marqués, mi señor, hablarle quiere.

TRISTÁN.

Camaradas, allí me llama un príncipe;
no puedo rehusar el ver qué manda.
Entren y tomen siete u ocho azumbres,
y aperciban dos dedos de formache,
en tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO.

Pues despachad a prisa.

TRISTÁN.

Iré volando.

¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

RICARDO.

El veros entre tanta valentía
nos ha obligado, al conde Federico
y a mí, para saber si seréis hombre
para matar un hombre.

TRISTÁN.

¡Vive el cielo,
que son los pretendientes de mi ama,
y que hay algún enredo! Fingir quiero.)

FEDERICO.

¿No respondéis?

TRISTÁN.

Estaba imaginando
si vuestra señoría está burlando
de nuestro modo de vivir, pues ¡vive
el que reparte fuerzas a los hombres,
que no hay en toda Nápoles espada
que no tiemble de sólo el nombre mío!
¿No conocéis a Héctor? Pues no hay Héctor
adonde está mi furibundo brazo;
que si él lo fué de Troya, yo de Italia.

FEDERICO.

Este es, Marqués, el hombre que buscamos.
Por vida de los dos, que no burlamos,
sino que, si tenéis conforme al nombre
el ánimo y queréis matar un hombre,
que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN.

Con doscientos escudos me contento,
y sea el diablo.

RICARDO.

Yo os daré trescientos,
y despachalde aquesta noche.

TRISTÁN.

El nombre
del hombre espero, y parte del dinero.

RICARDO.

¿Conocéis a Diana, la Condesa
de Belflor?

TRISTÁN.

En su casa tengo amigos.

tu vida me han trocado a cien doblones.
y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedia
que te sirviese, y que hoy te serviría.
donde más fácilmente te matase,
a efecto de guardarte, de esta suerte.

TEODORO.

¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase
la vida y me sacase de esta muerte!

TRISTÁN.

¿Tan loco estás?

TEODORO.

¿No quieres que me abrase
por tan dulce ocasión, Tristán? Advierte
que si Diana algún camino hallara
de disculpa, conmigo se casara.

Teme su honor, y cuando más se abrasa,
se hiela y me desprecia.

TRISTÁN.

Si te diese
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO.

Que a ti se pasa
de Ulises el espíritu.

TRISTÁN.

Si fuese
tan ingenioso que a tu misma casa
un generoso padre te trajese,
con que fueses igual a la Condesa,
no saldrías, señor, con esta empresa?

TEODORO.

Eso es sin duda.

TRISTÁN.

El conde Ludovico,
caballero ya viejo, habrá veinte años
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre,
que era sobrino de su gran maestro:
cautiváronle moros de Biserta,
y nunca supo de él, muerto ni vivo.
Este ha de ser tu padre, y tú su hijo,
y yo lo he de trazar.

TEODORO.

Tristán, advierte

que puedes levantar alguna cosa
que nos cueste a los dos la honra y la vida.

TRISTÁN.

A casa hemos llegado; adiós te queda,
que tú serás marido de Diana
antes que den las doce de mañana.

(Fúyase TRISTÁN.)

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio
a tanto mal, pues el amor bien sabe
que no tiene enemigo que le acabe
con más facilidad que tierra en medio.

Tierra quiero poner, pues que remedio,
con ausentarme, amor, rigor tan grave;
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.

Todos los que llegaron a este punto,
poniendo tierra en medio te olvidaron,
que en tierra, en fin, le resolvieron junto.

Y la razón que de olvidar hallaron,
es que amor se confiesa por difunto,
pues que con tierra en medio le enterraron.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. ¿Estás ya más mejorado
de tus tristezas, Teodoro?

TEODORO. Si en mis tristezas adoro,
sabré estimar mi cuidado.

No quiero yo mejorar
de la enfermedad que tengo,
pues sólo a estar triste vengo
cuando imagino sanar.

Bien hayan males que son
tan dulces para sufrir,
que se ve un hombre morir
y estima su perdición.

Sólo me pesa que ya
esté mi mal en estado
que he de alejar mi cuidado
de donde su dueño está.

DIANA. ¿Ausentarte? Pues ¿por qué?

TEODORO. Quiérenme matar.

DIANA. Si harán.

TEODORO. Envidia a mi mal tendrán,
que bien al principio fué.

Con esta ocasión te pido
licencia para irme a España.

DIANA. Será generosa hazaña
de un hombre tan entendido;

MARCELA. ¿Pues pidiérate yo a ti,
sin tener satisfacción,
remedio en esta ocasión?

DIANA. ¿Hasle hablado?

MARCELA. Y él a mí,
pidiéndome lo que digo.

DIANA. ¡Qué a propósito me viene
esta desdicha!

MARCELA. Ya tiene
tratado aquesto conmigo,
y el modo con que podemos
ir con más comodidad.

DIANA. ¡Ay, necio honor!, perdonad,
que amor quiere hacer extremos.

MARCELA. Pero no será razón,
pues que podéis remediar
fácilmente este pesar.)

MARCELA. ¿No tomas resolución?

DIANA. No podré vivir sin ti,
Marcela, y haces agravio
a mi amor, y aun al de Fabio,
que sé yo que adora en ti.

MARCELA. Yo te casaré con él,
deja partir a Teodoro.

MARCELA. A Fabio aborrezco: adoro
a Teodoro.

DIANA. ¡Qué cruel
ocasión de declararme!
Mas teneos, loco amor.)
Fabio te estará mejor.

MARCELA. Señora...

DIANA. No hay replicarme.

(*Váyase la CONDESA.*)

MARCELA.

¿Que intentan imposibles mis sentidos,
contra tanto poder determinados?
Que celos poderosos declarados
harán un desatino, resistidos.

Volved, volved atrás, pasos perdidos,
que corréis a mi fin precipitados;
árboles son amores desdichados,
a quien el hielo marchitó floridos.

Alegraron el alma las colores
que el tirano poder cubrió de luto;
que hiela ajeno amor muchos amores.

Y cuando de esperar deba tributo,
¿qué importa la hermosura de las flores,
si se perdieron esperando el fruto?

(*Sale el CONDE LUDOVICO, viejo, y CAMILO.*)

CAMILO. Para tener sucesión,

no te queda otro remedio.

LUDOVICO. Hay muchos años en medio,
que mis enemigos son.

Y aunque tiene esa disculpa
el casar en la vejez,
quiere el temor ser juez,
y ha de averiguar la culpa.

Y podría suceder
que sucesión no alcanzase,
y casado me quedase.

Y en un viejo, una mujer
es en un olmo una hiedra:
que, aunque con tan varios lazos,
la cubre de sus abrazos,
él se seca y ella medra.

Y tratarme casamientos
es traerme a la memoria.
Camilo, mi antigua historia,
y renovar mis tormentos.

Esperando cada día,
con engaños, a Teodoro,
veinte años ha que le lloro.

(*Sale un PAJE.*)

PAJE. Aquí, a vuestra señoría
busca un griego mercader.

(*Sale TRISTÁN, vestido de armenio, con un turbante
graciosamente, y FURIO, con otro.*)

LUDOVICO. Di que entre.

TRISTÁN. Dadme esas manos,
y los cielos soberanos,
con su divino poder,
os den el mayor consuelo
que esperáis.

LUDOVICO. Bien seáis venido.

Mas ¿qué causa os ha traído
por este remoto suelo?

TRISTÁN. De Constantinopla vine
a Chipre; de ella, a Venecia,
con una nave cargada
de ricas telas de Persia.
Acordéme de una historia
que algunos pasos me cuesta,
y con deseo de ver
a Nápoles, ciudad bella,
mientras allá mis criados
van despachando las telas.
vine, como veis, aquí,
donde mis ojos confiesan
su grandeza y hermosura.

1.0. ...admiración y grandeza

1.1. ...es verdad

M. ...reñor, en tereña

...ader, y en su trato

...rancho y en la

...vender el clavo

...a terna de Arzobis

...un, en el hermo

...naturaleza

...de el

...en la tierra

ven, a la guta, en

...gente bien pue

...a de Mar

...de un ba, en g

...en Chac

1.1.1. ...a terna

1.1.2. ...a terna

...y en el

...en el

y una herma

1.1.3. ...a terna

...y en el

...en el

1.1.4. ...a terna

1.1.5. ...a terna

1.1.6. ...a terna

1.1.7. ...a terna

1.1.8. ...a terna

1.1.9. ...a terna

1.1.10. ...a terna

1.1.11. ...a terna

1.1.12. ...a terna

1.1.13. ...a terna

1.1.14. ...a terna

1.1.15. ...a terna

1.1.16. ...a terna

1.1.17. ...a terna

1.1.18. ...a terna

1.1.19. ...a terna

1.1.20. ...a terna

1.1.21. ...a terna

1.1.22. ...a terna

1.1.23. ...a terna

1.1.24. ...a terna

1.1.25. ...a terna

1.1.26. ...a terna

1.1.27. ...a terna

1.1.28. ...a terna

1.1.29. ...a terna

1.1.30. ...a terna

1.1.31. ...a terna

1.1.32. ...a terna

1.1.33. ...a terna

1.1.34. ...a terna

1.1.35. ...a terna

1.1.36. ...a terna

1.1.37. ...a terna

1.1.38. ...a terna

1.1.39. ...a terna

1.1.40. ...a terna

1.1.41. ...a terna

1.1.42. ...a terna

1.1.43. ...a terna

1.1.44. ...a terna

1.1.45. ...a terna

1.1.46. ...a terna

1.1.47. ...a terna

1.1.48. ...a terna

1.1.49. ...a terna

1.1.50. ...a terna

1.1.51. ...a terna

1.1.52. ...a terna

1.1.53. ...a terna

1.1.54. ...a terna

1.1.55. ...a terna

1.1.56. ...a terna

1.1.57. ...a terna

1.1.58. ...a terna

1.1.59. ...a terna

1.1.60. ...a terna

1.1.61. ...a terna

1.1.62. ...a terna

1.1.63. ...a terna

1.1.64. ...a terna

1.1.65. ...a terna

1.1.66. ...a terna

1.1.67. ...a terna

1.1.68. ...a terna

1.1.69. ...a terna

1.1.70. ...a terna

1.1.71. ...a terna

1.1.72. ...a terna

1.1.73. ...a terna

1.1.74. ...a terna

1.1.75. ...a terna

1.1.76. ...a terna

1.1.77. ...a terna

1.1.78. ...a terna

1.1.79. ...a terna

1.1.80. ...a terna

1.1.81. ...a terna

1.1.82. ...a terna

1.1.83. ...a terna

1.1.84. ...a terna

1.1.85. ...a terna

1.1.86. ...a terna

1.1.87. ...a terna

1.1.88. ...a terna

1.1.89. ...a terna

1.1.90. ...a terna

1.1.91. ...a terna

1.1.92. ...a terna

1.1.93. ...a terna

1.1.94. ...a terna

1.1.95. ...a terna

1.1.96. ...a terna

1.1.97. ...a terna

1.1.98. ...a terna

1.1.99. ...a terna

1.1.100. ...a terna

1.1.101. ...a terna

1.1.102. ...a terna

1.1.103. ...a terna

1.1.104. ...a terna

1.1.105. ...a terna

1.1.106. ...a terna

1.1.107. ...a terna

1.1.108. ...a terna

1.1.109. ...a terna

1.1.110. ...a terna

1.1.111. ...a terna

1.1.112. ...a terna

1.1.113. ...a terna

1.1.114. ...a terna

1.1.115. ...a terna

1.1.116. ...a terna

1.1.117. ...a terna

1.1.118. ...a terna

1.1.119. ...a terna

1.1.120. ...a terna

1.1.121. ...a terna

1.1.122. ...a terna

1.1.123. ...a terna

1.1.124. ...a terna

1.1.125. ...a terna

1.1.126. ...a terna

1.1.127. ...a terna

1.1.128. ...a terna

1.1.129. ...a terna

1.1.130. ...a terna

1.1.131. ...a terna

1.1.132. ...a terna

1.1.133. ...a terna

1.1.134. ...a terna

1.1.135. ...a terna

1.1.136. ...a terna

1.1.137. ...a terna

1.1.138. ...a terna

1.1.139. ...a terna

1.1.140. ...a terna

1.1.141. ...a terna

1.1.142. ...a terna

1.1.143. ...a terna

1.1.144. ...a terna

1.1.145. ...a terna

1.1.146. ...a terna

1.1.147. ...a terna

1.1.148. ...a terna

1.1.149. ...a terna

1.1.150. ...a terna

1.1.151. ...a terna

1.1.152. ...a terna

1.1.153. ...a terna

1.1.154. ...a terna

1.1.155. ...a terna

1.1.156. ...a terna

1.1.157. ...a terna

1.1.158. ...a terna

1.1.159. ...a terna

1.1.160. ...a terna

1.1.161. ...a terna

1.1.162. ...a terna

1.1.163. ...a terna

1.1.164. ...a terna

1.1.165. ...a terna

1.1.166. ...a terna

1.1.167. ...a terna

1.1.168. ...a terna

1.1.169. ...a terna

1.1.170. ...a terna

1.1.171. ...a terna

1.1.172. ...a terna

1.1.173. ...a terna

1.1.174. ...a terna

1.1.175. ...a terna

1.1.176. ...a terna

1.1.177. ...a terna

1.1.178. ...a terna

1.1.179. ...a terna

1.1.180. ...a terna

1.1.181. ...a terna

1.1.182. ...a terna

1.1.183. ...a terna

1.1.184. ...a terna

1.1.185. ...a terna

1.1.186. ...a terna

1.1.187. ...a terna

1.1.188. ...a terna

1.1.189. ...a terna

1.1.190. ...a terna

1.1.191. ...a terna

1.1.192. ...a terna

1.1.193. ...a terna

1.1.194. ...a terna

1.1.195. ...a terna

1.1.196. ...a terna

1.1.197. ...a terna

1.1.198. ...a terna

1.1.199. ...a terna

1.1.200. ...a terna

1.1.201. ...a terna

1.1.202. ...a terna

1.1.203. ...a terna

1.1.204. ...a terna

1.1.205. ...a terna

1.1.206. ...a terna

1.1.207. ...a terna

1.1.208. ...a terna

1.1.209. ...a terna

1.1.210. ...a terna

1.1.211. ...a terna

1.1.212. ...a terna

1.1.213. ...a terna

1.1.214. ...a terna

1.1.215. ...a terna

1.1.216. ...a terna

1.1.217. ...a terna

1.1.218. ...a terna

1.1.219. ...a terna

1.1.220. ...a terna

1.1.221. ...a terna

1.1.222. ...a terna

1.1.223. ...a terna

1.1.224. ...a terna

1.1.225. ...a terna

1.1.226. ...a terna

1.1.227. ...a terna

1.1.228. ...a terna

1.1.229. ...a terna

1.1.230. ...a terna

1.1.231. ...a terna

1.1.232. ...a terna

1.1.233. ...a terna

1.1.234. ...a terna

1.1.235. ...a terna

1.1.236. ...a terna

que es verdadera tu historia
en su regocijo nuestra.
¡Ay, hijo del alma mía,
tras tantos años de ausencia,
hallado para mi bien!
Camilo, ¿qué me aconsejas?

CAMILO. ¿Iré a verle y conocerle?
¿Eso dudas? ¿Parte, vuela,
y añade vida en sus brazos
a los años de tus penas.

LUDOVICO. Amigo, si quieres ir
conmigo, será más cierta
mi dicha; si descansar,
aquí aguardando te queda,
y dente, por tanto bien,
toda mi casa y hacienda,
que no puedo detenerme.

TRISTÁN. Yo dejé, pnesto que cerca,
ciertos diamantes que traigo,
y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí Mercaponios.

FURIO. Vamos, señor.

TRISTÁN. Bien se entrecas
el engaño.

FURIO. Muy bonis.

TRISTÁN. Andemis.

CAMILO. ¡Extraña lengua!

LUDOVICO. Vente, Camilo, tras mí.

(Váyanse el Conde y CAMILO.)

TRISTÁN. ¿Trasponen?

FURIO. El viejo vuela,
sin aguardar coche o gente.

TRISTÁN. ¿Cosa que esto verdad sea,
y que éste fuese Teodoro?

FURIO. Mas, si en mentira como ésta
hubiese alguna verdad...

TRISTÁN. Estas almalafas lleva,
que me importa desnudarme
por que ninguno me vea
de los que aquí me conocen.

FURIO. Desnuda presto.

TRISTÁN. ¡Que pueda
esto el amor de los hijos!

FURIO. ¿Adónde te aguardo?

TRISTÁN. Espera,

FURIO. Furio, en la choza del olmo.

FURIO. ¡Adiós!

(Váyase FURIO.)

TRISTÁN. ¿Qué tesoro llega
al ingenio? Aquí debajo
traigo la capa revuelta,

que como medio sotana
me la puse, porque hubiera
más lugar en el peligro
de dejar en una puerta,
con el armenio turbante,
los hopalandas gregüescas.

(Salen RICARDO y FEDERICO.)

FEDERICO.

Digo que es éste el matador valiente
que a Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO.

¡Ah, hidalgo! ¿Así se cumple entre la gente
que honor profesa y que opinión procura,
lo que se prometió tan fácilmente?

TRISTÁN.

Señor...

FEDERICO.

¿Somos nosotros, por ventura,
de los iguales vuestros?

TRISTÁN.

Si no oírme,
no es justo que mi culpa se confirme.

Yo estoy sirviendo al misero Teodoro,
que ha de morir por esta mano airada:
pero puede ofender vuestro decoro
públicamente ensangrentar mi espada.
Es la prudencia un celestial tesoro,
y fué de los antiguos celebrada
por única virtud; estén muy ciertos
que le pueden contar entre los muertos.

Estáse melancólico de día,
y de noche cerrado en su aposento;
que alguna cuidadosa fantasía
le debe de ocupar el pensamiento.
Déjenme a mí, que una mojada fría
pondrá silencio a su vital aliento,
y no se precipiten de esa suerte,
que yo sé cuándo le he dar la muerte.

FEDERICO.

Paréceme, Marqués, que el hombre acierta.
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.
No dudéis, matarále.

RICARDO.

Cosa es cierta.
Por muerto le contad.

y haber amado a Diaua,
lleva tu esperanza vana
sólo a procurar su olvido.

TEODORO. ¿Yo a Diana?

MARCELA. Niegas tarde,

Teodoro, el loco desco
con que perdido te veo
de atrevido y de cobarde.
Cobarde, en que ella se guarde
el respeto que se debe,
y atrevido, pues se atreve
tu bajeza a su valor,
que entre el honor y el amor
hay muchos montes de nieve.

Vengada quedo de ti,
aunque quedo enamorada,
porque olvidaré vengada,
que el amor olvida así.
Si te acordares de mí,
imagina que te olvido,
porque me quieras, que ha sido
siempre, porque suele hacer
que vuelva un hombre a querer,
pensar que es aborrecido.

TEODORO. ¿Qué de quimeras tan locas
para casarse con Fabio!

MARCELA. Tú me casas, que al agravio
de tu desdén me provocas.

(Sale FABIO.)

FABIO. Siendo las horas tan pocas
que aquí Teodoro ha de estar,
bien haces, Marcela, en dar
este descanso a tus ojos.

TEODORO. No te den celos enojos,
que han de pasar tanto mar.

FABIO. En fin, ¿te vas?

TRISTÁN. ¿No lo ves?

FABIO. Mi señora viene a verte.

(Salen la CONDESA, DOROTEA y ANARDA.)

DIANA. ¿Ya, Teodoro, de esta suerte?

TEODORO. Alas quisiera en los pies,
cuanto más, señora, espuelas.

DIANA. ¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

ANARDA. Todo está aprestado y junto.

FABIO. En fin, ¿se va?

MARCELA. ¿Y tú me celas?

DIANA. Oye aquí aparte.

TEODORO. Aquí estoy.

(Aparte los dos.)

A tu servicio.

DIANA. Teodoro,

tú te partes; yo te adoro.

TEODORO. Por tus crueldades me voy.

DIANA. Soy quien sabes, ¿qué he de ha-

TEODORO. ¿Lloras? [cer?

DIANA. No, que me ha caído
algo en los ojos.

TEODORO. ¿Si ha sido
amor?

DIANA. Si debe ser;
pero mucho antes cayó,
y agora salir querría.

TEODORO. Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.

Sin ella tengo de ir;
no hago al serviros falta,
porque hermosura tan alta
con almas se ha de servir.

¿Qué me mandáis? Porque yo
soy vuestro.

DIANA. ¡Qué triste día!

TEODORO. Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.

DIANA. ¿Lloras?

TEODORO. No; que me ha caído
algo, como a ti, en los ojos.

DIANA. Deben de ser mis enojos.

TEODORO. Eso debe de haber sido.

DIANA. Mil niñerías te he dado,
que en un baúl hallarás.

Perdona no pueda más.
Si le abrieres, ten cuidado
de decir, como a despojo-
de victoria tan tirana:

“¡Aquéstos puso Diana
con lágrimas de sus ojos!”

ANARDA. Perdidos los dos están.

DOROTEA. ¡Qué mal se encubre el amor!

ANARDA. Quedarse fuera mejor.

Manos y prendas se dan.

DOROTEA. Diana ha venido a ser
El perro del hortelano.

ANARDA. Tarde le toma la mano.

DOROTEA. O coma, o deje comer.

(Sale el CONDE LUDOVICO y CAMILO.)

LUDOVICO.

Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, a un hombre de mis años
para entrar de esta suerte a visitaros.

DIANA.

Señor Conde, ¿qué es esto?

señor Conde, dejéis aquí a Teodoro.
hasta que se reporte, y en buen hábito.
vaya a reconocerlos como hijo.
que no quiero que salga de mi casa
con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO.

Habláis como quien sois; tan cuerdamente.
Dejarle sientto por un breve instante.
Mas porque más rumor no se levante,
me iré, rogando a vuestra señoría
que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA.

Palabra os doy.

LUDOVICO.

Adiós, Teodoro mío.

TEODORO.

Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO.

Camilo.

venga la muerte agora.

CAMILO.

¿Qué gallardo

mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO.

Pensar poco

quiero este bien, por no volverme loco.

Váyase el Conde y lleguen todos los criados a TEODORO.)

FABIO. Danos a todos las manos.

ANARDA. Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA. Hacernos debes favor.

MARCELA. Los señores que son llanos
conquistan las voluntades.

Los brazos nos puedes dar.

DIANA. Apartaos; dadme lugar.

No le digáis necedades.

Déme vuestra señoría
las manos, señor Teodoro.

TEODORO. Agora esos pies adoro,

y sois más señora mía.

DIANA. Salios todos allá,
dejadme con él un poco.

MARCELA. ¿Qué dices, Fabio?

FABIO. Estoy loco.

DOROTEA. ¿Qué te parece?

ANARDA. Que ya

mi ama no querrá ser
El perro del hortelano.

DOROTEA. ¿Comerá ya?

ANARDA. Pues ¿no es llano?

DOROTEA. Pues reviente de comer.

(Váyanse los criados.)

DIANA. ¿No te vas a España?

TEODORO. ¿Yo?

DIANA. ¿No dice vueseñoría

“Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no”?

TEODORO. ¿Burlas de ver los favores
de la fortuna?

DIANA. Haz extremos.

TEODORO. Con igualdad nos tratemos,
como suelen los señores,
pues todos lo somos ya.

DIANA. Otro me parece.

TEODORO. Creo
que estás con menos deseo.
¿Pena el ser tu igual te da?
¿Quisiérasme tu criado?
Porque es costumbre de amor
querer que sea inferior
lo amado.

DIANA. Estás engañado,
porque agora serás mío,
y esta noche he de casarme
contigo.

TEODORO. ¿No hay más que darme?
Fortuna, tente.

DIANA. Confío
que no ha de haber en el mundo
tan venturosa mujer.
Vete a vestir.

TEODORO. Iré a ver
el mayorazgo que hoy fundo,
y este padre que me hallé,
sin saber cómo o por dónde.

DIANA. Pues, adiós, mi señor Conde.

TEODORO. Adiós, Condesa.

DIANA. Oye.

TEODORO. ¿Qué?

DIANA. ¿Qué? Pues ¿cómo a su señora
así responde un criado?

TEODORO. Está ya el juego trocado,
y soy yo el señor agora.

DIANA. Sepa que no me ha de dar
más celitos con Marcela,
aunque este golpe le duela.

TEODORO. No nos solemos bajar

(*Váyanse, y entre TEODORO.*)

TEODORO. Desde aquí te he visto hablar
con aquellos matadores.
TRISTÁN. Son los dos necios mayores
que tiene tan gran lugar.
Esta cadena me han dado,
mil escudos prometido
porque hoy te mate.
TEODORO. ¿Qué ha sido
esto que tienes trazado,
que estoy temblando, Tristán?
TRISTÁN. Si me oyeras hablar griego,
me dieras, Teodoro, luego,
más que estos locos me dan.
¿Por vida mía, que es cosa
fácil de greguecizar;
ello, en fin, no es más de hablar:
más era cosa donosa
los nombres que le decia:
Azteclas, Catiborratos,
Serpolitania, Jipatos,
Atecas, Filimoclia,
que esto debe de ser griego,
como ninguno lo entiende,
y, en fin, por griego se vende.
TEODORO. A mil pensamientos llevo
que me causan gran tristeza;
pues si se sabe este engaño,
no hay que esperar menos daño
que cortarme la cabeza.
TRISTÁN. ¿Agora sales con eso?
TEODORO. Demonio debes de ser.
TRISTÁN. Deja la suerte correr,
y espera el fin del suceso.
TEODORO. La Condesa viene aquí.
TRISTÁN. Yo me escondo, no me vea.

(*Salc la CONDESA.*)

DIANA. ¿No eres ido a ver tu padre,
Teodoro?
TEODORO. Una grave pena
me detiene, y, finalmente,
vuelvo a pedirte licencia
para proseguir mi intento
de ir a España.
DIANA. Si Marcela
te ha vuelto a tocar al arma,
muy justa disculpa sea.
TEODORO. ¿Yo Marcela?
DIANA. Pues ¿qué tienes?
TEODORO. No es cosa para ponerla

DIANA. desde mi boca a tu oído.
Habla, Teodoro, aunque sea
mil veces contra mi honor.
TEODORO. Tristán, a quien hoy pudiera
hacer el engaño estatuas,
la industria, versos, y Creta,
rendir laberintos, viendo
mi amor, mi eterna tristeza,
sabiendo que Ludovico
perdió un hijo, esta quimera
ha levantado conmigo,
que soy hijo de la tierra,
y no he conocido padre
más que mi ingenio, mis letras
y mi pluma. El Conde cree
que lo soy, y aunque pudiera
ser tu marido, y tener
tanta dicha y tal grandeza,
mi nobleza natural
que te engañe no me deja,
porque soy, naturalmente,
hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir a España
vuelvo a pedirte licencia,
que no quiero yo engañar
tu amor, tu sangre y tus prendas.
DIANA. Discreto y necio has andado:
discreto, en que tu nobleza
me has mostrado en declararte:
necio, en pensar que lo sea
en dejarme de casar,
pues he hallado a tu bajeza
el color que yo quería,
que el gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.
Yo me lle de casar contigo,
y porque Tristán no pueda
decir aqueste secreto,
hoy haré que cuando duerma
en este pozo de casa
le sepulten.
TRISTÁN. (*Detrás del paño.*) ¿Guarda afuera!
DIANA. ¿Quién habla aquí?
TRISTÁN. ¿Quién? Tristán,
que justamente se queja
de la ingratitud mayor
que de mujeres se cuenta,
pues siendo yo vuestro gozo,
aunque nunca yo lo fuera,
¿en el pozo me arrojáis?
DIANA. ¿Qué, lo has oído?
TRISTÁN. No creas

que me pesaras el cuerpo
 Draca. Vuelve.
 F. Que vuelva?
 Draca. Que vuelvas
 Por el donaire, te doy
 palabra de que no tengas
 mayor amiga en el mundo
 pero has de tener secreta
 esta invención, pues es tuya.
 F. Si me importa que lo sea
 no quiere que calle?
 F. Escucha
 Que gente y que gritos es esa?

ESCUCHA. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?
 ESCUCHA. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

R. Quieren acompañar
 a vuestro hijo.
 F. La bella
 No podrá acompañarlo
 que está sentada a la puerta
 Chispa, hija de Diana,
 una cordera te espera.
 Te lo voy a contar al dallo
 de la casa de la calle
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa

Draca. ¿Que está en la casa,
 que está en la casa,
 que está en la casa?

F. Hoy
 que está en la casa,
 que está en la casa,
 que está en la casa,
 que está en la casa,
 que está en la casa,
 que está en la casa,

F. Llego
 Ricardo. ¿Vas al parabrisa?
 Ricardo. Darle, señores, pudiera
 de la vida de Teodoro
 que ellos de la Condesa
 me hicieron que a este chardo
 diera sin esta cadena
 por matarle, mil condados.
 Haced que luego le prendan,
 que el encubierto lado n
 Teodoro. ¿Que no cretosa
 que él n quien a nuno
 detende.

R. ¿Pue? ¿Pue? ¿Pue? ¿Pue?

F. Me voy a por que tenga
 crema y el detender mi vida
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa

R. ¿Pue? ¿Pue? ¿Pue? ¿Pue?

F. Me voy a por que tenga
 crema y el detender mi vida
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa

F. Me voy a por que tenga
 crema y el detender mi vida
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa

F. Me voy a por que tenga
 crema y el detender mi vida
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa
 que está en la casa

FIN DE LA COMEDIA. ADVERTENCIA: "EL PERRO DEL
 HORTELANO"

COMEDIA FAMOSA

POR LA PUENTE, JUANA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

DON DIEGO, *galán*.
EL MARQUÉS DE VIL-
LENA.
DON FERNANDO.

BENITO, *labrador*.
ESTERAN, *gracioso*.
EL REGIDOR.
JUANA.

DOÑA ANTONIA, *dama*.
INÉS, *criada*.
CRIADOS.
MÚSICOS.

ACTO PRIMERO

(*Salen JUANA y BENITO.*)

BENITO. Templad, señora, el dolor,
que no estáis en tierra extraña.
JUANA. ¡Ay, huésped! Que no hay monta-
como una ausencia de amor. [ñã
donde el claro resplandor
del sol nunca ha hecho espejos
la plata de sus reflejos,
o donde la arena abrasa
a la soledad que pasa,
estar el alma tan lejos.

¡Triste de mí! Que el criado
que fué a buscar al ausente,
que os he dicho tiernamente
que es dueño de mi cuidado,
cobarde desesperado
no ha vuelto, y aunque temer
no pude venirme a ver
en más desdichas que estoy,
soy mujer y sola voy,
que basta decir mujer.

Desta forzosa partida
no me puedo arrepentir,
porque fué forzoso huir
para no perder la vida;
pero sola y afligida,
lejos de mi patria amada,
¿qué podré hacer, desdichada?;
que nunca mujer ninguna
venció su adversa fortuna,

de lo que quiso apartada.

Seguí a un noble caballero
con quien me pensé casar;
fuéme forzoso dejar
la patria, que agora espero.
Fíeme de un escudero
de mi casa, y no volvió;
el que amaba y se partió
no sabe que estoy aquí.
¡Mirad qué será de mí,
él huyendo, ausente yo!
Como dió el Emperador
al Rey francés libertad,
partirse en paz y amistad
de Madrid con tanto amor
me ha dado, huésped, temor
que no se fuese tras él
a Francia, aunque pienso que él
mejor con Carlos se iría,
donde esperan cada día
la portuguesa Isabel.

BENITO. Dicen que a Sevilla viene,
adonde se ha de casar.
Si allá le vais a esperar,
mucha paciencia os conviene.
Mi casa, Leonarda, tiene,
gracias a Dios, don estéis.
Mejor es que aquí esperéis,
que, pasando cada día
gente de la Andalucía,
nuevas de don Juan tendréis.
No os vais a perder así;
porque jamás la hermosa

ANTONIA. ¿Viene vuestra señoría con salud?

MARQUÉS. Quien llega a veros, muy mal podrá responderos, porque es la vuestra la mía.

ANTONIA. ¿No habláis. Esteban?

ESTEBAN. No tengo prosa de ausencia estudiada, y os hallo a vos bien tocada, con que muy contento vengo; que la mujer aquel día que no hay disgusto o desdén, se lleva en tocarse bien la salve y el alegría.

Quando no está el frontispicio de una mujer adornado, el moño bien asentado y cada cosa en su quicio: cuando es jasje de culebra a las diez de la mañana, o anda el diablo en Cantillana, o a la semana se quiebra.

MARQUÉS. No le ha quitado el humor la jornada de Sevilla.

ESTEBAN. Quién vió del Betis la orilla y a Carlos emperador casarse con Isabel, ¿qué contento no traerá?

MARQUÉS. ¿No preguntáis cómo está Fernando?

ANTONIA. Yo sabré dél más despacio la jornada. La vuestra quiero saber, si lo puedo merecer, por ausente y desvelada.

MARQUÉS. Ya sabes, hermosa Antonia, cómo fué preso el de Francia en Pavia, y remitido a Madrid, Corte de España. El ejército imperial, terror por estas batallas de los confines del mundo, glorioso yace en Italia. Yo, que venir a Toledo, adonde tengo mi casa, deseaba, como quien ha días que della falta, después que en su santa iglesia rendí las debidas gracias, vine a verte, hermosa Antonia, a quien en (1) ausencia larga

debes oírme, así vivas, estas amorosas ansias: en palacio largos días, tristes noches en la cama, y en cuidados siempre tristes, imaginaciones varias. Poco gusto con amigos, ninguno en fiestas y galas: desconfianzas de ausencias y temores de mudanza; faltas del bien que tenía, que toda la ausencia es faltas; pensamientos de tu olvido y memorias de tus gracias. Con esto pretendo, Antonia, supuesto que no me pagas, que conozcas que me debes, que para mis penas basta; porque a quien el bien desea, cualquiera breve esperanza, mientras dura, le da vida, y mientras vive, le engaña.

ANTONIA. En cuantas cosas como éstas dice vuestra señoría, ninguna como este día mentiras tan bien dispuestas: ansias, fatigas, temores, memorias y soledades, como son nuevas verdades quieren parecer amores.

Mas yo los conoceré en que le quiero pedir una merced, por decir que les di crédito y fe.

Un caballero leonés me pide que le reciba en su servicio.

MARQUÉS. Así viva, que puede ser el marqués, y yo su criado el día que sois vos quien lo ha mandado. Entre yo a ser su criado.

ANTONIA. ¿Qué discreta cortesía!

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO. Don Diego Pacheco está gran señor, a vuestros pies.

MARQUÉS. Si es Pacheco y es marqués yo puedo servirle ya.

Alzad del suelo. No a mí, pedid las manos a Antonia.

ANTONIA. ¡Jesús! Esta ceremonia no ha de permitirse aquí.

(1) Hartzenbusch enmendó "que al fin de".

ESTEBAN. Defender sienpre al amigo
y no ofendelle jamás.

DIEGO. Ahora bien: desde hoy os quiero
por maestro. A ver la casa
voy.

ESTEBAN. Por sus cimientos pasa
Tajo, humilde prisionero
de la casa de Villena.
del gran Pacheco y Girón.
De lo que es conversación,
no tengáis, don Diego, pena,
que yo soy lindo fistol,
y os enseñaré en Toledo
gustos que gocéis sin miedo,
claros como el mismo sol.
No doncellas, que después
dan burlas y piden veras;
que en habiendo zurcideras
engañarán a un francés.
No casadas; de sus brazos
para siempre me despido,
donde a un puntapié el marido
hace la puerta pedazos.
Viudazas; viudazas, si:
que debajo del decoro
monjil y diamantes y oro,
que no está el diŕtunto allí.
Verdad es que aquesta Inés
de doña Antonia me trae
sin seso, pero no cae
con el debido interés.
Y aunque el Marqués, mi señor,
gusta de mis desatinos,
el gastar por los caminos
ha menester más favor. [Juego.
Juega el hombre. Cuando hay
¿qué hacienda no se aventura?

DIEGO. Aquí la tiene segura,
siendo amigo de don Diego.

ESTEBAN. Soy su esclavo.

DIEGO. Pues conmigo
venga, y verá lo que pasa.

ESTEBAN. No habéis menester en casa
más que a Esteban para amigo.
Soy el alma del Marqués.

DIEGO. Pues temo que se condene.

ESTEBAN. No hará; que Villena tiene
llena el alma de quien es.

(*Vanse. Salen JUANA, de labradora, y BENITO.*)

BENITO.

Esta es, señora, la imperial Toledo

que el Tajo de cristal a sus pies viene,
y parece que en sombras se detiene.

JUANA.

No sé cómo este monte no se espanta
de sí mismo y mirar grandeza tanta,
en esa luna líquida que tiene
por grillos de sus pies.

BENITO.

De Cuenca viene
Tajo a prendelle con cadenas de oro.
Nunca su nombre illustre mudó el moro.
Es su iglesia mayor imagen viva
del cielo, que al gobierno sucesiva,
de Pedro reconoce solamente.

JUANA.

Sus damas, caballeros y su gente
me han obligado el gusto de manera
que en tan noble ciudad vivir quisiera,
aunque fuera sirviendo en este traje,
que ya no puede haber cosa que baje
mi fortuna a lugar más abatido.
Temo que un hombre bárbaro, ofendido,
me busque y halle, y si escondida quedo,
Benito, en este traje y en Toledo,
muy ajustado viene con mi intento,
teniendo con quietud gusto y contento.

BENITO.

El Regidor, que en nuestra aldea tiene
hacienda, me parece que os conviene.
Su hija doña Antonia es la más bella
dama de este lugar; si estáis con ella,
no os hará falta discreción ninguna.
Con esto burlaréis vuestra fortuna
y veréis un ingenio soberano.

JUANA.

No hubiera para mi remedio humano
como vivir donde decis agora,
y más si es tan discreta esa señora.
Vamos: sabré, señor, adonde vive,
que dichosa seré si me recibe.

BENITO.

Eso es muy fácil, porque me ha pedido
que le busque una moza labradora;
mas no podréis, porque me acuerdo agora
que había de lavar y amasar.

JUANA.

Digo

y a un principe tan gallardo
no le he mostrado afición.

Si vos me queréis, yo haré
que el Marqués no se disguste
de que os quiera, y antes guste
de que yo la mano os dé;
que de su grandeza sé
que ha de volver por mi honor.
Siempre fué casto su amor,
que son, donde no se alcanza,
principios de la esperanza
pensamientos de señor.

DIEGO.

Vos lo decís harto bien,
pero yo lo haría muy mal
si a dueño tan principal
le fuera traidor también;
y aunque no lo diga bien,
tengo, Antonia, por muy cierto
que tendrá el odio encubierto;
y señores con enojos,
más despiden con los ojos
que con rigor descubierto.

Hacer que el Marqués lo quiera
no tengo por imposible,
si él se promete posible
lo que por su boca espera;
quereldo, pues persevera
en amaros, que es rigor
casarle, si os tiene amor;
que no estará bien casado
marido que fué criado
donde hubo galán señor.

(*Vase. Salen el REGIDOR y JUANA.*)

REGIDOR. Pienso que te ha de agradar,
que yo lo estoy por extremo,
la criada que ha traído,
Antonia, nuestro casero.
Llegad, no estéis temerosa:
conoced a vuestro dueño.

JUANA. Dadme, señora, las manos.

ANTONIA. ¡Qué linda persona! Ciertó
que te agrada con razón.

BENITO. En toda la Sagra, creo
que no hay moza de su talle,
brío, limpieza y asco.

ANTONIA. ¿Cómo os llamáis?

JUANA. ¿Yo, señora?

ANTONIA. Vos, pues.

JUANA. A servicio vuestro,

Juana.

BENITO. Sí, señora: Juana,

que era mi padre su abuelo;
murió, y huérfana quedó:
a fe que viene de buenos.
Crióla el cura, su tío,
hasta grande, y los mancebos
del lugar son con las mozas
como los tordos, que en viendo
colorear, mal maduras,
las guindas, andan en celo
hasta que las dan picada,
si se descuidan los dueños.
Por eso la traigo acá.

ANTONIA. Hiciste como discreto,
que Juana es gallarda moza,
dispuesta y de lindo cuerpo.
¿Y el sobrenombre?

JUANA. De Illescas.

BENITO. Sí, señora; que su abuelo
se llamó Pedro de Illescas,
y Juan de Illescas, el viejo,
fué tío de Alonso Aguado;
que, señora, el parentesco
de los Illescas no es
la alcuña de mi abolengo.

ANTONIA. ¿Qué haciendas sabéis hacer?

JUANA. Las que por allá sabemos:
lavar, masar y hacer red.

ANTONIA. Del buen talle me contento;
regalar quiero a Benito.

REGIDOR. Y yo también darle quiero
un vestido que se ponga
las fiestas.

BENITO. Los pies le beso.

(*Vase ANTONIA y el REGIDOR.*)

JUANA. ¿Oye, tío? Traiga el arca.

BENITO. Al otro mercado vuelvo.

JUANA. Si allá viniere mi primo,
diga que estoy en Toledo.

(*Vase BENITO.*)

Sale la nave próspera y bizarra
de Flandes con inquietas banderolas,
y sin temor de caminar a solas,
las áncoras del puerto desamarra.

Entra en el golfo, deja atrás la barra,
el mar se altera y en dos horas solas
les deja el viento entre las pardas olas
como granizo helado o verde parra.

Mas siendo entonces su furor ensayos,
viendo que sale el sol y hay mar bonanza,

hallo amor. ¡Brava abundancia!
No pienso que hay en el mundo
otra cosa más usada.

Los retirados y graves,
¿de qué se admiran y espantan,
si ignoran cómo nacieron?

Es temeraria ignorancia:
así se conserva el mundo.)

ESTEBAN. ¿Quién es aquesta villana,
de tan lindo talle y brío?

INÉS. Salga fuera noramala
y no sea bachiller,
que es recién venida a casa.

ESTEBAN. Labradora de sentidos,
pespuntadora de entrañas,
ojos de brillante espejo,
que en mirando le retratas;
linda del cabello al pie:
honra ilustre de la Sagra,
por el delantal famosa,
y por el sayuelo hidalga,
¿labras vidas, o heredades?
Que pienso que tus pestañas
son agujas de tus ojos.

pues que con sus niñas labras.
Vuelve esa cara. ¡Ay, qué linda!
¡Vive Dios, que tiene estampa
de coger almas con queso,
como eres toda de nata!

INÉS. ¿Esto sufro?

JUANA. Diga, Inés,
¿es, también hijo de casa
este señor barbigolito?

ESTEBAN. ¿Esto le parece falta?
¿Es mejor cuatro bigotes
en cuyas espesas ramas
haya soto de conejos?
Porque yo no sé que valgan
más que para ser escobas,
barrer y regar la cara.

JUANA. Como yo vengo de Ollas,
no sé de Toledo nada.

INÉS. ¿Señor viene!

JUANA. A la cocina.

INÉS. Sube esa escalera, Juana.
ESTEBAN. Juana me ha muerto, señores;
reñi con ella sin armas.
¿Qué virotazo me ha dado!

(Vase.)

INÉS. ¡Ah, traidor! ¿Así me pagas
tanto amor, tanta amistad?

JUANA. Juana, ¿es ésta buena entrada?
No temas, Inés, que soy
un cuerpo que anda sin alma,
una cifra no entendida,
una escritura borrada:

una sombra que anda en pena,
y una pena en sombras tantas,
que sólo un sol que está ausente
puede, con su lumbré clara,
descifrarle y darle vida,
gloria, gusto y esperanza.
INÉS. No te entiendo.

JUANA. Ni es posible.

INÉS. Loca me pareces, Juana.

JUANA. Como yo vengo de Ollas,
no sé de Toledo nada.

ACTO SEGUNDO

(Sale DON DIEGO y el MARQUÉS.)

DIEGO.

Las fábulas de Ovidio a pensar llevo,
en lo que vienes refiriendo agora.

MARQUÉS.

Desde ese corredor mire, don Diego,
a Venus transformada en labradora;
parece el agua entre sus manos fuego,
baña el Tajo cristal y ella le dora:
que si a sus manos cándidas se atreve,
las doradas arenas vuelve nieve.

Muchas veces, don Diego, entretenido,
mirando el Tajo, que mi casa baña,
he visto damas, músicas he oído,
que es en Toledo la mejor de España;
pero en el instrumento referido,
la labradora, que sirena engaña,
con voz tan celestial cantó de suerte
que estatua de sus manos me convierte.

DIEGO.

Mujer de tales prendas y tal brío,
¿lava de la manera que refieres,
con instrumento tan helado y frío?
Me obliga a que presuma que la quieres.

MARQUÉS.

El talle, el aire, el gusto, el modo, el brío
dan sangre y calidad a las mujeres;
no hay en el gusto más razón que el gusto,

Nadando va mi tristeza,
por llegar a su alegría,
y nunca puede alcanzar
mis deseados despojos,
las olas de mis enojos
dicen que me han de anegar."

MARQUÉS. ¡Hay tal nadar y tal brío,
tales olas, tal donaire!

ESTEBAN. Si esto nada por el aire
con tales brazos y brío,
¿qué nadará por la tierra?

MARQUÉS. Quedaos vosotros aquí.

JUANA. ¡Hola! ¿Viene el Marqués?
INÉS. Sí.

ESTEBAN. Si él la tira, no la yerra.

MARQUÉS. Por el alto corredor,
de donde veo este río,
vi, labradora, ese brío,
que en dama fuera mejor.
Cuanto me agradaste allá
lo confirmé aquí, de suerte
que sin seso vengo a verte.

JUANA. Inés, burlándose está.

INÉS. Claro es eso.
MARQUÉS. Vete. Inés,

con mis criados un poco.

INÉS. Sí haré, que he visto aquel loco.
Juana, entretén al Marqués.

MARQUÉS. ¿Juana, en efeto, os llamáis?

JUANA. Para lo que le cumpliera.

MARQUÉS. Del nombre, Juana, se infiere
la gracia con que matáis;
porque al revolver la luz
de esos ojos, no hay despojos
que no maten vuestros ojos.

JUANA. Aténgome al arcabuz.

MARQUÉS. ¿Y de dónde sois?

JUANA. No sé
si se lo diga.

MARQUÉS. Decid.

JUANA. Al gigante de David
quite vuestro la ge.

MARQUÉS. ¿De Ollas sois?

JUANA. Acertó.

MARQUÉS. ¿Han vido? ¿Quién se lo dijo?
Amor, que en tus ojos fijo,
luz de tu patria me dió.

Puede ser que la belleza
supla un rudo entendimiento.
(De que me agrada me afrento,
que es en un noble bajeza.)

JUANA. Quedo, quedo, que no es tanta
la ignorancia.

MARQUÉS. ¿De qué modo?

JUANA. Bien, señor, lo alcanzo todo,
y la corte a nadie espanta.

Yo no volviera por mí,
como vuestra ofensa fuera
del entendimiento afuera:
por mi entendimiento, sí.

El exterior (1) aposento
afrenta quien le desalma;
y así, es volver por el alma
defender mi entendimiento.

MARQUÉS. ¿Cómo hablaste rudamente,
y agora con discreción.
pues ya tus palabras son
en estilo diferente?

JUANA. Soy de un lugar rudo parto;
pero para juegos breves
tengo...

MARQUÉS. ¿Qué?

JUANA. Dos treinta y nueve,
y el que yo quiero descarto.

MARQUÉS. No es mala la fulleria.
¿De suerte que el juego entablas
en dos lenguas y en dos hablas?

JUANA. Como me sucede al día (2),
que en cierto mal importuno,
aunque no es para villanas;
tengo el gusto con cuartanas,
huelgo dos y callo el uno.

MARQUÉS. No sé si puedo entender,
de tu estilo y tu presencia,
que es segura tu inocencia.

JUANA. Pues ¿en qué lo echáis de ver?

MARQUÉS. Ahora bien: espera aquí.

JUANA. ¡Esto me faltaba agora!

MARQUÉS. Don Diego, esta labradora
me tiene fuera de mí.

Háblala y di que me vea,
que quiero mudarla el traje.
Tú, Inés, vete, y ese paje
viento de sus pasos sea.

Esto, sin réplica.

INÉS. Adiós.

MARQUÉS. No le digas a tu ama
palabra.

INÉS. ¡Qué mala fama
tenemos!

MARQUÉS. Hablad los dos.

(Vansc.)

(1) Hartzenbusch corrigió "interior".

(2) Hartzenbusch: "Me sucede como haría".

que pasando el mar Europa,
entre canción y canción
acepillaba la ropa
con el dichoso jabón.

Las manos, de blancas natas,
de lavar y ser ingratas,
no se quejaban a Inés,
viendo que estaban los pies
en el río y sin zapatas.

El agua, en cercos y enredos,
se los lava y se los besa,
y como se estaban quedos,
¡quién fuera arena traviesa
que le anduviera en los dedos!

Juana, el rostro levantando,
miróme y fuime acercando,
de suerte que mi intención
dije con el corazón,
y díjela suspirando.

Tú, pues, que mi muerte tratas
con tus ojos homicidas,
con que el alma me arrebatas,
di, Juana, ¿por qué me olvidas?;
di, Juana, ¿por qué me matas?

JUANA.

Esteban, yo soy amiga
de Inés, y no es bien se diga
que le he sido desleal;
mira que le pagas mal
lo que te quiere y te obliga.

Vete a servir a tu dueño,
que de no hacerla traición
mi palabra y fe te empeño,
y, fuera desta ocasión,
otro amor me quita el sueño.

Cojo la ropa, y adiós.

(*Vase JUANA.*)

ESTEBAN.

¡Juana, Juana! ¡Mala tos
te la quite! Fuentes, ríos,
ayudad mis desvarios,
que quiero quejarme en vos.
¡Ea, ninfas de Helicon!,
hoy tenéis nueva corona
de laurel, que en vuestro polo
muere amando un paje Apolo
por una Dafne fregona.

(*Vase. Salen ANTONIA y DON FERNANDO.*)

ANTONIA.

¿De esa manera lo dices?

¿Tú eres hombre de valor?

FERNANDO.

Prueba, Antonia, que es amor,
porque no te escandalices.

ANTONIA.

Sí; pero un hombre, Fernando,

de tu obligación es justo
que ponga en sujeto, el gusto,
digno de sus ojos.

FERNANDO.

Cuando
viene amor por accidente,
no se le da a la elección
voto, como en la razón,
que es calidad diferente:

y, Antonia, yo me resuelvo
en que me muero por Juana.
Tienes alma tan tirana,
que las espaldas te vuelvo.

(*Vase.*)

FERNANDO.

No digas tal que es locura;
aunque ya tan necia vienes,
que puedo pensar que tienes
envidia de su hermosura.

(*Sale DON DIEGO.*)

DIEGO.

En vuestra busca, Fernando,
vengo con grande contento.

FERNANDO.

Pedidme albricias a mí,
pues que mi gusto es el vuestro.
Diego. Hallé una joya perdida.

DIEGO.

FERNANDO.

Por muchos años y buenos.
Pues venis con tanto gusto,
no era de pequeño precio.
Era un hermoso diamante;
sortija de un casamiento
que podrá ser que algún día...

FERNANDO.

Enseñádmelo.

DIEGO.

No puedo,
que le he dejado a guardar;
mas enseñarle prometo.
¿Qué haciais?

FERNANDO.

Aquí estaba
dando esperanzas al viento
y riñendo con mi hermana.
Diego. Son diferentes efetos.
FERNANDO. Quiero enseñaros la causa.
Juana.

DIEGO.

FERNANDO.

(*Sale JUANA.*)

JUANA.

Señor.

FERNANDO.

Dadme luego
un jarro de agua; las manos
manché de tinta escribiendo.
Juana. Voy por fuente, agua y toalla.

JUANA.

(*Vase.*)

FERNANDO.

¿Qué os dicen mis pensamientos?
¿Ríñeme bien doña Antonia?

Tiene de diamante el pecho;
tiene de mármol el alma;
tiene el corazón de acero.

DIEGO. Pues yo pensé que os quería.
FERNANDO. Vamos, y os iré diciendo
los lances que me han pasado.
DIEGO. Muriéndome voy de celos.

(*Vanse, y queda JUANA.*)

JUANA.

Cuando el sujeto que se quiere y ama
muestra tibieza y vive sin cuidado,
es darle celos la razón de estado
de amor que más provoca, incita y llama.

Canta con celos en la verde rama
del olmo el ruiseñor, que vió en el prado
a quien sigue su prenda enamorado,
y más cuando ella finge que desama.

Contenta estoy con poca diligencia
en ver que despertaron mis desvelos
al dueño de mi amor, por competencia.

Muera a cuidados; mátenle recelos;
porque cuando hay tibieza por ausencia
el remedio mejor es darle celos.

(*Sale ANTONIA.*)

ANTONIA. Huélgome de hallarte aquí;
que a solas hablar deseo
contigo.

JUANA. Que tienes creo
la satisfacción de mí
que siempre te merecí.

ANTONIA. La satisfacción me obliga
a que mi pasión te diga.
Escúchame, Juana.

JUANA. Escucho.

ANTONIA. El amor me obliga mucho.

JUANA. Tu criada soy y amiga.

ANTONIA. Quiero un secreto pedirte.

JUANA. Aquí a tu servicio estoy.

ANTONIA. Tengo un mal, Juana, en que doy,
difícil de persuadirte (1)
que es un infierno de fuego.

¿Conoces este don Diego,
amigo de don Fernando?

JUANA. Agora estaban hablando
los dos, y se fueron luego.

ANTONIA. Ese, de cuanto hay en mí
es dueño que adoro y quiero.

JUANA. ¡Ah, celos, qué mal agüero
fué alabarme de que os di!

ANTONIA. Agora (1) has de hacer por mí.
¿Sabes su casa?

JUANA. ¿No es
en la casa del Marqués?
¡Ay, ingrato dueño mío! (*Ap.*)
Que es la que cae hacia el río,
adonde me lleva Inés.

ANTONIA. Es casa tan conocida,
que no la puedes errar.
Un papel le has de llevar,
Juana, que le va la vida
a mi esperanza perdida.

JUANA. ¿A quién, señora?
ANTONIA. A don Diego.

JUANA. Pensé que al Marqués.
ANTONIA. Y luego,
de mi parte le dirás...

JUANA. Basta; no me digas más.

ANTONIA. Esto, mi Juana, te ruego.

JUANA. Eso, mi ama, haré yo
(aunque de muy mala gana).
ANTONIA. Pues entra, y daréte, Juana,
el papel.

(*Vanse ANTONIA.*)

JUANA. ¡Qué presto halló
castigo quien se burló!
Paciencia para sufriros,
amor. ¡Ay, tristes suspiros!
Celos, no costéis tan caros,
que cuanto me agrada el daros
me entristece el recibiros.

(*Vase. Sale el MARQUÉS y DON DIEGO.*)

MARQUÉS. ¡Buena respuesta has traído!

DIEGO. No he visto tal condición.

MARQUÉS. Siempre esta resolución
gente rústica ha tenido.

DIEGO. Con sus iguales se entienden;
que indignas de prendas tales,
de los hombres principales
bravamente se defienden.

Tus razones la cansaron;
tus promesas la ofendieron;
tus dádivas no rindieron,
ni tus dichas alcanzaron.

Finalmente, he sospechado
que vencer esta mujer

(1) Falta un verso a esta quintilla.

(1) Quizá deba decir "Aquesto".

mas difícil ha de ser
que romper un monte helado

MARQUES. Mira, don Diego: quien ama
no se ha de cansar tan presto

DIEGO. Antes bien, a un pecho honesto
obliga cuando desama

MARQUES. Si aquesta mujer me amara
al instante que me viera,
por mucho que la quisiera
por mujer vil la dejara

Vuelve a hablarla, que rogando
y prometiendo ha de ser
conquistar una mujer:

que no huyendo y despreciando

Hablala de parte mia,

y no te canses de hablar,

que no se ha de conquistar
una mujer en un día

Rate

DIEGO. ¿Por que de partes me asalta
la fortuna? Qué paciencia
ha de tener mi prudencia
o que desdicha me talta?

Si no es dejando esta tierra,
como he de poder vivir?

Pienso que he de proseguir
de Carlo Quinto la guerra.

Pa'irme a Italia es mejor,
que tan naldos va en España
Ni padre, ni me a compañía
en cualquiera parte amor

Perdóname solo consiente
que me consiente a cobrar

JUANA. De mi te he estado en llevar
a mi enemigo presente

¿Que esté solo y en tal puesto?

Ma' burla el amor conmigo
que no le se halla un amigo,
y un enemigo que presta?

DIEGO. ¿Que me dices?

JUANA. Que me dices, que te dices

DIEGO. Que me dices, que te dices

JUANA. Que me dices, que te dices

DIEGO. Que me dices, que te dices

que me dices, que te dices
que me dices, que te dices

JUANA. Que me dices, que te dices

DIEGO. Que me dices, que te dices
que me dices, que te dices

JUANA

Este papel te dirá
si vengo a buscarte a ti
¿Papel para mí? De quien?
De tu dama

DIEGO

JUANA

DIEGO

Tú lo eras,
antes que a buscar vinieras
a quien te obliga tan bien

Dejémonos de porfias

Toma el papel.

JUANA

DIEGO

JUANA

DIEGO

¿Tienes seso?

Toma y responde

Confieso
las obligaciones mías.

Pero en poniendo los pies
adonde estas, se acabaron,
pues, en efeto, buscaron
livianamente al Marques.

¿Que presto que te mudaste?

Yo debía hacerlo así,
pues para venir aquí
a doña Antonia burlaste

Yo aseguro que dirias
que traerias el papel,
para negociar con él
lo que para ti querias

Y aun le harias escribir
lo que ella no imaginaba
porque si al Marques amaba
pudiera tu amor decir

que a un tiempo engañaba a tres
y aun a cuatro, pues amando
tu engañabas a Fernando,
a mi, a Antonia y al Marques.

Ha dicho vuesa merced?

JUANA

DIEGO

JUANA

Poco para tal traicion
Pues ora, por caridad
pues calle mientras hablo

DIEGO

JUANA

Yo que tengo que escribir
¿Que malas senales son
el meter el pinto a veces?

Calle, pues callaba y
Doña Antonia mi señora
me ha contado la accion

que vuesa merced la olvida
por el Marques, su señor
Como la puse en llegando
a Toledo y que los dos

se hablan en algunas veces
en dulce conversacion
Pero que despues, sirviendo,
el respeto le guardo

que debe un buen casadero
que non sabe mentir non"

Si es vuesa merced marqués,
pues por él le dejo yo,
este marqués he buscado,
éste fué a quien tuve amor,
y éste es a quien ya no quiero;
y así con gran devoción,
le hago una reverencia,
dejo el papel, y me voy.
Si le he dado pesadumbre,
diga, dándome perdón:
"Mensajero sois, amigo:
non merecéis culpa, non."
Tente, escucha.

DIEGO.

JUANA.

¿Que me tenga?
Déjeme ir, que por Dios
que es poca el agua del Tajo
para que lave su error.

DIEGO.

JUANA.

DIEGO.

JUANA.

Oye, Isabel.
¿Qué Isabel?

La que adoro.

Juana soy.

Suélteme.

Tente.

El vestido
que mi desdicha me dió.

(Sale el MARQUÉS.)

MARQUÉS.

DIEGO.

¿Qué es esto?
Que no hay remedio
que te quiera esta mujer.
Demonio debe de ser.

JUANA.

A no estar vos de por medio,
nos matábamos aquí
como cochinos. ¡Pardiez!

MARQUÉS.

JUANA.

¿Tú en mi casa?
Alguna vez
este corredor subí.

Y no he tenido advertencia
de entrar acá, hasta que agora
el mandallo mi señora
me dió ocasión y licencia.

Vengo a buscar a Fernando,
que le queremos cortar
unas camisas; y al dar
el primer paso, temblando,

sale estotro escuderon
y dice que yo he de ser
vuestra mujer. ¡Qué mujer!

Las de mi patria no son
mujeres para Girones,
ni Villenas ni Pachecos,
son de Illescas y Mazuecos.

Toribios, Sanchos y Antones.

Quédese, señor, con Dios;
que el escudero algún día
me pagará la porfía
que hemos tenido los dos.

Yo le cogeré en mi casa.

DIEGO.

Pues yo, ¿qué ofensa te he hecho?

Bien sabes, Juana, mi pecho.

JUANA.

Ya sé todo lo que pasa.

MARQUÉS.

Juana, yo estimo tu honor.
Si don Diego te habló en mí,
la culpa tuve, que fui
quien le declaró mi amor.

Entra, que quiero mostrarte
mi casa, y darte un regalo.

JUANA.

A fe, que no fuera malo
dar celos a Durandarte;

pero soy mujer de bien,

y por esto me voy luego.

MARQUÉS.

DIEGO.

JUANA.

Tente, deténla, don Diego.

Tente, escucha.

¿Vos también?

Pues por vos me voy mejor.

DIEGO.

JUANA.

MARQUÉS.

Oye una palabra, Juana.

¿Vos a mí?

Fuerte villana;
ya es tema lo que fué amor.

(Vanse. Salen ANTONIA y ESTEBAN.)

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

Tanto olvido en el Marqués
no debe de ser sin causa.

Con esta joya me envía.

Así todos me olvidaran.

Memoria quiero y no joyas.

Desa manera se llaman.

El que regala, se acuerda;

el que olvida no regala.

¿No ver ni hablar es regalo?

Como a mí me regalaran,

más que nunca me quisieran.

Pedir al galán la dama

algo de su gusto es cosa

que obliga a servirla y darla.

Sí; que una dama, a un galán

que truchas le presentaba,

le pidió un trucho una vez

diciendo que le cansaban

las truchas hembras; y el triste

anduvo cuatro semanas

buscando un trucho varón.

¿Y hallólo?

Dos trujo en agua.

- ... que me guardasen
perque despues en la casa
del macho conoiera
viendo la trucha prenatal
ter... que me quieres dar
y conturete la causa
del descenso del Marque
Una cadencia mañana
ESTEBAN ¿Mañana?
ANTONIA Pues es muy tarde?
ESTEBAN No, Antonia, mas pues aguardas
a mañana, yo tambien
quiero aguardar a mañana
- Pase
- ANTONIA ¿Fundo bellacon te has hecho?
Ines Ines!
- Sale Ines
- INES ¿Que me mandas?
ANTONIA Vase Juana?
INES Ya ha venido
ANTONIA Que hay de mis suenos Juana
- Sale Juana
- JUANA Mala, nueva
ANTONIA Como así
JUANA Halle a quel hombre en la sala
di el papel, tomé el papel
y con la primera palabra
crucé la carta a las letras
ANTONIA Como? A las letras la carta?
JUANA Regándole en mal pedazo
y diciendo: "Si vuestra ama
petra, viene a la guerra
que tays y merced tanta
como me hizo el Marque
con trahicion, que se pagen
Hoy me ha dado mil combi-
naciones, qué me hayar
los del... y no es de or-
que sale el peso de plata
Comete me despedi
per... de... de... a la
Cuando... y no es de or-
total... a ha que... hallar
SILVIO No tiene con hombre
JUANA ¿Ese que?
ANTONIA ¿Quieres con hombre na-
que no es a ha... libertades
... en el alma
Pase
- JUANA ¿Que dices de questo, Ines?
INES ¿Que quieres que diga Juana?
JUANA Dichoso es este don Diego
Todas le quieren.
INES Bien basta
por ejemplo doña Antonia
JUANA ¿Ay, quien de ti se trata?
INES Tienes tu, Juana, tambien
tu poco de amor?
JUANA Estaba
segura, y diéronme celos
¿Que mala pedrada
¡Mala!
Yo tengo celos de mis ojos
dos vestidos en el arca
y quiero que los saquen
porque me di en que bajar
estas tardes a la Vega
muchos galanes y dama
Allí quiero ver mis celos,
¿tu sabra quien los causa
sobra tu mi pensamiento
¿Y sabre quien me mata
Pero esto con gran secreto
En razon de secretaria
¿Y dices que asar entro
seis noche bosque y montaña
seis poltre humide que asiste
a donde señores habian
Seis libro que no se vende
que es la cosa que mas calla
y, para decirlo en breve
seis necesidad honrada
Pues tomaremos dos mantos
con ricas ropas y saras
que quiero ver un secreto,
y el que dice me a... impaña
Esta segura de mi
JUANA Quiero ver si un hombre habla
con una mujer que tem-
... fuego
JUANA Sacame el alma
- ACTO TERCERO
- Sale Ines y Juana
- INES ¿Que hay de la Vega de Toledo Juana
JUANA Juana, para bien las arde

No acabo de mirarte y de admirarte.
¡Qué lindo talle y qué persona tienes!

JUANA.

Cuando me muero yo, ¿de burlas vienes?
¡Ay, Inés; esto hacen galas y oro!
No hay cosa que les dé mayor decoro
que vestir ricamente a las mujeres.
Cuando estas graves y danazas vieres,
atribuye a las galas la hermosura.

INÉS.

Si ellas no tienen la primer ventura,
que es el nacer hermosas, no lo creas.
por más diamantes que en sus cuellos veas.
¿Es posible que tú villana fuiste?

JUANA.

Tú misma ahora, Inés, te respondiste.
Pues ¿yo te he parecido gran señora
con las galas, naciendo labradora?

INÉS.

Mi ama es ésta, cúbrete.

JUANA.

No acierto;
que es de mis celos la ocasión advierto.

(Sale Doña ANTONIA y una CRIADA.)

ANTONIA.

Aquí quiero sentarme; que esta tarde
hace la Vega su vistoso alarde
de la hermosura y galas de Toledo.

JUANA.

Inés, que nos conozcan tengo miedo.

INÉS.

Pues no lo tengas, porque estás de suerte
que yo me admiro cuando llego a verte.

CRIADA.

Bellas damas. Parecen forasteras.

ANTONIA.

¡Ah, señoras hermosas!

INÉS.

¿Qué te alteras?

ANTONIA.

¿Quiéremos dar de tanto sol un rayo?

JUANA.

Vuesa merced lo pida al mes de mayo.

ANTONIA.

¿Son de Toledo?

JUANA.

¿Para qué le importa?

ANTONIA.

¿Qué bravos filos! ¡Bravamente corta!

JUANA.

Pues advierta que somos sevillanas.

ANTONIA.

Quite dos letras, y serán villanas.

JUANA.

¿Si nos ha conocido?

INÉS.

Calla, necia.

JUANA.

Y ella, que tanto del valor se precia,
enséñenos la cara, por su vida,
porque viene muy larga y mal prendida.

ANTONIA.

Esa culpa será de las criadas.

JUANA.

¿Criadas tiene?

ANTONIA.

Muchas; tan honradas
que pueden ser sus amas.

JUANA.

No lo crea,
y mire ese galán que la pasea.

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO.

Al campo saco las tristezas mías
por ver si las venciese en desafío.

JUANA.

Inés, éste es aquel ingrato mío.

INÉS.

¿Luego don Diego fué quien te dió celos?

y tan desiguales son,
que son señora y criada.

MARQUÉS. Por Díos, que estáis engañada.

JUANA. Pero tenéis condición
de señor, que harto y cansado
de la perdiz, apetece
la vaca; y así parece
que os da doña Antonia enfado,
y Juana os regala el gusto.

MARQUÉS. ¡Vive Díos que he de saber
quién eres!

JUANA. Una mujer.
Hacerme fuerza no es justo.

ESTEBAN. Oye, señora tapada,
menos desdenes.

INÉS. Ataje
la manopla, señor paje,
o habrá cox y bofetada.

ESTEBAN. Eres haca, que no creo
que eres mujer; pero advierte
que soy paje de alta suerte,
y que en señoras me empleo.
No tuve sarna en mi vida,
ni he tomado punto a media.

INÉS. Bien la condición remedia;
que desde Adán procedida
tienen sarna original.

ESTEBAN. ¡Vive Díos que te he de ver!

INÉS. Mire que hay una mujer
que no le ha querido mal,
y no quiero que me arañe.

ESTEBAN. ¿Qué importa, si la aborrezco?

(Descúbrese INÉS.)

INÉS. Pnes yo soy, y quien merezco.
perro, que tu amor me engañe.

ESTEBAN. ¡Vive el cielo, que es Inés!
¿Hay tal cosa? ¡Tente, para!

INÉS. No pienso dejarte cara.

MARQUÉS. ¿Qué es eso, Esteban? ¿Quién es?

ESTEBAN. Inés, señor, disfrazada.

MARQUÉS. ¿Y tú, quién eres, mujer?

JUANA. Si Inés se ha dejado ver,
¿de qué sirve estar tapada?
Juana soy. Cáteme aquí.

MARQUÉS. ¿Qué dices? ¿Hay cosa igual?
¡Ay, donaire celestial,
a matar sales aquí!
¿Tú eres labradora?

JUANA. Pues
anda acá, Inés, no nos riñan.

MARQUÉS. ¿Desta manera se alían
villanas?

JUANA. Anda acá, Inés.

MARQUÉS. Espera: en mi coche irás.

JUANA. ¿Qué coche, ni qué cochino?
¿Queréis torcer el camino,
ya me entendéis lo demás,
y zamparme en vuestra casa?

INÉS. Vamos, Juana.

JUANA. Inés, camina.

(Vanse JUANA e INÉS.)

MARQUÉS. Labradora peregrina,
si tosco sayal me abrasa.
¿qué sirven almas de seda?
¿Has visto, Esteban, mujer
más bella?

ESTEBAN. No puede ser
que ser más hermosa pueda.

MARQUÉS. ¿Hay tan notable invención
de enamorar y matar?

ESTEBAN. ¡Que no puedas conquistar
su villana condición!

MARQUÉS. Si enamorarme pretende
desta suerte, ¿qué he de hacer?
Algo hay en esta mujer
que se mira y no se entiende.

(Vase. Salen ANTONIA y DON DIEGO.)

ANTONIA. Del haberme acompañado
estoy muy agradecida
de mi esperanza perdida,
por el engaño pasado.

DIEGO. No hay amor desengañado
que quiera más, si no alcanza
a entretener la esperanza.
con que me obliga a creer
que no hay distancia en mujer
del amor a la mudanza.

Pues para no ser ingrato
a la merced que me hacéis,
pedid licencia al Marqués,
y veréis que no dilato
el casarme, siendo ingrato
al favor que me otorgáis;
que si licencia alcanzáis,
al mismo punto veréis
que la posesión tenéis,
sin que esperanza tengáis.

(Vase.)

ANTONIA. Perdida esperanza mía,
¡albricias, que ya os hallé!

LA JUANA

JUANA Cuando don Diego se fue
¿quedas con tanta alegría?
Que habéis tratado los dos?

ANTONIA ¡Ay, Juana! Mi casamiento

JUANA Muy gusto fue tu content
yo se lo pediré a Dios

ANTONIA Yo te prometo casar
con un oficial honrado

JUANA En fin, queda concertado

ANTONIA No falta mas de tratar
mi dicha con el Marques
yo le voy a hablar, que es justo
que esto sea con su gusto
lo demas sabrás despues

FADE

JUANA Aquí se acabo mi vida
aquí dio fin mi tragedia
aquí en sombra mi esperanza
con triste luto y sangrienta,
dio fin al acto postrero
no hay que aguardar, pues va que
teñe abrasado el teatro y fuma
y la campaña desierta

Aquí fue Troya, aquí mi suerte ordena
que tenga vida y su para mi pena

¡Oh, cuanta vece amor

te dije yo que tuviera

mas respeto a la razon!

Ma, tu, que raz n te pete

¡Quen diera que don Juan

pagat pagat pudiera

tan grandes obagacion

tant amor, tantas fineza

¡Ah, nunca vos te amara ni te viera
alma de marmol, corazon de piedra!

Que hulemos de hacer. Muere

y no aguardar a que vean

mas por lo que va saben

pues sea mi muerte auerica

¡Volvere a la patria

No, que has vengancia en ella

de quien trate con despues

por amar qu en me de proa

¡Ah, cruel! ¡Quen podra tener paciencia
Que en infinito amor no hay resistencia

LA JUANA

FIN

De que dices, Juana

JUANA

De desdichas. Ines, adios te queda
que puesto que villana
cubre to se, sava! alma de seda
Yo voy por mis vestidos
por llevar los que ve fueron fingidos

INES

Adonde vas. Detente

JUANA

Por la puente de Alcántara a esas peñas
desesperadamente

INES

En tristeza me voy por las señas
Má que pareces eres

JUANA

¡Ay, hombres, deshonor de las mujeres!
Pues ¿cual no fuera buena,
si to nos encontrarán el lado

INES

Dime, por Dios, tu pena

JUANA

No quieras mas de que mi historia ha sido
como a Babilonia

Don Diego se ha casado con Antonia

INES

Casado

JUANA

¡Ah, en el rey

¡Bueno de tratar! ¡a que tu tarde

Venme, como no fi

le m... no paciencia tan obardo

¡Que aguardo, fuego, fuego!

¡Ah, que se ha casado con don Diego

INES

INES

¡Que se desesperada

VA. VA. VA.

VA. VA. VA.

¡Que se está. Dime, Ines

INES

¡Agua, agua

¡Que se está. ¡Agua, agua

¡Que se está. ¡Agua, agua

ANTONIA.

¿Cómo celosa?

INÉS.

Juana

está sin seso desde ayer mañana.

Sin duda no es grosera,
con el traje que trae de labradora;
que tener no pudiera
tales vestidos, a no ser señora,
de que iba ayer cargada
y anduvo por la Vega disfrazada.

Celos son de don Diego,
porque hoy en la Vega le has hablado.

ANTONIA.

Agora sí que llego
a creer el respeto mal guardado;
mil sospechas tenía:
tal vez me hablaba bien, y tal fingía.

¡Que no la detuvieras!

INÉS.

Agora sale: síganla, ¿qué esperas?

ANTONIA.

¿Qué haré?

INÉS.

Que consideres...

ANTONIA.

¡Qué cobardes nacimos las mujeres!
¿Si se va con don Diego?

INÉS.

¿Pues eso dudas?

ANTONIA.

Siempre amor es ciego.

Sólo para engañarme
trató del casamiento: todo ha sido,
con palabras, burlarme.

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO.

¿Qué es esto, doña Antonia?

ANTONIA.

Que se ha ido

la infame labradora,
y mis vestidos se ha llevado agora.

FERNANDO.

¿Juana con malas manos,
teniéndolas tan buenas?

INÉS.

¡Linda fienra!

FERNANDO.

Pensamientos villanos;
que diera yo, para vencer su tema,
más joyas que ha llevado,
sólo porque escuchase mi cuidado.

Pienso que solamente
pudiera ser bastante esta bajeza
para que el fuego ardiente
que ha encendido en mi pecho su belleza
sus rigores templara.

¿Tan malas manos con tan linda cara?

ANTONIA.

Mientras que das al viento
exclamaciones vanas y amorosas,
seguirla quiero.

FERNANDO.

Intento

que se ajuste a mis penas, tan forzosas,
que pienso que la lleva
un falso amigo que no sale a prueba.

ANTONIA.

Yo quiero acompañarte.

INÉS.

Sin duda que los dos pasan la puente.

ANTONIA.

Daré a mi padre parte.

FERNANDO.

De ninguna manera. Brevemente
saquen el coche, hermana.

ANTONIA.

¡Ay, ingrato don Diego!

FERNANDO.

¡Ay, bella Juana!

(Táncese. Salen el MARQUÉS, DON DIEGO, ESTEBAN y los MÚSICOS.)

MARQUÉS. Llegue la barca a la orilla.

DIEGO. Ya va llegando la barca.

MARQUÉS. A la isla pasar quiero,
que el Tajo aprisiona en plata.
¿Los músicos?

DIEGO. Ya han venido.

Y porque vuelve la barca
por don Pedro y no ha venido,
dadme licencia que vaya
a ver estos desposorios.

ANTONIA. No se harán, si la villana
no me vuelve mis vestidos.

ESTEBAN. Entrad, si queréis hallarla.

ANTONIA. ¿Quieres, Fernando?

FERNANDO. ¿Pues no?

Acosta: que de una falsa
amistad tengo una queja,
y pienso así averiguarla.

ESTEBAN. Entren, y verán la isla
mejor del Tajo, y a Juana,
que, pudiendo por la puente,
quiso pasar por el agua.

(*Vase. Salen DON DIEGO y el MARQUÉS.*)

MARQUÉS.

¿No desembarca Juana?

¿Cómo ha venido con tan gran tristeza?

DIEGO.

Volvió nieve la grana
que esmalta de su rostro la belleza,
luego que tus amores
turbaron, con el miedo, sus colores.

MARQUÉS.

¿Pues de qué tiene miedo?

DIEGO.

De haberse puesto en tal peligro.

MARQUÉS.

¿Y fuera

más justo que en Toledo,
de la manera que la vi, sirviera?
¿No ha sido más dichosa?

DIEGO.

Está, de verse indigna, temerosa.

MARQUÉS.

Mira, don Diego: el día
que un hombre a una mujer le dice amores,
cesó la cortesía
y el respeto debido a los señores,
porque sujeto queda
a que tratarle mal, si quiere, pueda.
Juana será estimada
de ti y de mí, y de todos mis criados

servida y regalada:
la primavera destes verdes prados,
de flores guarnecidos,
envidiarán la tela a sus vestidos.

Sus joyas serán tales
que se conozca en ellas mi deseo;
no ha de traer corales
más que en su rostro.

DIEGO.

De tan alto empleo,
¿qué menos su belleza
pudo esperar, señor, de tu grandeza?

MARQUÉS.

Entretén esa gente,
mientras que voy, don Diego, a persuadilla:
que ver cuán tristemente
sale del barco a la arenosa orilla,
vergonzosa y cobarde,
muestra que se arrepiente: mas ya es tarde.

(*Vase.*)

DIEGO.

Desdichas que habéis llegado
a tal extremo conmigo,
que vengo hasta ser testigo
de mi deshonra, forzado.
¿A cuál hombre en tal estado
habéis puesto, como a mí,
pues pudiendo hablar aquí,
por el honor que me toca,
me cierra él mismo la boca,
ingrata Isabel, por ti?

Si agora al Marqués hablara
y quién era le dijera,
claro está que quien es fuera
y su nobleza mostrara.
Claro está que la dejara:
pero si yo la advertí,
cuando en la puente la vi,
y ella, a mi pesar, entró,
bien sabe que le estimó
y que me aborrece a mí.

Cuando, por que me entendieses,
desentendida tirana,
dije: *¿Por la puente, Juana!*,
para que el peligro vieses,
¿era honor tuyo que fueses
por el agua a darme enojos?
Fuertes fueron tus antojos;
que los hombres advertidos
pueden disculpar oídos,

escribe en papel la fama,
que no hay tiempo que las borra;
que son diamantes las letras,
y bronce eterno las hojas:
yo soy de León de España,
que justamente se honra
de aquellos primeros reyes
que de la nobleza goda
quedaron para castigo
de los bárbaros, que agora
sólo viven por reliquias
de las pasadas historias (1).
Neutrales están mis deudos:
que quiera a don Juan me estorban.
Había llegado el mes
que prados y campos borda:
aquéllos visten de nieve,
éstos de flores y rosas;
bajaban los arroyuelos
a guarnecer con las olas
de pasamanos de plata
las márgenes arenosas.
Yo, con ocasión injusta
de enfermedades que toman
más la ocasión que el acero,
tal vez voluntades mozas,
a hablar a don Juan salía
para excusar mi deshonra,
que quiere amor que el deseo
a la razón se anteponga.
Supo don Sancho estos días (2),
y una mañana lluviosa,
que para que no saliera
parece que el alba llora,
llegó más presto; ¡ay de mí!,
que aún me matan sus congojas;
que celos madrugan mucho,
porque duermen pocas horas.
Salió de unos verdes ramos,
y asiéndome de la ropa,
que no del alma, a escucharle
mis pies turbados reporta:
oigo amorosas razones,
si puede ser que las oiga
quien mirando a quien le habla
está pensando otra cosa:
pero cuando, ya atrevido,
más intenta que razona,
puse mi rostro en defensa

con palabras airentosas;
que los hombres atrevidos,
cuando a su gusto se arrojan,
para entrar a sus deseos
tienen por puerta la boca.
En este tiempo, don Juan
con espacio libre asoma:
que quien anda de ganancia,
no le despiertan congojas.
Luego que mira el suceso,
como es razón, se alborota:
pierden el color entrambos;
yo entonces, el alma toda.
Así toros de farama
alzan las frentes celosas,
vierten por la boca espuma,
fuego por los ojos brotan:
así en el arena escarban,
brio enamorado cobran
y los llama al desafío
la palestra polvorosa,
como sacan las espadas
don Juan y don Sancho, y doblan
las capas, que al brazo envuelven:
mi presencia los provoca.
El estar favorecido,
que pienso que en esto importa,
dió más ventura a don Juan,
que olvidados tienen poca.
Ibale mal a don Sancho:
yo, como algunas personas
que están viendo a los que juegan,
que del uno se aficianan,
deseaba que ganase
don Juan, esperando, ¡ay loca!,
más desdichas de barato
que estos olmos tienen hojas.
Cayó don Sancho, y don Juan
luego la mano me toma
y a un pueblo suyo me lleva.
No hay secreto que se esconda:
huye a la justicia un día,
sigole yo, triste y sola,
luego con un escudero,
que en Olías me despoja
de joyas y de consuelos,
y con engaños me roba;
mudo el traje, y en Toledo
sirvo humilde labradora,
donde me veis y decís
que mi talle os aficiona
decís que me hable don Diego,
a quien doña Antonia adora.

(1) Faltan versos que completen el sentido de este pasaje.

(2) No se dice quién es este Don Sancho: constaría en el pasaje omitido antes.

PORFIANDO VENCE AMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El REY DE HUNGRÍA.
ALEJANDRO.
CARLOS.
ARMINDO.

FABIO.
OTAVIO.
FELINO, *labrador*.
ALBANO.

LUCINDA.
LEONARDA.
CLLIA.
IVÉS.

JORNADA PRIMERA

(Sale ALEJANDRO, LEONARDA y ARMINDO.)

ALEJ. Pensaba yo que el amor
en méritos consistía.
LEONARDA. Pensó bien vueseñoría,
si tuviera vista amor.
ALEJ. Decís bien, pues le habéis pues- [to
en quien no le mereció.
LEONARDA. Basta que le tenga yo
para saber que es honesto.
ALEJ. Querer a Carlos os culpa,
aunque viva amor sin ley.
LEONARDA. Basta que le quiera el Rey
para que tenga disculpa.
ALEJ. El Rey le quiere, engañado
de lisonjas y de estrellas.
LEONARDA. Con lo mismo pueden ellas
haber mi amor obligado.
ALEJ. ¿Qué ciencia vuestro conceto
de sus partes pudo hacer?
LEONARDA. Todas las que puede haber
en un amable sujeto.
ALEJ. ¿Tiene Carlos parte alguna
más que fortuna y prianza?
LEONARDA. Quien por méritos la alcanza,
poco debe a su fortuna.
ALEJ. De tantos que os estinaban
hacéis injusta elección.
LEONARDA. Cuando no fuera razón,
mis pretensiones bastaban.
ALEJ. ¿De suerte que está fundado

este amor en interés?
LEONARDA. Comenzó; pero después
sus partes le han aumentado.
ALEJ. Si vos me queréis, también
podré yo favoreceros.
LEONARDA. ¿Cómo puedo yo quereros,
queriendo y diciendo a quién?
ALEJ. Si la mudanza es mejor,
¿cómo puede ser culpable?
LEONARDA. ¿Y qué mujer, si es mudable,
merece en el mundo honor?
Y porque tengo temor
de que hablar con vos me vea,
me voy; que no es bien que crea
que le doy celos con vos.
Dios os guarde.
ALEJ. Guárdeos Dios.
LEONARDA. Para que de Carlos sea.

(Fase LEONARDA.)

ARMINDO. ¿Agora estarás contento,
que Leonarda te ha escuchado?
ALEJ. Nunca más desesperado
se ha visto mi pensamiento.
Propuse a Carlos, pensando
que negara su afición,
su estado, honor y opinión,
y su respeto mirando,
y díjome, sin vestir
su jazmín sólo un clavel,
que tenía puesta en él
la esperanza de vivir,

¿Qué responde amor?

Replica

CARLOS.

que, para daros respuesta,
pide el término de un día,
y que Fabio os llevará,
que es persona fidedigna,
decretado el memorial.

LUCINDA.

Yo me voy, agradecida
a la esperanza, que ya
cuanto pretendo confirma.

FABIO.

¿Y ella trae algún despacho?

INÉS.

No soy de las que anticipan
la voluntad a los hombres;
miro después que me miran,
hablo después que me hablan,
quiero después de querida;
que no soy como mi ama,
que de la primera vista
de Carlos anda en los aires.

(Vanse LUCINDA y INÉS.)

FABIO.

¡ Notable bellaquería
tienes escrita en los ojos!

CARLOS.

Fabio.

FABIO.

Señor.

CARLOS.

¡En mi vida
 vi más gracioso donaire!
 El memorial contenía
 que le pagase el amor
 que deseó en la orilla
 la debo desde una tarde
 que con otras damas iba
 y las traía a la ciudad.

FABIO.

Es altamente nacida
esta señora.

CARLOS.

; Qué importa,
 si por esa razón misma
 no merece que la engañe,
 porque imposible sería
 querer, queriendo a Leonarda?

FABIO.

Leonarda, señor, es digna
de tu amor; pero los hombres
no son doncellas que libran
su honor a sus casamientos,
y, como pollas, se crían
para solamente un gallo.
Del hombre la bizzarria
es ser galán para todas,
a la linda, porque es linda;
a la sabia, porque es sabia;
a la limpia, porque es limpia;
todas merecen amor,

que una sola es bobería,
como no pasen, se entiende,
desde treinta y siete arriba.

(Sale of REV.)

REV.

Carlos.

CARLOS.

Rev invictissimo.

REV.

No tengo
otro mayor descanso en mis cuidados.
cuando contigo a conferirlos vengo.
que verlos, si no en todo remediados.
en parte, de su pena remitidos
y a mejor esperanza levantados.

CARLOS.

Siempre están mis deseos prevenidos
a tu servicio, como dueño solo
del alma, que gobierna mis sentidos.

Unico rey, como en el cielo Apolo,
das luz a todo el orbe de mi vida.
Su movimiento es tu dorado polo.

KEY.

La guerra, a los confines reducida
de Hungría, por el conde mi cuñado,
primero ejecutada que temida,
siendo ambición de dilatar su estado,
pide tan grave y breve resistencia,
que quede arrepentido y castigado.
¿Quién te parece a ti que con prudencia
gobernará el bastón desta jornada?

CARLOS.

Señor, aunque es tan alta preeminencia,
fielde a mi juicio y a mi espada,
que amor me enseñará lo que hacer debo,
pues quien sirve con él no verra en nada.

REY.

No es tu valor a mi experiencia nuevo;
mas no querrá mi amor sufrir tu ausencia,
y aunque importara tanto, no me atrevo.

CARLOS.

Tanto favor, señor, me da licencia
a pedirte humillado que permitas
que vava a hacer al conde resistencia.

REY

En vano la jornada solicitas,
que no siento mi ausencia me entristece.

CARLOS

Reconozco mercedes infinitas,
pero el deseo de servir merece
perdón a amor es culpa.

REY

Dime, Carlos,
quien de los caballeros te parece
mejor para el baston?

CARLOS

Puede envidiarlos
el aguilá dorada en su defensa
y los mayores reyes estimarlos,
mas quanto a mi sin que reciba ofensa
el de mayor valor que tiene Hungría.

REY

Miralo bien.

CARLOS

Que es Alejandro piensa
el de mas experiencia y gallardia,
es gran soldado el Duque generoso.

REY

La buena dicha capitanes cria.

CARLOS

Alexandro merece ser dichoso
por su sangre, por virtud y por la espada.

REY

Quando no tuera el nombre victorioso
No quisiera yo intraducirte en nada
pero no es en mi poderlo quitar.

CARLOS

Sera que yo a tu amor te agrada
Oxavio, que es el mejor de los caballeros.

REY

En la guerra de los reyes es el mejor.

CARLOS

Reconozco su valor y su agrado,
pero no es en mi poderlo quitar.

REY

Parto a la Ciudad de Traxa el intento.

CARLOS

Es justa causa que del Cielo esperes
lograr en esta empresa el pensamiento.

Parte Carlos a la Ciudad de Traxa el intento.

ALEJ

Notablemente se estuerra
en la guerra del timbre.

REY

A su intencion corre por el
la de lealtad y la fuerça
y el Conde Otavio le lleva

ALEJ

el larg desta jornada
de su prudencia y su espada
y en su satisfecho estoy.

REY

Quito el baston pedía
mas no se le concedi
por no apartarle de mi.

ALEJ

Carlos?

REY

Buen bien en la vida
que me llevas el baston
desta empresa?

ALEJ

Quien pudiera
valer.

REY

Buenos son mercedera
Cien por una cosa en
la que me mandas ir de Hungría?

ALEJ

Muchas cosas me han
descubiertas a guisa
del vivo de enanos illos y
los reyes como tambien
que el de lo que no ven
lo ven como a ellos.

de aqui me va poder
temor al fin por venir
por que con parte en
viendo lo que han de ver.

A Carlos habiendo criado
y temiendo tanto amor
que el conde le señalan
que lo va de encañad.

Reconoce de un y a
la guerra que he na
a esta guerra.

ALEJ

Reconoce de un y a
la guerra que he na
a esta guerra.

ALEJ

Reconoce de un y a
la guerra que he na
a esta guerra.

REY

Reconoce de un y a
la guerra que he na
a esta guerra.

ALEJ

hablar mal de los ausentes.

REY. Aun no son las suspensiones entre iguales cortesía; porque es matar con sangría ir suspendiendo razones.

Decid, pues, lo que pensáis de Carlos; pero advirtiéndole que se ha de probar, sintiendo que en el honor le tocáis.

ALEJ. ¿Qué hay que deciros, señor? Carlos con el Conde os vende, y con el bastón pretende, no la ambición deste honor, sino entregalle la tierra, y el Conde le ha prometido su hija.

REY. Mucho el oído de un hombre como vos yerra en dar crédito a la envidia. Y no me habléis más en esto, que pienso que el alto puesto os desvanece y fastidia, en que veis a Carlos.

ALEJ. Yo no os lo pensaba decir, temiendo el veros sentir su agravio, que el vuestro no.

REY. Pues ¿cómo queréis que crea de Carlos tal deslealtad?

ALEJ. Como puede ser verdad.

REY. No es posible que lo sea.

ALEJ. ¿No están las historias llenas de traidores alevosos?

REY. También lo están de envidiosos de las privanzas ajenas.

ALEJ. A quien le engaña mil veces disculpa en su daño amor.

REY. Y creer luego, es error en los reyes y los jueces.

ALEJ. ¿Si una carta se cayó en una visita a Carlos del pecho, por sacar dél de cierta dama un retrato, que cuanto digo confirma, será verdad?

REY. En llegando a la prueba de los ojos, ¿cómo puede haber engaño?

ALEJ. ¿Es ésta su firma?

(*Muéstrale una carta.*)

REY. Sí, ésta es su firma, Alejandro.

ALEJ. La letra, no; porque es cifra. Yo amaba a Carlos, y tanto como vos; pero de celos desta dama, y con cuidado de mi vida, saber quise de la cifra el desengaño, y hallé, señor, quien me dió este traslado: tan raros ingenios hay en los hombres.

(*Muéstrale otro papel.*)

REY. El viene. Las cartas guardo; que vos y yo las veremos con secreto y con espacio.

(*Salen CARLOS, el CONDE OTAVIO y FARIO*)

CARLOS.

Aquí está el Conde Otavio,

REY.

Ya presumo que Carlos os ha dicho lo que os quiero.

OTAVIO.

Yo cuanto puedo responder resumo en que serviros con el alma espero.

REY.

El conde Vincislao, fundando en humo de su ambición y de su intento fiero las esperanzas desta injusta guerra, quejas da al cielo y rayos a la tierra.

Juntad la gente que en tan larga copia levaron la pasada primavera mis capitanes; que la empresa propia os llama alegre, y victorioso espera.

OTAVIO.

Aunque pareec a mi humildad impropia esta arrogancia, haré que la bandera de vuestras armas la celeste parte haga temblar adonde reina Marte.

De turcos dicen que se vale el conde vuestro cuñado, en el conín de Hungría; pero yo los haré volver adonde la Escitia helada el mismo fuego enfria.

REY.

Otavio, la promesa corresponde a vuestra generosa valentía. Venid los dos conmigo.

Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist
Linguist	Linguist	Linguist

Sólo el crédito me admira
que ha dado su Majestad
contra mi limpia verdad
en favor de la mentira.

Decídle que mi inocencia
saldrá a cumplir el destierro,
aunque por ajeno yerro,
con humildad y paciencia.
Que la segura conciencia
no puede temer castigo.
Y a vos solamente os digo
que me pesa cuanto puede,
de que el Rey mi señor quede
en poder de mi enemigo.

Que quien me ha puesto con él
porque envidia le obligó
desta suerte, pienso yo
que no le será fiel.

¡Oh envidia, fiera cruel!
¡Oh Rey, al sol semejante:
que cuando con luz constante
mayor claridad enseña,
le cubre nube pequeña
que se le ponga delante!

¡Qué firmeza tan extraña
a mi privanza le dió!
¡Qué día me amaneció!
¡Qué noche me desengaña!
Tal el sol las nubes baña
en oro cuando amanece:
tal al mediodía crece,
y al declinar de la tarde
llama la noche cobarde,
que en su lugar aparece.

Duerme el pájaro escondido
entre las hojas y ramas,
cuando en desmayadas llamas
parte el sol medio dormido.
Llega el alcotín al nido,
y arrojando al aire incierto
el mal tejido concierto,
las pajas de sangre baña.
Esta es, envidia, tu bazaña,
y yo, el pajarillo muerto.

ALEJ. Ve, Fabio, y con esta llave...
No la deis, que hay más rigor:
vuestra casa un senador
visita. Es negocio grave
que el Rey solamente sabe.
Voy a tomar los papeles.
Dios sabe que estos crueles
términos...

CARLOS. No lo digáis:

que mi obediencia afrentáis.
Y, pues los amigos fieles
se conocen en la ausencia,
hablad al Rey bien de mí.
Harélo, Carlos, así,
con justa correspondencia.
Dadme los brazos.

ALEJ.

CARLOS.

Paciencia,
y obedecer al poder.

(Vase ALEJANDRO.)

FABIO.

CARLOS.

¿Qué es lo que piensas hacer?
Partirme, Fabio, a la aldea,
luego que a Leonarda vea,
a morir y a no la ver.

(Sale LEONARDA Y CELIA.)

LEONARDA.

Dicha he tenido en hallarte:
que hoy tengo necesidad
de hablar a su Majestad.

CARLOS.

Pues bien podré yo ayudarte.
Hoy desterrado se parte
Carlos, Leonarda, a una aldea.
Desgraciada es bien que sea
la verdad, porque es hermosa:
que ser la envidia dichosa
debe de ser porque es fea.

Que salga dentro de una hora
me manda el Rey, de la corte.
Tú, de mis desdichas norte,
como de mi noche aurora,
por cuanto el alma te adora,
pues es forzoso partirme,
vive en mis fortunas firme:
que en tanto podrá durar
la vida que has de animar
cuanto gustes de escribirme.

LEONARDA.

Hasme dejado de suerte
con la nueva que me has dado,
que ya mi vida ha tocado
los umbrales de la muerte.
Vengo a hablar al Rey, y a verte,
y hallo en todo tal mudanza,
que de tu desconfianza
y del pasado favor
del Rey, a sólo mi amor
viene huyendo la esperanza.

¡Oh, Carlos! ¿qué valimiento
de la envidia se escapó?

¿Qué virtud no derribó,
qué verdad, qué entendimiento?
No por mis negocios siento

y ver la opuesta margen les parece.
Así la libertad el tiempo goza
y lo que no se tiene se apetece.
Entré también, aunque callando estaba,
y presumo que fué porque miraba.

Pisan las ruedas la menuda arena,
y los caballos, que a la orilla aspiran,
al son del agua, que batida suena,
pedazos de cristal al aire tiran.
Pero que fuese traza o fuese pena,
ya con turbado anhélito respiran,
y tropezando la portátil casa.
ni atrás se queda, ni adelante pasa.

Parando, pues, hicimos aposento
sobre el cristal del arenoso río,
donde el donaire, el uno y otro cuento
dió licencia al favor, despejo al brío.
Parecióme que Carlos, más atento
que a las demás, miraba tierno el mío,
porque es en la mujer la confianza
jurisdicción que cuanto mira alcanza.

Mientras otros caballos añadieron,
de sí misma cayó la noche helada,
y las estrellas contra mí salieron;
de Carlos, por su culpa, enamorada,
sus manos a la vuelta se atrevieron;
no diré yo que estando descuidada,
que aunque vieron mis ojos que me asían,
no quise yo que vieses lo que vían.

Dejéme asir la mano: poco digo:
dejéme asir el alma, y en un punto
a puros pensamientos me persigo,
y lo mismo que ignoro me pregunto:
¿Iba Carlos en sí? Yo no conuigo;
que amor, para abrasarme, todo junto
el fuego elemental tomó del cielo,
y para Carlos la región del hielo.

Llegamos juntos; que no fué posible
que nos dejase Carlos; yo, perdida,
busqué a mi necio amor sueño imposible;
de varios pensamientos combatida,
con este dulce mal, fuego apacible
y tierna inclinación, con alma y vida,
como la flor del sol le voy siguiendo,
y como ella las hojas, almas tiendo.

No hay fiesta, no hay carrera, plaza o calle,
parte, lugar o campo donde asista
en que falte Lucinda, aunque obligalle
no puede tanto amor, tanta conquista.
Hoy fui, para vivir, resuelta a hablalle.
Cortés le hallé al favor, dulce a la vista;
mas no quiere entender mi pensamiento
ni yo desengañar mi sufrimiento.

(Sale RUTILIO.)

RUTILIO. Bien me puedes por el porte
desta carta dar tus manos.

LUCINDA. ¿De mi hermano son?

RUTILIO. ¿Por quién
pidiera favores tantos?

Pero la guerra extranjería
no iguala a la de palacio.

LUCINDA. ¿Por qué causa?

RUTILIO. Porque el Rey
dicen que destierra a Carlos,
sin saberse la ocasión.

LUCINDA. Sí se sabe; porque tanto
favor y amor, ¿quién pudiera
sino la envidia acabarlos?
Cosa imposible parece
que a Carlos, laurel sagrado,
en tempestades de envidia
pudiesen tocar los rayos.
¿Qué arquitectura del mundo
tendrá los extremos altos
seguros de su violencia?

¿Qué bronce, qué duro mármol?

¿Qué mar tranquilo y dormido
no despiertan los contrarios
golpes de los vientos fieros,
que no respetan peñascos?
Pero ¿por ventura es nueva
de las que el vulgo, inclinado
a novedades inventa,

siendo hermafrodita parto
de la envidia y la malicia,
que va siguiendo los pasos
de la virtud como sombra?

RUTILIO. ¿Cómo puede ser engaño,
si a su puerta vi, señora,
su carroza y sus criados
que se parten a una aldea?

LUCINDA. ¿Tan apriesa?

RUTILIO. Pues ¿qué espacio
dió jamás al que derriba
el poder, estando airado?

LUCINDA. Bien dices; que la fortuna
sube a un hombre paso a paso,
y la envidia, como a vidrio,
de un golpe le hace pedazos.
Voy a ver si a Carlos veo,
para que los dos partamos
este golpe de fortuna,
él sufriendo y yo llorando.

(Vanse los tres. Salen FELINO, llorador, y ALBANO,
criado de CARLOS.)

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

¡Ay!

¡Qué cosas me pasa! ¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa! ¡Qué cosas me pasa!
teniendo el corazón de un cerro,
de un cerro de piedra, de un cerro de
piedra, como el Rocó de la zona,
que es que, al lugar que de la corte
e fue a donde él se fue a donde él
¡Qué cosas me pasa! ¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa! ¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa! ¡Qué cosas me pasa!
como para quien ya la vida pasó
¡Qué cosas me pasa! ¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

El al al de la corte, prendiendo
una daga de la corte de la corte,
pero que no se le da que
hasta que no se le da que
Mañana, mañana, mañana,
en la corte de la corte.

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

CARLOS

Vuevanos los ojos, los ojos, los ojos,
que a la corte de la corte de la corte.

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!

CARLOS

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

Mirando los ojos, los ojos, los ojos,
mirando los ojos, los ojos, los ojos.

CARLOS

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

CARLOS

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

CARLOS

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

FRANCISCO

¡Qué cosas me pasa!
¡Qué cosas me pasa!

Entré por nuestra ya corte aldeana,
y veo un coche, y gente cortesana
aparear a una casa prevenida,
y del rústico dueño recibida
veo una dama, dando a un escudero
la blanca mano; pluma en el sombrero,
brazo en el manteo, las virillas
pidiéndoles licencia a las orillas
para salir brillando por los bajos.
Los ojos, que caminan por atajos,
del chapín al cabello se pasean:
mas no es posible que la faz le vean,
que unas delgadas tocas la encubrían,
por donde mil relámpagos salían.
Dos carros largos a este punto llegan,
y a los criados rica ropa entregan:
colgaduras, estrados, sillas, camas.
Llego a saber quién son las dichas damas,
si se quedan o pasan adelante,
y díjome un anciano escudero
que vienen a vivir a nuestra aldea.

CARLOS.

Es imposible, Fabio, que eso sea.

FABIO.

¿Lo que he visto, señor, es imposible?
¿No es este sitio alegre y apacible
para gozar la verde primavera?
Obligación te corre, aunque no fuera
sino por ser deste lugar el dueño,
a hacerle una visita.

CARLOS.

Dese empeño
nos ha sacado, pues a vernos viene.

FABIO.

Ella es, ¡por Dios! Alguna causa tiene.

(Sole LUCINDA, de camino, y INÉS y acompañamiento.)

LUCINDA. Seguro vueseñoría
desta visita y de verme
estaría en su lugar.

CARLOS. Apenas los ojos pueden
determinarse a creer
lo que imposible parece.
¿Es Lucinda?

LUCINDA. Pues ¿quién fuera
sino yo, Carlos, quien viene
a teneros compañía
en la soledad presente?

CARLOS. ¿Aquí venis a vivir?

LUCINDA. ¿No es justo que quien os tiene
tanto amor, en las desdichas
y en los destierros lo muestre?
Persuadieron mis tristezas
a mis deudos y a mi gente
que la soledad del campo
para vivir me conviene,
y sois vos mi soledad;
porque solamente os quiere
el alma por compañía.

FABIO. Responde.

CARLOS. ¡Oh, Fabio! ¿Qué quieres,
que estoy pensando en Leonarda?

FABIO. No hayas miedo que ella piense
en ti, porque es el olvido
la sombra de los ausentes.

LUCINDA. Carlos, amigos fingidos
son para tiempos alegres.
Quien acompaña en los tristes
de verdadero se precie.
Parte las penas amor
cuando la causa padece,
haciendo menos el mal
si entre dos almas se siente.
Luego que supe que el Rey,
por envidiosos alevés,
os desterraba a estos campos,
determiné de ponerme
en manos de la fortuna
que persigue injustamente
vuestra virtud, Carlos noble,
después de haber muchas veces
con lágrimas consultado
mi honor y estado, que suele
ser este justo temor
rémora que a amor detiene.
No os enojéis si por dicha
mi atrevimiento os ofende:
al César mi hermano sirve,
no hay ocasión de temerle;
tened un vasallo más
y un amigo que os consuele.
Vivir quiero en esta aldea
en tanto que el Rey os vuelva
a su gracia; que yo gusto
de que con vos me destierre.
Esto es amor, que si acaso
ser pagado no merece,
por lo menos, estimarle,
de justicia se le debe.

CARLOS. Ha sido resolución
tan notable, y de tal suerte,

en la mía, que ya puedes
mandar como propia tuya.

CARLOS. Mis ojos te lo agradecen
enternecidos, Lucinda.

LUCINDA. ¿Qué jasepe, qué bronce fuerte
no enternecen tus desdichas?
Oro y joyas, Carlos, vienen
en esos cofres, que bastan,
por ahora, a entretenerte.
Voy a enviártelos.

CARLOS. Oye,

LUCINDA. ¿Eso me dices?

CARLOS. Detente.

LUCINDA. Es detener nueve cielos
sobre los dorados ejes,
una cometa volante
que a soplos del sol se enciende:
un rayo, que rompe nubes
por las regiones celestes;
un mar, que sube a dar voces
donde las estrellas duermen,
y una mujer con amor,
que ningún peligro teme:
porque quien ama no estima
ni la vida, ni la muerte.



JORNADA SEGUNDA

(Sale CARLOS solo.)

CARLOS.

Desiertas soledades,
riberas apacibles,
a quien la vida desterrado ofrezco,
pobladas de verdades,
supuesto que insufribles
a quien padece como yo padezco:
¿por qué culpa nerezco
del Rey, que me ha criado,
la ausencia y la desgracia,
que en vida de su gracia
me tiene en tanto olvido sepultado?
¡Oh, qué tristes memorias,
presentes penas y pasadas glorias!

Y tú, Leonarda hermosa,
que vives descuidada
del aumento que has dado a mi tristeza,
¿por qué tan rigurosa
me dejas, olvidada
de que iguala mi amor a tu belleza?

¿Es ésta la firmeza?
¿son éstos los amores?
¿son éstas las promesas
con lágrimas impresas,
entre tantos regalos y favores,
en mi rostro al partirme,
ni hay palabra en mujer, ni ausencia firme?

Aquí puedo ofenderte
con Lucinda, amorosa,
y no te ofendo yo, ni amor lo quiera:
tú sí, que de tal suerte
procedes rigurosa,
que sola mi verdad no te ofendiera.
Aires desta ribera,
que con lascivos giros
parece que a las flores
queréis hurtar colores:
llevad en vuestras alas mis suspiros:
mas detened el vuelo,
que si fuego partís, volveréis hielo.

De púrpura vestido
el claro sol se ausenta;
todo descansa, cuanto vive y siente;
las pajas de su nido
el pájaro calienta,
hasta la risa del dorado Oriente;
despéñase esta fuente
de aquella nieve pura,
y duerme en este prado;
que sólo mi cuidado
el privilegio de la noche oscura
no goza, ni se olvida,
¡oh perezosa muerte!, ¡oh larga vida!

(Sale FABIO.)

FABIO. ¿El haberme detenido
tendrás, señor, por agravio?

CARLOS. Bien vengas, amigo Fabio;
que basta que hayas venido
para que mi mal reporte.
Deja disculpas y di
qué hay en la corte de mí,
pues que vienes de la corte.

FABIO. ¡Por Dios, señor, que si fuera
de la Escitia o la Etiopía,
que pienso que menos copia
de malas nuevas trujera!

¡Válame Dios, qué mudanza
hace en el mundo el favor!
No sé quién tiene, señor,
en su favor esperanza.

De cuantas cartas llevé,

FABIO. Yo, finalmente, celoso,
dejo el noturno reposo
y vuelvo a su puerta a ver
si la noche conformaba
con el día, y veo, señor,
de su familia el rumor,
porque de visita estaba,
de noche como de día.
Alejandro con Leonarda.
Coche a dos puertas le aguarda,
y de la propia desvía:
invención que viene a ser
o cubierta, o desatino,
por que piensen que al vecino
le visitan la mujer.

CARLOS. ¿Duró mucho estar allí?

FABIO. Toda la noche duró;
que al Duque se le pasó
más brevemente que a mí.

CARLOS. ¡Que toda la noche hablasen!

FABIO. Fué tal la conversación,
que abrió la aurora el balcón
y les dijo que callasen.

CARLOS. No más. Perdí en este punto
rey, patria, vida y honor.
¿Hay tal liviandad?

FABIO. Señor,
una cosa te pregunto:
Si te dejan los amigos.

CARLOS. ¿es mucho que una mujer?
Fabio, hoy la tengo de ver:
sean mis ojos testigos
de tan claro desengaño.

FABIO. ¡Qué locura!

CARLOS. No lo es;
que no quiero que después
el alma se llame a engaño.

FABIO. No sé nada. Tú verás
el peligro a que te pones.

(Sale LUCINDA y INFÉS.)

LUCINDA. Las pasadas ocasiones,
¿quién duda que priven más?

CARLOS. Lucinda viene. No estoy
para hablar con ella, Fabio:
entreténla, que a mi agravio
todo el sentimiento doy.
Y advierte que he de partir
al anochecer.

(Vase CARLOS.)

FABIO. Yo creo
que este tu loco deseo

nos va llevando a morir.

Señora mía.

LUCINDA. ¡Oh, mi Fabio,
con qué pena te esperaré!

FABIO. ¿Qué traes de la corte?

Erré

el rumbo del astrolabio,

y heme pensado perder.

apenas un hombre vi

que se acordase de mí.

LUCINDA. ¿Ni mujer?

FABIO. ¿Pues qué mujer?

LUCINDA. ¡Donaire tienes!

FABIO. ¿Donaire?

LUCINDA. Pues negar una verdad
a quien la sabe, es crueldad,

y a quien la ignora, desaire.

Si todos aquestos días

Carlos suspirando pasa,

y ni en el campo ni en casa

pueden diligencias mías

alegrarle, ¿qué ocasión,

si no amoroso accidente,

turba un ánimo valiente?

FABIO. Sí, porque de burlas son.

La gracia del Rey, la corte,

los amigos y la hacienda,

todo perdido, sin prenda

que para su vida importe.

si no eres tú, que piadosa

hasta en su necesidad

muestras generosidad;

porque, en fin, es cierta cosa

que es último bien del hombre

la mujer que tiene amor,

pues no hay muerte, ni temor,

ni peligro que la asombre;

con hazañas inmortales

dais a las plumas sujeto.

¡Qué bien os llamó un discreto

los divinos animales!

LUCINDA. Menos retórica, Fabio.

Cartas llevaste; yo sé

para quién.

FABIO. Que las llevé

es verdad, mas no en tu agravio.

Todas eran para amigos.

si amigos se llaman ya.

LUCINDA. Cosa que tan clara está,

no quiere muchos testigos.

no es lealtad, ni discreción.

lo que es público, encubrir.

FABIO. ¿Cómo eso sabéis decir

ALEJ. ¡Oh pena bien empleada,
que a tanta gloria se fia!

(Sientense y hablen quedo.)

CELIA. A fe que toman despacio
la noche.

ARMINDO. Viene perdido
el Duque, y hará, atrevido,
dos mil faltas en Palacio.
Y hablando en mí, Celia mía,
¿cómo lo estaré por vos?

CELIA. Haréis falta al Rey.

ARMINDO. ¡Por Dios,
que si lo fuera de Hungría,
que hasta los mismos diamantes
de la corona quitara
para daros!

CELIA. Cosa rara.
Usanse ya los amantes.

ARMINDO. Armindo, más mercaderes.
¿Cómo?

CELIA. Compran más barato.

ARMINDO. ¿Tal se ha encarecido el trato
del amor de las mujeres?

CELIA. Si todo lo viene a ser,
no te espantes.

ARMINDO. No me espanto
de que se encarezcan tanto,
siendo tanto menester.

ALEJ. ¿Los músicos han venido?

ARMINDO. Sí, señor.

ALEJ. ¿Cantarán?

LEONARDA. Sí.

ALEJ. Cantad, mientras lloro aquí
mal pasado y bien perdido.

(Cantan.)

MÚSICOS. “No estuvo bien en lo cierto
quien llamó muerte a la ausencia,
que no ha menester paciencia
un hombre después de muerto.”

ALEJ. Buena, aunque antigua.

LEONARDA. Extremada.

ALEJ. Bien entonces se escribía.

LEONARDA. ¿Y ahora no?

ALEJ. La poesía
está ya tan levantada,
que no hay hombre que la alcan-
Ella viene a ser, en fin. [ce.
romance como latín
y latín como romance.

(Ruido dentro.)

LEONARDA. ¡Hola! ¿Qué ruido es éste?

(Un ESCUDERO, CARLOS y FARIO, como de camino.)

ESCUDERO. ¡Ténganse, pues!

CARLOS. ¿Por qué causa?

Si está aquí el Duque, no es justo
que a nadie estorbéis la entrada.

ARMINDO. ¿qué es eso?

Un hombre
que entró por fuerza en la sala.

LEONARDA. ¿Por fuerza? ¿Qué es lo que di-
ALEJ. ¿Es de casa? [ces?

ARMINDO. No es de casa.

ALEJ. ¿Quién eres, hombre?

CARLOS. Alejandro.

Carlos soy: ¿de qué te espantas?

ALEJ. Carlos, ¿tú estás en la corte?

CARLOS. Viendo que mis cosas andan
tan remisas y secretas,
y que quien hable me falta
al Rey por mí, y que tú eres
la puerta para su gracia;
sabiendo que cada día
vienes a ver a Leonarda,
vine a su casa a buscarle
y suplicarte que hagas
lo que yo hiciera por ti
si la fortuna contraria
te pusiera en mi caída
y estuviera en mi privanza.
Habla al Rey, así te quiera
con tal firmeza esta dama,
que no te desprecie, ausente:
que no te olvide, aunque caigas.
Dile que me dé los cargos
que la envidia me levanta,
que no es justo que sin ellos
padezca mi honor infamia:
dile que yo le he servido
con tal lealtad...

ALEJ. Carlos, basta,
que ya sé yo a lo que vienes
y los negocios que tratas.
Si el Rey, porque te ha criado,
sólo que vivas te manda
en una aldea a tu gusto,
mientras no tienes su gracia,
mucho atrevimiento ha sido,
y fuera cosa excusada,
venirme a buscar aquí:
que no es audiencia esta casa
para negociar en ella;
pero, ya que te declaras,
habla a Leonarda, y advierte

FABIO. Señor, vámonos de aquí.
CARLOS. Vamos, que temo que haga algún disparate.
FABIO. Mira
que el tiempo te desengaña:
sal desta casa, en que ya
hasta los perros nos ladran:
despidete para siempre
desta puerta, que de España
aquella cerrada imite
por donde salió la Caba.
CARLOS. Déjame hablar con las rejas.
FABIO. ¿Pues qué quieres?
CARLOS. Ablandallas.
FABIO. Mira que estás en la calle,
y que alguna gente pasa.

(*Salen LUCINDA y INÉS, con sombreros, capas y espadas.*)

INÉS. Admira tu atrevimiento.
LUCINDA. No hay cosa más atrevida
que amor: ni estima la vida,
ni escucha al atrevimiento,
ni permite a la razón
el feudo del señorío,
ni el imperio al albedrío:
tales sus efectos son.
INÉS. Si; pero de noche aquí,
y con armas, ¿qué has de hacer,
cuando fuesen menester?

LUCINDA. Reñir.

INÉS. ¿Eso dices?

LUCINDA. Si.

Dos cosas que no ejercitan
las mujeres, a los hombres
las sujetan, y los nombres
que ellos adquieren las quitan,
que las letras y armas son:
que si éstas nos enseñaran,
yo sé que no se alabaran
de la injusta sujeción.

Como tan determinadas
y tan discretas nos vieron,
los hombres nos escondieron
las ciencias y las espadas.

Nuestra ignorancia y temor
en este engaño tropieza,
pues nos dió naturaleza
mayor ingenio y valor.

INÉS. Dos hombres están allí.

LUCINDA. En las rejas de Leonarda
hay un hombre, y otro aguarda.
¿Si es Carlos?

INÉS. Pienso que sí.

FABIO. Señor.

CARLOS. ¿Qué quieres?

FABIO. Advierte

que vienen por esta parte
cuatro hombres. Si es a buscarte,
sentencia ha sido de muerte,
que otros dos están allí.

(*ARMINDO y tres CRIADOS, con máscaras, broqueles y espadas.*)

CARLOS. Estos con máscaras vienen.

FABIO. El luto en las caras tienen,

y debe de ser por mí.

¿Seis hombres?

ARMINDO. Ejecutad

lo que Alejandro os mandó.

CRIADOS. ¡Muera Carlos!

LUCINDA. Eso no.

INÉS. ¿Qué ciega temeridad!

LUCINDA. Reñid, Carlos, que aquí están
dos hombres a vuestro lado.

ARMINDO. Otros dos se le han juntado.

LUCINDA. Llama esa gente, Tristán,

y disparen las pistolas.

ARMINDO. ¿Pistolas? ¿No aguardo más!

CARLOS. Siguelos, Fabio, pues vas

dando en las espaldas solas.

FABIO. Di a Tristán que no dispare,
que no será menester.

(*Entranse CARLOS y FABIO, acuchillándolos; quedan allí LUCINDA y INÉS, y pónese LEONARDA en la ventana.*)

LUCINDA. Ahora, Inés, ¿para qué?

INÉS. De aquella reja te llaman.

LEONARDA. Una palabra.

LUCINDA. ¿Quién es?

LEONARDA. Soy la marquesa Leonarda.

LUCINDA. Pues, si acaso me queréis
preguntar lo que esto ha sido,
por vos, mi señora, fué.
Cuatro máscaras hirieron
a Carlos.

(*Entren CARLOS y FABIO.*)

CARLOS. ¿Qué de tropel!

¿Huyeron?

FABIO. Los tres, que el otro
pagó, señor, por los tres.

CARLOS. ¿Distele?

FABIO. No, sino el alba.

tus desengaños, amor?

¡Ay, tema o locura mía!

¿Por qué quien tiene esperanza,
en tanto que el bien no alcanza,
muy justamente porfía?

Pero yo, desesperada,
¿qué fin o qué fundamento
le doy a mi pensamiento,
de Carlos desengañada?

Esperanzas me tenían
engañada en su desdén;
pero, no esperando el bien,
sólo los locos porfían.

INÉS.

Si desta manera vas,
señora, por el camino,
tú harás algún desatino.
Ya no puede serlo más.

LUCINDA.

¿Cuál piensas que, desto, ha sido
mi sentimiento mayor?
Ver que Carlos tenga amor
donde ha sido aborrecido.

¿Es posible que hay mujer
que a Carlos aborreció?
¿Cómo lo que quiero yo
puede nadie aborrecer?

Esto lloro, y esto siento:
esto, cielos, me atormenta;
ésta es la mayor afrenta
de mi honrado pensamiento.

No que conmigo, cruel,
no me quiera bien sintiera;
mas que él a Leonarda quiera
y que no le quiera a él.

Mujer, ¿dónde están tus ojos,
tu gusto, tu entendimiento,
que tanto merecimiento
tratas con tantos enojos?

¿Eres piedra, eres figura
de mármol? ¿Quién te engendró?
¡Oh, que sin alma te dió
el cielo tanta hermosura!

¿Cómo fuiste tan cruel?
Que Carlos, Leonarda, es tal,
que a no parecer tan mal,
te fuera a rogar por él.

Vuelve por tu entendimiento,
Leonarda: quíerele bien,
para que tenga también
disculpa mi pensamiento.

¡Oh, si aquesto conocieses!
No digan que quiero yo
hombre que no mereció
que tú también le quisieses.

Si es condición de mujer
querer lo que ve querido,
¿cómo, siendo aborrecido,
no te puedo aborrecer?

INÉS.

LUCINDA.

INÉS.

Tú vas perdiendo el juicio.
¿Agora lo ves?

No sea,
pues ya llegas al aldea,
que des de tu amor indicio

(Salen CARLOS y FABIO.)

CARLOS.

FABIO.

Muy de mañana llegamos.
Ya la aurora soñolienta
con hurtada plata argenta
puntas de flores y ramos;
ya los dormidos pastores
salen del aldea al prado,
y las voces del ganado
espantan los ruiñeños.

CARLOS.

¿Son hombres o son mujeres
aquellos bultos?

FABIO.

CARLOS.

No sé.
Dicha, en mi desdicha, fué
de mis enemigos fieros.

Fabio, triunfando venir
y a tiempo volver que crea
Lucinda que del aldea
no pude anoche salir;

pues dormirá descuidada.
¿Si acaso no ha sido cierta
mi sospecha, que a su puerta,
con la luz más declarada
del alba, los bultos son
dos mujeres?

FABIO.

Llego a ver
lo que comienza a temer
no sin causa el corazón.
¿Qué gente?

LUCINDA.

FABIO.

¿Es Fabio?
¿Señora!

CARLOS.

Carlos, Lucinda está aquí.
¿Lucinda? En mi vida vi
tan de mañana el auroz
¿Adónde desta manera?

LUCINDA.

CARLOS.

FABIO.

A recibirnos salía.
Pues ¿con tanta valentía?
¿Qué la miras? Ella era,
por la tribuna de Dios,
que te ha cogido con queso.
¿Tanto exceso?

CARLOS.

LUCINDA.

No es exceso,
Carlos, que viendo que vos

que en la ciudad
no de se libre de mi
en pedire. **AMOR**
que el tanto de voluntad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
del cuento de la gente
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

Y dize, viendo que dora
el sol, tanto arrebol
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

Quando el sol en el le
toza por el sol ardiente,
campo de la gente
moendo de la gente

va tan poco de duele,
que haciendo burla de agua
Gran milagro que en la ciudad
el sol en la ciudad

Tanto
que en la ciudad
no de se libre de mi

AMOR
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

AMOR
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

AMOR
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi
que en la ciudad
no de se libre de mi

los agravios de mi fe.

Mejor supe yo guardarte
de quien te quiso ofender.
con alma y vida, y mujer,
maté quien vino a matarte.
Pues ninguna cosa es parte
para que me quieras bien,
vida los cielos te den,
que con esta cortesía,
yo te dejo mi porfía
y me voy con tu desdén.

(*Vase.*)

CARLOS. Lucinda, Lucinda.

FABIO. Fuése.

CARLOS. Llana a Inés.

FABIO. Escucha.

INÉS. A Celia

que le escuche.

FABIO. Oye a mi amo.

INÉS. Oigale Leonarda, bestia.

(*Vase.*)

FABIO. Sin bestia le puede oír.

CARLOS. ¿Es posible que yo sea
hombre noble y bien nacido
y que una mujer me venza
en término y cortesía,
que me quiera y la aborrezca,
y que yo, bárbaro amante,
a quien me aborrece quiera?
¿Que sea tal mi crueldad,
y que tan ingrato sea
que a quien me da vida mate,
y a quien me defiende ofenda?
¿Tengo entendimiento? No,
porque si yo le tuviera,
despreciara a quien, ingrata,
por Alejandro me deja,
porque cuando fuera el mismo
que las historias celebran,
aún no tuviera disculpa.

FABIO. Señor, procurad la enmienda
y querer bien a Lucinda;
que como dijo un poeta,
olvidar era querer,
y olvidarás como quieras.

CARLOS. Quiero mucho, y danme celos.

FABIO. Malditos los celos sean,
que a los enfermos de amor
las calenturas aumentan.

Sangran a un amante helado,
y hasta que con su lanceta
le pican celos el alma
no le pone amor la venda.
Mira que tantos desprecios
son de quien eres afrenta.

CARLOS. Antes por no ser quien fui
esa mujer me desprecia;
ya no soy; otro soy ya,
y como no soy quien era,
aborréceme Leonarda.

FABIO. Prueba a aborrecerla, prueba.
Parte del fin tiene ya
el que una cosa comienza.
Mas dime cómo se quiere.

CARLOS. Pensando en la gentileza,
hermosura y discreción
de una mujer.

FABIO. Luego es fuerza
que también por lo contrario
lo que piensas aborrezcas.
No imagines en sus gracias,
imagina en su soberbia,
su interés y su mudanza.

CARLOS. Ahora bien; aunque me muera
tengo de sacar del alma
esta dulce, hermosa fiera.
este veneno endiosado,
esta confección compuesta
con hechizos de palabras,
de oro, esmeraldas y perlas.
Amores voy a decir
a Lucinda, Fabio.

FABIO. Aciertas.

CARLOS. Mas no sé si he de saber.

FABIO. Si sabrás, si a verla llegas
agradecido a su amor.

CARLOS. Aunque necedad parezca,
ponte allí enfrente, que quiero
como esto, por ser por fuerza,
enseñarme a requebrarla.

FABIO. Eres tú como un poeta
que en un velador ponía,
escribiendo una comedia,
un verdugado y un moño
para escribir coplas tiernas.
Pero ¿qué has hallado en mí?

CARLOS. Señora, el alma.

FABIO. Bien entras:

mas no pases adelante,
que dirán, si me requebras,
que fué tuya la hermosura,
aunque yo la dama fea

de la concha se usa ahora
 para hacer la guitarra, en esta
 guitarra se está
 Me gusta mucho, pero aunque ven
 a atrincherarse en la misma
 en la lección de la zona
 este es el caso de
 el estudiante gente en
 pie y Lucinda tu memoria
 'Viva Lucinda'
 Me alegras
 'Viva Lucinda'
 Me gusta
 'Viva Lucinda', ¿cuánta
 Lucinda
 'Viva Lucinda'
 en los montes y selvas
 'Viva Lucinda', 'Ay Dios
 que voy a morir por ella'

JORNADA TERCERA

El día de la boda, en la casa de la madre de Lucinda

(Entra)

¡Qué día tan hermoso!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!

(Entra)

¡Qué día tan hermoso!
 ¡Qué día tan feliz!

¡Qué día tan hermoso!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!

¡Qué día tan hermoso!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!
 ¡Qué día tan feliz!

(Entra)

¡Qué día tan hermoso!
 ¡Qué día tan feliz!

(Entra)

¡Qué día tan hermoso!
 ¡Qué día tan feliz!

(Entra)

¡Qué día tan hermoso!
 ¡Qué día tan feliz!

(Entra)

¡Qué día tan hermoso!
 ¡Qué día tan feliz!

¡Quién pensara que olvidara
Carlos sus penas por ti!
LUCINDA. Viendo tal firmeza en mí
volvió fortuna la cara.

(Sale FELINO, SIRENA, ALCINDO, labradores, y los
MÚSICOS, y CARLOS y FABIO.)

MÚSICOS. "Las sierras eran altas
y malas de subir.
Los caños corren agua
y dan en el toronjil."

FELINO. ¡Pardiez!, amo y señor nuestro,
que nos debéis grande amor.

CARLOS. Amigos, todo el mayor
que puede mi alma os muestro.

SIRENA. Contéis desde aqueste abril
mil años.

ALCINDO. ¿Mil? Dos mil sean

FELINO. Justamente en vos se emplean.

FABIO. "Y dan en el toronjil."

LUCINDA. Entre tantos parabienes,
¿no tendrá lugar el mío?

CARLOS. Y entre los pies de ese brío
toda mi esperanza tienes.

Llega, Lucinda gentil,
por que con tiernos abrazos
me den parabién tus brazos.

FABIO. "Y dan en el toronjil."

CARLOS. Vivo ya tan olvidado,
con el amor que te tengo,
de la corte, que no vengo
mañana ni tarde al prado
que no me admire de mí,
burlando el encantamiento
en que tuve el pensamiento
cuando en la corte me vi:
y en llegando a imaginar,
señora, lo que te debo,
vuelvo a admirarme de nuevo,
y no con poco pesar.

de la ingratitud pasada.

LUCINDA. Ya, Carlos, te perdóné
el día que vi mi fe
agradecida y pagada
de tu nobleza gentil.

INÉS. Y tú, sobre tanto agravio,
¿no nos dices nada, Fabio?

FABIO. "Y dan en el toronjil."

CARLOS. Labradores de mi aldea:
ya no soy quien ser solía.
Celebrad la prenda mía,
que el alma agradar desea.

Bailes, juegos, versos, fiestas,
músicas, voces, ruido,
sean río del olvido
estre estas verdes florestas
de la corte, a quien se rinda
la envidia, que si hace allí
corte el Rey, también aquí
está su reina Lucinda.

¡Ea!, sentaos en la hierba:
tengamos con igualdad
asiento, que la verdad
a su llaneza reserva.

Inventa, Fabio, algún juego.

(Siéntanse.)

FABIO. Es cosa vieja inventar
juegos.

SIRENA. Cantar y bailar
no es viejo. Invéntale luego,
que no cansa lo que es gusto.

INÉS. En la boca puesto un palo
hay un juego; pero es malo,
que lo honesto sólo es justo.

FABIO. Jugó un galán ese juego,
algo de nariz cumplido:
tenía su dama asido
el palo con gran sosiego,
para que él se le quitase,
y nunca se le quitó.

Como el juego se acabó
y esto a un amigo contase,
el amigo le reñía
no haber la ocasión gozado
por cobarde o por turbado.

a quien, triste, respondía:
"¿Qué queréis? Soy infeliz;
no pude aunque lo intentaba,
pues cuantas veces llegaba
me estorbaba la nariz."

CARLOS. Quejarse della fué justo.

FABIO. Es la envidia tan avara,
que aún hay quien tenga en su cara
enemigos de su gusto.

FELINO. Gente parece que siena.

SIRENA. Estos de la corte son.

LUCINDA. No vienen sin ocasión.

CARLOS. Por Dios que me han dado pena.

(Levántanse todos. Sale un SECRETARIO y GUARDAS.)

GUARDAS. Aquí, señor, está Carlos.

SECRET. Estar sentado en la tierra
es señal de tu caída.

CARLOS. Estoy, Secretario, en ella

FABIO. Estoy sin alma, señor.
 CARLOS. Adiós, mis pobres vasallos,
 adiós para siempre. Adiós,
 verde selva, ameno campo;
 aunque se va vuestro dueño,
 no seáis al nuevo ingrato,
 pues la primavera os queda.
 Floreced fértiles, dando
 flores que a sus pies debéis
 para que gocen sus manos.
 Antes decid que en mi ausencia
 se acuerde que en vuestros ramos
 aprendistes los amores
 y envidiastes los abrazos.

(Vanse CARLOS, FABIO y los demás.)

INÉS. Alza los ojos, señora,
 y no te entristezcas tanto;
 que prevenir las desdichas
 hace mayores los daños.
 Por ventura quiere oír
 el Rey la culpa de Carlos,
 y entendida su inocencia
 castigar a los contrarios.

LUCINDA. ¡Ay de mí! Que bien creyera
 que la fortuna, mudando
 condición, si no remedio,
 diera alivio a mis cuidados
 si fuera por Carlos sólo.
 Pero yo deshago cuanto
 solicita su inocencia.
 Siempre fué consejo sabio
 que se aparten los dichosos
 de los que son desdichados.
 ¿Qué será lo que el Rey quiere?
 ¿Qué resolución hallaron
 los jueces de la envidia
 en la sala de Alejandro?
 Ahora bien; ya fué mi estrella
 amar a Carlos. ¿Qué aguardo?
 ¿Qué importa perder lo menos
 donde se ha perdido tanto?
 ¿Para qué quiero la vida
 sin Carlos? A morir vamos
 donde muere, y acabe
 la fortuna con entrambos.
 Con él la envidia, conmigo
 amor, que es amor bastardo
 el que viendo los peligros
 detiene el cobarde paso.
 Cuando Carlos no me quiso,
 sin duda estaba informado

de que era yo desdichada,
 y que era consejo sabio
 que se aparten los dichosos
 de los que son desdichados.
 Todo esto le ha sucedido
 por mí; pero yo me parto
 a morir con él, contenta,
 que he vencido porfiando.
 Sepa Carlos, sepa el mundo,
 que muero por desengaño
 de que hay constantes mujeres
 a quien piensa lo contrario.
 Vamos a la corte, Inés,
 de mis desdichas teatro,
 porque fuera quedar viva
 hacer a Carlos agravio.
 Será mi muerte un ejemplo
 sangriento en tan triste caso,
 viendo morir los dichosos
 por los que son desdichados.

*(Vanse las dos. Salen el CONDE OTAVIO, ALEJANDRO
 y el REY, con acompañamiento.)*

REY.

Las paces confirmadas con el conde
 mi hermano, en fin, os agradezco, Otavio.

OTAVIO.

En todo a vuestro gusto corresponde,
 galán, soldado y consetero sabio.

ALEJ.

¿Qué es esto, cielo, el Rey de mí se esconde?
 ¿Qué mayor desengaño de mi agravio?
 ¿Con Otavio secretos que me niega?
 Pensando voy que el desengaño llega.

Fabrica sobre débil fundamento
 quien de mentiras, ambiciones fia.
 Así las esperanzas lleva el viento,
 así de la venganza llega el día:
 no perdonaba el Rey un pensamiento,
 átomo de su misma fantasía,
 sin partírle conmigo, y ya me encubre
 lo que apacible al Conde le descubre.

Sin esto, venir hoy acompañado
 sin saber la ocasión, hasta la puerta
 de la ciudad, justo temor me ha dado
 de que fué mi malicia descubierta.
 Bien puede un testimonio dilatado
 algún tiempo tener la prueba incierta;
 pero después él mismo rompe el velo,
 quita las nubes y descubre el cielo.

R. V.

C. L. P. A.

C. P. P.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

C. L. P. A.

FABIO. Carlos vitor
van diciendo por las calles.

(Con acompañamiento le lleve el REY a su lado, y quede allí LUCINDA con INÉS.)

LUCINDA. Si suele un grande placer
y una súbita alegría
quitar la vida, la mía
¿qué otro fin puede tener?
De pensar que puede ser
por no morir, me retiro.
¡Ay, cielos! Si aquí no expiro
el alma tengo de acero,
pues cuando muerto le espero
César triunfando le miro.

No de otra suerte que a quien
desde tormenta a bonanza
pasó la muerta esperanza
puedo darme el parabién.
Pero pensando también
en que mudando lugar
Carlos se puede mudar
por no venir a perder
la vida, es dicha tener
en tal placer tal pesar.

Carlos a este triunfo atento,
ya sin memoria ninguna,
como muda de fortuna,
mudará de pensamiento.
Su sobrina en casamiento
le dará el Rey; esto es cierto.
La misma dicha me ha muerto,
pues otros suelen dejar
la vida en medio del mar,
pero yo, llegando al puerto.

INÉS. Cuando del cielo recibes,
señora, tanto favor,
¿tienes el mismo temor
y con más tormento vives?

Ingratamente procedes,
que no es razón presumir
en lo que está por venir,
que sin los méritos quedes;
¿que amando en baja fortuna
a Carlos tal premio esperan?

LUCINDA. La mar y la tierra alteran
las mudanzas de la luna.

Y es mi desdicha inconstante
tan cobarde al bien presente,
que la he temido creciente
más que la temí menguante.

Porque a poder presumir

que otra mujer le gozara,
sospecho que me pesara
de ver a Carlos vivir.
¿Este no es Fabio?

(Sale FABIO.)

FABIO. En extremo
me alegre de verte aquí.

LUCINDA. ¿Qué sabes, Fabio, de mí,
que mil desventuras temo
después que en tanta grandeza
has visto a Carlos?

FABIO. Señora,
Carlos te estima y te adora.
Tu discreción, tu belleza,
tu virtud, tu grande amor,
es la grandeza en que está;
que respecto desto es ya
sombra del Rey el favor
y el aplauso de la corte.
Y aunque de mí te escondías,
le dije que le seguías
como la inán sigue al Norte,
y dijo: "¿Ves la grandeza
en que el Rey me ha puesto ya?
Pues sin Lucinda será
aunmento de mi tristeza.

Búscala, y dile que aquí
procure andar encubierta;
pero de mi alma cierta,
que ha de vivir sola en mí".

Y calló, porque mandó
el Rey que saliese a dar
audiencia, por contentar
al pueblo, que la pidió;
que con mejores alientos
sirven y guardan su ley
cuando con prudencia el Rey
tiene los pueblos contentos.

Tú, pues que Carlos lo está,
alégrate de que el cielo
quiere premiar tu buen celo.

LUCINDA. ¿Que Carlos se acordará,
Fabio, del amor pasado?

FABIO. ¿Habiase de olvidar
tan presto?

LUCINDA. Un alto lugar
Fabio, un diferente estado
no sólo presumo yo
que esta enfermedad padece;
pero pienso que aborrece
a quien humilde le vió.
Huyen de ver la grandeza

que la vieron en don
que se pateren, que con
te rigo de su honra.

Pues Carlos siempre fue mas
que lo que a te tu ron buenos
no pueden venir a menos.

Ahora bien tu le diras
que yo andare en este traje
oculta por que ninguna
fortuna de la fortuna
en que le miro me baje,
tu buscarne podra
que no al fin desta puerta
de palacio.

Asi encubierta
mejor ser o te estas.

en rustica tran tornada
Mira en que te sirvo yo.

Que le digas. Pero no
no le digas. Falso, nada
que no le puedes decir
mas que Carlos entender
de verme por el perder
de verme sin el morir.

Servidor, señora. Ines.

Ay hablas de lo sublime.

Pues hay cosa que yo estime
como tus.

Que tu.

Fus pues.

Soy mortal apasionado
de pues por cierta cosa
y tanto que a el poeta
te los hubiera glorido.

Que tu.

Que tu.

Que tu. de la esperanza
que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza
que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza

que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza

que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza

que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza

que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza

que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza

que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza

que por el por de le el poeta cuenta.

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

Que tu. de la esperanza

sabiendo que su merced
del Rey y él hicieron paces,
para que mos dé favor
contra un mozo que mos trae
sin joicio con un preito;
mas no podemos habralle,
porque en viendo los porteros
gente deste humilde traje,
no hay dinuños más soberbios.
¡Bien haya Dios, que de balde
deja entrar a cuantos quieren
a pedirle y a rogarle!
Pensando estoy muchas veces,
cuando pregunte a los tales:
“¿Por qué no dejaste entrar
a la mujer miserable,
al pobre, al soldado roto
que trae de Italia o Flandes
los servicios por arrobas,
como por onzas la sangre?”
qué le podrán responder.

LEONARDA. ¿Qué pleito es ese tan grande
que traéis con ese mozo?

Que gustaré de escucharle,
porque tenéis buena gracia.

LUCINDA. Hasta agora no se sabe,
que aún está mi preito en duda.

LEONARDA. Pues, por mi vida, contadme
la causa, porque os conviene
hablar persona tan grave.

LUCINDA. Si ella priniero me dice
quién es, y puedo fiarme
de su mercé, irá de preito:
aunque ya ciertos mensajes
llevan al alma los ojos,
nacidos de vuestro talle,
de que sois una señora
que dicen que le dejastes
luego que el Rey le dejó.

LEONARDA. Eso, amiga, no te espante:
que es la costumbre del mundo
desamparar los que caen
y seguir a los que suben.

LUCINDA. Pues personas hay que saben
andarse con los caídos,
sin que el mundo se lo mude.
Pero, en efeto, ¿quién sois?

LEONARDA. Soy quien hará, como hable
una palabra con Carlos,
que ese vuestro pleito alcance
sentencia en favor.

LUCINDA. ¡Malaño!
Sois su quillotra, que el valle

atronaba con suspiros,
por la mañana y la tarde,
como borrico en las eras,
diciendo mil necedades
de una Leonarda.

LEONARDA. Esa soy.

LUCINDA. Yo le vi llamarnos ángel,
con otras borracherías.
Allá tenemos un sastre
que suele cantar de noche
seguidillas y romances,
y le daba muchas cosas
que de Leonarda cantase.

LEONARDA. Celia, ¿no lo dije yo?
Pero no se desbarate
el pleito.

LUCINDA. Es cuento muy largo,
y estoy teniendo que os canse.
Haced cuenta que os quería
un mozo, y que por dejalle
vos por otro, que era entonces
más valido, o vos más fácil,
se fué también él con otra
que andaba, por obligarle
a su amor, de rama en rama,
de flor en flor, de olmo en sauce,
de una peña en otra peña,
como dicen los cantares;
pero como el dicho mozo
volvió a ser lo mismo que antes,
también habéis de hacer cuenta
que venistes a rogarle.

La querida con quillotros,
que no sé cómo los llame,
porque dos que se conocen
presto vuelven a juntarse,
con este miedo, y sin vida,
vino a ver. Mas perdonadme,
que pienso que queda mucho. (r)

LEONARDA. Pues ¿en qué se funda el pleito?
Porque es la historia notable.

LUCINDA. Carlos lo ha de sentenciar:
habladle por mí, que él sale.

(CARLOS, tomando memoriales, y ALEJANDRO y FABIO.)

CARLOS. ¿Vue señoría negocia
conmigo?

ALEJ. Lo que fué antes,
no es mucho que agora sea:
porque como yo quedase

(1) Falta un verso asonante en “ae”

le obligó a dejar escrito
que de cierta cifra y della
fué, por Alejandro, Otavio.
Sin esto, como la guerra
cesó, del Conde, en las paces
quedó más cierta la prueba
por la relación de Otavio.

LEONARDA. ¿Tanto tiene que hablar, Celia,
esta villana con Carlos?

CELIA. Tiene tan graciosa lengua,
que, como ya gran señor,
gustará de hablar con ella.

LUCINDA. ¿Quién dijera que a Leonarda
desta manera tuviera,
cuando yo fingí que herido,
Carlos, llegaste a su puerta,
para probar si te abría.
y se quitó de la reja
con tal crueldad!

CARLOS. ¿Qué castigo
no ha tenido la soberbia?
Mas retírate, mi bien,
y aguardame, que el Rey llega,
con Otavio y Alejandro.

(Sale el REY, OTAVIO y ALEJANDRO.)

REY. Siendo la prueba tan cierta,
¿qué disculpa podéis darme?

ALEJ. Que lo que Armindo confiesa
es que él escribió la carta,
pero engañóme con ella;
que yo, por seros leal,
la tuve por verdadera;
pero, pues yo me engañé,
aquí tengo la cabeza.

REY. y estoy a los pies de Carlos.

Pues él os dé la sentencia.

CARLOS. Llegando a que estén, señor,
estas cosas descubiertas,
sea el perdón de Alejandro
el triunfo de mi inocencia.
El a mis pies, yo a los vuestros.
os pido por la primera
merced su vida.

REY. No a mí:
a ti la vida agradezca.

ALEJ. A entrambos, más admirado
de la virtud y prudencia
de Carlos que de los hechos
de Alejandro, Pirro y César.

REY. Carlos, yo tengo tratado
casarte, y quiero que sea

mi sobrina Rosimunda
quien tus virtudes merezca.
Hoy escribiré a mi hermano.

LEONARDA. Una palabra quisiera
hablar a tu Majestad.

REY. Decid.

LEONARDA. Puesto que se emplea
Carlos en tan gran señora
como quien es sangre vuestra,
amor que estima su gusto
altos imperios desprecia;
éste me tiene, y yo sé
que, puesto que os obedezca,
no será con voluntad.

REY. ¿Qué es esto, Carlos?

CARLOS. Que fuera
verdad, señor, si Leonarda
cuando mi fortuna adversa
me puso en tan bajo estado
como agora me quisiera
que en alto lugar me mira,
pues le debo esta fineza
a su interés, no a su amor.

LEONARDA. ¿Quién imaginar pudiera,
mirando vuestra caída,
que diera, Carlos, tal vuelta
con vos la fortuna varia,
que desde aquella baja
volvierades donde estáis?

CARLOS. ¿Quién sabe si la inocencia
sufre por cuenta del cielo
los testimonios y afrentas?
Y nadie en el mundo ignora
que la amistad verdadera
no la próspera fortuna,
sigue la fortuna adversa.
Pero ya es tiempo, señor,
que vuestra Majestad sepa
que una dama, en sangre ilustre,
y fénix en su firmeza,
cuando todos me dejaron
ella sola fué a mi aldea
y acompañó mi destierro.
Con su favor y su hacienda
viví, que si no...

REY. Detente.

Obligaciones son esas
que no las pienso impedir;
antes bien, si aquí la viera...

CARLOS. Aquí está, señor.

REY. ¿Quién es?

CARLOS. Esta labradora. Llega,
llega, Lucinda.

LEONORA	Señor	dadle a Leonarda la vuestro
	en mi fortuna se prueba	FABIO
	que por que mas que lo desdena	Si a Fabio no le daran
	un di boso le denendan	con lues alguna renta
	<i>perdiendo amor</i>	CARLOS
REY	Dadle la Condesa	No le pidas en tu tierra
	a Carlo mi Conde table,	si no e pidiendola enal
	y a hav castros que premian	por el autor y el poeta
	pues la quereis, Alejandro,	Demos fin a la comedia

LA PORFÍA HASTA EL TEMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON LOPE.
GUZMÁN.
HERNANDO.
LAURA.

EL INFANTE.
DOÑA LEONOR.
TEODORA.
ALDANA.

DON JUAN.
TIBALDO.
DON PEDRO.
EL REY.

REPRESENTÓLA ROQUE DE FIGUEROA.

JORNADA PRIMERA

(*Salen DON LOPE, con banda; GUZMÁN y HERNANDO.*)

LOPE. Dejádme. ¿Qué me queréis?

GUZMÁN. Que te vuelvas a la cama,
que su mismo ser desama
quien tal hace.

LOPE. No me déis
consejos en mal que yo
le padezco solamente.

GUZMÁN. Ajeno es el accidente,
pero la experiencia no.

LOPE. ¿Has querido bien?

GUZMÁN. Señor,

con un alma racional,
del tributo natural
de los impulsos de amor
muy pocos se han escapado.

LOPE. ¿Y tú?

HERNANDO. En mi vida he querido
más de aquello que he sabido
que no me ha de dar cuidado.

No se alabarán los ríos
de que han visto en sus corrientes
mis lágrimas inocentes,
ni el aire suspiros míos.

LOPE. De muy discreta entereza
te alabas. Avergonzado
estoy de haber sustentado
tan mala naturaleza.

¿Qué le dejas a una fiera,
incapaz de un alma noble?

Lo inanimado de un roble,
¿qué menos sentir pudiera?

¿Qué tiene que agradecer
a su natural injusto
el que nació sin el gusto
de amar y de apetecer?

Vete y no asistas mi culpa
en esta flaqueza mía,
que juzgas a sangre fría
y no me hallarás disculpa.

Vete de aquí.

HERNANDO. Ya me voy.

(*Vase.*)

LOPE. Aprende a querer, bestial,
y no extrañarás el mal
de que yo muriendo estoy.

GUZMÁN. ¿Que tanto has querido?

Tanto,

que me he visto (1), por celoso,
mal premiado y bien quejoso,
convertido en tierno llanto;
y he llegado a tal extremo,
que si tuviera el amor
potestad de inquisidor.

(1) En el original, "me hizo"; Hartzenbusch. "me han visto".

supuesto que es para mi campo de batalla el lecho.

Respire, Laura, mi aliento; que un espíritu afligido, cuando está más recogido, hace mayor su tormento.

Calentura que está asida al alma con el rigor de exhalaciones de amor, mal curada y bien sentida,

no pide, hermana, lugares que son tan ocasionados para meditar cuidados multiplicando pesares.

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. El infante don Fernando entró en casa; ya, señor, pasa dese corredor,

LOPE. por tu salud preguntando.
¡Bravos extremos de amor hace el Infante conmigo! Con igualdades de amigo me ha tratado, y su favor, con una y otra fineza, se acrecienta cada día.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. ¡Esta es mucha valentía!
LOPE. Alíéntame vuestra Alteza con sus favores, de suerte que puedo bizarrear contra lo que no es llegar a ver el rostro a la muerte.

Que casi no ínera en mí cualquier mal sin mejoría delito de grosería, favoreciéndome así.

INFANTE. Vos sabéis agradecer mucho más que yo obligar.

LOPE. Esto es, gran señor, pagar lo que debo a vuestro ser; que haciendo grandezas tales beneficios y favores, lisonjean los dolores y disminuyen los males.

INFANTE. ¿Cómo, hermosa Laura, estáis?

LAURA. Como yo también, señor, participo del favor con que a todos nos honráis, con salud y agradecida, vuestros favores gozando,

voy cada día aumentando esperanzas de más vida.

INFANTE. El más cuerdo reprobar los descuidos del no hacer, dicen que es encarecer disimulando el culpar;

y siendo así, yo me doy por culpado y entendido del descuido que he tenido, cuando en vuestra gracia estoy.

LOPE. Y vos me veis en mi casa, dando con este blason envidia y admiración. ¿en qué puede ser escasa la merced que me habéis hecho? ¿Qué secreto habéis, señor, reservado en el favor que me hace vuestro pecho?

¿Qué veces habéis jugado cañas, que yo no haya sido por vos mismo el escogido para darme vuestro lado?

Si persona [se] ha propuesto para casos de importancia en Castilla, Roma y Francia, honrándome siempre en esto,

habéis, con el Rey, señor, favorecido la mía, dando muestras cada día de más fe y de más amor.

Y al dudar y al resolver vuestros casos (1), siempre ha sido observado y admitido mi gusto y mi parecer.

Y esta verdad conocida, juntamente puede Laura decir que con vos restaura esperanzas de más vida:

que como es mi hermana y es quien desee mis aumentos, hace de vuestros intento particular interés.

INFANTE. ¿Por vida del Rey, mi hermano, que si de Aragón tuviera (1) la corona, que pusiera su poder en vuestra mano!

LOPE. Sólo en una niñería, que ha tocado en extrañeza.

(1) En el original, "lazos". Hartzenbusch, "vuestra Alteza".

(1) En el original, "que si Aragón hubiera", por errata notoria.

puedo contar, le vuestra Alteza
quepos.

ES. ¿Por qué vida mia
que he de saber en qué ha sido
vuestra Alteza de licencia
a Laura, que en su presencia
no pudiese ser permitido?

ES. Laura es el refugio
de la vida.

ES. Darla es un pecado
yo tomara no saber
lo que es, por que no se
Hoy como También podremos nosotros
unos, pues Laura se ha
y los deja.

GUZMAN. Claro está
fuerza.

ES. Esperad fuera vosotros.
LOPE. Aquí tiene vuestra Alteza
en que sentarse.

INFANTE. Si hare,
si vos os sentais.

LOPE. No se
que sea tanta la flaqueza
de mi mal que me permito
tan cado atrevimiento
demonio que me cree en
vuestro valor se limita.

INFANTE. Sin ninguna enfermedad
os podéis sentar conmigo
que sons Cardona y mi amor
que es segunda ciudad.

LOPE. Sentaos, don Lope
que se.

LOPE. muy bien podre hablar en que
INFANTE. Sentad, que me enonare.

LOPE. Si la obediencia es mejor
en un vasallo no quier
bien parezco imprudente
a culpa de un bediente
incurrir.

INFANTE. La una esper
LOPE. con las mercedes, tem
que fig que lo he dicho
se es agradecido
a la voluntad, mi amor
pero también mi cuidado.

por una acción natural
que de mi pecho heal
vuestra Alteza ha recatado
Y como las voluntad
en todas las cosas
cuidan mi vida
de diversas calidades.

Imponible es, en un señ
agui la naturaleza
que nos une tra vuestra Alteza
que vive en el mundo
y cuando esta es su verdad
en sus merced, a la
debe de mi recatado
en amorosa voluntad
y como en las cosas
a que me cree de su
que el alma y puede en
engendrar satisfacción
y el entre las cosas.

de un punto a quien me atrezo
mi amor desmerezo
de lo que no he sabido.

INFANTE. Mas, pues que se conoce
que es causa deste temor
la estimación de mi amor
y quier satisfacción
No se a la razón, esquiv
de un angel vivo, un linado
pero nato destinado
a vivir. Lope y la vida.

curando penas y enojos
reducido el cautiverio
de mi vida al breve imperio
de día bellísimo.

Por reducir su extrañeza
con recato he prometido
no decir el nombre.

LOPE. Ha sido
a la vida de vuestra Alteza.

INFANTE. Y una palabra, es empeño
don Lope que me es temor
el no decir mi amor
sino por callar el dueño.

LOPE. Lo que yo albor quier
es el amor, no el sueto
por poder hablar inquieto
en cierta desorden mia.
A estar sin el vuestra Alteza
fuera el deseo lo que viene.

cogerle el entendimiento,
o traición con mi flaqueza.

Y, pues sabe qué es querer,
para penar y sentir,
porfiar sin conseguir,
y servir sin merecer,

como amante, señor, pido
que escuches piadosamente
la causa de un accidente
que me tiene sin sentido.

INFANTE.

Discreción fué examinar,
don Lope, mi amor primero;
que un amante verdadero,
sintiendo, sabe escuchar.

Y a no ser de los que amor
a su esclavitud condena,
supiera escuchar la pena,
mas no juzgar el dolor.

LOPE.

El día que en Zaragoza,
al dichoso nacimiento
de Carlos, vuestro sobrino,
celebró fiestas el reino,
al principio de unos toros
asistí, para hacer tiempo
para jugar unas cañas,
en que fuistes cuadrillero.
En una ventana estuve,
cerca de otra donde el cielo
puso en epiciclo breve
deste su esférico asiento
dos soles en blanca aurora
vestidos de rayos negros:
piadoso luto, sin duda,
por los amantes que han muerto.
Rayos de luz fulminaban
tan vivos en mis deseos,
que eran los átomos almas,
y espíritus sus reflejos.
Animadas sus acciones,
animosamente hirieron
mis ojos, porque tenían
más almas que movimientos.
De suerte estaban conformes
en la hermosura del cuerpo
lo descuidado en lo airoso,
y en lo hermoso, lo compuesto,
que para ser su belleza
un divino atrevimiento,
tuvo amagos de deidad
la humanidad del sujeto.
Sabiamente discurría
de la fiesta los sucesos,
exhortación apacible

que hizo mi entendimiento.
Tan sin mi quedé, señor,
después que la vi, que creo
que sólo ya vive en mí
la vida de mis deseos;
y así conformado tanto
mi gusto y mis pensamientos,
que aquello que no es quererla
es lo que de mí aborrezco.
Y de aquí puede inferirse
mi pena, pues no granjeo
un minuto de esperanza,
con dos años de desvelos.
Referir a vuestra Alteza
las diligencias que he hecho
es cansarle, acrecentando
memorias a mis tormentos;
y, al fin, yo muero de amores
tan sin ventura, que pienso
que nace de mi desdicha
lo imposible del remedio.
Y para disculpa mía
diré, señor, por quién muero.
que es tal, que vengo a tener
en lo dañoso el consuelo:
doña Leonor de Moncada,
a quien don Juan de Acebedo
presumo que tiene dada
palabra de casamiento,
es por quien vivo, señor,
tan sin salud, que pretendo
que pasen por muerte injusta
las desdichas que padezco.
Y vuestra Alteza perdone
el decirle mis desvelos,
que dichos y perdonados,
al sentirse serán menos.

INFANTE.

Semejantes ocasiones
son el crisol destos tiempos
donde se afinan y apuran
los amigos verdaderos.
Por la santísima cruz
que a esta espada toco y beso,
que no han de quedar amores
tan bien sentidos sin premio,
y que, ya que yo en los míos,
por desgraciado, no puedo,
que me he de vengar en ser
poderoso en los ajenos.
¿Quieres, don Lope, que trate
con ella tu casamiento?
Su sangre dice que sí,
y mi amor que sea luego.

LOPE.

Y olvíverta vuestra Alteza
que está el mundo de Acabedo
tan bien puesto con el Rey
que a gusto que reparemo
en no la este a guen pesar
ENFANTE Su Magestad tiene puesto
el mundo a tantas cosas
de a la importancia y guento
remedio a tantas inquietudes
y a la procura e tan buena
que ha de llegar por mi causa
tu a la desolación
por que me desdichas don Lope
muerto que aquí no hay medio,
que me desdichas a ella
y la desdichas a serio. Vase
Lope con las pistolas en las voces
de la desolación.

QUÉZCAS. ¿Qué es esto que me
Lope. He aquí que
que me desdichas a ella
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.

QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.

QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.

QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.

QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.
Lope. He aquí que me desdichas
que me desdichas a ella
QUÉZCAS. He aquí que me desdichas
de la desolación.

pretende calificar
la dichosa suerte mía.
LEONOR. Siendo tan dueño de todo,
fuera en lo injusto del modo
sobrada la cortesía;
porque es un error vicioso
que pida el que puede dar.
JUAN. Ya doy, pero es qué envidiar
al mundo. El más venturoso
de aquellos que han ajustado
sus obras con su deseo,
que puede conmigo creo
tenerse por despreciado.
A su Majestad pedí
para casarme licencia,
y estimando la obediencia,
aunque era forzosa aquí,
de suerte habló en la elección,
que pudiera darme celos,
a no tener mis desvelos
conocida su intención.
Los infantes don Fernando
y doña Clara nos da
por padrinos.
LEONOR. Eso es ya
comenzar acreditando
nuestro honor.
JUAN. De mis aumentos
dice que tendrá cuidado;
y con esto y haber dado
fin dichoso a mis intentos,
ni a él le queda más qué hacer,
ni a mí más qué desear;
porque si juntara el mar
con la tierra su poder,
y con rayos fulminantes
el sol, padre de la vida,
a mis manos reducida
la inmensidad de diamantes
que engendra, hermosea y toca,
no compitieran aquí
con las dos letras de un "sí"
de tu hermosísima boca.
LEONOR. Tan divinamente hacéis
lisonja a mi dignidad,
que acreditáis, por verdad,
aquellos que encarecéis.
Pero, si honrarme queréis
en esta ventura nuestra,
decid sólo que soy vuestra,
y así me encareceréis.
ALDANA. El infante don Fernando
viene a hablar a vuesancé.

LEONOR. ¿Qué me quiere a mí?...
ALDANA. No sé.
LEONOR. ¿Infante?
ALDANA. Estoy temblando,
sólo de oírle, no más;
porque hay fama en Aragón
que es el Infante un Nerón,
que es un Nerón, un Caífas;
que tiene su voz airada
tan poquito de alleluya,
que cada palabra suya
parece una bofetada.
JUAN. El Rey le habrá dicho ya
que ha de ser nuestro padrino:
que a esto vendrá imaginando.
LEONOR. Lo que es presto se sabrá.
JUAN. ¿Írme?
LEONOR. Impórtame a mí,
que nunca buenas han sido
las visitas de un marido
sin la posesión de un "sí".
JUAN. Quiero, pues, si es importante,
dueño mío, a vuestro honor,
esconderme. Este favor
perdonara yo al Infante.
(*Escóndese DON JUAN, y sale el INFANTE y CRIADOS.*)
LEONOR. Sea, señor, vuestra Alteza
mil veces muy bien venido
a honrar mi casa, que ha sido
propia acción de vuestra Alteza.
INFANTE. Yerro será preguntar,
por salud tan conocida.
LEONOR. La que tengo está ofrecida
solamente a desear
felices siglos, señor,
de vida en que vuestra Alteza (1),
con el laurel vencedor;
que su espíritu valiente
ardiente cometa es ya,
pues amenazando está
las regiones del Poniente.
INFANTE. Ya me obligáis a tener,
con tan heroico decir,
descos de conseguir
lo glorioso del hacer.
Y cuando de parte mía
se acreciente nuestra fe,
bien podré decir que fué
de un ángel en profecía.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

LEONOR. ¡Ay no! el arte miente!
 INFANTE. ¡Ay no! el límite humano
 que traheleza y en vano
 la disocorre el pensamiento
 en menos estimación,
 por que podéis tener
 mi voluntad y tener
 entera satisfacción
 de mi voluntad, si gustais,
 quiero hablaros.

LEONOR. ¿Y... imagináis
 que me atreva a no poderme
 a que le atreva? Que os vais
 cuando es infante.

TEODORA. Venid
 e andad el manantín.

ALDANA. Baravilla de rubino
 vamos.

TEODORA. Cantos del Cid
 entrad el primero vos.

ALDANA. Dese el... a mi señora
 en apodando Teodora.

TEODORA. Sea por amor de Dios.

LEONOR. ¿Qué os pasa? ¿Qué os pasa? ¿Qué os pasa?
 TEODORA. ¿Qué os pasa? ¿Qué os pasa? ¿Qué os pasa?
 LEONOR. ¿Qué os pasa? ¿Qué os pasa? ¿Qué os pasa?

JUAN. Preto corazón inquieto,
 de tantas dudas saldréis
 escuchemos, y sabrás
 la causa deste secreto.

LEONOR. ¡Ay, advierte que me condena
 que diálosos los agravios
 no es de corazon, sabrás
 anticipar a las penas.

INFANTE. Habiendo considerado
 le vue tra alustre y condena
 el valor y la excelencia
 con que siempre ha con parado
 en la sangre de Moncada
 memoria a la futuro
 nuestros aumentos progre
 por no ser... mal casado.

LEONOR. ¡Ay, de mi mano, que
 lato e por... que aumente
 de vuestra e tipo, excelente
 el blasón y la verdadera.

LEONOR. De don Lope de Carleña
 el traigo ofrecido un...
 en el un alma.

JUAN. ¡Ay, de mi
 muerto vos!

INFANTE. De su persona.

LEONOR. ¡Ay, de mi mano, que
 después de haberla nombrado
 y de su hacienda habra do
 a la común del lugar
 general satisfacción.

LEONOR. ¡Ay, de mi mano, que
 con el nombre de Carder
 que es el mejor de Arag.

LEONOR. En el sentido col r
 del rostro habéis respondido
 que os admiro por marid
 al que os propingo.

LEONOR. Señor
 y a una de hallarme a
 de vuestra Alteza obligado
 estando imposibilitado
 de hacerlo me ha puesto.

LEONOR. Y como en el alma est
 dele otomado otro dueño
 y a te voluntario empeño
 que por su cuenta va
 con este color envia
 a la... a vuestra Alteza
 que en amor sa entereza
 tra por... culpa mia.

INFANTE. Cuando las culpas son tales
 las disculpas lo son.

LEONOR. Siempre es así el perd
 en se hos tan liberales.

INFANTE. Desprecia un casamien
 por... tan albiado
 y por... gusto trata
 es parte de atrevimiento.

LEONOR. Si antes de haber eleg
 propiara vuestra Alte
 de don Lope la nobleza
 conocía que hubiera sido
 atrevida grosería.

LEONOR. No os le es claro esta
 por...iendo de otro va
 disculpanse el no ser mia.

INFANTE. Cuando son tan lesguales
 las partes con la mudanza
 tal disculpa se alcanza.

LEONOR. Las de mi esposo son tales
 que a no tener Aragón
 Rey legítimo, el lo fuera
 juntamente... se diera
 el reino por elección.

LEONOR. Y cuando en mi esposo ca
 menos partes mi valor
 va es conmigo la mayor
 el querer yo que lo sea.

que aunque yerre la elección,
no importa, si yo me ajusto,
que en los imperios del gusto
nunca fué ley la razón.

INFANTE. También en los del poder
es ley que está derogada
cualquiera dicha fundada
en firmeza de mujer.

Y podrá ser que se tuerza
a rogar el despedir,
que tal vez suele suplir
por la voluntad la fuerza.

Y advierta, justo o injusto,
el que se quiere casar,
que manos sé yo cortar
que se dan contra mi gusto.

(*Vase, y sale DON JUAN.*)

JUAN. Juntos el bien y el pesar,
¿por quién pudieran venir?
¡Cielos!, ¿qué haré? Morir,
pues que no puedo matar.

¡Ah, respetos naturales
de los que llegan a ser
idólatras del poder
con las personas reales!

¿Cómo enfrenáis el rigor
de una paciencia ofendida!

LEONOR. Si hasta aquí he sido querida,
desde aquí empieza mi amor.

Y si él funda su poder
en que deje de casarme,
yo sé querer sin mudarme,
y despedir sin temer.

JUAN. Sólo en estar yo seguro
en tu amor consiste ya
mi suerte.

LEONOR. Antes faltará
el resplandor claro y puro
del sol, en la esfera el fuego,
vivirá un cuerpo sin alma,
y el mar, con eterna calma,
dará a su inquietud sosiego.

que apartar pueda de mi
la amenaza más impía,
ni la más necia porfía,
el alma que ya te di.

Y algo tiene de inorante
quien nuestros gustos limita,
si es un rey quien facilita
y quien lo estorba un infante.

JUAN. Déjame besar tus pies.

admiración desta edad.
LEONOR. En teniendo voluntad,
todo es fácil.

JUAN. Así es.

Lo que importa es abreviar
con el Rey el casamiento;
que ejecutando el intento,
menos habrá qué estorbar.

LEONOR. Ese parecer apruebo.

JUAN. Diréle a su Majestad
que importa la brevedad,
sin decir que no me atrevo;

que si para amedrentar
corta manos el Infante,
como verdadero amante
me sé yo determinar.

(*Vanse.*)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen TIBALDO y DON PEDRO con memoriales en las
manos, y DON LOPE DE CARDONA, GUZMÁN y HER-
NANDO.*)

LOPE. Esto es decir lo que siento.

TIBALDO. Si, pero estotro es sentir
la pena del sentimiento,
y habemos de proseguir
don Pedro y yo nuestro intento;
porque no es ley, ni razón,
que un infante de Aragón,
que había de darme a mí
ejemplo, atropelle así
nuestra honrosa estimación.

LOPE. Saber, señores, quisiera
los agravios que os ha hecho
el Infante.

TIBALDO. A Dios pluguiera
que los pudiera mi pecho
ocultar, que yo lo hiciera.

Yo, señor don Lope, tengo
una hija por casar,
cuyo estado le prevengo,
si bien, por no la apartar
de mis ojos, la detengo.

Y con tanta tiranía
solicita cada día
el Infante su hermosura,
que ha de impedir su ventura

dar, y en la ma-
 yor parte a la entre-
 ra de la virtud
 que a la de la vida.
 por lo que en un comp-
 to de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.

Pedro. — En la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.

Loro. — En la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.

En la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.

En la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.

En la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.

En la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.

En la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.
 y de la vida, y de la
 virtud, y de la vida.

hace al príncipe estimado.

Y, con perdón de su Alteza,
la mejor naturaleza
se adquiere por bastardía,
cuando obra la tiranía
en el ser de la grandeza.

LOPE. ¿Luego el Infante es tirano?

JUAN. En un príncipe cristiano,
tiranía viene a ser
todo lo que es ofender
sin dar la causa; y su hermano
no ha de querer que se entienda
que por sí le ha de dejar
que a ningún vasallo ofenda,
pudiendo facilitar
con el castigo la enmienda.

LOPE. (Este habla apasionado:
sin duda alguna ha sabido
lo que el Infante ha intentado,
y a sombras deste ofendido
pretende quedar vengado.)

Defender yo la intención
del Infante, no es razón,
si causa ajenos pesares;
pero en las reglas vulgares
son los reyes la excepción.

Y si es que puede el Infante
venir a reinar, no es justo
que mude el tiempo inconstante
a su poder el disgusto
de acusación semejante.

La más saludable acción
es no hacer contradicción
alguna del poderoso.

JUAN. (Este habla malicioso,
y responde a mi intención;
pero no se ha de casar
con doña Leonor, o a mí
la vida me ha de costar.)
Su Majestad viene allí;
venid, si os queréis quejar.

LOPE. Mejor lo mirad primero.

JUAN. Fiscalizar culpas quiero
de un poderoso atrevido,
que un infante distraído
merece un rey justiciero.

(*Entra DON JUAN y DON PEDRO.*)

LOPE. Medios parecen cristianos
los que quieren deshacer
agravios; pero tiranos
cuando pretenden hacer
enemigos dos hermanos.

(*Sale el INFANTE.*)

INFANTE. Este hombre que estaba aquí
con don Juan, ¿adónde va?

LOPE. Irá a quejarse de mí;
solamente sé que hará
mal en disgustarte a ti.

INFANTE. Pasando ayer por la puente
del río, ese majadero,
ese grosero imprudente,
por no quitarse el sombrero,
al ruido de mi gente
se hizo desentendido,
y yo, don Lope, ofendido,
en el río le arrojé,
donde de su culpa fué
castigado y ofendido.

LOPE. Pagó muy bien su pecado.

INFANTE. A la orilla salió a nado,
si bien el agua, suspensa,
sintió celebrar la ofensa
de un hombre tan mal criado.

Y si se viene a quejar,
bien se puede recelar
de mí con nuevos temores,
que en palacio hay corredores
donde no importa el nadar.

Don Juan de Acebedo creo
que apadrina su intención.

LOPE. No es posible.

INFANTE. Allí le veo
con él; y ésta es la ocasión
que ha mucho que yo deseo:
porque si castiga aquí
en éste que yo ofendi
las quejas por su interés,
callará don Juan después
las que ha de tener de mí.

Y aun puede, con lo que digo,
pensar que le soy amigo,
mi condición conocida,
pues le enseño en otra vida
la imagen de su castigo.

LOPE. Si por mi causa, señor,
te apasionas desta suerte,
padezcamos yo y mi amor,
y no te enojés.

INFANTE. Advierte
que perderás mi favor
y la prianza que alcanzas.
Pon en mí tus confianzas,
y calla.

LOPE. Ansí lo he de hacer,

por tu mano he de ver
logradas mis esperanzas

HERNANDO. ¿Dónde vas? ¿Estas en tu?

GUZMÁN. ¿Dónde vas? ¿Estas en tu?
Quiero llegar donde está
el Rey?

HERNANDO. Pues ¿que importará?
No es más Jesucristo?

GUZMÁN. De
otra verdad menos clara
Hernando.

HERNANDO. Pues si en el templo
de Dios, sin dar mal ejemplo
de rondón y cara a cara
entro hasta el altar mayor
donde está por asistencia
su divina providencia,
¿por que he de entrar con temor
adonde está un rey, que sé
que está sujeto, y con miedo,
a un panarizo en un dedo,
a un sabañon en un pie?

GUZMÁN. Como los reyes humanos
han de hacer introducción
por sí de su estimación
para hacerse poderosos,

han menester conservar
esa humana idolatría

HERNANDO. No es burla, un dedo datta
por poderme transformar
en lacayo de comedia

GUZMÁN. Por qué?

HERNANDO. Por solo pegarme
con el Rey, y no quitarme
de su lado en hora y media

La comedia catidul
de un poeta no está escrita
pues la estimación limita
de la may y maye tal

Y como importante la trama
hara, hara, hara, hara, hara,
que, que, que, que, que, que,
que, que, que, que, que, que,

Por, ¿preguntas, ¿te taras?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

GUZMÁN. ¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué?

Siempre pienso que e taran
cun imagino, Hernando

¿Dónde vas? ¿Estas en tu?

GUZMÁN. ¿Dónde vas? ¿Estas en tu?
Quiero llegar donde está
el Rey?

HERNANDO. Pues ¿que importará?
No es más Jesucristo?

GUZMÁN. De
otra verdad menos clara
Hernando.

HERNANDO. Pues si en el templo
de Dios, sin dar mal ejemplo
de rondón y cara a cara
entro hasta el altar mayor
donde está por asistencia
su divina providencia,
¿por que he de entrar con temor
adonde está un rey, que sé
que está sujeto, y con miedo,
a un panarizo en un dedo,
a un sabañon en un pie?

GUZMÁN. Como los reyes humanos
han de hacer introducción
por sí de su estimación
para hacerse poderosos,

han menester conservar
esa humana idolatría

HERNANDO. No es burla, un dedo datta
por poderme transformar
en lacayo de comedia

GUZMÁN. Por qué?

HERNANDO. Por solo pegarme
con el Rey, y no quitarme
de su lado en hora y media

(Haya dentro ruido y dice DON LOPE)

LOPE. Detengase vuestra Alteza

GUZMÁN. ¿Válgate Dios!

HERNANDO. ¿Qué te ha dado?

GUZMÁN. El Intante ha despeñado
un hombre y fue de cabeza
desde aquellos corredores
al patio

HERNANDO. Y tal estoy yo,
que al golpe, Guzman, que dio
sirven de esos mis temores

GUZMÁN. No temas, en salvo estamos

HERNANDO. Si a su mala inclinación
le ha cuadrado la invención,
nosotros también volamos

GUZMÁN. Pues ¿que haremos, hecho?

HERNANDO. Entiendo

que un traves natural
se pica en haciendo mal
como el que juega, perdiendo

GUZMÁN. ¿Que hemos tan importantes
para un he ha valer?

HERNANDO. Soy un hombre temeroso
de Dios, de un Intante

(HAY RUIDO DENTRO Y dice DON LOPE)

LOPE. Detengase vuestra Alteza

GUZMÁN. ¿Válgate Dios!

HERNANDO. ¿Qué te ha dado?

GUZMÁN. El Intante ha despeñado
un hombre y fue de cabeza
desde aquellos corredores
al patio

HERNANDO. Y tal estoy yo,
que al golpe, Guzman, que dio
sirven de esos mis temores

GUZMÁN. No temas, en salvo estamos

HERNANDO. Si a su mala inclinación
le ha cuadrado la invención,
nosotros también volamos

GUZMÁN. Pues ¿que haremos, hecho?

HERNANDO. Entiendo

el rigor y la crueldad
de las manos del Infante,
que esta culpa ha de excusar
las que temo contra mí.

(Vase.)

HERNANDO. ¿Qué me costara a mi aquí,
Guzmán, el arrempujar
a su Majestad?

GUZMÁN. Muy poco;
porque eso era dar indicio
de haber perdido el juicio,
y te tuvieran por loco.

HERNANDO. Grandes preeminencias tiene
la locura.

GUZMÁN. Disculpadas,
para no ser castigadas.
¡Quedo, que el Infante viene!

HERNANDO. ¡Ah, quién pudiera aquí ser
ahora, sin peligrar,
loco para arrempujar
y no para padecer!

(Sale DON LOPE y el INFANTE.)

LOPE. Su Majestad está aquí,
y pienso que has hecho error
en fiarte del color
de su rostro.

INFANTE. Si nací
tras su dicha, porque en él
se infundió el alma primero,
cuando sea justiciero,
¿en qué me ha de ser cruel
a mí?

GUZMÁN. ¡Extraña tembladera!

HERNANDO. Déjame, Guzmán, temblar,
que no es quien quiera bajar
al patio sin escalera.

Demás de que soy mortal,
y no nací con valor
a prueba de correrlor,
y pienso que huele mal.

GUZMÁN. ¿Has dado alguna ocasión?

HERNANDO. No, ni tal el cielo vea;
pero puede ser que sea
cruel por su devoción.

INFANTE. Cartas de su Santidad
me dicen que ha recibido
vuestra Majestad.

REY. Y han sido
dignas de su cristiandad.

Al parabién que le di

de su creación me responde
de suerte que corresponde
al gusto que en él sentí.

(Sale DON JUAN al paño.)

JUAN. Por aquí saldrá mejor.
REY. ¿No está bueno vuestra Alteza?
A negar el rostro empieza
su verdadero color.

Don Lope.

LOPE. Señor.
REY. ¿No está

con diferente semblante
que otras veces el Infante?

LOPE. Nadie, señor, lo sabrá
mejor que su Alteza.

INFANTE. Yo
no siento en esta ocasión
ninguna indisposición.

HERNANDO. Todo está en el que voló.

(Sacan en brazos a DON PEDRO herido, y sale DON JUAN.)

JUAN. Hasta que haya vuelto en sí
procurad no le mover.

LOPE. Esto se pudiera hacer
sin sacarle por aquí.

REY. ¿Qué es esto, don Juan?

JUAN. Señor.

a este hombre desdichado...

REY. Don Juan confuso y turbado
y el Infante sin color...

Tuya ha sido esta impiedad,
de que dan información
del uno la turbación
y del otro la piedad.

Y no quiero darme yo
por entendido hasta ver
lo que en esto puedo hacer.

LOPE. Desde el corredor cayó
al patio, haciendo a porfia
apuestas de ligereza.

HERNANDO. Con el peso de su Alteza
hacia abajo la renía.

REY. Téngase mucho cuidado
con él, si no es muerto ya.

INFANTE. Uno sé yo que lo está
en la fe de mi cuidado.

Don Juan se me atreve a mí.
¡Vive Dios que ha de vengarme
su vida.

JUAN. Por declararme

INFANTE. ¡Que éste a mí para enemigo
no me tema! ¿Hay tal rigor?)
REY. Si es que le importa a tu honor
el secreto, ven conmigo.

(*Vase el REY y DON JUAN.*)

LOPE. ¿Qué dice don Juan?
INFANTE. Que quiere
casarse sin mi licencia;
pero sufra con paciencia
el daño que le viniere;

que en tan baja grosería
su muerte me ha de vengar.

HERNANDO. Voime de aquí, que es azar.

LOPE. Pues, señor...

INFANTE. ¡Por vida mía,
que no me contradigáis
en el hacer ni el decir!
Esta noche ha de morir,
y ahora quiero que vais
a ver si habla con mi hermano
en secreto.

LOPE. Ya, señor,
estoy de mi loco amor
quejoso.

INFANTE. Deste villano
vengo el atrevido intento
y la culpa que ha tenido
en poner aquí el herido,
delante del Rey.

HERNANDO. Sangriento
está el Infante, Guzmán.

GUZMÁN. Oye y calla.

HERNANDO. Sólo iré
a nuestra parroquia.

GUZMÁN. ¿A qué?

HERNANDO. A que doblen por don Juan.

(*Vanse, y detiene el INFANTE a HERNANDO.*)

INFANTE. Espera tú.

HERNANDO. ¿Yo?

INFANTE. Si.

HERNANDO. ¡Buena hacienda habemos hecho!
El no queda satisfecho
y quiere acabar en mí.

INFANTE. ¿Qué estás temblando? ¿Qué es
¡Poco tienes de valiente! [eso?

HERNANDO. Diez años ha justamente,
señor, que no me confieso.

INFANTE. ¿Cuántas veces has reñido?

HERNANDO. Nunca he tenido, señor,

pendencia de corredor,
y toda mi vida he sido
devoto de los infantes,
y que pienso certifico
que es el menor infántico
más que cuarenta elefantes.

INFANTE. ¿De dónde eres?

HERNANDO. Del lugar
que vuestra Alteza mandare,
que nunca mi madre pare
donde sepa que ha de dar
disgusto a ningún Infante,
porque, a saberlo, se iría
a parir a Berbería.

INFANTE. ¡Graciosísimo ignorante!

¿Qué juzgas tú?

HERNANDO. Señor, si.

INFANTE. ¿Qué es lo que juzgas?

HERNANDO. No sé,

pero yo respondo en fe,
y doy por sabido aquí
todo lo que puede ser,
que como suele cansar
a muchos el preguntar,
me adelanto a responder.

(*Sale DON LOPE.*)

LOPE. Con su Majestad está
hablando en la galería,
pero yo, señor, querría
que primero...

INFANTE. ¡Baste ya,
don Lope, o me enojaré!
Armado esta noche espero
a las diez en el terrero.

LOPE. En todo obedeceré.

INFANTE. Eso te importa, y callar,
que aquí mi parte ha de ver
el castigar y el vencer,
y a ti te toca el gozar.

(*Vase.*)

LOPE. ¡Ay, Guzmán! Sin alma quedo.
¿Qué corazón de diamante
se bolará de que el Infante
mate a don Juan de Acebedo?

Y bien sé que de aquí saco
para mí lo más dañoso,
que el rayo del poderoso
siempre hiere en lo más flaco.

GUZMÁN. Sólo a ti te hace favor

que el mundo es un teatro
y que en cada acto con celo
que e to no es virtud ni amor

Y tengo a por medio salvo
no antishuete en su amor
si lo que ahí no es favor
viene a ser de pues agravio
No sé que pueda a partir
Carman amigo en Infante
conmigo para adelante
a algún fin particular

A caso que en su interés
esto se pueda tundo,
ahora lo he de estimar
y castigarlo después

Que aunque esto es un agravio
los consensos que me das
si fuesen ciertos, veras
que a la defensa me otorgas

Ensayo de Don Juan con Leonor

LEONOR — ¡Oh! he me tal la don Juan!
Ya Teclora no hay paciencia
para esperar, si hiciera
para casarse le dan
En mi corazon portan
de contrarios portando
porque cuando estoy pensando
que don Juan ha de ser mio
de mi suerte descontento
y vengo a morir dudando

Año tirano a mierto
es cierto que viene a ser
el quitarle a una mujer
en los del amor el punto
solo a quererle me ainto
desmuele a quel Infante
y a que te amar no te ainte
porque el amor es un
que a ser en el mundo
el de la vida a parte

Y a que el mundo es un teatro
y que en cada acto con celo
que e to no es virtud ni amor

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

Y a que el mundo es un teatro

que e vale el lamentar
y a que el mundo es un teatro
el mundo del mundo
Don Juan e to en casa

LEONOR

Ala
que e vale el lamentar
y a que el mundo es un teatro
el mundo del mundo
Don Juan e to en casa

Ensayo de Don Juan con Leonor

JUAN

Quien, hermoso dueño mio,
duda que me habéis culpado
del tiempo que he tardado
en veros, pero yo os lo
que a tundarse mi tardanza
en menos que haceros mia,
en vano me detendría
del Rey la menor privanza

De nuevo dice el Infante,
mi bien, que me ha matar,
o que no me he de casar
¿Y vos?

LEONOR

JUAN

Que el cielo es bastante
solamente a deshacer
mi ajustado pensamiento,
porque en este casamiento
está de mi vida el ser

Dice que el si de mi boca
y de su mano el castigo
se han de encontrar

LEONOR

¡Ay, amigo!
ya parece que me toca

en el alma el sentimiento
que en un verdadero amor,
nunca examina el temor
si es verdadero el intento

¡Vive el cielo soberano,
que habíalo a que ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,

¡Vive el cielo soberano,
que habíalo a que ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,

¡Vive el cielo soberano,
que habíalo a que ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,

¡Vive el cielo soberano,
que habíalo a que ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,

¡Vive el cielo soberano,
que habíalo a que ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,

¡Vive el cielo soberano,
que habíalo a que ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,

¡Vive el cielo soberano,
que habíalo a que ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,

¡Vive el cielo soberano,
que habíalo a que ver
el valor de una mujer
contra un príncipe tirano,

disfrazado y en un coche
os quiere venir a ver
y a conferir vuestro gusto
con mi dicha; que esto alcanza
de los reyes la privanza,
y todo parece injusto.

LEONOR. Lo que a vos más os agrada
le podéis decir, y adiós.
Diréle que tengo en vos
toda el alma transformada.

que sois a quien solamente
está ofreciendo mi vida
la fe de un alma rendida
y un corazón obediente.

y que de suerte se muestra
a mí ser el vuestro unido,
que pienso que no he nacido
para lo que no es ser vuestra.

JUAN. De suerte debéis hacer
lisonjas para agradar,
que pienso que he de ignorar
el modo de agradecer.

(*Vase DON JUAN, y sale ALDANA.*)

ALDANA. Señora, mientras ha estado
el señor don Juan aquí,
ha estado abajo...

LEONOR. ¡Ay de mí!

TEODORA. ¡Miren qué flema!

ALDANA. Un criado

de don Lope de Cardona
esperando a que se vaya,
como puesto en atalaya.

TEODORA. Hecho está, Aldana, una mona.

LEONOR. Mirad si tras él se va.

que estoy temiendo algún daño.

ALDANA. Antes, si yo no me engaño,
parece que viene acá.

LEONOR. ¿Es éste?

ALDANA. Señora, sí.

(*Sale GUZMÁN.*)

GUZMÁN. Esto que parece ahora
atreimiento, señora,
virtud viene a ser en mí.

Determinado el Infante
sale esta noche a matar
a don Juan, y el estorbar
que salga es tan importante,
que está pendiente su vida
de que vos se lo aviséis;

y adiós, que si le queréis,
basta quedar advertida.

LEONOR. Esperad, que sale ya
este diamante a premiaros.
GUZMÁN. Si no fué culpa avisaros,
con el premio lo será.

Y aunque estéis agradecida,
no me deis, señora, nada,
que virtud interesada
pocas veces fué creída.

(*Vase GUZMÁN.*)

LEONOR. ¡Ay, Teodora, muerta quedo!

TEODORA. Y a mí también me ha dejado
el corazón tan turbado
que de espanto hablar no puedo.

LEONOR. ¿Cómo podré resistir
del Infante este rigor?
Que soy mujer con amor,
y si muere, he de morir.

Dime, Teodora, un engaño
por donde en tanto rigor,
sin perder yo de mí honor,
le pueda escuchar el daño.

TEODORA. Con el Rey ha de venir
el Infante, y será bien
fingir con don Juan desdén
si quieres verle vivir,

pues entre tanto el Infante
mudará de parecer.

LEONOR. ¿Despreciar he de poder,
Teodora amiga, a mi amante?

Pero perdone mi engaño
si mi desengaño siente,
pues lo hago solamente
por evitarle otro daño.

TEODORA. El Rey viene ya.

LEONOR. ¡Ay de mí!

¡Qué notable confusión!

(*Sale el REY y DON JUAN y acompañamiento.*)

REY. Mucho estimo esta ocasión.

JUAN. Yo siempre os he de servir.

LEONOR. ¡Tanta merced, gran señor!
¿Cuándo pensó ver mi casa
el bien que por ella pasa?

REY. Su dueño tiene valor
para mayores mercedes;
y a apadrinar he venido
el dueño que has elegido,
y dalle la mano puedes,

y puede estar contenta
con tan noble pensamiento,
porque su honor y su aumento
la tomo y a por mi cuenta.

LEONOR. — Quien es el dueño, señor
me decís?

REY. — El me ha contado
lo que le habéis estimado,
y don Juan tiene valor

para poder merecer
ser vuestro. A esto he venido.

LEONOR. — Muy engañado ha vivido,
porque aunque pudieran ser
cosas que tan justas son,
la misma razón detiene
que el ageno amor depende
de la propia inclinación.

Y no solo no la tengo
de amor que don Juan muestra,
pero en sus engaños diestra,
de sus rigores me abstengo.

REY. — Don Juan ¿que es esto?

JUAN. — Señor, ¿que es esto?

REY. — Que errastes es llana,
que me tristes es vano
y lo que no imagine
nunca la autoridad
de nuestro Rey empeñéis
en cosas que no sabéis.

JUAN. — ¿Con muy cierta verdad
os puedo asegurar?

REY. — ¿Quéda.

JUAN. — ¿Sabe Dios
me agota.

REY. — ¿Que os quisieris decir
que en el juego os ganéis
lo de volver con vos?

JUAN. — ¿Que os quisieris decir
que os quisieris decir?

LEONOR. — ¿Que os quisieris decir
que os quisieris decir?

JUAN. — ¿Que os quisieris decir
que os quisieris decir?

LEONOR. — ¿Que os quisieris decir
que os quisieris decir?

JUAN. — ¿Que os quisieris decir
que os quisieris decir?

LEONOR. — ¿Que os quisieris decir
que os quisieris decir?

JUAN. — ¿Que os quisieris decir
que os quisieris decir?

LEONOR. — ¿Que os quisieris decir
que os quisieris decir?

estoy paleciendo y yo.

JUAN. — Lo imaginado es lo cierto
todo ha sido aprehendido
de un espíritu dormido
y de un corazón despierto.

Miente el sentido que a ti
me dijere que no es sueño
dear que ha de ser su dueño.
En lope! Per, ¡ay! le mi!

Sentidos, cierto ha de ser
el dueño, pues ha nacido
en ventura el otendido,
y es la que otende mujer.

Por el dolo de he de enezar
el dolo mi sentimiento,
y un no quiere lo que sient
con por no me matar!

Muñer, que no se que darte
no se he de dar!

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

¿Que os quisieris decir?

porque he mudado, señor,
de gusto y de parecer,
y empecé a reconocer
mi ventura en su favor.

Y esto sirva de avisaros,
señor don Juan, que no entréis
en mi casa, pues sabéis
que vendréis sólo a cansaros.

El tiempo que supe amar
supe también defender,
y ya forzoso ha de ser
el despedir y olvidar

para que quede excluido,
al mismo tiempo que ha entrado
un esposo apadrinado,
un amante aborrecido.

LOPE. Hombre que ha llegado a oír
tan gran favor de tu boca,
si con la suya no toca
tus pies, no sabe sentir.

INFANTE. Ahora si me tendrán
mis sentidos persuadido,
viendo a don Lope elegido,
y despreciado a don Juan,
que en sólo haberos hallado
en su amor arrepentida
ha consistido su vida,
y así, no hay que dar cuidado,
que a más vida le condeno,
si su pena se acrecienta,
solamente porque sienta
el verte en poder ajeno.

Ya que estáis desengañado,
aquí ¿qué tenéis que hacer?
Vamos, alma, a padecer
lo que habemos ignorado.

JUAN.

(Pase DON JUAN.)

LEONOR. (La industria ha sido cruel,
al paso que conveniente.
A padecer lo que siente
se va mi vida con él.)

Esto basta por ahora
por principio de mi amor,
que es ya muy tarde, señor.

LOPE. En todo os debo, señora,
el mostrarme agradecido.

INFANTE. Y yo obedezco, y me voy.

(Pase el INFANTE y DON LOPE.)

LEONOR. ¡Teodora, sin alma estoy!

TEODORA. ¡Lindamente lo has fingido!
LEONOR. ¡Qué puede encubrir mi fe
con tan notable desvío!
¡Pero vivid vos, bien mio,
que yo os desengañaré!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

(Sale LAURA y HERNANDO.)

LAURA. ¿El infante?
HERNANDO. Y en señal
de que viene, estoy turbado,
que es como haberme soltado
a mi una furia infernal;
que dicen, dando querellas,
deste infeliz, no te asombres,
que ha muerto seiscientos hombres,
diez viudas y seis doncellas.

LAURA. Espera aquí.
HERNANDO. En mi flaqueza
es impropio.

LAURA. Aquí has de estar,
que nunca para estorbar
hizo falta la nobleza.

Desquitar quiere en mi honor
lo que por don Lope hace,
y así, no me satisface
su mal inclinado amor.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. Si cuando llegué a pensar
que no os pude merecer
me pudiera yo abstener
de padecer y penar,
que excusara sabe Dios
lo que siento y lo que digo;
pero ya puedo conmigo
mucho menos que con vos.

Tirano hermoso, al rigor
de un continuo desear,
¿cuándo te podrá obligar
tanto sufrir?

HERNANDO. Si, señor.

INFANTE. ¿Cuándo sabrás conocer
la humildad con que te adoro,
pues sólo contigo ignoro
la fuerza de mi poder?

Por don Lope he procurado

tener quien vió despedir
a don Juan, quise seguir
mi suerte, y a Dios pluguiera
que no la hubiera creído;
que es el tormento doblado
del que se juzga estimado
y se halla aborrecido.

Alegre entré a visitar
la causa de los desvelos
que me han de acabar. ¡Ah, cielos,
qué imprudente porfiar!

Y apenas, señor, me vió,
cuando dijo envuelta en llanto:
“¿Para qué te cansas tanto,
si tengo otro dueño yo?”

No conquistes por poder
lo que ha de ser voluntad,
que es tirana potestad
rendir por fuerza el querer.

Deja a un alma que se ofende
que goce lo que desea,
que el que estorba y no granjea,
con baja intención pretende.”

Y tan tiernamente hablaba
en su estorbada afición,
que al salir cada razón,
una lágrima encontraba.

INFANTE.

¿Pues a qué fin despidió
a don Juan, si le quería?

LOPE.

La causa, señor, sería
el daño que le excusó.

y pues ya quiso, señor,
mi suerte que ella adorase
a don Juan, o que ocupase
todo su ser en su amor,
determinome a dejarla,
que es vil acción estorhar
gustos que no he de gozar
cuando el hacerlo es cansarla.

Y suplico a vuestra Alteza,
de su parte y de la mía,
que anteponga en su porfía
su piedad y su grandeza.

Que está tan enamorada,
que esto me importa.

INFANTE.

Eso no.

Ya es tarde, que tengo yo
mi autoridad empeñada;

y me tienen de cumplir
lo que me han hecho creer,
que le importa a mi poder
no dejarte arrepentir;
que dirán, y con razón,

no que estás arrepentido,
sino que yo no he podido
ver lograda mi intención.

LOPE.

Vuestra Alteza advierta...

INFANTE.

Es ya

muy tarde para advertir.
En lo que fuere pedir
que os case, todo se hará;

pero en lo contrario no,
pues no quedo satisfecho
del engaño que me ha hecho.
don Lope, en tanto que yo
no os case y me satisfaga.
si no es que en esta porfía
el mismo cielo me envía
a decir que no lo haga.

HERNANDO.

Guzmán.

GUZMÁN.

¿Qué hay, amigo Hernando?

¿Tenemos nuevos temblores?

HERNANDO.

Estos ya no son temores.
Pero estoy considerando
que ha de ser en nuestro daño
el replicar si le casa;
que hay corredores en casa,
y ha de hacer el cabo de año.

INFANTE.

Tú, con tu imaginación,
discursos haciendo estás;
pero esta noche saldrás
de toda esta confusión.

A doña Leonor, te he dado
palabra que has de gozar,
y tengo de porfiar
hasta ver tu amor premiado.

Yo propio vendré a llevarte
esta noche donde seas
el venturoso, y poseas
deste bien la mayor parte;

y pues en este interés
me he puesto sólo por ti,
cásate agora por mí
y arrepíentete después.

(*L'asc.*)

LOPE.

De confuso, no he sabido
contradecir su maldad.
Mucho me debéis, lealtad.
Mucho por vos he sufrido.

Bien claro me informa aquí
de su intención inhumana:
por pretender a mi hermana
porfía en casarme a mí.
¿Qué haré en tan grande rigor

cuando un Infante me invita?
Mi voluntad taciturna
y contradice mi honor
Que hare

GUZMAN. — ¿Vas a dar de suerte
con tu misma inclinacion,
que te quedas contenta con
aquello que te contentarte

Con quanto la en pretendiere
cualquiera que el humor
primero te diere

LOPE. — ¿Que el fuere
a tu gusto? ¿Que a tu
porque te pudiese y me agrada
que contradice en nada
ni te le haces cosa a tu gusto

GUZMAN. — ¿Que te vuelva a tu sosiego
y te de gusto a los dos

HERNANDEZ. — ¿Que se ponga a Dios
de parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ay, como por el mundo
tan a tu lado de hecho
por el mundo que el te ha
de una forma y a tu

— ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

TEODORA. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

AN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

Dejame en paz padecer
agradacion de tu engaño
que si es en vano
porque no debe ser

viene a tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

TEODORA. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

JOAN. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

Que parte de tu parte
que me da culpa a culpa
No se va a tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

TEODORA. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

ALFONSO. — ¿Que me des de tu parte y a mi de fuego,

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

Ma, hay quien se
de tu parte y a mi de fuego,
que de tu parte me amigable
viene a te Infante Ver el
que ha en mi corazon
admiracion un hijo

muestras de tanta piedad,
fué por templar el rigor
de aquel resuelto homicida.
¡Mira si el darte la vida
con una crueldad fué amor!

JUAN.

Dame el papel.

TEODORA.

Solamente
dice que conmigo vengas,
sin que un punto te detengas.

JUAN.

(No es posible que esta gente
me engañe; pues el leer
excuso, y no me resisto.)

Vamos, que le doy por visto,
y le quiero obedecer.

TEODORA.

Su incredulidad me humilla.
Venció un amor verdadero.

ALDANA.

No lo quiero, no lo quiero;
échamelo en la capilla.

(*Vanse, y sale DOÑA LEONOR.*)

LEONOR.

Paciencia, corazón mío,
que presto, si puede ser,
me veréis satisfacer
al dueño de mi albedrío.

Pulsad con menos temor,
supuesto que vos sabéis
que sin culpa padecéis
en la causa del dolor.

Su vida y su amor lo fueron;
y como viva don Juan,
fácil remedio tendrán
desdenes que no lo fueron.

Dejad que él pene también,
si engañado está mejor,
pues con capa de rigor
le dió la vida un desdén.

Y al fin, librándole yo,
quedar puede en su cuidado,
de una vez desengañado,
y vivir dos veces, no.

Ya parece que al ruido
de sus pasos suspendéis
la alteración y os movéis
más manso y menos sentido.

Esperad contra mi daño,
corazón, el fin dichoso,
en un desdén amoroso
y en un poderoso engaño.

(*Salen TEODORA y ALDANA.*)

TEODORA.

¿Qué queréis?, ¿llegar primero?
¿Habéisos arregostado

al diamante que os han dado?

¿Queréis vos llegar?

ALDANA.

TEODORA.

Sí, quiero.

ALDANA.

Ya viene el señor don Juan.

TEODORA.

¿Hay tan gran bellaquería?

LEONOR.

Sólo a ti, Teodora mía,
mis deseos te darán
las albricias merecidas.
¿Viene don Juan?

TEODORA.

Sí, señora;
y ya está en casa.

LEONOR.

¡Ay, Teodora!

A ser dueño de dos vidas,
te diera la una a ti.

TEODORA.

Vos mismo os habéis burlado,
hipócrita embalsamado.

ALDANA.

Notable susto la di.

LEONOR.

Haz que enciendan luces luego,
que es tarde.

TEODORA.

Por ellas voy.

LEONOR.

Lo mismo que pido, soy.
si nace la luz del fuego.

(*Sale DON JUAN.*)

JUAN.

Si un tiempo, señora, entré
a veros más satisfecho,
fué la causa haberme hecho
atrevido con mi fe.

Y aunque me han asegurado
que el mismo amor me tenéis,
a saber lo que queréis
vengo confuso y turbado;

que fuera un error nacido
de mis locos pensamientos
volver con atrevimientos
donde salí despreciado.

LEONOR.

Si quieres resucitar
mis ya sentidos enojos,
ver lágrimas en mis ojos
y en éstos cifrado un mar:

si quieres ver reducida
mi desventura a tus labios,
mi tormento a tus agravios,
y a tus disgustos mi vida:

si un alma quieres hacer
que esté sin culpa, y en pena
propia una desdicha ajena
y una virtud padecer,

muéstrate desconfiado,
cuando yo por ti me muero;
que en decir que no te quiero
lo hallarás todo cifrado.

DE ROSA. ¿Qué me quieres decir, hombre?
 TROPOKO. Que yo te amo, y que te amo
 desde que me acordé de ti, desde que
 me acordé de ti, desde que me acordé de ti.
 DE ROSA. ¿Y qué quieres que haga?
 TROPOKO. Que me des un beso, que me des
 un beso, que me des un beso.
 DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

INFANCO. ¿Qué me quieres decir, hombre?
 TROPOKO. Que yo te amo, y que te amo
 desde que me acordé de ti, desde que me acordé de ti.

DE ROSA. Aunque no, ¿para
 qué me quieres ahora?
 TROPOKO. Porque me quieres, porque me
 quieres, porque me quieres.

HERNAN. ¿Y qué quieres que haga?
 TROPOKO. Que me des un beso, que me des
 un beso, que me des un beso.

HERNAN. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.
 DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.
 DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

DE ROSA. ¿Y si no te da gusto?
 TROPOKO. ¿Y si no te da gusto, que me des
 un beso, que me des un beso.

Y si con este cruel
los dos criados se van
de don Lope, yo y don Juan
nos avendremos con él.

INFANTE. Yo propio os he de dejar
encerrados a los dos.
¿Dónde está la llave?

LEONOR. ¡Ay, Dios,
qué notable porfiar!
Siempre, como cuidadosa,
la traigo, señor, conmigo.

(*Dáscela.*)

INFANTE. Don Lope, si eres amigo,
ya te dejo con tu esposa.

LEONOR. Estos criados no es bien
que se nos queden aquí.

INFANTE. Sí es; que me importa a mí
que aquí se queden también.

LEONOR. Juzgando su intento voy,
y lo pienso remediar.

INFANTE. De Laura voy a cobrar
lo que a don Lope le doy.

(*Vase.*)

LEONOR. De ti solamente espero
ahora en tal confusión,
por tu noble inclinación,
el remedio verdadero.

Su Alteza, inconsiderado,
que te cases te aconseja,
y para esto te deja
dentro mi casa encerrado.

¿Quieres ver el desengaño
de que no puedes casarte
conmigo, sin deshonorarte
tú mismo, ciego en tu daño?

A estas horas, escondido
está don Juan donde estás.

(*Saca a DON JUAN.*)

Discurrir tú en lo demás,
pues eres bien entendido.

LOPE. Cumplido tienes conmigo.
Dices muy bien; ya lo veo,
y lo que ahora deseo
es no casarme contigo.

JUAN. Señor don Lope, éstos son
lances que el amor ordena.

LOPE. Casaos muy en hora buena
con ella, que no es razón

que, pues el cielo os ha hecho
aquí el venturoso a vos,
que yo, en ofensa de Dios,
os quite vuestro provecho.

JUAN. Muy bien mostráis el valor
que en vuestro ser se atesora.

LOPE. Perdone mi gusto ahora,
que más importa mi honor.

Vuestro casamiento os pido
que abreviéis.

JUAN. Harélo así,
que ya no saldré de aquí,
señor, sin ser su marido,
que de vos aconsejado
ya no tengo que esperar.

(*Saca HERNANDO la cabeza.*)

HERNANDO. ¿El no se quiere casar?
¡Pues morirá despeñado!

LOPE. ¿Qué llave me podrá abrir
si el Infante la llevó?

LEONOR. Puerta al jardín tengo yo
por donde podáis salir.

LOPE. Pues como franca me deis
la puerta en esta ocasión,
yo renuncio mi elección,
porque con ella os caséis.

JUAN. De pechos tan liberales,
¿qué amistad no se aficiona?

LEONOR. Eres el mejor Cardona
que vió el tiempo en sus anales.

(*Vanse, y salen el INFANTE y LAURA.*)

LAURA. Pues ¿cómo es esto, señor?
¿En mi casa a tales horas?

INFANTE. Eso es decirme que ignoras
los extremos de mi amor.

En casándose tu hermano
me dijiste que darías
remedio a las ansias mías.

LAURA. ¿No se entiende!

INFANTE. Ya es en vano

el quererte resistir,
que ésta es ya deuda debida,
si ha de seguirse en la vida
al prometer el cumplir.

Con su esposa queda ya,
tan seguro, que esta llave
sin alma y sentido sabe
que en su misma casa está.

Y esto ha de ser, Laura mía.

HERNÁNDEZ. ¿Y cómo nobleza
 se llama a la ofensa
 que a un conde se le hace
 al serle arrebatada
 su nobleza? ¿cómo se llama
 a la ofensa que se le hace
 al serle arrebatada su nobleza?
 LAURA. ¿Cómo se llama a la ofensa
 que a un conde se le hace
 al serle arrebatada su nobleza?
 HERNÁNDEZ. ¿Cómo se llama a la ofensa
 que a un conde se le hace
 al serle arrebatada su nobleza?
 LAURA. ¿Cómo se llama a la ofensa
 que a un conde se le hace
 al serle arrebatada su nobleza?
 HERNÁNDEZ. ¿Cómo se llama a la ofensa
 que a un conde se le hace
 al serle arrebatada su nobleza?

LOPE. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?
 LOPE. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?

LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?
 GUILLERMO. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?

LOPE. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?
 LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?

GUILLERMO. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?
 LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?

LOPE. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?
 LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?

LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?
 GUILLERMO. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?

LOPE. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?
 LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?

GUILLERMO. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?
 LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?

LOPE. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?
 LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?

GUILLERMO. ¿Qué se está diciendo?
 DOLORES. ¿Qué se está diciendo?
 LAURA. ¿Qué se está diciendo?
 HERNÁNDEZ. ¿Qué se está diciendo?

LAURA. ¡Válgame Dios! ¿Dónde irán,
que el uno y otro se van
sin decirme nada a mí?

Parece que va mi hermano
muy confuso, y que el Infante
lleva turbado el semblante.
¡Ay, cielos, que es inhumano!

De sus arrogantes furias
temo algún fin riguroso:
que es don Lope valeroso
y no ha de sufrir injurias.

La disculpa que le ha dado
bastante fué: pero no,
que el uno se suspendió
y el otro quedó turbado.

Y ¡triste yo! ¿Qué he de hacer
sin poder remediar nada,
cuando quedo condenada
a penar y padecer?

Seguirlos será locura:
llamar a quien vaya, error,
que a enojos de tal valor
ningún medio se aventura.

Y he de sentir y esperar
ya que no puedo poner
en la fuerza del temer
lo fácil de remediar.

*(Sale DON LOPE, el INFANTE y HERNANDO, de noche,
con espadas y broqueles.)*

INFANTE. ¡Brava oscuridad!

LOPE. ¡Terrible!

INFANTE. No he visto en toda mi vida
noche de estrellas vestida
más fea y desapacible.

Cerca está la puerta ya.

LOPE. Entrar, pienso que es error
sin alguna luz, señor.

INFANTE. Bien dices. ¿Quién la traerá?

LOPE. ¿Eres tú?

HERNANDO. ¿Qué es lo que quieres?

LOPE. Vuelve, y de casa, volando,
trae una linterna, Hernando.
(Tarda lo más que pudieres.

Esto hago, porque espero
que haciendo gente vendrá
el Rey, y librar podrá
a aquel pobre caballero.)

INFANTE. ¿Qué iglesia es ésta?

LOPE. San Juan:

y aquí enterraron, señor,
el hombre a quien tu rigor
dió muerte.

INFANTE. ¡Cuál estarán
sus huesos!

LOPE. ¡Válgame el cielo;
qué inhumana inclinación!
Que no tiene el corazón
como los demás recelo.

INFANTE. Dime, don Lope, ¿has tenido
algún temor en tu vida?

LOPE. Y tal que no se me olvida.

INFANTE. ¿Hombre eres tñ que has temido?
¿Qué dices?

LOPE. Digo, señor,
que un bulto espantoso vi
una noche, y que temí.

INFANTE. Por cierto, ¡gentil temor!

¡Vive Dios, que estoy corrido,
don Lope, de haberle dado
seguramente mi lado
a un corazón que ha tenido
temor. ¿Qué puede enviar
contra mí el cielo, aunque sea
de un muerto la imagen fea,
para poderme espantar?

¿De un espíritu valiente
se ha de decir tal bajeza?

LOPE. Considere vuestra Alteza
que es visto muy diferente
que imaginado.

INFANTE. El temer
es acto de cobardía.

LOPE. En la mayor valentía
del mundo puede caber
mi temor.

INFANTE. No puede, y digo
que bajamente sintiera
de mí mismo si temiera,
llevándome a mí conmigo.

Y me pesa que los dos
estemos argumentando
en cosa tan vil.

(Dentro, DON PEDRO.)

¿Fernando,

Infante?

INFANTE. ¡Válgame Dios!
¿Quién llama?

LOPE. Algún retraído
será que nos ha escuchado;
que dos veces que han llamado
dentro de la iglesia ha sido.

INFANTE. Parece muy penetrante
esta voz, que al corazón

que causa en el alma¹.

(Entrando.)

(Mirando.) ¿Hasta?

LOPE. ¿Y qué? ¿Dices, señor, quien?

LOPE. ¿Habláronme a mi
y quise, don Lope, aquí
examinar mi valor.

LOPE. Hombre, sombra imaginada,
¿que quieres? ¿Adonde estas?

LOPE. ¿Dónde? ¿No vaya a donde vas?

INFANTE. Pues ¿que te importa a tí?

LOPE. ¿Dónde? Nada.

INFANTE. ¿Cuanto quieres que te crea
sin verte? Si acaso eres
espíritu y salir quieres,
sal, para que yo te vea,
que en cualquier forma podrás
decirme tu pensamiento,
porque hasta saber tu intento
no volveré paso atrás.

LOPE. ¿Quién era?

INFANTE. No es nadie.

LOPE. Mira.

INFANTE. No hay que mirar lo que veo,
solamente es lo que crea,
que lo demás es mentira.

Algún, nos escucho
y me ha querido enganar
que domo de portar.

LOPE. ¿Qué que quieres?

¿Que mira el cielo te envía
que te avise a don
puede de pregunta
que te da la porta?

LOPE. ¿En que la dadas, o en el
que el cielo te envía?

LOPE. ¿En que la dadas, o en el
que el cielo te envía?

LOPE. ¿En que la dadas, o en el
que el cielo te envía?

LOPE. ¿En que la dadas, o en el
que el cielo te envía?

LOPE. ¿En que la dadas, o en el
que el cielo te envía?

LOPE. ¿En que la dadas, o en el
que el cielo te envía?

LOPE. ¿En que la dadas, o en el
que el cielo te envía?

LOPE. ¿En que la dadas, o en el
que el cielo te envía?

que también te he de mostrar
lo voy a en esta parte.

LOPE. Ya, señor, he prometido
no repicar. ¡Esto es hecho!
Don Juan, sabe Dios que he he ho
tudo aquello que he perdido.

INFANTE. ¡Bravo acierto fue tomar
la llave, esto si es tener
animo para emprender
y valor en portar.

En la linterna se ha muerto
la luz y otra viene allá
que podrá darnela a mí.
Ya llega. Notable acierto.

*(Que Dios se le va a morir, con un rayo en la
tra, empujando y con una linterna en la mano.)*

Hidalgo, por cortesía,
os suplico, si gustais,
que esperéis, y me enendais.

(Se para a un par.)

esta luz. ¿Que grosería!

No responder ni esperar?

Alvierta cualquiera que es
que nunca el mas de partes
me den de respetar.

Y he de castigarle el modo,
y con su luz conocell.

*(Que Dios se le va a morir, con un rayo en la
tra, empujando y con una linterna en la mano.)*

¡Válganle Dios!

LOPE. ¿Que es aquello?

HERNÁNDEZ. Que don Juan, suelo, en todo.

LOPE. Sin pulso, ¿eh? ¡Ah, señor!

Alte a la puerta, válganle.

¡Válganle Dios, Hernán!

HERNÁNDEZ. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

LOPE. ¡Válganle Dios, Hernán!

INFANTE. Agora sí:
que sólo ha durado en mí
la porfía hasta el temor.

(Salen DOÑA LEONOR, DON JUAN, TEODORA y ALD. NAL.)

JUAN. ¿Adónde está aquí el Infante?

INFANTE. ¿Quién lo pregunta?

LOPE. Aquí están

doña Leonor y don Juan.

INFANTE. Porfié como ignorante.

No queráis saber agora
más de que soy vuestro amigo,
y así, solamente os digo
que os caséis muy en buen hora.

LEONOR. Siempre de tu gran valor
lo esperé.

JUAN. Y yo, aunque temía.

INFANTE. Mucho más que a mí porfía
le debéis a mi temor.

(Sale GUZMÁN.)

LOPE. ¿Viene el Rey?

GUZMÁN. Ya viene allí.

LOPE. Aunque algo tarde ha llegado,
todo está ya prevenido. (1)

(Salen el REY y todos los más que pueden)

REY. ¿Es don Lope?

LOPE. Señor, sí.

No se dé por entendido
vuestra Majestad, que ya
su Alteza, señor, está
en su intento arrepentido.

REY. ¿Qué hace vuestra Alteza aquí?

INFANTE. Hanse de casar, señor,
don Juan y doña Leonor;

y como me toca a mí
el ser padrino, he querido,
para avisar a mi hermana,
saber si ha de ser mañana.

REY. Que vos, don Juan, hayáis sido,
gustando mi hermano dello,
el dichoso, estimo yo.

JUAN. La vida, señor, me dió
entonces no parecello.

INFANTE. Yo, don Juan, que causa fui
del disgusto que has tenido,
perdón humilde te pido
de haber porfiado así.

Y Laura le dé a mi amor,
que a más virtud me acomodo,
porque tenga fin en todo
La porfía hasta el temar.

FIN

(1) "Prevenido" no rima con "llegado"; quizá sea "preparado".

LA PORTUGUESA, Y DICHA DEL FORASTERO

COMEDIA FAMOSA
DE
LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAJES. — DON ALONSO, Rey de Portugal.
DON ALONSO, Rey de España.
DON ALONSO, Rey de Francia.
DON ALONSO, Rey de Inglaterra.
DON ALONSO, Rey de Aragón.
DON ALONSO, Rey de Navarra.
DON ALONSO, Rey de Castilla.
DON ALONSO, Rey de León.
DON ALONSO, Rey de Galicia.
DON ALONSO, Rey de Extremadura.

PERSONAJES. — DON ALONSO, Rey de Portugal.
DON ALONSO, Rey de España.
DON ALONSO, Rey de Francia.
DON ALONSO, Rey de Inglaterra.
DON ALONSO, Rey de Aragón.
DON ALONSO, Rey de Navarra.
DON ALONSO, Rey de Castilla.
DON ALONSO, Rey de León.
DON ALONSO, Rey de Galicia.
DON ALONSO, Rey de Extremadura.

PERSONAJES. — DON ALONSO, Rey de Portugal.
DON ALONSO, Rey de España.
DON ALONSO, Rey de Francia.
DON ALONSO, Rey de Inglaterra.
DON ALONSO, Rey de Aragón.
DON ALONSO, Rey de Navarra.
DON ALONSO, Rey de Castilla.
DON ALONSO, Rey de León.
DON ALONSO, Rey de Galicia.
DON ALONSO, Rey de Extremadura.

JUAN. que me tengáis por muy vuestro.
De la voluntad que os muestro
podéis, Conde, aseguraros
si se ofrece en qué servirlos.

(Vase el CONDE.)

OTAVIO. Corrido el napolitano,
dejó de ser cortesano
en cansaros, persuadiros
y daros más relación
de su valor.

JUAN. Bien pudiera
Celia, cuando le admitiera,
disculpar su presunción.
¡Caso extraño! ¡Que no fuese
(como pensé que sería)
el llamarse señoría
ocasión que le admitiese!

Que por la misma razón
de su desvanecimiento,
era aqueste casamiento
la más honrada ocasión.

Mas siendo napolitano,
digo yo que no querría
aparecer señoría
traducida en castellano.

No sé qué tengo de hacer.
No hay sujeto en que emplealla:
pues casarme, hasta casalla.
ya veis que no puede ser.

OTAVIO. Gran dote y grande hermosura
tantos pretendientes hace,
que el no resolverte nace
de estar de los dos segura.

Bien piensa Laurencia ser
vuestra mujer.

JUAN. Si lo fuera
si Celia pensar quisiera
en ser de alguno mujer.

Mas, mientras no se casare,
no hay que disponer de mí.

(Vanse. Salen CELIA, dama, y FABIA, criada.)

CELIA. ¿Fuése ya?

FABIA. Señora, sí.

CELIA. Mientras mi hermano pensare
que por su gusto ha de ser
el estado que ha de darme,
será cansarse y cansarme.

FABIA. Bien puedes agradecer
el novio que hoy te traía.

CELIA. ¡Ay, Fabia!, que ya le vi.
y sólo mi gusto en mí
es la mayor señoría.

FABIA. Tengo por cuerda mujer
la que muy despacio mira
qué estado toma, y me admira
el ligero proceder
de muchas, que, sin mirar
más de que marido sea,
a quien menos las desea
dan este nombre y lugar.
de que resulta después
tanto disgusto.

CELIA. Yo creo
que tiene culpa el deseo.
que en muchas tan fácil ves.

No sé si es prudencia en mí
o presunción portuguesa,
aunque presumo que cesa
de haberme criado aquí:

pues ya se me acuerda apenas
la patria, y Madrid lo es mía.

Mas no pienso que podría,
si viese estas plazas llenas

(como de frutas lo están)
de maridos a vender
comprar uno.

FABIA. ¿A qué mujer
un casamiento dirán

que no la perturbe el sexo?

CELIA. Mi hacienda, Fabia, ha causado
pensar despacio mi estado;
este temor te confieso:

que no pienso que por mí
andan estos pretensores
fingiendo celos y amores.

FABIA. La mayor riqueza en ti
es, señora, tu belleza.

CELIA. No debes de saber, Fabia,
cuánto a la virtud agravia
tal vez la naturaleza.

La doncella más hermosa
y de más virtud, sin dote,
no hayas miedo que alborote
la juventud codiciosa.

Pues, ¡por Dios que he de ser
esta vez quien ha de dar [yo
en escoger y en dejar.

¿Que nadie te agrada?

FABIA. No;
CELIA. porque, como yo pensara
lo que los hombres, también
lo mirara menos bien,

que dicen que tiene el medio,
y el medio también, señora.
en la proporción del cuerpo:
el rostro modesto y grave;
limpio sin cuidado el pelo;
que hurtar galas a mujeres
hace los hermosos feos.
Un calzón de espolín de oro,
verde mar, harto bien hecho
con botones de diamantes.

CELIA. ¿Muy finos?

RISELO. No los entiendes,
porque he tenido muy pocos,
y porque hay pocos que dello
sepan la verdad; mas sé
que, tocándose en el cielo
la naturaleza un día,
se le quebró el grande espejo
y que todos los pedazos,
que por el suelo cayeron,
son ahora los diamantes
que tienen en tanto precio.

CELIA. ¿Curiosa imaginación!

RISELO. Medias y ligas, no pienso
que es, pintarlas, de importancia;
pero bien las merecerán
gentiles piernas y pies.

CELIA. ¿Mas que traía colete,
pues hablas del calzón sólo?

RISELO. Ámbar y oro no quisieron
dar lugar al cordobán,
como suelen muchos necios
estar con oro y con ámbar
cubierto el entendimiento.
Esto, sobre tela rica;
el jubón, el ferreruero,
de los que inventó la envidia
de vuestros ricos manteos,
con catorce guarniciones;
en las plumas del sombrero,
una rosa de diamantes.

CELIA. ¿Eran también del espejo
de la gran naturaleza?

RISELO. No sé, ¿por Dios!; mas sospecho
que los llamaron brillantes
nuestros poetas modernos.
Espada, daga y cadena...

CELIA. No más que saber deseo
si ese cuerpo está con alma.

RISELO. Cada parte de su cuerpo,
más de mil almas tenía;
que era gracioso y discreto.

CELIA. ¿Quién es, en este lugar,

tan divino caballero?

RISELO. En este lugar no es nadie,
que tiene el suyo más lejos.
FABIA.

CELIA. Señora,
CELIA. Sin duda

que es aqueste el forastero
que nos contó Feliciano.

FABIA. Ni aun él pudiera, sin serlo,
parecer tan bien a todos.

RISELO. Lo muy visto, siempre es menos.

CELIA. ¿Caso extraño! ¿Que me voy
a visitar donde luego
del forastero no hablen!
Pues en la corte no creo
que se echan de ver los hombres,
porque es un mar tan soberbio,
que mil príncipes anega.

Si voy a misa, allí tengo
mil nuevas de su persona;
tanto, que casi confieso
deseo de verle, Fabia.

FABIA. Milagro de tus desprecios.

RISELO. Perdona, si te he cansado
con tan necia relación;
pues te di satisfacción
de tu gusto y mi cuidado;
y mira cuándo tendré
para parecer, licencia,
en presencia, si en ausencia
piensas que me falta fe.

CELIA. Cuando quisieres, Risoel;
mucho te quiere don Juan.

RISELO. ¿Qué bien con su amor tendrán
mis esperanzas consuelo! (*Pase.*)

CELIA. Enfado y gusto me ha dado
la relación.

FABIA. No sé yo
cómo, señora, te dió
a un tiempo gusto y enfado.

CELIA. Enfado, porque este necio
me venga ahora a alabar
lo que podría causar
en mí amor, y en él desprecio,
y gusto, porque me ha dado
deseo de verle ya;
y así verás que me da
a un tiempo gusto y enfado.

(*Salen DON JUAN DE SILVA y OTAVIO.*)

JUAN.

Mucho puede en el mundo la hermosura.

QUANDO

Breve, mas amarelo

HOJE

Quero

petra e fumaça para o meu cento e

elito e para o meu cento e cem petra

Ave, ave, ave, ave, ave, ave, ave

Um petra e fumaça para o meu cento e

HOJE

estou aqui

HOJE

Quero

QUANDO

Quero, quero

trata o meu petra

HOJE

estou aqui

QUANDO

Tenho a minha petra e fumaça

Que é a minha petra e fumaça

HOJE

estou aqui

de petra

QUANDO

de petra

HOJE

Quero

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

HOJE

Pues, pues, pues, pues, pues, pues, pues

um petra e fumaça para o meu cento e

um petra e fumaça para o meu cento e

um petra e fumaça para o meu cento e

QUANDO

Meu petra e fumaça para o meu cento e

meu petra e fumaça para o meu cento e

meu petra e fumaça para o meu cento e

meu petra e fumaça para o meu cento e

meu petra e fumaça para o meu cento e

HOJE

Quero, quero, quero

QUANDO

estou aqui

HOJE

Hoy

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

HOJE

Madrid, Madrid, Madrid, Madrid, Madrid

Madrid, Madrid, Madrid, Madrid, Madrid

HOJE

São Paulo, São Paulo, São Paulo, São Paulo

São Paulo, São Paulo, São Paulo, São Paulo

QUANDO

estou aqui

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

Pues, pues, pues, pues, pues, pues, pues

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

petra e fumaça para o meu cento e

QUANDO

estou aqui

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

estou aqui

HOJE

JUAN.

El forastero. pues.

CELIA.

Prosigue. Y viste
con novedad caballo y caballero:
que tú, cuando te agrada alguna cosa,
vano, presumes de poeta en prosa.

JUAN.

Deja las burlas con que siempre tienes
armado el arco del desprecio injusto
con mil flechas de bárbaros desdenes;
que ya para pintarle estoy sin gusto.

CELIA.

¿Pues quieres tú, si enamorado vienes
y yo estoy de otra cosa con disgusto,
que contigo, don Juan, no me entretenga?

OCTAVIO.

Dejad el forastero, vaya o venga.

JUAN.

No le quiero dejar, que me he corrido.
¿Tráigole acaso yo porque me agrada?
Digo, pues, enojado, que vestido
al uso de Madrid, la bien formada
persona con gracioso movimiento,
le dió al caballo, y el caballo al viento. (1)

La carrera veloz juzgando poca,
el fuerte overo, de arrogancia lleno;
el breve mar de la fogosa boca,
baño (2) de espuma la ribera al íreño.
Bien pensé yo que las arenas toca
el pie veloz, imitador del trueno,
pero no que pudieran verle apenas,
si fueran tantos ojos como arenas.

Pasó con aire más que halló en el Prado,
porque llevó tras sí todo el que había,
pues el olmo más alto, ya copado
más de piedra que de hojas parecía.
El overo andaluz, que ya paraba
sobre los pies, apenas se movía,
parece que decía, con bufido
espumoso: "Yo soy el que ha corrido".

Llegué contento, y dije al caballero
lo que supe mejor, y a su posada
le acompañé; y, hablando del overo,

me le ofreció con voluntad pagada:
en fin, me hizo apear, entré primero,
supe quién era y que su casa honrada
tenía en Zaragoza, con blasones
del timbre de los nobles Aragones.

Hablamos en espadas: trujo un paje
dos negras, que tomamos los dos luego,
y aunque de punto mi arrogancia baje
y me digas que de afición me ciego,
sólo permitiré que le aventaje
don Luis Pacheco, o ya se funde el juego
en práctica o teórica, pues puede
decir que al arte en la destreza excede.

Vinieron unas damas, que ha rendido
su talle en el lugar tantas, que intento
contarle los instantes que ha tenido
al tiempo, en tantos años, si las cuento;
sacaron ciertas rifas, yo he perdido,
y con haber perdido, estoy contento
sólo en pensar que me ha ganado un hombre
tan discreto, galán y gentilhombre.

Que, si él vive en Madrid, seré su amigo,
a fe de portugués, con mucho gusto;
y no para tratar bodas contigo,
que ya conozco que te doy disgusto;
mi voluntad le casará conmigo
en amistad con lazo eterno y justo.
Esta es la historia, Celia, del overo
en que bajaba al Prado el forastero.

(Vase.)

CELIA. ¿Buen enojo!

OCTAVIO. Con razón.

CELIA. ¿Fuiste tú con él, Octavio?

OCTAVIO. ¿Cuándo cesará el agravio
de tu esquivia condición?

Que yo fui, Celia, con él,
y aun no es encarecimiento
lo que dice.

CELIA. Ya su intento
conozco.

OCTAVIO. ¿Qué entiendes dél?

CELIA. Que, viéndome tan extraña,
que a ninguno destos quiero,
ya se mete a ser tercero,
y con palabras me engaña.

¿Dónde vive el forastero?

OCTAVIO. Vive en la calle del Prado,
donde hay un balcón dorado
y debajo aquel letrero
que dice: "Casa..."

CELIA. ¿De quién?

(1) Faltan dos versos a esta octava.

(2) En el original, "vano", por errata.

cuando, a dos vueltas que dais,
ya vuelve el sol a ponerse,
y toda su confusión
en mudo silencio vuelve.

Pues ver mil coches de día,
del Prado armados bajeles:
mil oficios, mil ociosos,
pleitos, voces, mercaderes,
todo a las diez recogido,
es cosa que me enloquece.

No sé adónde hay para tantos
ni camas donde se acuesten,
ni brazos que los recojan;
todos, en efecto, duermen,
y vuelven a levantarse.

FÉLIX. Gallardamente parece
esa vanidad. Beltrán.

Yo te digo que quien puede
vivirla, nació dichoso.

BELTRÁN. No me espanto que le muestres
amor, a tu edad conforme;
de mí sí que no te aleje
de sus peligros, primero
que entre sus ondas te anegues.
Acá vinieron tres damas
a buscarte.

FÉLIX. ¿Qué me quieren?

BELTRÁN. Saber si tienes dineros.

FÉLIX. ¿Sienten mi partida?

BELTRÁN. Sienten que no tienes qué las dar.

FÉLIX. ¡Bravamente se defienden
del tiempo en Madrid las damas!

BELTRÁN. Las galas las favorecen.
Visten bien, hablan mejor,
y con melindres y afeites
van y vienen al Jordan.

FÉLIX. Tarde es ya. ¿Cómo no vienen
estos hombres? Que no hay cosa
que más, Beltrán, desespere
que detener al que parte.

BELTRÁN. Voy a ver quién los detiene.

(*L'asc.*)

FÉLIX.

Hermosa variedad, centro de España,
casa del sol, que la gobierna y dora;
de tanta tierra y mar legisladora:
cuanta en sus pies en oro y perla baña.

Dulce veneno, que la edad engaña
y el occidente junta con la aurora:
tanto siento de vos partirme agora,
que parece que voy a tierra extraña.

Pero si la razón os considera,
en tanta confusión, llena de engaños,
tendrá por dicha que dejaros quiera.

Yo vuelvo a prevenir mayores daños;
que no era bien que vuestro Argel tuviera
cautivo el tiempo de mis verdes años.

(*Sal. BELTRÁN.*)

BELTRÁN. ¡Oh, qué cuento tan gracioso!

FÉLIX. ¿Viene esa gente, Beltrán?

BELTRÁN. Dos... no sé qué diga, están,
en traje bizarro, airoso,
limpio y con notable olor,
a la puerta, preguntando
por ti.

FÉLIX. ¿Por mí?

BELTRÁN. Y en llegando,
la de más talle, señor,
se quedó muerta, de ver
que te partes.

FÉLIX. ¿Muerta?

BELTRÁN. Sí.

FÉLIX. ¿Entran?

BELTRÁN. Pienso que así
te podrás entretener,
mientras los muleros vienen.

FÉLIX. Di que entren.

BELTRÁN. Ya se han entrado.

(*Salen CELIA y FABIA, con manos.*)

FÉLIX. ¿Gentil tallazo!

BELTRÁN. Extremado.
No sé, ¡por Dios!, qué se tienen
las mujeres de Madrid.

FABIA. ¿No hablas?

CELIA. Estoy turbada.

FABIA. ¿Agrádate el hombre?

CELIA. (Agradada.)

FÉLIX. Mis señoras, advertid
que sin razón os tapáis
de un hombre que ya se parte.
(Si no piensas destaparte,
vámonos.)

FÉLIX. ¿Por qué calláis?

¿Es desconfianza vuestra,
o provocar mi osadía?

CELIA. No nace la cobardía
que mi encogimiento os muestra
de esas sospechas; que creo
que supiéramos los dos,
hablar yo, responder vos.

esta noche, en un jardín
de mi casa, con secreto.

FÉLIX. Que os sirvo en esto os prometo,
pues por vos me quedo, en fin,
sin saber a qué me quedo,
ni quién sois.

CELIA. Aquí vendrán
por vos.

FÉLIX. Siguelas, Beltrán.

CELIA. Eso no.

FÉLIX. Pues ¿cómo puedo
estar seguro de vos?

CELIA. Digo que por vos vendrán.
Adiós, don Félix galán.

FÉLIX. Hermosa tapada, adiós.

BELTRÁN. Descubra vuesa merced
tantico la faz.

FABIA. Allá
esta noche me verá,
y entonces le haré merced.

(Vanse las dos.)

FÉLIX. Des-pide esa gente luego.

BELTRÁN. ¿Qué graciosa necesidad!
¿Luego esto ha de ser verdad?

FÉLIX. ¿No hay, Beltrán, secreto fuego?
¿No hay minas? ¿no hay basi-
[liscos?

BELTRÁN. ¿Luego me das a entender
que quieres esta mujer?

FÉLIX. Si los más áspers riscos,
si el mar más fiero y cruel
pasar por ella pensara...

BELTRÁN. ¿Cómo se te ve en la cara
que eres lindo moscatel!

FÉLIX. ¿Qué hombre mozo, Beltrán,
no probara esta aventura?

BELTRÁN. A cosa que no es segura,
nunca los discretos van.

¿Plega a Dios que no haya allá
quien nos pague de contado
haber en su casa entrado!

FÉLIX. Ya lo dije.

BELTRÁN. Bien está.

FÉLIX. Des-pide luego esa gente.

BELTRÁN. Siempre mira, el que es discreto,
el fin de cualquiera efeto,
antes que el principio intente.

Si esta mujer es doncella,
que bien se puede seguir
de verla. ¿qué has de decir,
si te cogiesen con ella?

Si es, como pienso, casada,

¿a qué peligro te pones?
Si es viuda. ¿qué ocasiones
de un galán y de una espada!

Que, como en efeto cria
la soledad mal humor,
hállanse mucho mejor
con alguna compañía.

Pues ser libre, no lo creo;
porque, como libre fuera,
se descubriera, y viniera
a ejecutar su deseo.

¿Y qué te puede importar,
de botas y plumas llenos,
una mujer más o menos?

FÉLIX. Beltrán: servir y callar.

BELTRÁN. Yo digo que es justa cosa,
y la obediencia, virtud:
pero tenga yo salud
como es necesidad famosa.

(Vanse. Salen CELIA y FABIA en casa.)

CELIA. ¿Fué el escudero?

FABIA. Ya fué;

y aunque es tanta su inocencia,
no le faltó su malicia,
admirado de que quieras
hablar un hombre de noche;
mas díjele que Florela
había de estar acá,
y que era su amada prenda,
y cosas de matrimonio.

CELIA. Sabe el cielo que me tiembla
el corazón, de pensar
el peligro que me espera,
si no me sucede bien.

FABIA. ¡Ah, señora, qué flaqueza
tan grande para venganza
de los hombres que desprecias!
Vuelve en ti.

CELIA. Pienso que estoy
arrepentida. ¡Oh, soberbia
presunción, a qué has traído
mi ignorancia y mi venganza!
¿Qué locura fué la mía!
¿Qué vi en un hombre que apenas
puedo decir que le vi?
¿Qué conformidad de estrellas
pudo ser la de los dos,
que él, sin verme, aquí se queda,
y yo, de verle una vez,
me parto a buscar mi afrenta?
¿Cómo podremos hacer,
Fabia, para que no venga?

ella a sí misma se besa,
pues es traidora a mi boca.

(DON JUAN DE SILVA, dentro.)

JUAN. ¿Qué oscuridad es ésta?
¡Hola! ¿No hay aquí una luz?

CELIA. ¡Ay, triste!

FÉLIX. Quien fuere, sea.

(Saca la espada.)

CELIA. No saquéis, señor, la espada.

FÉLIX. Si sacan luz, será fuerza,
o sea marido o padre.

BELTRÁN. Yo no lo dije?

FABIA. ¿Qué espera?

Ya no hay remedio, si no es
que en tu aposento le meta.

CELIA. Ponle detrás de mi cama.

FÉLIX. ¿No es mejor que me defienda?

CELIA. No, señor; esto es mi honor.

FÉLIX. Pues si es vuestro honor, yo muera.

BELTRÁN. ¿Y a mí, dónde ha de llevarme?

FABIA. Venid conmigo a la celda
de un cierto galán sardesco.

BELTRÁN. ¿No hay bodega?

FABIA. No hay bodega.

(Vanse los dos tras FABIA, y sale LUCIO, criado, con una bujía encendida, y DON JUAN detrás, con brequel y capa de noche.)

LUCIO. No ha sido nuestro descuido.

CELIA. Don Juan, norabuena vengas.

Ya salía yo a tus voces.

JUAN. ¿Sin luz una casa, Celia?

CELIA. Yo te juro que mañana
estos necios y estas necias
sepan cómo han de servir.

JUAN. Yo sabré reñirlos. Entra,
que traigo que te contar
de otro novio que nos ruega
con más de cien mil ducados:
hombre de oficio y nobleza,
y no mal talle.

CELIA. ¿Los años?

JUAN. El treinta y nueve confiesa.

CELIA. Añádele diez.

JUAN. Tendrá
punto menos de cincuenta.

(Sale FABIA.)

CELIA. Fabia, en gran peligro estás

FABIA. Dios sabe lo que me pesa.

Mas bien le puedes echar.

CELIA. No sé. Del alma quisiera.

JORNADA SEGUNDA

(Salen DON FÉLIX y BELTRÁN.)

FÉLIX.

Detente, blanca aurora,
mientras que salgo desta casa vivo.

BELTRÁN.

Ya parece que dora
su plata el sol.

FÉLIX.

De mi suceso escribo
la tabla por milagro.

BELTRÁN.

Ya no pensaba verte,
y cuando me llamaron donde estaba
escondido, a mi muerte
dispuse el corazón que me animaba,
la tuya presumiendo.

FÉLIX.

Lo que ha pasado (1) yo te iré diciendo,
que son cosas notables.
Postas a Zaragoza tomo luego.

BELTRÁN.

Camina, pues.

FÉLIX.

No hables.
Beltrán, palabra hasta Aragón te ruego.

BELTRÁN.

Pues ¿dejas esta dama?

FÉLIX.

Huyendo voy de lastimar su fama.

BELTRÁN.

¿Quién es?

FÉLIX.

No lo he sabido,
ni señas de su rostro puedo darte.

(1) En el original, "he pensado"

BENJAMIN

O meu filho, a tua mãe
 não quer que tu saias de casa.

FRANCIS

Eu não sou a tua mãe.
 Eu sou a tua irmã.

FRANCIS

JULIA

Mãe, não te preocupes.

FRANCIS

Não te preocupes, mãe.

Eu vou sair de casa
 e vou trabalhar.

JULIA

Eu não quero que tu saias.

FRANCIS

Eu vou sair de casa.

JULIA

Mãe, não te preocupes.

Eu vou sair de casa.

Eu vou sair de casa.

Eu vou sair de casa.

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

Mãe, não te preocupes.

Eu vou sair de casa.

FRANCIS

Eu vou sair de casa.

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

FRANCIS

CELIA

Eu não quero que tu saias.
 Eu não quero que tu saias.

JULIA

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

CELIA

CELIA

CELIA

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

CELIA

CELIA

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

Eu não quero que tu saias.

CELIA

FABIA.

Antes. Celia. no hallé sino cuidado.

CELIA.

¿Qué dices? ¿Que no hallaste...

FABIA.

¿De qué sirve que en tanta desventura
tiempo y palabras gaste?

CELIA.

¿Estaba otra mujer con mas ventura
aguardando, por dicha,
aquel hermoso autor de mi desdicha?

FABIA.

Señora, a su posada
llegué con tu papel, y me dijeron...

CELIA.

Ya estoy toda turbada.

FABIA.

Que Beltrán y don Félix se partieron
a Zaragoza.

CELIA.

¡Ay, triste!

FABIA.

Esto es sin duda.

CELIA.

¡Por mi muerte finiste!

FABIA.

En postas, por más prisa,
dicen que van.

CELIA.

El bien en postas vuela.

Por más que nos avisa
vuestra maldad, traición, arte y cautela,
¡ay, hombres desleales!,
no nos pueden mover ejemplos tales.
¿Qué haré?

FABIA.

Temo tu vida.

CELIA.

Ya no la temas. que temer no es justo.
en vida tan perdida,
ni deshonra, ni muerte, ni disgusto.
Cierta será la mía.

¡Mal haya la mujer que en hombres na!

¿Esto ha sido nobleza?

Traidor don Félix. ¿tú Aragón naciste?

FABIA.

Reprime la tristeza,
que está Riselo aquí.

CELIA.

Pues vete. ¡ay, triste!,
que hablar quiero a Riselo.

FABIA.

Tu juicio y tu vida guarde el cielo.

(Pasa. Sale RISELO.)

RISELO.

Viendo pasar de camino
a tu hermano con Otavio,
mi amor perdido, y no saber,
a verte y cansarte vino.

Perdona mi atrevimiento.

CELIA.

¡Ay, Riselo, a qué ocasión
te trujo, en tanta pasión,
mi cuidado y pensamiento!

¿Dónde te dijo que iba?

RISELO.

Al casamiento, o me engaña,
de los principes de España:
del sol, que mil siglos viva,
con la luna, que ha de dar
de su luz tales estrellas,
que puede la menor dellas
nuestro hemisferio alumbrar.

CELIA.

¿Podré fiarme de ti?

RISELO.

Siempre me has desestimado.

CELIA.

Pues sabe que te ha engañado.

RISELO.

¿Don Juan engañado a mí?

CELIA.

Don Juan es ido a Aragón.

RISELO.

¿A qué va a Aragón don Juan?

CELIA.

Mis desdichas te dirán
la ocasión, porque lo son:
anoche mató a mi puerta
un hombre don Juan, por mí;
no porque ocasión le di,
que de todo estaba incierta,
y tú de experiencia sabes
mi desdén.

RISELO.

¡Válgame el cielo!

CELIA.

Esto ha pasado, Riselo;
porque de cosas tan graves
sólo a ti se puede dar
parte y valerse de ti.

RISELO.

Para servirte nací.

$\dot{K}_1 = 0$

PEDRO.

Espera un poco,
que ya yo sé que amor, o cuerdo, o loco,
cuanto más tiene de esperar contento,
tanto tiene de menos sentimiento.

(Vase DON PEDRO.)

LISARDA.

Amé desde el principio de mi vida,
Félix, tus altos méritos, guiada
de aquella luz que el alma enamorada
a tu dulce prisión llevó rendida.

Contigo, el sol me amaneció, vestida
de esta verde esperanza dilatada,
contigo, hasta bajar la noche helada
para volverte a ver entretenida.

Ya con tu ausencia, todo me acobarda:
ningún remedio de tus manos viene
a contar la esperanza que te aguarda.

Morir y no tenerla me conviene:
que más mata esperar el bien que tarda,
que padecer el mal que ya se tiene.

(Sale BELTRÁN.)

BELTRÁN. Detente un poco, por Dios,
mientras albricias te pido.

LISARDA. Seas, Beltrán, bien venido.

BELTRÁN. ¿Qué miras, si somos dos?

LISARDA. Como niño busco en vano
por quien el alma suspira,
que el espejo en que se mira
tienta detrás con la mano.

¿No viene mi bien?

BELTRÁN. Ya viene:
que yo he querido ganar
las albricias, por hurtar
las esperanzas que tiene.

LISARDA. No me puedo persuadir
a que no viene mi bien.

BELTRÁN. Digo que viene también.

LISARDA. Pues iréle a recibir.

BELTRÁN. ¿De qué tal sospecha tienes?

LISARDA. Ya viene, a fe de español.
De que se queda mi sol,
y tú como sombra vienes.

La noche sucede al día.

BELTRÁN. Este mismo le verás.

(Sale DON FÉLIX.)

FÉLIX. ¡Ay, prima! Que sufrir más
parece descortesía.

(Abrazanse.)

LISARDA.

Despacio me has de abrazar:
que también mata el placer,
si el lugar que ha de tener
tiene ocupado el pesar.

Y aunque el amor, siempre loco,
quiere a tus brazos llevarme,
ya viene el alma a avisarme
que me vaya poco a poco.

FÉLIX.

Yo, por lo menos, no puedo
sufrir tanto, y en mis brazos
confirмо esperados lazos,
contra la opinión del miedo (1).

Y aun pienso que este contento
a tu rostro me obligará,
si el respeto no templara
la fuerza al entendimiento.

LISARDA.

¿Qué olor traes de Madrid!
No sé cómo te abracé.

FÉLIX.

A esa gente que dejé,
lo que os he dicho advertid

LISARDA.

¿No respondes? Mal indicio.

FÉLIX.

Estoy, prima, con cuidado.

BELTRÁN.

Las postas se han despachado.
Ir y venir es su oficio.

FÉLIX.

¿Qué tengo que responder,
si ya celosa te veo,
en agravio del deseo
con que te he venido a ver?

Ver la corte un caballero
es fuerza en cualquiera parte
de España, aprendiendo el arte
de serlo el más verdadero.

Esto en un mes aprendí,
esto he visto y esto sé:
vi su estilo, aunque no fué
gran novedad para mí.

Y pienso que en mis acciones
se verá, si es de importancia.

LISARDA.

Por lo menos, la elegancia
de tus discretas razones.

Gastar en Madrid un hombre,
en un mes, dos mil ducados,
son indicios extremados
que aprendió el arte y el nombre.

¡Bravos maestros tuviste!
Alguno sería mujer.

Presto se ha echado de ver
lo que en la corte aprendiste,
que bien se pagan también.

FÉLIX.

No fueron mal empleados:
con amigos y criados

(1) En el original "mucho" por errata

INÉS. A la fe, quien va de acá,
Beltrán, mal acostumbrado,
no traerá más que ha llevado.
BELTRÁN. ¿Tan malo fui?
INÉS. Claro está.

(Sale DON PEDRO DE ARAGÓN.)

FINEO. Señor viene.
PEDRO. En fin, yo he sido
el postrero que ha gozado
tus brazos.

FÉLIX. Aún no he llegado.
PEDRO. Mejor dirás: "no he partido",
según te hallabas allá.
¿Qué has hecho a tu prima, di,
que está llorando?

FÉLIX. De mi
quejosa o celosa está
PEDRO. ¿Tú no ves que es todo amor?
¿Cuándo te quieres casar?

FÉLIX. Dame un poco de lugar
para prevenir, señor,
las cosas que he menester.

PEDRO. Respuesta doncella ha sido.
Pues tú, para ser marido,
¿qué prevención has de hacer?

FÉLIX. Galas no puedo excusar,
casa y libreas.

PEDRO. Yo quiero
salir a todo.

FÉLIX. Primero
querria desenojar
a Lisarda.

PEDRO. Y es razón.
Ven conmigo.

FÉLIX. Si me pide
celos, la boda despide,
porque muy cansados son.

(Vanse los dos.)

INÉS. ¡Ah, señor Beltrán!
BELTRÁN. ¿Qué manda?

INÉS. ¡Qué espetado me recibe!
BELTRÁN. Así por allá se vive,
así se negocia y anda.

INÉS. ¿No trae rizos de allá,
ni vocablos exquisitos?

BELTRÁN. Esos son cuatro mocitos,
que a cinco no llegan ya.
Pero, en el mundo, no creo
que haya más valor que allí.

¡Qué graves personas vi,
en cuanto pide el deseo!
¡Qué entendimientos tan claros,
qué amistades, qué lealtades!

INÉS. ¿Lealtades en amistades?
¡Gran cosa, milagros raros!
Ese bien basta que tenga.

BELTRÁN. Aunque no falta castigo.
Quien escoge infame amigo,
tómese el mal que le venga.
Dejando pueblos en Francia,
¿tienes ahí cualquier ropa?

INÉS. Habrá notable iragancia.
Veraste en agua de azahar,
que ya esta puesta a cocer;
que todo es bien menester,
 viniendo de ese lugar.

BELTRÁN. Pagaréte en cien mil cosas.
INÉS. Los ausentes sois ingratos.

BELTRÁN. Ven, y daréte zapatos,
cintas y cosas famosas.

(Vase. Salen DON JUAN y OTAVIO.)

JUAN. ¿Por qué te volviste?
OTAVIO. Fue

forzoso el volverme luego.
JUAN. Perdiste, Otavio, de ver
los reales casamientos
de los príncipes de España.

OTAVIO. De mis negocios me quejo,
que no me dieron lugar.

JUAN. Recibíome bien don Diego,
y pude esperar dos días,
si bien en todos no tengo
nuevas de mi casa, Otavio.

OTAVIO. Ya mi descuido confieso,
que no he visitado a Celia.

JUAN. No gastéis en cumplimientos
conmigo, Otavio, palabras.

OTAVIO. ¿Hubo algún nuevo suceso?

JUAN.

Por no mover, como era justo, a España
con este regocijo,
al príncipe su hijo,
que fué de su modestia heroica hazaña,
casó Felipe, Otavio, donde sabes,
huyendo al monte las siniestras aves.
No la voz infeliz, se oyó ninguna;
salió Venus hermosa,
bañada en pura rosa.

JUAN. ¿A qué fue a Atocna?
 BERNAL. Fué: mas luego
 que en la reja se aparearon,
 que me volviese dijeron,
 porque habían de volver
 con las hijas de don Pedro;
 y, tomándola la mano
 Riseio, se entraron dentro.
 JUAN. Cerca, sin duda, temán
 con lo que los dos se fueron.
 ¡Traidor Riseio! ¿Tú a mí?
 Y tú, ¡ingrata!, ¿cómo has hecho
 desprecio de todo el mundo,
 para dar en tal desprecio?
 Yo te casara con él,
 aunque era pobre.

OTAVIO. No acierto
 a daros, en tanto mal,
 consuelo alguno.

JUAN. ¿Consuelo?
 ¿Adonde le puede haber,
 si no es en partir tras ellos
 en las postas de mi honor
 y de mi agravio en el viento?

BERNAL. Señor: Decio me contó
 que con el coche vinieron
 a Madrid; en un caballo
 conoció al traidor Riseio,
 camino de Zaragoza,
 y una dama, que sospecho
 que sería mi señora,
 un blanco rebozo puesto,
 con un sombrero de plumas.

JUAN. Ellos son, Otavio; hoy quiero
 hacer prueba de tu amor.

OTAVIO. No te dejaré, si entiendo
 perder mil veces la vida.

JUAN. Salid todos de aquí presto,
 ¡perros!, que quiero poner

(Vanse los criados.)

a la casa infame fuego,
 donde para mi deshonra
 se hicieron estos conciertos.

OTAVIO. Don Juan, no es tiempo de voces:
 de sólo remedio es tiempo.

JUAN. ¡Celia ingrata, al fin mujer!
 Advierta el hombre discreto
 que de su sombra se fia
 que ara el mar y siembra el viento.

*(Vanse. Sale RISEIO, de corse, y CELIA, de por-
 tinesa.)*

RISEIO. Solamente una mujer
 engañara a un hombre así,
 para que se viese en mí
 lo que más podéis hacer.
 Que de querer a creer
 hay diferencia tan poca,
 que luego a querer prosigáis,
 pero tenéis condición
 que aun no sabe el corazón
 las mentiras de la boca.

A Zaragoza he venido,
 de mi amor tan engañado
 cuanto estuve confiado
 de que no hubieras mentido.
 Traidor a don Juan he sido,
 pues no está don Juan aquí;
 del crédito que te di,
 tan arrepentido estoy,
 que no te dejo y me voy
 porque ya le obligo así.

Estás en un reino extraño,
 adonde te has de perder;
 que siendo sola, y mujer,
 ¿qué más claro desengaño?
 Ya no puede ser el daño,
 de lo que ha sido, mayor.
 Que no fui amigo traidor,
 necio, sí, decir podrán;
 y aunque me mate don Juan,
 quiero defender su honor.

CELIA. Riseio, para tener
 un hombre de su afición
 la justa satisfacción,
 hay poco que agradecer.
 Amar es obedecer,
 y padecer, y sufrir;
 esto se llama servir,
 esto amar, esto obligar;
 que amor no se ha de quejar,
 aunque se viese morir.

Advertida la razón
 por que vine a esta ciudad,
 ni la mía es libertad,
 ni la tuya fué traición.
 Cumple con la obligación
 que tienes de caballero,
 como en tu nobleza espero;
 que cuando sepas mi historia
 te dará mi amor memoria
 de amigo el mas verdadero.

La casa que ves aquí
 es, en aquesta ciudad,
 de notable calidad:

e que en chegando a otro reino,
 conmigo se casaría;
 naon lo fizo el can judeo,
 que hoje en aquesta ciudad
 ou fose arrepentinento,
 que sempre consigo trae
 aquilo que foy mal feyto.
 miñas joyas me pediu
 para dexarme: ¡qué intento
 de home fidalgo! e sacou
 da vaina o cobarde ferro:
 eu que o ví, espallando voces,
 e queixumes a os ceos,
 porque as pedras que me ouvirán
 ajudasen meos desejos.
 Foy socorrida de tudos
 os que escutáis meu tormento:
 que si naon, ficara morta:
 e de finollos vos pezo
 amparéi ua moller,
 pois ja remedio naon teño,
 sinaon chorar e morrer,
 pidiendo mia morte a Deus.

¡Extraña lástima!

PEDRO.
 LISARDA.

Extraña:

y que a grande compasión
 me ha movido el corazón.

PEDRO.

Tú, Lisarda, la acompaña:
 tú la ampara, tú la anima;
 no se pierda, que es piedad
 justa en tanta soledad,
 que hasta las piedras lastima.
 ¡Ea. Inés; ea Fineo!
 Todos la habéis de alegrar,
 Beltrán, aquí has de mostrar
 tu buen humor.

(Vase.)

BELTRÁN.

¡Qué deseo
 no tiene ya granjeado?
 Estad cierta que seréis
 tan regalada, que estéis
 sin género de cuidado,
 y que si el hombre parece
 sólo un día en la ciudad,
 tendrá, de tan gran maldad,
 el castigo que merece.

LISARDA.

¡Cómo es, portuguesa amiga,
 el nombre?

CELIA.

Miña señora, [agora
 Constanza. (Ap.) (Que es bien que
 constante en todo me diga.)

LISARDA.

Venid conmigo, Constanza.

CELIA.

¿Sois casada?

LISARDA.

Aún no lo estoy:
 pero ya tan cerca estoy,
 que es posesión la esperanza.

CELIA.

¿Sois filla do señor vello?

LISARDA.

Es don Pedro, mi señor,
 mi tío.

CELIA.

Voso valor

tendrá o vello por espello.

LISARDA.

Con su hijo está traído
 mi casamiento.

CELIA.

(Ap.) (¡Ay de mí!)
 ¿Naon está feyto?

LISARDA.

No, y sí. [do.]

CELIA.

(Ap.) (A ver mi muerte he llega-
 ¿Qué nome tein voso esposo?

LISARDA.

Don Félix.

CELIA.

¡Vállame Deus!

¿E saon os méritos seus
 dignos para serlo voso?

LISARDA.

Presto, amiga, le veras.
 Ven conmigo.

CELIA.

(Ap.) (En él verá
 mi muerte. Triste, ¿qué haré?
 ¡Morir me falta no más!)

(Vanse todos y queda BELTRÁN.)

BELTRÁN.

No he visto en toda mi vida
 más bella mujer. ¡Qué cara!
 Nunca Troya se abrasara,
 ni fuera España perdida
 por la celebrada Elena
 y por la bella Florinda,
 si vieran cosa tan linda
 y de tantas gracias llena.

¡Oh, portuguesa del cielo,
 pegado me ha el dios machín
 con el medio celemin!

Celazos de Inés recelo:
 pero ¿qué se me da a mí?
 Ellas, si quieren, ¿también
 no nos dan perros? Pues bien...

(Sale DOX FÉLIX.)

FÉLIX.

¡Oh, Beltrán! ¿Qué haces aquí?

BELTRÁN.

Ha sucedido una cosa
 que no hay encarecimiento
 con que pueda exagerarla.

FÉLIX.

Si es de Lisarda, son celos;
 si es de mi padre, son voces.

BELTRÁN.

Del blanco has dado muy lejos.

me halláis, y cuan diferente
del que os hizo tal desprecio;
que os juro que he visto en vos
tanta belleza, que creo
que tomáis en mi venganza
de los delitos ajenos.

CELIA. ¿Alleos saon os delitos?

¡Ficay en bora! Non queiro
que me volváis a matar.

FÉLIX. Aunque no queráis, soy vuestro.
Dadme una mano.

CELIA. ¿Ua miao?

Que vos cortara prometo
la vosa, a ter ua faca.

FÉLIX. ¡Bravo rigor! ¿Qué os han hecho
mis manos, para cortarlas?

CELIA. Tiraila.

FÉLIX. Yo ire siguiendo
vuestra luz.

CELIA. ¡Aquí del rey!

FÉLIX. ¡La portuguesa me ha muerto!

JORNADA TERCERA

(Salen DON JUAN DE SILVA y OTAVIO.)

OTAVIO. Bien parece esta ciudad
de Augusto César grandeza.

JUAN. Si venciera mi tristeza
con su pompa y majestad,
fuera más notable indicio
de su valor, y más cierto,
cuanto es más dar alma a un muerto
que labrar un edificio.

¡Ay Zaragoza, si en ti
hallase puerto a mi honor,
como le tuvo el traidor
que viene huyendo de mi.

daria eterna alabanza
a los fueros de Aragón!
Que tomar satisfacción
no se ha de llamar venganza.

OTAVIO. ¿Acuérdate, por ventura,
de aquel galán forastero,
el que corriendo el overo,
que en bronce o en plata pura
esculpirse mereció,

te agradó de tal manera?

JUAN. Bien me acuerdo.

OTAVIO. ¿Pues no era
desta ciudad?

JUAN. Pienso yo
que Zaragoza decía;
mas del nombre no me acuerdo.
¡Qué galán, qué noble y cuerdo,
y qué ilustre parecía!

OTAVIO. Pues don Félix de Aragón
nos dijo que se llamaba.

JUAN. No poco nos importaba
su amparo en esta ocasión.

Bien arrepentido estoy
de no haberle dado, Otavio,
mi casa.

OTAVIO. Para este agravio,
de que yo testigo soy.

¿no basta ser caballero?

JUAN. ¿Quién le hubiera aposentado,
para tenerle obligado!

OTAVIO. Que hara lo que es justo espero,
si te vales dél, don Juan.

JUAN. Preguntaremos por él.

OTAVIO. ¿Que se pierda, en tan cruel
fortuna?

JUAN. Aquí nos dirán,
por ser armas de Aragones
las desta famosa casa,
donde vive.

OTAVIO. Gente pasa.
Pregunta, y no te apasiones:
que el cielo te ha de ayudar.

*(Salen ESCUDEROS, y LISARDA, con manto, e INÉS y
BELTRÁN, detrás, con una almohada.)*

JUAN. Esta dama ilustre y bella
presumo que viene a ella.

OTAVIO. Y te comienza a mirar.

JUAN. No es culpa la corte-sia.

LISARDA. ¿Mandáis algo, caballero?

JUAN. Mi señora, a un escudero
vuestro preguntar quería
por don Félix de Aragón.

LISARDA. Esta es su casa, aquí vive.

JUAN. Ya toda el alma apereibe
indicios de obligación.

LISARDA. No soy su mujer, que soy
su prima.

JUAN. De cualquier modo,
me toca ser vuestro todo;
que tan obligado estoy.

LISARDA. Beltrán, ¿dónde está mi primo?

BELTRÁN. Allá en el Aseo quedó.

LISARDA. ¿Queréis que le diga yo
alguna cosa?

CELIA. ¿Pues qué culpa tengo yo?
 FÉLIX. No más de haber parecido
 a una mujer que he querido.
 CELIA. ¿Esa es culpa?
 FÉLIX. ¿Luego no?
 CELIA. ¿En qué puedo parecella?
 FÉLIX. En el hablar: que en la cara
 no lo sé.
 CELIA. ¿Quién tal pensara!
 Pero ¿hay más de enronquecella?
 Hoy quiero hartarme de nieve.
 FÉLIX. ¿Nieve a nieve, qué ha de hacer?
 CELIA. Dejasteis vos la mujer,
 dichoso en tiempo tan breve,
 como ya me habéis contado,
 ¿y queréisme agora a mí
 porque la parezco?
 FÉLIX. Si:
 que de allá vine hechizado.
 La dicha de aquel favor,
 tan grande la imaginé,
 como a oscuras la gocé,
 que vine muerto de amor.
 Como ciego que escuchando
 el ruido de una fiesta,
 de lo que estará compuesta
 está dentro imaginando,
 de su mismo sentimiento,
 y dice: "esto es oro y plata",
 y en los colores dilata
 la vista al entendimiento;
 que si entonces la cobra-se,
 a lo que no vió diría:
 "esto fué lo que yo vía",
 y su opinión confirmase,
 así yo, que ciego vi
 de noche tanta ventura,
 imaginé la hermosura
 que ahora descubro en ti:
 y digo: "Estos son los ojos
 que entonces imaginé;
 ésta aquella boca fué,
 y éstos, los demás depojos".
 Tanto, que aunque estás aquí,
 allá debiste de estar,
 pues no pude imaginar
 más gloria que miro en ti.
 CELIA. ¿De suerte que yo he de ser
 la que vos imagináis?
 Pues en verdad que os causáis:
 que no me habéis de coger.
 Cuando por Madrid pasaba,
 estaba todo alterado,

de que un hombre habia gozado
 una mujer que le amaba,
 y que, por irse el cruel,
 se habia muerto.

FÉLIX. ¡Ay, Dios! Si fui
 el que la ocasión le di.
 ¿Era honrada?

CELIA. Y mejor que él.
 Y aun decían que señora,
 y que su hermano tenía
 un hábito.

FÉLIX. Ella sería.
 CELIA. ¿Lloráis?
 FÉLIX. La memoria flota
 Vete. Pero no, detente:
 mal consejo me engañó.
 Consuélame.

CELIA. ¿También yo?
 Vos lo sentís tiernamente.
 FÉLIX. Si. Dame esos brazos luego.
 CELIA. ¿Qué lindas impertinencias!
 ¿Estas son las penitencias
 que hacéis los hombres? ¡Oh fue-
 ¿Fiaos, señoras mujeres! [go!
 Si es muerta, ¿qué puedo hacer?

CELIA. Morir.
 FÉLIX. ¿Morir?
 CELIA. O perder
 el seso.

FÉLIX. Si haré, si quieress.
 Pero por ti, vida mía.

(Sale LISARDA.)

LISARDA. ¿Harto bien!

(Habla portugués, disimulando.)

CELIA. Tiraibus lá.
 Ollay, señora, que fa
 con aquesta zumberia.

LISARDA. Quedo, quedo, ya es en vano:
 que no quiero que me des
 disculpas en portugués
 y celos en castellano.

Pues que le sabéis hablar,
 habladle siempre.

CELIA. Non sey.
 Si ma cousiña faley,
 iso non era falar.

LISARDA. ¿Cousiña es tener aquí
 a Félix conversación?

FÉLIX. Notable es tu condición,
 mayormente contra mí.

os he buscado: así mi amor estima
vuestro valor.

FÉLIX.

Que se mostrase escasa,
fué no saber quién sois.

JUAN.

¡Qué hermosa prima
tenéis en ella!

FÉLIX.

Esta ciudad abraza,
y sólo para mí parece enigma:
porque, como a casarme no me animo,
a veces soy marido, y veces primo.
A mi casa venid: honradla agora.

JUAN.

Si os hubiera servido con la mía...

FÉLIX.

Agravio es ése, de quien tanto adora
el valor, la amistad y cortesía.

JUAN.

No viene para fiestas el que llora
casos de honor: y traigo compañía.

FÉLIX.

Veros en Aragón, me ha dado pena.

JUAN.

Que esta la honra en voluntad ajena.
¡Ah cielo! ¡Ah ley del mundo, que ignorante
puso el honor en la mujer! Yo vengo
buscando una mujer.

FÉLIX.

Causa bastante
para perder el seso.

JUAN.

No lo tengo.
Pérfido corazón, alma diamante
en este pecho mísero sostengo,
pues me dura la vida.

FÉLIX.

Mucho alcanza,
con vivir, la paciencia y la esperanza.

JUAN.

¡Que deje una mujer, para casarse.

títulos, caballeros, gente noble,
y que venga en un bárbaro a emplearse,
con más distancia que de un pino a un roble!
Ya ¿de quién puede un hombre confiarse,
si toda la amistad es trato doble?
¡Oh, terrible pensión de la hermosura,
que aun del amigo no has de estar segura!

Entra el amigo en una casa, y mira,
no el caballo, la joya, ni la espada:
no la pintura, que la vista admira,
ni la cama riquísima bordada:
que mira la mujer, luego suspira:
ésta quiere tener, ésta le agrada,
y sin respeto de que es prenda ajena,
quiere hacer mala la que nace buena.
¡Miseria extraña, bárbaro apetito!
En fin, mi amigo la llevó robada,
y dicen que a Aragón: aquí permito
licencia a mi defensa en vuestra espada.

FÉLIX.

Si el agresor de tan cruel delito
está en esta ciudad, por la sagrada
imagen del Pirámide, que adoro,
que ha de morir como en la plaza el toro.
Ya conocéis aragoneses: creo
que me podéis fiar estas verdades.

JUAN.

No le disteis lugar a mi deseo
de proseguir las hechas amistades.

FÉLIX.

Fué causa de venirme un necio empleo,
unque no puedo decir de voluntades,
por la posta a Aragón, cuyo suceso
traigo en el alma, en mi pesar, impreso.
Las botas puestas, una hermosa dama,
que tapada no he visto mujer fea,
partir impide, y a su casa llama,
porque de noche quiere que la vea:
cual pajarillo, voy de rama en rama
al blanco cebo, que picar desea,
métenme a oscuras, y atrevido y ciego,
de cuadra en cuadra, a su aposento llevo.

Héblame arrepentida, ¡extraño caso!,
y que me vaya dice yo sin vella:
su mano beso, y al mover el paso,
a voces oigo preguntar por ella:
túrbanse todos, yo delante paso,
saco la espada, por morir con ella:
pero, por más secreto, a su aposento
una criada me conduce a tientas.

y, cierto, con el no pude matarle: que no quisieron algunos aragoneses.

RISELO. No, sino es yo: que no tengo gana de morir agora por lo que apenas entiendo. Que antes pienso que he servido a don Juan.

JUAN. Si me detengo, traidor Riseló, en matarte, es porque humilde te veo. ¿Dónde tienes a mi hermana?

RISELO. ¿Quieres escucharme?

JUAN. Quiero.

RISELO. Ella me envió a llamar, y dijo que tú habías muerto un hombre, y que la portada al Pardo era fingimiento, porque te ibas a Aragón, y le dijiste, partiendo, que luego fuese tras ti, con joyas y con dineros: que la acompañase yo, ser mi mujer prometiéndome, en teniendo libertad: creílo, y con ella vengo, donde como portuguesa, haciendo dos mil enredos, se entró, y me dejó burlado, en casa de un caballero, por quien debió de venir.

JUAN. Quedo: dime el nombre presto.

RISELO. Un don Félix de Aragón.

JUAN. Todo cuanto dice, es cierto. Don Félix se va de aquí, y, sin saber que me ha hecho esta afrenta, me ha contado lo que sepulto en silencio hasta que tome venganza.

OTAVIO. ¿Don Félix?

JUAN. ¿Cómo podremos matarle en su misma casa?

OTAVIO. Don Juan: cuando me resuelvo a lo que importa a mi honor, nunca pienso en lo que pienso. Vamos a matarle.

JUAN. Vamos.

RISELO. Vida y espada os ofrezco.

JUAN. Yo voy a vengar mi honor.

OTAVIO. Yo, tu amistad.

RISELO. Yo, mis celos.

LISARDA. Esta atenta, que te importa, a lo que te voy diciendo.

CELIA. Yo vos oyo e vos entendo.

LISARDA. Soy en las palabras corta.

Beltrán te quiere, y te pide por mujer. Yo quiero darte mil ducados de mi parte.

CELIA. ¡Ay, lo que se descomide la fortuna con meu mal!

LISARDA. ¿De qué suerte?

CELIA. ¿Eu sou muller que Beltrán ha de tener?

LISARDA. ¿No sera Beltrán tu igual, siendo muy hidaigo?

CELIA. ¿Quién?

Ora eu quero fálalos verdade e desenganálos de miño valor también.

Eu sou, por miña ventura filla de Vasco Coutiño, marquês da Fror, e pay-boño, de que vos tanto asegura a riqueza de os diamantes que me furtaba aquel home.

LISARDA. ¿Qué dices?

CELIA. Este es meu nome.

Ollay si son semellantes os marqueses e os vilaos. Voime a chorar miña sorte e a pedir que veña a morte a acabar tantas paisaons.

LISARDA. Oye, escucha.

CELIA. Perdonáime, que eu vo co estos enollos a facer fontes meus ollos. ¡Matáime, penas, matáime!

(Vase.)

LISARDA.

Ya se van cada día aumentando mis males y mis celos; que la fortuna mía ha dado en darme penas por consuelos, pues donde alguno intento, todo resulta en mi mayor tormento.

Sin duda, Félix sabe la calidad de esta mujer. ¿Qué espero?

(Sale DON PEDRO.)

PEDRO.

Yo haré que no se alabe

(Vase. Salen LISARDA y CELIA.)

justo del remedio tuyo.
 CELIA. Falay, que bien vos entiendo.
 PEDRO. Yo tengo necesidad,
 en mi casa, de gobierno;
 mi hijo no me obedece,
 mi hacienda va destruyendo.
 Estoy en edad bastante:
 si es verdad, como lo creo,
 que eres tan noble señora,
 conqué los dos nos casemos
 queda todo remediado.
 CELIA. (Tantos acontecimientos,
 ya me vienen a sacar
 del alma lo más secreto.)
 De que eu fora ditosa,
 craro está; mas vós y eu
 naon nos podemos casar,
 porque hay cierto parentesco.
 PEDRO. ¿Parentesco?
 CELIA. Oúi, señor:
 Ua noite que en silencio
 toda a casa estaba, entrou,
 foy amor, naon lo condono,
 por un ginela a cama,
 apenas bullendo o vento,
 donde durmendo me achou,
 o voso fillo.
 PEDRO. ¿Qué es esto?
 CELIA. Naon valeron pregazaons,
 naon lágrimas que choreu:
 tuda a noite pelejamos;
 era más forte: venceu;
 o campo finco por ele;
 pero foy con juramento
 que eu sería muller súa.
 PEDRO. ¿Hay más extraño suceso?
 ¿Por qué no te defendiste,
 o morir?
 CELIA. ¡Ay, señor meu,
 que u home, en tales facendas,
 pelejara con los demós,
 fará mimos a os diabros!
 PEDRO. Ahora bien: yo soy más cuerdo
 de lo que te he parecido,
 tratando este casamiento.
 Si es verdad que eres tan noble,
 yo intentaré tu remedio;
 pero, para que mejor
 venga don Félix en ello,
 y que yo pueda vengarme
 de la burla que me ha hecho,
 finge que eres mi mujer
 y que es de los dos concierto,

hasta llegar la ocasión.
 CELIA. Teu farey, señor meu,
 con desejo de agradarvos;
 que la verdad de meu preito
 Deus lo sabe, y otro naon.
 PEDRO. Pues discreción y silencio.
 (Vase.)
 CELIA. No va sucediendo mal.
 Ayudadme agora, cielos;
 que en tanto amor, son los celos
 un infierno celestial.
 ¿Qué bien al viejo engañé!
 Mas, ¡ay, Dios!, ¿qué hará mi
 [hermano,
 buscando por dicha en vano
 el honor que le quité?
 ¿Qué se habrá dicho de mí?

(Sale BELTRÁN.)

BELTRÁN. (Aquí está Constanza. Creo
 que sabe ya mi deseo.)
 CELIA. (Mi pretensor viene aquí.)
 BELTRÁN. ¿Hate dicho mi señora,
 Constanza, mi pensamiento?
 A cuenta del casamiento,
 podemos tomar agora
 cualquier abrazo.
 CELIA. ¿Tente, maon!

(Dale un bofetón.)

BELTRÁN. ¿A mi bofetón, mujer?
 CELIA. ¿Moller eu?
 BELTRÁN. Y lo has de ser.
 CELIA. Falay con siso, villaon;
 que eu son moller de señor.
 BELTRÁN. ¿El mozo?
 CELIA. Naon.
 BELTRÁN. ¿Quién?
 CELIA. O vello.

(Entrase grave CELIA.)

BELTRÁN. La hermosura puede hacello.
 ¿Qué seso de hombre mayor!
 Pero ¿qué puede tener
 mujer que enamora a todos,
 sin amor, de varios modos?
 Pues causa debe de haber.
 ¿Hermosura? Claro está
 que enamora la hermosura;

114

f. 3

con desigual injusta competencia,
le dan a tu hermosura mis desdichas.

BELTRÁN.

Vuelve a Madrid, que allí te ruegan dichas.

(Salen DON PEDRO, LISARDA, INÉS y CELIA, con vestido castellano muy bizarro.)

PEDRO. Aunque tu mucha hermosura
es de tí misma ornamento,
el vestido castellano
no ha sido de poco efecto.
Un ángel me has parecido.

CELIA. Os anges fincan a os ceos.

LISARDA. Tú, mi señora, también
parece que bajas dellos.

PEDRO. Aquí está Félix, sobrina. [to?

FÉLIX. ¡Muerto soy! Beltrán, ¿qué es es-
(Ap.) Aquí está el ingrato mío.

CELIA. ¿Cómo tengo sufrimiento?

PEDRO. Félix.

FÉLIX. Señor.

PEDRO. ¿Has sabido
que me he casado?

FÉLIX. No creo
que quepa tal liviandad
en tan cuerdo entendimiento;
pero, porque en la ciudad
no me molesten tus deudos,
para partirme a Madrid
me dad licencia y dineros,
y goza de mi señora
muchos años.

PEDRO. Aún hay tiempo
para disponer de tí,
que has de cumplir el concierto.
Yo te doy justo castigo
de la burla que me has hecho;
que tales desobediencias
no me han de obligar a menos.
Llega y bésala la mano.

FÉLIX. De buena gana, por cierto;
que no quiero yo que digas
que en esto no te obedezco.
Dadme vuestra blanca mano.

PEDRO. Lo blanco excusa.

FÉLIX. Yo os beso,
por ver si con esta nieve
pudiese templar mi fuego.
Eu, meu fillo, vos bendigo,

CELIA.

(Echale la bendición.)

e por vosa may me teño
de oxe para adiante.

FÉLIX. ¡Cielos! ¿Cómo soy tan necio
que no tomo deste agravio
hoy la venganza que puedo?
Sepa esta ciudad, y sepan
nuestros amigos y deudos,
que si un viejo fué tan loco,
yo, tan mozo, soy tan cuerdo.
Dame la mano, Lisarda;
casarme contigo quiero.
Ya soy tu marido.

LISARDA. Y yo,
quien por mi amor te merezco.

(Habla castellano.)

CELIA. Eso no. ¡Suelta la mano.
traidor don Félix!

FÉLIX. ¿Qué es esto?

PEDRO. Pues ¿tú de esa suerte hablas?

CELIA. Hablar y quejarme puedo.

Hasta aquí pudo tener
mi loco amor sufrimiento. (r)

FÉLIX. ¿Yo, Constanza, qué te debo?

CELIA. La vida, el honor y el alma.

PEDRO. Alguna desdicha temo.

(Dentro, DON JUAN.)

JUAN. ¡Aunque me cueste mil vidas!

OTAVIO. Entra sin temor.

JUAN. Ya entro.

(Salen DON JUAN, OTAVIO y RIFLO, empuñadas las
espadas y terciadas las capas.)

PEDRO. ¿En mi casa este ruido?

¿Hay mayor atrevimiento?

JUAN. Don Félix, ¿no me conoces?

FÉLIX. Don Juan de Silva, ¿qué es esto?

JUAN. Tú lo sabes, que en Madrid,
en casa de un caballero
como yo, entraste una noche
con tan loco atrevimiento
para quitarme el honor.

FÉLIX. ¿Yo? ¿Qué dices?

JUAN. Pues ¿en esto
puede haber duda, si tú
me lo has dicho?

FÉLIX. Yo confieso

(r) Falta un verso después de éste, que Hart-
zenbusch propone sea "Pagad lo que me debéis".

que te conte que esa no he-
túe aquella dicha, y creo
que era en casa principal;
pero no fue conociendo
quien eras.

JOSE. Dame a mi hermana
que esto ha de ser lo primer
que luego veras. don Felix
a quien este agravio has hecho.
FELIX. Si yo vi mas a tu hermana
el cielo permita.

RISERO. ¿Quedo
que vo la truje a tu casa?

FELIX. Tra a mi casa?

PEDRO. Caballero
yo estoy confuso de ver
tan espantosos sucesos.
La razón con que veras
en esta molestia ha puesto
la que tengo de quejarme.
Tú don Felix, dales luego
lo que te piden.

FELIX. Señor
No hay que replicar en esto
que todos os acordais
que en e te portal, fingiendo
querer matarla una tarde
craxa de orrar ingenio.
La defendí por de mi.

PEDRO. El cado y yo no niego
que la tenemos agra-
per es por tu m... y por es-
com no es por tu m...

JOSE. Ante... por que la defendi...

las indias de Portugal
esa lengua y nacimiento
Halla Constanza.

JOSE. Yo soy
Constanza.

JOSE. No, Celia quiero
que seas.

FELIX. Tened la daga
yo soy su marido. ha tenido
cuanto a oscuras prometi
verdad a la luz del cielo.
Si pero estas amistades
se han de confirmar primero
con que habéis de ser cuñado
de dos maneras.

JOSE. Ya entiendo,
y me tendre por dichoso
si volviendo mi h no llevo
a merecer de Lisarda
la mano.

PEDRO. Si y merezo
la vuestra, tendre en paz
esta vida y mis de os.
El dote de mi...
será don Juan, que es mercedo,
es un mercedo...
El de Celia nega a osento.

JOSE. A que se lleve a Beltran
por un año de repuellos.

Maldikados con me
FELIX. No me vais?

JOSE. Ay, no me va!
FELIX. Aquí se a aba senalo
la dicha del forastero.

FAMOSA COMEDIA

EL PREMIO DEL BIEN HABLAR

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

LEONARDA, *dama*.
DON JUAN DE CASTRO.
DON ANTONIO, *viejo*.
MARTÍN, *lacayo*.

DON PEDRO.
ANGELA, *dama*.
FELICIANO.

RAMIRO, *huésped*.
RUFINA, *esclava*.
CARRILLO (1), *criado*.

ACTO PRIMERO

(*Salen LEONARDA, dama, y RUFINA.*)

LEONARDA. ¿Doblaste el manto?
RUFINA. Ya vengo
de quitarte ese cuidado.
LEONARDA. ¿Dijiste, Rufina, a Hurtado
que a la tarde salir tengo?
RUFINA. Ya, señora, le prevengo
de que has de ver a doña Ana.
LEONARDA. ¿Qué de juventud liviana
que nos esperaba enfrente!
RUFINA. Servir pudiera de puente
desde Sevilla a Triana.
Mas, si en toda la ciudad
no hay tu talle, ¿qué te admira?
LEONARDA. Más presumo yo que mira
del oro la cantidad:
dineros son calidad,
dijo el cordobés Lucano;
porque esto de padre indiano
mueve más la juventud;
que a la nobleza y virtud,
pocos extienden la mano.
¿No estaba don Pedro allí,
aquel mi gran pretendiente?
RUFINA. Aquel necio maldiciente
de su hermano, entre ellos vi.

LEONARDA. ¡Lo que hablaría de mi
toda aquella inocedad,
con su necia libertad!
RUFINA. Allí estaba un caballero,
al parecer, forastero,
con más seso y gravedad.
LEONARDA. En ninguno reparé,
por si estaba allí mi hermano.
RUFINA. No estaba allí Feliciano,
que uno a uno los miré.
Pero el forastero fué
quien me pareció mejor.

(*Dentro, ruido.*)

LEONARDA. Parece que oigo rumor,
y cerca de nuestra casa.
RUFINA. ¿Cómo esto en Sevilla pasa?
¡Abre ese balcón, Leonor!

(*Entren, las espadas desnudas y las capas revueltas,*
DON JUAN DE CASTRO y MARTÍN su criado.)

JUAN. ¡Entra, y dondequiera sea!
LEONARDA. ¡Jesús!
JUAN. No os alborotéis.
RUFINA. ¿Cómo no? ¿Qué pretendéis?
LEONARDA. ¿Quién habrá que aquesto crea?
¿Hasta mi estrado os entráis?
¡Hola!
JUAN. Si en venir huyendo
de la justicia os ofendo,
vuestro respeto agraviáis.

(1) En la lista de personajes le llama Camilo; pero en el texto Carrillo. Hartzzenbusch conservó las dos formas.

«¿O sea tan noble me ha dado
 memoria y no me engañé,
 por el cielo, un ángel halle,
 quien duda que fue sagrado?»

Mandad que abran la puerta
 ¡Putna corre!

LEONARDO

REYES

Yo voy

(Sale)

LEONARDO

Me ha alterada esta
 que estuve de ver a muerta

Yo abren la de la calle,
 por que sea dar la pecha

JUAN

Que no me tosa mal hecha
 es dice mi traje y talle

MARTÍN

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara
 no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

por el cielo, un mi señor,
 abona el haber podido

en la misa de se trajo
 de que trahe el color

Amparadme, pues, ¿dónde
 que me traen al llamo

(Sale REYES)

REYES

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara

no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

JUAN

Que no me tosa mal hecha
 es dice mi traje y talle

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara

no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

por el cielo, un mi señor,
 abona el haber podido

en la misa de se trajo
 de que trahe el color

Amparadme, pues, ¿dónde
 que me traen al llamo

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara

no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

por el cielo, un mi señor,
 abona el haber podido

en la misa de se trajo
 de que trahe el color

Amparadme, pues, ¿dónde

que me traen al llamo
 «¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara
 no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

por el cielo, un mi señor,
 abona el haber podido
 en la misa de se trajo
 de que trahe el color

Amparadme, pues, ¿dónde
 que me traen al llamo

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara

no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

por el cielo, un mi señor,
 abona el haber podido

en la misa de se trajo
 de que trahe el color

Amparadme, pues, ¿dónde
 que me traen al llamo

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara

no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

por el cielo, un mi señor,
 abona el haber podido

en la misa de se trajo
 de que trahe el color

Amparadme, pues, ¿dónde
 que me traen al llamo

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara

no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

por el cielo, un mi señor,
 abona el haber podido

en la misa de se trajo
 de que trahe el color

Amparadme, pues, ¿dónde
 que me traen al llamo

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara

no es mi hijo que me espantara
 y tanta sospecha o diera,

por el cielo, un mi señor,
 abona el haber podido

en la misa de se trajo
 de que trahe el color

Amparadme, pues, ¿dónde
 que me traen al llamo

«¿Entonces, si es tuera
 que en esta misa entrara

con dueña, escudero y paje,
y en viéndolo, se tapó
dejando caer la margen
del manto al pecho, en lo negro
luciendo cinco cristales.
Como cuando el sol hermoso
por nubes opuestas sale,
así de sus ojos bellos,
luz por las puntas de Flandes.
Pero no templó su lengua;
que luego dijo: "¡Que trate
mi hermano, por interés,
con esta indiana casarse! [cho
Que, ¡vive Dios!, que me han di-
que vendió en Indias su padre
carbón, o hierro, que agora
se ha convertido en diamantes.
Que, puesto que es vizcaíno,
para el toldo que ésta trae,
son muy bajos sus principios.
¡Malhayan Indias y mares!"
Yo, no pudiendo sufrir
palabras tan desiguales
al valor de un caballero,
dije: "Vuestra merced hable
como quien es, que desde
de las palabras el traje;
que es honrar a las mujeres
deuda a que obligados nacen
todos los hombres de bien,
por el primer hospedaje
que, de nueve meses, deben,
y es razón que se les pague.
Que, puesto que son las lenguas-
espadas, para templarse
quiso Dios que las pusiesen
en los pechos de sus madres."
"¿Quién le mete en eso a él,
no conociendo las partes?"
respondió, descolorido.
Yo dije: "El ver que la infame
sin dar ocasión y el ser
hombre, que basta a obligarme,
cuando no naciera noble."
Replicó: "Pues oiga y calle,
si no sabe quién soy yo,
y que no es bien que se case
mi hermano desigualmente."
Respondi yo: "Los que saben
que en Vizcaya a los más nobles
se les permite que traten,
con hábitos en los pechos,
no dicen razones tales;

y, sin conocerla, digo
que el ser mujer es bastante
nobleza, y que no es honrado
quien no las honra." "¡Dejadme!
—dijo entonces—. ¡Mataré
este necio, si es su amante!"
Replicó: "No la conozco;
pero lo que digo baste
para hablar en su defensa.
Saca la espada, cobarde;
que donde palabras sobran,
temo que las obras falten.
¡Saca la espada! ¿Qué esperas,
pues no te detiene nadie?"
Pero, ¡vive Dios!, que apenas
las dos se vieron iguales,
cuando pienso que la indiana
vino en forma de algún ángel
y le derribó en el suelo,
sin que a tenerle bastasen
cuantas espadas y amigos
pretendieron ayudarle.
No espere mejor suceso
la lengua que las infame,
ni menos que vida y honra
quien las defiende y alabe.
Con esto quise tomar
la iglesia para librarme,
y, por la confusa gente,
tomé diferente calle;
al revolver de la esquina
vi estas casas principales,
juzgué por ellas el dueño,
es imposible engañarme.
Traigo una hermana conmigo,
a quien doy tantos pesares,
que este postrero, señora,
temo que su vida acabe:
esto solamente siento.
Hasta que la noche baje,
os suplico permitáis
que en vuestra casa me ampare,
para partirme a Sanlúcar,
donde a las Indias me embarque,
si podrán llevar el peso
de mis desdichas sus naves.
Que tan justa obligación
hará que el alma os consagre
la tabla deste milagro,
que con letras de oro en jaspé
diga que pudo, en Sevilla,
don Juan de Castro librarse,
con doña Angela, su hermana.

de los peligros tan graves
y por propia el pintor,
cuando la tabla señala:

mo ha de poner la historia,
y pues soy la hermosa imagen
va me ponga de rodillas
para que yo me retrate.
Que quien detiene a mujer
bien es que no la lance.

LEONARDA. — La nación es que a Vallas
no da lugar a respuesta
vuestro valor manifiesta
o que ha envalado que hablar.
Esta mujer que obligas
vaya y palabrados doy
que miento porque voy sea
taeta de tan noble abuelo
que por bien nacido al cielo
siempre agradecida estoy.

Es de mi padre el solar
el más noble de Virreya,
que a las Indias venga o vaya
que honor le puede quitar.
Si le ha enriquecido el mar
no cumplirá ser caballero.
Quiero honrar ese escudero
mi padre, más no podrá,
que esa espada es lengua ya
con que digo que no quiero.

Es de hierro y carbon
es forjate indoliente
pestaña que no me nente
sobre en esta casaca
e me trata y quita
por que cuando lo dale
en a nelti en esta dale
que no es el futuro en la lengua
para cuando la lengua
y el oído en la lengua.

Quiero que a los indios hermanos
hoy me des donde pretito.

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él? ¿Por qué ha estado
en la lengua que traigo?

MAXIMO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

MAXIMO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

MAXIMO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

MAXIMO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

MAXIMO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

MAXIMO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

PEDRO. — ¿Por qué voy a él?

LEONARDA. — ¿Por qué voy a él?

ANTONIO. ¿Dónde va tu hermano así?
 LEONARDA. Allá, con sus amistades,
 a ejecutar necedades
 que te den cuidado a ti.
 ANTONIO. Dicen que ha herido a don Die-
 go un forastero don Juan. [go
 LEONARDA. Los dos a buscarle van:
 uno, necio, y otro, ciego.
 ANTONIO. Pues ¿qué quiere Feliciano?
 ¿Acabar mi vida así?
 LEONARDA. Este don Pedro que aquí
 trujo a mi pesar mi hermano,
 queriendo que su mujer,
 como se lo ha dicho, sea;
 que en estas cosas se emplea.
 ANTONIO. Algo le ha de suceder.
 Siempre los malos sucesos
 vienen por malos amigos;
 no tiene un padre enemigos
 como los hijos travisosos.
 Matarán este don Juan,
 ¿quién lo duda? Es forastero.
 LEONARDA. Es valiente caballero,
 tendrá amigos, no podrán.
 La causa de la cuestión
 fué decir mal de mujeres
 don Diego; pues ¿cómo quieres
 que le ayude la razón?
 ANTONIO. ¿Luego el don Juan defendía
 las mujeres?
 LEONARDA. Sí, señor.
 ANTONIO. Ese hombre tiene valor.
 No hay cosa, Leonarda mía,
 más digna de un hombre honra-
 Ser quien le mató quisiera: [do.
 así en las venas se altera
 el humor del tiempo helado.
 Si supiera dónde estaba,
 favor le diera, y dinero.
 Propia acción de caballero.
 ¿Quién lo bien hecho no alaba?
 Voy a buscar a tu hermano,
 que es loco y rico.
 (Vase. Sale RUFINA.)
 RUFINA. Ya quedan
 adonde hallarlos no puedan.
 LEONARDA. Sólo temo a Feliciano.
 ¿Dónde pusiste al criado?
 RUFINA. Martín, que aqueste es su nombre,
 queda, por más tordo que hombre,
 en el pajar enjaulado.

Pienso que ha de cantar bien,
 porque aun apenas entró,
 cuando de comer pidió.
 LEONARDA. Haz que de comer le den;
 que yo haré, con gran secreto,
 la comida de don Juan.
 RUFINA. Lástima los dos me dan.
 LEONARDA. El caballero es discreto;
 y que me ha puesto, Rufina,
 en notable obligación.
 RUFINA. Por ella obliga a afición,
 y por la persona inclina.
 Pidióme un libro.
 LEONARDA. Hasme dado,
 Rufina, grande contento:
 hoy sabrá mi nacimiento;
 que tú, sin mostrar cuidado,
 le darás mi ejecutoria,
 diciendo que aquí la hallaste
 en un cofre mío.
 RUFINA. Pensaste
 una sutil vanagloria.
 LEONARDA. Quiero que sepa que tengo
 sangre de un señor de España.
 RUFINA. Si la vista no me engaña,
 a pensar que quieres vengo
 ser con él más que piadosa.
 LEONARDA. ¿No te parece que fuera,
 quien a don Juan mereciera...?
 RUFINA. Di lo demás.
 LEONARDA. ¿Venturosa,
 sin temer tormenta o calma?
 Porque el bien hablar, Rufina,
 es una señal divina
 de la nobleza del alma.

(Vase. Sale Doña ANGELA, dama, y RAMIRO, huésped.)

ANGELA. No sé cómo he de tener
 paciencia en tan mal suceso;
 que, si no es perder el seso,
 no me queda qué perder.
 HUÉSPED. ¿No pudiera suceder
 el matar a vuestro hermano?
 Que fuisteis dichosa es llano;
 que en dos males es error
 no agradecer el menor
 y quejarse al cielo en vano.
 ANGELA. Conozco que mayor mal,
 huésped, suceder pudiera;
 que esto no me sucediera,
 fuera a mi inocencia igual.

un millón que hay en mi casa
por vuestro servicio, y luego
honor, sangre, vida y alma.

ANGELA. El cielo os pague el consuelo.

FELICIANO. ¿Vuestro nombre?

ANGELA. Angela.

FELICIANO. Basta.

No se engañó quien le puso.

¿Huésped?

HUÉSPED. ¿Señor?

FELICIANO. Dos palabras:

Con estos cincuenta escudos
regalaréis esta dama,
mientras que vuelvo a Sevilla.

HUÉSPED. ¿Cuándo volveréis?

FELICIANO. Mañana.

(Vase.)

HUÉSPED. Cincuenta escudos me dió.

ANGELA. Término de gente hidalga.

HUÉSPED. ¡Pesía tal! Es rico y noble.

Puede comprar a Triana.
Una hermana tiene, hermosa,
para quien su padre guarda
cien mil ducados de dote.

ANGELA. La fortuna, mi madrastra,
ha guardado para mí
cien mil penas y desgracias.

(Vanse. Salen DON JUAN y MARTÍN.)

JUAN.

¿Cómo pasaste a verme?

MARTÍN.

Con licencia

de la mulata, que es la quintaesencia
de toda la discreta picardía
que lo moreno desta tierra cria.

JUAN.

¿Has comido?

MARTÍN.

¿Qué dices? Treinta platos
me trujo esta princesa de mulatos:
y, sirviendo la paja de manteles,
comí mejor que en sillas ni doseles;
y, para postre, mano y paz de Francia,
que puesto que teniendo la fragancia
la limpieza, pastilla y no ser fea,
disimular pudiera la gragea.
¿Comiste tú?

JUAN.

Pedíle a la morena
un libro, por pasar mejor la pena
de tanta soledad; y ella, que ignora
qué historias salen en la corte agora,
en vez de tanta prosa, verso y fama,
me trujo la nobleza de su ama,
de mil colores y oro, y la he leído;
con que también estuve entretenido
como con los donaires del Parnaso,
del Orfeo, del nuevo Garcilaso.
Es tanta, finalmente, su belleza,
que puede competir con su nobleza.
Vino, Martín, tras esto la comida,
guisada de la dama defendida
con tal regalo, olor, gusto y asco,
que sólo le ha faltado a mi deseo
el postre que te dió la mulatilla.

MARTÍN.

¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!
¡Qué liberal, qué limpia y generosa!

JUAN.

¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

MARTÍN.

¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes
ni Juan de Mena ni otro después ni antes
no fueron tan discretos y entendidos.
Es una arpa templada en los oídos,
es sentencia en favor por el consejo,
consonancia en cristal de vino añejo,
son de doblón en mesa o p'ata doble,
cortés respuesta de persona noble,
ruido de arroyuelo ardiendo Febo,
soneto de don Luis, Séneca nuevo;
con hambre, los torreznos que se frien;
con tercianas, las fuentes que se rien,
o más sonoro que en la espalda suele,
de los que azotan, a quien no le duele,
o en un falso testigo o alcañeta
el eco de una solía de baqueta:
pues en llegando a hablar de la hermosura,
Diana es fea, Filomena oscura,
la doncella de Francia y la doncella
de Dinamarca nones son con ella,
porque el sol es muy lindo, y nos enfada
por los caniculares, y ésta agrada.
Quedémonos aquí, pues has topado
las Indias sin la mar, que tú embarcado
irás a tu aposento con Leonarda,

vengo a cumplir que me aguarda
en mi patria en largas vacaciones,
por qué no aquí se encerran treinta flotas,
que es menester buscar mayor tesoro,
¿no anima la esclava a la vendeda es oro?

JUAN

Como pienso, Martín, lo que has soñado!
¡Bien parece que en patria te has echado!

MARTÍN

En mi patria he contado, que me dieron
naufragios que la culeta rompieron
un pernil con las hebras como grana,
que al trera a un lipo ondro la gana
y a estar hecho en figura mas perreta,
de un cardenal pudiera ser mueta
una ave enamorada.

JUAN

Ena, en la

MARTÍN

De tierra, ferretada y buena alada
Hubo en el mundo, aya y queso,
que pudieran venderme por el peso
florete y alfiler, tragadas de cazalla
dije, poniendo a otro la toalla,
los ojos ya del buen fiore te tigo.

Alcanta, ¿dónde están los enemigos?

JUAN

Ay, Martín! ¿cómo te alegro
en Madrid, donde un ángel de otra
pero, ver que en mi patria, a que atendida
ha de estar del progreso de mi vida,
¿cómo peranto, cuánto me contento?

MARTÍN

¡Qué! ¿cómo estás en Madrid, en tu aposento

¡Qué! ¿cómo estás en Madrid, en tu aposento

AY, MARTÍN! ¿cómo te alegro
en Madrid, donde un ángel de otra
pero, ver que en mi patria, a que atendida
ha de estar del progreso de mi vida,
¿cómo peranto, cuánto me contento?

Vine a mi centro en venir
donde vuestra esclava vive
Parece que me apercebe
de que os tengo de servir
Si aquí os puedo ver y oír,
toda mi ventura encierra
toda mi vida en destierra,
porque después de no estar
en el cielo, no hay buscar
mayor descanso en la tierra.

Pero, ¿qué ha de ser de mí,
ya que en tal lugar estoy,
si en siendo noche me voy
de aqueste día en que os vi?
Si tan presto el bien perdí,
¿túera fue mi ventura?
No es buen el que pesa dura,
no, ¿quien se ha de pensar
que mi contrario vengara
vuestra divina hermosura?

¿Cuál es el muerto no acierto,
bella Leonardi, a jurgar
si el muerto me ha de dar
la muerte, yo soy el muerto
Pense, que lea día al muerto
de mis de dichas, y luego
dile a la muerte, na ego
con tal firmeza y rigor
que enerte a la vida
el día en un rayo de fuego.

Que hube y a vue troz ojos,
que vengam mis enemigos
cuando los he te troz
de mis de dichas, y luego
dile a la muerte, na ego
con tal firmeza y rigor
que enerte a la vida
el día en un rayo de fuego.

Primer, ¿cómo, que os vi
¿quien y a vue troz obligar?

Y cómo, que os vi
que os vi, que os vi
que os vi, que os vi
que os vi, que os vi
que os vi, que os vi
que os vi, que os vi
que os vi, que os vi
que os vi, que os vi

PROLOGO. — Serán don Juan y tener
determinad, partidos
ma, padre y persuadidos

contra lo que vos queréis;
y basta que me dejéis
con tantas obligaciones
sin decirme esas razones,
para más pena y dolor;
que no le detiene amor
a quien deja las prisiones.

Defenderme antes de verme
no fué amor, nobleza fué
o condición vuestra, en fe
de obligarme y conocerme;
pero si fué defenderme
nobleza, nobleza fué
el haberos defendido,
con que diréis, con razón,
que cumple su obligación
beneficio agradecido.

Vos os vais porque queréis,
y algún deseo lleváis,
pues porque queréis os vais
cuando quedaros podéis.
Al peligro anteponeís
el ángel que en la posada
debe de estar lastimada.
¡Mirad qué extraños desvelos,
que os estoy pidiendo celos
sin amor ni ser amada!

Dicen que la enfermedad
tiene la espada desnuda
cuando está la vida en duda;
y en mí el ejemplo mirad.
A matar la libertad,
la espada desnuda entrastes,
aunque piadosa me hallastes;
pero el efeto que hicistes
no os lo dije, pues os fuistes
con más prisa que llegastes.

Id en buen hora a buscar
esa dama venturosa,
que estará tan cuidadosa
como me habéis de dejar.
Mirad si queréis llevar
alguna cosa de aquí;
que os aseguro que fui
dichosa en que luego os vais,
porque si más os tardáis
me llevarades a mí.

JUAN. Leonarda, si yo me voy
es por no daros enfado,
que del ángel lastimado
legítimo hermano soy;
y el favor que me dais hoy,
en el alma le imprimí.

Bien quisiera estarme aquí,
si tuviera atrevimiento,
porque este humilde aposento
fuera cielo para mí.

El cuidado de mi hermana
confieso que me le da.

LEONARDA. ¿Qué es vuestra hermana?

JUAN. No está
lejos, sabedlo mañana.

MARTÍN. ¿Para qué andáis por rodeos
donde se os ven los enojos,
pues por la boca y los ojos
andáis trocando deseos.

Pensad la partida bien;
que él se muere por no irse,
y tú, si puede decirse,
porque se quede, también.

Por lo menos, ya que fuese
prisión esta voluntad,
hasta saber la verdad
responde, aprueba y estése.

¡Ea! ¿Qué os estáis mirando?

JUAN. Por mí, yo me quedo aquí.

LEONARDA. Y yo, ¿qué diré de mí?

MARTÍN. Di que lo estás deseando.

RUFINA. Y él, ¿no tiene hermana allá?

MARTÍN. No, perra..., perla quería
decir, que tú lo eres mía.

RUFINA. Tu hermano ha venido ya.

LEONARDA. Salgamos del aposento,
y cierra tú.

JUAN. Adiós.

LEONARDA. Adiós.

RUFINA. En fin, ¿se quedan los dos?

LEONARDA. O es amor, o atrevimiento.

(*Vanse. Queda LEONARDA y sale FELICIANO.*)

FELICIANO. Leonarda, señora mía.

LEONARDA. ¡Cuánto me alegro de verte!
que me has tenido con pena
de ver que tan loco fueses
a acompañar otro loco.
¿Qué ha sucedido, qué tiene?
¿Habéis hallado, por dicha,
al forastero valiente?
Mas ¿qué? ¿Le habéis muerto?

FELICIANO. Yo
soy el que vengo a la muerte.

LEONARDA. ¡Ay, cielos! ¿Estás herido?
¿Dónde? ¿Cómo?

FELICIANO. ¡Espera! ¡Tente!
Que es una herida invisible.

1	que me era un d	10
2	de la que me le	
3	de la que me le	
4	de la que me le	
5	de la que me le	
6	de la que me le	
7	de la que me le	
8	de la que me le	
9	de la que me le	
10	de la que me le	

14

15

16

que me era un d
de la que me le

que me era un d
de la que me le

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

que me era un d

de la que me le

de la que me le

de la que me le

de la que me le

de la que me le

de la que me le

que me era un d

de la que me le

de la que me le

de la que me le

de la que me le

entonces fué de la Sierpe.
Toma mi hacienda, mi vida,
como sola ei alma dejes,
y esto porque no la tengo.

LEONARDA. Llama, Rufina, esa gente,
hoy que el ángel de mi hermano
al coche en oro convierte.

RUFINA. ¡Basta, que estáis dos a dos!

FELICIANO. ¡Ay, Angela, si te viesen
en esta casa mis ojos!

LEONARDA. ¡Ay, don Juan, cuánto me debes!

RUFINA. ¡Ay, Martín, si a mi color
tal San Martín le viniese!

ACTO SEGUNDO

(Salen DON JUAN y MARTÍN)

MARTÍN.

Parece nuestra historia encantamiento.

JUAN.

No lo parece, si lo es.

MARTÍN.

Al día
abre las puertas con dorado aliento
la bella aurora que las flores cría.

JUAN.

Estaba, como digo, en mi aposento,
cuando la noche el filo igual tenía
en la balanza con que pesa estrellas,
más triste que ella suele estar sin ellas.

Pensaba sólo en mi querida hermana,
cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina
me dice que Leonarda, más humana,
hablarme en su aposento determina.
Voy tras la esclava como sombra vana,
mira tú con qué luz mi error camina,
y asido de su enfaldo a oscuras llevo
a la esfera bellísima del fuego.

Una bujía en una cuadra ardía,
y con vislumbre trémula enseñaba
lo que en la cuadra bien compuesta había:
que una cama de seda y oro estaba,
el ámbar de aire, en viento le servía,
que por las cuatro partes respiraba.
Allí yo te confieso que suspenso
llegar mi dicha por la posta pienso.

"¿Qué os detenéis?", me dice la mulata.

"Corred, cobarde, esa cortina luego."

Y descubriendo mi cielo de oro y plata,
de una hermosa mujer me abrasa el fuego.
Yo, cuando pienso que Leonarda trata
de algún yerro de amor, que es siempre ciego,
conozco que es doña Angela, mi hermana,
y fuése en humo mi esperanza vana.

"¿Qué es esto, dije, dulce hermana mía?"

Y como con su rostro me juntaba,
sentí que huésped en la cama había,
que Leonarda de celos suspiraba.
Martín, yo te confieso el alegría
que ver mi hermana en tal lugar me daba;
pero que en parte me pesó, pues creo
que ímera más dichoso mi deseo.

Después de hablar con ella más de una hora,
le dije: "¿Cómo este lugar tomaste,
pues era de Leonarda, mi señora?"

"Tan presto el noble término olvidaste?"

"Mándome, respondió, mudarle agora
para poder hablar cuando llegaste.
Pasa de la otra parte, por que puedas
agradecer lo que obligado quedas".

"Yo escucho desde aquí", dijo Leonarda;
y detúveme yo cobardamente;

pero ella, presumiendo de gallarda,
remitió su temor a su accidente.
Fingió que el animal, el que acabarda
más las mujeres, se atrevió a su frente.
Ya ves con qué donaire fingiría
el miedo que era entonces osadía.

Ya desvía las trenzas, ya la ropa,
ya del cuello los cándidos cambrayes,
ya se vuelve a cubrir con lo que topa,
mezclando alegre risa en dulces ayes.
Yo, viendo mi fortuna viento en popa,
le dije al corazón: "No te desmayes",
cuando la luz, a ruego suyo inclina,
aunque mulata su color, Rufina.

Sueltos en crespos rizos sus cabellos,
ondas de la tormenta del espanto,
puso risueña en mí los ojos bellos,
no siendo el animal que temía tanto.
Retrato el alma entre las luces dellos,
y finjo, por la coheja que levanto,
que pasa el animal, y que le veo.
¡Y era lo que pasaba mi descao!

No ha visto el mismo amor desde que miente,
que desde que nació mentir sabía,
tan bien fingido espanto y accidente
más bien trazado para dicha mía;
y fuélo grande estar su hermano ausente,
porque a acostarse lo conduce el día,

que me va la vida a mí
en tener mi libertad.
El sabe mi calidad:
tan buena como él nació.

Yo regalaré su dama;
no por eso ha de pensar
que es mejor aventurar
el crédito de mi fama.

Ella es muy linda, ¡por Dios!,
y en él muy bien empleada,
ya la he visto despojada.
Bien se pagaron los dos.

Hasta verla, tuve en duda
la voluntad y la vida;
desvelos me dió vestida;
celos me ha dado desnuda.

No es cosa para sufrir;
que celos antes de amor
es como necio acreedor
que firma sin recibir.

Di que no me hable más
en lo que habemos tratado.
Si mi señor te ha engañado,
no vuelva a Madrid jamás.

MARTÍN.

Plega a Dios que un ignorante
me lea, ilustre señora,
en versos, versos un hora,
y un mal músico me cante,
y que algún falso deudor,
de estos mohatrereros viejos,
por audiencias y consejos
haga pedazos mi honor.

Plega a Dios que sea creída
la primera información,
y quitenme la opinión,
que sin opinión no hay vida.

Que me vendan mis parientes
y me olviden mis amigos,
y que a mil falsos testigos
nazcan otros tantos dientes.

Que sirva a señor ingrato,
y si hubiere lugar, quiero
que me tire un candelero
a quien pidiere barato.

Que se aficione a capones
mi dama, por voces vanas,
y si tuviere tercianas
me curen por sabañones.

Que compita con honete
y me atruene un bachiller;
que hable grueso mi mujer
y mi criado en falsete.

Que me ensucien una aldaba

cuando por llamar la tuerza,
y que me casen por fuerza,
que con voluntad bastaba.

LEONARDA. Ya te conozco, Martín.
Para tordo eres mejor.

Yo entendí que tu señor
miraba otro blanco y fin.

Lo dicho, dicho; no hay más.

MARTÍN. Oye, señora, detente.

Escucha.

LEONARDA. Vete, insolente.

(Vase.)

MARTÍN. ¿De esa manera te vas?

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO. ¿Qué es esto?

MARTÍN. ¡Perdióse todo!

FELICIANO. ¿Quién sois, y qué hacéis aquí?

MARTÍN. Señor, yo vine, yo fui.

FELICIANO. Quien se turba de ese modo,
bien claro dice quién es.

MARTÍN. Soy cajero, y he vendido
unas randas que he traído,
como lo sabréis después.

Si algunas voces he dado,
por mi dinero será.

FELICIANO. Y la caja, ¿dónde está?

MARTÍN. Aquí enfrente la he dejado,
de donde agora pasé.

FELICIANO. ¿Y a quién las habéis vendido?

MARTÍN. Si a vuestra mujer ha sido
o a vuestra hermana, no sé;
y aquí estaba una esclavilla,
la cual Rufina se llama.

FELICIANO. No es mi mujer esa dama.

MARTÍN. Yo sé poco de Sevilla.

FELICIANO. ¿De qué nación?

MARTÍN. Turco soy.

FELICIANO. ¿Turco?

MARTÍN. Digo de Turin.

FELICIANO. ¿Piamontés?

MARTÍN. Sí, piamontín.

En grande peligro estoy.

FELICIANO. ¿De qué país del Piamonte?

MARTÍN. De Illescas.

FELICIANO. ¿De Illescas? ¿Cómo?

MARTÍN. Tal miedo de veros tomo,
porque yo soy de Belmonte.

FELICIANO. No me agradáis. ¡Ah, Leonarda!

(Sale LEONARDA.)

Aficionéme de ver
que sacase un caballero
en mi defensa el acero,
sólo porque soy mujer.
Angela, no he menester
dineros, sino contento;
ayuda mi pensamiento;
que fuera de mi nobleza,
no hay en las Indias riqueza
que iguale tu casamiento.

ANGELA. Yo, señora, haré tu gusto,
fuera de ser de mi hermano.

LEONARDA. Daba a don Pedro la mano,
no con pena ni disgusto;
pero ya querer es justo
a quien defiende mi honor.

(Sale RUFINA.)

RUFINA. Don Antonio, mi señor,
viene con don Pedro a hablarte.
Escóndete.

ANGELA. ¿Si es casarte?

LEONARDA. No hay obediencia en amor.

(Vase ANGELA. Salen DON ANTONIO y DON PEDRO.)

ANTONIO.

¿En tal peligro queda?

PEDRO.

No parece
que una hora pueda dilatar la vida.
Mengua el valor y el accidente crece.
Mi casa queda toda reducida
a sola mi persona.

ANTONIO.

Si en vos queda,
será más aumentada que perdida.

PEDRO.

Bastante hacienda y mayorazgo hereda
quien sólo quiere ser esclavo vuestro,
cuando esta dicha el cielo me conceda.

ANTONIO.

Vos conocéis el justo amor que os muestro.
Aquí está mi Leonarda, que en su gusto
sabéis, don Pedro, que se mueve el nuestro.

Leonarda, sin respuesta, sin disgusto,
hoy se ha de hacer este concierto; hoy quiero
que lo que quiero yo tengas por justo.

Es don Pedro tan noble caballero,
que quiero honrar mi casa de la suya.
Doyle, sin joyas tuyas, en dinero,
cuarenta mil ducados, aunque es tuya
mayor parte después; dale la mano,
para que la escritura se concluya.

Mayorazgo he fundado en Feliciano;
ya sabes que es razón; diez mil de renta,
gracias a Dios, le quedan a tu hermano,
que en la nobleza y las virtudes cuenta
tiene por dote de mayor decoro
lo que la vida y la opinión aumenta.

PEDRO.

Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,
¿no me basta saber que es prenda mía?
¿Qué valor en su pie merece el oro?

LEONARDA.

Estimo vuestra noble cortesía,
señor don Pedro, aunque yo estaba ajena
de que la dicha que decís tenía.

Esto sólo os respondo.

ANTONIO.

No condena
la vergüenza jamás estas acciones.
Vamos adentro, no la demos pena.

PEDRO.

No voy contento yo de sus razones.
Disgusto me parece que ha sentido.

ANTONIO.

Fingen disgusto en estas ocasiones.

PEDRO.

Poco dichoso con Leonarda he sido.

ANTONIO.

Aquel encogimiento fué forzoso.

PEDRO.

Aún no fui de sus ojos admitido.

ANTONIO.

Vos lo seréis cuando seáis su esposo.

PEDRO.

Dadme licencia que después la vea.

ANTONIO.

Dueño sois desta casa.

Pedro

Venturoso,

¡pobre! ¿señor que en tanta bien posea

Entra en la casa

LEONARDA Quien pensara que tan presto
tuvieran tan semejante
mis pensamientos altivos?

RUFINA Puede mi señor torzarte?

LEONARDA Puede quitarme la vida

Salen Don Juan y Martín

JUAN ¡Déjame, necio!

MARTIN Que haces?

JUAN Que tengo de hacer? Muñe

MARTIN Pues, de e a manera sales?

LEONARDA Que es esto, don Juan?

JUAN Perderme

LEONARDA Adónde vas

JUAN A matarme

LEONARDA Por qué, señor?

JUAN Por tu gusto

LEONARDA ¿Qué, de que

JUAN De casarte

LEONARDA ¿Conte a mi padre?

JUAN Si

LEONARDA Pues, ¿qué dices?

JUAN Que me mates

LEONARDA ¿Y qué te respond

JUAN Tibiezas

LEONARDA ¿Y tú, Pedro?

JUAN No se le de

LEONARDA Suérgate

JUAN ¿Y cómo se suérga?

LEONARDA ¿De qué?

JUAN Búscalo

LEONARDA ¿No se le de?

JUAN Si y a él, ¿qué?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

LEONARDA ¿Y qué te de?

JUAN ¿Y qué te de?

Pues, ¿vesle salir sin eso,
y preguntas disparates?

JUAN ¡Eh, Martín! ¿Y embarcar?

MARTIN Como quieres que me embarque,
si he empleado mi dinero
en bandadas y andrayes?
Si y esta casa caigo?

Pesque e quíent y reales
a los italianos y pretend
tratar en Italia y Plante

JUAN ¿Dices que te embarques luego?

MARTIN ¿Dónde tengo de embarcarme?

JUAN Dentro del mar de nubes

MARTIN ¿Nada con los amantes?

JUAN Mas no que corte tormenta,

y era torzoso anegarte

LEONARDA Ve, Rufina, al control

porque puedas avisarme;

tu Martín, ¿no has de ser

en la puerta de la calle

que quiero hablar libremente

RUFINA ¿Y a v

MARTIN ¿Y a v a ser, ¿de

Entra en la casa

LEONARDA Don Juan, ¿la engañarás
ordenando la justicia?

Much en p a tiempo debes

al de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

¿qué de a que a tu padre

con resolución tan grande quiere casarte, ¿qué importa que tú con tu hermano trates resistir la voluntad?

LEONARDA. No hayas miedo que me case con don Pedro, don Juan mío, que si de mi hermano sabes que desea conocerte, no será mi padre parte para casarme por fuerza.

JUAN. ¿Qué notables tempestades corre esta pobre barquilla en dos tan breves instantes! ¿Es posible que en dos días cosas por un hombre pasen que aun en dos años parecen imposibles de contarse? Mil veces en mi aposento pienso que puedo engañarme, porque me niego a mí mismo ser tan presto y ser verdades, o, por lo menos, que duermo y que sueño disparates, por más que los nacimientos conciertan las amistades.

Entré, señora, en tu cuadra; vi con doña Angela un ángel, y por unas celosías de cabellos descuidarse blanco marfil mal ceñido de lágrimas orientales; vi dos manzanas de nieve escritas de azul esmalte, y dije: "Bien haya el árbol donde tales frutos nacen". Luego vi encubrirse todo, quedando sólo en cristales unos rayos que tenían breves grillos de diamantes. Vine con esto más loco, olvidéme de mis males; que no esperados placeres olvidan grandes pesares. Prometíme de tener dueño que el mundo envidiase: rico, noble, hermoso, ilustre, de alto valor, de alta sangre, en pago de la defensa y alabanzas inmortales; que me deben las mujeres honras, virtudes, linajes, desde que ceñí la espada, no sufriendo que afrentasen

mujer ninguna a mis ojos, lo cual me ha costado cárcel, heridas, perder la patria, envidias, enemistades, oficios, cargos, hacienda, hasta que pude obligarte con lo que sabes, señora, que te ha obligado a ampararme. Y apenas quise salir, no a dejar mis soledades, sino por ver si te vía, cuando el sueño se deshace, oigo decir que te casas, y oigo decir que me maten.

LEONARDA. Don Juan, un hombre valiente ¿tan tiernos extremos hace? Mirad que entrasteis muy bravo para salir tan cobarde. ¿Qué seguridad queréis para que con vos me case?

JUAN. Una firma suele ser firmeza de amor constante.

LEONARDA. Voy a escribir un papel.

JUAN. ¿Y firmarásle?

LEONARDA. Esperadme. Mal conocéis las mujeres con amor.

JUAN. El cielo os guarde.

(Vase.)

Fortuna, que a Sevilla me trujiste huyendo del rigor en que me hallaste, en qué mar a las Indias me embarcaste que con tal brevedad me enriqueciste?

Mas no es el fin del bien que le conquiste, si de la posesión te descuidaste, pues para más tristeza me alegraste; que no hay alegre bien si el fin es triste.

No me des dichas para no gozallas; no me des glorias para no tenellas, ni el breve bien que en esperanzas hallas;

que no pudiendo asegurarse dellas, parece que es más dicha no alcanzallas que vivir con el miedo de perdellas.

(Al entrarse DON JUAN sale FELICIANO.)

JUAN. ¿Quién es? ¡Notable desdicha!

FELICIANO. ¿Qué es lo que mandáis aquí?

(Aparte.)

JUAN. Aunque temerla perdí,

Ya estaba el alma sin tener sosiego,
vestida de mortal desconfianza;
pero valiome la esperanza luego.

Ella es el bien, mientras el bien se alcanza;
que como el árbol es materia al fuego,
así vive el amor con la esperanza.

(Sale LEONARDA.)

LEONARDA. Como mi hermano ha venido,
don Juan se escondió.

FELICIANO. Leonarda,
¿qué hay de nuevo?

LEONARDA. Que me aguarda
un mal también prevenido.

Con don Pedro está firmando
mi padre las escrituras.

FELICIANO. En voluntades seguras,
¿quién puede temer amando?

LEONARDA. Si tú no temes, yo sí,
que hacer este casamiento
estorba mucho tu intento.

FELICIANO. Leonarda, después que vi
a doña Angela, que adoro,
sin saber quién es don Juan,
mil pensamientos me dan,
cuyos efectos ignoro.

¿Quieres a don Pedro bien?
¿Quieres casarte?

LEONARDA. No hay cosa
cual una pregunta ociosa,
con que más penas me den.

FELICIANO. No te puedo encarrecer
lo que me alegra escucharte,
porque a serlo, sólo es parte
querer tú ser su mujer.

Este ha de ser enemigo
de doña Angela, si muere
su hermano, pues quien lo fuere,
¿cómo puede ser mi amigo?

¿Tengo de tener cuñado
que a doña Angela persiga?

LEONARDA. Feliciano, amor te obliga
de un ángel bien empleado.

Por tí no quiero casarme;
que también a mí me dan,
sin conocer a don Juan,
pensamientos de guardarme.

Sin saber por qué, me guardo
de lo que los dos intentan.

FELICIANO. Por tu vida, que me cuentan
que es el hombre más gallardo
que ha venido de Castilla.

Que en un monasterio está
donde a visitarle va
lo más noble de Sevilla.

¿Quieres que vaya por él
para que a su hermana vea?

LEONARDA. Claro está que lo desea,
mas ¿cómo vendrás con él?

FELICIANO. En un coche, con recato.
Honor, no es esto ofenderos;

(Aparte.)

que antes es ennobleceros
lo que con Angela trato.

LEONARDA. Busca a mi padre, y dirás
esto que sabes de mí.

FELICIANO. Yo voy; advierte que aquí
esa palabra me das,

LEONARDA. De don Juan digo que soy,
si tú quieres que lo sea,
aunque nunca don Juan vea.

FELICIANO. Loco por Angela estoy.

(Pase.)

LEONARDA. Bueno es, ir por él agora,
y dentro de casa está.
Vivid, esperanza, ya.
¿Oyes, Rufina?

(Sale RUFINA.)

RUFINA. Señora.

LEONARDA. Abre ese aposento, y llama
a don Juan.

RUFINA. En él entré
denantes, y no le hallé:
hice despacio la cama
y, como vi que no vino,
fuíme.

LEONARDA. ¿Dónde puede estar?
Que, no habiendo otro lugar,
pareciera desatino.

¡Ay de mí, si se partió,
temiendo mi casamiento!

RUFINA. Pues él no está en mi aposento;
lo mismo imagino yo.

LEONARDA. El se fué desconfiado.

¿Qué haré? Muerta soy, ¡ay cie-
¡Extraña fuerza de celos! [los!]

RUFINA. Si se fué, ¿qué te ha llevado,
que, los ojos de agua llenos,
haciendo extremos estás?

volveos al monasterio,
que sabéis que cada día
ir a buscaros prometo;
y fiad de esta palabra.

JUAN. Honráis un esclavo vuestro.
Adiós, señora Leonarda;
adiós, Angela.

ANGELA. Los cielos
os libren, don Juan.

LEONARDA. Y os guarden
para lo que yo deseo.

ACTO TERCERO

(Salen DON ANTONIO y FELICIANO.)

FELICIANO. Cuando don Pedro salía,
que por su causa no entré,
escuché que te decía
"padre y señor", con que fué
cierta la sospecha mía.

ANTONIO. Pues ¿qué sospechas?

FELICIANO. Sospecho
que habrás casado a Leonarda.

ANTONIO. Tratado está, no está hecho.
Como ser su esposo aguarda,
de tu amistad satisfecho,
entra por padre y señor,
más humilde que un deudor.
Porque cuantos se han casado,
de esta manera han entrado,
o sea interés, o amor.

Pero apenas pasa un mes,
cuando es suegro, y dél se afren-
y por cualquier interés, [tan,
entre las cosas le cuentan
que se aborrecen después.

Pésales de ver que vive,
como de heredar los prive,
y dicen que un siglo dura.

FELICIANO. Don Pedro a tanta ventura
justamente se apercibe.

Pero no se la darás,
a lo menos con mi gusto,
pues desobligado estás.

ANTONIO. ¿Has tenido algún disgusto
con don Pedro?

FELICIANO. ¿Yo? Jamás.

ANTONIO. Pues dóysela yo por ti,
cuya amistad con exceso
no es de gusto para mí,

¿y agora sales con eso?
¿No es tu amigo?

FELICIANO. Señor, sí.

Y a otros muchos preferido.

ANTONIO. No, Feliciano; los dos
habéis reñido. ¿Qué ha sido?

FELICIANO. Amigos somos, por Dios;
no habemos los dos reñido. [za?

ANTONIO. ¿Hay pendencia? ¿Hay amena-
¿Habló mal de ti en ausencia?
Que hay amigos de esa traza:
lisonjean en presencia
y murmuran en la plaza.

Por mujer debió de ser;
alguna te habrá quitado.
No niegues.

FELICIANO. No, ¿qué mujer?

ANTONIO. Pues ¿cómo hoy te causa enfado
lo que abonabas ayer?

FELICIANO. Porque mayorazgo era,
presumiendo que muriera
su hermano, y vive y está
fuera de peligro ya;
y que le dieras quisiera
mejor marido a Leonarda.

ANTONIO. ¿La palabra no se guarda?

FELICIANO. Digo, señor, que es muy justo;
pero el no ser con su gusto
me detiene y acobarda.

ANTONIO. Pues ¿qué gusto es menester?
¿Tengo yo de ohedecer
a Leonarda, o ella a mí?
Yo le conocí por ti,
por ti será su mujer.

Galas y joyas fiado,
de mi palabra fiado,
y cumplirla determino.

FELICIANO. Temor notable me ha dado...

ANTONIO. ¿De qué?

FELICIANO. De algún desatino.

ANTONIO. ¿Quién le ha de hacer?

FELICIANO. Mi hermana.

ANTONIO. ¿Tu hermana?

FELICIANO. Veraslo presto.

ANTONIO. Pues fúndese en ser liviana,
y tú necio y descompuesto,
y casaréme mañana.

FELICIANO. Pues has llegado a decir
disparate semejante,
no te quiero persuadir.

ANTONIO. ¡Salte allá fuera, ignorante!

(Vase.)

LEONARDA. ¿Queréis que os responda yo?

ANGELA. Claro está que lo desco.

LEONARDA. Pues haga Olimpia el empleo a que Otavio la obligó, pues que la enseña a querer, y los hermanos trocados quedarán en paz casados.

JUAN. ¿Qué puedo yo responder?

MARTÍN. ¡Brava cifra, pesia tal! Qué enigma tan encubierta, si la quiere descubierta Leonarda. ¿qué dicha igual?

LEONARDA. Si quiero; y le pediré las albricias a mi hermano; pero oye un sueño.

MARTÍN. En vano sueñas; ya no hay para qué.

LEONARDA. La madre de las tinieblas, en la silla de su imperio, daba las puertas al huerto y las llaves al secreto. Estaban todas las cosas en un profundo silencio; hasta la envidia dormía: no hay más encarecimiento, cuando soñé que en un prado estaba sola durmiendo, a cuyas flores servía de abanillo el manso viento, y que vino un pardo azor, de una águila negra huyendo, que se amparaba en mis brazos, y que por tenerle en ellos desperté, y vi que me había llevado del pecho abierto el corazón con las uñas.

MARTÍN. ¿Qué podrá ser este sueño?

MARTÍN. Notables andáis de cifras. Que no lo entiende os prometo uno de aquestos que saben castellano como griego. Declaraos un poco más, y lo que decís sabremos.

JUAN. Si te llevó el corazón, paloma andaluz, durmiendo, el pardo azor de Castilla, hago testigo a los cielos que te llevó toda el alma.

MARTÍN. ¡Oh, qué fin para un soneto! Nueva manera de amor, seguidillas en requiebros: "Azor de Castilla, paloma andaluz".

¿Quién los viera, madre, comer alcuzcuz!

JUAN. Este está borracho ya.

MARTÍN. ¡Pluguiera a Dios!

LEONARDA. Di tu cuento.

ANGELA. ¡A gentil entendimiento encomendado se ha!

MARTÍN. ¿Tan linda te ha parecido la cifra que nos dijiste?

ANGELA. Yo me entendí.

MARTÍN. Sí, entendiste, pues todos te han entendido.

JUAN. ¡Ay, mi Leonarda! Si viera a doña Angela casada con tu hermano, y que empleada mi vida y alma estuviera en tus méritos divinos, ¡qué vida fuera la mía! La fuerza de esta alegría hace pensar desatinos.

Esta ciudad generosa fuera mi patria; saliera al alba, pero no fuera a buscar jazmín y rosa al campo, sino a mi lado, porque lo hallara en tu cara, y yo en tus ojos hallara luz serena y sol dorado.

Viera regalada mesa, tan alegre, al medio día, que de tanta dicha mía aun a mí propio me pesa.

Cuando la noche en su abismo cerrara el cielo español, durmiera yo con el sol antípoda de mí mismo.

¿Qué príncipe, qué señor tan descansado viviera?

MARTÍN. ¡Por Dios, que no le dijera tal requiebro un labrador!

JUAN. Pues ¿qué le puedo decir?

MARTÍN. Grosero amador estás: aquí no has hablado más que de comer y dormir.

JUAN. ¿Sabes tú más?

MARTÍN. Sí, en verdad.

JUAN. ¿Eres tú culto, por dicha?

MARTÍN. Eso fuera por desdicha, que no por habilidad.

Dejo las cosas divinas, a que un hombre está obligado, después que se ha levantado; ya, señor, las imaginas.

RUFINA. ¡Tu padre!
 LEONARDA. Escondeos los dos.
 JUAN. ¿Quién habrá que no se canse
 de tanto esconder?
 ANGELA. Quien tiene
 amor.
 JUAN. No hay amor que baste.

(*Vanse. Queda LEONARDA. Sale DON ANTONIO.*)

ANTONIO. ¿Cómo, Leonarda, es posible
 que a ver las joyas no sales,
 siendo propio en las mujeres
 con las galas alegrarse?
 Mira que están los criados
 de don Pedro para darte
 tal presente, que es razón
 que le agradezcas y alabes.
 ¿Qué es esto? ¿No me respondes?
 LEONARDA. Señor, por no declararme,
 no te respondo.
 ANTONIO. Bien dices;
 que, puesto que te declaras,
 has de hacer mi voluntad.
 Porque engendrarte y criarte
 me ha dado este imperio en ti.
 LEONARDA. ¿Hacen el alma los padres?
 ANTONIO. No, sino el cuerpo; que el alma
 Dios la infunde.
 LEONARDA. Si en tres partes
 se divide el alma, y una
 es la voluntad, ¿no sabes
 que no es tuya, sino mía?
 Que aun Dios no quiso quitarme
 la libertad, con ser Dios.
 Fuera de esto, ¿no es bastante
 que el bien que se da una vez
 no fué de nobles quitalle?
 Si el cuerpo me diste, ¿es bien
 que como a dueño le mandes?
 Ya es mío, pues me le diste.
 Mira que es, en hombres graves,
 pedir lo que dan, bajeza.
 ANTONIO. ¿Hay libertad semejante?
 Pues ven acá, que no quiero,
 como era justo, enojarme.
 ¿Cuál es mejor casamiento:
 que con extraño te cases,
 o con el que más conoces?
 ¿No es mejor, hija, emplearte
 en quien puedas tú decir,
 por conocerle y tratarle,
 que está dentro de tu casa?

LEONARDA. Suplicote que repares
 en la palabra que has dicho.
 ANTONIO. ¿Cómo?
 LEONARDA. Yo quiero casarme
 con quien en tu casa vive.
 ANTONIO. Agora quiero abrazarte
 y echarte mi bendición,
 y a los dos, Leonarda, alcance.
 (*Vanse. Salen MARTÍN, DON JUAN y ANGELA.*)

MARTÍN.
 ¿En efeto, nos vamos?
 JUAN.
 No es posible
 aguardar a que venga el nuevo esposo.
 ANGELA.
 Culpo, don Juan, tu condición terrible.
 JUAN.
 ¿Cuál hombre tan a prisa fué dichoso?
 ANGELA.
 Queriéndote Leonarda, es imposible
 darle la mano.
 JUAN.
 Un padre es poderoso.
 MARTÍN.
 No hay padre en voluntades de mujeres.
 JUAN.
 ¿Qué viento no mudó sus pareceres?
 MARTÍN.
 ¿Y dónde quieres ir?
 JUAN.
 Quiero embarcarme,
 pues fuera de peligro está don Diego.
 Aquí puedes, doña Angela, esperarme,
 que a despedirme de Leonarda llego;
 que porque no es razón, quiero forzarle,
 que se queje de mí. Tú parte luego,
 y aperece la ropa que trujiste.
 MARTÍN.
 Yo voy.
 (*Vanse los dos.*)
 ANGELA.
 Yo quedo enamorada y triste.

al sótano más profundo.

Tú sabes dónde dormí,
cercado, con mil cuidados,
de animales vidriados.

(Salen LEONARDA y DON JUAN.)

JUAN. El confíarme de ti
ha de ser para mi daño.

LEONARDA. No hayas miedo que lo sea.

JUAN. En fin, ¿quieres que te crea?

LEONARDA. Tú sabes que no te engaño.

JUAN. ¿Dónde doña Angela está,
Martín?

MARTÍN. ¿No está con Leonarda?

LEONARDA. Conmigo, no.

MARTÍN. Pues aquí
la dejé, mientras juntaba
la ropa.

JUAN. ¿Y tú no la has visto,
Rufina?

RUFINA. ¿No puede, en casa,
andar doña Angela libre?

MARTÍN. Si con Leonarda no está,
no hay aposento en que esté.

JUAN. Habla, Leonarda, ¿qué aguardas?
Hame llevado tu hermano,
como sabe que te casas,
a mi hermana. ¡Bueno quedo,
sin la suya y sin mi hermana!
¡Vive Dios que si esto fuese,
que pienso que tal infamia
me obligaría...!

LEONARDA. Don Juan,
paso, y con dignas palabras
de quien eres y quien soy.

JUAN. ¿Qué palabras hay honradas
donde no lo son las obras?

LEONARDA. Mira que conmigo hablas,
y que si eres defensor
de las mujeres, y tratas
mal mi respeto, diré
que las mujeres engañan.

JUAN. Leonarda: si esta traición
procede de vuestra culpa,
bien sabes que me disculpa
mi honor y buena opinión;
porque no será razón,
donde es la ofensa tan llana,
que tengas defensa humana,
pues muy atrevida quieres
que defienda las mujeres
y no defienda mi hermana.

¿Sería buena defensa
que, por defenderte a ti,
me hiciese tu hermano a mí
en el honor esta ofensa?
Cuando tú te casas, ¿piensa
que ha de merecer su mano?
Pues no quiera Feliciano
que vuestra casa alborote;
que aunque pobre, tiene en dote
ser quien es y yo su hermano.

Mi hermana ha de parecer;
porque en llegando a mi honor,
no hay hermosura ni amor
por quien le deje ofender.
No he defendido mujer
con más razón en mi vida.
Dámela, si eres servida:
basta que, de mí adorada,
quedes, Leonarda, casada,
no doña Angela perdida.

Mira tú si a tu hermosura
igual respeto he guardado,
pues la espada no he sacado
para hacer una locura.
¿Mi honor puesto en aventura,
y yo tan cuerdo y discreto?
Pondré la furia en efeto,
aunque le pese a mi amor;
que no es bien perder mi honor
por no perderte el respeto.

LEONARDA. Tente, espera; que no sé
que pueda haberte ofendido
Feliciano, y si esto ha sido,
satisfacerte podré.
Yo misma te vengaré;
yo seré tuya, si quieres;
no te vayas, no te alteres.
Angela me toca a mí,
porque he aprendido de ti
a defender las mujeres.

Si yo soy tuya, no es bien
que de mi hermano te quejes;
cuando la tuya le dejes,
conmigo quedas también.
Seré tuya, aunque me den
mil muertes. Cierra los labios,
mi bien; que los hombres sabios,
cuando se ven agraviar,
aunque mueran por callar,
no publican los agravios.

A mi padre, al mundo, al cielo
diré que soy tu mujer.

JUAN. Martín, ¿qué tengo de hacer

LEONARDA. Pues, di, Martín: ¿a qué efeto don Juan con esta mentira culpa a mi hermano? ¿Eso mira a mi defensa y respeto?
¿Cuál hombre noble y discreto tal hubiera imaginado?
¿Dónde, Martín, la has llevado? Tú la tienes, esto es cierto, y que ha de costarte, muerto, la vida que me has quitado.

MARTÍN. ¡Esto sólo me faltaba!

LEONARDA. ¿Dónde está? Dímelo presto; que te sacaré los ojos, si no me lo dices luego.

MARTÍN. Mira que nos ha engañado Feliciano, y que es enredo: que don Juan trata verdad.

LEONARDA. No lo creo.

MARTÍN. ¿No lo creo?
¡Plega a Dios, si la he llevado, que vuelva a darme otro beso el mastín de la cocina, y que entre gatos y perros pase otra noche tan mala! Pero déjame entrar dentro, que quiero hablar con don Juan.

LEONARDA. ¿Qué fin tendrán mis sucesos?

(Vase. Sale DON ANTONIO.)

ANTONIO. Paréceme que te burlas de mi obediencia y respeto. Tres recados te he enviado de que ya viene don Pedro; bien agradecida estás, que aún sus joyas no te has pues-
¿Qué tristezas son, Leonarda, [to. estas que afligen tu pecho?
¿No basta ser gusto mío?
¿No basta que yo lo quiero?
¿En qué andáis los dos hermanos?
¿Queréis acabarme presto?
¿No basta que diga un padre: "dada la palabra tengo"?
No ha menester una hija saber cuál hombre, cuál dueño, su padre le quiere dar; que hay tal diferencia en esto, que ella escoge con los ojos, y él con el entendimiento. Sólo que te diga yo, que sólo tu bien deseo:
"Cásate con quien hallares

dentro de aquel aposento", basta para obedecerme y para saber que acierto.

LEONARDA. Pues ésa es tu voluntad, digo, señor, que obedezco.

(Vase. Sale DON PEDRO, galán y acompañamiento.)

PEDRO. Vengo a servirte y honrarme, señor, con todos mis deudos. Dame tus pies.

ANTONIO. Con los brazos sale a recibirte el pecho.

PEDRO. ¿Adónde está Feliciano?
¿Qué poca ventura tengo!
¿No honrarme en esta ocasión!

ANTONIO. Yo y Feliciano tenemos cierto disgusto.

PEDRO. ¿Soy yo la causa? ¿No está contento de ser mi cuñado? ¿Ya este nombre y parentesco le ha quitado el de mi amigo?

ANTONIO. Vais de la ocasión muy lejos. Hele escondido una dama, y con este pensamiento, lo que siente por amor no lo diré por respeto.

PEDRO. ¿Cómo no viene Leonarda?

ANTONIO. Entremos en su aposento, que ya debe de aguardar.

(Alzan el tapiz y están de las manos DON JUAN y LEONARDA.)

ANTONIO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

JUAN. Es que estoy con mi mujer, y de la mano la tengo.

PEDRO. Pues si la tienes casada, ¿cómo, don Antonio, has hecho a un caballero esta burla?

ANTONIO. ¿Yo burla? ¡Viven los cielos que ha de morir el traidor!

LEONARDA. Paso, señor; que no pienso que se dejará matar. Y yo disculpada quedo, pues me mandaste casar con quien en este aposento hallase. Yo hallé a don Juan. Lo que mandaste obedezco.

ANTONIO. ¿Hay tal maldad? ¿Feliciano!

PEDRO. ¡Feliciano!

PEDRO. Si don Pedro

QUIEN AMA, NO HAGA FIEROS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A DON JORGE DE TOBAR VALDERRAMA

ALCAIDE DE LA FORTALEZA DE COMPETA, Y OFICIAL PRINCIPAL DE JORGE DE TOBAR,
SU PADRE, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, Y SU SECRETARIO DE ESTADO, CAMARA Y
PATRONAZGO REAL DE CASTILLA

Por dos cosas principales se dirigen a los hombres que lo son, los cuidados de los estudios y los trabajos del ingenio: o por celebrar sus virtudes y dar (siendo tales los escritos) alguna inmortalidad a sus nombres, o porque a la sombra de su protección ellos la alcancen: en que parece que corre el interés de entrambos. Cansados están ya los oídos desta proposición en tantos libros; mas como es uno el intento, no es mucho que sean las razones identidades. Si yo quisiera celebrar las excelentes partes que en v. m. puso el cielo, así de su generoso nacimiento como de su natural valor, persona y cortesía, hiciera sospechosa la dirección de esta comedia, y fuera mayor que el presente el papel con que le envío; de suerte que me está más bien la segunda intención que la primera, poniendo a la sombra de la luz de su valor y entendimiento el discurso de esta fábula, tanto por honrarla de su favor cuanto por agradecer los que he recibido siempre del señor Jorge de Tobar, su padre, persona tan digna de la confianza de los papeles de Estado y de mayores lugares, si a mayores puede aspirar la pluma, acompañada de tanta virtud y confianza en los reinos y sucesiones de tales príncipes, luciendo su verdad, integridad y celo entre los excelentes ministros que ha tenido esta Monarquía, dicha grande del imperio; pues cuando dijo Plinio que tenía necesidad de amigos la fortuna del príncipe, yo siempre entendí que hablaba de los ministros: fundamento de su conservación, en que está la dificultad, pues el suceder es por naturaleza.

Alabo, entre otras partes, su cortesía, rara en los hombres de lugares eminentes, y no soy solo en estimar esta virtud con tanto extremo, pues escribiendo Cicerón por Marco Fabio a Celio, fiel mayor entonces, entre las partes de que le alaba, dice que era cortés y comedido. Yo, por lo que tengo advertida esta modestia suya tantos años, digo con Ovidio:

*Huic igitur meritum grates ubicunque licebit,
Pro tam mansucto pectore semper agam.*

Que mirando muchas veces a v. m. me parecía justamente que no podía ser de otro original tal ejemplo de modestia, afabilidad y cortesía: no menores causas que para amarle, para osar dirigirle esta imitación de un amante al uso de estos tiempos, la furia con que le ausenta la fuerza del agravio, y la invención con que le vuelve la tibieza que imagina, cuando con más paciencia no le llaman. Puede ser que este carecer de la posesión sea amor propio, por la falta que hace el deleite a la costumbre: así fué opinión de Ariótóeles, que el hombre naturalmente con más afecto se ama a sí mismo. V. m. lea los que este discurso tiene, para que juntamente queden corregidos y honrados: lo primero con la lima de su gran juicio, y lo segundo con su nobleza y virtud, tan conocida y estimada, que sólo hablar en ella me pueden culpar por atrevimiento. Dios guarde a v. m. como deseo.

Su Capellán,

LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

DON FÉLIX, *caballero*.
GASTÓN, *su criado*.
LISARDO, *novio*.
EL CONDE OTAVIO.

MARCELO, *su criado*.
FINEO, *casamentero*.
DOÑA ANA, *dama*.

FLORA, *su madre*.
DOÑA JUANA, *dama*.
INÉS, *criada*.

No habrá remedio de hablar si no es con una invención."

GASTÓN.

De oro es buena.

FÉLIX.

En ocasión

que aquí no tiene lugar.

GASTÓN.

A Garcí-Sánchez pedía un sacristán que le hallase una invención que sacase su manga de cruz un día;

pero viéndole el calzón

roto, y en pedir prolijo,

"Saca unas calzas, le dijo.

y será buena invención".

Y si tú la has de sacar,

regalo o vestido sea,

que a su madre, aunque áspid sea, podrá templar y ablandar.

FÉLIX.

(*Lca.*) "Y la invención me parece que te pongas de camino [ce y te finjas su sobrino."

GASTÓN.

¡Oh, cuánto amor enflaquece!

FÉLIX.

(*Lca.*) "Di que eres de la Montaque padres y señas van [ña, en esa memoria."

GASTÓN.

¿Harán

los diablos esta maraña?

Pero cierta vieja un día

dicen que los engañó.

FÉLIX.

Ponte de camino.

GASTÓN.

¿Yo?

FÉLIX.

¿Tienes botas?

GASTÓN.

Sí tenía;

mas viendo que es el beber

camino más pasajero,

trocando cuero por cuero

dellas me deshice ayer.

FÉLIX.

¿Y fieltro?

GASTÓN.

¿Tan gran señor

te sueñas, que has de llevar

lacayo con fieltro?

FÉLIX.

Es dar

a mi persona valor.

GASTÓN.

No hay donaire para mí

como un lacayo en verano

con fieltro.

FÉLIX.

¡Tu blanca mano

estuvo, señora, aquí!

¡Mil veces beso el papel!

GASTÓN.

El papel y los dichosos

se parecen.

FÉLIX.

¿Qué enfadosos

donaires! ¡Ya estás cruel!

GASTÓN.

Sonle en todo muy parejos

los pobres, que ya son graves, que el papel, si no lo sabes, se hace de trapos viejos.

Bésale, que podrá ser que haya estado en hospitales.

FÉLIX.

Los tiempos no son iguales;

ya no es hoy lo que era ayer.

GASTÓN.

Mas antes siempre es loquera, porque todos locos son.

FÉLIX.

¡Qué linda fué la invención del papel!

GASTÓN.

¡Nunca lo fuera!

FÉLIX.

Ahora bien: cesa de hablar; pongámonos de camino.

GASTÓN.

¿Tú qué has de ser?

FÉLIX.

Yo, sobrino.

GASTÓN.

¿Y yo no he de emparentar?

FÉLIX.

Si gustan con majaderos, pues los hay de tu librea.

GASTÓN.

¿Huérfano quieres que sea?, pero tuviera dineros

o estuviera en gran lugar,

de la fortuna accidentes,

que me salieran parientes

más que tiene arena el mar.

(*Vanse, y salen DOÑA ANA, dama, y FLORA, su madre, quitándose los mantos, y INÉS, criada.*)

FLORA.

Toma esos mantos, Inés.

ANA.

¿De qué vienes tan mohina?

FLORA.

Con el dedo se adivina

lo que con los ojos ves.

INÉS.

Eufádanla parlatorios.

ANA.

Pues eso no es culpa mía.

FLORA.

Para doncellas se había

de dar licencia a oratorios.

ANA.

¿Es por aquellos corrillos

de galanes?

INÉS.

Claro está.

FLORA.

Basta, que eres blanco ya

destos locos mozalvillos.

ANA.

¿Espántaste de que miren

una mujer por casar?

FLORA.

Mirar, no; mas remirar.

ANA.

Pues ¿qué importa que remiren, si yo no miro a quien mira?

FLORA.

¿Yo no te vi con el manto

hacer caireles?

ANA.

Que tanto

me aprietes, madre, me admira.

FLORA.

Una mujer ha de estar

en misa como una imagen,

FINEO. Por un famoso letrado,
me habló antayer Filiberto.

ANA. ¿Tiene muy larga la barba?

FINEO. Mucho.

ANA. Pues váyase a un yermo.

FINEO. Es hombre tan gran letrado,
que entre sus libros suspenso,
por entender una ley,
tomó un orinal, y en medio
del verso, hallando el sentido,
dió con él sobre un *Digesto*,
y haciéndole mil pedazos,
dijo: *Sic intelligendum*.

ANA. Dios me libre desa gente.

FINEO. No quiero libros, que quiero
hombre para mí con alma
y con libre entendimiento.

FLORA. Un mocetón es mejor:
o mocetón, o...

ANA. A lo menos,
connmigo hablará en romance,
que es lengua con que me entiendo.
¿Piensas tú que los que saben
letras todos son discretos?

FINEO. Pues cree que hay en latín
muy gentiles majaderos.

FLORA. Eso sí; venga el perfil
de uno de aquestos mozuolos
que rizan los aladares
con molde a fuego.

FINEO. ¡Y qué fuego!

FLORA. Ya dan muñecas también.

FINEO. Si lo son, no será nuevo.

FLORA. Si va a decir la verdad,
que otra vez te traté desto.
Lisardo me agrada mucho;
que es honrado caballero
y de razonable hacienda.

FLORA. Verle y hablarle deseo.

FINEO. Yo le traeré cuando gustes;
y voime.

FLORA. Guárdete el cielo.

INÉS. ¡Ah, señor Fineo!

FINEO. ¡Oh, Inés!

INÉS. ¿Tan coja soy, que no tengo
de hallar un marido yo?

FINEO. Tengo un honrado mancebo.

INÉS. ¿Oficial?

FINEO. No es oficial.

INÉS. Pues arrímole.

FINEO. ¿Tan presto?

INÉS. No quiero gente de leva
que se remita al paseo

y esto de andar a la droga,
sino marido de asiento.

FINEO. Calle, que yo la daré
para asiento un zapatero
que de estar en la banquetta
se le pega a los grigüescos.

(*Vase.*)

FLORA. En fin, doña Ana: Lisardo
me agrada, y verle pretendo.

ANA. No lo miras con los ojos.

FLORA. ¿No? Pues ¿con qué?

ANA. Con los dedos.

FLORA. Mira quién llama.

INÉS. Ya suben.

FLORA. ¿Y quién son?

INÉS. Dos forasteros.
Criado y amo parecen.

ANA. Entraréme en mi aposento.

FLORA. De forasteros, no importa.

(*Salen de camiro DON FÉLIX, galán, y GASTÓN, graciosamente.*)

FÉLIX. Guarde vuestra vida el cielo.
¿Sois Flora, acaso?

FLORA. Yo soy.

FÉLIX. ¡Los brazos!

FLORA. Pues ¿a qué efeto?

FÉLIX. Yo soy don Juan.

FLORA. ¿Qué don Juan?

FÉLIX. Señora, un sobrino vuestro,
hijo de Alvaro Velarde
y de doña Juana Tello.

FLORA. Ya el alma me lo decía,
y con golpes en el pecho,
el corazón.

ANA. (Bien cayó.)

(*Abrácese.*)

INÉS. ¡Famosamente lo han hecho!

ANA. ¿Qué bizarro está don Félix!

INÉS. ¿Y Gastón, es barro?

FÉLIX. Vengo
con un disgusto notable.

FLORA. ¿Disgusto?

FÉLIX. Pasando el puerto
se le cayó una maleta
a este mozo, que es un necio,
donde traía las cartas
de mis padres.

FLORA. Mal suceso.

pensé querer, forzándome mi estrella;
pero ver a doña Ana bien nacida,
virtuosa y rica, y, como veis, doncella
de tanta gracia y hermosura, ha hecho
un incendio la nieve de mi pecho.

No lo dudéis; tal gracia y hermosura
no ha menester más dote.

FINEO.

Así lo creo;
pero en aquesta edad será cordura
llevar el dote en ancas del deseo;
pasóse el tiempo, y la inocencia pura,
cuando nunca se vió mejor manteo
que de bayeta, o frisa, y que la grana
era la mayor gala cortesana.

Mal año; agora, en solas guarniciones
un dote de otro tiempo va cifrado,
y aquestas son las ciertas ocasiones
del honor mal perdido y peor guardado.
Lisardo, antojos son las aficiencias;
amor a muchos se perdió casado;
venga el dinero luego, que en el mundo,
si no es lo principal, es lo segundo.

LISARDO.

Amor que sólo estima el bien que espera,
a la imaginación desnudo asiste.

FINEO.

Eso de amor es bárbara quimera;
si se resfría el trato, amor le viste.

FINEO.

Doña Ana, al fin, es única heredera.

LISARDO.

En eso no presumo que consiste;
porque es tan moza y tan gallarda Flora,
que se puede casar, si quiere, agora.

Pues que bueno será que el día primero
que riña con su yerno, os amenace.

LISARDO.

Cátese, para como el bien que espero
un día, un hora, un cuarto, un punto abraze.

FINEO.

¿Quereís la ver?

LISARDO.

La vida menos quiero.

FINEO.

Pues hoy serán las vistas, y amor trace
que se concluya, pues os viene al justo.

LISARDO.

No hay más riqueza que casar con gusto.

(Páase, y sale DOÑA JUANA, dama, y MARCELO.)

JUANA. Dile al Conde tu señor
que yo estoy desocupada.

MARCELO. La carroza está parada,
aguardando ese favor.

JUANA. Pues pídele albricias dél,
si te parece que es grande.

MARCELO. Y aun haré que me las mande
antes que le advierta dél.

(Sale el CONDE.)

CONDE. Ya es tarde, que ya he subido.

MARCELO. Va las albricias perdí.

CONDE. No harás, aunque al bien que vi
por mí hallazgo se las pido.

JUANA. ¿Tan perdido os presumís?

CONDE. Pues ¿no es encarecimiento
que sola en mi entendimiento
por luz del alma vivís?

JUANA. No tiene locura amor
como es el encarecer.

CONDE. Siendo locura el querer,
será el decirlo mayor.

JUANA. ¿Cómo habéis, hasta hoy, esta-
Con esperanza de veros, [do?
que no hay vivir sin teneros;
con esto engaño el cuidado.

Pero vos no habréis tenido
esa memoria de mí.

JUANA. No, porque no la perdí.

(Sale un ESCUDERO.)

ESCUDERO. Aquí, señora, ha venido
Flora, con su hija bella.

CONDE. ¿Estorbo yo?

JUANA. No, señor;
antes nos haréis favor,
y holgaréis de hablalla y bella;
que tiene, aunque en tierna edad,
un gallardo entendimiento.

(Salen FLORA y DOÑA ANA.)

FLORA. Volved el coche al momento.

dejarásme las que esconde
don Juan en mi corazón.)

CONDE. De hoy más me podéis servir.

FÉLIX. Dichoso en extremo soy.

CONDE. Venid conmigo.

FÉLIX. Yo voy
adonde podré decir

que recibo nuevo ser.

CONDE. ¿Quién es este gentilhomme?

FÉLIX. Ya no ha de tener mi nombre:
sólo el vuestro ha de tener.

CONDE. Quiero a los dos recebiros.

FÉLIX. Téngolo a mucha ventura.

GASTÓN. Soy, señor, añadidura

de don Juan, para servirlos.

CONDE. Hombre parecéis muy sano.

GASTÓN. Albricias os diera yo;
que un albéitar que me vió,
me halló manco de una mano.

CONDE. ¿Qué érades en vuestra tierra?

GASTÓN. Hidalgo no más.

CONDE. ¿No más?

GASTÓN. ¿Y es poco?

CONDE. ¿Bueno serás
para la guerra?

GASTÓN. ¿Qué guerra?

CONDE. La del servir.

GASTÓN. ¿Qué mayor?

CONDE. ¿Tu nombre?

GASTÓN. Gastón me llamo:
muy bueno para mi amo,
si es bueno ser gastador.

JUANA. Vamos al jardín, primero
que os vais.

FLORA. Tenemos que hacer.

JUANA. ¿Cuándo nos hemos de ver?

FLORA. Yo por momentos lo espero.

(*Vanse, y queda Doña JUANA sola.*)

JUANA.

Si en un carcaj dorado están metidas,
Amor, tus flechas, bien se ve que a tienta,
ciego, las sacas, con diverso intento
del que después se mira en las heridas.

Quitás, sin vista, diferentes vidas,
y como las esparces por el viento,
y el blanco no se ve del pensamiento,
por eso quieres, y por eso olvidas.

Tirando así, no hay alma que resista
las duras puntas de tus flechas fieras,
porque el mundo contigo se resista.

¡Oh, si con vista, dulce Amor, nacieras

y acertaras las almas con la vista!
Mas no fueras amor, si la tuvieras.

(*Vase, y salen LISARDO, FINEO, INÉS y CRIADOS.*)

FINEO. ¿Aún no han venido de fuera?

INÉS. No, señor; mas ya vendrán.

¿Es novio aqueste galán

que a mis señoras espera?

FINEO. ¿No se ve que novio es?

INÉS. Parécelo en el olor.

FINEO. ¿Huelen los novios?

INÉS. Mejor

los suelen oler después.

No tiene mala persona.

¿Son aquestos sus criados?

FINEO. Los mismos.

INÉS. Bien adornados:

cosa que no poco abona.

Que los criados, Fineo,

son portada del señor.

FINEO. Del coche es este rumor.

INÉS. Que vienen mis amas creo.

(*Salen FLORA y DOÑA ANA*)

FLORA. Cansada vengo.

ANA. [Y] yo, pues;

pero a gran ventura tengo

la comodidad del premio.

FLORA. ¡Qué gallardo caballero!

Es muchacho el conde Otavio.

ANA. Todos te agradan; no creo

que has tenido quietos ojos.

FLORA. ¿A qué llamas ojos quietos?

ANA. Honestos quise decir.

FLORA. ¿Pues en qué no son honestos?

¿Es vengarte del sermón?

ANA. ¿Malicias?

FLORA. Yo las confieso.

FINEO. Aquí está el señor Lisardo.

FLORA. Por todo extremo me huelgo.

LISARDO. Pues holgaos con esa dama,

y será por todo extremo.

INÉS. ¡Espantosa necedad!

FINEO. ¡Vive Dios, que es buen agüero!

El casamiento se hará,

que ya el desposado es necio.

FLORA. Siéntese vuesa merced.

LISARDO. Sabe Dios lo que me siento.

INÉS. ¿Más que le mata el albarda?

FINEO. Más que no para hasta cielo.

FLORA. Mira qué buen talle tiene.

FÉLIX. Y yo lo que tú no fueres.
ANA. Ven al jardín, y hablaremos
mientras mi madre y Lisardo
hacen tan necio concierto.
FÉLIX. Si él sale con lo que intenta,
yo le tendré por discreto.

(*Íanse.*)

GASTÓN. ¿Cómo estamos ella y yo?
INÉS. ¿Y como le va de juego
a él?

GASTÓN. Jugando a la argolla
dijo que estaba Cisneros
cuando le llamó su amo,
y él respondió: "Yo voy luego,
que poco me falta ya;
va a doce, y dos bocas tengo."
¿Quién duda que los criados
del desposado moderno
tendrán a vuesta merced
llena la testa de viento?
¿Qué paje barbón la mira?
¿En qué lacayo gallego
ha puesto los ojidiablos?

INÉS. Caigase un cesto de peros,
tengan dinero los sanos,
tengan salud los enfermos,
sepa bien el beber frío,
pasen mis años de ciento
cuando yo no fuere tuya.

GASTÓN. Pues voy contento con eso,
que como nunca decís
verdad en los juramentos,
al revés te vendrá todo.

INÉS. ¡Adiós, Durango!

GASTÓN. ¡Adiós, Duero!

INÉS. Leandro quise decir.

GASTÓN. Yo, Hero; mas ya no acierto,
que como no sé nadar,
siempre a la orilla me quedo.

ACTO SEGUNDO

(*Salen el Conde, Lisardo y Marcelo.*)

CONDE.

Vos haréis como noble caballero
en dejar de casaros con doña Ana.

LISARDO.

Después que vi las sombras que os refiero,
propuse el fin a mi esperanza vana.

CONDE.

Yo la quise, Lisardo, y yo la quiero;
ya sabéis que el poder todo lo allana,
si bien guardando siempre su decoro.

LISARDO.

Ya sé la fuerza del valor del oro.

Es el oro, señor, la quintaesencia
del poder de la tierra; donde él toca,
no queda honor, edad, fuerza y prudencia;
uno vence, otro priva, otro provoca.
Allá tuve también otra advertencia
con que mi voluntad, o mucha o poca,
quedó, si no resuelta, al fin, templada.

CONDE.

¿Pues es más que de mí doña Ana amada?

LISARDO.

De aquel Osorio habréis la historia oído,
que vió caer el hombre cuarto a cuarto;
lo mismo a mi temor le ha sucedido,
con que de amor el pensamiento aparto.
Hase formado un hombre repartido
a mis ojos, de suerte que me parto
para siempre de en casa de doña Ana,
que no será temor ni sombra vana.

CONDE.

¿No me diréis quién hay que más la quiera?

LISARDO.

Satisfacer mis celos sólo puedo;
los vuestros no, pues basta que os refiera
que dividido deste intento quedo.
Querelda, Conde, o quien mi ausencia espera;
que de casarme, sosegado el miedo,
no me importa saber el más dichoso;
que no lo seréis vos, si estáis celoso.

(*Íase; salen DON FÉLIX y GASTÓN.*)

FÉLIX.

¿Era Lisardo éste?

CONDE.

El mismo era.

FÉLIX.

Pues ¿Lisardo contigo?

(13)

CONDE (13)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (14)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (15)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (16)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (17)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (18)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (19)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (20)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (21)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (22)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (23)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (24)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (25)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (26)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (27)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (28)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (29)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (30)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (31)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (32)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (33)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (34)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (35)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (36)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (37)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (38)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (39)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (40)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (41)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (42)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (43)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (44)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (45)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (46)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (47)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (48)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (49)

¿Qué me cuentas, Conde?

CONDE (50)

¿Qué me cuentas, Conde?

celos, que son de amor famosa espuela.

No siempre se ha de amar como tú quieres.

FÉLIX.

Cuando guardan lealtad, amor lo manda.

GASTÓN.

Yo conozco, señor, a las mujeres;
la que se queda atrás, con celos anda.
Sosiégala diciendo que te nueres;
si nunca amor sin celos se desmanda.
inquiétala, y obliga a mil desvelos,
que amor se hace gigante con los celos.

(*Vanse, y salen DOÑA ANA y DOÑA JUANA.*)

JUANA. Esta ha sido la ocasión,
doña Ana, de visitarte.

ANA. En fin, ya por esa parte
salgo de la obligación.

JUANA. Toda la tiene don Juan,
tu primo, a mi grande amor.

ANA. Pues ¿no es el Conde mejor,
más discreto y más galán?

JUANA. No me lo parece a mí.

ANA. En fin, ¿le obligaste?

JUANA. Ya
tan fuera del alma está
como yo lo estoy de mí.

Hazme tan grande placer,
¿placer dije?, bien dijera
mejor, de hacer que me quiera.
pues tú lo podrás hacer,
que, como tu sangre, en fin,
solicitarás mejor
el principio de mi amor
y de mi esperanza el fin.

ANA. Esta ha venido a matarme.
¡Ay, celos! ¿Qué me queréis?
¿No basta que me los deis,
amor, con desconfiarne,
sino que yo misma sea
quien me mate y solicite
mi muerte?

JUANA. Bien se permite
que en nuestra amistad se vea
esta fineza de amor.

ANA. Digo que yo le hablaré
para que estime tu fe
y conozca tu valor.

JUANA. Conoceré tu amistad.

ANA. Segurísima estar puedes.

JUANA. Harásme dos mil mercedes.

ANA. Y él ¿sabe tu voluntad?

JUANA. Mis ojos, que lenguas son
del alma, dicho le han
muchas veces a don Juan
la fuerza de mi afición.

ANA. Pues ¿va a tu casa?

JUANA. Acompaña
al Conde.

ANA. Será por verte.
¡Declarado se ha mi muerte!
¡Falso amor! ¡Traición extraña!
¡Ah, don Félix! ¡Cuántas veces
esto de tu amor temí!

JUANA. ¿Y él nunca te dijo a ti
lo mucho que tú mereces?

JUANA. Hasta agora me requiebra
con palabras generales.

ANA. Pues ya con principios tales
has cuenta que se celebra
tu dichoso casamiento.

JUANA. Ese es el fin a que aspiro.
Por lo imposible suspiro.

ANA. ¡Llevó mi esperanza el viento!

JUANA. El viene. ¡Ay, Ana, remedia
mi mal!

(*Salen DON FÉLIX y GASTÓN.*)

FÉLIX. Mi prima y señora.

ANA. ¿Qué podré callar agora,
que amor no acabe en tragedia?

Mira, primo, que está aquí
mi señora doña Juana.

FÉLIX. Con los rayos de doña Ana,
que me deslumbran, no os vi.

JUANA. Disculpado estáis, don Juan.

FÉLIX. Prima, aquí tengo que hablaros.
ANA. ¿Qué sirve buscar reparos,
si tantos celos me dan?

FÉLIX. Prima, el Conde mi señor,
que nunca mi señor fuera,
quiere que a su dama quiera,
para proseguir tu amor.

Que dice que doña Juana
no estorbará, entretenida,
su deseo, y que la vida
daré a su esperanza vana.

Paréceme obedecer,
como tú gustes, su gusto,
pues no te dará disgusto
lo que por burla ha de ser;
que pues de mí estás segura
que con el alma te adoro,
y de guardarte el decoro
nuevamente amor te jura,

doña Ana el favor que ha hecho al Conde, no ha de poder en muchos tiempos volver como la tuve, a mi pecho.

CONDE. Pues, señora doña Juana, ¿ya tan olvidada?

JUANA. Creo que os debe mayor deseo la hermosura de doña Ana.

Con esto, no os espantéis si me retiro de vos.

CONDE. En este jardín los dos hablemos, si vos queréis, porque tengo que contaros un casamiento.

JUANA. Si fuese con don Juan, y amor me diese tanto bien...

CONDE. Quiero obligaros. Habla entre tanto, don Juan, con doña Ana en mi favor.

FÉLIX. Ya voy a hablarla, señor, pues tanta ocasión me dan.

(Vase el CONDE y DOÑA JUANA.)

ANA. Pensarás que estoy ya muerta porque hablaste a doña Juana.

FÉLIX. Y tú, porque hablaste al Conde, que debo de estar sin alma.

ANA. Si le hablé, señal sería que tengo lengua.

FÉLIX. No habla quien no la tiene, y a mi no pienso yo que me falta.

ANA. ¡Qué le dirías de amores, que de engañosas palabras, qué de mentiras de hombres!

FÉLIX. La mentira, cosa es clara, que nombre de mujer tiene.

ANA. La verdad es cosa llana, que también tiene ese mismo.

FÉLIX. ¿Estás contenta?

ANA. Y pagada.

FÉLIX. En fin, gustas de perderme, pero tú dirás qué ganas.

ANA. ¿Qué pierdo, si te he perdido?

FÉLIX. Tienes razón: poco o nada.

ANA. ¿Cómo sufres que al jardín lleve un galán a tu dama?

FÉLIX. Como es tan grande mi amor, no he sentido que se vaya. Pero tú, ¿cómo le dejas,

si, como pienso, le amas, que al jardín vaya con ella?
¿No ves que amor quiere guardas y que de las ocasiones resultan cosas extrañas?
ANA. Como es tan grande mi amor, no he sentido que se vaya.

(Sale FLORA quedo.)

FÉLIX. ¿Qué mal término tuviste!

ANA. Pues ¿tú en mi término hablas? ¿Villano vil!

FLORA. ¿Qué es aquesto?

FÉLIX. ¿Tu madre, voyne!

(Vase.)

FLORA. ¿En qué andas?

ANA. ¿Piensas que ya no lo entiendo? Ven a matarme.

FLORA. ¿Tú tratas de villano a don Juan?

ANA. Si.

FLORA. ¿Si dices?

ANA. ¿De qué te espantas?

FLORA. ¿No me he de espantar de ver que le quieras bien, ingrata, a Lisardo, al Conde, a todos cuantos te quieren?

ANA. Acaba, que todo es quimera tuya.

FLORA. ¿Quimera al querer le llamas? En tanto pesar me huelgo, que has descubierto la hilaza.

ANA. ¡Hilárame tú mejor!

FLORA. ¡Basta, necia; necia, basta!

ANA. ¿Tan mal te parece a ti que yo estuviera casada con mi primo? ¿No es mi primo don Juan hijo de tu hermana? ¿Pierde por su padre acaso? ¿No es Velarde? ¿No es Sarabia? ¿No le dieron, como a ti, su principio las montañas y de la dispensación, si ese disparate entablas, dos mil ducados, es barro?

FLORA. ¡Plega a Dios!

ANA. ¿Tente, no hagas disparates!

FLORA. Morderé.

ANA. No muerdas, puesto que rabias, que porque salgas de pena,

pero sin manos no, que han de ser largas para que pueda darle el oro a cargas.

FLORA.

Ahora vamos a hacer las escrituras, y ruin sea esta vez por quien quedare.

LISARDO.

Vamos, que desta vez serán seguras, como en el juramento se repare.

(*Vanse los dos, y sale DON FÉLIX y GASTÓN.*)

ANA.

¿Qué fin han de tener mis desventuras?
¿Pero qué desventura habrá que pare
si no es en mí?

FÉLIX.

¿Qué es esto, Inés?

INÉS.

¿Qué quieres?

El tiempo, el son, mudanzas, las mujeres.

FÉLIX.

¿Lisardo aquí otra vez?

INÉS.

¿Pues no lo miras?

GASTÓN.

Háblala, por tu vida, cuerdamente.

ANA.

¿Eres don Félix tú? ¿De qué te admiras,
pues ocasión me has dado suficiente?
¿Si tú a casarte en otra parte aspiras,
es milagro que yo lo mismo intente?
¿No sabes que no hay gustos ni placeres
que olviden la venganza en las mujeres?

FÉLIX.

Prima, pero ya no prima,
y si prima, falsa, y tal,
que en mis bienes suena mal.
pues a dejarme se anima.
¿qué pecho habrá que reprima
la fuerza de tu mudanza.
que al honor y al alma alcanza?
¡Ah, cómo se echa de ver
que pasas, como mujer,
del amor a la venganza!

Si te dije que quería
de burlas a doña Juana,
porque eras mi luz, doña Ana,

como lo es el sol al día.
¿qué ofensa hacerte quería,
pues antes era defensa
del Conde, cuyo amor piensa
tu ingrato pecho pagar?
Pero quien quiere olvidar,
bien sabe fingir la ofensa.

¿Qué buena paga de amor!

¡Tarde y mal! Mas nunca el mal
llegó tarde. ¿Qué mortal
veneno! ¿Qué vil temor!
¿Yo ser a tu fe traidor?
¿Yo mudarme? Mas, ¿qué digo,
si tu esposo y mi enemigo
me han de vengar hoy aquí,
pues yo quedo muerto en ti
y él queda vivo contigo?

ANA.

Poco a poco, que es locura
pensar que nadie ha de ser
tan suyo, que pueda hacer
desprecios a la ventura.
La voluntad más segura,
si es discreta y fué dichosa,
ha de estar más sospechosa,
que quien ama, no ha de amar
de burlas para matar
un alma, siempre celosa.

¿Qué querías que yo hiciera?
Si dices que has de querer,
¿puédote yo el alma ver?
¿Es tu pecho vidriera?
No hay burla más verdadera
que llegarse amor burlando;
que el amor lisonjando
entra mejor sin recelo,
porque el trato es como anzuelo
que pesca el alma callando.

¿Había yo de aguardar
a lo que pudiera ser,
y que hablando de querer
te supieras tú guardar?
La ocasión ha hecho errar
muchos, que no lo creyeron,
que más santos que tú fueron;
luego, Félix, no presumas,
que te servirán las plumas
donde los otros cayeron.

FÉLIX.

¿Disculpas tu liviandad
con lo que está por venir?

ANA.

Nunca ha sido el prevenir
a lo menos necesidad.

FÉLIX.

El mudar tu voluntad
bien se ve que no es honor.

recibir la bendición
de los que lo son por cierto.
aunque no sean obispos,
porque después pueden serlo.
A mi señora doña Ana
no hablo, porque la veo
con las manos en los ojos.
Tú, Inés, pues bien los merezco,
dame tus abiertos brazos.

INÉS. En fin, ¿te vas?
GASTÓN. ¿Cómo puedo
no irme?

INÉS. Dios te encamine.

GASTÓN. Y a ti te libre de perros.

FLORA. Alza los ojos, doña Ana:
alza los ojos del suelo.
¿Lágrimas tú?

ANA. Pues ¿qué quieres,
pues ya se va cuanto quiero?
Y cuando no fuera así,
¿a ser su sangre no debo
estas lágrimas?

FLORA. Yo digo
que no llores, que aún yo tengo
como cera el corazón;
pero que tengas consuelo,
que en haciéndose la boda
con la bendición del cielo,
querrás bien a tu marido,
como otras muchas lo han hecho.

ANA. Desconfío, madre mía.

FLORA. La cosa de más contento
en la mujer son las galas;
déstas dos mil te prometo.

ANA. Madre, las galas y joyas
no bastan, porque es lo menos
para pasar tanta vida
al lado de un hombre necio.

(*Vanse, y salen el CONDE y MARCELO.*)

CONDE. Dos cosas son bien notables.

MARCELO. La boda se vuelve a hacer,
y se va don Juan.

CONDE. No hables
jamás en loor de mujer,
porque todas son mudables.

MARCELO. Todas no, que hablas con ira;
que es lo más que dicen dellas
engaño, burla y mentira.

CONDE. Quien pone esperanza en ellas,
¿qué piensa, de qué se admira?
¡Qué bien dijo Sanazaro

que sembraba en el arena
y que araba el viento claro!
MARCELO. Más vale sola una buena
que el mundo.

CONDE. Es ejemplo raro.

MARCELO. Raro sin comparación.

Mas las que son, buenas son.

CONDE. Créolo. Estoy enojado.

Terrible ocasión me han dado,
y me hace hablar la ocasión.

Bien sé yo que una mujer
virtuosa puede ser
coro de una ciudad.
En muchas hay variedad.
MARCELO. Es que les falta el poder;
mas que varío un hombre sea,
¿no es fealdad?

(*Sale DON FÉLIX, de camino, y GASTÓN.*)

FÉLIX. Vueseñoría
me dé los pies, porque vea
que viene el mal en un día,
y que el bien siempre rodea.

Señor, mi padre me escribe
que queda para morir.

CONDE. Sola esa carta prohibe
el detenerse y sufrir
el alma el mal que recibe.

FÉLIX. Yo lo quisiera excusar;
pero mi pobre hacendilla
mal se podrá gobernar,
que costó mucho adquirilla,
y es un honrado solar.

CONDE. Haz que le den mil ducados.
Vente conmigo, don Juan.

(*Vanse el CONDE y MARCELO.*)

FÉLIX. Vivas los años doblados
de Néstor.

GASTÓN. ¡Por Dios, que van
los duelos con pan dorados!

FÉLIX. No hay, Gastón, sino partir.

GASTÓN. ¿No te alegra este dinero?

FÉLIX. Ya no estoy para sentir,
porque gozarlos no espero,
como el que quiere morir.

GASTÓN. ¡Mil ducados! ¿No estás loco?
¡Pese al alma de un judío!

FÉLIX. Ya todo lo estimo en poco;
pero partamos con brío,
¡Celos, yo mismo os provocho!

FLORA.

Perdiendo estoy el seso.
¿Hay desdicha tan brava? ¿Hay tal suceso?

(Sale INÉS.)

INÉS. Apenas puedo, de risa,
darte un recado, señora.
FLORA. ¿Viene el Conde por ventura?
Buscaré donde me esconda.
INÉS. Que no es el Conde.
FLORA. Pues ¿quién?
INÉS. Dos hidalgos en dos postas.
FLORA. ¿Quién?
INÉS. Don Juan y su criado.
ANA. Toda el alma me alborotas.
FLORA. ¡Por el siglo de mi padre
que nos han de volver locas!
ANA. ¿Búrlaste, Inés?
INÉS. ¿Qué es burlarme?
Ya entran.

(Salen DON FÉLIX y GASTÓN, en cuerpo.)

GASTÓN. ¿De qué te enojas?
FÉLIX. ¡Jesús, Jesús! ¿Qué descuido!
¡Los papeles que me importan
honra y vida! Y, por lo menos,
¿dónde está mi ejecutoria?
FLORA. ¿Qué es esto, señor sobrino?
FÉLIX. Este demonio, que acorta
mi vida con sus descuidos.
ANA. Temblando me tiene toda.
FÉLIX. La ejecutoria olvidada,
que es todo mi amparo y honra,
me deja en el aposento.
¡Vive Dios!
GASTÓN. Tenle, señora.
FÉLIX. Estaba en Villacastín,
y con la ocasión forzosa
de ser el lugar behetría,
que noble o no tanto monta,
de mi ejecutoria trato
con tres o cuatro personas
que estaban en la posada,
y dice con linda sorna
el picaro, el ganapán,
que se le olvidó.
GASTÓN. Reporta
la cólera.
FÉLIX. Pues ¡picaño!,
no se os olvida la bota
ni, para vuestros regalos

la bien prevenida alforja,
y mi ejecutoria sí.
FLORA. Ten la espada rigurosa.
GASTÓN. Llegá tú, pues eres ángel,
si te acuerdas de la historia
del sacrificio.

ANA. No sé
si me conoce.
GASTÓN. Y te adora.
ANA. Viniendo de tanta ausencia
puede ser que no conozca
los que le habemos servido.
GASTÓN. ¿Ausencia llamas seis horas?
FLORA. Repórtate ya, sobrino,
que es ya tarde, y si alguien ronda,
pensará lo que él quisiere,
y es la vecindad de forma
que daremos que decir.
En fin, ¿tú vienes a posta,
digo, por la posta, en busca
de tu carta ejecutoria?
¡Ay, sobrino, cómo entiendo
que la causa desto es otra!
Pero, sea la que fuere,
achaque quieren las cosas.
FÉLIX. ¿Vo? ¡Plega a Dios!
FLORA. No lo jures.
FÉLIX. Tú verás si un ave torna
con más presteza que yo,
por más que los aires rompa,
si la ejecutoria veo.
FLORA. En noche oscura y lluviosa,
no corras postas, sobrino;
sobrino, duerme y no corras.
Vente a descansar, que, en fin,
achaque quieren las cosas.

(Vase.)

FÉLIX. ¿No me hablas?
ANA. ¿Qué he de hablar?
FÉLIX. ¿Soy tu ejecutoria agora?
Eres alma por quien vivo,
eres mi bien y mi gloria.
¿Casástete ya?
ANA. No sé.
FÉLIX. Si te llamabas mi esposa,
¿cómo te has casado? ¡Ay, cielo!
Venga el dichoso que goza
tus manos, deme la muerte,
si bien el gozarte sobra.
ANA. Y todo aqueso que dice,
¿lo dice la ejecutoria?

LISARDO. No tienes ya qué temer,
que son comenzar a amar,
señora, en otro lugar,
principios de aborrecer;
y en siendo tú mi mujer,
¿por qué ha de faltarme el trato
que a nadie ha salido ingrato?

JUANA. Porque aunque en mis brazos sea,
quién los que amaba desea
tendrá en el alma el retrato.

Tras esto, palabra di
de casarme con don Juan
al Conde.

LISARDO. Las que se dan,
bella doña Juana, así,
muy pocas veces las vi
llegar hasta el cumplimiento;
que hasta ser casamiento
para empezar a mentir;
pues el eco ha de decir,
tras el casamiento, "miento". [me

JUANA. Ahora bien: yo he de informar-
desta ausencia y deste enredo,
donde verás lo que puedo,
en pudiendo asegurarme.

LISARDO. Mucho quisiera emplearme
en quien vengarme pudiera.

JUANA. En casa de Flora espera.

LISARDO. Celos: a muchos casáis;
pero no me arrepintáis,
pues es menos mal que muera.

(*Vanse, y salen DON FÉLIX, DOÑA ANA, GASTÓN
y INÉS.*)

FÉLIX. No es de noble el castigar,
ni la venganza hidalguía.

ANA. Es mucha la ofensa mía.

FÉLIX. Quien no sabe perdonar,
no diga que es bien nacido.

Y yo ¿cuándo te agravié?

ANA. Cuando se atrevió tu fe
a solicitar mi olvido.

FÉLIX. Celos en gente discreta
siempre fueron disculpados.

ANA. Cuando son celos honrados,
¿de qué el alma se inquieta?

FÉLIX. ¿Hay celos sin honra?

ANA. Si.

FÉLIX. ¿Cuáles?

ANA. Los que piensan mal
de una persona leal.

FÉLIX. Engañaste.

ANA. ¿Cómo así?

FÉLIX. Porque no puede haber celos
que piensen bien, porque son
temor.

ANA. La satisfacción
ha de quitar los recelos.

Y los celos han de ser
tales, que callarlos pueda
el que los tiene, y no exceda
del crédito que ha de haber
de las prendas del honor.

FÉLIX. Como no los has tenido,
culpas mi error.

ANA. Nunca ha sido
grande, sin celos, amor.

FÉLIX. Pequeño el tuyo sería,
por esa misma razón.

ANA. Celos tuve, pero son
como en causa tuya y mía.

Y bien te acuerdas que fueron
principio de nuestro daño.

FÉLIX. Ya, mi bien, el desengaño
de mis verdades te dieron.

¿A qué puede tu belleza
ni mi grande amor llegar,
que a obligarme a confesar
que tuve en volver flaqueza?

Al puerto, mi bien, llegué;
pero no pasé del puerto,
porque de tu olvido cierto,
en su nieve me abrasé.

Apenas a Guadarrama
vi la cumbre, cuando vi
mi cierta muerte, si allí
no hallaba paso mi llama.

Busqué el achaque que ves,
y el rostro vuelto a la torre,
dije a Gastón: "Pica, corre,
hasta que en Madrid estés;
que me dejo el alma allá",
ejecutoria del cielo,
y aun olvidada recelo,
pues en tu pecho lo está.

Ya vine, ya he confesado
que no he de vivir sin ti.

Gastón, ¿no es aquesto así?

¿Qué buen testigo!

ANA. Abonado.

GASTÓN. ¿Hay tachas qué me poner?

ANA. Más que cabellos.

GASTÓN. Señora,
cuanto don Félix te adora
ha confirmado el volver.

Desenójate, por Dios,

Portuguese		English	
1	uma	one	one
2	dois	two	two
3	três	three	three
4	quatro	four	four
5	cinco	five	five
6	seis	six	six
7	sete	seven	seven
8	oito	eight	eight
9	nove	nine	nine
10	dez	ten	ten
11	onze	eleven	eleven
12	doze	twelve	twelve
13	treze	thirteen	thirteen
14	quatorze	fourteen	fourteen
15	quinze	fifteen	fifteen
16	dezesseis	sixteen	sixteen
17	dezoito	eighteen	eighteen
18	dezenove	nineteen	nineteen
19	vinte	twenty	twenty
20	trinta	thirty	thirty
21	quarenta	forty	forty
22	cinquenta	fifty	fifty
23	sessenta	sixty	sixty
24	setenta	seventy	seventy
25	oitenta	eighty	eighty
26	noventa	ninety	ninety
27	cem	one hundred	one hundred
28	duzentos	two hundred	two hundred
29	trezentos	three hundred	three hundred
30	quatrocentos	four hundred	four hundred
31	quinhentos	five hundred	five hundred
32	seiscentos	six hundred	six hundred
33	setecentos	seven hundred	seven hundred
34	oitocentos	eight hundred	eight hundred
35	novecentos	nine hundred	nine hundred
36	mil	one thousand	one thousand
37	mil e duzentos	one thousand two hundred	one thousand two hundred
38	mil e trezentos	one thousand three hundred	one thousand three hundred
39	mil e quatrocentos	one thousand four hundred	one thousand four hundred
40	mil e quinhentos	one thousand five hundred	one thousand five hundred
41	mil e seiscentos	one thousand six hundred	one thousand six hundred
42	mil e setecentos	one thousand seven hundred	one thousand seven hundred
43	mil e oitocentos	one thousand eight hundred	one thousand eight hundred
44	mil e novecentos	one thousand nine hundred	one thousand nine hundred
45	dois mil	two thousand	two thousand
46	três mil	three thousand	three thousand
47	quatro mil	four thousand	four thousand
48	cinco mil	five thousand	five thousand
49	seis mil	six thousand	six thousand
50	sete mil	seven thousand	seven thousand
51	oito mil	eight thousand	eight thousand
52	nove mil	nine thousand	nine thousand
53	dez mil	ten thousand	ten thousand
54	onze mil	eleven thousand	eleven thousand
55	doze mil	twelve thousand	twelve thousand
56	treze mil	thirteen thousand	thirteen thousand
57	quatorze mil	fourteen thousand	fourteen thousand
58	quinze mil	fifteen thousand	fifteen thousand
59	dezesseis mil	sixteen thousand	sixteen thousand
60	dezoito mil	eighteen thousand	eighteen thousand
61	dezenove mil	nineteen thousand	nineteen thousand
62	vinte mil	twenty thousand	twenty thousand
63	trinta mil	thirty thousand	thirty thousand
64	quarenta mil	forty thousand	forty thousand
65	cinquenta mil	fifty thousand	fifty thousand
66	sessenta mil	sixty thousand	sixty thousand
67	setenta mil	seventy thousand	seventy thousand
68	oitenta mil	eighty thousand	eighty thousand
69	noventa mil	ninety thousand	ninety thousand
70	cem mil	one hundred thousand	one hundred thousand
71	duzentos mil	two hundred thousand	two hundred thousand
72	trezentos mil	three hundred thousand	three hundred thousand
73	quatrocentos mil	four hundred thousand	four hundred thousand
74	quinhentos mil	five hundred thousand	five hundred thousand
75	seiscentos mil	six hundred thousand	six hundred thousand
76	setecentos mil	seven hundred thousand	seven hundred thousand
77	oitocentos mil	eight hundred thousand	eight hundred thousand
78	novecentos mil	nine hundred thousand	nine hundred thousand
79	um milhão	one million	one million
80	dois milhões	two million	two million
81	três milhões	three million	three million
82	quatro milhões	four million	four million
83	cinco milhões	five million	five million
84	seis milhões	six million	six million
85	sete milhões	seven million	seven million
86	oito milhões	eight million	eight million
87	nove milhões	nine million	nine million
88	dez milhões	ten million	ten million
89	onze milhões	eleven million	eleven million
90	doze milhões	twelve million	twelve million
91	treze milhões	thirteen million	thirteen million
92	quatorze milhões	fourteen million	fourteen million
93	quinze milhões	fifteen million	fifteen million
94	dezesseis milhões	sixteen million	sixteen million
95	dezoito milhões	eighteen million	eighteen million
96	dezenove milhões	nineteen million	nineteen million
97	vinte milhões	twenty million	twenty million
98	trinta milhões	thirty million	thirty million
99	quarenta milhões	forty million	forty million
100	cinquenta milhões	fifty million	fifty million
101	sessenta milhões	sixty million	sixty million
102	setenta milhões	seventy million	seventy million
103	oitenta milhões	eighty million	eighty million
104	noventa milhões	ninety million	ninety million
105	cem milhões	one hundred million	one hundred million
106	duzentos milhões	two hundred million	two hundred million
107	trezentos milhões	three hundred million	three hundred million
108	quatrocentos milhões	four hundred million	four hundred million
109	quinhentos milhões	five hundred million	five hundred million
110	seiscentos milhões	six hundred million	six hundred million
111	setecentos milhões	seven hundred million	seven hundred million
112	oitocentos milhões	eight hundred million	eight hundred million
113	novecentos milhões	nine hundred million	nine hundred million
114	um bilhão	one billion	one billion
115	dois bilhões	two billion	two billion
116	três bilhões	three billion	three billion
117	quatro bilhões	four billion	four billion
118	cinco bilhões	five billion	five billion
119	seis bilhões	six billion	six billion
120	sete bilhões	seven billion	seven billion
121	oito bilhões	eight billion	eight billion
122	nove bilhões	nine billion	nine billion
123	dez bilhões	ten billion	ten billion
124	onze bilhões	eleven billion	eleven billion
125	doze bilhões	twelve billion	twelve billion
126	treze bilhões	thirteen billion	thirteen billion
127	quatorze bilhões	fourteen billion	fourteen billion
128	quinze bilhões	fifteen billion	fifteen billion
129	dezesseis bilhões	sixteen billion	sixteen billion
130	dezoito bilhões	eighteen billion	eighteen billion
131	dezenove bilhões	nineteen billion	nineteen billion
132	vinte bilhões	twenty billion	twenty billion
133	trinta bilhões	thirty billion	thirty billion
134	quarenta bilhões	forty billion	forty billion
135	cinquenta bilhões	fifty billion	fifty billion
136	sessenta bilhões	sixty billion	sixty billion
137	setenta bilhões	seventy billion	seventy billion
138	oitenta bilhões	eighty billion	eighty billion
139	noventa bilhões	ninety billion	ninety billion
140	cem bilhões	one hundred billion	one hundred billion
141	duzentos bilhões	two hundred billion	two hundred billion
142	trezentos bilhões	three hundred billion	three hundred billion
143	quatrocentos bilhões	four hundred billion	four hundred billion
144	quinhentos bilhões	five hundred billion	five hundred billion
145	seiscentos bilhões	six hundred billion	six hundred billion
146	setecentos bilhões	seven hundred billion	seven hundred billion
147	oitocentos bilhões	eight hundred billion	eight hundred billion
148	novecentos bilhões	nine hundred billion	nine hundred billion
149	um trilhão	one trillion	one trillion
150	dois trilhões	two trillion	two trillion
151	três trilhões	three trillion	three trillion
152	quatro trilhões	four trillion	four trillion
153	cinco trilhões	five trillion	five trillion
154	seis trilhões	six trillion	six trillion
155	sete trilhões	seven trillion	seven trillion
156	oito trilhões	eight trillion	eight trillion
157	nove trilhões	nine trillion	nine trillion
158	dez trilhões	ten trillion	ten trillion
159	onze trilhões	eleven trillion	eleven trillion
160	doze trilhões	twelve trillion	twelve trillion
161	treze trilhões	thirteen trillion	thirteen trillion
162	quatorze trilhões	fourteen trillion	fourteen trillion
163	quinze trilhões	fifteen trillion	fifteen trillion
164	dezesseis trilhões	sixteen trillion	sixteen trillion
165	dezoito trilhões	eighteen trillion	eighteen trillion
166	dezenove trilhões	nineteen trillion	nineteen trillion
167	vinte trilhões	twenty trillion	twenty trillion
168	trinta trilhões	thirty trillion	thirty trillion
169	quarenta trilhões	forty trillion	forty trillion
170	cinquenta trilhões	fifty trillion	fifty trillion
171	sessenta trilhões	sixty trillion	sixty trillion
172	setenta trilhões	seventy trillion	seventy trillion
173	oitenta trilhões	eighty trillion	eighty trillion
174	noventa trilhões	ninety trillion	ninety trillion
175	cem trilhões	one hundred trillion	one hundred trillion
176	duzentos trilhões	two hundred trillion	two hundred trillion
177	trezentos trilhões	three hundred trillion	three hundred trillion
178	quatrocentos trilhões	four hundred trillion	four hundred trillion
179	quinhentos trilhões	five hundred trillion	five hundred trillion
180	seiscentos trilhões	six hundred trillion	six hundred trillion
181	setecentos trilhões	seven hundred trillion	seven hundred trillion
182	oitocentos trilhões	eight hundred trillion	eight hundred trillion
183	novecentos trilhões	nine hundred trillion	nine hundred trillion
184	um quadrilhão	one quadrillion	one quadrillion
185	dois quadrilhões	two quadrillion	two quadrillion
186	três quadrilhões	three quadrillion	three quadrillion
187	quatro quadrilhões	four quadrillion	four quadrillion
188	cinco quadrilhões	five quadrillion	five quadrillion
189	seis quadrilhões	six quadrillion	six quadrillion
190	sete quadrilhões	seven quadrillion	seven quadrillion
191	oito quadrilhões	eight quadrillion	eight quadrillion
192	nove quadrilhões	nine quadrillion	nine quadrillion
193	dez quadrilhões	ten quadrillion	ten quadrillion
194	onze quadrilhões	eleven quadrillion	eleven quadrillion
195	doze quadrilhões	twelve quadrillion	twelve quadrillion
196	treze quadrilhões	thirteen quadrillion	thirteen quadrillion
197	quatorze quadrilhões	fourteen quadrillion	fourteen quadrillion
198	quinze quadrilhões	fifteen quadrillion	fifteen quadrillion
199	dezesseis quadrilhões	sixteen quadrillion	sixteen quadrillion
200	dezoito quadrilhões	eighteen quadrillion	eighteen quadrillion
201	dezenove quadrilhões	nineteen quadrillion	nineteen quadrillion
202	vinte quadrilhões	twenty quadrillion	twenty quadrillion
203	trinta quadrilhões	thirty quadrillion	thirty quadrillion
204	quarenta quadrilhões	forty quadrillion	forty quadrillion
205	cinquenta quadrilhões	fifty quadrillion	fifty quadrillion
206	sessenta quadrilhões	sixty quadrillion	sixty quadrillion
207	setenta quadrilhões	seventy quadrillion	seventy quadrillion
208	oitenta quadrilhões	eighty quadrillion	eighty quadrillion
209	noventa quadrilhões	ninety quadrillion	ninety quadrillion
210	cem quadrilhões	one hundred quadrillion	one hundred quadrillion
211	duzentos quadrilhões	two hundred quadrillion	two hundred quadrillion
212	trezentos quadrilhões	three hundred quadrillion	three hundred quadrillion
213	quatrocentos quadrilhões	four hundred quadrillion	four hundred quadrillion
214	quinhentos quadrilhões	five hundred quadrillion	five hundred quadrillion
215	seiscentos quadrilhões	six hundred quadrillion	six hundred quadrillion
216	setecentos quadrilhões	seven hundred quadrillion	seven hundred quadrillion
217	oitocentos quadrilhões	eight hundred quadrillion	eight hundred quadrillion
218	novecentos quadrilhões	nine hundred quadrillion	nine hundred quadrillion
219	um quintilhão	one quintillion	one quintillion
220	dois quintilhões	two quintillion	two quintillion
221	três quintilhões	three quintillion	three quintillion
222	quatro quintilhões	four quintillion	four quintillion
223	cinco quintilhões	five quintillion	five quintillion
224	seis quintilhões	six quintillion	six quintillion
225	sete quintilhões	seven quintillion	seven quintillion
226	oito quintilhões	eight quintillion	eight quintillion
227	nove quintilhões	nine quintillion	nine quintillion
228	dez quintilhões	ten quintillion	ten quintillion
229	onze quintilhões	eleven quintillion	eleven quintillion
230	doze quintilhões	twelve quintillion	twelve quintillion
231	treze quintilhões	thirteen quintillion	thirteen quintillion
232	quatorze quintilhões	fourteen quintillion	fourteen quintillion
233	quinze quintilhões	fifteen quintillion	fifteen quintillion
234	dezesseis quintilhões	sixteen quintillion	sixteen quintillion
235	dezoito quintilhões	eighteen quintillion	eighteen quintillion
236	dezenove quintilhões	nineteen quintillion	nineteen quintillion
237	vinte quintilhões	twenty quintillion	twenty quintillion
238	trinta quintilhões	thirty quintillion	thirty quintillion
239	quarenta quintilhões	forty quintillion	forty quintillion
240	cinquenta quintilhões	fifty quintillion	fifty quintillion
241	sessenta quintilhões	sixty quintillion	sixty quintillion
242	setenta quintilhões	seventy quintillion	seventy quintillion
243	oitenta quintilhões	eighty quintillion	eighty quintillion
244	noventa quintilhões	ninety quintillion	ninety quintillion
245	cem quintilhões	one hundred quintillion	one hundred quintillion
246	duzentos quintilhões	two hundred quintillion	two hundred quintillion
247	trezentos quintilhões	three hundred quintillion	three hundred quintillion
248	quatrocentos quintilhões	four hundred quintillion	four hundred quintillion
249	quinhentos quintilhões	five hundred quintillion	five hundred quintillion
250	seiscentos quintilhões	six hundred quintillion	six hundred quintillion
251	setecentos quintilhões	seven hundred quintillion	seven hundred quintillion
252	oitocentos quintilhões	eight hundred quintillion	eight hundred quintillion
253	novecentos quintilhões	nine hundred quintillion	nine hundred quintillion
254	um sextilhão	one sextillion	one sextillion
255	dois sextilhões	two sextillion	two sextillion
256	três sextilhões	three sextillion	three sextillion
257	quatro sextilhões	four sextillion	four sextillion
258	cinco sextilhões	five sextillion	five sextillion
259	seis sextilhões	six sextillion	six sextillion
260	sete sextilhões	seven sextillion	seven sextillion
261	oito sextilhões	eight sextillion	eight sextillion
262	nove sextilhões	nine sextillion	nine sextillion
263	dez sextilhões	ten sextillion	ten sextillion
264	onze sextilhões	eleven sextillion	eleven sextillion
265	doze sextilhões	twelve sextillion	twelve sextillion
266	treze sextilhões	thirteen sextillion	thirteen sextillion
267	quatorze sextilhões	fourteen sextillion	fourteen sextillion
268	quinze sextilhões	fifteen sextillion	fifteen sextillion
269	dezesseis sextilhões	sixteen sextillion	sixteen sextillion
270	dezoito sextilhões	eighteen sextillion	eighteen sextillion
271	dezenove sextilhões	nineteen sextillion	nineteen sextillion
272	vinte sextilhões	twenty sextillion	twenty sextillion
273	trinta sextilhões	thirty sextillion	thirty sextillion
274	quarenta sextilhões	forty sextillion	forty sextillion
275	cinquenta sextilhões	fifty sextillion	fifty sextillion
276	sessenta sextilhões	sixty sextillion	sixty sextillion
277	setenta sextilhões	seventy sextillion	seventy sextillion
278	oitenta sextilhões	eighty sextillion	eighty sextillion
279	noventa sextilhões	ninety sextillion	ninety sextillion
280	cem sextilhões	one hundred sextillion	one hundred sextillion
281	duzentos sextilhões	two hundred sextillion	two hundred sextillion
282	trezentos sextilhões	three hundred sextillion	three hundred sextillion
283	quatrocentos sextilhões	four hundred sextillion	four hundred sextillion
284	quinhentos sextilhões	five hundred sextillion	five hundred sextillion
285	seiscentos sextilhões	six hundred sextillion	six hundred sextillion
286	setecentos sextilhões	seven hundred sextillion	seven hundred sextillion
287	oitocentos sextilhões	eight hundred sextillion	eight hundred sextillion
288	novecentos sextilhões	nine hundred sextillion	nine hundred sextillion
289	um sétilhão	one septillion	one septillion
290	dois sétilhões	two septillion	two septillion
291	três sétilhões	three septillion	three septillion
292	quatro sétilhões	four septillion	four septillion
293	cinco sétilhões	five septillion	five septillion
294	seis sétilhões	six septillion	six septillion
295	sete sétilhões	seven septillion	seven septillion
296	oito sétilhões	eight septillion	eight septillion
297	nove sétilhões	nine septillion	nine septillion
298	dez sétilhões	ten septillion	ten septillion
299	onze sétilhões	eleven septillion	eleven septillion
300	doze sétilhões	twelve septillion	twelve septillion
301	treze sétilhões	thirteen septillion	thirteen septillion
302	quatorze sétilhões	fourteen septillion	fourteen septillion
303	quinze sétilhões	fifteen septillion	fifteen septillion
304	dezesseis sétilhões	sixteen septillion	sixteen septillion
305	dezoito sétilhões	eighteen septillion	eighteen septillion
306	dezenove sétilhões	nineteen septillion	nineteen septillion
307	vinte sétilhões	twenty septillion	twenty septillion
308	trinta sétilhões	thirty septillion	thirty septillion
309	quarenta sétilhões	forty septillion	forty septillion
310	cinquenta sétilhões	fifty septillion	fifty septillion
311	sessenta sétilhões	sixty septillion	sixty septillion
312	setenta sétilhões	seventy septillion	seventy septillion
313	oitenta sétilhões	eighty septillion	eighty septillion
314	noventa sétilhões	ninety septillion	ninety septillion
315	cem sét		

FÉLIX. Gastón.
 GASTÓN. Señor.
 FÉLIX. ¿Cómo había
 doña Ana de recibirme?
 ¡Oh, qué mal hice en venirme!
 ¡No en balde se resistía!
 Con el Conde está casada.
 GASTÓN. El que quiere y se resiste
 en otro gusto consiste.
 FÉLIX. Que hallara, Gastón, mudada
 una mujer en ausencia
 de un año, y aun de un mes. vaya;
 mas que mudado se haya
 en seis horas, ¡no hay paciencia!
 GASTÓN. ¿Seis dices? ¿De eso te espan-
 Pues ¿tu ingenio no advina [tas?
 que son casas de la China,
 compuesta de piezas tantas
 que en un hora un caballero
 muda a otro barrio su casa?
 Pues así esta gente pasa
 su casa al barrio primero.
 Preguntaron a un letrado
 cómo firmeza tendría
 una mujer, y aquel día,
 después de haberlo estudiado,
 dijo, mil libros leídos,
 y advirtiéndolo en sus antojos:
 “Como naciera sin ojos
 y tapados los oídos”.
 FÉLIX. Ahora bien: hasta saber
 si esto es así o no es así,
 disimulemos aquí.
 Y aun mulos podemos ser.
 GASTÓN. Doña Juana, si casada
 FÉLIX. doña Ana está con el Conde,
 la misma razón responde
 que está muy bien empleada.
 Ello ha sido su ventura;
 la mía contigo sea,
 que es lo que el alma desea
 y lo que mi honor procura.
 JUANA. Ahora sí que procedes
 como hidalgo montañés,
 y así, quiero que me des
 los brazos que me concedes.
 Ya por ser recién venido,
 ya porque mi dueño eres.
 FÉLIX. Por todo, pues tú los quieres.

(*Abrázala, y sale DOÑA ANA.*)

ANA. ¡Bien a fe!

FÉLIX. ¡Yo soy perdido!
 ANA. Muchos años os goceis.
 JUANA. Para servirte serán,
 que ya es mi dueño don Juan.
 Y pues que ya lo sabéis,
 voy a visitar a Flora.

(*Vase.*)

ANA. ¿Tienes vergüenza en la cara?
 GASTÓN. Que viene el Conde repara.
 ANA. ¡Esto me faltaba agora!

(*Salen el CONDE y MARCELO.*)

CONDE. ¿Tan presto vino don Juan?
 FÉLIX. Para servirlos, señor.
 CONDE. ¡Oh, amigo! Todo es amor.
 MARCELO. Y más que juntos están.
 CONDE. ¿Si estarán...?
 MARCELO. Disimulando
 harás aquesto mejor.
 CONDE. ¿Cómo te has vuelto?
 FÉLIX. Señor...
 MARCELO. ¿No ves que se está turbando?
 FÉLIX. Una carta recibí
 con un propio, en que ya estaba
 mi padre bueno.
 CONDE. Pensaba
 no verte tan presto aquí.
 FÉLIX. Los deseos de servirte
 me han vuelto.
 CONDE. Bien se parece.
 MARCELO. Que lo agradezcas merece.
 CONDE. Tengo, don Juan, que decirte
 una grande novedad:
 que me caso con doña Ana.
 MARCELO. ¡Bien dicho!
 FÉLIX. ¿Esperanza vana!,
 ¿qué aguardáis? Desesperad.
 Huélgome yo de tener
 tal señora.
 CONDE. Yo pudiera
 buscar mi igual: mas no hubiera
 en todo el mundo mujer
 de su virtud y valor.
 Por señora la tened.
 ANA. Por tal favor y merced,
 beso vuestros pies, señor.
 FÉLIX. Dadme, señora, las manos.
 ANA. Alzaos, don Juan.
 GASTÓN. ¿Qué es aquesto?
 FÉLIX. ¡Ah, cielos!

Quiérese el Conde casar
con ella, y ventura tanta
no quiera Dios que la pierda
porque yo venga a inquietarla.
Cátese doña Ana, es justo;
que no es mucho que sus gracias
suban a ser señorías,
pues que son señoras de almas;
yo he puesto en razón mi amor,
y con algo de venganza,
que un pensamiento ofendido
todo es trazas y amenazas.
Quiero casarme contigo.
porque tus prendas son tantas,
tan claro tu entendimiento
y tu nobleza tan clara,
que no habrá quien no me estime
por prudente, que mi casa
ha menester tu gobierno,
y la del Conde te aguarda,
porque siendo suegros suyos,
haz cuenta, Flora, que mandas
su estado, y que él favorece
mis pretensiones honradas.
Esto te digo en secreto.
Allá contigo lo trata,
que yo sé que es tu remedio.
¿Qué has hecho?

GASTÓN.
FÉLIX.

Buscar venganza
de una mujer que me ha muerto
con obras y con palabras.

(*Pausa.*)

FLORA.

¿Hay sucedido ni le ha habido
que tenga comparación
con tan extraña invención?
Notable venganza ha sido.

(*Sale Doña Ana.*)

¿Hay mujer de tal ventura
si llega a efeto mi bien?
¿Qué hay, señora?

ANA.
FLORA.

En tu desdén
mi dicha estuvo segura.

¡Bien haya el primero día
que amaste a don Félix!

ANA.
FLORA.

¿Qué?
Ya sé quién es, ya lo sé,
y sé que no soy su tía.

Ya me ha dicho la invención;
celos son grandes parleros,
que son valientes de fieros,

puesto que cobardes son.

Ya sé que don Félix es
de Córdoba y de Cardona.
¿Luego el ser quien es abona,
madre, la historia que ves?

ANA.

FLORA.

Por mi bien le aborreciste,
Ana, y al Conde miraste,
pues para ti padre hallaste
y a mi marido me diste.

Ya estamos los dos casados.
que él me tiene voluntad,
y no es, hija, liviandad,
sino partir los cuidados
del gobierno de la casa
y que asista un hombre en ella,
porque sin él la atropella
cualquiera viento que pasa.

¿Qué picaro no se atreve
a una viuda, al fin sola,
pues por más que se acrisola
no cumple con lo que debe?

Tengo pleitos; es forzoso
un hombre que entienda en ellos.
¡Saldrás fácilmente dellos

ANA.

FLORA.

si los gobierna tu esposo!
Son cosas muy fastidiosas
estas dendas de tu padre.
Hombre importa.

ANA

FLORA.

¡Ay, madre, madre!
Achaque quieren las cosas.

Sin esto, mi soledad
y el verme de noche aquí
con esclavos, es en mi
más que honor, temeridad.

Si quisiese algún ladrón
tomar esa poca plata,
de aquesta gente que trata
de escalar cualquier balcón
y dar garrote a una reja,
¿qué remedio nos quedaba?
Hija, la mujer más brava
es en fin humilde oveja.

No hemos de estar temerosas
que un bellaco nos taladre
las puertas.

ANA.

FLORA.

¡Ay, madre, madre!
Achaque quieren las cosas.

Con esto, si viene aquí,
animalé al casamiento.

(*Pausa.*)

ANA.

Buenas noches, pensamiento:

CONDE.

¿De qué lo sabes tú?

JUANA.

De lo que he visto;
pues, fuera de señales evidentes,
le vi darle sus brazos.

CONDE.

¿Vive el cielo,
que no hay de quién fiar! ¿Qué haré, Marcelo?

MARCELO.

¿Quién te ha de aconsejar?

CONDE.

Vete, señora,
que yo sabré tomar venganza agora
del criado traidor que me ha ofendido.

MARCELO.

Agora, señor, pienso que escondido
estaría en su casa aquestos días,
y que fingió el camino para eso.

JUANA.

Así porque decir verdad profeso
como por lo que debo a tu persona,
quise desengañarte.

CONDE.

Agradecido,
de no te haber amado perdón pido.

(Vase DOÑA JUANA.)

MARCELO.

Siempre tuve, señor, este recelo.

CONDE.

Morir tiene este bárbaro, Marceio.

(Sale FLORA.)

FLORA. Bueno será darle parte,
agora que solo está.

MARCELO. Su madre viene.

CONDE. No habrá
quien de matalle me aparte.

FLORA. A hablar a vueseñoría
vengo con mucho contento.

CONDE.

Ese me falta, aunque intento
tener contento algún día.

FLORA.

Quiero decirle un secreto,
como a mi yerno y señor.
Como a tu amigo es mejor,
cuya lealtad te prometo.

CONDE.

Que eso de yernos es cosa
por celestial influencia
malquista con la paciencia
y con el gusto enfadosa.

Lo que es suegros y cuñados
es república insuñible.

FLORA.

¿Luego ya será imposible
que vivamos concertados?

CONDE.

Pues ¿si tú me quieres dar
esa tu marchita rosa,
los Monteros de Espinosa,
¿cómo la podrán guardar?

No la guardaste o quisiste
no la guardar de su primo,
y a mi honor, que tanto estimo,
su deshonor ofreciste.

¡Pues vive Dios!

FLORA.

¿Qué engañado
de algunos celos estás!

CONDE.

¿Yo engañado?

FLORA.

Aquí verás
la presunción que te han dado,
porque éste no es mi sobrino.

CONDE.

¿Y eso no es mucho peor?

FLORA.

No, Conde, sino mejor.
Este caballero vino
de Granada a pretender
un hábito.

CONDE.

¿Qué amistad
me haces en dar calidad
a quien has dado mujer?

FLORA.

No he dado tal.

CONDE.

¿Luego en él
no has a doña Ana empleado?

FLORA.

No, pues tengo concertado
de casarme yo con él.

CONDE.

¿Tú con él?

FLORA.

Pues ¿por qué no?

CONDE.

¿Engañásmeme?

FLORA.

Del concierto,
como a mi señor te advierto.
Pues daré esta noche yo
porque se case contigo
seis mil ducados de albricias.

FLORA.

Pues, Otavio, si codicias
ser tan liberal conmigo,
yo me contento con dos.

para desvelar a Flora,
y el ausentarme, fué celos
por las concertadas bodas.
Tenerlos de doña Juana
tanto a doña Ana alborota,
que por ellos ha fingido
que te quiere bien. Perdona;
que no se agravia el valor
porque en otro su amor ponga
una mujer; que esas causas
o gusto o cielo las obra.
Creendo tu casamiento,
fué tal mi llama celosa,
que por tenerla a los ojos
y atormentar su memoria,
con Flora quise casarme.
¿Das licencia que responda?
Sí, señor; lo que quisieres.
No es decente a tu persona
el casamiento que dices,
aunque la palabra rompas,
que bien sé que lo fingías,
primo don Félix con Flora,
como con doña Ana yo,
aunque en el valor me sobra.
Pero estoy casado ya,
y espero pronto la novia
más bella que ha visto el sol
desde que baña la aurora.
Liberal seré contigo,
porque quiero que dispongas
tú con el tuyo mi gusto,
Haz que nos las llamen. ¡Hola!,
estas damas. Tú, don Félix,
finge ser el novio agora.
Ya vienen todas, señor.
Flora ha dejado las tocas,
y viene con lechuguillas.
No dudes que a venir sola
tengo para mí que fuera
la más hermosa de todas.

MARCELO.
GASTÓN.

(Salen LISARDO y FINEO acompañando a DOÑA ANA y DOÑA JUANA, con vestidos enteros, y de la mano de FINEO FLORA, con lechuguillas y palas, y INÉS detrás.)

LISARDO. Por padrino me traían
desta boda, pero ignoran
que estábades vos aquí
y en ocasión tan dichosa.
CONDE. Serélo de buena gana,
y vendrán a ser tres cosas,
casamentero y padrino

y velado, en una sola.
Comienzo por la primera.
GASTÓN. ¡Bravos pares de palomas!
mas las unas son torcaces
y palominos las otras.
CONDE. Haced cuenta que echo suertes.
A doña Juana le toca
Lisardo. No hay replicar.
JUANA. Yo soy, señor, muy dichosa.
LISARDO. ¿Qué dicha como la mía?
CONDE. Doña Ana será mi esposa
si no hay nadie que lo impida.
FÉLIX. Yo lo impido, y que antepongas
mi amor al tuyo.

CONDE. ¿Hay testigos?
GASTÓN. Ya llegan tres por la posta,
pero todos con mil tachas.
CONDE. ¿Qué sahe Gastón?
GASTÓN. Que a solas
los he visto hablar mil veces.
CONDE. ¿Y Inés?
INÉS. Que doña Ana adora
a don Félix; que don Juan
es nombre que no le toca.
CONDE. Es verdad, porque es mi primo,
Córdoba, Aragón, Cardona,
Priego, Aguilar...

GASTÓN. Y Montilla,
¡piese al alma de la loca!
CONDE. Diga su dicho Fineo.
FINEO. Diréle sólo en la loa
de las partes de don Félix,
que sé que son generosas.
CONDE. ¿Qué sabe Lisardo?
LISARDO. Sé
que si celos apasionan,
yo me vi muerto por él.
CONDE. La información va famosa.
Mas tomemos juramento
a doña Ana.

ANA. ¿Dónde agora
pondré la mano?
FÉLIX. En aquesta,
que la vuestra, esposa, os toma.
FLORA. Eso no, que has de ser mío.
FÉLIX. Tuyo soy, discreta Flora,
pues soy de tu bella hija.
CONDE. Flora, esto es hecho. Reporta
el pensamiento.
FLORA. Tú has hecho
esta invención.
ANA. ¿Yo, señora?
GASTÓN. Vuestra merced se desnude



QUERER LA PROPIA DESDICHA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

CLAUDIO CONDE, SU VERDADERO AMIGO

Siempre he tenido en la memoria aquellas palabras de Sócrates de las cuales, con razón, hace memoria Plutarco. "Que el amigo ha de ser como el dinero, que antes de haberle menester se sabe el valor que tiene." No me engañó a mí esta confianza en el que v. m. mostró, amigo *per tot discrimina rerum*, y en tantas adversidades; pues, creo que no tiene en su diálogos de amistad Luciano tan peregrinas fuerzas como han parado por los dos en nuestros primeros años. Esta comedia, intitulada "*Querer la propia desdicha*", si no en la misma sustancia, por lo menos en el título, conviene con aquellos sucesos notablemente, cuando con tanto amor v. m. me acompañó en la cárcel, desde la cual partimos a Valencia, donde no corríamos menores peligros que en la patria, pagando yo a v. m. con sacarle de la torre de Serranos y de sentencia tan rigurosa la piedad usada conmigo en tantas fortunas, que si alcanzara a esta edad pudiera mejor que de Damón y Pitias hacer memoria de nosotros el Principe de la Retórica latina, y pedir el ilustrísimo marqués de Aitona con mayor causa el tercer lugar que deseaba Dionisio. Partimos antes de los primeros bozos a Lisboa, confirmando más nuestro amor, por opinión de Séneca,

la necesidad y la semejanza donde embarcamos a la jornada que el rey Felipe II prevenía a Inglaterra entonces. No se pueden sin algún sentimiento traer a la memoria tantos y tan varios accidentes, porque dijo bien de la fortuna Ovidio: *et tantum constans in levitate sua est*. Los peligros, finalmente, de la guerra, de la mar y de tantas ocasiones, me obligaron a elegir, entre muchas, esta comedia, pues todas eran desdichas que yo quise, destierros que amaba y peregrinaciones que idolatraba una voluntad bárbara en años que el apesado loco pone los pies en el cuello de la razón prudente, y dirigida a v. m. para que se acuerde de que entre tantos príncipes, en tan numeroso ejército generales, capitanes, galeones, armas, banderas, amigos y enemigos, fuimos siempre tenidos por hermanos, y que esta memoria está confirmada con el título de la sangre, para que no pueda borrarla el tiempo, que la distancia de las profesiones ni la mudanza de los estados no tienen fuerza en tan justas obligaciones, ni el reconocimiento de las mias puede faltar en mi pecho mientras tuviere vida. La de v. m. guarde Dios lo que yo deseo.

Capellán de v. m.,

LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

DON JUAN,
ANGELA,
EL RUY.

DON NUÑO,
TELLO,
DOÑA INFÍS.

CELIA,
LAURENCIO,
CLAUDIO.

REPRESENTOLA RIQUELME

ACTO PRIMERO

(Sale DON JUAN y ANGELA.)

ANGELA. ¿Más que os habéis olvidado
en esta ausencia de mí?
JUAN. Eso fué lo que temi;

por la mano habéis ganado;
pero nunca me he acordado,
porque no fué menester,
aunque una vez pudo ser.

ANGELA. ¿Una? ¿Cómo?
JUAN. Sí, por Dios;
desde apartarme de vos

ANGELA. Trájome cartas don Juan.
 REY. Cuidados deudos te dan,
 como en Aragón a mí.
 ANGELA. De su corona salí
 para servirte en Castilla.
 REY. De ella mereces la silla.
 ANGELA. Veas, invicto señor,
 a los pies de tu valor
 desde Toledo a Sevilla.

(*Use.*)

REY. En fin, don Juan, ¿cómo has he-
 esta jornada, que ha sido [cho
 para mí la que ha tenido
 más cuidadoso mi pecho;
 que bien estoy satisfecho
 de tu juicio, que en todo
 tendrías el mejor modo
 como el discurso mejor?
 JUAN. Oye, invicto sucesor
 del glorioso nombre godo:

Cuando la vecina noche
 que de los indios despierta,
 temerosa de sus reyes
 llama a las claras estrellas
 que le hagan compañía,
 entré en la ciudad que César
 dió nombre, y en quien el Ebro
 trueca cristal por arena.
 Informéme de las cosas
 de Aragón, con advertencia
 de que no diese el cuidado
 de mi pensamiento muestra.
 Pregunté por qué ocasión
 no casaba a la princesa
 el rey, pues que ya sus años
 daban paso a su belleza.
 Dijéronme que teniendo
 tantos disgustos y guerras
 Aragón, no era posible
 tratar de bodas y fiestas.
 Llegó el alba de otro día,
 y como el cuidado vela,
 con ella estaba vestido:
 que no hay cuidado que duerma
 después de haber visitado
 el Atlante de la Reina
 que vino primero a España
 para serlo suya y nuestra;
 ya entiendes que el Pilar digo,
 sobre quien el cielo asienta
 la Madre del mejor Hijo.

mejor que en basas de estrellas;
 fui a palacio, y a besar
 la mano al rey, que con ella
 bonró mi boca, y mis manos
 con sus brazos. Aquí llega
 con algunas bellas damas
 la bellísima princesa;
 adoran al sol mis ojos,
 pongo la rodilla en tierra;
 levántame, por alzarme
 a que la viese más cerca;
 miro atento su hermosura;
 no sé cómo la encarezca;
 no quisiera enamorarte,
 sólo casarte quisiera;
 pues, por tu vida, señor,
 y así Castilla la vea
 pasar de un siglo a otro siglo,
 que eran las damas tan bellas,
 que bien pudieran lucir
 a no estar en su presencia;
 pero nunca en la del sol
 han lucido las estrellas.
 Allí doña Ana de Fox
 mostraba en blanco la fuerza
 del fuego entre tanta nieve,
 pues rayos sus ojos eran.
 En doña Beatriz de Castro
 y en doña Juana de Urrea
 se vieran como en Cleopatra
 aquellas famosas prendas:
 no despreciaba el color
 doña Angela de Bolea,
 que, afrontando el artificio,
 se preciaba de morena;
 a doña Juliana Enríquez
 compuso naturaleza,
 para dar ingenio al arte
 de claveles y azucenas,
 y doña Gracia, con tantas
 acompañó su belleza,
 que si es agravio al arte
 el silencio la encarezca;
 higas de cristal, con lazos
 de nácar, en blanca tela,
 jeroglíficos hacía
 doña Hipólita Centellas;
 y todas no la libraban,
 con ser con malicia puestas,
 ni del deseo de amarla,
 ni de la envidia de verla.
 ¿Mas de qué sirve pintarte
 sus desiguales bellezas?

NUÑO. Aquí
su mayor privanza viene.

(Sale TELLO.)

TELLO. Donde un hombre el amor tiene,
también es su centro allí.

Yo aseguro que don Juan,
si ya con Angela ha dado,
está, en mármol transformado,
en figura de galán.

Bien haya un humilde amor:
“¿Quiéresme?” “Sí.” “Pues junte-

[mos

almas. ¿Cuándo nos veremos?”

“En saliendo mi señor.”

Salió; júnctanse, meriendan,
hablan, viven, ¡pese a tal!
y no hablarse por cristal
y advertir que no lo entiendan.

Es una muerte entre dos
y un hablar fuera de sí.

El Rey te llama.

NUÑO. TELLO. ¿Está aquí?

Aquí está.

¡Válgame Dios!

REY. Escúchame.

Dame el pie.

TELLO. REY. Levanta.

A mirar tu cara,
como si el cielo mirara,
que en tu grandeza se ve.

¿De qué sirves a don Juan?

De cochero le servía;
tuvo palabras un día
con un cierto don Tristán,
que tenía tres criados:
metió mano mi señor
para todos, que el valor
vale por muchos soldados;

yo, reconociendo el pan,
salto del coche, el azote
dejo, y del primer bote,
calvo al señor don Tristán.

Luego, al primero que embisto
doy un tanto, y al segundo,
de un cintarazo le tundo;
finalmente, yo resisto

toda una calle de gente.

Mi señor, agradecido,
puesto en silencio el ruido,
me dijo amorosamente:

“Tello, un hombre tan de bien

no quiero que sea cochero.

¿Sabes leer, lo primero?”

“Y aprendí a escribir también.”

“Pues ¿cómo diste en el coche?”

“Era noble, y no sabía
cómo a caballo andaría
de día, y también de noche;

y con aquesta invención
hallé un eterno caballo,
donde parece que hallo
mi propia imaginación.”

REY. Con engaño semejante
veniste a ser caballero
en figura de cochero.

TELLO. Díjole un representante
a César, en Roma, un día:

“Mientras un rey represento,
pienso que lo soy, contento
de mi propia fantasía.”

Y así, yo, que eternamente
iba a caballo, señor,
caballeresco valor
tuve clavado en la mente:

REY. No es necio.

NUÑO. No le sacó
sin causa de aquel oficio
don Juan.

REY. Del humor da indicio,
que en el oficio adquirió.

TELLO. Hay hombres que en decir dan
que los cocheros es gente
diabólica e insolente,
y en un necio engaño están.

Los griegos y los troyanos,
los más valientes hacían
cocheros, porque tenían
riendas y armas en las manos.

Héctor y Aquiles tuvieron
cocheros de gran valor,
a quien Virgilio, señor,
y Homero mil honras dieron.

En su coche cada día
el sol el mundo rodea;
y basta que el sol lo sea
para honrar la cochería.

REY. O con los ojos le miro
que ya he mirado a don Juan,
o sus despejos me dan
gusto, o su donaire admiro.

Mira, Tello: toda acción
tiene de malos y buenos:
no por los daños ajenos
pierden los que buenos son.

lo que te mueve.

INÉS. Es verdad.

¿Habló con Angela?

TELLO. Aquí

en este punto llegué;
sólo con el Rey hablé;
digo, que el Rey me habló a mí.

INÉS. ¿No te hablaba en el camino
de su hermosura?

TELLO. ¿A qué efeto
a un hombre que es tan discreto
preguntas tal desatino?

Yo me voy a descansar;
que estas postas me han frizado,
con los golpes que me han dado,
todo el globo circular.

Mándame, fuera de ser
hombre de dos caras, algo,
que soy montañés hidalgo,
aunque fuí cochero ayer.

Mas no me desprecio de esto;
que si el gobierno tuviera,
yo sé que a ninguno diera,
sin examen, tan gran puesto.

¿Qué secretario ha callado
más secretos que un cochero?
¿Qué hielos sufrió en enero,
velando, el mejor soldado?

Ni ¿qué calor, si es Apolo
cochero canicular;
ni qué tempestad, ni mar
como con un fieltro solo?

¿Quién ha visto lo que vemos?
¿Quién calló lo que callamos?
Sin esto, aposento damos,
y en un desierto le hacemos.

¿Qué no ha visto un coche? ¿A
deben los secretos más? [quién

(Sale Nuño.)

NUÑO. Tello.

TELLO. Señor.

NUÑO. ¿Aquí estás?

TELLO. ¿Cómo puedo estar más bien?

NUÑO. El Rey, mi señor, me ha dado
este papel, que te dé
para don Juan; y, pues sé
que él gusta y tú eres honrado,
pídele albricias primero.

TELLO. Harélo, señor, así;
que el haber bien para mí
consiste en ser tú el tercero.

NUÑO. Voile a dar este papel.
Pienso que te ha de servir
de no tener que teñir,
porque es oficio crüel.

TELLO. ¿Acuérdasete del bayo
teñido de carmesi?

NUÑO. Perdido de risa vi
al Rey.

TELLO. Parto como un rayo.

NUÑO. Señora.

INÉS. Aquí he estado hablando
con Tello.

NUÑO. Es hombre de humor.
Hoy, con el Rey, mi señor,
ha estado bufonizando,
y en donaire le ha caído.

INÉS. ¿Mandáis en qué os sirva?

NUÑO. El cielo
os guarde.

INÉS. Guardas recelo.
Perdonad, si sois servido.

(Vanse.)

Nuño.

Dulce fueras, amor, dulce y sabroso,
y lleno de placer en tus desvelos,
si no te dieran la pensión los cielos,
con que llegas a ser tan rignroso.

No fuera tu desdén dificultoso,
si sólo te quedaras en recelos;
mas cuando llegas a matar de celos,
no eres amor, sino traidor furioso.

Porque, siendo tus partes tan divinas,
que con el curso de los cielos vuelas,
admites impresiones peregrinas.

Mas bien haces, si temes y recelas;
porque dicen, amor, que no caminas,
si celos no te calzan las espuelas.

(Sale ANGELA.)

ANGELA. Amor bien agradecido,
creced, pues habéis llegado
a ser más bien empleado,
que fuistes aborrecido;
ya vuestro bien ha venido.
Temed, amad y estimad;
perdone la honestidad,
si siempre ha de estar segura;
que quien no pica en locura,
no pasa de voluntad.

Con justa causa os obligo.

y suspiros no son tiros.

De esto habéis de ser servida,
y de darme, sin querer,
licencia para tener
este amor toda mi vida.

(Vase.)

ANGELA. Nuevo estilo de obligar,
nuevo modo de querer.

(Salen DON JUAN y TELLO.)

JUAN. Sospecho que del placer
es grande amigo el pesar.

TELLO. ¿Por qué?

JUAN. Porque siempre veo
que andan juntos.

TELLO. Es verdad;
pero es como al amistad
el envidioso deseo.

JUAN. ¿Cómo?

TELLO. Que la envidia sigue
a la dichosa fortuna;
no porque amistad alguna
a andar juntos les obligue,
sino por hacerle mal.

JUAN. En fin, Angela, mi ausencia
hizo alguna diferencia,
por ser a todas igual.

¿Qué hacía don Nuño aquí?

Que, aunque no oí lo que hablaba,
bien eché de ver que estaba
favorecido de ti.

ANGELA. Hablas ya como quien tiene
las mercedes que te han hecho
en la hacienda y en el pecho.

JUAN. Conozco el bien que me viene
de esa hacienda y ese honor,
pero no para tener
más libertad en querer
y hablar con menos amor.

Y mi pecho y mi persona
no tienen necesidad
de otra mayor calidad
que de Córdoba y Cardona.

Y si faltarme Aragón
se puede decir de mí,
por eso le tengo en ti,
para tener perfección.

Y cuando no fuera tal
esta señal en mi pecho,
la que tú en el alma has hecho

ya fuera roja señal.

Vi a Nuño, y dime a entender,
notando su cortesía,
que alguna dicha tenía,
señora, que agradecer.

No es ofender tu valor
tener celos, sin que seas
culpada, ni es bien que creas
que es ser ingrato a tu amor.

Nace de propios desvelos
el llegarlos a sufrir;
y así, te quiero advertir
que hay dos maneras de celos:
unos, señora, que están,
cuando igualmente se ama,
en crédito de la dama,
y otros, que tiene el galán.

Pensar mal es ofender
el crédito, y es culpar
la dama; mas recelar,
con la fuerza del querer,
es humildad del galán;
porque se tiene por menos
que los que, de prendas llenos,
con el mismo intento están.

Así que no es bien que aquí
tu vana sospecha arguya
que es desconfianza tuya
lo que es humildad en mí.

ANGELA. Cuando culpado estuvieras,
el discurso te abonara.
Ya sé que el amor repara
en las cosas más ligeras.

Nuño me sirve, es verdad;
pero yo le he dicho aquí
que he puesto, don Juan, en ti
lo más de mi voluntad.

Díjome que era muy justo,
conociendo tu valor,
no desamparar tu amor,
y emplear tan bien mi gusto.

Y con mucho cortesía
se despide, y despidió
su esperanza, pues que yo
tan firme en ti la tenía.

Esto es cuanto a celos toca:
en lo demás, de tu bien
no te doy el parabién.

JUAN. Pues ¿qué ocasión te provoca?

ANGELA. No te quisiera yo más
de lo que eres para mí;
que hallaba humildad en ti,
y ya con menos estás.

otras mil veces la tierra.
¿Amigo yo? Esclavo vuestro,
vuestra hechura, vuestra sombra.
No sé qué diga, que veo
de mirarme en vuestra gracia,
de mi bajeza el extremo.
Mas como un claro cristal,
guarnecidos los extremos
de ébano y plata, y colgado
en un real aposento,
no pierde su claridad
porque en él se mire un feo
y le queda como el sol
la luz que tuvo primero,
así yo, viéndome en vos,
vuestra grandeza no ofendo,
pues tan espejo os quedáis,
tan rey, tan sol y tan bueno.

REY. Ya que esto sabes de mí,
y yo de tu entendimiento
que para todo accidente
serás, don Juan, de provecho,
dime, ¿qué hablabas aquí?
Y advierte, que es buen consejo,
decir la verdad al rey,
fuera de haberte dispuesto
con darte nombre de amigo.

JUAN. ¿Viste con quién?

REY. Desde lejos.
doña Angela de Aragón
me pareció.

JUAN. Aquí me pierdo.
¿Qué bien le dieron a pobre
que no tenga contrapeso?
El Rey la quiere.

REY. ¿Qué dices?

JUAN. Que ha días que con secreto
sirvo a doña Angela, y soy
tan pobre, que no me atrevo,
por ser, cual sabes, tan rica,
a pedirla en casamiento;
que como no tiene hijos
el duque, su padre, temo
que me la niegue.

REY. Sosiega.
sosiega, don Juan, el pecho,
que te he visto en las colores
que piensas lo que no pienso.
No la tengo voluntad,
aunque sus merecimientos
bien pudieran obligarme;
porque en otra parte he puesto
los ojos; y aun en la misma,

como piensas, te prometo
que los quitara, obligado
de lo mucho que te quiero.
Señor, a tanta merced
y tanto favor, no tengo
para cada parte un alma,
pero...

JUAN.

REY. No más. ¿Qué era aquello
que te dió?

JUAN.

REY.

Aquesta sortija
con este listón de celos.
Dirás tú: "¿Por qué pregunta
el Rey, si no le va en esto
nada, tantas cosas?" Mira,
mira, don Juan; un enfermo
huelga de tratar con otro
del mismo mal el remedio
de su enfermedad, y así
me informo para sabello.
Yo quiero bien, y he tenido
aqueste amor en silencio.
Llégate más. Muchos días,
por el estado que tengo,
no lo sabe la ocasión,
si bien tal vez la dijeron
los ojos que la querían,
quíerolo decir, por dueño.
Mas como el mirar los reyes
sea en diversos sujetos
sólo para hacer merced,
no cayó en su pensamiento
que quería por amor
recibir la merced de ellos.
He tratado de casarme,
como ves, por ver si puedo
divertirme, y no aprovecha.
Finalmente, me resuelvo
a que sepa doña Inés
de Córdoba que la quiero.
Nombréla. Basta; no importa,
pues sabes todo el suceso,
y quiero que se lo digas,
como que yo me entretengo
honestamente en miralla,
entre tanto que tenemos
la respuesta de Aragón.
Mira cómo te encomiendo
cosas de gusto y amor,
que son los polos supremos
del entendimiento humano,
fiado en tu entendimiento.
No excuso agora arrojarme
al suelo o al mar sin suelo

JUAN.

puesto que no fuera Rey.
sino amigo, que ésta es ley
de cualquier hidalgo honrado.

Fióme su pensamiento:
amadle si vos le amáis,
que con esto me obligáis.
Más vuestro desprecio siento
que el dejarme de querer.

(ANGELA, al paño.)

JUAN. Yo os quiero.
ANGELA. ¿Qué es lo que veo?

JUAN. Mas no puede mi deseo
querer más contra el poder.
Hacedme este bien a mí
si me estimáis.

ANGELA. El la ruega.
INÉS. Lo que con razón se niega
a nadie ofende.

JUAN. Es así,
si en esto hubiera razón.
Y, por Dios, hermosa Inés,
pues sabéis que mi interés
no es más que sólo afición,
pues lo demás no lo estimo,

que tan justo amor paguéis.
INÉS. Sospecho que os atrevéis
en fe de mi deudo y primo.
¿Hay locura semejante?

Id con Dios, que venís ciego.
JUAN. Estad bien en lo que os ruego.
INÉS. Tengo el alma de diamante.

(Vase.)

JUAN. Pues con sangre en él imprimo
que es la que de mí tenéis.

ANGELA. "Sospecho que os atrevéis
en fe de mi deudo y primo."

JUAN. ¿Hay donaire semejante?

ANGELA. Quién duda que lo sería
la gracia con que os decía
"tengo el alma de diamante".

Ni con menos respondéis
a lo tierno de ser primo:
"pues con sangre en él imprimo
que es la que de mí tenéis".

JUAN. ¿Tenéisme a mí por tan ciego
que lo diría por mí?

ANGELA. ¿No le dijistes aquí
"estad bien en lo que os ruego"?

JUAN. Es verdad; pero no era

materia de propio amor,
ni al vuestro ni a mi valor
tan notoria ofensa hiciera.
Pues ¿cómo pueden venir
a propósito estas cosas
tan ciertas?

ANGELA

JUAN. Siendo forzosas
para quien llega a pedir.

ANGELA. ¿Vos a Inés?

JUAN. ¿Si yo os pudiera
satisfacer!

ANGELA. Hacéis bien:
que ni vos podéis también,
ni yo tampoco os creyera.

(Sale el Rey.)

REY. Solos pienso ya que están.
JUAN. Vos sois el mayor testigo
de que os trato verdad.

ANGELA. Digo
que sois...

REY. ¿Qué es esto, don Juan?

JUAN. Aguardadme aquí que quiero
ver lo que me manda el Rey.

ANGELA. ¿Qué poco guardáis la ley
de amante y de caballero!

REY. Pero ya la fantasía
os habrá mudado en todo.
¿Cómo te habló de ese modo
doña Angela?

JUAN. Porque había
hablado aquí con Inés
rogándola que te amase.

REY. No es mucho que sospechase.

JUAN. Quien ama, siempre lo es.

REY. Que tú amores la decías.
¿Y no la has desengañado?
JUAN. Sin razón has agraviado,
señor, las verdades mías.

Si perdiera a Angela bella,
alma por quien tengo vida,
vida al alma tan asida,
que quiero y muero por ella;

si pensara que jamás
la habían de ver mis ojos,
por celos, o por enojos,
que no hay que decirte más,

no le dijera el secreto
que tú me dijiste a mí.

REY. Todo lo creo de tí,
honrado, sobre discreto;
pero no es justo que des

pesadumbre a lo que quieres.
Yo conozco a las mujeres
de la que yo quiero a Inés,
que aunque no me está muy bien
te doy licencia que digas
mi secreto, pues la obliga
a que le guarde también.

JUAN. Antes tengo por mejor
que no se sepa nada de esto.

REY. Voto.

JUAN. ¿No la dices a tu enemigo
satisfacción de tramor?

ANGELA. ¿Que no puedes ya decir?

JUAN. Su orden a el Rey me dio,
que si me atreviera yo
a decirlo.

ANGELA. ¿Y a qué quieres ir?

JUAN. El Rey y Nuño han tratado
causarle con doña Inés,
de secreto que esto es,
y a bien que la he rogado.

El agrado que hay aquí
es el cumplir el secreto,
pero lo que yo prometo,
se cumplirá que lo cumplí así.

ANGELA. ¿Pero cómo puede ser,
si me quieres a mí y me adora?

JUAN. De poco a él le ofendí
pudiendo yo de querer.

Y yo por lo que te at
prenderle a doña Inés,
e ir a malamente me
Así te puede quedar
lo que me he dicho que tratamos
otra cosa.

ANGELA. ¿Y si te crees
celoso con el de eso?

JUAN. ¿Estaré celoso?

ANGELA. ¿Y si te crees
celoso con el de eso?

JUAN. ¿Estaré celoso?

REY. ¿Y si te crees
celoso con el de eso?

ANGELA. ¿Y si te crees
celoso con el de eso?

y gracias de doña Inés?

REY. ¿Quien te ha dicho que se casan?

ANGELA. Don Juan, y que ya trata
tu licencia.

REY. ¿Que holaguna?

Bien dices que mientras pasan
estas cosas con secreto,
aunque no vengan a ser,
no hay Angela que temer.
[Otro silencio de Juan discreto]
La voy que aunque de licencia
para lo que me amor
busco a tal que me
extraña y cuerda advertencia.

ANGELA. ¿Señor?

REY. ¿Advierte

que no digas a nadie lo que

ANGELA. No lo he ni voy a dar un paso
ni me para obedecerte.

Y lo que el Rey te ha

REY. Yo hare tan grande a quien que-
re que le enseñen. [res.]

ANGELA. ¿De quien eres
no hay valor que no se arguya.

REY

El darme a ti con el entendimiento
a por la general ofensa.

Me da a la gente de la casa una
que voy a la gente de la casa.

Pero para que la gente de la casa
a la gente de la casa.

que me te a la gente de la casa
pueden tener a la gente de la casa.

Me me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

que me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

que me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

que me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

que me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

que me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

que me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

que me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

que me a la gente de la casa
que me a la gente de la casa.

si tanto a Dios se parecen?
 ¡Qué gran ser la monarquía!
 Si fuera rey, no durmiera,
 por no pensar que no era
 rey el tiempo que dormía.

Con justos, con altos modos,
 hizo Dios un rey, un hombre
 que fuese igual en el nombre
 y en la grandeza entre todos.

Ya me ha visto.

REY. Tello amigo,
 ¿cómo no nos vemos ya?

TELLO. Porque un rey, señor, está,
 como es rey, sólo consigo.

Y he notado, o son antojos
 de mi ignorancia fingidos,
 que oye con otros oídos
 y que ve con otros ojos.

REY. No te entiendo.

TELLO. Si ha de oír
 un rey, es lo que otro oyó,
 porque al rey se lo contó,
 no porque lo oyó decir.

Si ha de ver, fuerza ha de ser
 que es por lo que el otro vió.
 No te explicas.

REY. ¿Cómo no,
 si es tan fácil de entender?

TELLO. ¿Anda el rey por la ciudad,
 para ver, ni para oír?

REY. Ya te entiendo.

TELLO. Esto es decir
 que está en duda la verdad.

Cierto emperador había
 que tal vez se disfrazaba
 y por la ciudad andaba,
 donde él mismo oía y vía.

Murmuraban a un rey griego
 una noche unos soldados,
 por mil pantanos cargados
 de un máquina de fuego,
 y él, que iba entre ellos desnudo,
 "Del cetro y la monarquía
 murmuralde—les decía—;
 mas no de mí, que os ayudo".

REY. Tello, ejemplos de tu mano
 no pueden tener valor.

TELLO. Gran razón tienes, señor.
 Hable del campo un villano.

REY. ¿Qué hay por allá, que también
 informa algún desigual?

TELLO. Señor, decir mucho mal
 y hacer siempre poco bien.

En estos dos polos solos
 se mueve, aunque injusta ley,
 una corte.

REY. Pues el rey
 tiene diferentes polos.

TELLO. ¿Quién, señor?

REY. Premio y castigo,
 para el malo y para el bueno.
 ¿Qué hay del Conde?

TELLO. Que anda lleno
 de pena por ti, y consigo.
 ¿Llámasle conde, y no sabe
 de qué?

REY. ¿No tiene de dónde?

TELLO. ¿Es conde el conde que esconde
 el nombre, aunque ilustre y grave,
 porque no tiene una casa,
 un cortijo, ni un lugar
 de que se pueda nombrar?

REY. ¿Que es tan pobre?

TELLO. Aquesto pasa.

Ayer labró, de madera,
 una cochera, y decía
 yo que llamarse podía
 el conde de la Cochera.

Conde de anillo le has hecho:
 llamarle pienso de Albania,
 de Troya o de Caramania,
 si no le ha de dar provecho.

El don mal calificado
 que largos años espera,
 es hermosura en ramera
 y es ser capón y casado;
 es un necio irremediable
 en talle hermoso y galán,
 es fuerza de ganapán,
 y riqueza en miserable;
 es donaire en quien jamás
 ha sido bien escuchado,
 y es ingenio en desdichado;
 que no hay que decirte más.

REY. ¿Ereslo tú?

TELLO. Sí, por Dios.

Pues, sabiendo tú mi nombre,
 ¿no me haces hombre? Eres hom-
 negociáramos los dos: [bre,
 tú, fama, y yo, vida ansi.
 Mas ya, para la que queda,
 no me des nada que pueda
 darme cuidado de mí;
 que me finé tan importuna,
 desde que nací, señor,
 que no podrá tu valor

que un rico, aunque sea un necio,
diga una cosa común,
y verás criados, deudos
y amigos que en un aplauso
dicen que es cosa del cielo.
Dame tú que un pobre diga
algún donaire o concepto,
y verás que a los que escuchan,
la risa se vuelve en hielo.
Pero, dejando estas cosas,
enfadosas por lo menos
y cansadas por lo más,
¿cómo estamos en tu pecho?
Yo en el corcho, claro está,
de tus chapines, contento
de que el alma que te he dado
sirva de alcornoque en ellos.
¿Don Juan estará en la tuya?

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

ANGELA.

TELLO.

No prosigas.

Toma, Tello.

A don Juan llevo
este lienzo de verdades
y este puñado de celos.

(Sale TELLO.)

ANGELA.

Celos que amor en las sospechas cría
son del temor una insufrible ausencia,
una solicitud y diligencia,
que mueve la turbada fantasía.

Son una indivisible compañía
celos y amor, y aun pienso que una esencia;
pero con esta sola diferencia:
que celos son la noche; amor, el día.

Forzosos celos son, no son violentos;
apenas nace amor, cuando los llama;
nadie puede entender sus movimientos;
ninguno, defenderse de su llama;
porque, si son los celos pensamientos,
¿quién puede no pensar perder lo que ama?

(Sale DON NUÑO.)

NUÑO.

¿Qué me puede suceder,
acabando de llegar,
si lo primero es hallar
cuanto deseaba ver?
Mal partir y buen volver
perdonan cuanto, partiendo,
estuve, ausente, sufriendo,
pues con estaros mirando
hallo más gloria llegando
que tuve pena partiendo.

Ya me doy la bienvenida
de tanta desconfianza;
que en amor que no se alcanza
es la esperanza perdida.
Y aunque, de verme, ofendida,
por aborrecerme estéis,
quitarme ya no podéis
la gloria de haberos visto.
Conque al disfavor resisto
que con pesares me hacéis.

ANGELA.

No tengo por cortesía
el decir que me queréis,
don Nuño, y que os ofendéis
de la poca lealtad mía;
pues en este mismo día
sé cuán diferente estáis:
que a doña Inés deseáis,

Y por tanto, como está
 por el mundo, yo me he ido
 a buscar a mi patria.

Muñeca. *¡Ay, qué pena!* ¡Ay,
 de veras!

Y así.

Sonido de campanas de Castilla.

Y así.

Y así.

que le ha de en su traucan.

a un to. *¡Ay, qué pena!*

Y así.

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*
 de Aragón, ¡Ay, qué pena!

Fue el día que le

le obligó a dón Juan a dón

Dón Juan, que le quiere en su

y trató de dón Juan

con dón Juan, pero póngame

el amor, que le he tenido,

y dón Juan me ha querido

y le he ido por obligarme.

No supiera cómo amor

sin duda me quiere bien,

y a un punto he ido también

para mostrarle mejor.

Pues a ella se ha de favor

y trató conmigo a un punto

y olvidó su pensamiento,

que venía de un de dón

de amor el mayor bien

de pue. del mero. *¡Ay, qué pena!*

Y así.

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

N. So. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

Rey. *¡Ay, qué pena!* *¡Ay, qué pena!*

TELLO. No importa, que el Rey es franco.

JUAN. A mi humildad contradice
dejalle tanto lugar.

TELLO. Lee.

JUAN. No me atrevo.

TELLO. Prueba.

JUAN. "De Conde de Villameva",
y en lo que viene a sobrar
de lo blanco del renglón,
"Duque de Arévalo" ha puesto.
¡Puto!

TELLO. Pues ¿tú descompuesto?

JUAN. Aquestas cosas no son,
señor, para hablar en seso.

TELLO. Hoy, de locuras es día.
Alzaré a vueseñoría
y vuestra excelencia en peso.

JUAN. En la próspera fortuna,
se muestra el hombre prudente.

TELLO. Quien no la celebra y siente,
nunca Dios le da ninguna.

TELLO. Salto y relincho a lo payo.
¡Ea! ¿Qué me das a mí,
que no poco te serví?

JUAN. A ser sol, te diera un rayo.

TELLO. En nuestra pobreza escasa,
bien la quisiera tomar,
para subirme a espulgar
a la azotea de casa.

TELLO. Mas ya no quiero otro sol
que el tuyo. Desde hoy me nombra
tu sombra; estoy a tu sombra.

JUAN. El gabán de tornasol
y el vestido plateado
y cuatrocientos escudos
son tuyos.

TELLO. Quiero que des
a esta boca treinta pies;
hablen en tu loor los mudos.
¡Plega a Dios que nunca veas
la envidia!

JUAN. ¡Qué necio estás!
Que, si no la he de ver más,
muy poco bien me deseas.

JUAN. Desdichado de aquel hombre
que nadie, Tello, le envidia:
porque donde no hay envidia,
ni hay bien, ni hay fama, ni hay
[nombre].

TELLO. ¿Quieres que te dé un consejo?

JUAN. ¿Tú a mí?

TELLO. De tanta importancia,
que te admire mi ignorancia;

tal vez el agua es espejo.

JUAN. Está bien dicho.

TELLO. Haz a todos,

en esta prosperidad,
buen rostro, y con humildad
les habla de varios modos.

Guarda de ser descortés,
que picarás en malquisto,
como algún soberbio he visto
que lo ha pagado después.

Buen hablar, buen responder
y hacer bien, el de alto vuelo,
es hacer más blando el suelo,
por si volviere a caer.

JUAN. Añado, por el consejo,

TELLO. doscientos escudos más.
La lección tomando vas;
soy charco, y sirvo de espejo.

[Salen INÉS y ANGELA]

ANGELA. ¿Que, en efecto, no es verdad?

INÉS. ¿Yo con don Nuño?

ANGELA. Habla quedo,
que está aquí don Juan.

INÉS. No puedo.

JUAN. Justo parabién me dad
de la merced que me ha becho
su Majestad. Duque soy
de Arévalo.

INÉS. Mil os doy,
y mil abrazos al pecho.

JUAN. A la merced que me hacéis,
¿qué respuesta puedo dar?

INÉS. ¿No le llegáis a abrazar?

JUAN. ¿No merezco que me deis
el parabién de este bien?

INÉS. ¿Tan presto mostráis tristeza?

JUAN. Alzad, mi bien, la cabeza,
y daréis el parabién;

INÉS. pues no me le queréis dar,
recibiréisle de mí.

ANGELA. No me habléis, don Juan, así
pues ya no me habéis de hablar.

JUAN. Injustos celos.

ANGELA. No son;
que abrazaros doña Inés
no es ocasión, pues no es
doña Inés vuestra ocasión.

JUAN. Yo me entiendo.

ANGELA. Y yo quisiera.

JUAN. Vos lo sabréis algún día.

ANGELA. Quien tan bien ama y porfía.

a quien ya, con no lo ser,
me deja en tan bajo estado.

Pero dirá mi esperanza
que llamar no la quería
mujer, para serlo mía,
sino mujer en mudanza.)

(Vase.)

REY. Pide, don Juan: aquí estoy;
pide, no estés temeroso:
soy tu amigo y poderoso,
mira qué dos cosas soy.

¿Qué dudas de mí y de ti?
Amor, justa queja alcanza:
no haber en ti confianza
es faltar valor en mí.

Si es justo mi sentimiento,
deja que tenga valor,
pues dejo yo, por amor,
que tengas merecimiento.

JUAN. ¿Adónde hallaré cadenas,
esposas, eses y clavos
para confesar esclavos,
para darte a manos llenas
las almas que ya te debo?
Pues tantas veces me haces,
que pienso que me deshaces
por volverme a hacer de nuevo.

Lo que me has dado es de suerte
que para muchos bastara,
y que a Alejandro causara
nueva admiración el verte.

El cual, al que le pedía
dote para una doncella,
le dió la ciudad más bella
que en treinta reinos tenía,
y, viéndole como estoy,
le dijo: "Griego, ¿qué quieres?
Tú pides como quien eres,
y yo doy como quien soy".

Mas, para no te cansar
con prólogos, excusados
en rey y vasallo indigno,
entre señor y criado...

REY. Don Juan, añade entre amigos,
y di, que contento aguardo
lo que me quieres decir.

JUAN. La cifra de bienes tantos,
el epílogo, señor,
y el sello al favor pasado
es darme para mujer
a doña Angela, que igualo

ya en grandeza, desde el día
que debo el ser a tus manos:
háblala, si eres servido;
dile que gustas que, estando
tan iguales...

REY. No prosigas.

Allá viene. Aguarda un m
detrás de aquella antepuer
Tello, aquí nos escondam
a esperar el mayor bien.

TELLO. ¿Qué tienes que estar di hundo,
si te dió un lienzo de perlas,
en señal de este contrato?

JUAN. Bien dices; mas suele ser,
sin amor, fingido el llanto

(Sale ANGELA.)

ANGELA. De las paces de Aragón
vengo a darte el parabién,
y de casarte, también.

REY. Cosas imposibles son;
pero vanse disponiendo.

ANGELA. El cielo te de, señor,
lo mismo que tu valor
a voces le está pidiendo.

REY. Angela, tu buen deseo
recibo, y el parabién,
porque desees mi bien
y porque en tu bien me empleo.

Y así, excusando de ser
casamentero enfadado,
no quiero que estés suspensa:
yo trato y la mano pongo
en tu remedio.

ANGELA. Señor,

bien del pecho generoso
que debe al Duque, mi padre.

REY. Eso se resuelve todo
en que don Juan de Cardona
sea... ¿qué dudo?, tu esposo.
Bien sé que en tratarte de esto
te doy más gusto que enojo,
y que, como a los que lloran
por algún caso forzoso
y tienen, con la vergüenza,
las lágrimas en los ojos,
tienes la risa en los labios,
y que el mismo "sí", amoroso,
por salir, rompe las perlas
de tu boca blanco adorno,
y entre ellas, como entre guijas
arroyuelo sonoro.

Tello, porque soy más que ella.
; Pues vive Dios que he de ser
aquello que de antes era.
Ya quiero ser pobre yo,
si así puedo merecerla.
; Basta! Lo que tiene de ángel
ha hecho que Angela tenga
propia condición del cielo,
pues quiere que la merezca
con pobreza y con suspiros.

TELLO. Con suspiros y pobreza
suelen ser aborrecidos
cuantos aman y desean;
mas ¿cómo podrás ser pobre
y bajar desde excelencia
a la merced que tenías?

JUAN. Para bajar. ¿quién lo piensa?
Fortaleza es menester
para subir una cuesta;
para bajarla, ninguna.
Yo bajaré donde vea
doña Angela de Aragón
que, si por rico me deja,
me vuelva a querer por pobre.

TELLO. Mayor desatino intentas
que se ha visto ni se ha oído.

JUAN. ¿De qué sirve la riqueza,
sin Angela? ¿De qué sirven
los títulos, ni la renta?
No quiero, sin ella, Tello,
los estados donde llega
la rueda de la fortuna,
que por la inconstancia es rueda:
sin ellos podré vivir,
no podré vivir sin ella.
Angela es ángel, es móvil
y rige mis tres potencias:
por ella tienen acción
mis sentidos.

TELLO. Linda tema.
Ya te vas volviendo loco.

JUAN. Amor me manda y me fuerza
querer la propia desdicha
y temer la dicha ajena.

ACTO TERCERO

(Salen el REY y DOÑA INÉS.)

REY. Silencio engendra el recato,
y la grandeza, respeto.

INÉS.

REY.

INÉS.

REY.

INÉS

REY.

INÉS.

La indignidad del sujeto
tal vez favorece el trato.

Por eso a don Juan mandé
que de mi amor te advirtiese.
El causó que os respondiese,
señor, lo que injusto fué.

Antes me parece justo,
queriendo bien a don Juan:
porque los reyes no dan,
con la voluntad, disgusto.
No la quiero yo forzada,
ni fuera. Inés, justa ley:
porque ha de estar, para un rey,
muy libre y desocupada.

El no saber, gran señor,
la merced que me habéis hecho
ocupó entonces mi pecho
de tan mal pagado amor.

Pero, pues vos me queréis,
yo me forzaré a olvidalle;
que en entendimiento y tallo,
como en ser rey, le excedéis.

No, Inés; no quiero aposento
de quien otro se ha de echar;
libre le quisiera hallar,
para entrar, mi pensamiento.

Que si encontrar a la puerta
otro hombre, o dentro de casa,
tanto ofende y tanto aborrece,
cuando la sospecha es cierta,

¿qué será en el mismo centro
del alma, al venirle a ballar?
Pues no se pueden matar
dos almas que se hallan dentro.

Si está la tuya ocupada
de la que don Juan te dio,
¿cómo quieres tú que yo
con ella saque la espada?

Un rey puede desterrar
de su tierra a quien le ofende:
de su casa, al que pretende
con modo injusto privar:

pero, aunque el cetro y la palma
le dé absoluto la ley,
¿cómo puede, Inés, un rey
sacar un alma de otra alma?

Señor, con dificultad;
y es bien responderte así,
porque es muy justo que a ti
te trate siempre verdad.

Pero, en razón de haber sido
desleal a tu secreto
don Juan, no admito el conceto,

más desatinadas son
las que la vienen siguiendo!
¿Si es el Rey quien quiere a Inés,
que dice que es poderoso?
O ser don Juan es forzoso,
pues su amor el mismo es.
Mandóme el Rey olvidar,
no es mucho en tanto poder.

(Salen DON JUAN, TELLO y LAURENCIO.)

JUAN. No me acabas de entender.
LAURENCIO. Es porque no quiero entrar.
TELLO. Mira que está Nuño aquí.
JUAN. ¡Nuño!
NUÑO. No me he descuidado,
si el parabién no te he dado.
JUAN. Satisfecho estoy de ti.

NUÑO.

Son tantas las mercedes que recibes
cada día del Rey, que por un año
te doy el parabién de las que faltan,
y al cabo de él comenzaré el que viene.

JUAN.

¿Qué te parece de esto?

TELLO.

Razón tiene.

NUÑO.

La alcaldía, don Juan, de Calatrava,
pienso que finé de todas la postrera.
De ésta te doy el parabién, por cosa
de tanta confianza como honrosa.
Pero apártate aquí.

JUAN.

¿Qué es lo que dices?

NUÑO.

La inconstancia, don Juan, de las mujeres,
tan parecidas siempre a la fortuna,
que no puede tener firmeza alguna
sabrás ya por ejemplos, por historias
que escribieron con sangre sus memorias.
Mas ¿para qué con prólogos? Te advierto
de lo que siempre finé tan claro y cierto.
Doña Angela ha tratado de casarme
con doña Inés; yo pienso que su intento
es de tu prima el noble casamiento.
Si la quieres, don Juan, si la pretendes,

dejaré de servirla y de estimarla;
que queriendo a doña Angela, no creo
que se queje mi honor de mi deseo.

JUAN.

Nuño, por esta roja cruz que al pecho
me honró más que los títulos y villas,
confianzas y oficios: que bien sabes
que el Rey no diera cruz a quien no fuera
muchos años soldado en la frontera,
que no he tenido a doña Inés, mi prima,
más voluntad de la que da la sangre,
y que puedes querella si es tu gusto.

NUÑO.

Guárdete el cielo, que de un gran disgusto
me has sacado con eso.

JUAN.

Pienso, Nuño,
que presto te podré llamar mi primo.

NUÑO.

Igual con el de Inés tu nombre estimo.

(Vase.)

LAURENCIO. Vuélveme agora a informar
de lo que tengo de hacer.

JUAN. Dejar las cartas caer
en acabando de entrar.

LAURENCIO. Fingiré que me he turbado
de ver al Rey.

JUAN. Dices bien.

TELLO. ¡Plegue al cielo que te den
el porte!

LAURENCIO. Ya va pagado.

TELLO. No intentes tan gran locura.

JUAN. Ven, Laurencio, que conmigo
entrarás donde te digo.

LAURENCIO. La entrada llevo segura;
Dios disponga la salida.

JUAN. No temas; tu César soy.

LAURENCIO. A ti del mar en que voy,
llevo la fortuna asida.

(Fase DON JUAN y LAURENCIO.)

TELLO. Si eres áspid al consejo,
amorosa obstinación
de tu propia perdición,
hoy en las manos te dejo.
No puedo más; esto es
fuerza de amor invencible.

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

la muerte fue atroz
fue la muerte fue atroz
fue la muerte fue atroz
fue la muerte fue atroz

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

que me quedaba
de los que me quedaban
de los que me quedaban
de los que me quedaban

aunque esta ofensa me hizo,
de no tocarle en la vida.

TELLO. En el principio del libro
de Job parece, señor,
que esa excepción has leído.
Juro en tu real espada
y en ese sagrado signo
de no lo decir jamás.

REY. Vete, hidalgo bien nacido,
que en saliendo con mi intento,
yo tendré cuenta contigo.

TELLO. Logren los cielos tus años,
y veas por muchos siglos
las dos barras de Aragón
al lado de tus castillos.

(*Asc.*)

REY.

Pasó Leandro el Abideno estrecho,
cortando montes al licor salado
con los brazos de amor, y el abrasado
Píramo se pasó, por Tisbe, el pecho.

El Atenicense, en lágrimas deshecho,
pide la estatua al popular senado;
Hércules, de sus fuerzas despojado,
mujer estuvo entre mujeres hecho.

Todos hallaron en amor disculpa:
piérdese el seso en él, la razón calma;
mas no don Juan, pues el honor le culpa.

Niéguale el tiempo de laurel la palma,
que de perder la vida amor disculpa,
pero no del honor, parte del alma.

(*Sale ANGELA.*)

ANGELA.

Amor, pues que desnudo
te pintaron, con ser la edad del oro,
para mostrar que pudo
tu fuego más que su mayor tesoro:
no te quiero vestido,
que amenazas desprecio, si no olvido.

Amaba yo segura
el divino valor de mi sujeto;
mas, puesto en tanta altura,
vendrá para el gobierno a ser discreto,
mas no para estimarme,
pues cuanto viene a ser vengo a humillarme.

Para los dos tenía
hacienda yo bastante; yo no quiero
su imperio y gallardía;
que aunque es verdad que, como amor primero,

me ha de costar la vida,
mi libertad la doy por bien perdida.

REY. Angela, con gran razón
puedo quejarme de ti,
pues en mi casa y en mi
has puesto tal confusión.
Y, debajo del secreto
que a un rey se debe guardar,
porque sabré castigar
cualquiera contrario efeto,
has de saber que ha perdido
don Juan, que yo tanto amaba,
el seso por ti, que estaba
de su voluntad asido.

Por haberle despreciado,
se ha fingido ser traidor,
aventurando su amor
todo el honor conquistado.

Tal modo de empobrecer,
sólo lo intentara un loco,
ni tener mi gracia en poco
por la más bella mujer.

Unas cartas ha fingido
que envía al rey de Granada,
dando ocasión a la espada
de un poderoso ofendido.

Mas él, que no se acordó
que yo matarle pudiera,
con que mejor te perdiera
que por grande te perdió,
quiere empobrecer así,
y quiere que así le quieras.
ANGELA. Bien fué menester que fueras
quien has sido para mí.

Necia he sido: soy mujer;
que la más prudente y cuerda
no es posible que no pierda,
tal vez por su mismo ser.

No sé por qué me han tenido
por discreta, pues que di
causa a don Juan con que a ti
y a mí nos haya perdido:

a ti, con ese desprecio,
y a mí, con perderte a ti.
Dos amores hay aquí:
uno loco y otro necio;

el loco es el de don Juan,
y el mio, el necio, señor;
al suyo, aunque es grande error,
por loco, perdón le dan:

pero al mio, con ser necio,
¿quién le querrá perdonar?

al claro son de las sonoras cajas,
que por el Zaqueón juntas salían.
Cobraban allora las campañas bajas,
y las montañas altas respondían:
ya sabes la arrogancia y las ventajas
con que el aire soberbio desafián.
Dáme licencia que su orgullo ataje,
que es de Bedrún soberbio y Bencerraje.

REY.

Ni al Bencerraje ni a sus cajas temo,
aunque atruene campañas y montañas:
ni a Benzalde, si fuera Polifemo:
más que a los vientos las tiernas cañas
temo un traición, y temo con extremo
la fiera ingratitud de sus entrañas:
que merece temer el falso trato
de un hombre que es con su señor ingrato.

Ya no quiero que vais a Calatrava,
sino que os despidáis de la alcaidía,
y aun de esa cruz con que os honré: pensaba
que a mejores que vos honrar podía:
que cuando cruz y fortaleza os daba,
bado en vuestra sangre, no sabía
que quien la fortaleza dió por oro
vendería la cruz también al moro.

Que caiga un hombre del supremo estado
en que le pone un rey, por envidiosos,
en cielo y tierra queda disculpado:
mas no si cae por hechos afrentosos
de donde estuvo puesto y levantado.
Pero no podéis ser de los quejosos
de la fortuna: que sin causa alguna
no ha derribado a nadie la fortuna.

JUAN.

Señor, yo os he servido, y si culpado
en alguna cosa, amor lo ha hecho.

REY.

Las llaves me volved, y de mi estado
no entréis más en la sala.

JUAN.

Habéis deshecho,
como pintor el lienzo que ha borrado,
la imagen que firmaba vuestro pecho.

REY.

No quiero imagen yo, si fuera Apeles,
que del pintor afrenta los pinceles.

(Vase.)

JUAN. Sabes que es esto?

ANGELA. No sé:
pero ¿no se ve bien claro?

JUAN. Pero ¿en que duda reparo
quando tan claro se ve?
De tu amor la culpa fué.
Mira lo que me has debido.

ANGELA. No no entiendo lo que ha sido:
pero sé que eres culpado,
¿ves a mi no me has ganado
después que al Rey has perorado?

JUAN. Por ganarte le perdí.

ANGELA. No tomaste buen acuerdo:
que no se tiene por cuerdo
hombre que se pierde así.

JUAN. Lo que sabe el Rey de mi,
que ya de mi perdimiento
estoy alegre y contento.

ANGELA. Pues, Duque, si alegre estas...

JUAN. No me llames Duque mas:
ya de serlo me arrepiento.

TELLO. Mirad los dos cómo habláis,

que el primero que llamo
Argos al palacio, vió
bien el peligro en que estáis.
Los mármoles que miráis
son ojos, lenguas son frisos.
JUAN. No importan ya tus avisos:
que en los hombres desdichados
corren apriesa los hados
y son los males precisos.

(Sale OTAVIO.)

OTAVIO.

Su majestad me manda, aunque me pesa,
de que vuestra excelencia, de mi boca
escuche, señor Duque, aquesta nueva:
cancele aquella cédula que dice
que de renta le da dos mil ducados,
y vuelva la merced de los sesenta.

JUAN.

Yo no me siento agora con dinero.
Id, señor, a mi casa y tomad luego
el menaje y la plata de servicio,
y por la buena nueva, esta cadena.

OTAVIO.

¿Esta nueva podéis tener por buena?

JUAN.

Esta es la nueva que mejor podía
llegar, Otavio, a la memoria mía.

si de sola el alma
quiere amor que admitas
los merecimientos,
y a ser cielo aspiras
de humanas riquezas,
me desnuda, y libra
la ley de tu gusto
por tu mano escrita.
Pobre queda el cuerpo,
poderosa y rica
el alma, que adora
la tierra que pisas.
No pensé que fueran
causas que ofendian
la verdad de amarte
con entrañas limpias;
mas luego, bien mio,
que tu amor me avisa
que de sólo amor
quiere que me vista,
y porque los hombres
que es la honra afirman
la mayor riqueza,
amor me la quita
con perderla toda,
quiere que te sirva,
y, siendo leal,
que traidor me finja;
y si esto es ser pobre,
la opinión lo diga,
que sin honra viven
en su tierra misma
los que ves más ricos,
puesto que se vistan
los indios diamantes
y el oro de Tíbar,
si no llevan honra;
por donde caminan
los señalan todos
y a veces los silban.
Vesme aquí tan pobre,
hermosa homicida,
que aun apenas soy
lo que ser solía.
Perdí de mi Rey
lo que más se estima:
el favor, la gracia
que con él tenía.
Perdí con mis deudos
lo que me servían;
que si bien no esperan,
el servir expira.
Perdí los amigos,

que no hay quien asista
con el que era grande
si el tiempo le humilla.
Perdí mis estados:
desde señoría
y excelencia grave,
a merced me inclinan.
Ni aun ésta merezco,
pues es de justicia
que a quien no las hace,
ni merced le digan.
Todo lo he perdido,
del cuerpo me quitan
la honra, y la hacienda
del alma me privan.
Angela, tus gracias,
si agora desvías
tus divinos ojos
de tantas desdichas,
desde aquí me parto
a acabar la vida,
si hay vida sin muerte,
y alma sin tu vista.
Montes de Toledo
en sí me reciban,
adonde en el Tajo
más altos se miran.
Llevarán mi llanto
sus corrientes frías
a la mar de España,
que no perlas finas;
hallaráme el sol
en la dulce risa
del alba, llorando
las desdichas mías,
y cuando se parta
a las playas indias,
a criar el oro
con la pena misma,
serán mis doseles
robustas encinas,
la hierba mi cama,
la muerte tus iras,
y diré contento
al fin de mis días
que me ha muerto un ángel
que me dió la vida.
Don Juan de mis ojos,
como de antes eras;
Córdoba y Cardona.
¿Qué mayor riqueza?
Ni conde ni duque
quieren que te quiera

ANGELA

REY. Ya te he dicho por qué intento,
doña Inés, tu casamiento.

INÉS. Cuando contigo privase,
cuando fuese lo que fué.

REY. Pues ¿no amabas a don Juan
por gentilhomme y galán
con tanta firmeza y fe?

¿En aquel tiempo no era
don Juan más que bien nacido?

INÉS. El no ser ya lo que ha sido
me obliga a que no le quiera.

REY. Extraño efecto en mujer,
extraña contrariedad,
que hoy no tenga voluntad
de lo que la tuvo ayer.

INÉS. Señor, si yo le miraba
como tú, ¿de qué te admiras?
pues los favores son iras
que tu majestad le daba.
No ve que su amor se acaba,
y el mío le maravilla.

Hízole igual a su silla,
y en un hora le ha deshecho,
y espántase que mi pecho
imite a un rey de Castilla.

Ayer le hiciste subir
donde el sol su carro encierra,
y hoy no le has dejado tierra
adonde pueda vivir,
¿y no quieres inferir
que una mujer pueda ser
mudable, si a tu poder
hace mayor repugnancia,
sabiendo que no hay distancia
desde mudanza a mujer?

REY. Tienes razón: has vencido;
pero si ocasión me ha dado
don Juan, no queda probado
que don Juan no te ha ofendido.

INÉS. ¿Y no basta que haya sido
traidor?

REY. No sé si es traidor;
pero tu amor lo es mayor,
porque si amor le tuvieras,
cuando en desdicha le vieras
mostrara tu fuerza amor.

Tú debes, Inés, de ser
de las de ¡viva quien vence!
y así es bien que yo comience
a dejarte de querer;
porque es cierto que mujer
que deja a un hombre caído,
o en su vida lo ha querido,

o tiene, como tirano,
el amor en una mano
y en otra mano el olvido.

Angela, ¿aquí estás?

ANGELA. Aquí
con don Juan hablando estoy.

REY. Huélgome, a fe de quien soy,
de hallarte con él así,
y vengo a pensar de ti,
hallándote en este punto
con don Juan, y a él tan junto,
que, como noble mujer,
le acompañas hasta ver
adónde queda el difunto.

Inés no le quiere ya.

ANGELA. No le habrá querido Inés,
que le quisiera después
que polbre y deshecho está.

INÉS. Pues, Angela, ¿quién habrá
que quiera a quien ya cayó
en desgracia del Rey?

ANGELA. Yo,
que de esa voz eco he sido;
que si cayó, yo he querido
darle la mano, y tú no.

Yo le quise con verdad,
y la verdad es tan fuerte,
que no la mata la muerte
ni la ofende la crueldad.
Subióle su Majestad
hasta el sol de los cabellos;
mas ya que le suelta de ellos,
por que no se haga pedazos
quiero ponerle mis brazos
para que caiga sobre ellos.

REY. No digas, Angela, más,
que notablemente obligas;
pero yo no hay más que digas
si tan declarada estás.
Ni tú digas que caerás,
don Juan, cuando ya previene
amor la fuerza que tiene,
pues un ángel, como ves,
antes que en la tierras des
a tenerte en brazos viene.

Dichoso el hombre que ha sido
tan bien amparado aquí,
que no halla poder en mi
para vengarse, ofendido.
El castigo merecido,
cuando no, don Juan, la muerte,
fuera a la tierra ofrecerte;
mas ¿cómo tendré poder

LOS RAMILLETES DE MADRID

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

MARCELO, *caballero.*

FABIO, *lacayo.*

LISARDO, *alférez.*

FINEO, *caballero.*

ROSELA, *dama.*

INÉS, *criada.*

OTAVIO, *viejo.*

DOMINGA, *labradoro.*

LIDIO, *paje.*

LUCINDO.

LAUSO.

BELISA, *dama.*

CLARA, *criada.*

LISEO.

CELIO.

LA MÚSICA.

ACTO PRIMERO

(*Salen MARCELO y FABIO, de camino.*)

- MARCELO. ¿Hay gusto como llegar
un ausente a donde quiere?
- FABIO. Conforme le sucediere,
y más en este lugar.
- MARCELO. ¿Qué puedo, Fabio, temer?
¿No está Belisa segura?
- FABIO. Si hay en la corte hermosa,
es la de aquesta mujer.
- MARCELO. Pues ¿qué más seguridad?
- FABIO. ¿Segura, y mujer hermosa?
- MARCELO. Sí, porque en ella es forzosa
la arrogancia y gravedad
y la presunción de sí.
Menos segura es la fea,
que al primero que la vea
dirá mil veces que sí,
porque está desconfiada,
que si aquel galán se va,
en un año no hallará
otro que le diga nada.
Una hermosa, en confianza
de los que le han de querer,
por lo que ha de merecer
desestima lo que alcanza.
- FABIO. ¿De manera que las feas
son fáciles?
- MARCELO. Esto siento.

- FABIO. Dichoso tu pensamiento,
que en tal belleza te empleas.
- MARCELO. Mil gracias, Fabio, le dan
mis celos, celoso estuve,
del Alférez con quien tuve
tal pesadumbre en Milán.
Por él la guerra dejé,
y en la que me dieron celos,
por la piedad de los cielos
ya pongo en Madrid el pie.
- FABIO. Sospechas me dió que había
aquel Alférez valiente
de procurar libremente
señor, tu muerte y la mía:
que, como buen escudero,
me afirmé con don Luis
cuando tras de aquel mentís
le diste con el sombrero.
En fin, ha sido cordura
dejar, Marcelo, a Milán
por Madrid, adonde están
las armas de la hermosura.
Esta es la casa en que vive
el dueño de tu cuidado.
- MARCELO. ¡Oh edificio, el más honrado
que el tiempo en la fama escribe!
¡Oh caja de la belleza
de un ángel, cuyos umbrales
exceden los orientales
en resplandor y en riqueza!
¡Oh Puerta del Sol hermosa!

FABIO Con fruta y con pescado
MARCELO En muy de azar dorado
 Vive el ahora su esposa

Aquí si que menos vanas
 fueran con varias molduras
 las griegas, las arquitecturas
 y las alhambas y minas

Pero en la mayor
 la trime y de Belisa

¿cómo se la ha me aver
 de la que tiene un amor?

Si la Belisa se ha sentido
 con amor y el amor le he pagado
 por lo he sentido y llorado
 ha perdido el sentido

FABIO ¿No me de arás a mi
 la ermita es lamación?

MARCELO ¿Dónde y fines afición?

FABIO Partiendo de ti

¿Cómo que que quiere que
 es de un común efór,
 que tal que tienen amor
 que tal que tratan a ven

Aquí me que me el tal
 que tal que me tal
 que tal que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal
 que tal que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal
 que tal que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal
 que tal que me tal
 que tal que me tal

MARCELO ¿Dónde y fines afición
 Partiendo de ti

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

REYES ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

JOSÉ ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

REYES ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

MARCELO ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

tra una agü de no verte
 para la vida y una muerte
 y una muerte y una vida

¿Qué es est? Los brazos de as
 caer en tibia tanta?

Ya me presunta te espanta
 ¿cómo que me tal
 ¿cómo que me tal

REYES ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

MARCELO ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

REYES ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

MARCELO ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

REYES ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

MARCELO ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

REYES ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

MARCELO ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

REYES ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

MARCELO ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

REYES ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

MARCELO ¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

¿Cómo que me tal
 que tal que me tal

con salud y sin pasión.

Mira si me mandas algo, aunque más ausente estoy que en Milán; porque te doy mi palabra, a fe de hidalgo,

de no rehusar cosa alguna que de tu servicio sea.

BELISA. Así es razón que lo crea, sin poner duda ninguna.

¿Mandas otra cosa?

MARCELO. No.

BELISA. Dios te guarde.

MARCELO. Y a ti.

FABIO. Inés.

INÉS. ¿Quieres algo?

FABIO. Que me des,

si soy tan dichoso yo, los brazos, por bien venido.

INÉS. ¿Cómo te los puedo dar, si el ejemplo he de imitar de lo que has visto y oído?

FABIO. ¿Luego ya se ha declarado el olvido de Belisa?

INÉS. Cuidado que vino a prisa, con prisa fué descuidado.

¿Es gran bellaca el ausencia!

FABIO. ¿Hay alguna novedad?

INÉS. Un poco de voluntad, ya casi correspondencia.

FABIO. ¿Mujer que quedó llorando, tan presto se ha vuelto hielo?

INÉS. Fabio, el amor es buñuelo, que ha de comerse abrazando. Hiélase amor en ausencia.

Mudó Belisa galán.

FABIO. ¿Y tan adelante están?

INÉS. No hay sino prestar paciencia. ¿Mandas otra cosa?

FABIO. No.

INÉS. Dios te guarde.

FABIO. Pues ¿qué tienes, donde tan seguro vienes?

MARCELO. ¡Ay! Que mi amor me engañó.

FABIO. "Una hermosa, en confianza de los que la han de querer, por lo que ha de merecer, desestima lo que alcanza."

¿Qué te parece, si están las hermosas más seguras!

MARCELO. ¡Pluguiera a Dios, desventuras, que me matara en Milán el alférez a quien di con el sombrero en la cara,

antes que la tuya hallara tan airada contra mí!

¿Qué dice Inés?

FABIO. Claramente dice que hay otro.

MARCELO. ¿No engañó?

FABIO. No miente quien desengañó: sólo quien engaña, miente.

¿Vive Dios, que la mujer que dice luego: "Yo tengo dueño; a no engañaros vengo", que es de noble proceder!

Unas bellaconas que hay, que en Madrid no pocas vi, que toman deste el tabi, de aquél el sutil cambray,

ya la joya, y ya el regalo, y a todos dicen: "Vos sólo sois mi dueño, sois mi Apolo", quisiera ver en un palo,

o hacer fruta de sartén de sus ánimas.

MARCELO. ¡Ay, Fabio!

¿Qué haré, con tan claro agravio?

FABIO. Consolate.

MARCELO. Dices bien.

Pero ¿dónde está el consuelo?

FABIO. ¿Dónde? En cuatro mil mujeres.

MARCELO. ¿Que quiera, queriendo, quieres?

FABIO. De amor, al amor apelo.

MARCELO. Pues ¿dónde quieres que tose

quien pueda querer así?

FABIO. Pienso que una vez leí en las *Rimillas* de Lope que el querer olvidar era el principio de olvidar.

MARCELO. Ya quiero.

FABIO. Ven a buscar a quien quieras y te quiera. ¿Dónde?

FABIO. En el Prado.

MARCELO. He pensado

que son verdes pensamientos.

FABIO. Bien dices, que es de jumentos enamorarse en el prado.

Pues ir a la iglesia a ver mujeres es gran maldad.

MARCELO. Injusta infidelidad

fué siempre, a mi parecer.

FABIO. Oyeme atento, así vivas.

Junto a la plaza Mayor tiene Madrid una calle, que la Imperial se llamó.

abrevia dilaciones de tal modo, que allí se ha de ganar o perder todo.

Prometíles ventanas y merienda: vieron los toros, y esa noche tuve puerta en su casa, no porque se entienda que más que con los ojos me entretuve: sólo me ha dado una esperanza en prenda, que al cielo claro de su sol me sube, si no pretende fácil engañarme para después difícil despeñarme.

Así paso los días con papeles, y las noches, con armas a su puerta, hasta que con sus labios de claveles, roja y blanca, la aurora al sol despierta: pero, a no me matar celos crueles de un cierto ausente, aunque con pena incierta, no pienso que el estado de mis males hallara bienes que llamara iguales.

Díjome una criada que tenía correspondencia allá con un soldado, primero amor de aquesta prenda mía, que del duque de Sesa fué criado.

Mas, que desconfiada que vendría, o agradecida a mi mayor cuidado, le olvidaba por mí, cuyos desvelos me matan, de su amor y de mis celos.

ALFÉREZ.

¡Pluguiera a Dios que yo de vuestra ausencia pudiera contar la misma historia! [cía

Y más que el asistir a su presencia son actos para el fin de la victoria. Hace mi mal al vuestro diferencia, por la distancia que hay de pena a gloria. Vos, en casos de amor vivís dudoso; yo, en los de honor, ni alegre ni dichoso.

Y para que sepáis con qué disgusto vengo a Madrid, sabed que estando un día, no lejos de Milán, el campo augusto, salió de la española infantería un cierto aplauso de contento y gusto de hablar en la retórica y poesía; porque suelen tal vez andar las musas en las armas de pólvora confusas.

Yo discurrí por los que España goza, como Gregorio Hernández, que al Parnaso dió nueva luz: don Diego de Mendoza, don Fernando de Acuña, y Garcilaso, el muy discreto entre la gente moza, dijo que el Ariosto sólo, el Taso, eran poetas, porque desta ciencia gozaba España estado de inocencia.

Yo dije que no solos los pasados,

en letras y en conceptos, excedían; pero que ser del mundo celebrados muchos de los presentes merecían.

Respondiome que legos engañados de vulgares aplausos escribían, y que eran gente sin dotrina alguna, pobres en la virtud y en la fortuna.

“Muchos conozco yo muy principales, le dije entonces, y es pasión muy necia no honrar un español sus naturales, pues a sí mismo en ellos se desprecia”.

“Vos sois el necio, replicó: que tales son con quien sus necesidades precia”.

“Mentis”, le dije; y él me tira luego el sombrero a la cara, vuelto en fuego.

Esto es decir verdad: sola una pluma, del trencellín entonces desasida, me tocó el rostro; y por decirlo, en suma, le di, riñendo, una pequeña herida. Si afrentan plumas, que lo estoy presuma mi honor; mas la quistión controvertida, él dicen que lo está cuantos Guzmanes Aste alféreces tiene y capitanes.

FINEO.

Lisardo, nunca ofenden plumas viles, mayormente de bárbaros sujetos, o cortadas groseras o sutiles, que todos para el mal nacen discretos. Si fueras Héctor tú, si el griego Aquiles, no pudieras salir con más efetos honrado de suceso semejante.

ALFÉREZ.

Con esto, no pasamos adelante.

FINEO.

Pues ¿hizose amistad?

ALFÉREZ.

Partiése luego, y no le he visto más.

FINEO.

No os dé cuidado. Venid a ver el fénix de mi fuego, único como yo, por abrasado, que quiero que veáis si amor es ciego.

ALFÉREZ.

Ya no es ciego el amor, sino vengado. Decidme el nombre.

que puede honrar dos vergeles
con los tiestos de claveles
que agora criando estoy.

ROSELA. ¿Y podréis traerlos hoy?

DOMINGA. Hoy, no; mas será mañana.

ROSELA. Adiós, hermosa aldeana.

MARCELO. ¡Qué bellísima mujer!

FABIO. Puede en estos campos ser
Flora, Amaltea y Diana.

MARCELO. ¡Ah, labradora gentil!

¿Qué te dijo aquesta dama?

Ansí de rosa y retama

te enriquezca el verde abril,
que no me niegues quién es.

DOMINGA. Caballero, aquí llegó,

y de otras flores compró,
porque yo llegué después.

Mas díjome si tenía
seis macetas de claveles,
que transformar en vergeles
ciertos balcones quería.

Yo le respondí que sí,

y se los pienso llevar,

si no me falta lugar:

porque no los tengo aquí.

¿Dónde vive?

MARCELO.

DOMINGA. Que vivía

me dijo... Llegaos acá.

FABIO. ¿Al oído?

MARCELO. Bien está.

Yo la sé como la mía.

DOMINGA. No me espanto que os agrade:

yo soy mujer, y la hermosa

me vuelve loca.

MARCELO. Es la cosa

que más rinde y persuade.

Tomad aqueste doblón,

y a la casa no volváis.

DOMINGA. Pues, ¿de mí qué receláis?

MARCELO. Basta; yo tengo ocasión.

DOMINGA. ¿Este es falso, o verdadero?

Que dan en la corte agora

metal que se sobredora,

a título de dinero.

FABIO. Malicias de Leganés.

¿Queréis por él veinte reales?

DOMINGA. ¿Tráelos ahí cabales?

FABIO. Sí.

DOMINGA. Pues volveré después.

(Vase.)

MARCELO. Fabio, la mujer es bella.

No lo dudes: no me acuerdo
de Belisa.

FABIO.

¿No te dije

que hay aquí hierbas del cielo?

MARCELO.

Ramilletes de Madrid,

si tenéis estos remedios,

¿para qué van a Tesalia

por hierbas los hechiceros,

ni a los montes de la Luna?

FABIO.

Yo apostaré que por eso

a la puerta de la cárcel

mandaron en cierto tiempo

que se vendiesen las flores.

MARCELO.

Pues ¿es delito dar seso?

FABIO.

¿Pluguiera a Dios que prendieran

las muchas flores que vemos

andar agora en la corte!

MARCELO.

¿Flores de qué?

FABIO.

Yo me entiendo

No quiero hacerme malquisto.

MARCELO.

¿Flores en la corte, necio?

FABIO.

Pues cuando aquellos señores

los ramilletes prendieron,

un jeroglífico fué

de las flores deste tiempo.

MARCELO.

Siempre en los grandes lugares

ha de haber grandes excesos.

Gracias al gobierno, Fabio,

que son los malos los menos.

Pero advierte que he pensado

que en esta mujer tenemos

contrahierba de Belisa.

FABIO.

Es bella.

MARCELO.

Escribirla quiero.

Tú llevarás el papel.

FABIO.

¿Cómo?

MARCELO.

Fingiéndote luego

labrador de Leganés,

que eres marido diciendo

desta bella labradora.

FABIO.

¿Y dónde hallaré los tiestos

de los claveles que pide?

MARCELO.

En Madrid, con el dinero.

FABIO.

Voy.

MARCELO.

Y yo voy a escribir.

FABIO.

Tente.

MARCELO.

¿Quién viene?

FABIO.

Sospecho

que es la mudable Belisa.

MARCELO.

¡Ay, Fabio! En mirarla, tiemblo.

(Salen BELSA e INÉS.)

BELISA.

¿Ya se acabaron las flores?

Esta noche, disfrazada,
iré a su calle, y si veo
que es verdad lo que éste dice,
puertas, rejas, aposentos,
cena, mujer y criados
han de rodar por el suelo.
¿Qué dices?

INÉS.

BELISA.

Que soy mujer,
y que distancia ponemos,
desde resolver a obrar,
como desde el rayo al trueno.

(Sale ROSELA y CLARA, en su casa.)

CLARA. ¿Qué gentil talle tenía!

ROSELA. A lo menos, ¿qué cortés,
Clara, amores me decía!

CLARA. Intenté saber después
quién era y dónde vivía;
pero nunca me atreví.

ROSELA. Agrádanme, Clara, a mí
los hombres de aquella traza.

CLARA. ¿Que se vendan en la plaza
hombres también!

ROSELA. ¿Cómo así?

CLARA. Pues ¿no le hallamos en ella?

ROSELA. Sí, pero no le llevamos.
Porque eso fuera ir a ella
por flores, hierbas y ramos,
y con fruto volver della.

(Sale LIDIO, criado.)

LIDIO. Aquí trae un labrador
unos tientos de claveles.

ROSELA. ¿Labrador?

LIDIO. Y hombre de humor.

(Sale FABIO, de labrador.)

ROSELA. Entre.

FABIO. ¿Qué villano Apeles
pudo retratar mejor?

¿Cuál de sus mercedes es
desta casa la señora?

ROSELA. Yo soy.

FABIO. Yo beso sus pies.
Soy de aquella labradora
del lugar de Leganés
su marido, con perdon:
que porque andaba ocupada,
en esta buena ocasión,
en hacer cierta colada,

me dió a mí la comezón
de traerlos unos tientos
de claveles, tan compuestos,
que a haber azucenas rojas,
dijéradles, en las hojas,
que eran azucenas éstos.

No ha producido tan bellos
claveles, venid a vellos,
el instrumento de Dios;
pues, a no haber boca en vos,
no hubiera color como ellos.

Si os diera un hijo, no hiciera
más que en daros su hermosura.
El olor siento acá fuera.

¿Qué inocencia!

En sangre pura
los bañó la primavera.

ROSELA.

FABIO.

¿Eso pudo ser?

ROSELA.

FABIO.

Bien pudo;
que un día que hizo menudo
a las hojas se limpió,
de quien el clavel salió
teñido en sangre.

ROSELA.

FABIO.

No es mudo.
Esto dicen los poetas,
que son bravos tintoreros
de hacer rosas y mosquetas.

ROSELA.

FABIO.

¿Qué os he de dar?
No hay dineros
para flores tan perfetas.

Y Dominga no me habló
en que los cobrase yo;
porque dice que hiza juego,
o topo algún diablo luego
destos que no dicen "no".

Ella vendrá por acá;
su merced se los dará.

ROSELA.

FABIO.

¿Tenéis hijos?

ROSELA.

FABIO.

Diez o doce.

ROSELA.

FABIO.

¿Tantos?

Y aun así me goce,

que encinta Jimena está.
Que, como tan mal cenamos,
que es causa de no dormir,
bien desvelados estamos.

Mas yo tengo que os pedir
si hacia aquí nos retiramos.

ROSELA.

FABIO.

¿Cómo?
De un galán novel
traigo aquí cierto papel
para dar a su quillotra;
que, escarmentado de otra...
¿Quiere ver lo que hay en él?

sin dar a entender que vengo
a su calle, ni a su casa,
saber lo que pasa dentro.
INES. Pues ¿no te ha de dar mas pena?
¿No sabes que los discretos
nunca escuchan?

BELISA. Muy bien dices;
pero es el amor muy necio.
Aunque, si verdad te digo,
como ya por mí lo siento,
poco entendimiento tiene
quien no quiere bien, con celos.
Son celos despertador
del amor rendido al sueño,
que inquietan alma y sentidos
al continuo movimiento.
Dice la memoria a amor:
"Hasta tal hora me duermo",
y él, cuidadoso, a la misma
los celos le pone luego:
llega el punto, da la rueda
y quedan juntos, despiertos,
alma, potencias, sentidos,
levantándose al remedio:
porque en viendo que otro alcanza
el lugar que yo merezco,
poco entendimiento tiene
quien no quiere bien con celos.
Esta es la casa. ¡Ay de mí,
de mi Marcelo, o martelo,
y aun de mi martirio, o mar
donde me abraso o me anego!
Llama, llama.

INES. ¿Estás en tí?
BELISA. La noche, su manto negro
desguarnecido de estrellas
tiende en los hombros del cielo.
Ella nos cubre, no importa.
INES. Ya he llamado; y tan suspenso
está el aire, que responde
en lo más lejos el eco.

(Saca la cabeza FABIO.)

BELISA. ¿Suspenso?
FABIO. ¿Quién está ahí?
INES. Fabio, yo soy.
FABIO. ¿Quién diremos?
INES. Inés.
FABIO. ¿Qué Inés?
INES. La de antaño.
FABIO. ¿A tales horas? ¿Qué es esto?
INES. Di a Marcelo que está aquí
Belisa.

FABIO. ¡Guarte acá, negro!
¡Vive Dios, que me matase!
Dile que se vaya luego;
que si lo sabe Cardenia,
tarde o nunca cenaremos.
BELISA. ¿Qué es esto, picaro infame?
¿Sabes que soy yo quien llevo
a tu puerta? ¿Qué Cardenia
es ésta? ¡Abre aquí, abre presto!
FABIO. ¿Cómo abrir? Cierro y me voy;
que están cenando, y yo tengo
a mi cargo la bebida.
INES. Fuése.
BELISA. Y yo me estoy muriendo.

(Dentro, FABIO.)

FABIO. Dice Cardenia que está
la bebida como un fuego.
Da prisa a la cantimplora.
Daca esas tortadas, Pedro.
¡Ea!, apercibe los postres.
BELISA. ¿Los postres? Pues sean mis celos.
INES. ¿Coces das?
BELISA. ¡Y he de romper
la puerta!

(Sale MARCELO.)

MARCELO. ¡Paseo! ¿Qué es esto?
BELISA. Esto es honra.
MARCELO. ¿Quién es?
BELISA. Yo.
MARCELO. Pues ¿de cuándo acá tenemos
estos bríos?

BELISA. Desde ahora.
MARCELO. Vete con Dios, que es mal hecho
que tú pierdas de quien eres
y yo pierda, por tus celos,
el crédito que tenía
con los padres y los deudos
desta dama que está aquí;
que han venido a los conciertos
del casamiento que trato.
BELISA. ¿Que tú tratas casamiento?
MARCELO. Como tú con quien te sirve.
BELISA. Pues ten, Marcelo, por cierto
que antes que llegue a mi casa,
me he de matar; porque creo
que mi llanto y tus agravios
servirán de lazo estrecho
al cuello que de tus brazos
pensó hacerle en algún tiempo.

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca
para el documento
de la biblioteca antigua?
Entraré a ver en la sala
de la biblioteca antigua
y veré si encuentro el
documento que me
necesito.

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

ROSITA

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?

OTAVIO

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?
Entraré a ver en la sala
de la biblioteca antigua
y veré si encuentro el
documento que me
necesito.

ROSITA

OTAVIO

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?
Entraré a ver en la sala
de la biblioteca antigua
y veré si encuentro el
documento que me
necesito.

ROSITA

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?
Entraré a ver en la sala
de la biblioteca antigua
y veré si encuentro el
documento que me
necesito.

ROSITA

ROSITA

MARCELO

MARCELO. ¿Vas a la Biblioteca?
Entraré a ver en la sala
de la biblioteca antigua
y veré si encuentro el
documento que me
necesito.

ROSITA

ROSITA

ROSITA

ROSITA

ROSITA

ROSITA

ROSITA

ROSITA

ROSITA

ROSITA

MARCELO.

Para Madrid son flores delicadas;
pero tendrán al hielo resistencia.

OTAVIO.

Yo pienso que serán las cuatro dadas.
Trazad los cuadros, mientras yo voy fuera.

MARCELO.

Hallaréis vuestras armas dibujadas.

OTAVIO.

¿No haremos una fuente?

MARCELO.

Si tuviera

noria, yo la formara tan curiosa,
que se parara el sol cuando corriera.

OTAVIO.

Pues yo la haré, por ver tan nueva cosa.

(Váyase.)

ROSELA. ¿Adónde pensáis fundar.
Andrés, aqueste jardín?

MARCELO. Aquí lo veréis; que, en fin,
de vos le pienso imitar.
Naranjos, por el azahar.
no pienso poner en él;
pondré, señora, un laurel
para tan justa vitoria.
sí el fin de mi dulce historia
me coronare con él.

Oíd, pues, que voy plantando
el jardín de aqueste modo,
porque en vuestras partes todo
le voy, señora, imitando:
vuestra frente me está dando
coronas de rey hermosas:
vuestras mejillas, las rosas
estrellamares, o estrellas
vuestros ojos, y estas bellas
manos, mosquetas lustrosas.

Claro está que he de tomar
de vuestra boca el clavel:
habrá de coral plantel
como le tiene la mar;
con temor se ha de calar.
no quiero nieve pedir:
mas, si puedo persuadiros,
veréis crecer sus despojos
con el agua de mis ojos

y el aire de mis suspiros.

Quisiera también poner
algún cuadro de esperanza;
pero mi desconfianza
dice que se ha de perder,
pues sembrar y no coger
es perder tiempo y caudal;
pero ya piensa mi mal
hacer en este jardín
una fuente en un delfín,
que es de tormentas señal.

Dad vos licencia a mis ojos
para que, vueltos en fuentes,
fertilicen sus corrientes
las plantas de mis enojos.
Vuestros serán los despojos,
las labranzas serán mías;
y si, tras tantas porfías,
algún bien el alma alcanza,
será ejemplo mi esperanza
de lo que pueden los días.

ROSELA. ¿Qué es lo que decís, Andrés?
¿Cómo habláis tan cortesano?
¿Sois caballero, o villano?

MARCELO. El amor nunca lo es.

Con este disfraz intento,
y con honesta afición,
poner en obligación
vuestro libre pensamiento.

ROSELA. ¿Aún no me habéis conocido?
MARCELO. ¿Sois Marcelo?

El mismo soy;
que tras mis engaños voy,
sin esperanza, atrevido.

ROSELA. Pues ¿qué habéis hallado en mí
para tal atrevimiento?

MARCELO. Pensar de mi pensamiento
que os puede obligar así.

Donde no tiene interés
lugar, la industria es el medio
mejor, si vos al remedio
queréis acudir después.

Dentro estoy de vuestra casa,
jardinero en ella soy.

ROSELA. Temblando, Marcelo, estoy;
todo me hiela y me abrasa.

Si os considero atrevido,
luego os miro enamorado;
si enamorado, arrojado,
y si arrojado, perdido.

Dejaros de agradecer
lo enamorado, no puedo;
lo atrevido, me da miedo,

que traerás espada muda,
de las que responden bien?

FINEO. Póngome deste hombre al lado,
aunque no soy contra ti,
por que des, Lisardo, en mí,
como hombre noble y soldado;
no porque no es mi enemigo
éste que tuyo lo es,
pero porque no le des
sin armas.

ALFÉREZ. Lugar te pido
para matar un traidor
que con algún pistolete
eso mismo se promete,
en forma de labrador.

MARCELO. Que no le traigo es sin duda,
ni de matarte deseo,
puesto que agravio tan feo
a todo engaño me ayuda.

El haber entrado aquí
diré a aqueste caballero,
porque ni puedo, ni quiero
decirte la causa a ti.

FINEO. Sosegaos, ¡por vida mía,
Alferez!, que él me hablara.

ALFÉREZ. Conmigo, ¿qué no podrá
vuestro amor y cortesía?

Mas no he de poner la espada
en la vaina hasta saber
lo que éste pretende hacer:
pues es cosa declarada
que ha venido de Milán
sólo a matarme.

FINEO. No sé.
Apartaos: yo le hablaré.

MARCELO. ¡Buenos mis sucesos van!

Yo soy, ¡oh ilustre y noble caballero!,
pues que de hoy más os deberé la vida,
a quien Madrid Marcelo de Vivero,
por conocidas armas, apellida.
En medio del amor más verdadero
que cupo en alma de su ardor vencida,
me fui a Milán, por ver tan variable
la condición de la mujer mudable.

Cuando la visitaba, la pesaba;
cuando faltaba un hora, me escribía;
cuando no la buscaba, me buscaba,
y cuando la olvidaba, me quería.
Si algún regalo o joya la enviaba,
sin descubrirla, a mi poder volvía.
Canséme, y fuíme a ver si, entretenido,
hallaba a un largo amor un breve olvido.

Sucedíome la historia con Lisardo
que habréis sabido ya: volvíme a España,
y cuando abrazos, como ausente, aguardo,
de que a otro quiere bien me desengaña
No me hallé para celos tan gallardo,
que no tengo en sufrillos buena maña:
dejé la empresa, y di en buscar un medio
que fuese, con amor, de amor remedio.

Vi del Alferez la famosa hermana,
entre las hierbas y diversas flores
que, sin sembrallas, ve toda mañana
en su plaza, Madrid, de mil colores;
dijele amores, fué esperanza vana;
pero, después de algún papel de amores,
con aquesta invención entré en su casa.

FINEO.

¿Esto es verdad, en fin?

MARCELO.

Sólo esto pasa.

Porque si ser hermana conociera
del Alferez, la calle no pasara;
porque, cuando agraviado me sintiera,
campos tiene Madrid, y él me buscara.
Si amáis su hermana, nunca el cielo quiera
que, debiéndos la cosa que es más cara,
os quite vuestro gusto, pues ya intento
volverme a mi primero pensamiento.

Belisa, aquesta dama que os decía,
anoche me buscó, muerta de celos
de una Cardenia a quien querer fingía
por dar justa venganza a mis desvelos.
Decid a vuestro amigo...

FINEO.

(¡Ay, suerte mía!

En enigma declararon mis celos.)

MARCELO.

Que esté seguro, aunque no soy muy sabio,
de que no tengo que vengar mi agravio.

FINEO.

Alferez, retiraos aquí conmigo.

ALFÉREZ.

¿Qué dice ese hombre?

FINEO.

Más que yo quisiera.

ALFÉREZ.

¿Por qué razón?

FINO

El que me tenía yo tenía
 un hijo y una hija.

AQUÍ

¿qué me iba a hacer?

FINO

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

AQUÍ

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

FINO

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

AQUÍ

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

FINO

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

AQUÍ

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

FINO

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

FINO

FINO

FINO

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

AQUÍ

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

FINO

¿qué me iba a hacer?

AQUÍ

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

FINO

¿qué me iba a hacer?

AQUÍ

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

FINO

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

AQUÍ

AQUÍ

AQUÍ

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?
 ¿qué me iba a hacer?

¿qué me iba a hacer?

pidiendo lo que le daña.

Es amor una pasión
que pide, y yo así lo siento,
un divino entendimiento
para tener perfección.

No le vi tener en precio
de hombre que poco alcanzase.
ni discreto que olvidase
tan a prisa como un necio.

Con esto, que no es por dar
a mi ingenio vanagloria,
doy a amor en mi memoria
tanta fe como lugar.

Medio tratado tenía
de Fineo el casamiento;
mas mudó mi pensamiento,
con los celos de aquel día.

Habla con Marcelo, hermano;
cásame con él, ¡por Dios!;
que mejor entre los dos
quedará el concierto llano.

Es Marcelo caballero.
¿Ha mucho tiempo?

LISEO. No sé.
BELISA. El nombre siempre lo fué.

LISEO. ¿De qué apellido?

BELISA. Vivero.
LISEO. Y yo salgo a la fianza.

Pero has de saber, Belisa,
que hay caballeros a prisa,
a quien el nombre no alcanza.

¿Quieres ver por qué en España
se pierden muchas ciudades?

BELISA. Entre muchas novedades,
nunca la vi más extraña.

LISEO. Es gallardo advertimiento
de un hombre de buen juicio.

BELISA. Alabarle tú es indicio
de su buen entendimiento.

LISEO. Pues piérdense muy ligeros
los lugares sin recato
cuando los hombres de trato
se meten a caballeros:

que en cesando en un lugar,
lo que es la mercadería,
desde una casa vacía
hasta mil suelen quedar:

porque pueden enterrallo
y clamorear a pino,
en pasándose un vecino
desde la tienda al caballo.

BELISA. Pues ¿piensas que es dese modo
Marcelo?

LISEO. No lo sé yo.

BELISA. Tan noble, hermano, nació,
que, por su linaje todo,
es hidalgo desde Adán.

LISEO. ¿Que entonces hubo Viveros?

BELISA. A tan nobles caballeros,
este principio les dan.

LISEO. Ahora bien: a hablarle voy.
Recógete.

BELISA. Satisfecha
de tu amor, voy sin sospecha.

LISEO. Tu hermano y su amigo soy.

BELISA. Mi vida en tu mano he puesto.

LISEO. De las partes deste hidalgo,
hermana, al crédito salgo.
Con el "sí" volveré presto.

(Vase BELISA. Salen FINEO y CELIO.)

Fineo es éste.

FINEO. El hermano
está aquí de mi Belisa.

CELIO. Harto bien tu amor avisa
a lo cuerdo y cortesano.

FINEO. ¿Luego entiende mi afición?

CELIO. Pues ¿qué afición no se entiende?
El que ama, y el que pretende,
y el que teme, ciegos son.

Quien ama, poniendo fe:
quien pretende, porque espera;
quien teme, porque le altera
cualquiera sombra que ve.

FINEO. ¡Oh, Liseo!

LISEO. ¡Oh, mi Fineo!

¿Qué hay de bueno por acá?
Veros, que ha mil tiempos ya
que en ninguna parte os veo.
¿Hay amor?

LISEO. No amé jamás.
Y ya pasó, si algo fué.

FINEO. ¿No jugáis?

LISEO. No tengo qué,
y hay muchos que saben más.

FINEO. ¿Vais a la comedia?

LISEO. No:
porque no me siento en parte
donde no traten del arte
que ha mil años que pasó.

Yo voy no más de a escuchar:
buena o mala, al fin se acaba.
Pero, ¿cómo me olvidaba,
viendo que os habéis de holgar,
de pedirlos que me deis
el parabién de una boda.

MARCELO.

Abraza

el hombre, amigo Fineo,
que con mayor confianza
puedes de su obligación,
y conociendo que es tanta.
ocúpame en tu servicio;
que bien sé que es corta paga
la vida, el alma, la hacienda:
que la hacienda, aunque no iguala
a estas dos, tal está el mundo,
que el amigo que se halla
que la pierda por su amigo,
bien merece eterna fama.
Gasten versos los poetas
en su divina alabanza,
y para que sepas tú
si soy déstos, prueba el alma,
en la voluntad, la vida,
en la sangre y la esperanza,
en la hacienda: que de todas
puedes tener la que basta
para saber que sabré
hacer obras las palabras.

FINEO.

A tantos ofrecimientos
para responder me faltan:
pero aseguraros puedo
de que en esa confianza
os diré que me ha pesado
de que fuese mi desgracia
tal que amase yo a la prenda
que es de vos tan estimada.
Quisiera no haber nacido
antes que ver que se casa
con vos, pesándome a mí;
que el amistad limpia y santa
en los bienes del amigo
se alegra, y ha de ser falsa
la mía forzosamente,
pues vivos celos me abrasan.

MARCELO.

Ya os dije, como sabéis,
Fineo, en aquella casa
que amaba a cierta Belisa
antes que me fuese a Italia,
y que por hallar, volviendo,
de su amor tanta mudanza,
quise a Rosela, Rosela,
de aquel mi enemigo hermana.
Pero si vos la queréis,
haré tan poco en dejalla,
que no hablaré más en ella.
¿Yo a Rosela?

FINEO.

MARCELO.

Imaginaba

que el amistad del Méñez

sería por esa causa;
que se usa en este lugar
andar siempre los que agravan
midos con los que sufren.

FINEO.

Mis desventuras, ¿qué aguardan
que no dicen la verdad?
¿Para qué mis celos cullan?
¿Habéis topado a Liseo?

MARCELO.

FINEO.

No.
Pues a buscaros andad,
para casaros.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

¿Con quién?

¿Con quién? Con su bella hermana

¿Con Belisa?

Con Belisa.

¿Luego sois a quien amaba

mientras estuve en Milán?

Soy a quien el tiempo engaña,

como a muchos que en mujer

han puesto sus confianzas.

Pues, ¿vive Dis!, que ha de ver

amor la mayor bazaña

de amistad que ha visto el mundo.

Yo no os podré dar palabra

de que no amaré a Belisa,

que es carácter en el alma;

mas si me busca Liseo

y este casamiento trata,

no me hallará, porque pienso

hacer a Irún mi jornada,

sirviendo al duque de Sesa

que al gran príncipe acompaña

de Lerma y Denia, y con esto

yo os cumpliré la palabra.

Vos en mi ausencia podréis

volver, Fineo, a su gracia,

y ella, que al fin es mujer,

hallará bastante causa

para poderse mudar,

y más ella, que es tan varia

que no hay veleta en el mundo

que sepa tantas mudanzas.

Eso no es justo.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

Dejadme

aquí, enfrente de su casa,

que yo os hablaré despacio

antes que a Burgos me parta.

Vamos, Celio.

¿Qué te ha dicho

Marcelo?

Es historia larga.

(Vase.)

MARCELO. Eso juro yo por Dios.
 FABIO. Oye, ¿no hablamos los dos?
 INÉS. ¿Qué quiere el que ya se va?
 FABIO. ¿Qué te he de traer de allá?
 INÉS. Mucho romadizo, y los.
 FABIO. Présteme para traerlo
 su pecho, señora Inés:
 verá lo que traigo de ello.
 Mas pues al confin francés
 voy, como galgo, del cuello,
 dígame cualquier encomienda.
 INÉS. Que a nadie le dé la paz,
 aunque la costumbre ofenda.
 FABIO. Yo le guardaré la faz,
 a título de su prenda.
 INÉS. Oye, si a Vizcaya va,
 tráigame un poco de dicha.
 (Váyase INÉS.)
 FABIO. Nobleza y lealtad dirá.
 MARCELO. ¿Hay más notable desdicha?
 FABIO. Calla, que por bien será.
 MARCELO. Bien o mal, yo he de cumplir
 mi obligación, o morir.
 FABIO. ¿Qué galas has de llevar?
 MARCELO. ¿Si me llevan a enterrar,
 qué me tengo de vestir?
 FABIO. Deja locuras cansadas.
 MARCELO. Yo me voy por mis jornadas
 a la muerte.
 FABIO. ¡Oh, moscatel!
 ¡Vivan Ana, y Isabel,
 las dos estrellas trocadas!
 (Salen LISARDO y ROSELA.)
 ALFÉREZ. Debajo de juramento
 te he contado lo que pasa.
 ROSELA. ¿Que hay tesoro en nuestra casa?
 ALFÉREZ. Con nuestro viejo avariento
 este mancebo engañado
 han hecho el concierto.
 ROSELA. En fin,
 fingen hacer un jardín
 para tenerle cerrado.
 ALFÉREZ. Quieren con esa invención
 sacar el oro encubierto.
 ROSELA. Pues ¿tú tiéneslo por cierto?
 ALFÉREZ. Los moros de la expulsión
 dicen que en España dejan
 gran número de doblones,
 porque no los corazones,
 sino los cuerpos alejan.
 Y pensando que algún día

los podrán volver a ver,
 más los quieren esconder
 que perderlos.
 ROSELA. Ser podría.
 Mas ¿dónde supo Marcelo
 este secreto?
 ALFÉREZ. En Milan.
 ROSELA. Pocos secretos lo es en
 Lisardo, al tiempo y al cielo.
 Muy cierto debe de ser,
 pues Marcelo se diestraza.
 ALFÉREZ. Habrán buscado esa traza
 por no darse a conocer.
 Otra vez, Rosela mía,
 te encomiendo este secreto.
 Adiós.
 ROSELA. No es hombre discreto
 el que de mujer los fía.
 ¿Qué te parece de haber
 fingido Marcelo amor
 para encubrirse mejor?
 CLARA. Que no será yo mujer
 si dél y del bellacón
 que con los tientos venia
 no me vengare algún día.
 ROSELA. ¿Hay más extraña invención?
 CLARA. Oro encubierto buscaba.
 Como Juan de Leganés
 venia vestido Andrés
 y las estrellas contaba.
 ROSELA. Toma los tientos, y así,
 con los claveles los echa
 por la ventana.
 CLARA. ¿Aprovecha
 de alguna venganza?
 ROSELA. Si.
 Que de quien tracion me hacía
 y con engaños me abrasa,
 no ha de quedar en mi casa
 esperanza ni alegría.
 La alegría en la color,
 y la esperanza en lo verde,
 para que jamás se acuerde
 de su memoria mi amor.
 (Sale OTAVIO.)
 ¿Es éste mi padre?
 CLARA. Él es.
 ROSELA. Corrida estoy.
 OTAVIO. ¿No ha venido
 Andrés?
 ROSELA. ¿Qué Andrés? ¿El fingido?
 OTAVIO. Pues ¿era fingido Andrés?

o, siendo mal nacido, ha dado en grave
quien su secreto de mujer confía.

(Salen MARCELO y FABIO.)

MARCELO. A Burgos llegado habemos.

FABIO. Famosa ciudad.

MARCELO. La silla
y cabeza de Castilla.

FABIO. La Corte en ella tenemos.

No falta señor o amigo.

MARCELO. Esta no puede llamarse
ausencia.

FABIO. No es ausentarse
traerse a Madrid consigo,
ver del rey tantos criados,
mercaderey y guanteros,
sastres y de otros oficios,
a quien no causa contento:
que de los de su persona
es infinito el proceso.
A los músicos de cámara
topé.

MARCELO. Por Dios, que me huelgo;
que decían que el mejor,
que el mismo Apolo era muerto.

FABIO. También he visto a Belardo,
que decían que por medio
se había quebrado un brazo,
y debió de ser del peso
de lo que tiene en las manos,
pues es más que todo el cielo.

MARCELO. Hay en Madrid ciertos hombres,
Fabio, que sueñan despiertos.
Ellos se entienden.

FABIO. Mañana,
según se dice, saldremos;
que hoy ha salido la casa
de aquel príncipe supremo,
excelentísimo duque
de Lerma.

MARCELO. Pasa en silencio
tan alta grandeza, Fabio,
que ni romanos ni griegos,
desde César a Alejandro
tal ostentación hicieron,
de sola aquesta salida
puede escribir, te prometo,
un libro un historiador.
Dos horas enteras pienso
que tardó en pasar su casa.
¡Qué plata, qué reposteros,
qué orden, qué majestad!

FABIO. Vive Dios que estoy suspenso.
No pensé envidiar jamás
ser acémila yo, y creo
que lo fuera, por cubrirme
de plata y oro hasta el cuello.
Mañana dicen que vamos
a Quintanapalla.

MARCELO. Tengo
escrita, Fabio, a Belisa
una media carta en verso.
Tú has de ir por la posta allá.
Cien escudos te prometo
si antes de llegar a Irún
letra de Belisa veo.

¡Ea! ¿Qué me estás mirando?

FABIO. ¿Agora tenemos eso?

MARCELO. Esto has de hacer.

FABIO. Ahora bien;
por ir a Madrid me huelgo.
Mas porque de versos tratas,
hoy en un corrillo dieron
cuatro versos de una glosa
a estos altos casamientos.

MARCELO. ¿Tienes el papel?

FABIO. ¿Pues no!

MARCELO. Muestra.

FABIO. Lee recio.

MARCELO. Leo.

“Por una enigma tan alta,
triumfos España apercibe;
pues dando lo que recibe
le queda lo que le falta.”

¡Brava, por Dios!

FABIO. Es notable.

MARCELO. Y el tercer verso imposible.

FABIO. Yo lo tengo por posible
a un ingenio razonable.

MARCELO. Pues yo la quiero glosar
mientras a Madrid te envío.

FABIO. Si la glosas, yo te fío
el premio.

MARCELO. Yo he de probar.

Busca posta, que en un día
has de ver a mi sirena.

FABIO. Dios me la depare buena,
como el médico decía.

1.1.1.1

1. 2.

De cada mil cráneos
hallados, que se diese
cuenta, sólo se encon-
traron 100 de los
que pertenecían al
pueblo indígena.

1. 2. 3.

[illegible]

Journal of Management Studies, 19(1), 67-80.

... ..

... ..

Sale FABIO, con un sombrero francés, un fieltro viejo, unas botas y un azote.

(Lea.)

FABIO. Paz sea en aquesta casa.
INÉS. Y será la paz de Judas.
BELISA. Fabio.
FABIO. Pues ¿aún no te mudas,

siquiera a ver lo que pasa?
Tenemos ya novedad.

¿No te alegras de mirarme?
¿De qué tengo de alegrarme?
BELISA. Muy linda fiesta en verdad.

INÉS. ver metido un salchichón
en un fieltro y un sombrero.
FABIO. Buenas albricias espero,
pues cuarenta leguas son
las que he venido hasta aquí
por arte del diablo.

BELISA. Muestra
la carta.

FABIO. Es desdicha nuestra
no hallar jamás gracia en ti.

BELISA. ¿Dónde queda tu señor?

(Abra.)

FABIO. Camina a Fuenterrabía,
y yo pienso que podría
por mí decirlo mejor.

Que cuatro postas arreo,
más que postas, melecina,
me han dejado más ruinas
que al Romano Culiseo.

(Lea.)

“Belisa, yo voy sin ti,
pero con tantos cuidados,
que ellos me llevan a Burgos,
pues yo no siento los pasos.
Si creo que voy conmigo,
son ilusiones y engaños,
pues mientras más tierra piso
más atrás me voy quedando.
Desdichado por tu ausencia,
piso de Lerma los campos,
el primero que en el mundo
llegó a Lerma desdichado.”

BELISA. No lo entiendo.
FABIO. Dice bien,
porque a príncipe tan alto
nadie le vió que no fuese
dichoso.

BELISA. Bien dicho, Fabio.

“No sé qué traigo sin ti,
mas pienso que celos traigo,
infame para sufrillos,
terrible para nombrarlos.
¿Qué importa que en Madrid que-
lugar donde salen tantos. [den,
si queda en él uno solo
que es causa de mis agravios?
Huélgome que es hasta Francia
la jornada que llevamos;
que quiero sacar de España
amor tan desatinado.
Traducir pienso en París
la historia de mis cuidados
de castellano en francés
por que no la entiendan tantos;
que aún hay en él hermosuras
que con firmeza han quedado
desde que lloró Belerma
un corazón tantos años.”
No leo más.

FABIO. ¿Por qué no?

BELISA. Porque sólo le ha faltado
a cada copla de aquésta
¡ay, ay, ay!

FABIO. Rigor extraño

BELISA. Pues, Fabio, si allí hay Belermas,
dile a tu dueño engañado
que en Madrid hay Durandartes
menos firmes y más sabios
que dan corazones de oro
con diamantes, que más años
duran, y con más provecho;
y si no, pide un traslado
al célebre don Luis
de Góngora, que guardado
dijo que tuvo Belerma
ese corazón siete años
envuelto en un paño sucio.

FABIO. Luego bien nos vendrá a entram-
¡ay, ay, ay! [bos

BELISA. A escribir voy.

(Vase.)

FABIO. Inés, ¿qué es esto?

INÉS. Es el diablo.

FABIO. Fabio, que anda en Cantillana.
Pues, Inés, exorcízallo
con el hisopo del cura
que fué sacristán de faunos.

1. Mammals		Mammals
Carnivora		Carnivora
Canidae		Canidae
Felidae		Felidae
Ursidae		Ursidae
Procyonidae		Procyonidae
Mammalia		Mammalia
Insectivora		Insectivora
Rodentia		Rodentia
Lagomorpha		Lagomorpha
Sauria		Sauria
Testudines		Testudines
Max		Max
Mammalia		Mammalia
Insectivora		Insectivora
Rodentia		Rodentia
Lagomorpha		Lagomorpha
Sauria		Sauria
Testudines		Testudines
Max		Max
Mammalia		Mammalia
Insectivora		Insectivora
Rodentia		Rodentia
Lagomorpha		Lagomorpha
Sauria		Sauria
Testudines		Testudines
Max		Max
Mammalia		Mammalia
Insectivora		Insectivora
Rodentia		Rodentia
Lagomorpha		Lagomorpha
Sauria		Sauria
Testudines		Testudines
Max		Max
Mammalia		Mammalia
Insectivora		Insectivora
Rodentia		Rodentia
Lagomorpha		Lagomorpha
Sauria		Sauria
Testudines		Testudines
Max		Max
Mammalia		Mammalia
Insectivora		Insectivora
Rodentia		Rodentia
Lagomorpha		Lagomorpha
Sauria		Sauria
Testudines		Testudines
Max		Max

LUCINDO.

Como sus naturales,
se preciarán sus aguas de leales.

MARCELO.

Del duque de Pastrana
trae música el barco, vizcaína.

LUCINDO.

En lengua castellana
cantan.

MARCELO.

Del barco sale a la marina.

LUCINDO.

Ya de España el monarca,
con la reina, también entra en la barca.

(Si quisiera la podrán hacer, y dará vuelta con las dos personas reales sentadas, y toda cubierta de árboles; la música saldrá de vizcaínos, y el baile, de tres vizcaínas, con panderos, y un vizcaíno que las guíe.)

Sea bien venida
la reina linda,
sea bien venida;
venga el sol de España
muy en hora buena,
nora buena venga
la linda señora.
Sea bien venida
para ser aurora,
sea bien venida
de Francia dichosa.
Sea bien venida,
Guipúzcoa la adora;
sea bien venida,
provinciana toda,
que no vizcaína;
sea bien venida
la reina linda,
sea bien venida.
Filipe divino
venga norabuena;
los franceses lirios,
vengan norabuena,
junte a sus castillos,
venga norabuena;
que duren mil siglos,
venga norabuena;
mas no vizcaíno,
guipúzcoano sea;

venga norabuena,
norabuena venga,
venga norabuena.

(Mudan el son a folas.)

Zure, vegi ederro
enel astaná
cativaturic nave
librea ninzaná (1).

(En bailando esta folia diga una "Zatoz, zatoz", y respondanle: "Zatoz, andrea, cay, voy, andrea, zatoz, chequirín", y otra diga: "Fay, jaina" (2), y éntrense con regocijo. Salen ROSELA y OTAVIO.)

OTAVIO.

En tanto tiempo, ¿puede ser, Rosela,
no parecer Marcelo, muerto o vivo?
Sin duda, de tu hermano fué cautela.

Yo, como en bronce, en la memoria escribo
la ofensa vil del que una vez me engaña,
y para la venganza me apercibo.

¿Para qué vino este soldado a España?
¿Qué hace aquí?, pues ya sufrir no puedo
que tenga el ocio por heroica hazaña.

Si fué a Milán don Pedro de Toledo,
favor le diera yo con su excelencia.
La patria siempre dió pereza y miedo.

Débele de agradar la diferencia
de los gustos y amigos de la corte,
y no querrá sufrir su larga ausencia.

ROSELA.

¿Quién habrá que tu cólera reporte,
tan diferente de lo que él merece?

OTAVIO.

¿Qué tiene aquí que hacer que a nadie importe?

El venir de Milán nos encarece,
y viene con Marcelo por tesoro,
que en forma de villano se me ofrece.

No dudes tú de que han partido el oro.

(1) Hartzenbusch pone esta traducción:

Cara y ojos hermosos,
amada mía,
me tienen cautivo,
siendo libre.

(2) También traduce Hartzenbusch esto:

"Vente, vente, Vente, mujer. Si, si, mujer, vente
conmigo. Si, señor."

3

P. 11

100. 1100

12. 1

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

100. 1100

que si le busqué por mí,
 agora por ti me toca.
 ¿Tal maldad he de sufrir?
 ¿Dónde tienes el papel?

ROSELA.

Aquí.
 Muestra. Si nació
 con honra verás agora.

ROSELA.

La que tengo vive en ti.

(Sale LUCINDO, MARCELO y LAUSO.)

LUCINDO. La glosa ha sido extremada.

MARCELO. Por estar ya de partida
 no pudo ser más lucida,
 más vista y más castigada:

que las musas con espuelas
 nunca fueron de provecho.

LAUSO.

¿Cómo habláis de satisfecho!

LUCINDO.

Todas éstas son cautelas
 para pedirnos agora
 lisonjas.

MARCELO.

Tenéis razón,
 pues hijas las musas son
 del silencio y del aurora:
 y aquí ni le puede haber,
 ni hay mañana en que escribir.

LAUSO.

¿Queréis volverla a decir?

MARCELO.

Siempre os quiero obedecer.

Por una enigma tan alta,
 triunfos España apercibe,
 pues dando lo que recibe,
 le queda lo que le falta.

Propuso España una enigma
 de una estrella celestial
 que un sol coronando anima
 con una perla oriental
 que el cielo por lumbré estima.

Francia, que la frente exalta
 da triunfos y lirios de oro:
 el blasón del sol esmalta
 con darle otro igual tesoro
 por una enigma tan alta.

Trocar quieren dos estrellas,
 alegres, Francia y España,
 yendo Júpiter por ellas,
 y en el mar que a las dos baña
 poner columnas tan bellas.

Alégrase cuanto vive
 con las estrellas hermosas
 que la blanca paz recibe,
 y a las entregas dichasas
 triunfos España apercibe.

No gozara del laurel

deste divino tesoro
 a no tener para él
 Ana celestial el oro
 de lo que vale Isabel.

El mismo peso apercibe,
 y en este cambio real,
 donde la partida escribe
 claro está que queda igual,
 pues, dando lo que recibe,

llevan a Francia el aurora
 que de Francia viene a España,
 cuyos pies Madrid adora:
 y así, España, en esta hazaña,
 lo que le falta atesora.

Con esto a enigma tan alta
 ha satisfecho Isabel,
 que aunque su sol le hace falta,
 en el que viene por él
 le queda lo que le falta.

LUCINDO.

Confieso sin invención
 de envidia o lisonja vana,
 que lo difícil allana
 con toda satisfacción.

y que ese verso tercero
 que imposible parecía
 está más claro que el día.

LAUSO.

Marcelo, un traslado quiero
 para enviar a Madrid.

MARCELO.

Vuestro es el papel y el dueño,

MARCELO.

Fabio es éste. ¡Cielo!, ¿es sueño?
 Por palacio os divertid,
 pues hay un año que ver
 en sólo un aparador
 del duque; que con temor
 de ausente, aguardo a saber
 nuevas de Madrid.

LAUSO.

No sé
 si allá asegure un ausente.

(Vanse, y sale FABIO.)

FABIO.

Dame tú los pies.

MARCELO.

Detente.

FABIO.

Pues ¿qué, quieres darme un pie
 después de tanta porfía,
 de tales postas causada,
 que traigo desmantelada
 a toda Fuenterrabía?

MARCELO.

Cartas presto.

FABIO.

Una dirás.

MARCELO.

Si es de Belisa, ésa sobra.

FABIO.

Paso, que rompes la obra.
 Parece que loco estás.

FINEO. que es lo demás confusión.
Juzga la buena intención.
y en el deseo repara.
A mis parientes he dado
cuenta deste casamiento.
y todos con gran contento
le han recibido y honrado.
Con tu licencia, vendrán
para hacer las escrituras.
BELISA. ¿Cuándo tantas desventuras
fin a mis penas darán?
Pero bien, alma ofendida,
podéis tener sufrimiento,
pues aqueste casamiento
ha de quitarme la vida.

(Sale LISEO.)

LISEO. Aquí, hermana, cierta dama
viene a darte el parabién,
y podrá darle muy bien,
pues la hermosura se llama,
bien de la naturaleza.

BELISA. ¿Es deuda vuestra?

FINEO. No sé.

LISEO. Quién era le pregunté,
ciego de tanta belleza,
a un escudero o criado
que del coche la sacó,
y "Rosela, respondió,
hija de Otavio".

FINEO. El cuidado
de su hermano habrá nacido,
que es el amigo mayor
que tengo.

BELISA. Vengóse amor
de mi mudanza y olvido,
pues ni olvido ni mudanza
puedo hallar contra Marcelo,
ni entre montañas de hielo
hallará mi amor templanza.

(Salen ROSELA y acompañamiento.)

ROSELA. A daros el parabién
vengo; mas con más razón
le da vuestra perfección,
a quien os le da también.

Gozad del señor Fineo
y las prendas que aquí están
mil años, que sí serán,
si son las de mi deseo.

Debo a Lisardo mi hermano
el bien de veros.

BELISA. Dejad

cumplimientos y tratad
en estilo humilde y llano.

FINEO. Esta es vuestra servidora.
¿No dejaremos, Liseo,
estas damas?

LISEO. Un deseo
tan tierno que nace agora
en los ojos de Rosela
me mandaba detener.

FINEO. Bien puede llegar a ser
mayor de lo que desea,
porque a fe que es casamiento
de más valor que pensáis.

LISEO. Si os caso y vos me casáis,
pagaréis mi pensamiento.

FINEO. Daréle un tiento a su hermano

(Váyanse LISEO y FINEO.)

BELISA. Mucho me huelgo de veros.
ROSELA. Yo tanto de conoceros,
que lo encareciera en vano.

Acertáis en la elección
de Fineo de tal modo,
que en sus partes hay el todo
de vuestra imaginación.

Años ha que el amistad
que con mi hermano profesa
nos dice con voz expresa
su nobleza y su bondad.

Huélgome que vuestro empleo
acertase en su valor.

BELISA. Ya presumo que mejor
cupiera en vuestro deseo;
que de suerte le alabáis
que creo que habéis venido
celosa, y si aquesto ha sido,
a tan buen tiempo llegáis.

ROSELA. que os le alargo desde aquí.
¡Ay, Belisa! No penséis
que habéis visto ni aun veréis
el fuego que vive en mí.

Confieso que tengo amor;
pero amor tan diferente,
que ingrato, traidor y ausente
le llora mi ciego error.

Y por que perdáis los celos
y agradezcáis la visita,
sabed que el alma me quita,
por el rigor de los cielos.

un mancebo, un caballero
que de la casa de Sesa
es hechura, aunque profesa

una ciudad del diluvio
entre arboledas y piedras.
A las once, en fin, entró;
la salva a las nubes vuela
a castigarlas con humo
lo que con las aguas pecan.
Hubo Consejo de Estado
por la mañana, y la puerta
se dió a los franceses franca,
que admiraron la grandeza
del duque y la ostentación
de aparadores y mesas,
porque fué todo el camino
tan grande, que se confiesan
vencidos Cleopatra, Antonio,
Jerjes, Alejandro y César.
El obispo de Bayona
y otra francesa nobleza
que a la luna el pie besaron
trataron de las entregas.
Mas su Majestad, que estuvo
hasta las doce con ella,
salió a cenar, con indicios
del dolor de tanta ausencia.
Partió a Burgos, y con él
fué el de Velada, Lisera,
Flores de Avila, Almazán
y el de San Román.

LISEO. ;Qué pena

llevarían de sus galas!

MARCELO. Tiempo y ocasión les queda
para mostrallas en Burgos.
En fin, a las diez, la reina
partió a Irún, donde comió,
y se juntó la riqueza
de grandes títulos, guardas
y de la gente de guerra.

LISEO. ;Quién fueron los que se hallaron
para acompañarla?

MARCELO. Tiembra
la imaginación, Liseo,
ansi por tanta grandeza
como porque justamente
todos formarán mil quejas;
mas remitiendo a los libros
que difusamente puedan
celebrarlos, oíd la cifra.

LISEO. Esa es disculpa y prudencia.

MARCELO. Cabeza desta jornada
era el gran duque de Uceda,
con poderes y recados
que trajo desde Briviesca,
príncipe que si la fama

contase sus excelencias
faltaria tiempo al tiempo
y a la edad plumas y lenguas.
Gorguerán pardo vistió,
cuajado de oro; no sepas
más de que tuvo el vestido
cuarenta libras de perlas.
Cien mil ducados valía
el cintillo.

LISEO. Bravas piezas.
;Qué caballo?

MARCELO. Rucio; y tal,
que copete y clín pudieran,
como quisiera esconderse,
envolverle en blancas cerdas;
el obispo de Pamplona,
que acompañaba a la reina;
el almirante gallardo
y el galán duque de Cea,
cuyas galas son sus años,
que más se envidian y precian;
el duque de Sesa...

LISEO. ;Paras?

MARCELO. En Sesa mi lengua cesa.
porque siendo dueño mío,
dirán que es de amor licencia;
mas tiempo me queda a mí
en que celebrarle pueda
sin que parezca lisonja.

LISEO. De mala gana le dejas.
Es puerto de mis fortunas,
y de mi remedio puerta
donde puso mi esperanza
con pluma de oro: "Aquí cesan".
Para el duque de Pastrana,
si tú no le conocieras,
hurtara flores el campo,
volvióse la silva en selva.
El duque de Peñaranda,
de cuyo padre se acuerdan
repúblicas en la paz,
ejércitos en la guerra;
el de Maqueda, de quien
dicen que el Africa tiembra;
mas viéndole tan galán
asegurará sus fuerzas.

LISEO. Bien.

MARCELO. El conde de Altamira,
hoy la puso en las estrellas,
y el mayordomo mayor
que la reina a Francia lleva,
duque de Monteleón.
Mas mirad, musas, que llega

y a todas partes abiertas.
 Dos barcas chatas había
 que gobernaban dos cuerdas
 que a este sitio caminaban
 sin otros remos ni velas.
 Bajaron, pues, los de España,
 por su parte, con la reina,
 y los de Francia, Liseo,
 con la divina princesa;
 trájola el duque de Guisa,
 y acompañando a su alteza
 mucha nobleza de Francia
 y brava gente guerrera
 que estaba en dos escuadrones
 sobre una montaña puesta,
 y en las orillas del río
 a este tiempo las trompetas,
 las cajas, las chirimías,
 las dos naciones alegran.
 Entraron en las dos casas,
 y a las dos barcas por ellas,
 donde, en la mitad del río,
 se vieron reina y princesa.
 Habláronse, no lo oí:
 luego dicen que el de Uceda
 hizo su razonamiento
 de aquella famosa entrega,
 a quien respondió el de Guisa
 lo mismo, en lengua francesa.
 Escribióse todo así,
 y al despedirse la reina
 le dió una cruz de diamantes
 a la señora duquesa
 de Medina; volvió al fin
 la barca a Francia con ella,
 yo fui a llorar, y mirando
 en España la princesa
 serenísima a los ojos,
 di otro sol que el agua templa,
 andaba encima del río
 la paz, divina doncella,
 con una túnica roja
 y azul a jirones hecha,
 sembrada de lirios de oro
 la parte azul; la sangrienta,
 de castillos y leones,
 y encima de sus cabezas
 sembraba oliva y laurel,
 clavellinas y azucenas
 diciendo: "Filipe y Luis
 vivan en paz, vivan; sean
 Ana y Isabel sus lazos";
 y luego rompiendo vieras

la superficie del agua
 sacar la honrada cabeza
 el claro río Behovia
 revuelta en coral y perlas,
 y que cercado de ninfas
 españolas y francesas
 todas respondieron: "Vivan,
 que por muchos años sea".

(Sale el ALFÉREZ metiendo mano, y FINEO, CELIO y OTAVIO.)

ALFÉREZ. Ellos, traidor, vivirán;
 pero tú es razón que mueras.

OTAVIO. Hijo, detente.

FINEO. Lisardo.

¿si a tu padre no respetas,
 qué has de hacer con tus amigos?

MARCELO. Pues ¿cómo, Alférez, tú intentas
 matarme sobre seguro?

ALFÉREZ. No son aquéstas las quejas
 del agravio de Milán,
 que ya satisfecho queda.
 A mi padre le he contado
 lo que me ha dicho Rosela.
 En mi casa entraste; basta.

OTAVIO. ¿Era justo pretenderla
 en forma de jardinero?

MARCELO. No conociendo las prendas
 de vuestro valor y sangre,
 amor me dió la licencia.
 Ramilletes de Madrid,
 buscando remedio en hierbas
 de mudanzas de Belisa
 a hacer jardines me enseñan:
 luego que supe mi error
 volví la espalda.

ALFÉREZ. No creas
 que aquí valen las espaldas.

MARCELO. Nunca yo supe volverlas.
 ¿Sabéis que soy hombre noble?

OTAVIO. Muy bien.

MARCELO. Pues mi mujer sea
 Rosela, y goce Fineo,
 que es justo, a Belisa bella.

ALFÉREZ. Basta; yo envaino la espada.
 Todos mis agravios quedan
 satisfechos en tus brazos.

FABIO. Pues yo no envaino mis quejas.
 LISEO. ¿Qué hay, Fabio?

FABIO. Aquí se ha contado
 una relación moderna
 de la jornada de Irún,

la ha en memoria en ella
de los que se hacían
y como la noche en la cena
la quiere hacer porque hay
mucha nobleza gallega
y no es sino que se cala

FIN. Aquí estaba la familia
a quien de Madrid la
y familletos su vida

FIN

EL SABER PUEDE DAÑAR

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CARLOS, *galán*.
PRÍNCIPE DE FRANCIA.
DUQUE OCTAVIO.
PERSIO, *criado*

CAMILO, *criado*.
INÉS.
CELIA, *dama*.
ROSELA, *dama*.

TURÍN, *gracioso*.
RUGERO, *galán*.
LISEÑO, *criado*.
MÚSICOS.

ACTO PRIMERO

(Salen PERSIO y CAMILO, las espadas desnudas; CARLOS, rebozado, con una pistola.)

CAMILO. Decid quién sois, caballero.
CARLOS. Vuélvanse, hidalgos, y adviertan que, si otra vez lo preguntan, será plomo la respuesta.
PERSIO. Pues desembozaos el rostro
CARLOS. Ya les digo que se tengan; que he remitido a esta boca que lo que preguntan sepan.

(Sale el PRÍNCIPE LUDOVICO.)

PRÍNCIPE. Caballero, deteneos.
El Príncipe soy.
CARLOS. Respeto ese nombre toda Francia.

(Desembózase.)

cuanto más la hechnra vuestra.
Carlos soy.

PRÍNCIPE. Carlos, ¿tú aquí?
CARLOS. Pues ¿no es más que vuestra Alteza me lo pregunte a estas horas?
PRÍNCIPE. ¿Salías de aquella puerta?
CARLOS. Salía de aquella casa.
PRÍNCIPE. ¿Qué tienes, Carlos, en ella, que para salir te han dado, a tales horas, licencia?
Si no que entrabas agora,

que hace mayor la sospecha.
CARLOS. Tener, señor, amistad con los nobles dueños de ella.
PRÍNCIPE. Pues ¿tan tarde los visitas, y siendo cosa tan necia entrar en casas honradas con pistolas y rodela?
¿Ese traje puede ser para visitar doncellas tan principales? ¿No sabes que las personas discretas no entran a hacer visitas menos que estando compuestas, y que se agravia una casa principal entrando en ella sin aquella compostura con que al dueño se respeta?
Si yo, con el que se debe a Aurelio, por ver a Celia, pongo con temor los ojos en los hierros de estas rejas, ¿cómo tú, Carlos, visitas en forma que a las rameras, que se pagan del ruido de broqueles y escopetas, dos damas de tal valor como Celia y Rosela, hijas de Aurelio y hermanas de Rugero?
CARLOS. ¿No tuviera para este traje, señor, en esta casa licencia ningún deudo a quien se trata

y llegaron sus criados
a reconocirme. En fin:
supe, a mi pesar, Turín,
sus celos y sus cuidados,
y mis desdichas también.

TURÍN. Pienso que en la celosía
hacen señas.

CARLOS. Desconfía
de que remedio me den
favores en tanto mal.

TURÍN. Voy a ver quién anda en ella.

(CELIA, dama, en la reja.)

CELIA. ¿Es Turín?

TURÍN. ¡Hermosa estrella,
nuncio del alba oriental!

CELIA. ¿Es Carlos aquél?

TURÍN. ¿Pues quién?
Y ¡por Dios!, que está de suerte
que sólo el hablarte y verte,
de su mal último bien,
puede darle vida agora.

CELIA. Llámale.

TURÍN. Llega, señor.

CARLOS. ¿Es Celia?

TURÍN. ¿En el resplandor
no se conoce el aurora?

CARLOS. En las postreras desdichas
de mis pensamientos veo
tu esperanza y mi deseo,
tus favores y mis dichas.
Apenas pueden ser dichas
las fortunas que han pasado,
después de haberte dejado,
por mí; pero fué forzoso
que siendo aquí tan dichoso
fuese allí tan desdichado.

El Príncipe, que llegó
a consultar estas rejas,
me dió del hallarme quejas,
y satisfacciones yo.

Finalmente me mandó,
pues entrar aquí podía,
le sirviese, Celia mía,
de tercero de su amor.
Aquí hay poder y valor.
¿Qué puedo hacer si porfía?

CELIA. Carlos, amor ha sacado
un privilegio a sus celos
para engaños y desvelos,
no te llares desdichado,
pues con traerle engañado

y confiarte de mí;
pues ha de pasar por ti
lo que yo he de responder,
segura puedes tener
la voluntad que te di.

No respondas que es traición,
pues nunca en amor lo fué,
sino defenderme, en fe
de tu misma obligación.
Si al hacerle oposición
no puedes por ser criado,
porque palabra te he dado
de ser tuya, es ya tu honor
defenderme de su amor
para cuando estés casado.

Esto, no pudiendo ser
con armas, entra el engaño
para remediar el daño
que me puede suceder.
Si no he de ser su mujer
y tuya sí, ¿no es razón
que esto se llame traición?
pues estás más obligado
que a la lealtad de criado
a tu honor y a mi opinión.

Entretenle con razones;
que señores resistidos
son siempre poco sufridos
de amorosas dilaciones;
sus mayores aficiones
llevan mal la resistencia;
tú fingirás diligencia
y él se cansará también;
que nunca se hallaron bien
la grandeza y la paciencia.

CARLOS. Mucho confío de ti.
Pero ¿mis celos podrán
sufrir que un hombre galán
te quiera, aunque sea por mí?
¿No he de hablarte por él?

CELIA. Sí.

CARLOS. Pues ¿no basta hablarte en él?

CELIA. En él sí, mas no por él.
Si de alabar nace amar,
mal le podrás alabar
estando celoso de él.

TURÍN. Señor, gran gente y ruido
de instrumentos.

CARLOS. ¿No será,

Turín, quien celos me da?

CELIA. Licencia, Carlos, te pido;
que si es un cierto galán
que da en servir a Rosela,

OCTAVIO. Al más atrevido amor
harán los celos cobarde.
El Príncipe quiere aquí.

LISENO. ¿A quién?

OCTAVIO. Díceme Rosela
que a Celia, y será cautela
para desvelarme a mí.

LISENO. Mejor te guarden los celos,
que es Rosela cautelosa.

OCTAVIO. Sabes que pienso, y es cosa
nunca dicha de los celos.
¿No has visto cómo el pincel
cuando no es la mano ingrata.
Liseno, un rostro retrata.
que le parece, y no es él?

Pues con semejanza igual
son, si lo pinta el honor,
celos retrato de amor,
y amor el original.

(*Salen el PRÍNCIPE y CAMILO.*)

PRÍNCIPE.

No he podido dormir.

CAMILLO.

Tantos desvelos
son del poder injusta confianza.

PRÍNCIPE.

Amor me obliga a respetar dos celos,
si por esencia no, por semejanza:
de Celia desamor, de Carlos celos,
no le dejan lugar a la esperanza,
pues no esperando el bien, ¿de qué te admira
si el sueño de los ojos se retira?

CAMILLO.

Para tanto poder, ¿hay cosa alguna
que nombre de imposible tener pueda?

PRÍNCIPE.

Si un reino conquistara, de ninguna,
Camilo, mi valor dudoso queda:
ni al poder ni al valor, ni a la fortuna,
sino sólo al amor se le conceda
hacer que una mujer inaccesible
se humane, siendo ingrata, a ser posible.

No quiero yo con término violento
rendir la voluntad que no me estima,
si bien confieso que el desprecio siento,
aunque no es parte que mi amor reprima.

CAMILLO.

Pues ¿qué es agora, gran señor, tu intento?

PRÍNCIPE.

Saber, Camilo, esta celosa enima,
y luego, blandamente porfiando,
vencer sirviendo y obligar amando.

Dios, que lo puede todo, hacer pudiera,
como rey de infinito poderío,
que el hombre más rebelde le quisiera;
mas no quiere forzar el albedrío;
pues si vemos que Dios por premio espera
de su amor otro amor, espere el mío:
que no es razón, si amor de amor se infiere,
que quiera un hombre lo que Dios no quiere.

Yo sé que hacer pudiera con violencia
que me quisiera Celia, mas no es justo;
que es mucha la distancia y diferencia
que tiene amor desde la fuerza al gusto.
Parecióme discreta diligencia
para excusar de Carlos el disgusto,
hacerle mi tercero, pues le obligo
en fe de ser criado y ley de amigo.

Porque si yo le fío mi secreto
y él me fuese traidor, está muy claro
que con justicia a mi rigor sujeto
quedaba Carlos sin humano amparo.

CAMILLO.

Los celos te proponen un conceto,
no sé si tan discreto como raro;
pero, en fin, justificas de esa suerte
la causa que te da para su muerte.

¡Oh!, cuántos hombres que jamás pensaron
hacer ofensa al deudo y al amigo,
cuando de la ocasión cerca se hallaron
ni temieron la infamia ni el castigo.
Nobles mujeres que su honor guardaron;
es la ocasión tan bárbaro enemigo,
que le perdieron por hallarse en ella:
tanto puede vencer, tanto atropella.

(*Salen CARLOS y TURÍN.*)

TURÍN.

El Príncipe está aquí.

CARLOS.

Temblando llego.

PRÍNCIPE.

Carlos, ¿de dónde bueno?

CARLO

Haciendo está,

a

Pasarlo

Hoy te juego

de ser

Cakos

de la niña

PENSAR

Canta

CARLOS

Era ya

PENSAR

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la
 casa de la señora? ¿Algo
 de papá?

CARLO

Hoy es un día bueno

Lo que más me gusta me tratan
 muy bien, me enseñan a bailar
 y a cantar, me enseñan a jugar
 y a ser feliz, a ser feliz
 de siempre, a ser feliz
 de siempre.

CARLOS

¿Por qué te gustan?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

de la señora, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLO

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

PASARLO

De esa suerte
 entre la señora y el niño

CARLO

PASARLO

Quiero saber, ¿cómo se llama

CARLO

Siento, ¿cómo se llama

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

PASARLO

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

Quiero saber, ¿cómo se llama
 el niño que vive en la casa de la señora?

CARLOS

dijera mi pensamiento,
señor, en esta ocasión.

Pero como son iguales,
¿qué te puede aconsejar
quien te mira fluctuar
entre pensamientos tales?

Dejar a Celia pudieras,
porque el no querer querer
el fin de amor suele ser,
o que otra dama quisieras.

Pero llevar los recados
del Príncipe sin desvelos,
con un linaje de celos
tan picantes y abrasados,

que en vez de olvidar serán
desesperación de amor,
porque entonces es mayor
cuanto más celos le dan.

CARLOS. Su casa es ésta, que quierep
mis desdichas inhumanas
que aun el verse sus ventanas
mis pensamientos alteran.

Tan cerca está de palacio,
que aun celos vengo a tener
que desde él la pueda ver.
Pues vete en celos despacio,

TURÍN. que pensarás, si esto pasa,
a traerte antojadizo,
que ha de hacer un pasadizo
desde palacio a su casa.

CARLOS. Tan confuso estoy, Turín.
que de confuso y de ciego
a tratar mis penas llevo
sin imaginar el fin.

Esta es la causa, ¡ay de mí!
no menos que de mi muerte.
Bien alegre viene a verte.

TURÍN. Bien alegre viene a verte.

CARLOS. ¿Qué importa? ¡Ya la perdí!

Salen CELIA y ROSELA.

CELIA. Ya, Carlos, el corazón
me avisó de que venías.

CARLOS. Bien pudo, pues le tenías,
que es su propia condición.

ROSELA. Qué puntual es quien ama.
¿Ha de estar Celia sin él?

CARLOS. Quien le da no tiene de él
más del nombre que se llama.

CELIA. Pienso, Carlos, que no vienes
con gusto.

CARLOS. Y piensas muy bien,
en que se prueba también

que el mío en tu pecho tienes.

pues te ha dicho mi tristeza
tal, que no me da lugar
a que te puedan negar,
que siendo sol tu belleza,

descubrir es fuerza en mi
hasta el mismo pensamiento.

CELIA. ¿Qué es esto, Turín?

TURÍN. ¿Qué intento
te mueve a saber de mí
lo que Carlos, mi señor,
muere por decirte ya?

CELIA. Pues habla, Carlos, que está
en un cabello mi amor.

CARLOS. Quebrarase si está así.

CELIA. No hará, que le tengo yo.

CARLOS. Ya no podrás.

CELIA. ¿Cómo no?

CARLOS. Escucha la causa.

CELIA. Di.

CARLOS. El Príncipe...

CELIA. No prosigas,
que todo entendido está.

CARLOS. Culpada te sientes ya.

CELIA. Culpada en que tú lo digas.

TURÍN. Salí de notable trance,
que cuando el escucha oí,
de dos leguas presumí
que teníamos romance.

CARLOS. Déjame decir lo que es,
que aun entre gente vulgar,
cuando se comienza a hablar
es término descortés.

CELIA. ¿Qué me puedes tú decir
sin ser en ofensa mía?

CARLOS. Pues temes, algo recelas.

CELIA. No mi culpa, mi desdicha.

ROSELA. Menester habéis tercero,
porque en celosas porfías
se satisfacen mejor.

CELIA. La voluntad clara y limpia
oíendese fácilmente.

Rosela, de niñerías.
¿Puedo a un hombre pouleroso
resistir?

CARLOS. No le resistas;
pero escucha lo que intenta.

ROSELA. Oye a Carlos, por tu vida.

CELIA. Ya le escucho.

CARLOS. Aquella noche
que el Príncipe, cuando iba
a salir, me halló en tu puerta,
aunque la disculpa mía

CARLOS.

Prosigue, que esto es cosa tan segura
que por cristal el corazón te veo.

RUGERO.

Aunque nuestra amistad sencilla y pura
para los dos es tan segura cosa,
mi padre, con la edad, no se asegura.

Mis dos hermanas, cada cual hermosa,
por su camino, ya las ves presentes,
causan cuidado a su vejez celosa.

Y queriendo excusar inconvenientes,
me ha mandado decirte, y yo lo digo,
dos cosas, aunque juntas, diferentes.

Que no entres más aquí, si yo te obligo,
sino que nos tratemos allá fuera,
sin ver con la verdad que eres mi amigo.

La otra, desigual de la primera,
es que si alguna de las dos te agrada,
luego te la dará, como ella quiera.

Esto para mostrar cuan estimada
es tu persona de él y el gran disgusto
de que te quite el murmurar la entrada;
pero mirar por nuestro honor es justo.

CARLOS. Rugero, con la llaneza
que sabéis, os visitaba,
y con respeto miraba
el valor, gracia y belleza
de estas damas, a quien hoy
vuestro padre me ha ofrecido
para honrarme, si ha sabido
de qué sangre en Francia soy.

Dos príncipes merecían:
pero ya que mi ventura
tan alto honor me asegura
que de mi humildad las fian,
dadme vos la que queráis,
pues cualquiera es la mejor.

RUGERO. Aunque es igual su valor
y tan cortesano andáis,
no neguéis la inclinación,
que es efeto natural.

CARLOS. ¿A quién dió juicio igual
tan honrada confusión?

En Venus, Palas y Juno
tuvo Paris que escoger;
y aquí todo viene a ser
Venus, pues que todo es uno.
No hubiera Paris ninguno
que aquí se determinara;
cada cual, única y rara,
dice que naturaleza

formó de su igual belleza
los dos ojos de su cara.

Como suelen dos figuras
salir de una misma estampa,
en su estampa el cielo estampa
sus dos raras hermosuras;
como quien de rosas puras
mira esmaltados rosales,
que, viéndolas tan iguales,
no sabe cuál corte, estoy
tan confuso, que las doy
por estrellas celestiales.

Que, supuesto que hay en ellas
algún lucero mayor
en belleza y resplandor,
todas, en fin, son estrellas;
y de estas damas tan bellas
que hoy tan descuidado vi,
digo y me despido así
para que os lo diga a vos:
que querré más, de las dos,
la que más me quiera a mí.

(Vase.)

RUGERO. ¿Qué os parece?

ROSELA. Dice bien
Carlos, al término atento
que debe a quien es.

RUGERO. Pues yo,
por su parecer y acuerdo,
os pregunto cuál le quiere.

CELIA. ¿Qué pregunta de discreto!

RUGERO. Pues ¿qué puedo hacer?

CELIA. Escucha,
que quiero darte un consejo.
¿Cómo?

RUGERO. Carlos es criado
del Príncipe, y es mal hecho
casarse sin su licencia.
Habla al Príncipe, Rugero;
di que conmigo le casas.

RUGERO. ¿Qué sutil advertimiento
para decir que le quieres
por término tan honesto!
Voyle a hablar.

CELIA. ¿Tan presto?

RUGERO. Si.

CELIA. Pues ¿por qué?

RUGERO. Porque sospecho
que hiciera agravio el espacio
a quien respondió tan presto.

(Vase.)

que el conocimiento no es un bien que se pueda dar, sino que es un bien que se puede tener. Y esto es lo que me interesa saber.

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

Y ahora, ¿cómo se puede tener el conocimiento? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo? ¿Se puede tener el conocimiento sin saberlo?

PRÍNCIPE. Duque, perdonad; que es fuerza
que entretengáis esta gente,
en tanto que yo merezca
que Celia escuche mis ansias.

OCTAVIO. Pues ¿qué diré?

PRÍNCIPE. Que con ella
trato de casaros, Duque;
pero advertid que esto sea
sin que la veais ni habléis.
OCTAVIO. Sólo hablaré con Rosela.
PRÍNCIPE. Solamente para eso
os doy, Otavio, licencia.

(Salen CARLOS y TURÍN.)

CARLOS. Yo voy con harto temor.
TURÍN. Basta amar para que temas.

PRÍNCIPE. ¿Delante de mí te pones,
infame? Si no tuviera
respeto a que te ha criado
mi padre, el alma te hiciera
pedazos dentro del pecho.
OCTAVIO. Sosiéguese vuestra Alteza.
Por ventura, no es culpado
Carlos.

CARLOS. Pues, señor, ¿qué ofensa
en tu deservicio puede
haber hecho mi inocencia?

PRÍNCIPE. Pides a Celia a Rugero,
que aquí me pide licencia
para que os caséis los dos,
¿y estás inocente?

CARLOS. Advierta
vuestra Alteza que hoy me dijo
que me casase con ella,
o con Rosela, o no entrase
en su casa; porque llegan
los vecinos a poner
en su honor villanas lenguas.
Y en fe de que esto es verdad,
sea este papel la prueba,
respuesta del que me diste.
Pues, trayéndote respuesta,
¿cómo es posible casarme?

PRÍNCIPE. ¿Respuesta?

CARLOS. Sí, señor.

PRÍNCIPE. Muestra.

(Lee el papel.)

CARLOS. ¿Qué os parece de esto, Otavio?

OCTAVIO. Carlos, si a su hermano ciega
tu amor, libre está el Delfín:
él dijo que Aurelio intenta
casarte con Celia.

CARLOS. Duque,
si él os quitara a Rosela,
yo sé si tuviera culpa.

OCTAVIO. ¿No es quitármela si piensa
casarla con vos?

CARLOS. ¿Conmigo?

OCTAVIO. Con Rugero lo concierta.
En lo demás, perdonadme.

PRÍNCIPE. Yo he leído. Aquí te llega,
Carlos; verás lo que dice.

CARLOS. No quiero que me lo lea
vuestra Alteza; antes le ruego
que, para que yo no venga
a ser traidor a Rugero,
hombre que mi bien desea,
ni a mi honor, que basta haber
tratado casar a Celia
conmigo para que yo
el nombre de honrado pierda,
solicitando tu gusto.

PRÍNCIPE. ¿Qué honra, Carlos, tan nueva!
¿Porque trataron casarte,
sin que llegue a ser, te afrentas?
¿Qué hicieras a ser casado?

CARLOS. Servirte en cosas honestas
es, señor, mi obligación.

PRÍNCIPE. Creciendo vas mi sospecha.
El primer criado eres
que de las cosas secretas
del gusto de su señor
no quiere parte en saberlas.

CARLOS. Aquí tengo yo un hidalgo
en mi servicio, de prendas
seguras, y que en su casa
con libertad sale y entra,
de quien te puedes fiar.

PRÍNCIPE. ¿Sois vos?

TURÍN. Soy de vuestra Alteza
vasallo humilde.

PRÍNCIPE. ¿Tu nombre?

TURÍN. Turín, señor. Mi ascendencia
es tan noble, que de Adán
la traigo por línea recta.

PRÍNCIPE. ¿Tú sales y entras en casa
de Celia?

TURÍN. Privo con ella,
en razón del buen humor.

PRÍNCIPE. Si aquesta noche conciertas,
Turín, de Adán descendiente,
que me hable por sus rejas,
dos mil ducados te mando.

TURÍN. Pues tenlo por cosa cierta.

PRÍNCIPE. ¿Que tanto con ella puedes?

como en supremo poder.
INÉS. Yo te confieso que tengo temeraria tentación.
TURÍN. Si a tomar con bendición los dos mil ducados vengo, nos podemos ir de aquí, y casarnos luego, Inés.
INÉS. ¡Ea, mis ojos! No estás dudosa.
INÉS. ¿Júraslo así?
TURÍN. Por esos claveles juro ser tuyo, y maridalmente tu diatriba eternamente.
INÉS. ¿Qué es diatriba?
TURÍN. Es algo oscuro; pero después lo sabrás. Vete a la reja, que es tarde, porque el Príncipe no aguarda, donde con él hablarás melindrosa y cristalina, envuelta en un tafetán, como Celia y ella están; que con una mantellina engañaba la criada a aquel galán que tenía de la bella Estefanía, que llamaron Desdichada.
INÉS. Yo voy por el tafetán, y luego a la reja salgo.

(*Vase*)

TURÍN. ¿Es barro, si a un pobre hidalgo dos mil ducados le dan?
 Si yo por mil mundos de oro sangre alguna derramara, ninguna disculpa hallara, o si perdiera el decoro a la majestad real; mas por fingir que una dama, siendo Inés, Celia se llama, ¿a quién le resulta mal?
 Este es el francés Delfín. Quien ama, todo es cuidado.

(*Salen el PRÍNCIPE y CAMILO de noche.*)

PRÍNCIPE. Pienso que nos ha engañado, Camilo amigo, Turín.
CAMILO. Es tan loco aquel desdén, que no la podrá rendir; y del hacer al decir hay muchas leguas también.

PRÍNCIPE. ¿Quién va?
TURÍN. Quien está esperando a vuestra Alteza, señor.
PRÍNCIPE. ¡Oh, Turín!
TURÍN. No hagáis rumor. Id poco a poco llegando; que si Celia no ha salido, es imposible tardar.
PRÍNCIPE. ¿Que pudiste negociar lo que Carlos no ha podido?
TURÍN. Este género de ciencia quiere un poco de invención. Celia me tiene afición, y es mucha la indiferencia de fiar de un hombre grave estos negocios de amor; porque se guarda el honor de quien de sus leyes sabe. Hacemos mucha ventaja en ablandar asperezas, porque siempre las flaquezas se fían de gente baja.
 Llega, señor, que ya siento ruido en la celosía, como a la risa del día mueve a las flores el viento.
PRÍNCIPE. Dale lo que prometí.
TURÍN. Camilo, a Turín. Yo llevo.
CAMILO. Haz que me despachen luego. Yo lo haré, Turín, por ti, trayendo carta de pago.
TURÍN. El ribete ofrezco y como.
CAMILO. Nunca de los pobres tomo; de hacer bien me satisfago.
TURÍN. Si tienes quien no te quiera, encárgame tu desdén, y haré que te quiera bien, si es piedra, si es mar, si es fiera.
CAMILO. De tu habilidad lo creo.
TURÍN. Ven mañana a verme.
TURÍN. Iré, y un cuadro te llevaré en que está cantando Orfeo.
CAMILO. Para mí no es menester.
TURÍN. En la ciudad de tomar se ha mandado pregonar que se llame agradecer.

(*Vase INÉS, con un tafetán, a la reja*)

INÉS. Sea, señor, vuestra Alteza bien venido.
PRÍNCIPE. ¡Celia hermosa!

(*Salen CARLOS y el DUQUE OCTAVIO.*)

CARLOS. De su fuerza y poderosa
tiembra. Ojalá su firmeza
y su auge que de ser quien es
le ser no duela.

OCTAVIO. La verdad
porque de su traición
e puede quear después
de su traición de los
pero ya de engañado
mi pecho os he declarado.

OCTAVIO. Carlos, escuchando los dos
a Celina y Rocela es justo
ayudarnos contra quien
a tuerza de su desleal,
quiere ejutar su gusto.

En su justo respeto
de la majestad.

CARLOS. No fuera
justo que yo me atrevera
ni en público ni en secreto
a contradecir su gusto
pero con esta aliento
mi intento y mi pensamiento
en la libertad aliento.

Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. En el querido primero
Rocela, Celina y yo a hablar
y a traición que os he
y a traición que os he
y a traición que os he
y a traición que os he

ROCELA. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CELINA. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. La nueva felicidad
Reteniendo aquí
y dime el cielo paciencia
Aun importa la prudencia
Ois lo que dicen.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

PRISCILLA. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CAMILO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

PRISCILLA. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

CARLOS. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

OCTAVIO. Yo he en mi amor agravio
a la fe que he dado
de donde aparte que llevo
la traición en el.

a averiguar este agravio donde lo entienda Rugero.

CARLOS. Pues, Octavio, yo me muero: yo pierdo la vida, Octavio.

Volver, ya no puede ser, si allá no he de sosegar: que, acabado de llegar, sé que tengo de volver.

Idos vos, que yo no puedo dejar de hablar a esta ingrata, si la osadía me mata o aquí me amenace el miedo.

Lamaré, no tiene duda.

OCTAVIO. Haréis mal, y no abrirán: que a marido, y no a galán, abre quien ya se desnuda.

No siendo mujer que ya sepa los brazos del dueño que aguarda, a pesar del sueño, a ver si en la calle está.

Y no hay engaño en el mundo que permita un caballero tan noble como Rugero.

CARLOS. Pues yo, en que me mate fundo mi venganza.

OCTAVIO. Es necesidad.

CARLOS. ¿Por qué, si yo se lo digo?

OCTAVIO. Porque, siendo vuestro amigo, cometeréis deslealtad.

CARLOS. Pues algo tengo de hacer que me pueda sosegar.

OCTAVIO. Iros, Carlos, y pensar que esta dama era mujer.

CARLOS. Si firmes no las hubiera, de gran virtud y valor, era el remedio mejor que hallar mi agravio pudiera: mas si por una mudable hay mil firmes, ¿no es razón que culpe su condición, siendo su ser inculpable?

OCTAVIO. No estáis muy enojado.

OCTAVIO. ¿Cómo no?

Porque no hubiera cosa que el respeto hiciera para su virtud sagrado.

Que en no siendo firme alguna, es condición de los hombres que con generales nombres lo paguen todas por una.

CARLOS. Nunca tan fuera de mi pienso estar que ofenda a tantas firmes, honradas y santas

por una que yo perdí, y más que no me ha dejado por quien vale más que yo.

OCTAVIO. ¿Disculpáisla?

CARLOS. ¿Por qué no?

OCTAVIO. Pues si no estáis agraviado yo os dejo.

CARLOS. Hacedme un placer, por vida del Duque.

OCTAVIO. ¿Cómo?

CARLOS. Por último acuerdo tomo hablar hoy esta mujer.

Sacad la espada y fingid que reñís conmigo.

OCTAVIO. Harélo, si os sirvo, que ya recelo lo que intentáis.

CARLOS. Advertid que vais huyendo.

OCTAVIO. Si haré.

(*Riñan.*)

si bien, aunque sea burlando, me pesa.

CARLOS. Estoy aguardando que huyáis, Octavio.

OCTAVIO. No sé.

CARLOS. Huid, que burlas no hacen fe del valor.

OCTAVIO. Así es.

CARLOS. Hombres hay de tales pies que huyen desde que nacen.

OCTAVIO. Yo huyo.

CARLOS. ¿Pues cuatro a uno, perros?

OCTAVIO. ¿Eso más?

CARLOS. Huid, traidores.

OCTAVIO. Carlos, decid que no va huyendo ninguno.

(*Vanse, y salen CELIA, ROSELA y RUGERO.*)

RUGERO. Más confusión me ponéis.

CELIA. Pues ¿qué respuesta pretendes, si nuestro disgusto entiendes?

RUGERO. ¿Al Príncipe os atrevéis, a quien yo no pienso hablar?

Pues ¿casándoos de su mano y aceptando vuestro hermano lo que él nos puede mandar, tú, Celia, al Duque desprecias y tú, Rosela, a mi amigo Carlos?

ROSELA. ¿No es muerto el Duque?

CARLOS. Sosiega,

hermosa Rosela, el pecho:
que locuras de un celoso
ni tienen razón, ni tiempo.
Y tú, en el poco que queda
para que vuelva Rugero,
oye las últimas quejas
que desesperado ofrezco.
Celia ingrata, a tus oídos.

CELIA. La causa, Carlos, espero
de la locura que dices,
tan inocente, que creo
que de tu ofensa no sabe
el nombre mi pensamiento.

CARLOS. Llegando, Celia, a estas rejas,
adonde mi loco amor
piensa que queda el olor
que de estar en ellas dejas,
no para decirte quejas,
sino tan tiernos amores
que mereciesen favores
en justas correspondencias,
cesando las competencias
de esperanzas y temores,
hallo en ellas al Delfín.
como tú sabes mejor.
y, agradeciendo su amor
tú, ingrata; tú, Celia, en fin:
tú, que un tiempo serafín.
desdenes fueron tus galas,
con mariposas te igualas,
pues a la luz del poder
diste tornos hasta hacer
cenizas tus bellas alas.

“Sea bien venido, oí,
su Alteza”, cuando llegó,
cosa que escuchaba yo
cuando más dichoso fui.
Lo demás no lo entendí:
pero bastóme entender
que ya le quieres querer.
¿Quién hubiera imaginado
que yo fuera desdichado
y que tú fueras mujer?
¡Ay, Celia, qué satisfecho
de tus palabras me vi!
¡Qué diamante presumí
era el alma de tu pecho!
¡Qué de cosas has deshecho
con tal determinación!
Pero dirás que es razón.
y yo, Celia, por venganza,

que fué injusta la mudanza
si fué justa la elección.

Mientras que no le quisiste,
osé competir con él;
querido, eso no, cruel.
Pues por él me aborreciste,
yo parto a Italia tan triste
de mi esperanza burlada,
en tus palabras fundada,
para no volver a verte,
que yo, el amor y la muerte
hacemos esta jornada.

Yo, celoso; amor, corrido;
la muerte, para quitarme
la vida, aunque de matarme
debo estar agradecido.
Voy tan fuera del sentido
como quien sin alma parte;
porque presente olvidarte
es aumentar mis desvelos:
porque hay de mi parte celos
y hermosura de tu parte.

Nadie presente olvidó
con celos, porque ha de ver,
y viendo no puede ser
que olvide quien tanto amó.
Mucho te adoraba yo,
como a olvidarte me obligo,
que si para mi castigo
tan viva te retraté
en el alma, ¿dónde irá
que no te lleve conmigo?

CELIA.

Si tu pena no mirara,
esos celos de la reja,
como injusta y necia queja,
con risa los celebrara:
pero cuéstate muy cara
la burla, pues sin prudencia
tratas, Carlos, de tu ausencia;
y aunque sé que no ha de ser,
para el hombre es menester
mil vidas de resistencia.

¿Yo en la reja? ¿Yo al Delfín?
¿Qué dices, Carlos? ¿Qué tienes?
¡Qué mal informado vienes
de quien procura mi fin.
que debe de ser Turín,
pues a tus ojos les fías
esas locas fantasías
que me has venido a decir,
y no te puede mentir
al alma que allá tenías!

El Delfín no me rindiera,

Caro, ¿cuánta es Delta?
 CARLOS: De tres a cinco.
 Y a toda franja me dice:
 ¿quieres casarte y quisiera
 no decir crédito no
 a quien así te engaña,
 porque si te viene mal
 ¿quién te va a pagar?
 una mujer como yo.

En la vida, como en el amor,
 cuando crees y imagina
 que te va a dar la vida,
 ¿qué te va a dar?
 A todo eso me voy a
 delirio de amor y pasión
 y me voy a la vida
 y me voy a la muerte
 que es lo que me da vida
 y me da la vida
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?

¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?

¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?
 ¿qué te va a dar, ¿verdad?

RODIA

CARLOS

CARLOS

RODIA

CARLOS

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CARLOS

RODIA

CAMILO. Son las joyas que le das conformes a su valor.
PRÍNCIPE. Si se las diera mi amor, Camilo, valieran más.
Porque es menester que cries, naturaleza, brillantes, en la China más diamantes y en Ceilán nuevos rubies.

Y aun son cambios diferentes en que ella recibe agravios con las rosas de sus labios y las perlas de sus dientes.

CAMILO. ¡Bravo pintor es amor!

PRÍNCIPE. ¿Estaba Carlos ahí?

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Sí, señor.

PRÍNCIPE. Carlos, venci.
Turín fué bravo inventor.
Anoche con Celia hablé, y hoy me prometió que iría a un jardín donde podría hablarme despacio.

CARLOS. Fué empresa de tu valor, y dices bien que venciste, pues aun no llegaste y viste cuando alcanzaste favor.

PRÍNCIPE. Palabra, Carlos, le dí de casarte con Rosela, su hermana.

CARLOS. Pienso que apela al Duque Octavio de mí.

PRÍNCIPE. Visítale. Carlos, hoy, Rosela apele o no apele.

CARLOS. Perder al Duque le duele.

PRÍNCIPE. Yo lo quiero, y soy quien soy.

Quédate, que ando juntando joyas que a Celia le dé.

CARLOS. Siempre el dar dichoso fué. Entra, señor, obligando,

verás que las almas robas.

PRÍNCIPE. Sí, mas con diversas tretas, que se pagan las discretas y se enamoran las bobas.

(Vanse los dos.)

CARLOS. Hoy hizo mi vida fin.
¡Y Celia quiere negar, y esta tarde ha de ir a hablar al Príncipe en un jardín!
¿Hay tal maldad?

(Sale TURÍN.)

TURÍN. Carlos es.

¿Era ya tiempo de verte?

¿Tanto Celia te divierte?

Desde hoy me pongo en los pies las alas de aquel planeta que es árbitro de la mar, no des en imaginar que te volverás poeta.

CARLOS. Hoy es llegado tu fin.

(Saca la espada.)

infame.

TURÍN. ¿Por qué, señor?

Mira que soy pecador.

CARLOS. Confíesate a Dios, Turín.

TURÍN. ¿No hay más de enviar a un hombre como piedra al cuarto bajo? [bre

CARLOS. Irás con menos trabajo.

TURÍN. Será infamia de tu nombre.

¿No sabes que desde el cielo tardaría, al poder ser, seis mil años en caer,

señor, una piedra al suelo

y que un alma en un instante baja del suelo al infierno?

CARLOS. Vivir bien, si hay fuego eterno.

TURÍN. Mátame con un montante

y no con ese espetón,

que no me dará lugar

para que pueda llevar

de mis culpas contrición.

Pero di, ¿por qué me matas?

CARLOS. ¿Por qué habló Celia al Delfín?

TURÍN. ¿Celia? Aquí sea mi fin

comido de garrapatas

si no era Inés, que, cubierta

de un tafetán de su ama

habló de Celia a la dama,

tanto el interés concerta

por pescar dos mil ducados,

de que le tocan los mil.

CARLOS. ¿Qué dices?

TURÍN. Que amor sutil

lleva los ojos tapados

cuando le guían los celos,

y si lo puedes saber,

tenme lástima y de ver

que estoy haciendo buñuelos

serviéndome de sartén

los miserables calzones.

CARLOS. ¿Que dije tales razones por tu ocasión a mi bien!

CAMILO.

Es un carro de bueyes, que un villano,
con una vara en la grosera mano,
sobre su yugo puesta, rige y guía.

PRÍNCIPE.

También es carro en el que viene el día.

OCTAVIO.

De caballos, señor, que no de bueyes.

PRÍNCIPE.

Bueyes, Duque, sustentan a los reyes.
¿Qué haré yo que entretenga mi deseo?

OCTAVIO.

Preguntarnos, señor, alguna cosa.

PRÍNCIPE.

¿Cuál es la más odiosa?

CAMILO.

Un ignorante que de sí presume
y todos le aborrecen.

PRÍNCIPE.

¿Qué cosa más los hombres apetecen?

OCTAVIO.

La honra y buena fama.

PRÍNCIPE.

¿Quién duerme en mejor cama?

CAMILO.

Quien no sirve ni debe ni pretende,
habla de todos bien y a nadie ofende.

PRÍNCIPE.

¿Cuál hombre por su culpa es desdichado?

OCTAVIO.

El rico miserable que, forzado,
deja en su muerte lo que más quería.
a quien su vida más aborrecía.

PRÍNCIPE.

¿Quién es el rey?

CAMILO.

Un hombre semideo
que tiene de Dios sólo dependencia,
a quien todos le prestan obediencia

y es única justicia que el bien premia
y que castiga el mal.

PRÍNCIPE.

¡Brava academia
hacéis mi amor! ¿Aquella no es carroza?

OCTAVIO.

Son, señor, arrieros
que llevan unos cofres y una moza.

PRÍNCIPE.

A mano izquierda digo.

CAMILO.

Los overos
conozco; Celia es, y ya se apea.

PRÍNCIPE.

Poneos aquí detrás, por que no os vea,
que a su tiempo saldré solo; no quiero,
si la sigue, dar celos a Rugero.

(Escóndense, y salen CELIA, ROSELA e INÉS.)

CELIA. Parecióme este jardín
a propósito, Rosela,
para templar en sus fuentes
el fuego de mi tristeza.

ROSELA. Por estar sola, acertaste,
aunque excusarlas pudieras,
pues que ya te hablaba Carlos.

CELIA. Sí, pero es justo que sienta
que no merece mi honor
que le agraven sus sospechas.

ROSELA. Ya te pedía perdón.

CELIA. Son de artillería piezas
los celos, que en disparando
se pueden entrar por ellas.

(Sale el PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. Seáis, Celia, bien venida.
Perdido estoy de esperaros.

CELIA. Y yo, señor, de miraros
estoy perdiendo la vida.

PRÍNCIPE. La palabra y fe cumplida
¿os ha dado tal temor?

CELIA. ¿Cuándo os he dado, señor,
la palabra que decís?

PRÍNCIPE. ¿Negáis cuando la cumplís
agradecida a mi amor?

CELIA. ¿Yo, señor, cuándo os hablé,
ni vos me hablastes ni vistes?

INÉS. Tomad vos este diamante.
Quede a los siglos futuros
eterna vuestra memoria.

PRÍNCIPE. Por poco me hablara en culto.
Pobre Carlos, si te quiere,
de matarte no me excuso.
Este libro es el proceso,
Celia le ha escrito, y yo juzgo.

OCTAVIO. Lee, señor, lo que dice.

PRÍNCIPE. Leo, pero no descubro
la verdad que yo esperaba,
pues dice en término oscuro

(Lca.)

"Pregúntasme si le quiero:
número cincuenta y uno".

OCTAVIO. ¿Qué quiere decir en eso?

CAMILO. Yo de ese número arguyo
los días que ha que le quiere.

PRÍNCIPE. ¿Burlas, Camilo?

CAMILO. No burlo.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices, Otavio?

OCTAVIO. Digo

que todo el sentido dudo,
si en tan grande disparate
se puede poner alguno.
Ella se quiso escapar
de este peligro y no supo
mejor que con esta enigma.
Por más que intento discursos
no puedo dar en el blanco.

PRÍNCIPE. Si hay algún sentido oculto,
debe de ser el que entiendo.

OCTAVIO. ¿Cómo?

PRÍNCIPE.

Su padre dispuso
el casamiento de Carlos:
y de lo que ya le culpo
se libra con la obediencia,
porque con su edad ajusto
el número de sus años,
que serán cincuenta y uno.

CAMILO. ¿Qué bien dice vuestra Alteza!

OCTAVIO. El sentido más seguro
me parece de esta enigma.

PRÍNCIPE. Pues ¿éste os agrada?

CAMILO. Mucho.

PRÍNCIPE. Lisonja, al fin, de criados:
que en diciendo el dueño suyo
una necedad, la aprueban
como por divino impulso.

(CARLOS y TURÍN.)

CARLOS. Si no habló con el Delfin

Celia, Turin, sino Inés,
¿cómo salieron las tres,
a mis ojos, del jardín?

TURÍN. Yo te diré la razón.

CARLOS. Buscarás otra mentira.

TURÍN. Que está aquí el Príncipe, mira.

PRÍNCIPE. Carlos, a buena ocasión.
Pero no vendrás por mí.

CARLOS. Como tu licencia tengo,
a ver a Rosela vengo.

PRÍNCIPE. ¿A Rosela?

CARLOS. Señor, sí.

PRÍNCIPE. Tenemos una cuestión
los tres sobre cierta enigma,
pues toda París estima
tu ingenio y tu erudición.

Este libro de memoria
tiene dos versos, que han sido
de tan difícil sentido
que te darán fama y gloria
el declararle o decir
tu parecer.

CARLOS. ¿Yo, señor?

PRÍNCIPE. Pues ¿quién, en París, mejor?

CARLOS. En pretenderte servir...

PRÍNCIPE. ¿Conoces la letra?

CARLOS. Escrita
en barniz, ninguna forma
se conoce ni conforma
con lo que el papel la imita.

(Lca.)

"Pregúntasme si le quiero:
número cincuenta y uno."

PRÍNCIPE. No lo ha entendido ninguno.

CARLOS. Bien fuera saber primero
la causa de esta pregunta.

PRÍNCIPE. A una dama pregunté
si quería a un hombre, y fué
tan vergonzosa, que junta
los oráculos dudosos
que habia en la antigüedad
con su necia voluntad.

CARLOS. En los casos amorosos
hay siempre motes, y enimas,
y empresas: y así es razón
estimar su discreción.

PRÍNCIPE. Dilo, pues, si tú la estimas.

CARLOS. Pregúntanle que si quiere
su galán, y dice aquí...

PRÍNCIPE. ¿Qué dice?

CARLOS. Que sí.

PRÍNCIPE. ¿Que sí?

CARLOS. Al mayor señor de Francia, con mi dama en un jardín.

CELIA. ¿No podría ser que acaso hubiesen entrado allí?

CARLOS. No fué acaso para mí, sino muy terrible caso.

CELIA. Nunca un noble caballero de su dama piensa mal.

CARLOS. Ni la mujer principal olvida el amor primero.

CELIA. ¿Qué es lo que pensáis hacer, si estáis ya desengañado?

CARLOS. Morirme desesperado; que olvidar, no puede ser.

CELIA. Dos mujeres hay aquí que entrambas os quieren bien.

CARLOS. Dios se lo pague, y también me dé sufrimiento a mí.

CELIA. ¿Queréis que nos descubramos, y diréis cuál os parece mejor?

CARLOS. (Venganza me ofrece amor. Celos, ¿qué aguardamos?) Descubríos para veros; mas para quereros, no.

CELIA. Quien de esta suerte os buscó, Carlos, no quiso ofenderos.

ROSELA. Pues de mí, seguro estáis de que no la acompañara, si vuestra ofensa tratara.

TURÍN. Y vos, daífa, ¿no os quitáis la sobrevaina?

INÉS. Aquí tienes, Turín, tu esposa en agraz.

TURÍN. ¡Con qué desollada faz a pescarme el alma vienes!

INÉS. Eres de mis ojos lumbre.

TURÍN. Lo de agraz estoy pensando. ¡Plegue a Dios que en madurando no tengamos pesadumbre!

CARLOS. Conozco que fué fineza el haber venido aquí, y que, con verte, perdí gran parte de mi tristeza.

¿Cuál hombre, lo que ha querido, en su casa resistió?

CELIA. No haberte ofendido yo, con libertad me ha traído.

Si el Príncipe me pregunta si te quiero, y respondí que sí, ¿qué quieres de mí?

ROSELA. Esto a los engaños junta, Carlos, de Turín e Inés.

CARLOS. ¡Pluguiera a Dios que no hubieras escrito, ni causa dieras para tanto mal después!

CELIA. ¿Para qué tú declarabas lo que ninguno entendía?

CARLOS. ¿Para qué? Yo no sabía si era yo de quien hablabas.

Perdí, Celia, por saber, al Príncipe, de tal modo, que le desagradó en todo y ya no me puede ver.

Con cuanto hago, le enfado; ya no entro donde está, y fui, como sabes ya, su valido el más privado.

Celoso estaba de mí, pero no me aborrecía, en tanto que no sabía que era querido de ti.

No sé qué habemos de hacer. ¡Mal haya el saber, que ha sido causa de haberme perdido!

ROSELA. A muchos daña el saber, cuando es con bachillería.

CELIA. Y aunque sea con prudencia; porque la envidia y la ciencia tienen inmortal porfía.

ROSELA. Da el saber sin fundamento, arrogancia y presunción. Los sabios con discreción humillan su entendimiento.

CARLOS. ¿De cuáles te he parecido?

ROSELA. No sé cómo responderle; pero no quisiera verte, por entendido, perdido.

CELIA. Oigo en la sala rumor.

CARLOS. Eso, alguna causa tiene.

TURÍN. ¡Por Dios, que dicen que viene el Príncipe, mi señor!

CARLOS. ¿A mi aposento? ¿A qué efeto?

CELIA. ¿Hay por donde salir?

CARLOS. Sí.

Turin, ya sabes.

CELIA. Aquí veré yo si eres discreto.

(*Vanse las tres. Salen el PRÍNCIPE y CAMILO.*)

CARLOS. ¿Vuestra Alteza en mi aposento?

PRÍNCIPE. Carlos, vengo a visitarte.

CARLOS. En mí muy humilde parte, indigno, señor, me siento.

Pero de muchas maneras

se tuyo lo que me parece bien; no han sobrado al peine, como tú querías humilde; guárdalos, Carlos, que algún príncipe diera por ellos lo que yo te doy a ti por que los estimes."

¡En todo tengo de entrar!
Malilla debo de ser.

CARLOS. ¿Quieres dejar de leer?

PRÍNCIPE. Quisiera dejar de amar.

¿Dónde están estos cabellos?

CARLOS. Aquí están.

PRÍNCIPE. Que diera yo,
como Celia imaginó,
lo que ella dice por ellos.
¿Qué es eso de oro?

CARLOS. Una banda.

PRÍNCIPE. También tendrá su papel.
No más, que el amor cruel
tanto conmigo lo anda.

Por lo que en esto conciben
imaginar y envidiar,
que me hace enamorar
de papeles que a otro escriben.

Tomad aqueso retrato
y llevadle a mi aposento.

CARLOS. Perdidísimo te siento.

PRÍNCIPE. Amo un corazón ingrato.

CARLOS. Me espanto de que no mandes
que con hachas le llevemos.

PRÍNCIPE. No son súbitos extremos,
sino sentimientos grandes.

(Vanse, llevando el retrato.)

TURÍN. ¡Bueno quedas!

CARLOS. Aun apenas
pienso que pasa por mí,
Turín, lo que he visto aquí,
si apenas se sienten penas.

¿Hase usado tal rigor?

TURÍN. Bravos, de celos efetos.
¡Que no haya celos discretos,
siendo tan discreto amor!

CARLOS. ¡Allá se lleva el retrato!

TURÍN. ¿Quién vió saquear los celos
al amor?

CARLOS. ¡Valedme, cielos!

TURÍN. ¡Vive Dios, que ha sido ingrato
al tiempo que le has servido!
¿No hay a apelar de este agravio?

(Sale el Duque OCTAVIO.)

CARLOS. Seas bien venido, Otavio.

OCTAVIO. No sé si soy bien venido.

Déjanos solos, Turín.

TURÍN. Aquí me voy a tomar
los polvos de estornudar.

(Vase.)

OCTAVIO. Tendrás desdichado fin.

CARLOS. La tristeza con que vienes
y el decirme que no sabes
si eres bien venido, Otavio,
me ha dado pena notable.

¿Es del Príncipe, por dicha?

OCTAVIO. Si no nos escucha nadie,
sabrás, Carlos, a qué vengo.

CARLOS. Seguro puedes hablarme,
aunque las paredes oyen,
por que los hombres se guarden.

OCTAVIO. Peor es un falso amigo
que dice lo que no sabe,
y lo que entre sí presume
publica por todas partes.

CARLOS. No serás tú de esos hombres.

OCTAVIO. Carlos, mandóme matarte
el Príncipe, con secreto,
que no quiero dilatar me
en prólogos excusados.

Conocerás, de avisarte,
cuán lejos estoy de hacello;

mas, por que no te matase,
si yo lo negaba, alguno
de mil que se persuaden
que basta, para ser justo,
que el poder lo injusto mande,
aceté el darte la muerte;

y como si te mirase
ya con la envidia que muchos,
que con tu virtud deshaces,
aprueban su injusto acuerdo;
que, a fe, que si freno hallasen
los que consultan lisonjas
y todo lo juzgan fácil,

que acertasen, Carlos, más,
y en lo más, menos errasen.

CARLOS. ¡Turbado estoy!

OCTAVIO. No te turbes,
pues tan buen amigo hallaste
para tan fuerte ocasión.

CARLOS. Ya no quiero que me abracés,
sino que me des tus pies.

OCTAVIO. Mejor es que te levantes
y, con toda brevedad,
de nuestro remedio trate;

que en un momento de peligro
 Carlos me salvó de una muerte
 segura, y me dejó seguir
 mi vida a Venecia y a Flandes,
 donde me separé de mi

OCTAVIO. ¿Y qué hiciste con tu
 familia, Carlos?

CARLO. ¿Qué era? ¿Qué era
 de mi familia? ¿De qué
 quedaba? ¿Puede en el olvido
 el amor estar, como a veces

OCTAVIO. ¿Y que traidor te a tu

CARLO. Si es así, ¿cómo pude
 como Añan, que por saber
 viene a caballo en un día
 de mi vida, que te a tu vida,
 que era justo que mostrase,
 por privilegio de amor,
 dándoleme y encerrándole

OCTAVIO. ¿Fue en ese que los dos
 vamos juntos a la tralla,
 en el caballo al campo
 sin entender y a pares,
 por que yo pueda de ir
 que en el camino y a tuante
 puedes a Flandes, ¿no?

CARLO. ¿Y qué del caso, ¿no?
 Añan, ¿te acuerdas?
 y lo que yo a tuante te pague
 está, ¿no? ¿te del caso?
 por que yo a tuante
 aunque me a tuante, ¿no?

OCTAVIO. ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

OCTAVIO. ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

OCTAVIO. ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

OCTAVIO. ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

OCTAVIO. ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

OCTAVIO. ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

OCTAVIO. ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?
 ¿Y qué del caso, ¿no?

de César y Aquiles junto,
por tal liberalidad.

PRÍNCIPE. ¡Ah! Persio, dárseles puede.

PERSIO. Ven. Inés.

PRÍNCIPE. ¡Por Dios, que excede
a toda temeridad,
lo intrépido, lo terrible
de esta mujer!

CAMILO. Bien pudiera
tu Alteza, a cosa que fuera
a sus desdenes posible,
feriar retrato y papeles.

PRÍNCIPE. No lo dije, porque quiero
verla. Camilo, primero;
que, como son tan crueles,
será bien, sin darle aviso.

CAMILO. El duque Otavio, señor.

PRÍNCIPE. Vete, que ya su color
muestra que no fué remiso
en obedecer mi gusto.

(Sale OCTAVIO.)

¿Qué hay, Otavio?

OCTAVIO. Ya, señor,
se ejecutó con rigor
tu gusto, justo o injusto.

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

OCTAVIO. Salimos al campo
en dos caballos, señor,
cuando ya en el mar de Atlante
los suyos bañaba el sol.
Díjeme en París que había
visto en un jardín la flor
de Francia, en cierta madama,
de cuya conversación
quedé una tarde cautivo,
y que, teniendo temor
a ciertos hermanos suyos,
cuya valiente opinión
era conocida en Flandes
y en Alemania mejor,
confiaba de él mi vida,
si se ofreciese ocasión.
Díjome que llevaría,
que es la defensa mayor,
en un tahalí dos pistolas;
y, aunque entonces me pesó,
por que no entrase en sospecha,
que es profeta el corazón,
le dije que era acertado;
porque nunca defendió
la prevención de las armas

al que matan a traición.
Salió Carlos tan gallardo
y de tal disposición,
que no sé cómo no pudo
la estrella con que nació
librarle de este peligro,
pues que tanta perfección
en las letras y en las armas
liberalmente le dió.

Yace a legua de París
un bosque que fabricó
Dédalo naturaleza
para laberinto al sol:
ahí, la caza y las fieras,
la calandria y ruiseñor,
por verdes rejas le miran,
que por cielo abierto, no.
En la margen de un arroyo,
cuya verde guarnición
la primavera francesa
de lirios de oro vistió,
un castillo tiene, a quien
la puerta adorna el blasón
de mis nobles ascendientes:
y aquí llegamos los dos:
la dama que le decía,
fué un villano cazador
que, saliendo del castillo
luego que llegar nos vió,
haciendo blanco del pecho,
el polvo ardiente sembró
por el aire, y todo el plomo,
desde el pecho al corazón.
Cayó Carlos de la suerte
que, por loca presunción,
florido almendro en febrero
derriba cierzo veloz,
o como la hermosa garza,
herida del pardo halcón,
baja del aire a la tierra,
teñida en sangriento humor.
Fué a decir: "¡Traición, Otavio!",
cuando, rota la razón,
metió la muerte el cuchillo
entre la vida y la voz.
Eché el cuerpo en una acequia,
y de sepulcro y de honor
sirvieron, señor, las piedras
con que cubierto quedó.
Di al villano mil escudos,
mas con una condición:
que no parase hasta ver
tierra de puerto español.

May, ¿que suspension es esta?
 El mismo. Delin, ¡por Dios!
 que te ha pesado su muerte
 después de la educación.

PRISCILLA El alma me has visto. Ojalá
 Diera a París por no haber
 muerto a Carlos. ¿Que he de hacer?

OTAVIO Mezo tan gallardo y sabio
 me es mucho que te lastime.

PRISCILLA ¡Oh, como ha sido mal hecho!
 Lagrimas me pide el pecho,
 va como sombra le oprime.
 ¡Oh celos, nero accidente!

Acto

OTAVIO Aunque llorando se va
 no dire que vivo esta,
 por si finge o se arrepiente.

¿Intentan poderosos
 su mudable condicion,
 y en un momento son
 vengativos y pudicos.

Que piensan los otendidos
 Que intentan los agravados
 apenas estan vengados
 cuando estan arrepentidos?

Acto. Celia y Carlos. En el teatro, los cuatro.

PERITO Aguárde, que me heceré
 por no traer el retrato
 en publico.

CELIA Que retrato
 quiso el cielo que os debiese
 ya que tan grosera fui
 en pedirsele a su Alteza.

INES Mucha de mi gentileza
 en esta acción conosco.

CELIA Todos los papeles son
 Ponlos, Ines, donde sabes
 Causa tienes por que alabe
 el valor y discrecion.

CELIA Celia de su Alteza
 tan obligada que ya
 dos veces dueño sera
 de cuanto ofreciere puedo.

PERITO Hazade tan gran le amor

CELIA Siempre ha sido de mi amado
 por la ley de mi estado
 y incerticia de mi honor.

Este Persa, e otros
 y en medio os guarde.

PERITO Y a vos
 le herencia Celia. Di
 lo mismo que me tiene.

Acto

CELIA ¿Que le habes pedido
 estas tres las te atrepentes.
 Pero si has no inventes
 Carlos. Rosita ha ido.

Acto

ROSITA ¿Que? Celia sale de aquí?
 ¿en punto que me traía
 ese retrato que habia
 copado hasta un mes sin mí,
 ¡por Dios que va pequeño!

ROSITA Bien está.

CELIA ¿Que trazo.

ROSITA No se
 me ha ido agitando me
 he trazo el arte su fuerzo.

CELIA ¿O sea una mala humor?

ROSITA Es de la pintura el arte
 tal que una manina pinte
 en un momento un mayor pintor.

CELIA ¿Este es tal? Dame, ¿que tienes?

Habido dado celos.

ROSITA No.

CELIA Mas a la mi entretencion

ROSITA Me he venido.

CELIA ¿No nos suspendas año?

ROSITA No se por donde comienza

CELIA ¿que tanto el dolor me viene

CELIA que aun no viene el alma en mí.

PERITO Pero, ¿que mucho si va

CELIA Carlos a llevar conigo?

CELIA Carlos mi mayor amigo?

CELIA Carlos que sin ella esta

CELIA Carlos que era el mismo ser

CELIA des ser por quien era yo?

CELIA ¿La que dices que nuno?

ROSITA No que yo debo de ver.

CELIA Entre a buscarle y estaban

CELIA sus cosas dando voces

CELIA ya tu las pates y cosas

CELIA por donde a Carlos amaban

CELIA El guiteros la ocasion

CELIA y su muerte me dijeron

CELIA si bien en contaria tu con

CELIA de diferente opinion.

Pero lo cierto, que el mal siempre es cierto, es que le han traidores. [muerto]

ROSELA. Será muy cierto, pues era Carlos leal.

Pero ¿el Príncipe no manda que se haga información?

RUGERO. Cuando es grave la ocasión, la justicia a oscuras anda.

ROSELA. Parte, hermano, ¡por tu vida! e infórmate bien del caso.

RUGERO. Voy, con tan helado paso, que llevo el alma rendida.

(*Íase.*)

ROSELA. Habla, que Rugero es ido. Vuelve en ti.

CELIA. Ya no podré: y si vivo, no tendré alma, vida ni sentido.

Pero, quién fué culpa, muera. ¡No es razón que viva más, muerto Carlos!

ROSELA. ¿Dónde vas?

CELIA. ¡Voy a despeñarme!

(*Al irse CELIA salga CARLOS y le ponga la mano en el pecho.*)

CARLOS. Espera.

CELIA. ¡Jesús! ¿Es Carlos?

CARLOS. Yo soy.

CELIA. ¿No eres muerto?

ROSELA. ¿Es Carlos?

CELIA. Sí.

CARLOS. Pudiera serlo, por ti.

—No sé si seguro estoy.—

CELIA. Bien puedes. Habla.

CARLOS. Si Otavio

no fuera a quien le mandó el Príncipe, de quien yo supe tan injusto agravio. El consejo, al fin, más sabio fué que al Príncipe dijese, luego que a verle volviere, que en el campo me mató con una bala, y que yo de toda Francia me fuere.

Sin verte y ver a Rugero, no quise. Dame tus brazos con los últimos abrazos.

CELIA. ¿Qué dices?

CARLOS. Partirme quiero

donde no sepan que muero, porque con menos violencia se venga de mi inocencia; y tú no te ofendas de él, que mal se guardó fiel quien vive en eterna ausencia.

Es tan breve mi partida como el peligro responde; ni puedo decirte dónde, que le va a Otavio la vida. Quien queda, todo lo olvida, de que más pena recibo, de ver que me quedé vivo: mas no vivo, muerto estoy, pues para partirme estoy, puesto ya el pie en el estribo.

No hay morir como partir sin saber dónde parar, pues ya no hay tierra ni mar adonde pueda vivir. Yo voy, en fin, a morir con la pena de no verte, con el dolor de perderte, con la fe de no olvidarte, y de celoso en dejarte con las ansias de la muerte.

Si pudiera escribirme, o yo escribirte pudiera, vida de mi muerte fuera el saber que estabas firme; mas ni tú puedes decirme, no sabiendo dónde vivo: “Carlos, tus cartas recibo”, para volverme a escribir, ni yo te puedo decir: “Señora, aquesta te escribo”...

Tan mal a partirme acierto, que piensa mi loco amor que hubiera sido mejor que Otavio me hubiera muerto. No fué remedio el concierto, si a la muerte me apercibo: pues, en mal tan excesivo, seguro puedo decir que allá no podré vivir, pues partir no puedo vivo.

Si tuviera confianza de verte algún tiempo, creo que entretuviera el deseo la más pequeña esperanza; mas fué para su venganza un poderoso tan fuerte, que me ha de llevar mi suerte

que en su recámara enseñan.
aunque de armas, librería.
Lo que hacer Rugero deba
cuando se os ofrezca a vos,
que por vos la sangre vierta.

PRÍNCIPE. Yo, Celia, en ferias de amor
quiero que las mías sean
pagarme el que os he tenido.

CELIA. Soy contenta; ya están hechas.

PRÍNCIPE. Esto es cuanto a papeles.
Cuanto a cabellos y prendas
como bandas y otras cosas,
quiero que me deis licencia
para veniros a ver.

CELIA. Pues ¿quién, señor, os lo niega?

PRÍNCIPE. Bésoos mil veces las manos.

CAMILO. ¡Bien las ferias se conciertan!

ROSELA. ¿Qué pedirá, que le niegue?

PRÍNCIPE. Restan solamente, Celia,
las ferias de este retrato.

CELIA. ¿Y qué quiere vuestra Alteza?

PRÍNCIPE. Esas manos, con los brazos,
para que más firmes sean
estas nuevas amistades.

CELIA. Eso no es justo que tenga
efeto, pues yo no pude
obligar mi honor por fuerza,
que es siempre menor de edad.
Vuestra Alteza se divierte
de este pensamiento agora,
y fuera de él, mire y vea
lo que de mi casa quiere.

PRÍNCIPE. ¿Querré yo alguna cadena,
alguna joya o sortija?
Ahora bien, ¿estáis resuelta,
madama, a tratarme así?

CELIA. Si cosa posible fuera.

¿quién la pudiera negar?

PRÍNCIPE. ¿Luego de esa suerte queda
este retrato por mío?

CELIA. Como vuestra Alteza quiera,
se le llevarán mañana.

PRÍNCIPE. No quiero yo cosa vuestra,
pues la voluntad no es mía;
y por que nadie le tenga,
con rabia de despreciado
le he de hacer pedazos.

(Al darle, salga CARLOS.)

CARLOS. Tenga,
señor, tu Alteza las manos.

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

CARLOS. Quien para defensa

de su vida halló esta imagen.

PRÍNCIPE. ¡Jesús! ¿Eres Carlos?

CARLOS. Era

Carlos, cuando Dios quería.

PRÍNCIPE. ¿Hay tal maldad e insolencia?

¿Que no eres muerto?

CARLOS. Guardéme

para tu mano: que fuera
deshonor de mis pasados
el morir por mano ajena
y con fama de traidor.

CAMILO. Rugero y Otavio llegan.

PRÍNCIPE. Allí te retira, Carlos.

(Salen RUGERO, OTAVIO y TURÍN.)

RUGERO. ¿Señor! ¿Aquí vuestra Alteza?

¿Tantas honras en mi casa!

PRÍNCIPE. Basta, Rugero, ser vuestra.

TURÍN. Señor, ya que os halló aquí,
aunque de hallaros me pesa,
hacer que Otavio me diga
en qué parte muerto queda
Carlos, mi amado señor,
que dicen que en una selva
le mataron salteadores,
y aun no faltan malas lenguas
que dicen que está culpado,
si fueron celos de Celia.

PRÍNCIPE. Duque.

OCTAVIO. Señor.

PRÍNCIPE. ¿Qué hay de Carlos?

Dadnos de su vida cuenta.

¿Fuisteis con él?

OCTAVIO. Yo fui,

y de un castillo a la puerta
que estaba en medio de un bosque,
con espantosa respuesta
le tiraron una bala.

PRÍNCIPE. Como tienen dependencia
los reyes de Dios, también
mentirles es grave ofensa.
Salid, Carlos.

CARLOS. Aquí estoy.

TURÍN. ¡San Blas! Que te atiente deja.

El es. ¿Qué lo estoy dudando?

PRÍNCIPE. Otavio, que Carlos quiera
vivir, es cosa forzosa
y naturaleza nuestra;
mas que yo matarle os mande,
y vos, con desobediencia,
le dejéis vivo, no tiene
disculpa.

OCTAVIO. Escuche tu Alteza:

que me due, ni me le
duele por lo mismo que
me due a vos.

PRINCEPO. ¿Y vos qué?

OSCARO. Nada. Yo me lo pago.

PRINCEPO. ¿Y qué le pasa?

OSCARO. ¿Y qué le pasa?

OSCARO. Y que en viendo que me
se baba de arrepentir
que era el hijo de una nobleza
que le hacerte te seras con
naros me me agreda a
vuestra Alteza y toda Francia
que va a serlo y le conceda
el título por tal de nobleza
y así cortalle la cabeza
a Carlos será torzoso
por tantas desobediencias
que aunque no sean triciones
hay mucha gente lo parecen.
Le venle preso y su alude
me me que Ota no sea
por me lo era inventa
para que Carlos no muera
Será el me matar a Carlos
e por interés de Celia
de la vida por mi
y así por la tierra
me me a como tant
que se e con la nobleza
entrando en mi virtud
la venganza en competencia
Me lo de vida y muerte

PRINCEPO. Que va a serlo y le conceda
el título por tal de nobleza
y así cortalle la cabeza

a Carlos será torzoso
por tantas desobediencias
que aunque no sean triciones
hay mucha gente lo parecen.
Le venle preso y su alude
me me que Ota no sea
por me lo era inventa
para que Carlos no muera
Será el me matar a Carlos
e por interés de Celia
de la vida por mi
y así por la tierra
me me a como tant
que se e con la nobleza
entrando en mi virtud
la venganza en competencia
Me lo de vida y muerte

CELIA. Seré el me matar a Carlos
e por interés de Celia
de la vida por mi
y así por la tierra
me me a como tant
que se e con la nobleza
entrando en mi virtud
la venganza en competencia
Me lo de vida y muerte

en el honor que se venga
ve me aquí. Yo y tanta
e osad vuestra fuerza

CARLOS. Yo no voy de morir
antes que sufrir tu afrenta.

CELIA. ¿Y qué es tu vida Carlos?

CARLOS. ¿Que importa me tu la vida?

CELIA. ¿Y qué es de ella?

CARLOS. No la te es.

PRINCEPO. ¿Y en esta pendencia
un tercero ha menester
Ruger?

RUGER. Señor.

PRINCEPO. ¿Y Celia?

RUGER. ¿Y Carlos?

RUGER. Palabra

dada de vuestra grandeza

Ota me tanto gusto

con las fingidas nuevas

de Carlos quedando vivo

le de la mano a Rosela

Pues para lo que me ay nada

No de una de aquellas

que pesaron los holandeses

La me me cada tres a

tos a tres

CARLOS. Voy a Belen

le lo me a

OSCARO. ¿Y me el poeta

viendo en vuestro servicio

tal e en lo que me prueba

que me me me me me

porque me me me me me

SANTIAGO EL VERDE

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA

Ganó tanta fama Persio, no habiendo escrito más que aquel pequeño libro de sus sátiras, por opinión de Marcial y Quintiliano, que a muchos les ha parecido que la hallarian mejor por aquel camino que por el de otras empresas, diciendo bien, difíciles. Mas no es pequeño engaño creer que igualan la antigüedad, que apenas imitan, con libertades bárbaras, y siendo más lo que hablan que lo que escriben. Eurípides decía que si el hablar continuamente era prudencia, que mayor la tenían las golondrinas que los hombres: juicio cruel de algunos, y con extremo en los versificadores de estos años, cuyas plumas parecen a las de los virotes, que ellas no hieren, pero acompañan a las malas intenciones, y dan velocidad al hierro; y no lo es pequeño discurrir en esta materia quien desea huir del odio; pero como ni por bien ni por mal se adquiere más ventura con este género de impertinentes, que Liñán llamaba los *Impecables*, tal vez se deja llevar la queja de la ocasión, y a puros ruegos de la templanza se defiende la ofensa de la ira; pensión grande de los doctos, como V. m., que también ha empleado su virtuosa vida, desde sus tiernos años. Pero aunque lo sea, le deben consolar aquellas palabras de Aristóteles en el libro de buena Fortuna, que *nihil est melius intellectu, & scientia præter Deum*. Toda diferencia de facultades abrió puerta a la invidia; el teólogo, el jurista, el filósofo y los demás padecen sus contrarios; pero no con la destemplanza que los poetas; debe de ser la causa que se les opone con antojos de mayor ignorancia la calumnia, porque desta facultad hay pocos que tengan las partes que se requieren, y en juntando consonantes, no sufren igualdad con el sol ni tienen por soberbia ser Icaros de sus rayos. Los que tienen natural, no tienen arte; los que tienen arte, no tienen natural, y si alguno entrambas cosas, o no las ejercita, o le parece que es mejor gastar el tiempo en alabarse a sí mismo que en escribir para que sepan lo que sabe. Había en Alemania un catedrático maldiciente de todo, que se llamaba Lázaro, y como jamás imprimía y siempre murmuraba, pusiéronle a la puerta de su escuela, de letras grandes: "*Lázaro, venifors*"; porque hasta dar a luz lo que se sabe no es justo des-

estimar lo que saben los otros. Que el poeta tenga infusión celestial necesariamente, no lo enseñó poco Cicerón, trayendo por testigos a Platón y a Demócrito: *Sæpe audiui Poetam bonum neminem sine inflammatione animorum existere posse, & sine quodam afflatu quasi furoris*. Hacer violencia a la naturaleza es tiranía del apetito, codicia de la fama y vanagloria del gusto. Baja comparación se ofrece, pero altamente significativa: aquel árbol ensebado que se pone en las fiestas es único ejemplo: trepan por él al tafetán algunos que desde la punta les enseña el aire, y con unos como grillos en los pies suben, sudan, resbalan, caen, cuál al principio, cuál a la mitad y cuál cerca del fin. Déstos, los primeros causan risa, los segundos, esperanza, y los terceros, admiración. Estados evidentes de la poesía, y que ya V. m. en su entendimiento habrá repartido entre los que conoce. Este premio, este palio alcanzó V. m. soberanamente, escribiendo aquel libro *Verè aureus, disertè, & graphicè*, de la limpia Concepción de la Virgen, no resbalando por la materia deleznable que cubre a los importunos el pirámide de la fama, sino volando como águila candalosa, y haciendo círculos generosos a su extremo. En tanto amor, en tanta amistad, no hay sospecha de lisonjas, ni lo que todos saben necesita de crédito. Mis comedias andaban tan perdidas, que me ha sido forzoso recibirlas como padre y vestir las de nuevo, si bien fuera mejor volverlas a escribir que remediarlas. De las que lleva esta décimatercia parte cabe a V. m. la que se llama *Santiago el Verde*, imitando la estación que hace Madrid el primero día de mayo al Soto, donde el padre Manzanares, adornado de tantos coches, no envidia las altas ruedas del Tajo, las naves del Guadalquivir ni los naranjos de Guadalquivir. V. m. la reciba y lea, si no la vió representar, y se acuerde siempre que tiene en mí un verdadero amigo y Padre, que, como el cazador al pájaro, está mirando la destreza con que hace presa en el laurel que merecen tan pocos y pretenden tantos.

Capellán de V. m.,

Lope de Vega Carpio.

las tuyas por la mañana.

Allí le veo (6) vestir,
tan curiosa y limpiamente,
que aunque decírtelo intente
no te lo sabré decir.

También le veo comer,
hablar y andar (7) con amigos.
Pocas cosas sin testigos
aquí se pueden hacer
respecto de las ventanas
y del curioso mirar.

CELIA.

TEODORA.

Comenzáronme a engañar
ciertas esperanzas vanas
de hablar con él algún día,
y con aquesta ocasión,
abría de mi balcón
mil veces las celosías.

Mas no por hacer ruido
ni por toser levantó
jamás el rostro, ni yo
pude penetrar su oído.

CELIA.

TEODORA.

¿Si es sordo el tal caballero?
Es tan bizarro (8) y galán
un pisador alazán
en que sale, que les quiero
echar (9) la culpa a los pies.

CELIA.

TEODORA.

En fin, ¿él no te ha mirado?
Mi estrella lo habrá causado,
y este caballo después.

CELIA.

Si tiene estrella en la frente,
no es mucho (10).

TEODORA.

Vengo a pesar
que es de bestias estorbar.

CELIA.

Que vivas, Teodora, enfrente,
y que un mozo tan galán
no haya mirado al balcón;
él tiene la condición
de su caballo alazán.

TEODORA.

CELIA.

¿Cómo?
Que siempre camina
boca abajo: pues si alzara
el rostro, cosa es muy clara
que te viera.

TEODORA.

No imagina
cuando sale más que en sí,
en acomodarse bien
en la fila en que le ven
cuantos pasan por allí;

en componerse el sombrero,
el cuello (11) y barba.

CELIA.

Tú amas

una imagen.

TEODORA.

Bien le llamas,
imagen, un mármol quiero;
mas no para el daño aquí.

CELIA.

¿Cómo?

TEODORA.

Que vi entrar un día
ciertas damas, Celia mía.

CELIA.

¿A ver ese hidalgo?

TEODORA.

Sí.

Cubríome un sudor mortal,
fuíme faltando el aliento,
y dije a mi pensamiento:
sin duda, es amor mi mal.

Lo que a solas ha pasado,
mejor es que tú lo sientas
que decírtelo.

CELIA.

Tú intentas
un amor desatinado;
que al fin no puedes culpar
quien no sabe que le quieres.

TEODORA.

Celia, aquellas dos mujeres
me hicieron enamorar.

CELIA.

Nacerían tus desvelos
de aquellos celos también;
que nunca amor corta bien
si no se da un filo en celos.

Mas si codicias, Teodora,
ese caballero, yo
haré que te hable.

TEODORA.

Eso no,
que algo mi opinión desdora.

CELIA.

¿Y siendo con mi opinión?

TEODORA.

Eso mi gloria sería.

CELIA.

Dime el nombre.

TEODORA.

Don García.

CELIA.

Ya he pensado la invención.
Aguarda aquí, que a escribir
voy un papel.

TEODORA.

¿A quién?

CELIA.

Calla.

(Váyase CELIA, y sale LISARDO.)

LISARDO.

Duro campo de batalla
es este amar y sufrir.
Alejandro no probó
la conquista de un desdén,
y por eso dicen bien

(6) En el autógrafo, "miro".

(7) En idem, "jugar y hablar".

(8) En idem, "brioso".

(9) En idem, "poner".

(10) En idem, "bien dices".

(11) En el autógrafo, "cabello".

amor que nunca te dió,
Celia, pesadumbre alguna,
te enseñó lo que has de hacer.

(Vase TEODORA)

CELIA. Hoy le tengo de poner
a los pies de la fortuna.
LISARDO. ¡Ay, Celia mía! ¿Qué dice
Teodora?
CELIA. Aparte me habló,
como viste, y me contó
que lo que más contradice
a darte gusto es pensar
que te burlas.
LISARDO. ¿Yo, muriendo
por ella?
CELIA. Que así lo entiendo
le dije.
LISARDO. Vuélvele a hablar.
Dile, hermana, cuánto ofende (17)
al cielo en hacer agravio
a su hermosura.
CELIA. El más sabio
amando menos se entiende.
Tu intento pase adelante (18).
Vete agora a pasear,
que despacio quiero hablar
a Teodora.
LISARDO. No te espante,
Celia, mi ignorancia amando,
porque no hay aborrecido
discreto.
CELIA. Hoy serás querido
amando (19) y importunando:
que el rogar y importunar
ablandar las piedras puede.
LISARDO. Como esta piedra lo quede,
mañana envío a avisar (20)
tu desposado a Toledo;
que si ha de llevarte allá,
Teodora me quedará,
con quien consolarme puedo.
CELIA. Yo no he visto a don Rodrigo;
pero te aseguro aquí
que no habrá consuelo en mi
para no vivir contigo.
LISARDO. Tú le verás que es gallardo
y que por fama te adora.

CELIA. A avisar voy (21) a Teodora.
LISARDO. Adiós, Celia.
CELIA. Adiós, Lisardo.

(Vanse, y salen DON GARCÍA y LUCINDO, caballeros.)

GARCÍA. ¡Bravas victorias de amor
alcanzo en este lugar!
LUCINDO. Por lo que cuesta el favor,
de Pirro te he de contar
una sentencia, un primor.
GARCÍA. ¿Quién fué Pirro?
LUCINDO. Un fuerte griego
que a los romanos venció
dos veces a sangre y fuego;
mas tanta sangre perdió,
que dijo: "A los dioses ruego
no me den otra victoria,
pues, venciendo, vendré a ser
vencido."
GARCÍA. Pues con mi historia,
¿qué tiene Pirro que ver
ni la romana memoria?
LISARDO. ¿Vences damas?
GARCÍA. Cuantas quiero.
LUCINDO. Si cuesta tanto dinero,
tú vienes a ser vencido.
GARCÍA. En la sentencia he caído,
y ser el vencido espero.
¿Qué lindamente lo pescan
en Madrid!
LUCINDO. Diestras están
las que en este oficio dan.
GARCÍA. ¿Cuántas edades refrescan,
cuántas acabando van!
Pero pagarte la historia
con una fábula quiero,
digna de mayor memoria.
LUCINDO. Si es destas ninfas, ya espero.
GARCÍA. Y escrita en su honor y gloria.
Entróse en una despensa,
por un agujero estrecho,
una zorra: agora piensa
cuál puso barriga y pecho
de aquella abundancia inmensa.
Probó a salir; no cabía,
porque el haber engordado,
la puerta le defendía;
lloraba el placer pasado,
y el mal futuro temía.
A las que a verla vinieron

(17) En el autógrafo, "y dile cuánto le ofende".
(18) En idem, "que el hombre más ignorante".
(19) En idem, "rogando".
(20) En idem, "llamar".

(21) En el autógrafo, "Yo voy a hablarle".

dar satisfacción de mí?
INÉS. Es muy principal mujer;
pero bien podría ser
que la habléis.

GARCÍA. ¿Allá, o aquí?

INÉS. ¿Aquí? ¡Qué gracioso cuento!
Allá, y con mucho temor.

GARCÍA. Dad la traza.

INÉS. La mejor
es seguirme.

GARCÍA. Soy contento.
Este mozo irá con vos (25),
que él nos dirá vuestra casa.

INÉS. Venga.

PEDRO. Voy.

(Fanse INÉS y PEDRO.)

GARCÍA. De lo que pasa,
¿qué dices?

LUCINDO. Mira, por Dios,
que a gran peligro te pones.
Que como en este lugar
se usa tanto el murmurar,
y con tan malas razones,
esta señora doncella,
mal informada de ti,
podría tener allí
alguien que vuelva por ella.

GARCÍA. Lucindo: si a su balcón
he alzado el rostro, yo quiero
que me maten; y así, espero,
dándola satisfacción.

darle también a entender
que he traído de Granada
una lengua muy honrada
para honrar cualquier mujer.

No soy yo de los mancebos
ociosos que andan aquí.

LUCINDO. Pienso que es mejor así,
si no son enredos nuevos
de alguna de aquestas damas;
pues dando satisfacción
quedarás con opinión
de tratar bien de sus famas.

Porque, si no, vendrá a ser
que, de noche, alguna gente
vengar este agravio intente.

GARCÍA. ¿Cómo la podremos ver?

LUCINDO. Fingiendo alguna invención.

GARCÍA. ¡Vive Dios, que estoy corrido

que mujer haya tenido
de mí tan mala opinión!

Vamos, que será forzoso
dar satisfacción igual;
porque sólo el decir mal
puede sufrirse a un celoso.

De mi lengua está ofendida,
y yo, no sólo lo estoy,
mas, por la fe de quien soy,
que no la he visto en mi vida.

(Fanse, y salen CELIA y INÉS.)

CELIA. ¿Que es tan galán don García?

INÉS. Señora, yo te prometo
que justamente Teodora
puso en él su pensamiento.

CELIA. Cuidadosa la escuchaba:
que siempre pone deseo
de la vista la hermosura (26).

INÉS. El es un hombre bien hecho,
de buen rostro y gentil aire,
linda proporción de cuerpo;
habla con cierta blandura,
que como dulce instrumento
lisonjea los oídos.

CELIA. Qué, ¿te pareció discreto?

INÉS. Pocas palabras le oí;
pero muestra entendimiento.
Reposado y substancial;
no como muchos que veo,
preciados de su romance,
que son todos sus conceptos
panderos que hacen ruido,
con dos cascabeles dentro.
El aposento es posada,
pero está limpio y compuesto,
y con extremado olor;
que oler bien un forastero
en posadas de Madrid
es, de ser limpio, argumento.
Unos damasquillos vi,
verdes, y nácares, creo,
y una imagen sobre uno
de mano de buen maestro;
ya entenderás: un retrato.

CELIA. ¿Retrato de dama, bueno,
de aquestos de en mi conciencia,
con la mano sobre el pecho?

INÉS. Lo mismo, y con buenas manos.

CELIA. Los pintores dan en eso

(25) En el autógrafo, "Vaya este mozo tras vos".

(26) En el autógrafo, "la alabanza".

sino en cuidado de un pleito que me han puesto ciertas dudas a un mayorazgo que tengo; y, ¡vive Dios, que a saber quién os ha dicho...!

CELIA. Teneos,

y perdonadme, que ya estoy de vos satisfecha. Y tanto, que me ha pesado de que me haya sido el veros de tanta satisfacción.

LUCINDO. Si para testigo puedo valer algo, siendo amigo, los años que ha que profeso la amistad de don García, no he visto mozo tan cuerdo, ni de lengua tan honrada.

CELIA. Digo, señores, que creo que han engañado a Teodora, y que ha sido fingimiento. Y así, al señor don García que me perdone le ruego haberle escrito, atrevida.

GARCÍA. A mi fortuna agradezco y al que deste testimonio ha sido, señora, el dueño haberme dado ocasión para que viniese a veros, y habéisme de dar licencia que otras veces venga a hacerlo.

CELIA. Mucho quisiera serviros, mas tengo notable miedo a mi hermano; porque, al fin, como a padre le respeto. Trata de casarme ahora; que para mi casamiento

tiene treinta mil ducados.

LUCINDO. ¡Qué bien informa en derecho!
CELIA. Verdad es que se pasea de noche, entretenimiento de mozo, y que a nuestra puerta nos deja tomar el fresco, como es uso de Madrid, donde sentadas podemos estar hasta media noche. Gracias a Dios, coche tengo, y al Prado voy muchas tardes.
GARCÍA. (Lucindo, por Dios, que temo (31) que me ha cogido con liga.

LUCINDO. ¡Agrádate?

GARCÍA.

Por extremo.

LUCINDO. Pues yo he mirado en sus ojos ciertos relámpagos tiernos, señal de la tempestad que forman las nubes dentro. Conquista los treinta mil, y a Granada llevaremos un ángel de plata pura.

GARCÍA. Más precio sus ojos bellos que cuanta plata han traído las ondas del mar soberbio por la canal de las Indias (32).

LUCINDO. A los treinta mil me atengo. (33)

(Sale FABIO.)

FABIO. Señora, tu hermano viene; aunque ciertos caballeros le han detenido en la calle.

CELIA. Salid, señores, de presto, que me pesará que os vea. Lo que tratado tenemos habrá esta noche lugar para poder resolverlo.

GARCÍA. Yo volveré por aquí, y, si disfrazado puedo, os hablaré en cierta cosa que importa a mis pensamientos. A la puerta me hallaréis.

CELIA. INÉS. Dígame su nombre.

PEDRO. Pedro.
INÉS. Pues, Pedro, ¿vendrá esta noche?
PEDRO. Vendré, más cierto que un yerno, cuando trata de casarse, a la casa de su suegro.

(Vanse los tres; sale LISARDO.)

LISARDO. ¿Qué gente salió de aquí?

CELIA. Unos hombres que vendían almizcle.

LISARDO. Pues ¿qué querían?

CELIA. Quiero adobar para ti unos guantes y un colete. Como pasaban, llamé; pero no me concerté.

LISARDO. Que me pesa te prometo. Cuando oí su buen olor entendí que era otra cosa.
CELIA. Tienes condición celosa.

(32) En el autógrafo, "por la canal de Panama".

(33) En ídem falta este verso, sustituido por este otro:

LUCINDO. ¡Poesía tal! Versos tenemos.

(31) En el autógrafo, "¡Por Dios, Lucindo, que pienso!"

CELIA.

Nunca yo burlarme suelo
con las veras, Teodora, y las amigas.
La vista te engañó, de aquel mozuelo
cruel, desde el sombrero hasta las ligas:
lo lejos te engañó.

TEODORA.

¡Válgame el cielo!

CELIA.

El cerca es el infierno.

TEODORA.

No me digas
que es don García fiero.

CELIA.

No lo digo;
mas fierísimo, sí.

TEODORA.

¿Burlas conmigo?

CELIA.

Mas, ya que el talle es tal, su entendimiento
lo mejora. ¡Por Dios, que es un caballo!
Es necio al óleo (35).

TEODORA.

¡Ay, loco pensamiento!

CELIA.

Cosa buena, Teodora, en él no hallo.
Llegó con un notable atrevimiento,
modo de hablar que de vergüenza callo:
y, cuando fuera como tú decías,
se va a Granada dentro de dos días.

Casado está, con hijos y cuidados (36).

TEODORA.

Más que se fuera (37) dentro de dos horas,
si es necio y feo por entrambos lados.

CELIA.

Presto la voluntad desenamoras.

TEODORA.

Yo, Celia, ¿qué papeles, qué recados,
qué promesas de amor, tal vez traidoras;
qué regalos, qué gustos, qué ternezas (38)
pasé con su merced en mis tristezas?

Estos no fueron más de pensamientos;
que hasta que el pajarillo está enjaulado,
ligero puede acuchillar los vientos,
y con el pico hurtar la plata al prado.
Cuando fuera su talle a mis intentos,
¿de qué me puede a mí servir, casado?
Es un casado sota que hace veinte
a quien espera carta diferente.

Hasta que venga carta que me cuadre,
descartaré dos mil. Váyase a priesa;
crie esos hijos; que le llamen padre
los ya crecidos, al poner la mesa;
los niños (39), "taita", en brazos de su madre;
que solamente, y con razón, me pesa
de que he pasado algunas noches malas.

CELIA.

¡Qué bien (40) que te aprovechas de las alas!
¡Fíad de amor, de celos, de desvelos (41),
de deseos que van por celosías!

TEODORA.

¿Qué deseos, desvelos o qué celos
no volverán mis esperanzas frías (42),
con tantos hijos, casamiento y duelos (43),
y el término de ausencia de dos días,
mal talle, corto ingenio y todo engaño?

CELIA.

¡Bien haya quien estima el desengaño!

TEODORA.

Pésame que por él fui rigurosa
con tu hermano Lisardo.

CELIA.

A tiempo ha sido:
que puedes, siendo blanda y amorosa,
dejarle de tu amor agradecido.

(38) En el autógrafo, "¿qué gustos, qué requiebros, qué finezas?"

(39) En ídem, "tiernos"

(40) En ídem, "A fe".

(41) En el impreso, "Teodora, y sus desvelos".

(42) En el autógrafo, "qué celosías no se vuelven frías".

(43) En ídem, "con niños, casa, casamientos, duelos".

(35) En el autógrafo, "olio".

(36) En ídem, este verso, entre líneas, pero de mano de Lope, y borrado, otro que en su lugar decía: "sus pleitos tiene todos acabados".

(37) En ídem, "vuelva".

que has de ser un santo arguyo,
si no es que se muda el viento;
que conozco sus mudanzas.

GARCÍA. ¿Es mejor, como decía
Lucindo, la bizarria
de aquestas damas roanzas,
que acabando de pelar
a un hombre, pieza por pieza,
pelándole la cabeza,
echan pelos a la mar?

PEDRO. ¡Oh, qué cuento te diré
de un corro de ciertas sotas,
que estando en risa y chacotas
—la casa yo me la sé—
cierto parche se cayó,
y sobre cuál le traía
hubo tal grita y porfía:
“Vos los trajistes”. “Yo no”;
“Yo estoy como una manzana”;
“Yo, limpia como un cristal”;
“Marcia le trajo”; “No hay tal,
que dió a los pies de Diana”,
que como cuatro garduñas,
con las garras de dos varas,
se hicieron quesos las caras,
y vivos rallo las uñas!

GARCÍA. ¡Maldito seas, amén!
¡Qué propia historia lacaya!

PEDRO. Alto, pues; sirve tu Maya;
¡plegue a (44) Dios que pare en

GARCÍA. A la casa hemos llegado. ¡Bien!
Inés está en el balcón.
Sin duda, aquesta ocasión
es premio de mi cuidado (45).

(Sale Inés, arriba.)

GARCÍA. ¿Es Inés?

INÉS. ¿Pues no lo ven?

Sólo aguarda mi señora
que vengan; y está Teodora
con ella ahora también.
Voylas a avisar.

(Vase.)

GARCÍA. Lucindo,
a Teodora requiebrad.
LucINDO. El cuidado me dejad.

PEDRO. Y yo a mi lacaya (46) lindo.

GARCÍA. ¡Oh, si tuviédeses dicha
que esta Teodora os quisiese!
Dejadme el cargo.

LUCINDO. ¡Ah, si fuese
tan rica la sobredicha
como esotra de mi amo!

LUCINDO. Ya salen.

GARCÍA. Estad alerta.

(Salen TEODORA, CELIA e INÉS.)

CELIA. ¡Buen fresco corre a la puerta!

PEDRO. Saltando de ramo en ramo
vienen estas tortolillas.

TEODORA. Ya es verano.

CELIA. Sacar, Inés,
dos sillas bajas, o tres.

INÉS. Ya voy.

PEDRO. Pues que piden sillas,
cierta será la jornada.

GARCÍA. Por aquí llegarme quiero.

CELIA. ¿Quién es?

GARCÍA. Aquel caballero.

CELIA. ¿Cuál? ¡Jesús!

GARCÍA. El de Granada.

CELIA. Daca esas sillas, Inés.

LUCINDO. A esotra parte me paso.

TEODORA. ¿Quién es?

LUCINDO. Soy galán acaso.

TEODORA. Y esotro hidalgo, ¿quién es?

LUCINDO. Es el señor don García,
vuestro vecino, que viene
a cierta satisfacción.

TEODORA. Ya no hay nadie que se queje.

(Siéntese DON GARCÍA con CELIA, LUCINDO con TEODORA, PEDRO con INÉS.)

LUCINDO. Así se harán amistades
más presto.

CELIA. El venir a verme
esta noche os agradezco.

GARCÍA. Señora, si un accidente
quita a un hombre en un instante
la vida, y vemos que muere,
un accidente de amor
no pienso que es menos fuerte
que cuantos he dicho aquí (47)

(44) En el autógrafo, “¡Quiera”.

(45) Faltan en ídem este verso y el anterior, sustituidos por estos otros:

INÉS. Son ellos.
PEDRO. Decir si son
no puede ningún criado.

(46) En el autógrafo, “pescada”.

(47) En ídem están este verso y el que sigue sustituidos por éstos:

que cualquiera enfermedad
de las que peligro tienen.

	Código	Descripción	Código	Descripción
	1	Código	Código	
	2	Código	Código	
	3	Código	Código	
	4	Código	Código	
	5	Código	Código	
	6	Código	Código	
	7	Código	Código	
	8	Código	Código	
	9	Código	Código	
	10	Código	Código	
	11	Código	Código	
	12	Código	Código	
	13	Código	Código	
	14	Código	Código	
	15	Código	Código	
	16	Código	Código	
	17	Código	Código	
	18	Código	Código	
	19	Código	Código	
	20	Código	Código	
	21	Código	Código	
	22	Código	Código	
	23	Código	Código	
	24	Código	Código	
	25	Código	Código	
	26	Código	Código	
	27	Código	Código	
	28	Código	Código	
	29	Código	Código	
	30	Código	Código	

LUCINDO. y que es antes de dos días.
Quien eso os ha dicho, miente:
porque estamos más de espacio
de lo que a vos os parece
después que ama don García
vuestra amiga y la pretende
para el santo matrimonio.
TEODORA. Otro disparate es ése;
siendo casado, y con hijos.
LUCINDO. ¿Quién?
TEODORA. Don García.
LUCINDO. ¿Que intenten
hombres decir tales cosas!
TEODORA. Celia me lo dijo.
LUCINDO. Advierte
que a Celia la han engañado (53).
TEODORA. El engaño bien (54) se entiende.

(Levántase TEODORA.)

En fin, Celia, ¿tú me engañas?
¿Esto a mi amistad se debe?
¿Es ésta buena amistad? (55)
¿Qué dices?
CELIA. Que tú me engañas.
TEODORA. ¿Estás loca?
CELIA. No estoy loca;
tú sí, que con pecho alevé
me quieres quitar la vida (56).
CELIA. ¿Esto mi amor se merece
por acudir a tu gusto?
TEODORA. ¿Tú a mi gusto?
CELIA. ¿Pues qué quieres?
Por ti hablé a don García.
GARCÍA. Por vos, no; que solamente
quiero yo a Celia; que a vos
no os he visto, que me acuerde.
TEODORA. ¿Dónde se sufre que digas,
para que de amarle deje,
que es casado?
GARCÍA. Y dijo bien;
que aunque la vida me cueste,
me pienso casar con Celia.
TEODORA. ¿Con Celia?
INÉS. Tu hermano viene.

(Salen LISARDO y los MÚSICOS.)

LISARDO. ¿Qué es esto? ¿Qué gente es ésta?

(53) En el autógrafo, "que habrán a Celia engañado".

(54) En idem, "ya".

(55) Este verso dice en el autógrafo "Y... se toda la verdad".

(56) En el autógrafo, "mi bien".

FABIO. Con tu hermana están; detente.
CELIA. Hermano, seas bien venido.
LISARDO. Celia, ¿qué alboroto es éste?
CELIA. Unos mozos que pasaban,
destos en hablar valientes,
tales cosas nos dijeron
sin hablalles ni ofendelles,
que a no llegar a este punto
estos señores, que tienen
los respetos como el talle...
LISARDO. Basta así; vuestras mercedes
lo han hecho como quien son.
GARCÍA. Yo os prometo que se acuerden
del castigo del hablar.
PEDRO. Yo le di cuatro cachetes
al uno dellos, que ahora
entrambas manos me duelen.
No puede un hombre de bien,
si no es en luna creciente,
dar de noche mojicón,
porque hay caras con juanetes.
LISARDO. En cortesía suplico
a vuestras mercedes que entren
a este patio, que está fresco.
¿Hola, Fabio! ¿Quedó nieve?
Baje Laurencia una caja.
Oirán cantar dulcemente
la divina consonancia,
que al mundo admira y suspende,
del nuevo Apolo, Juan Blas;
que aquestos señores vienen
conmigo del Prado agora,
donde vi parar las fuentes
y suspenderse los aires.
GARCÍA. Si pudiera detenerme,
recibiera esa merced.
PEDRO. Los criados, señor, beben
en ausencia de la sed
de sus amos; di que suenen
las divinas cantimploras.
GARCÍA. Irme es fuerza, no me esperen.
LISARDO. Pues adiós.
GARCÍA. Adiós, señores.
CELIA. Advertid que se os acuerde
del Soto de Manzanares.
MÚSICOS. Es villancico excelente.
LISARDO. Leandro y Fabricio, entrad.
CRIADO. El son brinda.
GARCÍA. Invidia tenme.

(Vanse todos; quedan DON GARCÍA, LUCINDO y PEDRO.)

LUCINDO. ¿De qué?

hace vivir descuidados.
RODRIGO. Contradices, majadero.
 tu misma comparación,
 porque si el dinero fuera
 espejo, alguno se viera
 en él con mala opinión.
LISEO. Esa es la gracia que ven,
 y dan a entender que no.
RODRIGO. Esta es la casa, que yo
 la sé por las señas bien.
 ¿Qué gente sale de allá?
LISEO. Un pollino y moza son.
RODRIGO. ¿Si es merienda?
LISEO. La razón,
 si bien el olor la da.
 nos dará este gentilhombre.

(Sale FABIO, criado.)

RODRIGO. ¿Ah, hidalgo!
FABIO. Vaya esa plata
 con cuidado. ¿Qué mandáis?
RODRIGO. ¿Es de Lisardo esta casa?
FABIO. Esta casa es de Lisardo.
RODRIGO. ¿Queda en ella?
FABIO. Esta mañana
 fué con mi señora Celia
 al Soto.
RODRIGO. ¿Hay tan gran desgracia?
 ¿Vendrá tan presto?
FABIO. A la noche:
 que allá comen, y me aguardan
 con el recado que ves.
RODRIGO. ¿Quién a los dos acompaña?
FABIO. No más que una amiga suya.
RODRIGO. ¿Es huerta, es casa?
FABIO. Es plaza,
 donde hoy el verano alegre
 corre sus toros y cañas.
 Bien parecéis forastero,
 pues no sabéis que se llama
 Santiago el Verde este día,
 en que las hermosas damas
 y las que no son hermosas
 van con espantosas galas
 al Soto de Manzanares.
RODRIGO. Bien ha llegado la fama
 en Toledo a mis oídos:
 que no es tanta la distancia.
 Hombre dicen que en Madrid,
 con tan grandes voces habla
 que suena el eco en Toledo.
 Pero decidme de gracia,

como cuando piden algo
 suelen decir en Italia.
 ¿queréisme guiar al Soto?
FABIO. ¿Quién sois? Porque vuestras ga-
 y ese talle me han movido [las
 a pensar si en nuestra casa
 venís por la mejor prenda.
RODRIGO. Don Rodrigo soy de Lara,
 a quien, si no se le mudan
 la fortuna y la esperanza,
 será de Celia marido.
FABIO. Que perdonéis mi ignorancia
 con darme esos pies os ruego;
 y creo que si llevara
 al Soto de Manzanares
 la misma Fénix de Arabia
 no fuera de mis señores
 con tanto gusto estimada.
 Mil veces en hora buena
 vengáis.
RODRIGO. Vuestra buena gracia
 estimo por buen agüero
 del gusto y bien que me aguarda.
FABIO. Si queréis algún caballo
 para ir al Soto, jornada
 a caballo, breve y corta,
 y a pie polvorosa y larga,
 harélo ensillar, que hay seis
 que pueden tener las armas
 del rey de España.
RODRIGO. Yo traigo,
 por ser breve la jornada,
 el mejor que allá tenía.
FABIO. Pues seguidme.
(Vase FABIO.)
LISEO. ¿Qué acobardas
 las manos con este hidalgo?
RODRIGO. La cadenilla pensaba
 darle; mas parece poco.
LISEO. Más poco, señor, es nada.
 Dale, que cuando conocen
 una condición avara,
 criados informan mal.
RODRIGO. Bien dices. Daréle el alma;
 pero no, que es ya de Celia.
LISEO. Pues dale un alma de plata.
*(Vanse, y salen los que pudieren, bailando en rueda,
 con guirnalda de flores, y los Músicos, can-
 tando.)*
MÚSICOS. ¿Quién dice que no es éste

GARCÍA. tanto sombrerillo y pluma,
tanto amante?
Digo en suma
que no viendo el bien que espero,
todo cuanto miro aquí,
que en esta alegre ribera
celebra la primavera,
es infierno para mí.

(Sale PEDRO, criado.)

PEDRO. Ya no pensé que te hallara.
GARCÍA. ¿Cómo, Pedro?

PEDRO. Está de suerte
el campo, que ha sido el verte
milagro.

GARCÍA. ¿Y mi prenda cara?

PEDRO. Tu prenda cara, señor,
queda con Teodora allí.

GARCÍA. ¿Y su hermano?

PEDRO. No le vi.

GARCÍA. Teodora me da temor.

¡Oh, si pudieses llegar
y decirle que aquí estoy!

PEDRO. Aunque conocido soy,
por ti la tengo de hablar.

GARCÍA. ¿Cómo?

PEDRO. ¿Tienes un doblón?

GARCÍA. ¿Para qué?

PEDRO. ¡Gentil amante!

GARCÍA. No porque el doblón me espante,
mas por saber la invención;
que, aunque tu intento no sé,
es maliciosa esta dama.

PEDRO. Cuando piden a quien ama
no ha de decir para qué;
que ha de ser quien así está
reloj con estas señoras,
que ha de dar a todas horas
sin saber a quién se da.

GARCÍA. Toma, y Ulises te enseñe.

PEDRO. A Ulises puedo enseñar.
¿Adónde os tengo de hallar,
que no es justo que me empeñe
en tal peligro?

GARCÍA. Detrás
de aquel álamo que abraza
aquella vid.

PEDRO. ¡Linda traza!

(Vase PEDRO.)

LUCINDO. ¿Agora contento estás?

GARCÍA. Hasta verla estaré triste.
LUCINDO. Esta variedad que veo
el más ardiente deseo
gustosamente resiste.

GARCÍA. De todo estoy incapaz.
Trasládese a un verde soto
la corte.

LUCINDO. ¡Bravo alboroto!

(Ruido dentro.)

(Dentro.) ¡Afuera, ténganse, paz!

LUCINDO. ¿Qué es aquello?

GARCÍA. Cuchilladas.

LUCINDO. ¡Qué notable gente acude!

GARCÍA. Con una que se desnude,
se sacarán mil espadas.

LUCINDO. Hacia aquí vienen bailando.

GARCÍA. Este regocijo es fiesta.

LUCINDO. Gente de pandero es ésta.

GARCÍA. Pues vámonos retirando.

(Apártanse, y salen cantando los MÚSICOS y una
mujer bailando.)

MÚSICOS.

“En Santiago el Verde me dieron celos.
Noche tiene el día; vengarme pienso.
Alamos del Soto, ¿dónde está mi amor?”

GARCÍA.

Esta seguidilla acabaré yo.

MÚSICOS.

“Alamos del Soto, ¿dónde está mi amor?
Si se fué con otro, moriréme yo.”

GARCÍA. Mal agüero; pero vamos
al puesto que señalé.

LUCINDO. Yo te aseguro que esté
entre aquellos verdes ramos.

(Vanse DON GARCÍA y LUCINDO.)

MÚSICOS.

“Manzanares claro, no pequeño,
por faltarle el agua corre con fuego.”

(Vanse cantando, y salen CELIA y TEODORA, con
capitillos.)

TEODORA. ¿Qué es lo que vienes buscando?

CELIA. Ninguna cosa, Teodora.

TEODORA. Parece que vas agora

TEODORA. Pues no viene, eso será.
 LISARDO. Véngale a ver, y sabrá
 que tiene galán marido.
 TEODORA. Buscarla será mejor.
 LISARDO. Que se esconde sospechamos
 vuestra esposa entre estos ramos.
 RODRIGO. Por ser de los ramos flor.
 LISARDO. Que la vamos a buscar
 dice Teodora.
 RODRIGO. Y es justo.
 LISARDO. Aquí esperad.
 RODRIGO. Con el gusto
 que amor obliga a esperar.

(Vanse LISARDO, TEODORA y INÉS: quedan DON RODRIGO y LISEO)

LISEO. Melindre quiere tener
 Celia.
 RODRIGO. ¿Melindre en la corte?
 Mas bien es que se reporte
 mi esposa en dejarse ver,
 que lo que se ha de comprar
 se ha de mirar poco a poco.

(Apartense a un lado, y salen DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO y CELIA)

GARCÍA. Estoy por tus ojos loco.
 CELIA. Estas prendas me has de dar.
 RODRIGO. ¡Bravas damas y galanes!
 LISEO. Hoy es el bosque de amor.
 RODRIGO. Será de Celia rigor
 con desdenes y ademanes
 huir de que yo la vea.
 LISEO. Búscala tú, que es razón.
 RODRIGO. Campo y bodas.
 LISEO. Pues ¿qué son?
 RODRIGO. Plegue a Dios que por bien sea.

(Vanse DON RODRIGO y LISEO)

GARCÍA. Este naipe es un retrato
 de cierta dama; ya es muerta.
 CELIA. ¿Muerta?
 GARCÍA. Sí; que está olvidada,
 y ausente lo mismo fuera.
 CELIA. ¡Buena cara, por mi vida!
 GARCÍA. Era un poquito morena,
 pero con lindas facciones.
 CELIA. ¿Lindas?
 GARCÍA. Pues ¿deso te pesa?
 CELIA. Lo moreno viene aquí;
 lo lindo, allá se le queda;

mas basta que tú lo digas
 para que yo te lo crea.
 GARCÍA. ¿Celos?
 CELIA. ¿Yo celos? ¡Temprano!
 ¿Qué cintas verdes son éstas?
 No sé; ¡por Dios! Disparates
 que vienen a que los veas.
 Estos son dos papelillos
 de cierta dama burlesca,
 destas que venden el gusto.
 PEDRO. Sí; que amor tiene taberna
 donde alguno se emborracha.
 LUCINDO. Yo pienso que Pedro acierta;
 que destes ramos sin duda
 muchos las llaman rameras.
 CELIA. Leer quiero este papel.
 GARCÍA. Por tu vida, no le leas;
 mira que el tiempo se pasa.
 CELIA. También se pasa la pena.

(Lee el papel.)

“Quien pasa dos días sin visitarme, pasará
 muchos sin verme, pues bien sabe vuesa merced
 que me tenía ociosa y enamorada; luego que vi
 tan recia la tempestad, me prometí la serenidad
 que veo, porque de los amores y las cañas,
 las entradas. Si vuesa merced no se atreve a
 venirme a ver a mi casa, déme licencia que yo
 vaya a la suya; que las mujeres, cuando que-
 remos, también sabemos ser hombres.”

GARCÍA. No leas, Celia querida,
 cosas tan viles como éstas,
 y que en cierto pasaron
 antes que yo te quisiera.
 Echale agora en la manga
 y allá sabrás lo que queda;
 mira que me tienes muerto
 con soledades y ausencias.
 Dime alguna cosa tuya,
 que estas cosas no vinieran
 a tus manos sin tu gusto;
 pero, al fin, si me confiesas
 de pensamientos pasados,
 allá llevas las ofensas.
 CELIA. Entibado me has el gusto
 con estas cosas; mas eran,
 como tú dices, en tiempo
 que no me ofendes con ellas.
 GARCÍA. No, Celia, no vienes tú
 como quien ama de veras;
 algo traes de mudanza;

1. en tu puerta
 2. habas
 3. a
 4. en tres
 5. a
 6. en la queda
 7. en la queda
 8. que me mata
 9. que me mata
 10. a la
 11. a la
 12. en la
 13. en la
 14. en la
 15. en la
 16. en la
 17. en la
 18. en la
 19. en la
 20. en la
 21. en la
 22. en la
 23. en la
 24. en la
 25. en la
 26. en la
 27. en la
 28. en la
 29. en la
 30. en la
 31. en la
 32. en la
 33. en la
 34. en la
 35. en la
 36. en la
 37. en la
 38. en la
 39. en la
 40. en la
 41. en la
 42. en la
 43. en la
 44. en la
 45. en la
 46. en la
 47. en la
 48. en la
 49. en la
 50. en la
 51. en la
 52. en la
 53. en la
 54. en la
 55. en la
 56. en la
 57. en la
 58. en la
 59. en la
 60. en la
 61. en la
 62. en la
 63. en la
 64. en la
 65. en la
 66. en la
 67. en la
 68. en la
 69. en la
 70. en la
 71. en la
 72. en la
 73. en la
 74. en la
 75. en la
 76. en la
 77. en la
 78. en la
 79. en la
 80. en la
 81. en la
 82. en la
 83. en la
 84. en la
 85. en la
 86. en la
 87. en la
 88. en la
 89. en la
 90. en la
 91. en la
 92. en la
 93. en la
 94. en la
 95. en la
 96. en la
 97. en la
 98. en la
 99. en la
 100. en la

CELIA.

¿Hay desdicha mayor?

INÉS.

Si tú sabías
que tu hermano, señora, te casaba,
¿para qué le buscabas y escribías?

CELIA.

Pensé la dilación que me aguardaba;
mas quise acrecentar las glorias mías,
cuando para Teodora le buscaba.
Ya le vi, ya le quise, y ya lo pago,
pues ha de ser, Inés, mi eterno estrago.

INÉS.

Que luego olvidarás, con nuevo dueño.

CELIA.

No olvidaré en mi vida a don García.

INÉS.

Así lo dicen todas; pero es sueño:
las firmezas de amor duran un día.

CELIA.

¡Ay, cómo siempre en término pequeño
le desaparece amor! Desdicha mía
fue conocer un hombre tan gallardo.

INÉS.

¿Si es aqueste que viene con Lisardo?

(Salen LISARDO, TEODORA, FABIO, DON RODRIGO y
LISEO.)

LISARDO.

Está de suerte el Soto, con la gente
que hoy le celebra, que se habrá perdido.

RODRIGO.

Los árboles exceden la corriente.
que el Nilo enturbia.

INÉS.

¡Qué galán vestido!
El talle ya es razón que te contente.

CELIA.

No tan presto al amor vence el olvido.

TEODORA.

Aquí está Celia.

LISARDO.

Hermana, ¿dónde estabas?

CELIA.

Donde no imaginé que me buscabas.
Sentada a las orillas dese río,
por donde amenos olmos le hacen calle,
me holgaba de mirarle con el brío
que suele julio, con calor, quitalle.

RODRIGO.

¿Qué te parece el nuevo dueño mio?

LISEO.

Que tiene bello rostro y lindo talle.

LISARDO.

Este es tu esposo.

RODRIGO.

Dadme vuestras manos.

LISARDO.

Términos excusemos cortesanos.

CELIA.

No os espante, señor, de que turbada
me sienta al veros el primero día,
en campo abierto, sola y descuidada.

RODRIGO.

Tal vez amor al campo desafía;
para matarme a mí sacó la espada
en este campo, aunque es vitoria mía,
pues siendo vuestros ojos salteadores,
salió a robarme y me mató de amores.

Un Ovidio este bosque me parece,
este día famoso de Santiago
de bellísimas ninfas se guarnece;
mucho en su variedad me satisfago.
Mas como Venus clara resplandece
cuando en el Occidente cubre el lago
del ancho mar el sol: sois vos con ellas
lucero entre bellísimas estrellas.

CELIA.

Mirad, señor, que aunque ese ingenio invidio,
que también os diré que andaba solo
entre los bosques, como pinta Ovidio,
desafiando al Amor el rubio Apolo.

LISARDO.

A mí me dan las fábulas fastidio.

estaba en el
 de la
 de la

de la

de la

de la

de la

de la
 de la
 de la

de la

de la
 de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la
 de la
 de la
 de la

de la

de la

de la

de la
 de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la
 de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

Mas ya ventura señalas
a mi señor don García.

Entre aquellas zarzas queda,
muerto por verte y hablarte.
Si pudieses escaparte
sin que nadie verte pueda,
darásle vida; que allí
todo hoy sin comer bocado,
celoso y desesperado,
está muriendo por ti.

TEODORA. ¿Por mi? Pedro, si verdad
me dijeras, yo te diera
una cadena.

PEDRO. No fuera
mentirte buena amistad.

TEODORA. ¡Ay, alma! Crédito dalde.

PEDRO. Bien me lo puedes creer.
¿Piensas tú que soy mujer,
para que mienta de balde?

(Vase PEDRO.)

TEODORA. Vete, que ya voy tras ti.
Inés, que digas te ruego
a Celia que vuelvo luego,
si preguntare por mí.

(Vase TEODORA.)

RODRIGO. Yo he venido, como veis,
Lisardo, a vuestro concierto,
por ver a Celia, tan cierto,
como por las cartas veis.

Después de vista lo afirmo
con nuevas obligaciones.

LISARDO. Y yo las satisfacciones
que tengo de vos confirmo.

RODRIGO. ¿Cómo queréis que esto sea?

LISARDO. Habiendo vos de posar
en mi casa habrá lugar
para que aquesto se vea.

RODRIGO. La merced, Lisardo, aceto:
que ya como hermano soy
vuestro huésped.

LISARDO. Y yo estoy
seguro del mismo efeto.

CELIA. Inés, ¿adónde se fué
Teodora?

INÉS. ¿No viste aquí
a Pedro?

CELIA. ¿Pues vino?

INÉS. Sí.

CELIA. ¿Hablástele?

INÉS. No le hablé:
porque él hablaba al oído

CELIA. a Teodora, y la llevó.
Bien imaginaba yo
la contrahierba de olvido
en esta enemiga mía,
que con él se fué a hablar.

INÉS. Si tú te quieres casar,
¿qué culpas a don García?

CELIA. ¡Ay, Inés! Tienes razón:
pero es justo sentimiento
de mi injusto casamiento
mudar tan presto afición.

INÉS. ¿No aguardaras sólo un día?
Amor quíerele vengar

CELIA. de presto.
¿Que fuese a hablar
Teodora con don García!

Entrambos toman venganza
de mí, que a entrambos ofendo:
a Teodora, pues emprendo
contradecir su esperanza,
cuando se puede excusar,
y a don García, en casarme
al fin. Quiero aventurarme
a seguirlos y a estorbar
que no hablen.

INÉS. Mucho emprendes.
Mira que el valor ofendes
de que te sueles preciar.

CELIA. Esta es la prueba mayor:
que nadie, aunque haya desvelos,
hasta que lleguen los celos
conoce si tiene amor.

(Vase CELIA.)

LISARDO. Trataremos nuestras cosas
como a los dos esté bien.

RODRIGO. Será fuerza que lo estén,
y allanar las más forzosas.

INÉS. Demás que no he de salir
un punto de vuestro gusto.
LISARDO. Con vida y casa, y es justo,
siempre os tengo de servir.

INÉS. ¿Dónde están Celia y Teodora?

LISARDO. Al coche pienso que van.
Pues solas pienso que están,
tratarán a solas ahora

de vuestra persona y talle.
Recoge, Fabio, la gente,
que se va el sol diligente.

FABIO. ¡Hola, Juan! Voy a avisalle
que llegue a esta orilla el coche.

(Vase LISARDO, INÉS y FABIO.)

GARCÍA. ¿Por qué no?
CELIA. Porque me ofende

Teodora, con ser mi amiga.
En Madrid sobran mujeres;
enamórate, García,
pues ya lo quiso mi suerte,
que no te vea, ni oiga;
y no es bien que me atormentes
a los ojos con Teodora.

GARCÍA. Pues, si Teodora me quiere,
¿quieres tú que ande en Madrid,
donde amor se compra y vende,
a buscar una mujer
que me quiera tiernamente?
¿Quieres que ande con escalas
de noche a subir paredes?

CELIA. ¿Escalas? Eso era en tiempo,
si hay quien de aqueso se acuerde,
de Calixto y Melibeia.

GARCÍA. Pues si tratan de intereses,
ya ves cuál me tienen pleitos.
Demás que tú no me puedes
pedir más obligaciones
que hablarte tan pocas veces.

CELIA. ¿No es obligación tocarme
una mano, y locamente
llegarme al rostro?

GARCÍA. Otras cosas
de más importancia suele
lavar en Madrid el río
al pasar de su corriente.
Lávate el rostro y las manos,
y harás que en ella se queden
mis atrevimientos locos.

CELIA. ¡Lindo, a fe! ¡Bravos desdenes!
Pegado te ha los donaires
Teodora. Pues oye: advierte
que fuertemente la quieras
y lo que has dicho sustentes;
porque si acaso, rendido
a alguna memoria, vuelves,
te he de hacer llorar seis años.

(Vase CELIA.)

GARCÍA. ¿Amenazas?... ¿Fuése?

LUCINDO. Fuése.
¿Ves si fué bueno el consejo?

GARCÍA. Celos es piedra en que quiere
amor quilatar el oro.

LUCINDO. No hayas miedo que te deje
esta mujer con Teodora.

GARCÍA. Más que siempre me atormente;
que en eso está mi descanso.

LUCINDO. ¿Qué aguardas?

GARCÍA. A sólo que entren
en el coche, para ver
si va dentro el novio.

LUCINDO. Advierte
que ya le toma la mano.

GARCÍA. Vengarse, Lucindo, quiere,
como ha visto que la miro.

LUCINDO. Pues finge que no lo sientes.

GARCÍA. ¡Los favores que le hace!
¡Plegue al cielo que te anegues,
coche, al entrar en el río!

PEDRO. Dicho y hecho.

GARCÍA. ¡Recogedme,
aguas, que a librarla voy!

(Vase.)

PEDRO. Echóse al agua.

LUCINDO. Ya quiere
salir con Celia a la orilla.

(Sale DON GARCÍA con CELIA en brazos; TEODORA,
LISARDO, DON RODRIGO, LISEO, FABIO y INÉS.)

GARCÍA. De peligro como aqueste,
¿quién, si no yo, te librara?

CELIA. Mis brazos te lo agradecen,
cuando tú los estimaras.

RODRIGO. Mucho a este hidalgo se debe.

LISARDO. Si por él no hubiera sido,
cuanto bien tengo se pierde.

RODRIGO. Díganos vuesa merced
quién es, pues tan bien se debe
que le sirvamos.

GARCÍA. Señor,
aunque es traje diferente,
del oficio soy, señor;
nül remedios se me ofrecen:
maestro soy.

RODRIGO. ¿De las armas?

GARCÍA. No, señor; que solamente
coso y hago de vestir.

RODRIGO. Gallarda persona tiene.

GARCÍA. Pues sepa vuesa merced
que a quien el serlo pretende
le está muy bien el buen talle
y el vestir curiosamente;
porque al tomar la medida
a un príncipe, o si se ofrece
a alguna curiosa dama,
con buen talle a entrambos llegue;
demás que el oficio me honra,
que yo no a él.

RODRIGO. Puede hacerle

capitan su Majestad
 ¿Quién son los que con él vienen?

GARCÍA. Ocho ailes nuevos son,
 vizcaínos, buena gente
 Y a corto lo que ellos cosen

LUISANDO. ¡Hay desatino como este?

PEDRO. Sospecho que de turbado
 se ha hecho el sastré.

LUISANDO. Amor, viene
 a ver el entendimiento

RODRIGO. Por el amor y por tenerle
 lazar de esta obligación
 quiero que me egiere quiere
 que el amor nuestro haga
 una visita

GARCÍA. ¿Y qué me responde
 de la visita? Te dora

RODRIGO. ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde? ¿Y qué de suerte
 responde a lo que responde?

RODRIGO. Por qué una se apreste
 que que tendrá que ser
 lo que me responderá
 Venga al sastré

CRISTINA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

LUISANDO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

LUISANDO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

LUISANDO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

ACTO TERCERO

En el interior de la casa de Pedro.

PEDRO. ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

LUISANDO. ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

PEDRO. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

GARCÍA. ¿Y qué me responde?
 ¿Y qué me responde? ¿Y qué me responde?

dijo al trono de marfil;
que siendo la más sutil,
me toca Apolo más veces;

todos sus redobles son
en mi flaqueza, y no advierte
en tocar más la más fuerte,
pues menos toca el bordón.

O no tenga a razón poca,
cuando su canto celebre,
de que alguna vez me quiebre,
pues tantas veces me toca."

Dando con esto a entender,
comparación extremada,
de que la cuerda más delgada
y sutil, que es la mujer,

pone un hombre tanto honor,
confianza, amor, verdad,
cuidado, gusto, lealtad,
recato, hacienda, valor,

que no es mucho, si la toca
tantas veces, que la pierda,
y, rota en partes la cuerda,
venga a parecernos loca.

LUCINDO. Ella habló como sutil
y de instrumento de Apolo;
que Séneca, que fué solo
en el aplauso gentil,

dijo que naturaleza
fué sabia en quitar poder
y fuerzas a la mujer:
porque a tener fortaleza,

no se pudiera vivir.
GARCÍA. ¿Qué importa, si en su hermosura
las dió la fuerza segura
con que nos pueden rendir?

Hércules, fuerzas tenía,
y como mujer hilaba,
porque una mujer que amaba
en mujer le convertía.

¿Ay, Dios! ¿Qué tengo de ha-
Lucindo, sin esperanza. [cer,
disculpando la mudanza,
que es débil cuerda en mujer?

Irme a Granada no puedo:
que mis negocios están
en estado que me dan,
si les vuelvo el rostro, miedo.

Pues ¿cómo podré sufrir
el ver a Celia casada?
Pero la invención pasada
será mejor proseguir,
sea o no sea locura.

PEDRO. ¿Cuál? ¿La del sastre, señor?

GARCÍA. Sí: que está desnudo amor,
y amor vestirse procura.

PEDRO. ¿A qué efeto?

GARCÍA. A entrar a ver
esta mujer que nie mata.

PEDRO. Lucindo, ¿por Dios, que trata
mi amo echarse a perder!

LUCINDO. No lo intentes, don García,
que es desatino notable.

GARCÍA. Pues ¿cómo quieres que hable
a la ingrata prenda mía?

Dejadme ahora ser loco.

PEDRO. Dado que su sastre seas,
y que entres y que la veas,
que no es el peligro poco,

si te diesen a cortar
una tela, ¿qué has de hacer?

GARCÍA. ¿Hay más que echarla a perder
y allá volvella a comprar?

LUCINDO. ¿Muy buena ganancia es ésa!

PEDRO. ¿Lindo oficio!

LUCINDO. El arte alaba
Será el sastre que cortaba
el paño y la sobremesa,

y decía: "¡Pesía tal,
qué linda tabla de paño!"

GARCÍA. Yo no siento que haya engaño
para remediar mi mal
como el de aquesta invención.

LUCINDO. Y el fin, ¿no se ha de mirar?

GARCÍA. Los que comienzan a amar,
como los valientes son.

Seguidme, que solamente
en su gusto amor repara;
porque si el fin se mirara,
no hubiera un hombre valiente.

(*Pausa, y salga CELIA sola.*)

CELIA. Amor, ¿en qué te ofendí,
que no me quieres dejar?
Si me fuerzan a casar,
¿qué se te da, amor, a ti?

¿Qué quieres, si no nací
para ser de don García,
con esa injusta porfía,
tan bárbara como tuya?
Pues el dejar de ser suya
consiste en que no soy mía.

Déjame, amor; que cuidados
imposibles no los precio.
No seas conmigo necio,
pues lo son los porfiados.

y cuando los favores animoso,
que son nublado, y sol, celos y amores.

Como se opone a su divina cara,
hasta que rompe sus oscuros velos,
y parece que el sol su curso para.

Así, por confusiones y desvelos,
hasta que el desengaño le declara,
se esconde amor, cuando le encubren celos.

(Salgan DON GARCÍA, LUCINDO y PEDRO, y los dos sastres.)

GARCÍA. Aquí me dicen que está.

RODRIGO. ¿Es el maestro?

GARCÍA. Yo soy,
que de vos quejoso estoy.

RODRIGO. No tiene remedio ya
el daros aquesta obra:
perdonad; la culpa es vuestra,
pues sabéis la casa nuestra,
para acudir: basta y sobra,
ya que la vuestra no sabe
ninguno en casa.

GARCÍA. Teodora.

¿no la dijo?

RODRIGO. Esa señora
dijo que érades muy grave,
y no a propósito.

GARCÍA. Bien
me paga la vecindad,
y vos, con la voluntad
que os quise querer también.

La palabra me habéis dado:
mirad que sois caballero.

RODRIGO. Vino otro sastre primero,
con quien habemos sacado
los recados, que ya están
para que Celia los vea.

GARCÍA. Cuando mi zapato sea,
en lo que es vestir galán,
daré un ojo de la cara:
pues estos dos oficiales,
¿haylos en la corte iguales,
de corte, medida y vara?

Y por tí, menos haré (62)
la mitad.

RODRIGO. Yo no querría
pesadumbres.

GARCÍA. La porfía
cesará con que daré
al maestro veinte escudos.

RODRIGO. Como vos os obliguéis
a que no se queje (63), haréis
que quedemos todos mudos.
¿Cómo os llamáis?

GARCÍA. Justo.

RODRIGO. Nombre
notable en saste fué Justo.

GARCÍA. Antes porque visto al justo
es justo que así me (64) nombre.

Al justo se ha de pedir
lo que fuere menester,
a gusto se ha de comer
y justo se ha de vestir (65).

Y porque el vestir a gusto
también importa, es razón
ser justo, pues pocas son
las letras de gusto a justo.
Corre alguna injusta fama,
no en Madrid (66), donde hay maes-
tan hidalgos y tan diestros [tros
para vestir una dama

y un príncipe, que podrían
ser sus propios camareros,
y en todo tan verdaderos
que mil haciendas les fian.

De mí os sé decir que soy
el que dellos menos valgo,
y soy muy honrado (67) hidalgo
y en tal posesión estoy.

RODRIGO. ¿De dónde sois?

GARCÍA. Vizcaíno,
a vuestro servicio.

PEDRO. Y yo
¿soy barro, pues no nació
más noble hidalgo el tocino?

LUCINDO. Vuesa merced esté cierto
que le habemos de servir.

RODRIGO. Mi palabra he de cumplir,
pero con este concierto.

GARCÍA. Haré que a todo se allane.

RODRIGO. ¡Hola, Liseo!

LISEO. Señor.

(Salga LISEO.)

GARCÍA. Yo haré, no tengáis temor,

(63) En el impreso, "a desenojarle".

(64) En idem, "me viene bien éste".

(65) En el autógrafo dicen estos dos versos
al tiempo justo traer
y justamente vestir.

(66) En el autógrafo, "mas no aquí".

(67) En idem, "y que soy muy bien".

(62) Estos dos versos dicen en el autógrafo:

Daca esa medida y vara,
que por lo menos haré.

que ya no hay fe que no rompa!
 CELIA. ¿Parézcoos gentil?
 GARCÍA. Y tanto,
 que ya no hay turca ni mora
 que me lo parezca más.
 CELIA. Todo a un loco se perdona.
 GARCÍA. ¿Está bien (71) de aqueste largo?
 CELIA. Si es largo como la historia,
 arrastrará por el suelo;
 pero lo que arrastra honra.
 GARCÍA. El ruedo, dieciséis (72) palmos;
 la manga, entre larga y corta;
 de la ropa condiciones
 de cierta mujer hermosa.
 larga en prometer palabras,
 corta en cumplirlas con obras.
 La cintura así se mide.
 PEDRO. ¿No ves que la abraza agora?
 GARCÍA. Al fin te tengo (73) en mis brazos.
 deuda de mi amor tan propia.
 CELIA. Calla, atrevido, que estoy
 temblando.
 LUCINDO. Invención famosa.
 GARCÍA. ¿El cuello está bien así?
 CELIA. ¿Volveréme a la redonda?
 GARCÍA. No, que aun en tan breve ausencia
 es la vuelta peligrosa.
 Mostrad (74) los brazos. ¡Ay, Dios,
 qué pido!
 CELIA. La manga, corta,
 al uso; mas no de suerte
 que parezca vanagloria.
 RODRIGO. Dan agora las mujeres
 en traer muñecas gordas.
 PEDRO. Darles sustancias y pistos.
 GARCÍA. Esto es hecho.
 CELIA. Yo estov loca
 de ver tu atrevido pecho.
 GARCÍA. ¿Mi atrevimiento te enoja?
 Pues más te queda por ver.
 ¿Dónde están las sedas?
 RODRIGO. ¡Hola!
 Dad las sedas al maestro.
 GARCÍA. Martín, esas telas toma.
 INÉS. ¿Y a mí, señor, no es razón
 que me déis alguna cosa?
 ¿Tengo de salir así
 a acompañar vuestra novia?

RODRIGO. ¿Qué quiere Inés que le dé?
 INÉS. Un vestido que me ponga
 en vuestras bodas, señor.
 RODRIGO. Desde el chapin a las tocas
 tendrá la señora Inés.
 INÉS. Mil años goces tu esposa.
 GARCÍA. ¿Para qué es bueno mil años?
 Pues una mujer no es moza
 de treinta.
 PEDRO. Yo he visto algunas
 que con un siete y tres sotas
 descubren treinta, y el siete
 entre las cartas arrojan:
 y como si fueran niñas
 juegan, triscan (75) y enamoran
 mozueros cuyos abuelos
 las sirvieron (76) cuando mozas.
 RODRIGO. Son cuerpos embalsamados.
 PEDRO. Son muchachas a la sombra:
 pero al sol vuélvenle saetre,
 que les hace al rostro (77) alforzas.
 RODRIGO. Diga, maestro, ¿qué varas
 entrarán en saya y ropa
 de Inés?
 GARCÍA. Dilo tú, Martín:
 que yo no visto personas
 menos que Celia.
 PEDRO. ¿Yo?
 GARCÍA. Si.
 PEDRO. ¿Que gustes de aquestas cosas! (78)
 Para ropa y saya a Inés
 trescientas varas le importan.
 RODRIGO. ¿Trescientas?
 PEDRO. De pasamanos
 ¿es mucho?
 RODRIGO. No digo agora
 sino de seda.
 PEDRO. De seda,
 treinta varas son forzosas.
 RODRIGO. ¿Treinta?
 PEDRO. ¿No ha de ser holgado
 para si después engorda?
 RODRIGO. Cofrade sois del pendón.
 PEDRO. Lléguese acá. No se corra,

(75) En el impreso, "luscan", por errata.
 (76) En idem, "tuvieron", por errata.
 (77) En idem, "mil".
 (78) En idem, estos versos dicen:

(71) En el autógrafo, "¿Agrádaos".
 (72) En idem, "catorce".
 (73) En idem, "En fin, estás".
 (74) En idem, "Dadme".

Martín, dilo tú,
 que yo visto otras personas.

PEDRO. ¿Yo?
 GARCÍA. Si, acaba: ¿qué repara?
 PEDRO. ¿Que gustes de aquestas cosas!

TEODORA. Fingiólo por don Rodrigo.
 CELIA. Míralo muy bien primero,
 que ahora ha venido aquí
 y medida me ha tomado.
 TEODORA. ¿Para tus vestidos?
 CELIA. Si;
 pero en la seda ha cortado,
 gracias a amor, que no en mí.
 TEODORA. Que, en fin, ¿él se declaró
 por oficial?
 CELIA. Librementemente,
 como casada me vió.
 TEODORA. Pues ¿cómo con tanta gente
 le he visto a caballo yo?
 CELIA. Como esos milagros hace
 el engaño o el dinero.
 si a mil faltando deshace (86).
 ¿Es mucho hacer caballero
 a un hombre que no lo nace?
 TEODORA. ¡Ay, Celia! No más engaños
 de forasteros traidores;
 no quiero más desengaños
 ni casarme por amores,
 ocasión de tantos daños.
 Hazme placer (87) de tratar
 con tu hermano el casamiento
 que hasta aquí me dió pesar.

(Salgan LISARDO y FABIO.)

LISARDO. ¿Dónde queda?
 FABIO. En su aposento.
 LISARDO. No le vayas a llamar,
 que acaso escribe a Toledo.
 FABIO. Aquí están Celia y Teodora.
 LISARDO. Con eso contento quedo.
 CELIA. Este es mi hermano, y agora (88)
 decirle tu intento puedo.
 LISARDO. Honráis con mucha razón
 Teodora, esta casa vuestra,
 y más en esta ocasión.
 TEODORA. A la antigua amistad nuestra
 responde mi obligación.
 LISARDO. Tengo a mi Celia casada
 con un galán caballero.
 TEODORA. Ella está bien empleada.

CELIA. Que ha de estar Teodora espero
 más que envidiosa envidiada,
 y casar juntas las dos.
 LISARDO. Pues ¿con quién se ha de casar?
 CELIA. Con vos.
 LISARDO. ¿Conmigo?
 TEODORA. Si vos
 no amáis en otro lugar.
 LISARDO. ¿Ni en otro mundo, por Dios!
 CELIA. No te turbes, que ya tiene
 Teodora resolución,
 y a saber la tuya viene.
 LISARDO. Quien sabe (89) mi pretensión,
 ¿qué dilaciones previene?
 Yo soy suyo, y lo he de ser.
 TEODORA. Yo quisiera merecer
 tal marido y tal cuñada.
 LISARDO. Ocasión tan deseada
 bien me puede enloquecer.
 Haremos dos casamientos
 juntos que a la corte admiren.
 CELIA. ¿Qué hay, Inés?
 INÉS. Con mil contentos
 te escucho.
 CELIA. Aunque más suspiren (90)
 mis pasados (91) pensamientos,
 he de ser de don Rodrigo.
 INÉS. ¿Aún piensas que es don García
 aquel fingido enemigo...?
 CELIA. Bizarro talle tenía.
 No puedo acabar conmigo
 aquella imaginación.
 LISARDO. Así queda concertado,
 y en prendas desta afición.
 Fabio.
 Señor.
 LISARDO. Con cuidado,
 como pide la ocasión,
 llama a Justo, sastre nuestro:
 vístame de oro a Teodora.
 TEODORA. ¿Qué Justo?
 LISARDO. El hombre más diestro
 que tiene la corte agora.
 Es excelente maestro.
 Saque telas y tabies,
 blancos, verdes, carmesíes;
 robe esas tiendas un día,
 mientras yo a la Platería
 sus diamantes y rubíes.

(86) Falta en el impreso este verso.

(87) En el impreso, "merced".

(88) Este verso y el anterior dicen en el autó-grafo:

TEODORA. Admirado me ha el enredo.
 ¿Es Lisardo?

CELIA. Si; y agora.

(89) En el impreso, "sabiendo".

(90) En idem, "me retiren".

(91) En idem, "cobardes".

que me haberes
unida las dos
el re-

que voy a ados con vos
abre a los amores

Nos va a unir
nos va a unir

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

que me haberes
unida las dos

me las daréis, para que yo las lleve
y vista al mismo sol, si hay sol de nieve.

Con esto pasará los tristes días
que he de estar en Madrid, pues sólo aguardo
verla casar, creciendo en mis porfías
los celos de un marido tan gallardo,
que entonces piensan las historias mías
declarar mis desdichas a Lisardo
diciéndole quién soy, y que en Granada
tiene una alma, una vida y una espada.

Pagaré las hechuras, y sin ellas
os daré una cadena que tenía
para la hermosa Celia, en cuyas bellas
manos, ¡ay, Dios!, mi boca puse un día.
Llevad las sedas o enviad por ellas.
Quien digo soy; mi nombre, don García.
Este, mi pensamiento, y esta historia,
principio de mi mal, fin de mi gloria.

SASTRE. Estoy con mucha razón
de escucharos admirado.
Casos de amor siempre son
notables.

GARCÍA. Yo os he fiado
por mercader de afición.
Las telas de mi secreto
cortad como os diere gusto.

SASTRE. Vestirle justo os prometo
y vestir a Celia al justo
vuestro amoroso sujeto,
que yo tengo las medidas
de otras ropas que le he hecho
y cuantas hoy trae vestidas.

GARCÍA. Estoy de vos satisfecho.

SASTRE. Perderé por vos mil vidas.

GARCÍA. Dios os guarde (98).

(Vase.)

SASTRE. ¿Quién dijera
que este hidalgo no era sastre?
Dicha ha sido, pues pudiera
sucederme algún desastre
con que de sastre saliera.

(Váyanse; salgan CELIA y LISARDO.)

LISARDO. Esto que te digo vi.

CELIA. Pienso que te has engañado.

LISARDO. A palacio descuido
aquesta mañana fui
porque daba el Duque audiencia;

y entre muchos caballeros,
de hábito, de los primeros
entró a hablar a su excelencia.

CELIA. ¿Nuestro sastre?

LISARDO. El mismo digo,
y vi que, cuando salió,
con ellos se paseó
y habló como yo contigo.

CELIA. ¿Justo, el que mis vistas hace?

LISARDO. Justo, el que tus ropas cose.

CELIA. ¿Y en qué paró?

LISARDO. Despidióse,

y como no satisface
a la opinión recibida
lo que puede ser engaño,
y un suceso, por lo extraño,
a curiosidad convida.

seguile, y vi que subió
en el poyo del zaguán
en un caballo alazán
que Córdoba no le vió

mejor en la verde orilla
del claro Guadalquivir.

CELIA. Sólo te puedo decir
que me espanta y maravilla
que aquí de vestir me corte
y allá mude el mismo ser.

LISARDO. Como eso pueden hacer
los milagros de la corte.

Dos lacayos, cuatro pajes
le acompañaban. Llegué,

y al uno le pregunté,
viéndolos en buenos trajes,

con el sombrero en la mano:

“¿Quién es este caballero?”

y él me dijo: “Un forastero”;

y luego, muy cortesano,

me contó cómo venía
de Granada, y pleiteaba
cierta hacienda, y se llamaba...

ya me acuerdo: don García.

CELIA. Mira, hermano, que sospecho
que serán muy parecidos.

LISARDO. Sí, porque cortar vestidos
como vemos que lo ha hecho,

y tener su tienda aquí
y ser caballero allá,
fuera de razón está:

mas ¡vive Dios!, que le vi.

CELIA. ¿Mirástele bien la cara?

LISARDO. Dos mil veces le miré,
y le fui siguiendo a pie
y fuera adonde parara,

(98) En el autógrafo, “Quedad con Dios”.

allá me pienso morir;
que pensar sin ti vivir,
ángel, es cosa excusada. [bres!
CELIA. ¿Qué bien engañan los hom-
¿Hay rui señor que así cante?
¿Hay hechizo semejante,
tales ansias, tales nombres?
"Yo me partiré a Granada:

(Fisgando.)

allá me pienso morir;
que pensar sin ti vivir,
ángel, es cosa excusada."
¿Ay, García: yo sería
tuya, si pudiese ser!
GARCÍA. ¿Quieres tú ser mi mujer?
CELIA. Quiero y no puedo, García.
GARCÍA. Pues vete, y déjame aquí.
CELIA. ¿Qué has de hacer?
GARCÍA. Trazas de amor.
CELIA. Salvo mi honor.
GARCÍA. Es tu honor
luz que resplandece en mí.
INÉS. ¿Ay, señora! ¿Don Rodrigo!
(Salga DON RODRIGO.)

RODRIGO. ¿Qué hay, maestro?
GARCÍA. Este jubón
truje a probar.

INÉS. ¿Y el moscón,
no prueba nada conmigo?

PEDRO. Los abanillos, por Dios,
faltan de asentar. Inés.

RODRIGO. ¿Probástele?

CELIA. Lindo es,
y entendámonos los dos,
porque es sastre liberal,
de que estoy agradecida,
porque no he visto en mi vida
tan excelente oficial.

Pensé yo que mentiría,
como lo suelen hacer,
pero he venido a saber (103)
que es verdad cuanto decía.

(Váyanse CELIA, INÉS, LUCINDO y PEDRO; queden
DON GARCÍA y DON RODRIGO.)

RODRIGO. ¿No es muy gallarda mi esposa,
maestro?

GARCÍA. Muchas he visto
y muchas visto, y ninguna

tan bella me ha parecido.
Es un ángel, y creedme,
porque los sastres nacimos
con estrellas de pintores,
diferenciando el oficio
en que ellos hacen las caras
y nosotros los vestidos;
y así, sabemos (104) los cuerpos
proporcionados y lindos,
como el arte del pintor,
por sus líneas y artificios.
Yo os he cobrado afición,
y quiero ser vuestro amigo.
GARCÍA. Pagáisme, señor, con eso
la afición que os he tenido;
pero pésame del nombre,
que el amigo leal y limpio
está obligado al honor
de su amigo.

RODRIGO. ¿Qué habéis dicho?

GARCÍA. ¿Si un hombre honrado supiese
de su amigo un gran peligro,
no le había de avisar?
RODRIGO. Claro está.

GARCÍA. Pues ya os aviso,
cumpliendo con serlo vuestro,
como hidalgo vizcaíno (105),
que erráis este casamiento;
no porque pueda deciros
de Celia falta ninguna,
sino que como la visto,
he hecho mil ricas galas
y tan costosos vestidos,
que en los de mi profesión
han bastado hacerme rico.
Estos no los dió uno sólo;
sospecho que cuatro o cinco
han tenido este cuidado.
Discreto sois: harto os digo.

RODRIGO. Y tanto, señor maestro;
que, como a su huésped dijo
el otro que comió mal,
pienso deciros lo mismo,
porque no pensé, ¡por Dios!,
que fuéramos tan amigos;
y esto lo echaréis de ver.
Mas creed que este consejo
de tal manera lo estimo
como os lo dirá el efeto
desta cadena.

(103) En el impreso, "entender".

(104) En el impreso, "sacamos".

(105) Faltan este verso y el anterior en el impreso.

LISARDO. ¿Era, por dicha, Lisardo, alguno destes vestidos?

LISARDO. Más antes no servirán: porque el señor don Rodrigo se va a Toledo.

CELIA. ¿A Toledo?

LISARDO. En este punto me dijo que estando herido hizo voto, y que es forzoso cumplirlo.

CELIA. ¿De qué?

LISARDO. De ser religioso (113); y es que por este camino quiere romper los conciertos, y estoy que pierdo el sentido: porque sospecho que infames alguna cosa le han dicho.

TEODORA. Siempre hay en los casamientos envidiosos enemigos.

CELIA. ¿El, en efecto, se va?

LISARDO. Vaya el necio, que yo he sido muy venturosa en perderle.

LISARDO. ¡Ay, Celia! Yo me lastimo de mi honor, y estoy en puntos de matarle en desafío, y aun dentro de su aposento.

GARCÍA. Si el honor que habéis perdido con la opinión se remedia (114) con dar a Celia marido, yo conozco un caballero que varias veces me ha dicho que se casará con Celia, de enamorado y perdido, sin que le deis un escudo.

LISARDO. ¿Es bien nacido?

GARCÍA. Es tan limpio como el sol. A mi me daba, por que viniese a decirlo, una joya de diamantes; mas somos los vizcaínos muy cortos para alcahuetes: porque sé que deste oficio hallara quien le matara, cuando el recado me dijo.

LISARDO. ¿Y de dónde es?

GARCÍA. De Granada.

LISARDO. ¿Mozo?

GARCÍA. Mozo.

LISARDO. ¿Rico?

GARCÍA. Rico.

LISARDO. ¿Y qué nombre?

GARCÍA. Don García; que, por serme parecido, tenemos grande amistad, y casi juntos vivimos. Mil hombres, por él me tienen.

LISARDO. Celia, el hombre que yo he visto es aqueste caballero que quiere ser tu marido (115).

CELIA. Holgariame de ver hombre que nos ha traído en aquesta confusión (116).

GARCÍA. Pues si en el traerle os sirvo, aguardad (117) un poco aquí.

CELIA. ¿Hay hombre tan atrevido? ¡Cielos! ¿En qué ha de parar tan confuso laberinto?

(Salga DON RODRIGO.)

RODRIGO. Para partirme a Toledo, licencia vengo a pedirlos, y a lamentarme del daño de haber a Celia perdido; que alcanza toda mi casa, deudos, parientes y amigos, y que me deja tan triste (118) que, a no pensar que me prive del mundo, en la Religión, hiciera mil desatinos.

LISARDO. Dame, Lisardo, esos brazos. No estoy ya tan ofendido como lo pensaba estar, pues habiéndonos escrito mil veces en los conciertos, nunca me habéis advertido del voto que me decís. Pero quedemos amigos; que al desposorio de Celia para esta noche os convido.

RODRIGO. ¿Tan presto casada está, pues apenas me despidió (119), cuando la tenéis casada?

(Salga FARIO, criado.)

(113) Faltan estos cuatro versos en el impreso, que se sustituyen por éstos:

TEODORA. ¿Pues a qué?

LISARDO. De religioso hizo votos.

(114) En el impreso, "restaura".

(115) En el impreso, "casar contigo".

(116) En idem, "tan grande".

(117) En idem, "esperadme".

(118) En idem, "tiene de suerte".

(119) Aquí acaba el autógrafo. Pero en lugar de este verso y el anterior dice:

¿Celia se casa? ¿Con quién?
Pues apenas me despidió...

- FABIO. Aquí, señor, ha venido un caballero galán que dice que es granadino, y me pregunta por tí, pero parece inhuido a Justo, el sastre de casa.
- LEONARDO. Celia, aqueste es tu marido.
- (Don García sale con Justo y Don García vestido como galán y Lucindo y Pedro.)*
- GARCÍA. Dame, Lisardo, esos brazos.
- LEONARDO. ¿Que es esto?
- GARCÍA. Justo me ha dicho la merced que me habéis hecho.
- LEONARDO. Pues, ¿quién soy?
- GARCÍA. Aquí conmigo viene quien sabe quién soy.
- CABALLERO. Para almorzar y servirlo, si es que no le conocéis, los dos, Lisardo, venimos.
- RODRIGO. ¿Qué es esto? ¿Qué engaño es éste?
- Si es burla que habéis fingido, jurad que me cortó mucho de que las uséis conmigo.
- GARCÍA. Tan bueno soy como vos, ¿Paso, señor don Rodrigo?
- Don García soy.
- LUCINDO. Y yo soy Lucindo, y soy su primo.
- RODRIGO. ¿No me dijistes aquí lo que sabéis?
- GARCÍA. Yo os he dicho que cuatro o cinco personas dieron a Celia vestidos.
- RODRIGO. Pues por eso fingió lo del hábito franciscano.
- LEONARDO. ¿Hay confusión semejante?
- Pues, si vos queréis fingirlo, que ¿quién queréis echarle?
- RODRIGO. Pues vos tan noble y tan rico, casais con Celia, mujer que la visten entre cinco?
- GARCÍA. Dice verdad, pero son solos mis cinco vestidos que me dieron esta traza.
- RODRIGO. A la espada lo remito que, aunque no soy zamorano, pienso retar esos cinco.
- LEONARDO. ¿Paso, que es va mi cuñado don García?
- GARCÍA. Don Rodrigo, servios de no matar a quien es va mi marido.
- RODRIGO. Que vos lo digáis, señora, me basta, y yo soy su amigo; y pues no he llegado a novio, sere su amigo y padrino.
- LEONARDO. Pues que sois tan liberal, selló de Testera y mi.
- LEONORA. Es verdad que yo soy suya, y con los brazos lo afirmo.
- LEONARDO. Y a Pedro, que para Ines pudo tres mil molinillos, ¿no hay quien le de alguna mano?
- LEONORA. Yo te la doy, sastre mío.
- LEONARDO. Vos os casáis sin casar.
- LUCINDO. Si no os casais con Lucindo.
- RODRIGO. Bien os puedo dar la mano.
- LUCINDO. Bien podéis, pues es de amigo.
- Con esto podemos dar a nuestras bodas principio y va a Santiago el Verde escrita en vuestro servicio.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA

DE "SANTIAGO EL VERDE"

SERVIR A BUENOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS DEL PRIMER ACTO:

<i>El REY de Francia.</i>	<i>CELIA, criada.</i>
<i>CÉSAR.</i>	<i>FÉNIX.</i>
<i>El CONDE ARNALDO.</i>	<i>SILVIO, villano.</i>
<i>CARLOS.</i>	<i>LAURA, villano.</i>
<i>LISARDA.</i>	

ACTO PRIMERO

(Salen el REY LUDOVICO y CÉSAR.)

REY. Por eso, del alma sale,
César, a la lengua amor.

CÉSAR. No hay pena, invicto señor,
que con la de amor se iguale.

REY. Ni consuelo en su tristeza
como un amigo fiel,
para amor.

CÉSAR. Hablando en él
descansará vuestra Alteza.

REY. Cuanto os dijere, guardadlo
con llave en el corazón.
Es de mi mal la ocasión
su hija del conde Arnaldo.

CÉSAR. ¡Hermosa dama!

REY. Yo pienso
que estudió naturaleza
la estampa de su belleza,
no por instrumento inmenso
de aquel poder soberano,
mas, hablando a nuestro modo,
porque parece que en todo
puso cuidado su mano.

CÉSAR. Vuestra Alteza se rindió
justamente a la más bella
dama de París.

REY. Si en ella
el alma depositó
mis potencias y sentidos,
justos fueron los despojos,

pues el gusto de mis ojos
aprobaron mis oídos.

Para amar y no sentir,
hermosura puede haber;
mas, como es engaño el ver,
es desengaño el oír.

Esto, César, asegura
mi elección y pensamiento,
pues quiso su entendimiento
competir con su hermosura.

Y son los dos tan iguales,
que en la perfección que vieron,
su nombre a Fénix pusieron
los pinceles celestiales.

Mi pena es ver que su estado
no sé si dará lugar
a que pudiese intentar
lo que tengo imaginado.

Pienso que Fénix, que tiene
este nombre con razón,
conoce ya mi pasión:
tanto a declararse viene.

Y os juro que solicito
mi resistencia de forma,
que lo que la vista informa
aun apenas le permito;

pero, en llegando a mirar,
es amor tan bachiller,
que lo que piensa esconder
eso viene a declarar.

No sé si haberme entendido,
a Fénix, causa le ha dado
para haberse retirado,
por dicha mi engaño ha sido,
a una aldea donde tiene
hacienda el Conde.

CÉSAR. No hará,
que el tiempo ocasión le da.

REY. A veces, el Conde viene

A Paro y le pregunto
cómo se halla y muy gustoso
alaba un monte ramoso
y a la vez de todo junto

un río donde se cura
vanaglorioso de su
y que se entretiene allí
pega en uno en su tira
y a un río que también
a su arroyo algún día
lo que le va a estar querria
que a un río que no ven

A Buenos y hay que pensar
que tenga el alma sosiego
que a un río que estamos luego,
con la ocasión de cazar,

¿dónde un se entendido,
la pueda hablar y ver

REY
Si quieres una cosa de ser
Porque pienso que ha tenido

La cosa que me a servia
con el de Buenos

CELESTIA
La cosa que me a servia
al de Buenos a hablar

REY
La cosa que me a servia
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

CELESTIA
La cosa que me a servia
al de Buenos a servir

CELESTIA
La cosa que me a servia
al de Buenos a servir

REY
La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

CELESTIA
La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

CELESTIA
La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

REY
La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

CELESTIA
La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

REY
La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

La cosa que me a servia
al de Buenos a servir
que a un río que me tiene
y a Buenos y me a servia
de al de Buenos a servir
al de Buenos a servir

pero a sufrirla me ayuda
 ver que quien ya tiene tantas
 no puede temer ninguna.
 Celos son unas sospechas
 que con temerosas dudas
 muestran, del mal que se teme,
 algunas luces confusas.
 Pero, en llegando a mostrar
 la verdad en que se fundan,
 mudan el nombre en agravios,
 desengañan y no turban.
 Aún no han llegado los míos
 a transformarse en injurias:
 conservan nombres de celos,
 que los desengaños buscan.
 Estos solicita el alma,
 mientras no vive segura
 del amor del Rey, si bien
 lo que me importa me culpa:
 porque amor es locura
 que más se aumenta mientras más
 lré disfrazada a ver [se cura,
 si de Fénix la hermosura
 lleva al Rey donde me mate,
 porque no le valga excusa.
 Quiero que mis propios ojos
 con mi pensamiento cumplan;
 que amor, cuando está perdido,
 cuanto no mira, disculpa.
 Quedaré desengañada,
 y no en dudosa fortuna:
 que mientras no hay desengaño,
 anda la razón a oscuras.
 Si bien es remedio a veces:
 que, aunque el amor lo procura,
 es luz de noche, que lejos
 ciega mucho y poco alumbra.
 Mejor fuera hacer ausencia,
 que no hay rigor que no sufra
 ésta: mata amor sin ver,
 ver y desengaños, nunca.
 Porque amor es locura [se cura,
 que más se aumenta mientras más

(*Úase, y salen FÉNIX y CARLOS.*)

CARLOS.

Gran ocasión ofrece,
 hermosa Fénix mía,
 la retirada vida de la aldea
 a quien gozar merece
 tu dulce compañía:
 ni teme, ni pretende, ni desea

cosa que ver no sea
 esos ojos hermosos
 libres de los cuidados
 que pueden dar mirados
 de tiranos amantes poderosos;
 porque las voluntades
 tienen menos defensa en las ciudades.

Yo merecí, señora,
 por años de quererte,
 tus brazos, con palabra y fe segura,
 que vuelvo a darte agora,
 más firme hasta la muerte,
 que el largo tiempo que en sí mismo dura:
 rindióse tu hermosura
 al nombre de marido:
 no méritos: efeto
 de un amor tan secreto,
 que cuando le imagino divertido,
 yo mismo estoy dudoso
 si, siendo tu criado, soy tu esposo.

Verdad es que me ha dado
 calidad diferente,
 que a mi buena fortuna lo atribuyo,
 el haberme criado
 tan amorosamente
 el Conde, mi señor y padre tuyo:
 de que también arguyo
 haberle sido ingrato
 con estas deslealtades:
 pero ¿qué voluntades
 seguras estarán, de un largo trato?
 Que ocasión y hermosura
 obligan a traición la fe más pura.

FÉNIX.

Yo, Carlos, a culparte,
 ¿cómo puedo atreverme,
 si en el mismo delito fui culpada?
 Verte, hablarte, tratarte,
 bastantes a vencerme
 si fuera nieve yo, si piedra helada,
 y el ser también amada,
 me sirvan de disculpa
 de tu valor, pues creo
 que no hubiera deseo
 que se librara de la misma culpa:
 que tus merecimientos
 la dieron a mis nobles pensamientos.
 Supuesto que el secreto
 ha sido tan dichoso,
 ya no temo la vida, ni la muerte:
 el Conde tiene un nieto,
 un niño tan hermoso,

más que los jardines cultos,
estas malezas agradan.

Hoy os he dado disculpa
de hacer en la corte falta.
¿Ha mucho que estáis aquí?
¿Tenéis aquí vuestra casa?

CONDE. Habrá un mes, o poco menos,
que a Fénix, por alegrarla,
truje, señor, de París.
Aquí vive y aquí pasa
en ejercicios del campo
las tardes y las mañanas.
Carlos.

CARLOS. Señor.
CONDE. Llama a Fénix.

REY. César, ya se alegra el alma,
ya se previenen los ojos,
como cuando sale el alba
abriendo la puerta al día
en celajes de oro y nácar;
las aves, que del ausencia
del sol quejosas estaban,
que gorjeando en los nidos,
lo que han de cantar ensayan;
y como los arroyuelos
cuajado cristal desatan,
y al nuevo calor del día
discurren líquida plata.
Así la lengua suspensa,
noche de ausencia tan larga,
al salir el sol de Fénix,
el silencio desenlaza.

(Sale FÉNIX.)

FÉNIX. Deme los pies vuestra Alteza.
REY. Hermosa Fénix. (¡Qué clara
se me ve el alma en los ojos!
Temo que, a la lengua salga.)
¿Cómo os halláis en el campo?
¿Es posible que os agrada
esta soledad?

FÉNIX. Señor,
aunque parece que es tanta,
no falta en qué se entretengan,
como allá las esperanzas,
aquí todos los sentidos:
los ojos, en flores varias
cuyos aromas no envidian
a las orientales plantas;
los oídos, en las aves,
y el gusto, en la alegre caza,
de que hay tantas diferencias

por estas verdes montañas.
Son aquí los días mayores
que en París, con que es más larga
la vida corta en la corte.

REY. Para poco tiempo alaban
los sabios el campo, Fénix;
pero ya vuestra alabanza
me obliga a quererle ver,
quédese aquí comenzada
esta cuestión, que después
que vuelva quiero acabarla.
Dios os guarde y dé la dicha
que merecéis.

FÉNIX. Vuestras armas
respete el sol donde nace,
y como señor de Francia
lo seáis del polo opuesto.

REY. ¡Ay, César, de sola Arabia!
¿Dónde ha nacido tal Fénix?

CÉSAR. Tú quieres con justa causa
la que por única puede
ser el Fénix de su patria.

(Todos se van con el REY. [Quedan LAURA y FÉNIX.])

LAURA. A fe, señora mía,
que tu condición me espanta.
¿Toda esta grandeza dejas
por un monte y cuatro casas?
Dichosa quien vivir puede
en las Cortes.

FÉNIX. Mira, Laura,
pues sola tú de mi vida
fuiste y eres secretaria.
Tú que sabes mis desdichas,
si permite amor llamarlas
con este nombre, en agravio
de Carlos, que fué la causa;
tú que del ángel que fué
de mis amorosas ansias
fruto y consuelo, has tenido
el secreto y la crianza,
no creas que hay para mí
cortes, fiestas, joyas, galas
fuera de Carlos, que Carlos
es centro donde descansa
el alma como en su esfera
el fuego, el ave en las alas
del viento; sin esto, aquí
tengo el lugar que me falta
en París de hablarle y verle,
y sin la pensión que paga
amor a los celos, donde

FÉNIX. al sol no le aconsejara.
No más, que es lisonja clara;
pero venís de París.

LISARDA. ¿Daisme palabra en efeto
de guardar secreto?

FÉNIX. Aquí
me suelo guardar de mí;
lo mismo a vos os prometo.
Aposento voy a hacer
donde estéis y donde hablemos.

LISARDA. El vuestro las dos tendremos;
hacedme, Fénix, placer
que merezca vuestra cama.

FÉNIX. Esa os daré, mas sin mí,
que en estando el Conde aquí
a su aposento me llama.
Entrad, no déis ocasión
a que os vean.

LISARDA. En vos fío,
Fénix, el remedio mío.

(Entrese LISARDA con SILVIO.)

LAURA. ¿Qué es esto?

FÉNIX. Celitos son,
que a nadie guardaron ley.

LAURA. ¿Conócesla?

FÉNIX. Como a mí.
No la conocer fingí.

LAURA. ¿De quién los tiene?

FÉNIX. Del Rey,
que me ha mirado en París,
solicitado y hablado,
y César me dió un recado
de su parte en San Dionís.
Causa de haberle pedido
al Conde que me trujese
a esta aldea, por que fuese
causa de más breve olvido.
Que tengo por cosa llana,
si no es que olvidada estoy,
que señores quieren hoy
y no se acuerdan mañana,
mayormente el que es supremo.

LAURA. Pues ¿qué pensó esta señora?

FÉNIX. Reinar.

LAURA. ¿Tanto el Rey la adora? (1)

FÉNIX. Pero lo que fuere sea;
yo la debo regalar.

LAURA. La corte se ha de mudar
poco a poco a nuestra aldea.

Rey y reina están aquí
si ésta sale con la empresa.

FÉNIX. Ni la envidio ni me pesa:
Carlos es rey para mí.

(Vanse, y dicen dentro:)

CONDE.

¿Extraño caso!

CÉSAR.

Y lamentable fuera
a no haberle este hidalgo socorrido.

(Sale el REY, descompuesto: CARLOS, con un venablo,
y el CONDE y CÉSAR.)

CONDE.

Herido va el caballo.

CÉSAR.

La carrera,
como las aves, por el aire ha sido.

CARLOS.

¿Siente algo vuestra Alteza?

REY.

Que sintiera
la oscura noche del eterno olvido,
es sin duda, mancebo generoso,
a no ser por tu brazo valeroso.
Gracias a Dios, no tengo mal ninguno.

CARLOS.

Pues yo voy a avisar a vuestra gente,
por que no parta con la nueva alguno
que, necio, alborotar la corte intente.

(Vase.)

REY.

No ha llegado favor tan oportuno
en tanta confusión como el presente;
si no es por él, el jabalí me mata.

CÉSAR.

¿Bravo valor!

REY.

Un Hércules retrata.
¿Quién es este mancebo. Conde?

CONDE.

Un hombre

(1) Falta el último verso a esta redondilla.

tenes, como a ti, que me he criado
en tu corte.

REY

¿Cómo es el nombre?

CONDÉ

¿Cómo es el nombre? ¿Cómo se llama?

REY

¿Qué es la corte de que es condé?

CONDÉ

Yo he sido un rey, de haberme de-
jado Ricardo me le puso la planta
en la conquista de la tierra santa.

REY

No te desanimes.

CONDÉ

Es fama que cuando
estaba en Danaher, y otros dicen muerto.

REY

¿Qué pallasdo, mancebo?

CESAR

Por lo alto
patete que el valor tiene encubierto.

REY

No ha de quedar el bien que del real
te premio, Condé.

CONDÉ

Pues tened por cierto
que es el que de qualquiera meted vuestro.

REY

¿Dónde el rostro y el valor lo muestra?

LEONARDO Y ENRIQUE Y FERNÁN

¿Qué dices, Carlos, que tan alta suerte
te ha sucedido?

CARLOS

Leñe de mi oyo
que por este brazo va la muerte
era en corona en sus despojos.

LEONAR

¡Ay, como sucedido!

CARLOS

Me bien a suerte
el que te dio, y a la corte, a la en-
tando el tío, que el lugar de haber.

CONDÉ

Yo he sido un rey, de haberme de-

CARLOS

Adelante e suerte. Ludovico
entonces mancebo, rey de Francia
que un valor al de Heracles apara-

cieron que tres cuernos le dio.

¿Bien le sigue el condé? ¿Dónde
y tu padre también corta? ¿Estancia
tres una tierra que por dicha ha era.

Francía Venu, si el Adonis fuera
Suzuel, por un grado, en quien ap-
lazan español doble las dices.

¿Cortando, cortales la Atenas
e pudier tu, uenar de sus rigore,
era al entrar por unas selvas llenas
de murta y laureles, vencedor res-
tito el venable el taban y atrado
el terror del veneno y el asado.

Las medias luna de la boca enve-
puma y sanare y en la ardiente punta
del diestro lado, rigido, revuelve.

¿Por el mismo al alazan se junta
e herirle el Rey con el venable vuelve
unpe animo, la a la heridita
era la fiera el encendido hueso
plica ansi que le levanta en peso.

Asomose a lo roto de la herida
arte de los ocultos intestinos.

¿Detrás al Rey, con presta huida
caso de los laureles a los pinos.

¿En viendo en tal peligro de la vida
el Rey, invoco, herir, los divinos

Ateneos de Paris, y diligente
le pongo, Marte, al animal ardiente.

Al bato del venable vuelve atrado,
herando al Rey, y hero me acomete
su, con izquierdo pie le espero usado
dicho, la victoria se promete.

¿Mando, por el acer, ensangrentado
hasta el rebelde corazon se mete.

¿Vertiendo el espas tu espumoso
a tierra estampa con gruñir quejoso.

Un cachillo de monte que pendia
de la pretina saco velozmente.

Le una sarna de tigre que tenta
acer, y marca de oficial valiente.

y al tiempo que los filos discurría
por el cerdoso cuello, de su gente
llegó gran copia, que dejó envidiosa
del valor que me das, Fénix hermosa.

FÉNIX. Ventura notable ha sido
y digna de tu valor.
Yo me voy, que este rumor
es de que el Rey ha venido.

Ya anochece: si pudiere,
esta noche te hablaré.

CARLOS. Paga mi cuidado.

FÉNIX. ¿En qué?

CARLOS. En que poco tiempo espere.

FÉNIX. En estando recogidos,
que presto será, mi bien.

(Vase.)

CARLOS. Plegue a los cielos que estén
como cansados, dormidos.

Esparcen la suave voz al viento
sonoros ruiseñores junto al nido
que de pajas y plumas han tejido
sirviéndoles los picos de instrumento,
cuando a la mira el cazador atento,
dispara con horrísono ruido
en círculo de plomo dividido
muerte veloz con breve sentimiento.

Así Fénix y yo, con voz suave
cantamos, libres de que el nido acierte
quien tiene obligación a honor tan grave;
pero temiendo de la misma suerte
que si el secreto nido el Conde sabe,
tendrá tan dulce vida amarga muerte.

(Sale SILVIO.)

SILVIO. Esta sí que es linda vida,
pesa al campo y su labranza:
pasear y hinchir la panza,
de ricas telas vestida.

¡Desdichado de quien nace
donde le mandan nacer!

A nadie dan a escoger:
Dios es quien hace y deshace.

Si yo escogiera, naciera
de un príncipe, y no villano.
Pero yo me quejo en vano:
que si, quien nace, escogiera,

¿cuál hombre quisiera ser
oficial, ni labrador?

¿Quién no se fuera señor?
Mas ¡lo que fuera de ver
todo un mundo de señores!
señor a señor sirviera.

Pero ¿cómo se comiera,
si no hubiera labradores?

¡Oh, sabia naturaleza,
qué bien lo trazaste así!

¿Qué hay, Silvio?

CARLOS.

SILVIO.

Hablar en que vi,

Carlos, la mayor grandeza
que este monte imaginó:

el Rey cenando, en efeto.

¿Tú lo viste?

CARLOS.

SILVIO.

CARLOS.

SILVIO.

Con secreto.

¿En efeto, el Rey cenó?

Y tan en efeto fué,
que se cenó veinte platos,
sin dar un hueso a seis gatos
que le miraban en pie.

De las pollas y perdices
así el olor me provoca,
que lo que el Rey por la boca
cené yo por las narices.

Hablaron luego de vos.
No sé qué diablos hicistes,

CARLOS.

que tal ocasión les distes.

Lo que hice debo a Dios.

Porque yo, ¿cómo pudiera
tener valor, ni ocasión?

SILVIO.

Mostró el Rey tanta infición,
que yo presumí que os diera
alguna renta o castillo.

¿Cuánto va que antes de un mes
sois mosiur?

CARLOS.

Puse a sus pies,
con un venablo y cuchillo,

la más indómita fiera
que por todo este horizonte

SILVIO.

fué parto de selva o monte.

Tal servicio, premio espera.

Si os dan algo, como creo,
¿no me llevaréis allá?

Que, con lo que he visto acá,
ya tengo un alto deseo.

CARLOS.

Díjome Fénix a mí
que estabas enamorado
de Laura.

SILVIO.

CARLOS.

SILVIO.

No se ha engañado.
Pues ¿cómo saldrás de aquí?

Laura, señor, fué casada:
su marido le dejó
un niño, cuando murió:

SILVIO. podrá ser, si no te guardas,
que te den un beneficio.
Hablas cuerda y temes sabia.
¿Quién me mete a mí en las cosas
de los otros? Hasta el alba
no digo "esta boca es mía";
que a nadie vino desgracia
por acostarse temprano.
Pues adiós, Silvio.

LAURA. Adiós, Laura.

SILVIO. (Vase.)

LAURA. Basta que el Rey vino aquí
por Fénix, y hablarla trata
esta noche; porque César
la advierte y da la palabra
del estilo que merece
su calidad y su fama.
Fénix, discreta, me ha dicho
que, aunque tiene confianza
de quien es, teme que Carlos
se enoje y, con esta causa,
intente algún desatino,
y que cuando el Rey se valga
de la escuridad, a efecto
de entrar con secreto a hablarla,
yo le guíe al aposento
donde la Condesa aguarda,
averiguando sus celos
desengañar su esperanza.
Pero él viene.

(Salen el REY y CÉSAR, de noche.)

REY. Yo le he dado
la palabra de guardarla
el decoro que es razón.

CÉSAR. ¿Cuándo amor palabra guarda?

REY. Aquí es fuerza, porque a Fénix
yo no tengo de obligarla
más que al estado que tiene.

CÉSAR. ¿Quién va?

LAURA. Quedo.

REY. ¿Quién es?

LAURA. Laura.

REY. ¿Dónde está Fénix?

LAURA. Presumo
que con el Conde.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Si tarda
Fénix, bajará el aurora

del cielo las altas gradas,
con pies de rosa, envidiando
aquellas breves estampas
adonde pongo los ojos.
Aquí hay gente. Pues ¿quién me
a tales horas aquí?

LAURA. Entrad, que tras esta sala
está la cuadra en que duermo.

REY. César, allá fuera aguarda.

CÉSAR. En el corredor espero.

CARLOS. No pienso que, si soñara,
pudiera ver tales cosas.
¿El Rey con César y Laura?
¿Y Laura guiando al Rey,
con tal despejo, a la cuadra
donde Fénix duerme, y Fénix
del concierto descuidada!
¿Qué haré? Mas ¿qué puedo hacer
que contra el poder me valga
de un Rey? ¿Ah, traidora Fénix!
Quiero alborotar la casa.
Mas ¿para qué? Que en sabiendo
que es una mujer liviana,
estorbar que no lo sea
no es honra, sino venganza.
Porque si la inclinación
de su liviandad declara,
lo más es el consentirla;
lo menos, ejecutarla.
¿Hay, Fénix, tal liviandad?
Mas quien a sangre tan clara
perdió el respeto conmigo,
¿qué hará con un rey de Francia?
Ya te he conocido, Fénix;
ya no por Fénix de Arabia,
única en ser casta al mundo,
sino por Fénix de infamia.
El hijo que de los dos
fué fruto, haré que mañana,
si puedo, no goces, Fénix;
que, si no me reportara,
diera voces que le dieran,
al Rey, de matarme causa.
Mas poco puede tardar
mi muerte, si ya te cansa
mi vida. ¡Ah, cruel fortuna!
¿Qué imaginación pensara
que hoy me dieras tanta dicha
en dar vida a quien me mata?
Libré al Rey, y el mismo Rey
me viene a quitar el alma;
porque no hay mayor tormenta
que después de gran bonanza.

No me pesa de haber sido
 un pecador en tal desgracia,
 porque en vez de perder a Dios
 y de perder de vez la patria
 he salvado por mi mal, no
 por quiere Fenix ingrata
 que me mate un rayo tonto
 que no ha de en su mudanza

ACTO SEGUNDO

RES. A LA G. I. HABIAN EN EL

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

ESARDA.

que si hubiera al mi amor",
 y respondiome en favor
 de mi esperanza y virtud.

que estaba triste y se me
 de la condena la culpa.

Respondi: Fenix guardaba
 un tiempo. Usar la libertad.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

que me entretenía en
 la libertad de mi amor.

dirás que fué poderoso,
y que es su amor tiranía.

Mientras, Fénix, padre tienes,
a quien el Rey respetara,
hoy tu liviandad declara
que a abrirle tus puertas vienes."

Mira, César lo que amor
puede hacer, pues dos celosos
nos hallábamos quejosos
y con un mismo temor.

Pero, como recibí
la vida, después de Dios,
de Carlos, fui, de los dos,
el que más pena sentí.

En esto, Laura venía,
diciéndome que era fuerza
salir, y a salir me esfuerza;
que, por Carlos, no quería.

Salgo, en fin, y el mozo, osado,
de la espada prevenido,
"¿Quién va?", me dice, atrevido.
Yo respondo, repotando:

"Carlos, yo soy", y con esto
a mi aposento me voy,
donde hasta el aurora estoy,
afligido y descompuesto.

Y fueron justos desvelos,
pues entré con tanto amor,
César, a buscar favor,
y salí lleno de celos.

CÉSAR. Como Laura me avisó
que me quitase de allí,
a mi aposento me fui:
por eso Carlos llegó.

REY. Mejor fué, pues he sabido
por quién tan mal me ha tratado
Fénix; si bien me ha pesado
que éste Carlos haya sido.

¿Qué haré, Cesar, que no es jus-
que compita un rey con él? [to
Sufrir es cosa crüel,
de los celos el disgusto.

Si es que Fénix le quería,
echarle de aquí no puedo,
sin gran nota, y tengo miedo
a que descubrir podría

al Conde mi pensamiento.
Pues matar a quien me dió
la vida, primero yo
dejaré mi loco intento:

porque, si el bien recibido
es deuda de un pecho honrado,
quien es rey, más obligado

nace a ser agradecido.

CESAR. ¿Quieres que yo te aconseje?
REY. Es el oficio mayor
del amigo.

CÉSAR. Pues, señor,
ni se vaya, ni se queje,
sino que, haciéndole bien
y pagándole el servicio
con un grande beneficio,
quedes libre dél también.

REY. ¿Cómo?

CÉSAR. A un tiempo puedes dalle
un título y casamiento,
que ayuda a este pensamiento
tener Carlos tan buen talle.

Fuera de cumplir también
con Fénix, si la acobarda
Lisarda, y dando a Lisarda
marido.

REY. Dices muy bien;
que si con Carlos la caso,
Lisarda tendrá remedio;
yo, sin que estén de por medio
los celos en que me abraso,
y Fénix, para querermé,
sin Carlos y sin Lisarda;
que Lisarda ya no aguarda
más desengaños que verme
de Fénix enamorado.

CÉSAR. Tratarlo con ella quiero.
Pues habla al Conde primero,
por que, del Conde abonado,
no repare la Condesa
en la calidad.

REY. No hará,
que el talle le obligará
a más difícil empresa.

Fuera de que habrá de ser,
y no lo que ella desea.
CÉSAR. Sí querrá, cuando le vea.
REY. No hay imposible al poder.

(*Vanse, y salen el Conde y FÉNIX.*)

FÉNIX. Para quien quietud desea,
no cansa el campo jamás.
Conde. Mejor en París estás,
Fénix, que en aquella aldea.

Demás que ya el Rey tenía
propósito de venir
por instantes a impedir,
ya tu quietud, ya la mía.

Que es bueno el campo confieso:

sirva de joya a mi pecho
y de cadena a mis brazos?

LAURA. Dios sabe con el temor
que a tu casa le he traído;
que, como es tan parecido,
temo que diga tu amor.

Pero ¿cómo puede ser,
puesto que el Conde le vea,
que nuestro recelo crea
que le pueda conocer?

Que la justa confianza
que tiene de tu valor,
asegurando el temor,
deshace la semejanza.

Que, si yo te sirvo aquí,
disculpa también ha sido
haber a Carlos traído.
Mas, si te parece a ti,
mudémosle el nombre a Carlos:
que Carlos y parecido
a Carlos, verá que ha sido
Carlos retrato de Carlos.

FÉNIX. ¿Cómo le quieres llamar?

LAURA. Lauro, por Laura, es mejor.

FÉNIX. Carlos.

NIÑO. ¿Señora?

FÉNIX. Mi amor,
el nombre os quiero quitar:

Lauro os llamáis, ¿entendéis?

Mirad que sois Lauro ya.

NIÑO. Sí, señora: claro está.

Llamadme, y vos lo veréis.

FÉNIX. Carlos.

LAURA. No responde agora.

FÉNIX. Lauro.

NIÑO. ¿Señora?

FÉNIX. ¡Oh, qué bien!

¿Quién es vuestra madre?

NIÑO. ¿Quién?

Laura es mi madre, señora.

FÉNIX. Con esto, al temor restauro
confianza de que puedo
tenerle aquí.

NIÑO. No haya miedo
que yerre el papel de Lauro.

FÉNIX. Lauro, tan bien lo decís,
que viviréis desde agora
conmigo.

NIÑO. Diga, señora:
¿no meriendan en París?

FÉNIX. Sí, Lauro tiene razón.

Llévale, Laura; y advierte
que le enseñes de tal suerte

que no olvide la lición.

LAURA. Segura de Lauro estoy.

FÉNIX. Con él cesan mis enojos.

LAURA. Vamos, Carlos de mis ojos.

NIÑO. No Carlos, que Lauro soy.

Vase.

FÉNIX.

Amó la hermosa reina del Egipto
un caballo veloz, con que tuvieron
infamias las hazañas que pudieron
dejar su nombre en bronce eterno escrito.

Pasife, un toro amó, con infinito
deshonor, que las fábulas le dieron,
no porque fué verdad, pero quisieron
decir que amar indignos es delito.

Yo amé, yo erré. ¡Qué error tan disculpado
el de quererte yo, Carlos!, pues eres
del cielo copia, del amor traslado.

Tú me disculpa de mi error, si quieres:
que amar lo que merece ser amado
hace menor el yerro en las mujeres.

(Sale CARLOS.)

CARLOS.

Cuidados míos: muy a prisa intenta
un agraviado amor perder la vida,
tan triste, tan cobarde, tan perdida,
que apenas un cabello la sustenta.

A los agravios, la venganza alienta,
y en mí no quiere amor que yo la pida:
que aunque la causa del amor se olvida,
nunca se olvida del honor la afrenta.

Como infiernos de amor, en que amor pena,
son los celos, que salen a los labios
del fuego de que el alma vive llena.

Pues si infiernos de amor los llaman sabios,
¿qué nombre tiene amor para su pena,
después que se averiguan los agravios?

FÉNIX. Carlos mío, darme albricias
de la mejor nueva puedes,
que entre favores de entrambos,
a nuestra fortuna debes;
que como aquel ángel tuyo
gocé en la aldea dos meses,
sintiera agora, en París,
estar un verle.
A Laura le osé pedir
que en la ciudad me sirviese,

porque si aquí no procedes
conmigo como quien soy,
y como dueño te atreves,
haréte quitar la tuya
aunque la vida me cueste.
Pues ¿quíeresme tú negar
lo que mis ojos...?

CARLOS.

FÉNIX. Detente,
que te despeñan los ojos,
que tal vez como júeces
por falsas informaciones
dan sentencias diferentes
de lo que fueran sabiendo
la verdad.

CARLOS.

Cuando tú niegues
que no fué el Rey, es un hombre
el que en tu aposento, aleve,
entró aquella misma noche.
Eso es verdad.

FÉNIX.

CARLOS.

FÉNIX.

Pues ¿qué quieres?

Que sepas que la Condesa
Lisarda, que vino a verle,
quiso averiguar sus celos,
y que yo, porque no hiciese
fuerza el poder a mi honor,
que determinado es fuerte,
fuí cómplice en el engaño.
El engaño bien se entiende
que es el que me has hecho, ingra-
ni pudo, sin que la vieses. [ta:
venir la Condesa aquí
ní, ya que vino, volverse.

CARLOS.

FÉNIX.

Mientras estaba cazando,
llegó aquí secretamente,
y con el alba salió;
pero ahora me parece,
por el sentimiento injusto
con que mi firmeza ofendes,
que no son los celos míos
los agravios que encareces.
Ya entiendo lo que ignoraba:
vino la Condesa a verte
poniendo la culpa al Rey:
tú, viendo que el Rey la quiere,
estás muy desatinado;
pues, Carlos, ¿cuando previenes
ausencia por otras damas,
es bien que de mí te quejes
y que me pongas la culpa
si prendas del Rey pretendes?
Deja mi honor, que me cuestas
mucho para no tenerme
el respeto de criado

que a lo marido me pierdes.
Si quieres irtte celoso
del Rey, ¿quién puede tenerte?
Carlos tengo aunque te vayas:
no hayas miedo que me queje
de no tener prenda tuya,
como se quejaba, ausente
Elisa Dido, de Eneas,
y cuando no la tuviese,
espada no ha de faltarme,
aunque para darme muerte
basta acordarme que fuí
mujer que pude atreverme
a querer hombre tan vil,
que ha pensado bajamente
que él merece que le ofendan
y que yo pude ofenderle.
Fénix. Fénix, amor mío,
señora mía.

CARLOS.

FÉNIX.

No pienses
engañarme con palabras
cuando con obras me ofendes.

(*Asc.*)

CARLOS.

¡Oh lágrimas de amor, dulce violencia!
¡Oh llanto poderoso! ¡Oh fuerte encanto!
¡Oh sirena fingida, a cuyo canto
calla el rigor y duerme la prudencia!

Contigo no hay valor, poder ni ciencia,
que puede tanto un amoroso llanto,
que el cielo, con poder y saber tanto,
no tiene para el llanto resistencia.

Pues siendo de mujer, celos y enojos
ni aun agravios sabrán mover el labio,
sino darle mil almas por despojos.

No se fie el más cuerdo, honrado y sabio,
porque si espera ver llorar sus ojos
perdonará después cualquier agravio.

(*Asc., y sale SILVIO, de camino.*)

SILVIO.

Esta, señor pensamiento,
es la corte de París:
aquí labrador venis
a ser cortesano a tiento.

No, corte, porque yo quiera
que esto me agradezcas ya;
vinoseme el alma acá,
que a fe que yo no viniera.

Huyóse Laura de mí;
que con aquesta mudanza

susos bien tomar venganza
de haberle negado un sí.

Como si no fuese nada
el sí para un casamiento,
siendo el mas fuerte instrumento
que de la alma obligada

Ohi escritura, que después
habe arrepenitir a tantos
pues diciendo sepan cuanto
ningun sabe lo que es!

Mucho me debes amor
pues a la corte he venido
haciendome preuendo
los avisos de un temor.

Dicen que hay cosas aqui
de París, que en tu aben
que aliecen los que saben
vivir y morir en ti.

Aun, loz que la verdad
anda en parte oculta,
la mentira de la vida
cuelga a la voluntad.

Dicen que es cosa de nece-
sidad, que en el mundo

es el que se vive de la

que se muestra desprecio

Que con el pobre y cruel

deberia y la justicia;

que con la alanza y justicia

y que el afe alcanza a el

Que teta el que en mas tal

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

que de que en los ojos

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

LUCAS

que estoy perdido por ti

Ohi, pregúntale que yo

de la de la truce un n

que en su aspereza aprende

El habito artesano

o muda la condicion

haga laura y la hon

Quedó sin tocar la man

y vete con Dios, Dionis

mira que Carlos te espera

El te pesquite te alte a

A que veniste a París?

Yo vine a ver en mi aldea

que hay muchos aca

Vete, que te acata la ca

que tal en la herera sea

Vasme a la corte d

de la ciudad de ablandarte

yo en la corte parte

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

que me aconse

y perlas la arena diese.

Todo fué tristeza y luto
dejándome tu rigor;
ni planta miré con flor
ni flor que esperase fruto.

En todo hallé soledad,
y como en nada te hallé,
determinéme a la fe
a venir a la ciudad.

Vesme aquí, Laura, ¿qué piensas
hacer de mí?

LAURA. Bien pudiera
agora, si yo quisiera,
vengarme de tus ofensas.

Pero quiero proceder
como mujer cortesana,
que no quiero ser villana,
aunque lo pudiera ser.

Yo soy toda la privanza
de Fénix; yo haré que estés
en su casa, o prueba un mes
hasta entender la mudanza;

que aquí podremos tratar
lo que nos esté mejor,
mas no has de ser labrador.

SILVIO. Ya sé que no hay que labrar
en los campos de la corte,
siempre estériles; mas di,
¿qué puedo yo hacer aquí
que para vivir me importe?
¿Qué oficio tendré en su casa
del Conde?

LAURA. Si has de servir
a Carlos, no hay que pedir
oficio mientras se casa.

Mas, pues a la corte vienes,
entra con mucha humildad,
ganando la voluntad,
Silvio, pues ingenio tienes.

Que te quieran bien procura,
por bien hablado y bien visto,
que hacerse un hombre malquisto
es necesidad y locura.

Con decir de todos bien,
hay correspondencia igual,
porque si tú dices mal,
de ti le dirán también.

Acompáñate con buenos,
y tú lo parecerás;
respeto al que sabe más
y alienta al que sabe menos.

No te metas en tu vida
a bachiller, porque es cosa

notablemente enfadosa,
cansada y aborrecida.

Nadie, en efeto, te arguya
aunque estén de infamias llenas,
de mirar casas ajenas,
sino de mirar la tuya.

Honrar mujeres codicia.
no lo desigual iguales,
de cortesía a las malas,
y a las buenas de justicia,

Que con estos documentos
segura vida tendrás.

SILVIO. ¿Tienes que decirme más?

LAURA. Que aquestos seis mandamientos
cifran dos.

SILVIO. Atento estoy,
que me debe de importar.

LAURA. No fiar, ni porfiar.

SILVIO. Esa palabra te doy.

(Pausa, y salen el REY, LISARDA y CÉSAR.)

REY. Siempre, Lisarda, he pensado
en tu remedio.

LISARDA. Yo lo creo,
gran señor, de tu deseo,
de tu amor y tu cuidado.

REY. Condesa, yo te he casado,
para sosegar mejor
a los que hablan en tu honor:
porque mirar por la fama
de lo que quiere quien ama
es el verdadero amor.

Pienso que conocerás
el dueño que darte quiero,
que es Carlos, un caballero,
que no hay que decirte más.
A tu estado añadirás
otro que yo quiero darte,
por pagarle y por pagarte
dos grandes obligaciones.

LISARDA. En muchas, señor, me pones
de servirte y de alabarte.

¿No es ese Carlos criado
de Arnaldo?

REY. Lisarda, no;
es criado el que sirvió,
pero no el que se ha criado.
Su hermano, al Conde le ha dado
por padre, en su larga ausencia:
mira tú si hay diferencia
y si esta verdad abona
en su gallarda persona

no siendo vos el juez,
que tenéis mucha pasión.
Y con esto os desengaña,
porque primero que yo
sea de Carlos, ni Francia
juntos nos halle a los dos,
tendrán los cuatro elementos
paz en su disforme unión,
quietud las agnas del mar,
piedad la envidia feroz;
la ambición, descanso y gusto;
buena fortuna, el temor;
amor, paciencia, agraviado,
y los celos, discreción.
Case vuestra Alteza a Carlos
con Fénix, que yo le doy
palabra que calle Carlos
y que ella no diga "no";
que con esto y su licencia,
desengañada me voy;
y, si no manda otra cosa,
mil años le guarde Dios.

(Vase.)

REY. De mi paciencia me espanto.
El ser mujer, me disculpa.

CÉSAR. Vuestra Alteza tiene culpa
de haberla escuchado tanto.

Pero, pues tiene poder,
¿por qué se ha de resistir?

REY. Esto, César, es decir,
y no es el decir hacer.

Claro está que ha de ser fuerza,
si no fuere voluntad,

CÉSAR. El parecer liviandad,
a que se queje la esfuerza.

Pero, pues que celos son
de Fénix, oye y verás
cómo entre los dos pondrás
tan notable confusión,

que, si algún amor había,
cese para siempre en ellos.

REY. Si fuese sin ofendellos,
notable industria sería.

(Salen CARLOS, DIONÍS y SILVIO, vestidos de reyes.)

CARLOS. El Rey me envía a llamar,
y llevo notable pena.

DIONÍS. Pues no pases desta sala,
que allí está hablando con César.

CARLOS. ¿Cómo, Silvio, entraste aquí?

SILVIO. Señor, por ver la grandeza
del palacio, que a su rey

ya le he visto en nuestra aldea.

CÉSAR. Allí está Carlos, señor.

REY. ¡Carlos!

CARLOS. Deme vuestra Alteza
los pies.

REY. Yo te debo, Carlos,
la vida: pagarte intenta
mi obligación.

CARLOS. Mi humildad
levantaré de la tierra.

REY. He tratado con Arnaldo
casarte con la condesa
Lisarda, y como, señora,
por humilde te desprecia,
yo quiero que la enamores,
porque no hay más dulce fuerza
de conquistar voluntades;
porque yo sé de tus prendas
que rendirán cualquier dama,
por mucho que se defienda.
César te dará dineros,
joyas, caballos, libreas;
no quiero más de que pongas
tu persona y tu prudencia.
Esto ha de ser sin decir
que yo te mando que emprendas
servirla: que si lo dices,
perderás, Carlos, con ella,
mi gracia, y quizá la vida.
De día, galán, pasea
su calle, y de noche, armado,
ronda su puerta y sus rejas.
¿Hasme entendido?

CARLOS. Señor...

REY. No repliques. ¿A qué guerra
te envío yo, a qué peligro,
a qué difícil empresa?
¿A qué mar llevas armada
para poner mis banderas
en las más remotas playas?

CARLOS. Pluguiera a Dios que eso fuera,
que yo lo supiera hacer.

REY. Carlos, Carlos, esto es fuerza:
hacer lo que manda el rey
es ley de naturaleza.

Venid con César. Tú, luego,
sin que en palacio se entienda,
le darás diez mil escudos.

(Vase.)

CÉSAR. Ven, Carlos.

CARLOS. *(El Rey ordena*

TERCER ACTO
 ALGUNOS MOMENTOS DESPUÉS

OTROS

LEONOR. — Que Dios Guarde.
 DÍAZ. — ¿Qué le pasa?
 LEONOR. — ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa?
 DÍAZ. — ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa?
 LEONOR. — ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa?

ACTO TERCERO

LEONOR

LEONOR. — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
 ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

No se va a ir de aquí
 esta mañana. ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

Mirad, en tal momento
 ¿por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?
 ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué?

LISARDA. No me miréis.
CARLOS. ¡Quién pudiera!
LISARDA. Pues idos.
CARLOS. Quedad con Dios.

(*Vase.*)

LISARDA. ¡Ah, gentilhombre!
SILVIO. ¿Soy yo?

LISARDA. Oídme.
SILVIO. ¿Yo? ¿Para qué?

LISARDA. ¿Servís a Carlos?
SILVIO. No sé.

LISARDA. ¿Sabéis lo que es esto?
SILVIO. No.

LISARDA. ¿Pues con él no entrastes?
SILVIO. Sí.

LISARDA. ¿Dónde estáis?
SILVIO. En su posada.

LISARDA. Algo sabréis.
SILVIO. No sé nada.

LISARDA. ¿De quién os teméis?
SILVIO. De mí.

LISARDA. ¿Qué necio que estáis!
SILVIO. Por vos.

LISARDA. ¿No pensáis hablar?
SILVIO. Soy firme.

LISARDA. ¿Qué aguardáis?
SILVIO. Licencia de irme.

LISARDA. Yo os la doy.
SILVIO. Quedad con Dios.

(*Vase.*)

LISARDA. ¡Ay, Celia! ¡Quién entendiera lo que este Carlos pretende!

CELIA. Bien fácilmente se entiende que éste hablara, si pudiera.
Teme el gran competidor que tiene en el Rey.

LISARDA. No sé, si ha un mes que el Rey no me ve, de qué procede el temor, cuya ingratitud ha sido causa que de aquella historia ya no haya en mi amor memoria que no la sepulte olvido.

Reparando en Carlos bien, hombre digno me parece de amarle.

CELIA. Bien lo merece: y el Rey, tu olvido también.

LISARDA. Si por él no se declara,

y Carlos tiene el valor que muestra, tendréle amor.

CELIA. Señora, la causa es clara, y que el no hablarte es por él.

LISARDA. Es ya su valor tan grande, que, aunque el Rey no me lo manpienso casarme con él. [de,

(*Vanse, y salen el REY y CÉSAR.*)

REY.

Vano fué mi remedio.

CÉSAR.

No muy vano, pues ya te mira con semblante humano Fénix, que se mostraba tan airada, y parece que Carlos no le agrada. Sin esto, la Condesa, a Carlos mira.

REY.

Mi sufrimiento con los dos me admira; mas tengo aquel servicio tan presente, que no hay remedio que mi amor intente, que siendo contra Carlos, le permita. Carlos a la Condesa solicita, mas no por eso Fénix le desprecia. Mi voluntad, en porfiar tan necia, estando aquesta noche desvelado, un remedio me ha dado, que ha llegado a ser como el enfermo que no duerme, pensando en los remedios que ha de hacerme.

CÉSAR.

¿Y qué remedio ha sido?

REY.

Este es el Conde. Oíd lo que le digo y me responde.

(*Sale el CONDE.*)

CONDE.

¿Qué es, señor, lo que manda vuestra Alteza?

REY.

Conde, la confianza en la nobleza de vuestra sangre, a daros un cuidado en que me va la vida me ha obligado.

CONDE.

¿La vida, gran señor? Guárdeos el cielo. Mi sangre sabe Francia, y vos, mi celo.

no sabiendo la razón
que a amarme debe obligarte.
No he querido declararte
el secreto; que, en efeto,
estoy al rigor sujeto
de su mano poderosa;
que de una mujer celosa
no se ha de fiar secreto.

Pero, en viéndote llorar
y llamarme mal nacido,
máteme el Rey, pues ha sido
el que me pudo obligar,
Fénix, a hacerte pesar.
Que cuando la queja suya
a deslealtad lo atribuya,
no hay vida o perdón que pida;
que más que vale mi vida
pesa una lágrima tuya.

Como caerse del cielo
la estrellas, así son
tus lágrimas. No es razón,
Fénix, que las goce el suelo.
Dame, en tanto mal, consuelo;
recoge, pues, las estrellas,
que lloras mi vida en ellas.
Mira que un niño que tienes
harás llorar, si a hacer vienes
que lloren niñas tan bellas.

Dame esos brazos.

FÉNIX. Desvía.
CARLOS. ¿A mí me niegas los brazos?
FÉNIX. Si diera, si fueran lazos.
CARLOS. Lazos fueron algún día.
Pues advierte, Fénix mía,
que por fuerza he de abrazarte.
FÉNIX. Sabré mil vidas quitarte.
CARLOS. No sabrás, porque te adoro.
FÉNIX. ¡No me pierdas el decoro,
que he de matarme o matarte!

(Sale el CONDE.)

CONDE. ¿Qué es esto, Fénix, qué es es-
¿En qué los dos estos días [to?
andáis con tantas porfías,
tú airada y tú descompuesto?
FÉNIX. ¿Yo, señor?
CONDE. Y tú también.
¿Es buena descompostura?
CARLOS. A quien servite procura,
que le traten mal no es bien.
Y, pues que nos has hallado,
señor, en esta pendencia,

quiero, si me das licencia,
decirte lo que ha pasado.

Que por todo pasaré,
pero no por cosas bajas;
que reconozco ventajas
en la sangre, y no en la fe.

Porque en verdad y lealtad
pienso que soy el primero
del mundo.

CONDE. Carlos, yo espero
de tan necia enemistad
saber la causa.

CARLOS. Es bastante
para irme o no vivir.
Da mi señora en decir
que un anillo de un diamante
que le falta he sido yo,
señor, quien se le ha tomado,
pensamiento que le ha dado
desde que galán me vió.

Y aunque le digo que el Rey
diez mil escudos en oro
me ha dado, contra el decoro
debido por justa ley

a un hombre que tú has criado,
no es posible que me crea.

CONDE. Fénix, ¿de cosa tan fea
puede ser Carlos culpado?

FÉNIX. Si yo le veo servir
a Lisarda, ¿no es razón
que tenga esta presunción?

CARLOS. ¿Esto tengo de sufrir?
Déme vuestra señoría
licencia, que un hora más
no he de estar en casa.

FÉNIX. Harás
una grande bizarria.

Vete, pero no lo creo,
que te tiene el alma asida
Lisarda.

CONDE. Muy atrevida,
Fénix, con Carlos te veo;
y yo sé que está inocente
y que tú engañada estás.

FÉNIX. Con las alas que le das,
¿qué cosa habrá que no intente?
Déjale ir; ¿qué ha de hacer
Carlos aquí ya tan hombre?

CARLOS. Bien dice: que hasta mi nombre
debe ya de aborrecer.

Dame licencia y la mano.
Guerras hay.

CONDE. Carlos, advierte

Poco ha que fui tu esposa;
que soy tu hermana amor apenas sabe,
pues ¿qué más dulce suerte
que con aquesta fe darnos la muerte?
Pero si aquella prenda
de los dos adorada
no puede quedar sola, y no te fias
de que tu amor no ofenda
la fe desengañada
con el trato amoroso que solías
pasar noches y días
tan cerca de mis brazos,
vete, Carlos, que es justo
no dar este disgusto
al cielo que hoy defiende tus abrazos;
vete, que sola ausencia
hace al amor tratado resistencia.
Que si el Rey portiase
en darte a la Condesa,
por más que ser tu hermana y no tu esposa,
Carlos, imaginase,
el alma te confiesa
que muriera celosa y envidiosa.
Mas esta prenda hermosa,
este Carlos pequeño,
llévale allá contigo,
no ha de quedar conmigo;
siga las desventuras de su dueño,
por que tengas presente
a quien tan presto has de olvidar ausente.

CARLOS.

Desesperado intento.
¿Perdernos, Fénix, quieres
a los dos en un día?

FÉNIX.

¿Será justo
que un hombre de su aliento
se crie entre mujeres?
Suceda de una vez todo el disgusto.

CARLOS.

Mira que es caso injusto.

FÉNIX.

Sí, Carlos, mas forzoso:
que nuestro pensamiento
dirá mi sentimiento,
y quedará mi padre sospechoso;
y es quitarle la vida
si entiende que yo fui tan atrevida.
Ven esta noche, hermano,

¡nunca yo lo dijera!
de tu casa a la muestra con secreto,
y con este villano
a la puerta me espera;
daréte el niño que nació sujeto
a tanto mal.

CARLOS.

¿Qué efeto
de un amor tan notable!

FÉNIX.

¡Que desdicha perderte!

CARLOS.

¡Dejarte yo! ¿Qué muerte!

FÉNIX.

¿Qué estado entre los dos tan miserable!

CARLOS.

¡Loco estoy!

FÉNIX.

¡Yo perdida!

CARLOS.

¡Yo voy sin alma, Fénix!

FÉNIX.

¡Yo sin vida!

(*Pausa, y salen LAURA y SILVIO.*)

LAURA. ¿Eso es cierto?

SILVIO. Y es tan cierto,
que no hay otra cosa en casa,
y sin esto, que se casa,
y que hoy se firma el concierto.

LAURA. Muerta estoy.

SILVIO. Pues ¿tú, de qué?

LAURA. Yo me entiendo.

SILVIO. Pues ¿qué daño
os viene del desengaño?

LAURA. Ese, Silvio, yo le sé.

SILVIO. Si es su hermano natural
Carlos de Fénix, no puede
quitarle su hacienda.

LAURA. Excede
otro mal del mayor mal.

Demás de que el casamiento
de la Condesa se hará,
con que Carlos quedará
rico, próspero y contento.

SILVIO. A la fe, Laura, que ha sido

Es más segura la aldea.
SILVIO. Digo que tienes razón.
 Adiós, Laura. Bien decís
 los que vivís en París,
 sus gustos mudanzas son.
LAURA. ¡Qué presto me olvidarás!
SILVIO. De ti no llevo cuidado,
 que ya me habrás olvidado
 antes que parta, y aun más.
LAURA. Dios te dé dicha en España,
 Silvio.
SILVIO. Bien es menester.
 En fin, me voy a perder.
LAURA. ¿Por qué?
SILVIO. Porque es tierra extraña.
LAURA. Extraña de tu país,
 mas del mundo la mejor.
SILVIO. Bien me estaba labrador.
 Adiós, Laura. Adiós, París.

(Vanse, y salen CÉSAR y el REY, de noche.)

CÉSAR. Próspero suceso ha sido.
REY. Resultaron dos efectos,
 César, notables entrambos.
CÉSAR. Como de tu claro ingenio.
REY. Lisarda, desengañada
 de mi voluntad, ha puesto
 los ojos en Carlos. Fénix
 ha mudado el pensamiento.
CÉSAR. Claro está que si Lisarda
 tiene de Carlos por cierto
 que es hijo del Conde Arnaldo,
 tratará su casamiento,
 porque tiene prendas Carlos
 para ponerle deseo,
 como con Fénix las tuvo
 para abrasarte de celos.
REY. Díjome el Conde que estaban
 tan admirados y atentos,
 que apenas mostraron gusto
 de saber que hermanos fueron,
 y es que como no sospecha
 lo que de Fénix sospecho,
 piensa que esta admiración
 nació del mismo suceso.
 Por lo menos, yo he pagado
 a Carlos lo que le debo
 casándole con Lisarda,
 y libre de celos puedo
 seguir la empresa de Fénix,
 que es el último remedio.
 Esta es su casa del Conde;

como grave amante vengo
 donde no puedo de día.
CÉSAR. Grande es tu amor.
REY. Es inmenso.
 ¿Qué hora será?
CÉSAR. Las once.
REY. ¡Que le sirva de consuelo
 a un amante el ver de noche
 las ventanas de su dueño!
CÉSAR. Como asiste el alma en él,
 descansa más asistiendo
 más cerca, señor, del alma.
REY. Notable desasosiego
 en la hermosura de Fénix
 padece mi entendimiento.
 Yo pienso que si llegase
 a saber lo que padezco,
 que de otra suerte pusiese
 a mis cuidados remedio.
 No vivo, César, no vivo,
 y te confieso que siento
 que siendo quien soy me tenga
 en un estado tan necio
 terrible pasión de amor.
CÉSAR. Oye, señor, que han abierto
 la puerta de aquel jardín
 que sale al patio primero.
REY. Mujer parece quien sale.
CÉSAR. No es sin causa.
REY. A verla llevo.

(Sale FÉNIX, con el niño de la mano.)

FÉNIX. Sola mi fortuna pudo
 obligarme a lo que vengo;
 pero perdiendo la vida,
 ¿qué mayor fortuna temo?
 Allí están Carlos y Silvio.
 Carlos mío, llega presto,
 porque no es posible hablarte,
 sabe Dios lo que lo siento.
 El Conde me está esperando.
 Aquí te doy cuanto puedo.
 Este es Carlos, nuestro hijo.
 Bien sabe, Carlos, el cielo
 que la fe de ser tu esposa
 obligó mi atrevimiento.
 Soy tu hermana; así lo dice
 nuestro padre; así lo creo.
 Carlos, vuestro padre es Carlos.
 Dadme los últimos besos.
 Adiós, mis ojos, adiós,
 Carlos, que me voy muriendo.

Not

1000

1000

1000

SILVIO. ¡Ah, Laura, qué bien se vía
que el palacio te agradaba!
¡Qué fingida me engañaba!
¡Y matrimonio quería!

CARLOS. Pues ¿cómo admirarte quieres?
¿No es lo que los sabios hacen?

SILVIO. Dos cosas desde que nacen
saben todas las mujeres.

CARLOS. ¿Y son?

SILVIO. Bailar y engañar.

CARLOS. Silvio, contra los preceptos
hablas. Los tres más discretos
son ver, oír y callar.

SILVIO. ¿Tú no lo dijiste así?

CARLOS. Sí dije.

CARLOS. Pues oye y calla.

(Salen el CAPITÁN y dos SOLDADOS con espadas.)

CAPITÁN. Aquí dicen que han de estar.

SILVIO. Gente viene.

CARLOS. Aquí te aparta.

CAPITÁN. ¿Qué gente?

CARLOS. Criados somos
del Conde.

CAPITÁN. ¿A estas horas andan
fuera de casa?

CARLOS. ¿Qué importa,
si es la puerta de su casa?

CAPITÁN. ¿Es Carlos?

CARLOS. El mismo soy.

CAPITÁN. Pues dadme, Carlos, las armas,
que os manda prender el Rey.

CARLOS. ¿A mí?

CAPITÁN. A vos.

CARLOS. ¿Por qué?

CAPITÁN. No mandan
los reyes dar la razón
por que prenden.

CARLOS. ¿Cosa extraña!
Entra, Silvio, y dile al Conde
que el Capitán de la guarda,
por orden del Rey, me prende.

SILVIO. Si has hecho cosa tan mala
que te cueste vida y honra,
saquemos, Carlos, la espada;
que es mejor honrosa muerte
que la vida con infamia.

CARLOS. Estoy inocente, Silvio.

SILVIO. Pues yo diré lo que pasa.

CARLOS. Sola esta espada he traído;
pues me la pedís, tomadla;
que quien con ella le sirve,

CAPITÁN. no pienso yo que le agravia.
Esto me ha mandado el Rey.
Vamos.

CARLOS. Sin duda es la causa
haber sabido que Fénix
es mi mujer y mi hermana.

(Cae y sale el REY LISARDA y CÉSAR.)

REY. Mucho me agrada, Condesa,
tu intento, pero no creo
que podrás ya tu deseo
salir con tan justa empresa.

LISARDA. De haberte dicho me pesa
que pagando su afición
he tenido inclinación
a Carlos para casarme,

viendo que quicres negarme
cosa tan puesta en razón.
¿No es Carlos hijo del Conde
Arnaldo? Luego es mi igual,
porque con ser natural,
a su valor corresponde.
De aquí imagino que donde
hubo fuego, como en ti,
aún hay reliquias, que aquí
lo que es justo concedieras,
si envidia dél no tuvieras,
y agora celos de mí.

REY. Engañada estás, Lisarda,
y pésame que a tu boca
salga presunción tan loca.

LISARDA. Pues ¿qué es lo que te acobarda
para no casarme?

REY. Aguarda,
que muy presto lo sabrás.

CÉSAR. Señora, engañada estás,
porque si posible fuera,
el Rey a Carlos te diera,
aunque tú mereces más.

(Salen el CAPITÁN, SOLDADOS y CARLOS.)

CAPITÁN. Aquí, señor, he traído
de donde mandaste, preso
a Carlos.

REY. ¿Que allí le hallaste?

CAPITÁN. Sí, señor.

LISARDA. ¿Preso! ¿Qué es esto?

CARLOS. Aquí vengo, gran señor,
preso, aunque inocente vengo.

REY. ¿Inocente?

CARLOS. Ya sé yo

— ¡Ah! ¡Los hombres
a la tiranía, a envías
de exámenes y un de de
Algo te han dicho de mí
que me esculpa prima

REY — No, tú eres un hombre

LEONIA — Yo soy la que me tengo
agotado, lo que me
vuelvo a ser, lo que le
puedo dar, lo que me da

REY — Lo que he de hacer es
que lo que he de hacer es
y lo que he de hacer es

CARLOS — Donde manda nuestra
que lleve a Carlos

CARLOS — He y
de mi vida, lo que me da

REY — Lo que he de hacer es
en la torre de pólvora

LEONIA — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

per... que me tengo
corriendo, que me tengo
le debo, y me re
a ser su mismo ver

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

REY — Yo soy la que me tengo

que yo en cosas naturales
del primer bozo me acuerdo;
nunca juzgo por las canas.

(Sale CÉSAR con el niño.)

CÉSAR. Aquí está el testigo.

CONDE. El cielo
le guarde; ¡qué buen testigo!
Yo, a lo menos, ya estoy tierno,
y casi de verle lloro.

¿Es posible que tu abuelo
pide justicia de Carlos
mirando un ángel tan bello?

REY. ¿Perdonaradeles vos.
buen Conde, si fuera vuestro?

CONDE. Y pienso echarme a los pies

del ofendido soberbio.

REY. Mirad lo que decís, Conde.
que es el niño nieto vuestro.

CONDE. Pues, señor, lo dicho, dicho;
en los brazos me le llevo.

REY. Carlos, vos sois condestable
de Francia. A Lisarda ruego
que trueque a Carlos por César.
SILVIO. Pues yo con Laura me quedo,
ya que el niño tiene padre.

LISARDA. Lo que es tu gusto obedezco.

CARLOS. ¿Quién podrá alabar, señor,
tu valor y entendimiento?

FÉNIX. Quien supiere cuánta dicha
fué siempre servir a buenos.
Con que la comedia acaba,
senado, a servicio vuestro.

LA VENGADORA DE LAS MUJERES

COMEDIA FAMOSA

111

LOPE DE VEGA CARPIO

1987-1988, 1989

AN SINGH, P. N. SINGH, AND S. SINGH

[illegible][illegible]

4 1 0

1 2 3 4

[illegible]

A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z

ACTO PRIMERO

(*Salen LAURA y ARNALDO; LAURA con una carta.*)

LAURA. Si sospechoso os dejé,
aunque no tendréis razón,
yo os daré satisfacción.

ARNALDO. Leed la carta.

LAURA. Si hará.

[*Lec.*] “Bien sé que no hay en el mundo quien merezca el divino valor de la princesa Laura; mas suplico a vuestra Majestad no pierda por vecino lo que otros pretenden ganar por extranjeros. Mi embajador lleva poder para efectuar los capítulos que ofrezco. Guarde Dios a vuestra Majestad. — *Federico, príncipe de Transilvania.*”

ARNALDO. ¿Qué dice?

LAURA. Que no habéis sido
quien mi casamiento trata.

ARNALDO. De que a tantos seáis ingrata
estoy, hermana, ofendido.

A mí me es fuerza casaros:
sabe Dios si hacer quisiera
un hombre tal que pudiera
alabarse de igualaros.

Pero, pues no puede ser,
imaginad que es querer
darle un imposible nombre,
porque al imperio del hombre
se ha de rendir la mujer.

LAURA. Pensaréis que es arrogancia
dilatir mi casamiento,
porque a mí merecimiento
hay infinita distancia.

Engañáisos, porque soy
la misma humildad.

ARNALDO. Estoy
confuso, que desprecéis
todos cuantos hombres veís,
pues en la causa no doy.

Vos, gallarda; vos, discreta;
vos, con salud, ¿qué razón
os tiene a tal opinión
bárbaramente sujeta?

Si el haber tanto estudiado,
ocasión, Laura, os ha dado
para haceros singular,
es cansaros y cansar
vuestro ingenio y mi cuidado.

De donde vengo a entender

que, si esto de fama y nombre
hace tan soberbio al hombre,
será locura en mujer.

LAURA. Ni el haber tanto estudiado
a eso me ha desvanecido,
sino sólo que he querido
satisfacer mi cuidado:

los hombres aborrecer.

ARNALDO. Pues, decidme, ¿qué os han hecho?

LAURA. Ninguna cosa.

ARNALDO. Sospecho
que ocasión debe de haber.

LAURA. Si ponéis el pensamiento
en mi honor, es loco intento.

ARNALDO. Pues decidme la ocasión.

LAURA. Por volver por mi opinión,
os la diré; estadme atento.

Antes, generoso Arnaldo,
que a las artes liberales

diese principio, ni hubiese
ocasión para indignarme,

había dado en leer
los libros más principales

de historias y de poesías,

y de tragedias de amantes;

hallaba en todos los hombres

tan fuertes, tan arrogantes

tan señores, tan altivos,

tan libres en todas partes,

que de tristeza pensé

morirme, y dije una tarde

a una dama a quien solía

comunicar mis pesares:

“Filida, ¿qué puede ser,

que en cualquier parte que traten

de mujeres, ellas son

las adúlteras, las fáciles,

las locas, las insufribles,

las varias, las inconstantes,

las que tienen menos ser

y siguen sus libertades?”

“Eso, Filida me dijo.

Laura, solamente nace

de ser dueños de la pluma,

de cualquiera acción que hacen.

Por ellas no hay Roma o Grecia

ni Troya que no se abraze;

luego nos dan con Elena

y con el robo de París:

de todo tienen la culpa;

y los hombres, inculpables,

son los santos, son los buenos

y los que de todo saben.”

LAURA.

La envidia y las virtudes, abrazarse:
la verdad, con los tiempos, encubrirse;
dejar, quien habla mal, de arrepentirse,
y el poder ofendido, de vengarse:
un pobre que fué rico, de quejarse,
y un necio liberal, de consumirse;
un alto, de caer por preferirse,
y un bajo, de subir por humillarse.
Ser cuerdos en el loco los enojos:
de los que obraron bien, faltar los nombres:
sin sombra de disgustos los placeres:
ciegos los celos, y el amor con ojos,
veré primero que querer los hombres,
ni dejar de vengar a las mujeres.

(Sale JULIO con un libro.

JULIO. Para mi honor y ejercicio,
andar con dificultades
es como tratar verdades
a quien miente por oficio.
¡Válgate Dios, por extraño
filósofo!

LAURA. Julio amigo.

JULIO. Al fin vine a dar contigo;
pero yo te desengañó
de que no daré en saber,
aunque tú la ciencia seas,
y presumo que deseas...

LAURA. ¿Qué, Julio?

JULIO. Echarme a perder.

Yo no tengo inclinación
a las letras, ¿qué me quieres?

LAURA. Si eras necio y sabio eres,
¿qué mayor transformación?

JULIO. Si fuera necio, no creo
que hacerme sabio pudieras;
que si ignorante dijeras,
fuera posible al deseo.

De un ignorante, en efecto,
hacer un sabio es posible;
pero es alquimia imposible
hacer de un sabio (1) un discreto.

LAURA. Pues ¿qué libros traes ahí?

JULIO. A Aristóteles traía:
que como yo le entendía,
ninguno me entienda a mí.

LAURA. ¿Luego tú no eres de aquellos
que se precian de saber

JULIO.

lo que quieren entender?
Por ser necio, fuera dellos;
pero tengo inclinación
más humilde, por no dar
risa a quien pueda notar
mi ignorancia, con razón.

Mas, dejando aparte el gusto
con que me haces estudiar,
¿cómo te va de casar?
¿Dijiste sí? Que es muy justo.
claro está que no lo excusa
tu singular parecer.
¿Podrélo saber?

LAURA.

Si tú ser
mujer, del rigor me excusa (1)
con que aborrezco el casarme,
también podrán ofenderme,
y muchos daños hacerme,
y por inútil dejarme.

A mi hermano dije aquí
que yo no me casaría.
Pues ¿por qué, señora mía?
Por temor.

JULIO.

LAURA.

JULIO.

LAURA.

¿Temor en tí?
Mucho he leído, y estoy
con los hombres enojada.
¡Ah, cómo estás engañada!
¿Defiéndeslos?

JULIO.

LAURA.

JULIO.

LAURA.

Hombre soy.
No temas, Julio, que a tí
sólo tengo voluntad,
en tanta diversidad.

JULIO.

LAURA.

¿Por qué méritos a mí?
Por hijo de una mujer
que me crió, y por criarte
conmigo.

JULIO.

No sé en qué parte
escriben, y puede ser,
que le echaron a un león
un perro pequeño, y viendo
que al golpe del brazo horrendo
no mostraba turbación,
dejóle vivo, y con él
se crió: mas, cuando vió
que era grande, ensangrentó
las negras uñas en él.

LAURA.

No hayas temor, Julio amigo:
que yo no quiero matar
los hombres: sólo vengar
mujeres.

JULIO.

Lo mismo digo,

(1) Así en el original y en Hartzenbusch; pero parece evidente que debe decir "necio" y no "sabio".

(1) Así en los textos; pero debiera leerse "acusa".

— ¡Oh! ¡galva! ¡mujer!
 ¡pe! ¡verra! ¡es delante
 de ca! ¡es! ¡es! ¡es! ¡es!

— ¡Y que! ¡que! ¡que!
 a! ¡a! ¡a! ¡a! ¡a!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

— ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe! ¡Pe!

porque si la respuesta me trajeras
como yo imaginé, con más cuidado
y ostentación en la ciudad entrara.
¿Es Laura hermosa?

OCTAVIO.

Es peregrina y rara.
Mas todo lo deshace la locura
de aborrecer los hombres y casarse.

LISARDO.

¿Qué tema de mujer duró segura?

OCTAVIO.

De ésta puede temerse y recelarse.

LISARDO.

Yo pienso ver, Otavio, su hermosura.

OCTAVIO.

Bien puede vuestra Alteza disfrazarse
y atreverse a la corte del bohemio.

LISARDO.

Yo llevo, de humillarme, justo premio.
¿Al transilvano príncipe desprecias,
hermosa Laura?

OCTAVIO.

¿No será disculpa
no haberte visto?

LISARDO.

¡Ay, esperanzas necias!
Responderá que mi humildad me cuida.

OCTAVIO.

¿Qué le importa al valor de que te enojas
esta arrogancia, si quien soy te culpa?
Gente camina en tropa.

LISARDO.

Todos creo
que llevan a la corte este deseo.

(Salen ALEJANDRO y AUGUSTO con dos CRIADOS, de camino.)

ALEJANDRO.

Si no os hubiera hallado en el camino,
las nuevas me volvieran a Ferrara.

AUGUSTO.

Que lo mismo pudieran imaginar,

Duque, si en el camino no os hallara.
¡Bravo desdén!

ALEJANDRO.

Extraño.

AUGUSTO.

Peregrino.

Dicen que es Laura en todas ciencias rara.

ALEJANDRO.

Pues ¿cómo ha dado en este pensamiento,
si le consta el valor del casamiento?

AUGUSTO.

Porque quiere escribir contra los hombres,
porque quiere vengar a las mujeres.

ALEJANDRO.

Augusto, si es discreta, no te asombres;
que tienen pensamientos bachilleres.

OCTAVIO.

¿Quién son estos señores?

CRIADO.

Son sus nombres
y sus estados, si saberlos quieres.
Alejandro, gran duque de Ferrara,
que sólo el nombre pienso que bastara.

El otro es el famoso y fuerte Augusto,
hijo del rey de Albania; hanse topado
en el camino y, con amor que es justo,
cortésmente los dos acompañado.

OCTAVIO.

¿A qué van a la corte?

CRIADO.

Un mismo gusto
presumo que los lleva, aunque engañado,
pues no quiere casarse la Princesa.

ALEJANDRO.

Digna parece de los dos la empresa.

Vos, por Augusto, a quien el nombre obliga,
y yo, por Alejandro.

AUGUSTO.

Juntos vamos
a conquistar tan bárbara enemiga,
aunque en tan alta empresa nos perdamos.

ALEJANDRO.

Pues este pensamiento se prosiga.

porque el amor que desea
el cuerpo es amor bastardo;
que el legítimo no llega
a tocar cosas mortales
y que mañana perezcan.
Lo inmortal ama el amor,
de donde luego contempla
al Criador en la criatura,
de manera que se acerca
a aquel angélico amor,
fuego que abrasa y recrea
los espíritus celestes.

Muy bien.

LAURA.

JULIO. (¡Muy mal!)

LAURA. Hoy quisiera
tener qué darte.

JULIO. (Pues dèle
una estampa. ¿Hay insolencia
como esta nueva invención?)

LUCELA. Con tu licencia, no queda
probada aquella opinión.

LAURA. ¿De qué manera, Lucela?

LUCELA. Los filósofos antiguos,
sean de Italia, o de Grecia,
concedieron dos amores:
el que primero comienza
y el que, por llamar al otro,
llamaron correspondencia;
si sólo hubiera el amor
propio y solamente hubiera
quererse un hombre a sí mismo,
hasta su tiempo estuviera
engañado el mundo, y vemos
que nuestros sabios no llegan
a lo que aquellos antiguos:
ejemplo inefable sean
Aristóteles, Platón
y otros muchos que celebra
la fama.

LAURA. Aquí no es bien
con argumentos, Lucela,
responder a los maestros.

LUCELA. Mi señora: quien enseña,
a los discípulos debe
satisfacer.

LAURA. Oye y piensa
que si quien anda a aprender,
por ignorancia o soberbia,
anda a poner objeciones,
confundirá las escuelas,
y en su vida sabrá nada.

LUCELA. Saquemos un entinema,
si te parece, señora.

de toda esta controversia.

LAURA. No hay que sacar. Escuchad:
concédese a la que llega
a tratar del matrimonio,
que con gran recato advierta
en las partes de su esposo;
porque si la cama y mesa
aumenta amor en algunos,
en otros, enfado aumenta.
El más cuerdo se convierte
en un demonio, y apenas
se mira en la posesión,
cuando la mayor belleza
desprecia, deja y olvida
por la más necia y más fea:
que si la propia mujer
le sufre por santa y cuerda,
piensa cómo él es demonio.
Camilo llama a la puerta,
y por fuerza quiere entrar.
Pues dile que entre sin fuerza.

(Sale CAMILO, criado.)

CAMILO. El Príncipe me ha mandado
que te advierta que han venido
dos novios, que no han sabido
los muchos que has despreciado.

Es el duque de Ferrara,
Alejandro, el uno, y hombre
que de este polo, su nombre,
al contrapuesto no para.

Y el otro, señora, es
príncipe de Albania.

LAURA. Di
que ya voy.

CAMILO. Harélo así. [Vase.]

LAURA. Y tú, Lucela, después
repetirás la lección.

JULIO. ¿Hay locura semejante?
Entendimiento arrogante.
¿quién te dió tal opinión?)

(Vanse las tres, y salen LISARDO y OCTAVIO.)

OCTAVIO. Notablemente han entrado.
LISARDO. Muy conforme a su grandeza.
OCTAVIO. Pero ¿dónde va su Alteza,
de esta suerte disfrazado?

LISARDO. Calla, que hay un hombre aquí.

JULIO. (Aquestos son forasteros.)
¿Dónde bueno, caballeros?
¿Cómo se han entrado aquí?

LISARDO. Las pinturas nos llevaron
los ojos, los pies se fueron

1. El primer grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia temprana, es decir, entre los 12 y los 14 años de edad.
2. El segundo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia media, es decir, entre los 15 y los 17 años de edad.
3. El tercer grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia tardía, es decir, entre los 18 y los 20 años de edad.
4. El cuarto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia avanzada, es decir, entre los 21 y los 23 años de edad.
5. El quinto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia final, es decir, entre los 24 y los 26 años de edad.
6. El sexto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-adolescencia, es decir, entre los 27 y los 29 años de edad.
7. El séptimo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-adolescencia, es decir, entre los 30 y los 32 años de edad.
8. El octavo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-adolescencia, es decir, entre los 33 y los 35 años de edad.
9. El noveno grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 36 y los 38 años de edad.
10. El décimo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 39 y los 41 años de edad.
11. El undécimo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 42 y los 44 años de edad.
12. El duodécimo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 45 y los 47 años de edad.
13. El decimotercer grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 48 y los 50 años de edad.
14. El decimocuarto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 51 y los 53 años de edad.
15. El decimoquinto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 54 y los 56 años de edad.
16. El decimosexto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 57 y los 59 años de edad.
17. El decimoséptimo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 60 y los 62 años de edad.
18. El decimoctavo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 63 y los 65 años de edad.
19. El decimonoveno grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 66 y los 68 años de edad.
20. El vigésimo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 69 y los 71 años de edad.
21. El vigésimo primer grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 72 y los 74 años de edad.
22. El vigésimo segundo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 75 y los 77 años de edad.
23. El vigésimo tercer grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 78 y los 80 años de edad.
24. El vigésimo cuarto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 81 y los 83 años de edad.
25. El vigésimo quinto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 84 y los 86 años de edad.
26. El vigésimo sexto grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 87 y los 89 años de edad.
27. El vigésimo séptimo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 90 y los 92 años de edad.
28. El vigésimo octavo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 93 y los 95 años de edad.
29. El vigésimo noveno grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-pre-adolescencia, es decir, entre los 96 y los 98 años de edad.
30. El trigésimo grupo de adolescentes se refiere a los que se encuentran en la etapa de la adolescencia post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-post-adolescencia, es decir, entre los 99 y los 101 años de edad.

LAURA.

No todo aquello por que yo suspiro
puede ser bueno, y más si me ha engañado
la apariencia del bien, pues dan veneno
tal vez en oro, que el mirar condeno.

ALEJANDRO.

No mira Laura a nadie.

AUGUSTO.

En eso veo
de su rigor la condición villana.

ARNALDO.

Habla, hermana: que pienso y aun lo creo,
que murmuran de verte tan tirana.

LAURA.

No me puedo esforzar, aunque deseo
hablar, por darte gusto.

LISARDO.

Soberana
belleza adorna a Laura, si hay belleza
que no ofenda a tan bárbara aspereza.

OCTAVIO.

En fin, ¿te agrada?

LISARDO.

No diré que he visto
cosa que más mis ojos agradase,
menos sus rayos que del sol resisto,
y me pienso llegar, aunque me abraze.

OCTAVIO.

Ya se levantan.

LISARDO.

Si este bien conquisto
mi nombre haré que al de Alejandro pase.

ALEJANDRO.

No es justo, gran señora, daros pena.

LAURA.

Perdón os pido; no me siento buena.

(*Vase.*)

ARNALDO.

Laura después satisfará, señores,
lo que hoy le niega la primera vista.

ALEJANDRO.

Ver a su Alteza son grandes favores.
Dadme licencia que a su lado asista.

LUCELA.

¿Cual de éstos es mejor?

DIANA.

Pues ¿hay mejores?
Laura el mirar por su opinión resista,
que yo quiero mirar, aunque la siga.

LUCELA.

Y yo también, si la verdad te digo.

(*Vanse, y quedan LISARDO, OCTAVIO y JULIO.*)

JULIO.

¿Qué os parece?

LISARDO.

Que es belleza
sin igual, pero ofendida
de aquel rigor, que corrida
tiene a la naturaleza.

Ser mujer y no querer,
contradice, aunque porfia
la humana filosofía.

JULIO.

Bien sabe que la mujer
ha de apeteer el hombre
cual la materia a la forma,
y aunque en esto se conforma,
es con diferente nombre,
y tanta bachillería,
que no se deja entender.
Mas ya debe de volver.
¡Dichosa la suerte mía!

LISARDO.

(*Sale LAURA.*)

JULIO.

Un español ha venido
sólo a verte, y yo te ruego
que le honres.

LAURA.

¿Estás loco?

JULIO.

Tiene grande entendimiento.

LAURA.

Pues ¿él viene a disputar
conmigo?

JULIO.

Ese fuera exceso
digno de mayor castigo
que de aquel mozo soberbio
que pensó, con falsas plumas,
escribir su atrevimiento
en el papel de los rayos
del sol, y con cera el fuego.
Trae mil libros curiosos.

LAURA. Leed adelante.
 LISARDO. Arsindo.
 LAURA. ¿Qué escribe?
 LISARDO. Escribe el gobierno
 del hombre a la imitación
 de la economía.

LAURA. Y luego
 tratará de las mujeres
 y de aquel tirano imperio
 con que las mandan los hombres.
 Quemadle, que no le quiero.

LISARDO. Ebandro.
 LAURA. ¿Qué trata?
 LISARDO. Escribe

dos amores y dos Venus.
 una divina, otra humana.

LAURA. Bueno, adelante.
 LISARDO. Eracleo;
 este escribe alquimia.

LAURA. Echadle
 en un crisol en el fuego.

LISARDO. Fabio de Arcano.
 LAURA. ¿Qué trata?

LISARDO. Magia natural.
 LAURA. Bien puedo
 leerle.

LISARDO. Seguramente.
 Filópenes; de veneno.

LAURA. Señaladle, por si acaso
 matar los hombres intento.

LISARDO. Paso, divina amazona;
 tened más lástima de ellos.
 Lauro.

LAURA. ¿Qué escribe?
 LISARDO. Alabanzas
 de las mujeres.

LAURA. Bien creo
 que quien se llamaba Lauro
 se precie de este argumento.
 ¿Qué nación?

LISARDO. Es español.
 LAURA. ¡Oh, cuánto a España debemos
 las mujeres!

LISARDO. Es verdad;
 no hay nación que en mayor precio
 las tenga, ni más las sirva.
 El hombre que vale menos
 gasta en vestir su mujer
 más que en el dote le dieron.
 Laurencio.

LAURA. ¿Qué escribe?
 LISARDO. Trata
 de cómo un hombre discreto

se ha de casar, y en qué edad.
 Señalad ese Laurencio.
 Lisardo. Achiles Tacio.

LAURA. Dejadle.
 LISARDO. Trata amores.
 LAURA. Ya le tengo.
 LISARDO. Lidio: historia de Lucrecia.
 LAURA. Famoso; pero dejemos
 la lista para después,
 y escogeré los que fueren
 a mi propósito.

LISARDO. Creo
 que hallaréis cosas notables.
 LAURA. ¿Queréisme servir? Que pienso
 que para mi librería
 y estar mi estudio compuesto
 como merecen mis libros
 y como honrarlos deseo,
 a propósito seréis.

LISARDO. Señora, si yo merezco
 servirlos, ¿qué mayor bien
 pedirles puedo a los cielos?
 Digo que quedo a servirlos,
 y que tan contento quedo.
 que por no decir locuras
 tan justas, no lo encarezco
 Julio.

LAURA. Señora.
 JULIO. Señala
 dentro en palacio aposento
 a Lisardo.

JULIO. El primer hombre
 a quien tal merced has hecho.

(Quedan LAURA y JULIO.)

LISARDO. ¿Qué dices, Otavio?
 OCTAVIO. Digo
 que todo va sucediendo
 mejor que lo imaginaste;
 pero es locura en exceso
 conquistar una mujer
 hecha de aborrecimientos
 de hombres, y con dos señores
 (que la han de servir, haciendo
 tan grandes ostentaciones)
 por competidores.

LISARDO. Necio.
 el peligro en las mujeres
 no está en quien las mira lejos,
 porque a quien se aleja más
 sabes que le quieren menos;
 por eso luego se olvidan

TABLE 1

continued

Variable	1980		1981		1982		1983		1984	
	Mean	SD	Mean	SD	Mean	SD	Mean	SD	Mean	SD
Age	20.1	1.9	20.1	1.9	20.1	1.9	20.1	1.9	20.1	1.9
Sex										
Male	10		10		10		10		10	
Female	10		10		10		10		10	

SD = standard deviation.

RESULTS

Table 1 shows the mean age of the patients and the distribution of sex.

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

The mean age of the patients was 20.1 years (SD 1.9 years).

por eso el hombre lo es,
saliendo mujer después,
como que fué por error
faltar a lo que pretende,
culpando los instrumentos
para obrar.

DIANA. Tus argumentos
Laura, mi señora, entiende,
y se burla de ti y de ellos,
pues esa misma razón
con que los hombres lo son,
le ha obligado aborrecellos.
Dime alguno que haya sido
sin mujer.

LISARDO. No puede ser.
DIANA. Pues confiesa que aquel ser
de mujer le han recibido.

LISARDO. No, Diana, que le tiene
del hombre; y esta cuestión
tratar en otra ocasión
con más decencia conviene.

LUCELA. Laura se ha de persuadir
y confesarse inferior.

LISARDO. Eso es, o tener amor
o, por lo menos, sentir
bien de los que le han tenido.

LAURA. ¿Yo amor, secretario? ¿A quién?

LISARDO. A un hombre.

LAURA. Dices muy bien,
si el hombre hubiera nacido;
mas mientras naturaleza
no hiciera por mi diseño
un hombre, es cosa de sueño
querer rendir mi firmeza.

LISARDO. Si le ha de hacer a tu gusto,
elige de los que están
en palacio.

LAURA. No tendrán
méritos, Lisardo, al justo.

LISARDO. Luego ¿como oro en crisol
quieres que venga a poner
ese imaginado ser?

LAURA. Eso quisiera, español.

LISARDO. ¿Y pensabas esperar
a que la naturaleza
pusiera tanta belleza
que te pudiera agradar,
a que el hombre se formara
y fuera creciendo así
hasta ser perfecto?

LAURA. Sí.

LISARDO. En buena edad te alcanzara.
Ahora, no en balde los sabios

hablaron de las mujeres
como sabes, pues tú quieres
satisfacer tus agravios
con tantas sofisterías
y opiniones singulares.

DIANA. Lisardo, cuando repares
en que ofenden las porfías,
repara en que has de tener
tres enemigos aquí.

LISARDO. Diana, no hay ser en mí
que no conozca su ser.

DIANA. Pues ¿qué pretendes?

LISARDO. No más
que argüir; que el argüir
no es lo mismo que sentir
la verdad.

LUCELA. Luego daré
más valor a la mujer.

LISARDO. En cuanto haberme rendido;
pues muchos sabios han sido
de ese mismo parecer.

LAURA. ¿Luego confiesas que aquello
que es más firme es lo mejor?

LISARDO. No, señora, que el amor
hizo que diese el cabello
Sansón a los filisteos.

LAURA. Y ese amor, ¿de qué nació?

LISARDO. De la hermosura que vió
para rendir sus deseos.

LAURA. Y esa hermosura ¿en qué estaba?

LAURA. En mujer.

LAURA. Pues si era suya,
de aquesta fuerza se arguya
que al más libre sujetaba.

LISARDO. No confesaré yo tal,
que también mata el veneno,
y no por eso es más bueno,
sino una cosa mortal.

LAURA. Desigual comparación,
pues los venenos son feos,
y lo que rinde deseos
son belleza y perfección.

LISARDO. ¿Y una adelfa ponzoñosa,
no tiene alegre hermosura
cuando en hoja verde oscura
produce encarnada rosa?

¿Y una espada que despidе
de su acero resplandor,
que al sol parece mejor
y con sus rayos se mide,
no mata, y es en razón
espada hermosa y dorada?

LAURA. Ni la adelfa ni la espada

ALEJ. conocimiento de alguna
que rinda su voluntad?
Viéndome yo, si el secreto
me guardas, como discreto,
en tanta dificultad.

supe que cierta mujer
hacer hechizos sabía,
tales que sólo podía
sus esperanzas vencer;
y viéndome tan aieno
del remedio, que ya aguardo,
el antídoto, Lisardo,
hice del mismo veneno.

"Venza mujer a mujer,
dije, y lábrese un diamante
con otro, y Laura constante
comience a saber querer."

Consultéla, y pide, en fin,
una cinta de su frente,
u otra cosa solamente
que se dirija a este fin.

con tal que ha de haber tocado
su cuerpo o rostro.

LISARDO. No sé.

Duque, si crédito dé
como le da tu cuidado
al hechizo que refieres,
si bien he visto y leído
que han de esta suerte rendido
muchos hombres las mujeres;
pero si tan cierto estás,
prosigue, señor, tu intento,
que aunque es fuerte atrevimiento,
el rigor de Laura es más.

ALEJ. Faltan las cintas, que a ti
te será fácil entrar
donde las puedas tomar,
y dárme las luego a mí.

LISARDO. ¿Está el misterio en que toquen
su rostro?

ALEJ. No más.

LISARDO. Pues parte
y déjame.

ALEJ. Si a obligarte
puede ser que te provoquen
oro y diamantes, el suelo
que pisas haré cubrir.

LISARDO. Tú has de vencer.

ALEJ. O morir.

(Vase.)

LISARDO. Logre tu esperanza el cielo.
Extraña imaginación.

Querer vencer con hechizo
a Laura, que el cielo hizo
de tan fuerte condición.

Cintas pide; yo haré
que en otro sujeto pruebe
lo que puede y lo que mueve,
y que ella segura esté.

Este es Julio, en él quería
hacer aquesta experiencia,
porque contra toda ciencia
me valga la industria mía.

(Sale JULIO.)

JULIO. Yo pienso que he de pedir,
para dejar esta casa
licencia.

LISARDO. ¿Qué hay, Julio amigo?

JULIO. Los desatinos de Laura.

LISARDO. Habrá dicho en el jardín
excelencias y alabanzas
de las señoras mujeres,
y de los hombres infancias.

JULIO. Estáhale yo diciendo,
dando materia las plantas,
que las unas con las otras
naturalmente se casan,
y cómo no daban fruto
las palmas enamoradas
de aquellos racimos de oro
sin la vista de otras palmas:
enseñábale las flores
que medran con las que aman,
las aves, que solas lloran
y que acompañadas cantan,
y viendo el agua a una fuente
dijele también que el agua
se casaba con la tierra,
y ella, entonces, enojada,
con el marfil de la mano
rompió la sonora plata
y bañóme rostro y cuello.

LISARDO. Si fuera, Julio, Diana,
hoy eras ciervo, y vivieras
las selvas.

JULIO. Ahn bien que hallara
compañeros en mi mal,
que no siente su desgracia.
Pero ¿qué has hecho después
que te dejamos?

LISARDO. Pensaba
de Laura en las asperezas,
y por divertir el alma

LAURA. Servirte, Arnaldo, deseo.

ARNALDO. Como las ninfas te veo
en Ovidio fugitivas.

Mira que es forzoso ya
hacer aquesta elección.
Príncipes gallardos son,
y todo este reino está
con amorosos deseos.

Augusto es muy gentilhombre,
y Alejandro, al de su nombre
vence en iguales trofeos.

Elige, hermana, y tendrás,
un esclavo en mí.

LAURA. Si haré,
aunque no sé si podré,
si tanta prisa me das.

Prueben la espada y la pluma
esos príncipes, y quien
me pareciere más bien,
de ser mi esposo presuma.

ARNALDO. ¿Y qué han de hacer?

LAURA. Un torneo

de a caballo, no de a pie,
aunque en el de a pie se ve
cuanto imagina el deseo

en gala, en talle y en brio.

ARNALDO. Mil dificultades hallo
en torneos de a caballo.

LAURA. Yo lo imposible porfío,
y el de a pie, niños, mujeres,
lo pueden ejercitar.

ARNALDO. ¿Y en qué han de poder probar
la pluma como tú quieres?

LAURA. En un libro de alabanzas
de las mujeres.

ARNALDO. No seas
tan bárbara.

LAURA. Pues no creas
que tengan sus esperanzas
de otra suerte posesión.

ARNALDO. Ahora bien: voy, aunque siento
que sólo a tu casamiento
pretendes la dilación.

(Vase.)

LAURA. Enojado va mi hermano.

JULIO. Con razón.

LAURA. Julio, ¿aquí estás?

JULIO. Buenas dos pruebas les das:
probarán vencerte en vano.
¿Libros mandas escribir?
Diez años han menester,

si a Horacio se ha de creer,
que tantos suele pedir,

si bien hay hombres agora
de tanta sabiduría,
que escriben diez en un día,
y si de prosa en un hora.

Pero son, aunque lo pida
el vulgo, para quien vienen,
libros fimeras, que tienen
veinticuatro horas de vida.

LAURA. Julio, llámame a Diana.

JULIO. Voy a darte el parabién
de que a querer hombre bien
tu pensamiento se allana.

(Vase.)

LAURA. De otra suerte lo dijeras
si supieras cuál estoy,
y la venganza que doy
a los hombres tan de veras.
Yo vine a sus manos fieras
cuando menos lo pensé:
no sé cómo me fié
de mi mayor enemigo:
pero si no fué castigo,
desdicha y venganza fué.

Quién me dijera que yo,
aunque es ley de Dios, amara
a mi enemigo, y buscara
el veneno que me dió:
quien menos lo imaginó,
es al fin quien me ha rendido,
y mayor venganza ha sido
que un hombre tan desigual
me ocasione a tanto mal
como por él me ha venido.

Pero primero que entienda
que le quiero, abrasará
el hielo, y el fuego hará
que el campo del mar se encienda.
Seré, por más que me ofenda
amor causándome enojos,
rendida sin dar despojos,
fortaleza sin mudanza,
deseo sin esperanza

y amor con vista y sin ojos.

¿Cómo podré defender
de las mujeres los nombres,
si de parte de los hombres
amor me quiere poner?
Diligencias puede hacer,
pero no me ha de rendir,

en mi gracia ni en mi casa,
y aun haré echarte del reino.
DIANA. No pensé que me estimabas
tan poco.
LAURA. Vete de aquí.
DIANA. Yo me iré, pues tú lo mandas.
LAURA. Oye.
DIANA. ¿Qué quieres?
LAURA. ¿Lisardo
quiérete a ti?
DIANA. Ni aun levanta
los ojos para mirarme;
que este pensamiento anda
entre mis ojos y yo.
LAURA. ¿Vete!
DIANA. ¿Cuánto una apariencia engaña!
Díjeme mi amor; erré.
Triste queda; voy turbada.

(Vase.)

LAURA.

¿Qué es aquesto? Lisardo se ha atrevido
a rendir mi opinión libre y gallarda,
y afligeme el amor, porque se tarda,
que es tirano que aflige resistido.

Síguele el corazón, y convencido,
rendido, es fuerza lo que al fin aguarda,
y aunque resista, el alnía se acobarda,
y, enferma la razón, se da a partido.

Mas yo, que con mi espíritu peleó,
defiendo mi razón con mi disculpa,
y cuando ya se rinde mi entereza.

Antes quiero a las manos del deseo
morir del mal por encubrir mi culpa,
que buscar el remedio en mi flaqueza.

(Sale JULIO.)

JULIO. Basta, señora, que ya
se ha concertado el torneo.
Sólo en el libro el deseo
suspense y confuso está.

Pero buscarán poetas
que escriban.

LAURA. Si buscarán.
pero pocos hallarán,
si bien el nombre interpretas,
porque de ignorantes legos,
¿cómo se podrá fiar
competencia que ha de dar
a la fama tantos pliegos?

En lo que toca al torneo...

JULIO. Alejandro es más galán;
todos el premio le dan;
suyo ha de ser el trofeo.

LAURA. ¿Alejandro?

JULIO. Sí, señora.

LAURA. Pues ¿tiénese inclinación?

JULIO. Sólo en su servicio son
mis pensamientos agora.

LAURA. No solías tú querer
a Alejandro.

JULIO. Así es verdad;
porque es ésta voluntad
acabada de nacer.

LAURA. Pésame que se la tengas.
JULIO. Aun con esta inclinación,
quieres tomar ocasión,
para decir que te vengas.

Pues, dime, ¿quién ha venido
como el duque de Ferrara?
En su persona repara.

¿Qué gallardo, qué lucido!

¿Qué lindo rostro, que talle,
qué discreción!

LAURA. Calla, necio;
si te compra amor con precio.

JULIO. ¿Por qué me mandas que calle?

LAURA. Porque te debe de haber
pagado para tercero.

JULIO. ¿Plega a Dios que si le quiero
más de por sólo querer
un hombre de tal valor,
ni él me ha dado cosa alguna,
que venga a tan vil fortuna
que me trate mal tu amor!

(Sale LISARDO.)

LAURA. ¿Este es Lisardo?

LISARDO. Quisiera
ser Virgilio, gran señora,
porque en tu alabanza agora
divinamente escribiera.

en justo agradecimiento
de haber rendido tu gusto
a lo que es tan santo y justo
como es ya tu casamiento.

Está toda la ciudad
contenta, y los pretendores,
lentos de celos y amores,
sin hallar dificultad

en pelear y escribir,
previniendo varias sumas
de dos maneras de plumas

LISARDO.

¡Plega a Dios, mi señora, que los cielos me priven de la vista, si he mirado dama de tu palacio! Y si recelos te han engañado...

LAURA.

No me han engañado.
(Antes que tenga amor, me matan celos.)
¿Qué es esto, amor? Apenas engendrado, ya sales por los ojos y la boca.
Mas ¿qué podrá el honor, la razón loca?

LISARDO.

¿Qué tiene Laura? ¿Cielos! ¿qué es aquesto?
¿Cómo se turba Laura? ¿Quién me engaña?
¿Pensará pensamiento tan honesto que soy yo aqueste príncipe de España?
De divinas colores se ha compuesto.
Pues si la nieve, de clavel la baña, de estos vivos esmaltes y colores, bien puede mi esperanza tomar flores.
¿Atreveréme a ser tan atrevido?
Mas no, que su vergüenza me ha engañado.
Si piensa en el castigo merecido, en eso la divierte su ciudad.
Amor, si las colores de esto han sido, no vais por flores a su hermoso prado; que puede ser que por tan gran locura en áspides las vuelva su hermosura.

LAURA.

Lisardo, yo he pensado que sería de esta dama que digo, atrevimiento.
Dame palabra que desde este día no tendrás amoroso pensamiento.

LISARDO.

Mil palabras te doy, señora mía, y no de aquellas que se lleva el viento; que bien sé yo que, quien servierte debe, ha de vivir más puro que la nieve.

LAURA.

No te quiero tan nieve, ni tan puro; mas, si de casto amor quieres ejemplo, mírame sólo a mí, que ser procuro de honesta voluntad heroico templo.

LISARDO.

¿Que te mire me mandas? Yo te juro, por esos ojos, que jamás contemplo otra cosa que a ti.

LAURA.

¿Mis ojos juras?

LISARDO.

No ha sido error en cosas tan seguras.

LAURA.

¿En efecto, quedamos concertados que has de mirarme a mí?

LISARDO.

Sí, mi señora.

LAURA.

Si una virtud nos lleva encaminados, no hay que tener temor.

LISARDO.

¿Quién teme agora?

LAURA.

De Diana nacieron mis cuidados.
¿Tú no la quieres bien?

LISARDO.

El alma adora esta honesta virtud.

LAURA.

Lisardo, advierte que tengo de quererte, sin quererte.

Con esto excusarás de amar ninguna de estas que mis lecciones aborrecen.

LISARDO.

Aunque fuera Diana aquella luna en quien del sol los rayos resplandecen, que no quiero más bien, ni más fortuna, que saber que mis ojos te merecen.
Dame el favor que pido, que es mi amigo este español.

LAURA.

Pues traéle aquí contigo.

LISARDO.

Harélo así, si me honras, Laura hermosa, de este favor.

LAURA.

Por darte gusto quiero darle esta banda de color celosa.

LISARDO.

Volverla verde, aunque es azul, espero.

DIANA. ¿Quién las llaves le daría?
 JULIO. No sé más de que es galán.
 DIANA. Yo sé que el precio le dan de más fuerza y valentía; pero no a Laura, si es, como tú dices, criado.
 JULIO. Antes pienso que le han dado la victoria al ferrarés.
 DIANA. ¿Quién? ¿A Alejandro?
 JULIO. ¿Pues quién?
 DIANA. Con el de lo blanco es risa.
 JULIO. Voyme.
 DIANA. ¿Y a qué, tan aprisa?
 JULIO. Debes de quererle bien.
 DIANA. Si es quien sospecho, es justo.
 JULIO. ¿Quién piensas?
 DIANA. Laura.
 JULIO. ¿Qué dices?
 ¡Laura!
 DIANA. No te escandalices.
 JULIO. Darásle extraño disgusto, si sabe que lo imaginas.
 DIANA. Como se fué del balcón a la primera ocasión, y cerraron las cortinas, creí que no estaba allí; y agora, viéndola entrar, acabé de confirmar lo que entonces presumí.
 JULIO. No creas que una mujer emprendiera desatino tan grande.
 DIANA. Lo que imagino, si no fué, pudiera ser: que mil valientes mujeres han hecho hazañas iguales.
 JULIO. No quiero que las señales, que basta que tú lo eres.

(Vase JULIO; salen LISARDO y OCTAVIO.)

LISARDO. ¡Hoy me quisiera matar, vencido y desesperado! (1)
 OCTAVIO. El de lo blanco, en efeto, llevó el premio.
 LISARDO. Estoy celoso de verle entrar más airoso, más galán y más discreto.
 OCTAVIO. Mira que está aquí Diana.
 LISARDO. Retírate, Otavio, allí. Perdonadme, que no os vi: lugar tendremos mañana.

Lláname su Majestad.
 DIANA. Lisardo.
 LISARDO. Diana hermosa.
 DIANA. Yo lo fuera, a ser dichosa en que tanta voluntad fuera de ti conocida.
 LISARDO. Otras veces, de esta culpa te he dado a Laura en disculpa: Laura, en fin, de mí servida, que me manda no mirar a otra dama que a su Alteza, cuya virtud y nobleza puedo honestamente amar.
 DIANA. Amar y mirar, Lisardo.
 LISARDO. Sí, con platónico amor.
 DIANA. De aquel pasado rigor, no menos soltura aguardo. Será fuente detenida... ¡Oh, qué furiosa ha de ser en comenzando a correr; a querer y a ser querida! Lisardo, a las ocasiones es perderse el acercarse; ya debe de rebelarse Laura a (1) sus mismas lecciones. ¿Qué sirve quererse hacer de tan varonil sujeto, pues ha de ser, en efeto, la mejor mujer, mujer? ¡Oh, cómo se ha conocido que la mayor fortaleza de la mujer es flaqueza, y amor, el mayor olvido! La más firme fué más vana; la más grave, lisonjera; la más dura fué de cera, y la más cuerda, de lana. ¿Quién la vió dar cada día preceptos contra los hombres, dándoles infames nombres de traidores a porfía! ¿Para qué fué tan tirana de amor para honesto fin, si había de ser, en fin, la más honesta liviana? Quiera y déjenos querer, porque vea a quién le toca la más principal, más loca, y la de más ser, sin ser.

(Vase.)

(1) Faltan dos versos a esta redondilla.

(1) En el original, "en".

Después que Arnaldo en el supremo asiento
ocupó su lugar y yo en el mío,
con alas de oro, por el manso viento
la fama de que soy el precio envió,
al aplauso templado el instrumento,
entró Alejandro con gallardo brío:
Alejandro, gran duque de Ferrara,
que el sol a verle en su balcón se para.

Con calzas verdes, armas blancas lleva:
pendiente al hombro, un verde manto obscuro
con mil hiedras de aljófar, labor nueva,
de quien, si álamo no, firme fue muro,
con los padrinos, y el aplauso eleva
el vulgo, ya de su valor seguro,
en un caballo, de los vientos pluma:
de la crin al codón, rico de espuma.

Afirmóse en el sitio ya dispuesto,
y entró con más soberbias que ventajas
el príncipe de Nápoles al puesto,
las altas piezas de la vista bajas,
fuerte caballo, de color honesto,
danzando al son de las templadas caías;
manto, penacho y calzas carmesies,
sembrado de granadas de rubíes.

Síguole Enrique, de Campana conde,
en un rucio rodado corpulento,
que a las trompetas con gemir responde,
celoso de seguir las por el viento:
su pensamiento un negro manto esconde,
aunque quiso decir su pensamiento,
pues entre mil estrellas circunstantes
se mostraba una luna de diamantes.

El alemán gallardo Lucidoro
entró arrogante, de leonado y plata,
en un melado que del carro de oro
del sol, para vencer al sol desata,
y con igual belleza que decoro,
la rienda a un bayo florisel dilata,
de pardo y naranjado, tan gallardo,
que todo a la inquietud parece pardo.

Aquí llegó Rodulfo Palatino,
al son de la baqueta levantando
un overo español, cuyo camino
parece que en el aire va buscando;
otra vez a la tierra más vecino,
parece que en el agua va nadando;
calzas, plumas y manto negro lleva:
de algún antiguo amor, tristeza nueva.

Entre otros muchos, para no cansarte,
bizarro, tu español la plaza mide,
sobre color azul, al mismo Marte,
que a la esfera del sol rayos despidе
un tostado alazán: como con arte

naturaleza a círculos divide,
y en los matices que uno en otro embebe,
sobre negro color, manchas de nieve.

Mi banda vi que el pecho le partía:
que, si como era azul, fuera dorada,
la elíptica del sol viera aquel día,
de sus vivas estrellas matizada;
el alazán, tan a compás venía,
que al tiempo de asentar la planta herrada,
dijeras cada vez que en alto vuela
que tomaba consejo con la espueña.

Describirte el valor con que, arrogante,
cuando le obliga la señal, que en ristre,
convertido en un monte de diamante,
puso la lanza de la cuja al ristre,
serán las luces que sustenta Atlante
querer que a cierto número registre:
muchos venció, gloriosa estaba España
de verle ya señor de la campaña.

cuando, sin otra música ni trompa,
padrinos, prevención, nombre ni fama,
hizo que la de todos interrompa
un caballero, que el mejor se llama:
todo de blanco, la soberbia pompa
mostró, en servicio de su casta dama:
hasta el caballo blanco, y por los fines,
lazadas blancas sobre ricas crines.

Sobre las armas, una esfinge bella,
cuya letra decía: "Yo me entiendo",
llevaba airoso, aunque cifrado en ella
cuanto el casto color iba diciendo;
entró en el campo con tan buena estrella
que, a su español y a los demás venciendo,
quedándose primero en la victoria,
de todos se llevó la palma y gloria.

Yo, entonces, la opinión de que no pueden
quererse bien los hombres puse en duda;
porque, si las virtudes tanto exceden,
confesaré que su valor se muda.
De hoy más, conmigo acreditados queden;
y más cuando tu ingenio les ayuda:
que eres, Lisardo, tal, que es bien que esperes
que se rinda el valor de las mujeres.

LISARDO. Laura, de tu relación
quedo celoso, de suerte
que con distrada muerte
me has engañado a traición;
el español, con razón
puede estar desesperado,
pues habiendo levantado
sus esperanzas al cielo,
quedó como suele al hielo

déjamele a mí querer;
que aun no le dejas volver
la libertad que me dió.

LAURA.

Que te quiera.

DIANA.

Si él me quiere,

¿será mucho...?

LAURA.

Eso es mentira.

DIANA.

Ya tu lenguaje me admira.

LAURA.

Digo que por mí se muere,
y que, por saber quién es,
correspondo a un justo amor;
que yo sé que su valor
me disculpará después.

Y cuando llegue a decir
quien es de mi calidad
que tiene amor, es maldad
quererlo contradecir.

Diana, en resolución,

yo amo; deja de amar.

que no es éste tu lugar.

Soy tu igual.

DIANA.

LAURA.

Tienes razón;

pero con la diferencia
de mi parienta y mi dama.
Ama, pues hay tantos; ama,
que de hoy más tienes licencia.

Mira, y no me des enojos,
si amar tu gusto desea,
como a Lisardo no sea.
que te sacaré los ojos.

(Vase.)

DIANA.

¿Hay semejante rigor?

¿Hay locura semejante?

Pero ¿qué firme diamante

no vuelve de cera amor?

¡Ay de mí! ¡Perdí mi bien,
perdí toda mi esperanza!

(Sale LUCELA.)

LUCELA.

¡Tú triste! ¡Tanta mudanza!

¿De quién te quejas?

DIANA.

¿De quién?

De Laura, Lucela, en fin
mujer; ama Laura ya:
declarada Laura está;
ya su desdén hizo fin.

Y para que lo confirmes,
Lucela, basta saber
que edificios de mujer
duran poco tiempo firmes.

¿Qué falta no les ponía?

¿Qué culpas no les hallaba?

Sus traiciones infamaba

Laura de noche y de día.

Pero ¿quién ha de creer,
aunque amor su ser restaura,
viendo tal ejemplo en Laura,
cosas dichas por mujer?

Ama, si quieres amar;
que ya nos dice que amemos,
como a su amor observemos
aquel sagrado lugar.

Aina desde hoy; mas sin pena,
pues ya quedan sus lecciones
cubiertas de mil borrones
y escritas en el arena.

(Vase.)

LUCELA.

Dulces victorias de amor,
levantad blasones altos,
pues nunca se han visto faltos
de nobleza y de valor.

¿Para qué Laura blasona
y lo que enseña no hace,
y al amor que la deshace
hoy sus triunfos no perdona?

Ame, pues nació mujer,
pues que sólo por amar
han venido a sujetar
muchas reinas su poder.

(Vase; salen AUGUSTO, ALEJANDRO y ARNALDO con
acompañamiento.)

AUGUSTO.

Ya que diste licencia que tan breve
el libro fuese, generoso Arnaldo,
conociendo de Laura el pensamiento,
manda que luego se presente el libro:
que aunque del precio estoy desconfiado,
no perderé en las letras, si en las armas
no tengo la ventura que merezco.

ARNALDO.

Para servirlos, cuanto puedo ofrezco.
A Laura quiero hablar, y sepa Laura
que son injustas ya sus dilaciones.

ALEJANDRO.

Darás con obras alma a las razones:
más vale un libro solo, si ha cifrado
lo más que muchos sabios han escrito.

este memorial agora.
hazme esta merced, señora,
pues tienes tiempo y lugar.

LAURA. ¿Has hablado con Lucela?
DIANA. Ni la he visto.

LAURA. Muestra, a ver.
Cosa que viniese a ser
algún engaño o cautela.

(Lea:)

“Diana, prima de vuestra Alteza, dice que, pues que vió tan imposible el amor de Lisardo, lo ha puesto en Alejandro. Pide y suplica a vuestra Alteza sea servida darle un pasaporte de querer; no se le antoje mañana otra cosa y pierda lo que ha querido tanto tiempo.”

Basta, ¡villanas!, que hacéis
burla de mí. ¿Qué es aquesto?
¿Dos memoriales tan presto
como ya mi amor sabéis?
¡Vete, y no vuelvas aquí!
¿Hay tal burla? ¿Hay tal maldad?
(Venguéme de la crueldad
con que se vengó de mí.)

DIANA.

(Vase DIANA; sale LISARDO.)

LISARDO. ¿Dónde me llevas, amor (1),
entre tantas esperanzas
de llegar al mayor precio?
¿No me mates como a necio,
por injustas confianzas!
Aquesta es Laura divina.
Mal dije: humana es mejor,
pues ya, por serlo, a mi amor
piadosamente se inclina.

LAURA. ¿Es Lisardo?

LISARDO. El mismo soy,
que venia triste a verte,
sospechoso de mi muerte,
que pienso que ha de ser hoy.

LAURA. Por ti, Lisardo, padezco
notables persecuciones

LISARDO. ¿Para qué dabas lecciones?

LAURA. Para que ya te aborrezco,
pues tú también me das vaya.

LISARDO. No te enojas, que el amor
ningún trabajo o temor
le enflaquece o le desmaya.

(Sale JULIO.)

JULIO.

Huélgome que estéis agora
juntas dos habilidades,
dos monstruos y dos ingenios,
en el mundo singulares;
dos ángeles, y no es mucho,
pues conviene con el ángel
el hombre, como sabéis,
en una de las tres partes.
Yo quiero bien, y, pues ya
dan licencia que se trate
en esta casa de amor,
dadme un remedio que baste
para no querer.

LAURA. ¿Por qué?

Si es amor para casarte,
Julio, lícito es amor.
Ama, que no es como de antes.

JULIO. Es muy forzoso olvidar.

LAURA. ¿Es en persona mudable?

¿Es en mujer imposible?

Quiere bien en otra parte.

Dime la causa.

JULIO. La causa
es tan fuerte, que me salen
colores al rostro, Laura,
y se me altera la sangre.

LAURA. ¿A quién quieres?

JULIO. Quiero a un hombre.

LAURA. ¡Jesús! El cielo te guarde
de dar en tan grande error.

JULIO. No ha sido en mi mano amarle.

LAURA. Julio, si amando a mujer
no es el amor medicable,
amando a un hombre, ¿qué esperas?

JULIO. Que algún escolar me saque
este espíritu del cuerpo.

¡Que ni que calle o que hable,
que esté velando o durmiendo,
de mis sentidos se aparte
Alejandro!

LAURA. ¿Quién, el Duque?

JULIO. ¡Que esto por un hombre pase!
¡Yo he de perder el juicio!
Grande lástima.

LAURA. Notable.

LISARDO. Pero aquí aparte me escucha
que de su remedio trate.
Alejandro me pidió
que unas cintas te tomase
para hechizarte con ellas;
yo, por no ver hechizarte,
si a otra persona engañaba,
quise que en Julio probase,

(1) Verso suelto entre redondillas. Debe ser primer verso de una perdida.

¡Ay, si me lo quisiera
ver, cómo llegué a ser
de la tanta vanidad
la melancolía que le une
al alma! No se la osada
hoy me la he traído de
aquella casa tan grande

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
dime, cómo lo hiciste
que me lo trajeras, ¿no
se acuerda tu madre?
¿De cuando me trajiste
aquella casa y viajé
con ella de que me trajera
conque me trajera, ¿no?

LUIS. — ¡Ay, si me lo quisiera
dime, cómo lo hiciste

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que los mayores me
me vore, ¿lo hiciste?

LUIS. — ¡Ay, si me lo quisiera
de al punto, ¿lo hiciste?
¿En este tiempo?
¿En ventura te habías
con agüa, ¿no?
¿La piedra, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?

Que lo hiciste, ¿lo hiciste?
Que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUIS. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?
¿Con el viento, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUIS. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LUCRA. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

LISABETH. — ¡Ay, si me lo quisiera
que lo hiciste, ¿lo hiciste?

el Príncipe transilvano:
y porque veáis que fuí
el victorioso en el campo.
aquesta es la banda azul.

AUGUSTO. Valedme, industria. ¿Qué aguardo?
Federico, si el segundo
fuiste, por primero gano.
que soy aquel caballero
a quien todos llamáis blanco.
Bien sabéis que es Laura mía,
y que merezco su mano.

LAURA. Con mentira, no; que yo
por mostraros que ha llegado
el valor de las mujeres
al más victorioso lauro,
armada en blanco salí
a venceros y a mostraros
cómo salí con mi intento.

LISARDO. Das un imposible caso,
que no es casarte, señora;
y así, merezco tu mano
por el segundo lugar.

ALEJ. Ese le toca a Alejandro,
porque no has escrito el libro;
y yo en el libro he ganado
primero lugar a todos.

LISARDO. Antes yo, pues aquí hago
presentación del que agora
para su alabanza traigo;
que si la de las mujeres
con razones has probado,
yo presento un libro vivo,
que es Laura, en que estáis mirando
las virtudes y excelencias
y todo el valor cifrado
que hay en todas las mujeres.

ALEJ. Cuando se admita el engaño
con que procedes aquí,
es contra lo decretado
darte a Laura, porque fuiste
su criado o secretario,
y tercero de mi amor,
que en un caballero honrado
es afrenta.

LISARDO. A lo que dices
yo respondiera en el campo,
que nunca yo fuí tercero
ni de tu amor he tratado
con Laura.

ALEJ. Testigos tengo.

LISARDO. ¿Qué testigos, Alejandro?

ALEJ. Estas cintas que me diste
de Laura.

LISARDO. Pues has llegado
a tratar tu misma afrenta,
sabe, generoso Arnaldo,
que quiso hechizar a Laura,
y me pidió del tocado
cintas, para hacer con ellas
que le amase, pero en vano,
porque dándole estas cintas
que a Julio el rostro tocaron,
Julio ha estado por hechizos
de Alejandro enamorado.

JULIO. ¿Hay tal maldad? ¡Vive Dios,
que quiero desafiaros!,
mas pedir primero al rey
se duela de los trabajos
que he pasado amando a un hombre
sin saber cómo ni cuándo.
Dadme las cintas, que quiero
quemarlas, y lleve el diablo
cuantos se valen de hechizos;
que sólo han de ser amados
por sus méritos los hombres,
y el que fuere cojo o manco
o tuviere otros defectos,
que suelen ser tras los años,
hechice con el dinero,
que es el hechizo más sabio,
y ahorrará de guedejas,
bigoterías y estofados.

ALEJ. Bien pudieras, Federico,
excusar, siendo obligado
al secreto, por quien eres,
decirle oyéndole tantos;
pero yo te haré entender

(Va a meter mano.)

si los caballeros...

ARNALDO. Paso,
que si Laura tiene amor
al Príncipe transilvano,
no querrá verle en peligro
antes de verle en sus brazos.
Laura, ¿quiéresle?

LAURA. Sí quiero.

JULIO. ¡Oh, gracias al cielo santo
que confiesas que hombre quieres!

ARNALDO. Alejandro, si casaros
con Laura no fué posible;
Augusto, si os ha quitado
el premio por más ventura,
aquí os están esperando
Diana y Lucela.

ALEJ. Doy

Juan Diana la me
 Agustín Y... a Lucía
 Julio Y... soy
 por impedir con el amo,
 el matrimonio de... que
 Laura como he tendido...
 y pues vivir no es posible

con los hombres, yo me caso,
 no pierda la Encadadora
 de las mujeres, pues tanto
 cuanto al tenerlos, quise
 tanto los estimar y amar

LA MOZA DE CÁNTARO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL CONDE.
DON JUAN, *galán*.
FULGENCIO, *galán*.
DON DIEGO, *galán*.
DON BERNARDO, *tiço*.
PEDRO, *lacayo*.

MARTÍN, *lacayo*.
LORENZO, *lacayo*.
BERNAL, *lacayo*.
DOÑA MARÍA, *dama*.
DOÑA ANA, *viuda*.
LUISA, *criada*.

LEONOR, *criada*.
JUANA, *criada*.
UN ALCAIDE.
UN INDIANO.
UN MESONERO.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

(*Salen DOÑA MARÍA y LUISA, con unos papeles.*)

LUISA. Es cosa lo que ha pasado para morir de risa.
MARÍA. ¿Tantos papeles, Luisa, esos Narcisos te han dado?
LUISA. ¿Lo que miras dificultades?
MARÍA. ¡Bravo amor, brava fineza!
LUISA. No sé si te llame alteza para darte estas consultas.
MARÍA. A señoría te inclina, pues, entre otras partes graves, tengo deudo, como sabes, con el duque de Medina.
LUISA. Es título la belleza tan alto, que te podría llamar muy bien señoría y aspirar, señora, a alteza.
MARÍA. Lindamente me conoces; dasme por la vanidad.
LUISA. No es lisonja la verdad, ni las digo, ¡así te goces!
No hay en Ronda ni en Sevilla dama como tú.
MARÍA. Yo creo,
LUISA. Luisa, tu buen deseo.
MARÍA. Tu gusto me maravilla.
A ninguno quieres bien.
LUISA. Todos me parecen mal.

LUISA. Arrogancia natural te obliga a tanto desdén.
Este es de don Luis.
MARÍA. Lo leo sólo por cumplir contigo.
LUISA. Yo soy de su amor testigo.
MARÍA. Y yo, de que es necio y feo.
(*Lee:*)
“Considerando conmigo a solas, señora doña María....”
(*Rómpele*)
No leo.
LUISA. ¿Por qué?
MARÍA. ¿No ves que comienza alguna historia o que quiere en la memoria de la muerte hablar después?
LUISA. Este es de don Pedro.
MARÍA. Muestra.
LUISA. Yo te aseguro que es tal, que no te parezca mal.
MARÍA. ¡Bravos rasgos! ¡Pluma diestra!

(*Lee:*)

“Con hermoso, si bien severo; no dulce, apacible, vi rostro, señora mía; mentida vista, me miró vuestro desdén, absorto de toda humani-

dad... brillante... sol
 en que... que vuestra faz
 a los... la... a

que... ta de
 que... ta de

LUISA... ult

MARTA... A

H... a

LUISA... A

H... A

H... A

H... A

MARTA... A

A... A

LUISA... A

H... A

H... A

H... A

H... A

LUISA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

MARTA... A

que es rey de la necedad
como el otro de Castilla.

LUISA. Don Diego está confiado.
Joyas te ha hecho famosas.

MARÍA. ¿Joyas?

LUISA. Y galas costosas.
Hasta coche te ha comprado.

MARÍA. Don Diego de noche, y coche.

LUISA. De noche, un gran caballero.

MARÍA. Mas ¡ay, Dios!, que no le quiero
para don Diego de noche.

Otra le goce, Luisa,
no yo. ¿De noche visiones?

LUISA. Oigo unas tristes razones.

MARÍA. Volvióse en llanto la risa.

¿No es éste mi padre?

LUISA. El es.

(Sale DON BERNARDO, viejo, de hábito de Santiago,
con un lienzo en los ojos.)

BERNARDO. ¡Ay de mí!

MARÍA. Señor, ¿qué es esto?

¿Vos llorando y descompuesto
y yo no estoy a esos pies?

¿Qué tenéis, padre y señor,
mi sólo y único bien?

BERNARDO. Vergüenza de que me ven
venir vivo y sin honor.

MARÍA. ¿Cómo sin honor?

BERNARDO. No sé.

Déjame, por Dios, María.

MARÍA. ¿Siendo vos vida en la mía,
cómo dejaros podré?

¿Habéis acaso caído,
que los años muchos son?

BERNARDO. Cayó toda la opinión
y nobleza que he tenido.

No es de los hombres llorar,
pero lloro un hijo mío
que está en Flandes, de quien fio
que me supiera vengar.

Siendo hombre, llorar me agrada,
porque los viejos, María,
somos niños desde el día
que nos quitamos la espada.

MARÍA. Sin color y el alma en calma
os oigo, padre y señor;
mas ¿qué mucho sin color,
si ya me tenéis sin alma? [no?

¿Qué había de hacer mi herma-
¿De quién os ha de vengar?

BERNARDO. Hija, ¿quiéreme dejar?

MARÍA. Porfías, señor, en vano.

Antes de llorar se causa
la excusa; pero no agora;
que siempre quiere el que llora
que le pregunten la causa.

BERNARDO. Don Diego me habló, María;
contigo casarse intenta;
respondile que tu gusto
era la primer licencia,
y la segunda del duque.
Escribí, fué la respuesta
no como yo la esperaba;
que darte dueño quisieran
estas canas, que me avisan
de que ya mi fin se acerca.
Puse la carta en el pecho,
lugar que es bien que le deba;
que llamarse deudo el duque
fué de esta cruz encomienda.
Vino a buscarme don Diego
a la plaza: nunca fuera
esta mañana a la plaza,
y con humilde apariencia
me preguntó si tenía,
aunque con alguna pena,
carta de Sanlúcar. Yo
le respondí que tuviera
a dicha poder servirle.
Breve y bastante respuesta.
Dijo que el duque sabía
tu calidad y nobleza,
que le enseñase la carta,
o que era mía la afrenta
de la disculpa engañosa.
Yo, por quitar la sospecha,
saqué la carta del pecho,
y turbado leyó en ella
estas razones, María:
"Quien tal mostró que tal tenga.
Muy honrado caballero
es don Diego; pero sea
el que ha de ser vuestro yerno
tal, que al hábito os suceda
como a vuestra noble casa."
Entonces don Diego, vuelta
la color en nieve, dice,
y de ira y cólera tiembla:
"Tan bueno soy como el duque."
Yo, con ira descompuesta,
respondo: "Los escuderos,
aunque muy hidalgos sean,
no hacen comparación
con los príncipes, que es necia.

MARÍA. de vuestra persona y traje?
Dan ocasión los sucesos
para desatinos tales.

DIEGO. Descubríos, por mi vida,
advirtiéndome que no hay nadie
que aquí pueda conoceros.
Yo soy.

MARÍA. Pues ¿vos en la cárcel?

DIEGO. El amor que me debéis
de esta manera me trae,
a que agradecida al vuestro
me fuerza a que me declare.
A pedirlos perdón vengo
y a que no pase adelante
este rigor, pues el medio
de hacer estas amistades
es el casarnos los dos:
que cuando a saber alcance
don Alonso que soy vuestra,
no tendrá de qué quejarse.
Con esto, venganzas cesan,
que suelen en las ciudades
engendrar bandos, de quien
tan tristes sucesos nacen.
Vos quedaréis con la honra,
que es justo, y que Ronda sabe;
satisfecho el señor duque,
desenajado mi padre,
y yo con tan buen marido
que pueda mi casa honrarse
y don Alonso, mi hermano.

DIEGO. ¿Quién pudiera, sino un ángel,
señora doña María,
hacer tan presto las paces?
Vuestro gran entendimiento
y divino en esta parte,
ha dado el mejor remedio
que pudiera imaginarse.
No le había más seguro,
y, sobre seguro, fácil,
para que todos quedemos
honrados cuando me case.
No será mucha licencia
que al altar dichoso abrace
sagrado de mis deseos,
donde está amor por imagen,
pues ya decís que sois mía.

MARÍA. Quien supo determinarse
a ser vuestra, no habrá cosa
que a vuestro gusto dilate.
Confirmaré lo que digo

(Al abrazarle, saque una daga y dèle con ella.)

DIEGO. con los brazos. ¡Muere, infame!
¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Traición!

MARÍA. ¡En canas tan venerables
pusiste la mano, perro?
Pues estas hazañas hacen
las mujeres varoniles.
Yo salgo. ¡Cielo, ayudadme!

(Llévase, y sale FULGENCIO.)

FULG. Paréceme que he sentido
una voz, y que salió
esta mujer que aquí entró,
que no sin sospecha ha sido,
más turbada y descompuesta
que piden casos de amor.
No fué vano mi temor.
Don Diego, ¿qué sangre es ésta?

DIEGO. Matóme doña María,
la hija de don Bernardo.

FULG. ¡Alcaide, gente! ¿Qué aguardo?
Mas cosa injusta sería
ocasionar su prisión.
Esperar que salga quiero,
que esto ya es hecho.

DIEGO. Yo muero,
con razón, aunque a traición.
Muy justa venganza ha sido
por fiarme de mujer;
mas no la dejen prender.

FULG. Yo pienso que habrá salido.
Pero ¿por qué no queréis
que la prendan?

DIEGO. Ha vengado
las canas de un padre honrado.
Esto en viéndole diréis,
y que yo soy, cuanto a mí,
su yerno, pues se casó
conmigo, aunque me mató
cuando los brazos la di.
Con esto vuelvo a su fama
lo que afrontarla pudiera.

FULG. Toda la cárcel se altera.
Quiero buscar esta dama.

(Llévase FULGENCIO a DON DIEGO; salen el CONDE y DON JUAN, galanes.)

CONDE. Hermosa viuda, don Juan.
No he visto cosa más bella.

JUAN. Con razón, Conde, por ella
esos desmayos os dan.

CONDE. ¿Hay tal gracia de monjil?
Que es de azabache, repara,

y es decoro justo y santo.

MARTÍN. Una viuda con un manto es obispo con roquete.

Fuera de esto, aquel estar siempre en una misma acción no mueve la inclinación que el traje suele obligar.

Ver siempre de una manera a una mujer, es cansarse.

CONDE. Pues ¿puede el rostro mudarse?

MARTÍN. Pues ¿no se muda y se altera mudando el traje, el semblante?

JUAN. Conde, Martín dice bien, porque el variar también da novedad al amante.

MARTÍN. De mi condición advierte que me pudren las pinturas, porque siempre las figuras están de una misma suerte.

¿Qué es ver levantar la espada en una tapicería a un hombre que todo un día no ha dado una cuchillada?

¿Qué es ver a Susana estar entre dos viejos desnuda, y que ninguno se muda a defender ni a forzar?

Linda cosa es la mudanza del traje.

CONDE. La viuda, en fin, ¿es conversable, Martín?

MARTÍN. No me quitó la esperanza si entráis con algún enredo, que dice que da lugar que la puedan visitar.

CONDE. Yo le buscaré si puedo.

JUAN. Como visto no te hubiera, fácil remedio se hallara.

CONDE. Si en que me ha visto repara, fingirme, enojarla fuera.

Llama, que yo he prevenido con que me pueda creer.

JUAN. No lo echemos a perder.

CONDE. No puedo estar más perdido.

MARTÍN. Ya te ha visto. A verte sale.

CONDE. No le has parecido mal.

¿Hay jazmin, rosa y cristal que a la viudilla se iguale?

(Salen Doña ANA, viuda, y JUANA, su criada.)

ANA. Novedad me ha parecido. Vuesñoría perdone.

CONDE. No hay novedad que no abone el deseo que he tenido de serviros, si yo fuese, para que no os cause enojos, tan dichoso en vuestros ojos que serviros mereciese.

ANA. Juana, sillars.

MARTÍN. No va mal, pues piden sillars.

JUAN. Martín,

la viudilla es serafín de perlas y de coral.

MARTÍN. ¿Agrádate a ti también?

JUAN. A esta pregunta responde que está enamorado el Conde y yo no.

MARTÍN. Dices muy bien.

ANA. ¿Quién es este caballero?

CONDE. Mi primo don Juan.

ANA. Señor, perdonad.

JUAN. No ha sido error. Hablad, que estorbar no quiero.

ANA. Vos no podéis estorbar, ni aquí tendréis ocasión.

JUAN. No lo mandéis.

ANA. Es razón.

JUAN. No me tengo de sentar.

ANA. Ahora bien: yo no porfio.

JUAN. Decisme que necio soy.

CONDE. Oídme.

ANA. Oyéndoos estoy.

JUAN. Por lo mismo me desvío.

CONDE. Señora, aunque os he mirado mil veces sin conoceros, antes que viniera a veros tuve de veros cuidado.

Vuestro esposo, que Dios tiene, era mi amigo: jugamos una noche; comenzamos por una rifa, que viene a ser como en los amores la tercera que concierta, o a lo menos que despierta el gusto a los jugadores.

Perdió, picóse, sacó unos escudos, y luego, terciando mi primo el juego cuatro sortijas perdió.

Mas vamos a lo que importa. Esas sortijas eché menos; pesadumbre fué, tan mal amor se reporta.

ANA.

ANA. No sin vos, y con vos, sí.
JUANA. Mucho le has favorecido,
para ser la vez primera.

ANA. Cuando él me favoreciera,
mi favor lo hubiera sido.
Mas no me quiso entender;
tomó la amistad del Conde.

JUANA. Agora, tibia responde;
aún no ha llegado a querer.

ANA. Necio pensamiento mío,
que en tal locura habéis dado,
volved atrás, afrentado
de ver tanto desvario.

Yo, que de tantos me río,
ruego, pretendo, provocho!
Pensamiento, poco a poco;
no diga el honor que pierdo
que sois con desdenes cuerdo,
ya que quisistes ser loco.

Dieron los ojos en ver,
puesto que en lugar sagrado,
al hombre más recatado
de mirar y de entender;
mas, ya que ha venido a ser
provocado a desafío,
responde tan necio y frío,
que me pide que a otro quiera.
¡Mirad quién tal os dijera
deste pensamiento mío!

En vano estoy descansando
con daros disculpa a vos;
mas tengámosla los dos;
vos, amando, y yo, pensando;
porque de pensar amando
lo que puede resultar,
viene el alma a sospechar
lo que imagino del ver,
porque no hubiera querer
si no hubiera imaginar.

Que no queráis os advierto
hombre tan fino y helado,
que por lo helado me ha dado
tristes memorias del muerto;
pero, si a cogerle acierto
con mirar y con rogar,
guárdesse, pues, de llegar;
que, agravada una mujer,
quiere hasta que ve querer,
por vengarse en olvidar.

(*Vanse; sale un INDIANO, de camino, y un Mozo de mulas.*)

INDIANO. Pasaremos de Adamuz,

si este recado nos dan.
Mozo. Por eso dice el refrán:
"Adamuz, pueblo sin luz".

Mas mira que desde aquí
INDIANO. comienza Sierra Morena.
Tú las jornadas ordena;
eso no corre por mí.

(*Sola es MESONERO*)

MESONERO. Bienvenidos, caballeros.

INDIANO. Pues, huéspedes, ¿qué hay que co-

MESONERO. Desde hoy al amanecer. [mer?
dos mozos, seis perdigueros
vienen con un perdigón,
de que estoy desesperado.

INDIANO. Para mí basta.

MESONERO. Ha llegado
a hurtaros la bendición
una mujer que le tiene.
INDIANO. Y cuando yo le tuviera,
por ser mujer, se le diera.
¿Viene sola?

MESONERO. Sola viene.

INDIANO. ¿Sola? ¿De qué calidad?

MESONERO. Pobre, y de brío, gallarda;
porque en un rocín de albarda,
el término perdonad,

como un soldado venia.

Ella propia se apeó;
le ató, y de comer le dió
con despejo y bizarría.

Volvila a mirar, y vi
que un arcabuz arrimaba.

INDIANO. ¿Que es tan brava?

MESONERO. Aunque es tan brava,
os aseguro, de mí,
que más su cara temiera
que su arcabuz.

INDIANO. ¿Habéis sido
galán?

MESONERO. Bien me han parecido;
ya pasó la primavera,
y estamos en el estío;
así los años se van.

INDIANO. ¿Qué traje trae?

MESONERO. Un gabán,
que cubre el traje, no el brío;
un sombrero razonable,
todo de poco valor.
Al fin parece, señor,
de buena suerte y afable,
menos aquel arcabuz.

$\frac{1}{2} \times 6 = 3$ $\frac{1}{2} \times 8 = 4$

1. The first step is to identify the problem or question that needs to be answered. This involves understanding the context and the specific information required.

Desde hoy soy criada vuestra:
y creed que soy criada
que os excusaré de muchas.
Mozo. Convertirse quiere en ama.
MARÍA. No habrá cosa que no sepa.
Mozo. Y yo salgo a la fianza:
que la buena habilidad
se le conoce en la cara.
INDIANO. Hanme dicho que en la corte
hay ocasiones que gastan
inútilmente la hacienda,
y yo querría guardarla,
que cuesta mucho adquirirla.
MARÍA. La familia es excusada
donde hay tanta confusión,
pues no le repara en nada.
Yo sola basto a serviros:
no habrá cosa que no haga,
de cuantas haciendas tiene
el gobierno de una casa.
INDIANO. Pues partamos, en comiendo,
y fiad de mí la paga.
MARÍA. ¡Ay, fortuna! ¿Dónde llevas
una mujer desdichada?
Pero no fueras fortuna,
a saber en lo que paras.

JORNADA SEGUNDA

(Salen DON JUAN y el CONDE.)

JUAN. Compiten con sus virtudes
sus gracias y perfecciones.
CONDE. ¿Que tantas persecuciones,
visitas, solicitudes,
celos, desvelos, requiebros
tengan por premio su olvido,
hasta verme convertido,
de Amadis, en Beltenebros!
¿No he visto tales aceros!
JUAN. Conde, no habéis de cansaros;
que el estado de estimaros
ya es principio de quereros.
CONDE. ¿A los principios me estoy,
al cabo de tres semanas!
¿Adónde, esperanzas vanas,
con este imposible voy?
JUAN. Todas son penas posibles,
pues que sin celos amáis.
CONDE. ¡Ay, ojos! Celos me daís,
aunque celos invisibles.

Quéjase de amor doña Ana,
y a mí no me tiene amor:
esto es celos, en rigor.
JUAN. ¿Por qué, si es sospecha vana?
CONDE. Es celos lo que imagino,
que no es celos lo que sé:
cosa que pienso que fué,
y que en mi daño adivino.

(Sale MARTÍN.)

MARTÍN. Por poco tuviera calma
la nave de tu deseo:
entro, y a doña Ana veo,
Venus de marfil con alma.
¿Cómo te podré pintar
de la suerte que la vi?
Cultas musas, dadme aquí
un ramo de blanco azabur
de las huertas de Valencia
o jardines de Sevilla.
Comience una zapatilla
de la Vera de Plasencia,
porque entremos por la basa
a esta columna de nieve,
argentado azul, pie breve,
que de tres puntos no pasa.
CONDE. ¿Tres puntos? Necio, repara..
MARTÍN. Pues lo digo, yo lo sé:
puntos son, que, de aquel pie,
los tomara por la cara.
JUAN. ¿Cómo lo viste?
MARTÍN. Un manteo
esta licencia me dió,
donde cuanto supo obró
la riqueza y el aseo.
Pero pidió los chapines,
porque mirarla me vió,
y entre las cintas metió
cinco pares de jazmines.
JUAN. De escarpines presumi,
según anda el algodón.
MARTÍN. Esos para gambas son:
que a cierta dama que vi
con cañafistolas tales,
que se pudiera, aunque bellas,
purgar su galán con ellas,
por drogas medicinales.
Pregunté si era importante
traer damas delicadas
las pantorrillas preñadas,
y, con risueño semblante,
me dijo: "No es gentileza;

... ..
... ..
... ..

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100. 101. 102. 103. 104. 105. 106. 107. 108. 109. 110. 111. 112. 113. 114. 115. 116. 117. 118. 119. 120. 121. 122. 123. 124. 125. 126. 127. 128. 129. 130. 131. 132. 133. 134. 135. 136. 137. 138. 139. 140. 141. 142. 143. 144. 145. 146. 147. 148. 149. 150. 151. 152. 153. 154. 155. 156. 157. 158. 159. 160. 161. 162. 163. 164. 165. 166. 167. 168. 169. 170. 171. 172. 173. 174. 175. 176. 177. 178. 179. 180. 181. 182. 183. 184. 185. 186. 187. 188. 189. 190. 191. 192. 193. 194. 195. 196. 197. 198. 199. 200. 201. 202. 203. 204. 205. 206. 207. 208. 209. 210. 211. 212. 213. 214. 215. 216. 217. 218. 219. 220. 221. 222. 223. 224. 225. 226. 227. 228. 229. 230. 231. 232. 233. 234. 235. 236. 237. 238. 239. 240. 241. 242. 243. 244. 245. 246. 247. 248. 249. 250. 251. 252. 253. 254. 255. 256. 257. 258. 259. 260. 261. 262. 263. 264. 265. 266. 267. 268. 269. 270. 271. 272. 273. 274. 275. 276. 277. 278. 279. 280. 281. 282. 283. 284. 285. 286. 287. 288. 289. 290. 291. 292. 293. 294. 295. 296. 297. 298. 299. 300. 301. 302. 303. 304. 305. 306. 307. 308. 309. 310. 311. 312. 313. 314. 315. 316. 317. 318. 319. 320. 321. 322. 323. 324. 325. 326. 327. 328. 329. 330. 331. 332. 333. 334. 335. 336. 337. 338. 339. 340. 341. 342. 343. 344. 345. 346. 347. 348. 349. 350. 351. 352. 353. 354. 355. 356. 357. 358. 359. 360. 361. 362. 363. 364. 365. 366. 367. 368. 369. 370. 371. 372. 373. 374. 375. 376. 377. 378. 379. 380. 381. 382. 383. 384. 385. 386. 387. 388. 389. 390. 391. 392. 393. 394. 395. 396. 397. 398. 399. 400. 401. 402. 403. 404. 405. 406. 407. 408. 409. 410. 411. 412. 413. 414. 415. 416. 417. 418. 419. 420. 421. 422. 423. 424. 425. 426. 427. 428. 429. 430. 431. 432. 433. 434. 435. 436. 437. 438. 439. 440. 441. 442. 443. 444. 445. 446. 447. 448. 449. 450. 451. 452. 453. 454. 455. 456. 457. 458. 459. 460. 461. 462. 463. 464. 465. 466. 467. 468. 469. 470. 471. 472. 473. 474. 475. 476. 477. 478. 479. 480. 481. 482. 483. 484. 485. 486. 487. 488. 489. 490. 491. 492. 493. 494. 495. 496. 497. 498. 499. 500. 501. 502. 503. 504. 505. 506. 507. 508. 509. 510. 511. 512. 513. 514. 515. 516. 517. 518. 519. 520. 521. 522. 523. 524. 525. 526. 527. 528. 529. 530. 531. 532. 533. 534. 535. 536. 537. 538. 539. 540. 541. 542. 543. 544. 545. 546. 547. 548. 549. 550. 551. 552. 553. 554. 555. 556. 557. 558. 559. 560. 561. 562. 563. 564. 565. 566. 567. 568. 569. 570. 571. 572. 573. 574. 575. 576. 577. 578. 579. 580. 581. 582. 583. 584. 585. 586. 587. 588. 589. 590. 591. 592. 593. 594. 595. 596. 597. 598. 599. 600. 601. 602. 603. 604. 605. 606. 607. 608. 609. 610. 611. 612. 613. 614. 615. 616. 617. 618. 619. 620. 621. 622. 623. 624. 625. 626. 627. 628. 629. 630. 631. 632. 633. 634. 635. 636. 637. 638. 639. 640. 641. 642. 643. 644. 645. 646. 647. 648. 649. 650. 651. 652. 653. 654. 655. 656. 657. 658. 659. 660. 661. 662. 663. 664. 665. 666. 667. 668. 669. 670. 671. 672. 673. 674. 675. 676. 677. 678. 679. 680. 681. 682. 683. 684. 685. 686. 687. 688. 689. 690. 691. 692. 693. 694. 695. 696. 697. 698. 699. 700. 701. 702. 703. 704. 705. 706. 707. 708. 709. 710. 711. 712. 713. 714. 715. 716. 717. 718. 719. 720. 721. 722. 723. 724. 725. 726. 727. 728. 729. 730. 731. 732. 733. 734. 735. 736. 737. 738. 739. 740. 741. 742. 743. 744. 745. 746. 747. 748. 749. 750. 751. 752. 753. 754. 755. 756. 757. 758. 759. 760. 761. 762. 763. 764. 765. 766. 767. 768. 769. 770. 771. 772. 773. 774. 775. 776. 777. 778. 779. 780. 781. 782. 783. 784. 785. 786. 787. 788. 789. 790. 791. 792. 793. 794. 795. 796. 797. 798. 799. 800. 801. 802. 803. 804. 805. 806. 807. 808. 809. 810. 811. 812. 813. 814. 815. 816. 817. 818. 819. 820. 821. 822. 823. 824. 825. 826. 827. 828. 829. 830. 831. 832. 833. 834. 835. 836. 837. 838. 839. 840.

... de ...
...
...

1. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 2. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 3. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 4. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 5. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 6. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 7. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 8. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 9. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$ 10. $\frac{1}{2} \log \frac{1}{2}$

[illegible]

Table 4. Estimated per capita need for protein and energy

JUAN. Levantó la pluma el vuelo.
 ANA. Gran sujeto, a toda ley.
 JUAN. ¡Qué bien pinta a nuestro rey!
 ANA. Mejor le ha pintado el cielo.
 MARTÍN. ¡Gran soneto!
 CONDE. No le he dado,

porque no estoy del contento.
 Decid vos.

ANA. ;Qué atrevimiento,
 donde vos habéis hablado!

JUAN. Escuchad tales excusas.

ANA. Más que os ha de causar risa.

CONDE. Hablad, divina poetisa.

MARTÍN. Silencio, que hablan las musas.

ANA.

Amaba Filis a quien no la amaba,
 y a quien la amaba, ingrata, aborrecía;
 hablaba a quien jamás la respondía,
 sin responder jamás a quien la hablaba.

Seguía a quien, huyendo, la dejaba;
 dejaba a quien, amando, la seguía;
 por quien la despreciaba, se perdía,
 y al perdido por ella, despreciaba.

Concierta amor, si ya posible fuere,
 desigualdad que tu poder infama;
 muera quien vive, y vivirá quien muere.

Da hielo a hielo, amor, y llama a llama,
 porque pueda querer a quien la quiere
 y pueda aborrecer a quien desama.

CONDE. Vos os podéis alabar,
 que nadie puede, señora.

ANA. ;Hablará don Juan agora?

JUAN. Dejádmele imaginar.

Una moza de cántaro y del río,
 más limpia que la plata que en él lleva,
 recién herrada de chinela nueva,
 honor del devantal, reina del brío;

con manos de marfil, con señorío,
 que no hay tan gran señor que se le atreva,
 pues donde lava, dice amor que nieva,
 es alma ilustre al pensamiento mío.

Por estrella, por fe, por accidente,
 viéndola henchir el cántaro en despojos,
 vendí la vida al brazo transparente.

Y, envidiosos del agua mis enojos,
 dije: ¿Por qué la coges de la fuente,
 si la tienes más cerca de mis ojos?

ANA. Malos versos.

JUAN. No sé más.

ANA. ¿Un caballero discreto
 escribe a tan vil sujeto?
 No lo creyera jamás.

CONDE. Tiene doña Ana razón.
 JUAN. Si hubiérades visto el brío
 del nuevo sujeto mío,
 la hermosura y discreción,
 dijérades que tenía
 tanta razón de querer,
 que no supe encarecer
 lo menos que merecía.

ANA. Si es disfrazar vuestra dama,
 como suelen los poetas,
 por tratar cosas secretas,
 sin ofensa de su fama,

está bien; pero, si no,
 bajo pensamiento ha sido.

JUAN. Ninguna cosa he fingido,
 ni tengo la culpa yo;

porque no lejos de aquí
 vive la hermosa Isabel,
 por quien el amor cruel
 hace estos lances en mí.

Sirve un indiano que viene
 a la corte a pretender.
 No sé qué puede querer
 quien tanta riqueza tiene.

ANA. ¿A tal sujeto, tal fe?

JUAN. La que me ha muerto y rendido,
 moza de cántaro ha sido,
 moza de cántaro fué.

En él, este amor bebí,
 todo me abrasó con él;
 ella fué sirena, y él,
 mar en el que me perdí.

Con él, veneno me ha dado,
 con él me mató.

ANA. Si fuera
 Martín quien eso dijera,
 estuviera disculpado.

Pero un caballero, un hombre
 como vos...

JUAN. No es elección
 amor; diferentes son
 los efectos de su nombre.

Es, desde el cabello al pie,
 tan bizarra y aliñosa,
 que no es tan limpia la rosa,
 por más que al alba lo esté.

Tiene un grave señorío,
 en medio desta humildad,
 que aumenta su honestidad
 y no deshace su brío.

No te precies de cruel,
mamieta carmesi,
ni por el color turquí,
bárbara violeta, ignores
tu fin, contemplando, flores,
"que ayer maravilla fui".

De esta loca bizarria
quedaréis desengañadas
cuando con manos heladas
os viere la noche fría.
Maravilla ser solía,
pero ya lástima doy:
que de extremo a extremo voy
y desde ser a no ser,
pues sol me llamaba ayer
"y hoy sombra mía aun no soy".

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Dicha he tenido, por Dios,
Isabel, ¿adónde bueno?

MARÍA. ¿Adónde bueno, Isabel?
Adonde hallase el requiebro.
¿Pensáis que no tengo yo
mi poco de entendimiento?

JUAN. Bien conozco que no ignoras:
tanto, que a veces sospecho
que finges lo que no entiendes.

MARÍA. Lo que no quiero no entiendo.
Pero a la fe que me admira
que un caballero tan cuerdo
y tan galán como vos
humille sus pensamientos
a una mujer como yo.
¿Sois pobre?

JUAN. Pues ¿a qué efeto
me preguntáis si soy pobre?

MARÍA. Porque si os falta dinero
para pretensiones altas,
no tengo por mal acuerdo
requiebrar lo que a la cuenta
del entendimiento vuestro
os costará zapatillas,
ligas, medias y un sombrero
para el río, con su banda,
avantal de lienzo grueso,
chinelas, ya sin virillas,
que solía en otro tiempo
en los pies de las mujeres
la plata barrer el suelo.
Castañetas, cintas, tocas,
que para últimos empleos
de las damas, fondo en ángel,
no hay plata en el alto cerro

del Potosí, perlas ni oro
en los orientales reinos.

JUAN. Mas pienso que os costarían
las randas de un telarejo
que una legión de fregonas.

No juzgaras mis deseos
por el camino que dices
si te dijera el espejo
el despejo de su talie.

MARÍA. ¿Espejo y despejo? Bueno.
Ya con cuidado me habláis,
porque, en efeto, os pareceo
mujer que os puede entender;
pues yo os prometo que puedo.
Pero el estar enseñada
a oír vocablos groseros
de un indiano miserable:

"ve por esto, vuelve presto,
esto guisa, aquello deja,
¿limpiaste aquél ferruñelo?,
ve por nieve, trae carbón,

esto está sin sal, aquello
sin agrio, llama a este esclavo,
esto lava, y dame un lienzo.
¿Cómo gastas tanta azúcar?

Para madrugar me acuesto:
despiértame de mañana,
pon la mesa, luego vuelvo"
y otras cosas de este porte
me han quitado el sentimiento
de otras razones más grandes,
no porque no las entiendo.
En efeto, ¿qué queréis?

JUAN. Que me quieras, en efeto.

MARÍA. Bien aforrada razón,
y bien dicha para presto.
Bien digo yo que pensáis
que a mi corto entendimiento
importan resoluciones,
atajos y no rodeos.

Pues levanta el lenguaje,
que, como dicen los negros,
el ánima tengo blanca,
aunque mal vestido el cuerpo.
Habladme como quien sois.

JUAN. Yo, Isabel, así lo creo,
porque pensando en un oficio
tal vez el respeto pierdo,
pero en mirando a tu cara
vuelvo a tenerle respeto.
Mas no te debe enojar
que te diga mi deseo,
que sólo son por el fin

la fuerza del aire el fuego.

Mas como él me quiere a mí,
no más de para querer.
¿qué pierdo en corresponder?

LEONOR.

Mucho.

MARÍA.

¿Cómo?

LEONOR.

Mucho.

MARÍA.

Di.

LEONOR.

Adora mi ama en él.

MARÍA.

¿Quién te lo ha dicho?

LEONOR.

Luisa,

y que solicita aprisa
su casamiento, Isabel.

Por eso, si no envidaste,
descarta, y quédate en dos.
¿Sábeslo bien?

MARÍA.

LEONOR.

Sí por Dios.

MARÍA.

Tarde, Leonor, me avisaste.

No porque pueda alabarse
del más mínimo favor,
sino por tenerle amor,
que no es fácil de olvidarse.

Necia fui en imaginar
que un don Juan tan entonado
para mí estaba guardado.

LEONOR.

Un hombre te quiero dar,
compañero de otro mío,

bravo, pero no cruel,
que puede ser, Isabel,
de cuantas profesan brío.

No pone codo en la puente
hombre de tales aceros,
ni han visto los lavaderos
más alentado valiente.

Ama en tu misma región.

¿Quién te mete con don Juanes?

MARÍA.

¿Tu ama trata en galanes?

LEONOR.

De honesta conversación
de un Conde que la visita
le nacieron los antojos.

MARÍA.

¿Quién la ve tan bajo de ojos
a la señora viudita!

LEONOR.

Hermana, envidió la dos meses.

Viénele grande la cama.

MARÍA.

Y en fin, ¿le quiere tu ama?

LEONOR.

Como si juntos los vieses.

MARÍA.

Ve por el cántaro y vamos
al prado.

LEONOR.

A Pedro verás,
que se quedan siempre atrás
él y Martín de sus amos.

(Vase.)

MARÍA.

A mis grandes desconsuelos
sólo faltaba este amor,
a este amor este rigor,
a este rigor estos celos.
No me bastaba tener,
para no ser conocida,
este género de vida,
sino a quien quiere, querer.

Pero ¿andaré en competencias?
Moza de cántaro, en fin,
cristalino serafín,
con vos será impertinencia.

Mejor es ser lo que soy,
pues que no soy lo que fui.
“Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy.”

(Vase; salen MARTÍN y PEDRO, lacayos.)

PEDRO.

¿Y que tiene tan buen talle?

MARTÍN.

Esto me dijo Leonor,
y que es la moza mejor
que tiene toda la calle.

Es una perla, un asombro,
rinden parias a su brío
cuantas llevan ropa al río
y llevan cántaro en hombro.

Es mujer que éste don Juan,
primo del Conde, mi dueño,
pierde por hablarla el sueño,
desmayos de amor le dan.

De la suerte la pasea
que a la dama de más partes;
pero en estos Durandartes
poco el pensamiento emplea.

De noche la viene a ver,
y anda el pobre caballero
de su cántaro escudero,
sin dormir y sin comer.

Sirve a un caballero indiano
tan cuitado, que consiente
que vaya y venga a la fuente,
puesto que le culpo en vano;

porque pienso que ella gusta
de salir, por ver y hablar,
que a mozas deste lugar
mucho el salir no disgusta,
a jabonar y a lavar
a los pilares al río.

PEDRO.

En fin, ¿es moza de brío
y que puede descuidar
de camisas y valonas
a un hombre de mi talante?

Voto a tus ojos serenos,
Isabel, porque te asombres,
que me mate con mil hombres
y esto será lo de menos.

Ablándate, serafín.

MARÍA. Déjeme, no me zabuque.

PEDRO. Aquí en la esquina del Duque
hay turrón. Vamos, Martín.

MARTÍN. Vamos y gasta, que luego
estará como algodón.

PEDRO. Sí, mas coz y mordiscón;
parece rocín gallego.

(*Vanse.*)

ANA. Quedo, no os pongáis delante,
que ya he visto por las señas
que es aquella vuestra dama.

JUAN. Pues Leonor viene con ella.
¿quién duda que es Isabel,
fuera de que no tuviera
ninguna aquel talle y brío?

ANA. Disculpa tiene en quererla
el señor don Juan.

JUANA. La moza
en otro traje pudiera
hacer a cualquiera dama
pesadumbre y competencia.

JUAN. ¿Es todo por darme vaya?

ANA. Quisiera verla más cerca.
Dígame vuesa merced
que está aquí una dama enferma
que se le antoja beber
por la cantarilla nueva,
que no oír de mala gana.

JUAN. Sólo por servirlos fuera.

MARÍA. ¡Ay, Leonor!

LEONOR. ¿Qué?

MARÍA. Tu señora

y aquél, mi galán, con ella.

LEONOR. Parece que te has turbado.

MARÍA. Por poco se me cayera
el cántaro de las manos.

JUAN. Aquella señora os ruega
que la deis un poco de agua.

MARÍA. De buena gana la diera
a ella el agua, y a vos
con el cántaro.

JUAN. No seas
necia.

MARÍA. Llevadse la vos,
y de vuestra mano beba.

JUAN. Mirá que en público estamos.

y las mujeres discretas
no hacen cosas indignas.
Iré, porque nadie entienda
que me da celos a mí.

MARÍA. Vuesa merced beba, y crea
que quisiera que este barro
fuera cristal de Venecia;
pero serálo en tocando
esa manos y esas perlas.

ANA. Beberé, porque he caído.

MARÍA. Si el agua el susto sosiega,
beba, que todos caeremos,
si no en el daño, en la cuenta.
Yo he bebido.

ANA. Y yo también.

MARÍA. Yo pesares.

ANA. Yo sospechas.

MARÍA. ¿Qué caliente!

MARÍA. Vuestra manos
de nieve servir pudieran.
Haz que llegue el coche.

ANA. ¡Ah, Hernando!

ANA. Buena moza.

MARÍA. Buena sea
su vida. ¿No la acompaña.
mal galán? ¿Así se queda?

JUAN. A darte satisfacciones.

MARÍA. Estoy yo tan satisfecha,

que será gastar palabras.

JUAN. Mira, Isabel, que esto es fuerza,
y que hier sabe Leonor,
dejo aparte mi fineza,

que el Conde sirve a doña Ana.

MARÍA. Cántaro, tened paciencia.

Vais y venis a la fuente:
quien va y viene siempre a ella,
¿de qué se espanta si el asa
o la frente se le quiebra?

Sois barro: no hay que fiar:
mas ¿quién, cántaro, os dijera
que no os volviéades plata
en tal boca, en tales perlas?

Pero lo que es barro humilde
en fin por barro se queda.
No volváis más a la fuente;
de que estoy segura y cierta
que no es bien que vos hagáis
a los coches competencia.

JUAN. ¿Qué dices? Mira, Isabel,
que sin culpa me condenas.

MARÍA. Yo con mi cántaro hablo.
Si es mito, ¿de qué se queja?
Váyase vuesa merced.

M'arrivait, et, à l'heure où je me
 promenais dans le jardin, il y avait
 un grand silence, et, dans la
 chambre, tout était en ordre.
 Les fleurs commencent à pousser.
 Les oiseaux commencent à chanter.
 Les enfants commencent à jouer.
 Les vieillards commencent à mourir.
 Les amoureux commencent à se
 séparer.

[illegible]

There was

MARTÍN. Con el cántaro le ha dado.
 BERNAL. Lavado, Lorenzo, vas.
 LORENZO. ¿Esto se puede sufrir?
 PEDRO. Llévale a curar, Bernal.
 LORENZO. ¡Vive Cristo, que la tal!...

Adiós, salen.

MARTÍN. No lo acabes de decir.
 PEDRO. No queda lacayo en ser
 donde esta mujer está.
 MARTÍN. ¡Bravas bofetadas da!
 PEDRO. Dos mozas azotó ayer.
 BERNAL. ¿Ea, ea, que no es nada!
 MARÍA. ¡Picaro! ¿Pellizco a mí?
 ¿Fuera digo!
 LEONOR. ¿Estás en tí?
 LORENZO. ¿A mí. Isabel, cantarada?
 ¿Voto al hijo de la mar!
 MARÍA. Llegue el lacayo gallina.
 PEDRO. Daga trae en la pretina.
 MARÍA. Y aun enseñada a matar.
 Llegue el barbado, y dáréle
 dos mohadas a la usanza
 de mi tierra, por la panza,
 y hará el puñal lo que suele.
 LORENZO. Mataréla.

PEDRO. Estoy aquí
 a pagar de mi dinero.
 LORENZO. Pues con él haberlas quiero,
 aunque es mujer para mí.
 PEDRO. Miente.
 LORENZO. Véngase conmigo.

Íanse los lacayos y quedar solas Doña MARÍA y LEONOR.

LEONOR. ¡Buenos van, desafiados!
 MARÍA. ¡Qué diferentes cuidados
 me da, Leonor, mi enemigo!
 LEONOR. ¿No le has visto más?
 MARÍA. Ayer.
 LEONOR. Alegre quisiera hallarte,
 porque te alcanzara parte
 de mi contento y placer.
 Ya Martín se determina,
 y nos queremos casar.
 Mira que nos has de honrar
 y que has de ser la madrina.
 MARÍA. Estoy desacomodada
 del indiano, que si no
 yo lo hiciera. Aquí me dió
 su casa una amiga honrada,
 donde de prestado estoy.
 LEONOR. Mi señora te dará

vestidos. Vamos allá,
 que pienso que ha de ser hoy.
 MARÍA. Tendré vergüenza de vella.
 LEONOR. Anda, que te quiere bien,
 y sé que tiene también
 gusto de que hables con ella.
 MARÍA. Vamos, y de aquí a tu casa
 te diré lo que pasó
 en el río.
 LEONOR. No fui yo;
 que mujer que ya se casa
 ha de mostrar más recato
 del que solía tener.
 MARÍA. Es achaque, voy por ver
 aquel caballero ingrato.

Fuimos Teresa, Juana y Catalina
 el sábado, Leonor, a Manzanares;
 si bien yo melancólica y mohina
 de darme este don Juan tantos pesares.
 De tu dueño las partes imagina:
 que cuando en su valor, Leonor, repares,
 presumirás que no me he vuelto loca,
 que soy muy necia, o mi afición es poca.
 Tomé el jabón con tanto desvario
 para lavar de un bárbaro despojos,
 que hasta los paños me llevaba el río,
 mayor con la creciente de mis ojos.
 Cantaban otras con alegre brío,
 y yo, Leonor, lloraba mis enojos,
 lavaba con lo mismo que lloraba,
 y el aire de suspiros lo enjugaba.

Bajaba el sol al agua transparente,
 y el claro rostro en púrpura bañado:
 las nubes ilustraba el occidente
 de aquel vario color tornasolado,
 cuando, despierta ya del accidente,
 salió la ropa de uno y otro lado,
 y viendo los extremos la torcimos
 y a entapizar los tendedores fuimos.
 Quedando, pues, por los menudos ganchos
 las camisas y sábanas rendidas,
 salieron cuatro mozas de sus ranchos,
 en toda la ribera conocidas.
 Luego, de angostos pies y de hombros anchos,
 bigotes altos, perdonando vidas,
 cuatro mozos. No hablé; que fuera mengua
 estando triste el alma, hablar la lengua.
 Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento
 que con cuadrada forma en poco pino
 despide alegre cuanto humilde acento,
 cubierto de templado pergamino,
 a cuyo son, que retumbaba el viento,

JUANA. Cierto que te tengo amor.
Es el servicio mejor
y la más limpia mujer
de cuantas andan aquí.
Ruégala que esté contigo.

ANA. ¿No querrás estar conmigo,
Isabel?

MARÍA. Señora, sí.

ANA. ¿Qué sabes hacer?

MARÍA. Lavar,
masar, cocer y traer
agua.

ANA. ¿No sabrás coser?

MARÍA. Bien sé coser y labrar.

ANA. Pues esto será mejor.
Manto y tocas te daré.

MARÍA. Señora, yo no sabré
servir de dueña de honor.
Este es un hábito agora
de cierta desdicha mía
que vos sabréis algún día.

JUANA. Aquí está don Juan, señora.

JUAN. Siempre soy embajador:
el Conde os pide licencia,
y dice que de su ausencia
fué causa vuestro rigor.
Que tratáis tan mal su amor,
que ya toma por partido,
en la caza divertido,
solicitar a su daño
una manera de engaño
que a los dos parezca olvido.

A vos, excusando el veros,
y a él, señora, el cansaros:
pero no quiere engañaros:
ni olvidarse de quereros:
visitaros y ofenderos
es fuerza para servirlos.
esto me manda decirlos:
mirad si le dais licencia,
que le cuesta vuestra ausencia
cuantos instantes, suspiros.

ANA. Vos venís en ocasión
que os he hecho un gran servicio,
a lo menos es indicio
de esta mi loca pasión:
mirad en qué obligación
os pone el haber traído
a mi casa quien ha sido
lo que tanto habéis amado,
que os quiero ver obligado,
pues no puedo agradecido.
Volved los ojos, veréis

a Isabel, que viene aquí
no para servirme a mí,
sino a que vos la mandéis.
Que no quiero que os canséis
en buscarla en fuente o prado.
Mirad si estáis obligado
y cómo he sabido hacer
que vos me vengáis a ver,
no como hasta aquí, forzado.

JUAN. De vuestra queja os prometo
que es el Conde, mi señor,
la causa, cuyo valor
únicamente respeto;
porque ¿cuál hombre discreto
no conociera y amara
de vuestra belleza rara
la divina perfección,
y el discurso a la razón,
y a vos el alma negara?

Con esto, la puse en quien
la misma desigualdad
disculpe la voluntad
para no quereros bien;
mas no me pidáis que os den
gracias de haberla traído
mis ojos, que antes han sido
para no poderla ver,
pues testigo habéis de ser,
y yo menos atrevido.

(Salen el Conde y Martín)

CONDE. Tanto la licencia tarda,
que sin ella vengo a veros.

ANA. Conde, mi señor, disculpa
de ausencia de tanto tiempo.
Llega una silla, Isabel.

JUAN. Aquí me estaban riñendo
tu ausencia.

CONDE. Buena criada,
y nueva, que no me acuerdo
haberla visto otra vez.

ANA. Buena cara, gentil cuerpo
¿No es muy linda?

CONDE. Si, por Dios.

ANA. De que os agrade me huelgo:
que es ya dama de don Juan.

CONDE. Si es así el entendimiento,
disculpa tiene mi primo.
Verla más despacio quiero.
Pasad, señora, adelante.
¿De dónde sois?

MARÍA. No sé cierto

pues con la fe le mudaste
y con el alma, que es más.

Que desde que te la di,
de cántaro la tenía;
pues pienso que se decía
este proverbio por mí.

Nunca quisiste trocar
cuando yo lo deseaba
al hábito que te daba
el que ya quieres dejar.

Si cuando yo te rogué
hábito honrado tomaras,
la voluntad disculpas,
que baja en tus prendas fué.

Si el venir aquí son celos,
pensando que así me guardas,
son, Isabel, sonibras pardas
en ofensa de tus cielos.

¿Qué guarda de más valor.
Isabel, que tu hermosura,
si ella misma te asegura
que merece tanto amor?

Vive Dios, que te he querido
y te quiero y te querré
con tanta firmeza y fe
que vive mi amor corrido
de no vencer tu rigor,
siendo tú tan desigual.

MARÍA. Quien siente bien, no habla mal,
que para tener valor
para poder igualaros,
aunque de vuestro apellido
príncipes haya tenido
Italia y Francia tan raros.
sóbrame a mí el ser mujer:
pero si de vuestro engaño
a los dos resulta daño,
desengaño habrá de ser.

No estoy contenta de estar
donde con hacer mudanza
del hábito mi esperanza
aspire a mejor lugar.

Ni menos estoy celosa,
ni os guardo, aunque os he querido,
que en este humilde vestido
hay un alma generosa
tan soberbia y arrogante,
que el cántaro que dejé
un cielo en mis hombros fué
como el que sustenta Atlante.

Yo os quiero bien, aunque soy
de naturaleza esquiva;
pero hay otro amor que priva,

por quien os dejo y me voy.

No os dé pena, que os prometo
que no hay nieve tan helada:
pero he nacido obligada
a su amor y a su respeto.

No puedo hacer más por vos
que decir que os he querido:
en fe de lo cual os pido,
y del amor de los dos,

que una cosa hagáis por mí.

JUAN. ¿Cómo ausentarte, mi bien?

¿Después de tanto desdén,
esto merezco de ti?

MARÍA. No excuso, aunque lo sintáis,
este camino.

JUAN. Isabel.

¿qué dices?

MARÍA. Que para él
esta joya me vendáis.

Diamantes son; claro está
que justa sospecha diera
si a vender diamantes fuera
mujer que a la fuente va:

que con lo que ella valiere
podré a mi casa llegar.

JUAN. Cuando pensaba esperar,
quiere amor que desespere.

¡Notable desdicha mía!

¡Tristes nuevas! ¿Quién amó
con la fortuna que yo?

Mas ¿quién, si no yo, podía?

Tened la joya y la mano,
que entrambas diamantes son,
si es la mina un corazón
tan firme como tirano.

Que, cuando forzosa sea
vuestra partida, no soy
hombre tan vil.

MARÍA. Si no os doy
la joya, don Juan, no crea
vuestro pecho liberal
obligarme con dinero;

que, pues de vos no lo quiero,
bien creeréis que me está mal.

¡Oh, qué habéis imaginado
de cosas, después que visteis
la joya! Aunque no tuvisteis
culpa de haberlas pensado,

pues yo os he dado ocasión.

JUAN. Cuando yo, Isabel, pensara
tal bajeza, imaginara
prendas que más altas son,

de las que tenéis, bastantes

Yo sé que, si me casara,
padrino os hiciera a vos.

MARTÍN. Yo no pude más, ¡por Dios!

PEDRO. ¿Pedro también no la honrara?
¿No tengo cueras y sayos,
capas, calzas, que por yerro
quedaron en su destierro
vinculadas en lacayos?

Pues, por el agua de Dios,
aunque poca me ha cabido,
que yo soy tan bien nacido.

MARTÍN. ¿Quién pudiera, como vos,
honrarme con Isabel?

PEDRO. ¿Hay hidalgo en Mondoñedo
que pueda, como yo puedo,
volver la silla al dosel?

MARTÍN. Dejad el enojo ya,
y, pues que sois entendido,
decidme si acierto ha sido
casarme.

PEDRO. Pues claro está:
que es muy honrada Leonor,
aunque pide más caudal
la talega de la sal,
que anda el tiempo alrededor.

Mas, queriendo el Conde bien
a doña Ana, por Leonor
os hará siempre favor,
y ella ayudará también
de su parte vuestra casa.

MARTÍN. Pues con eso pasaremos.

PEDRO. ¿Quién queréis que convidemos?
No lo excusa quien se casa.

A Rodríguez, lo primero;
a Galindo y a Butrón,
a Lorenzo y a Ramón,
y a Pierres, buen compañero.

Haced llevar un menudo,
que no hay hueso que dejar.

MARTÍN. Eso es darles de cenar.

PEDRO. En esta ocasión, no dudo
de que tendrán los señores
arriba gran colación.

MARTÍN. Por allá, conservas son
y confites de colores.

Lobos de marca mayor
tendremos en cantidad.

PEDRO. Por eso es enfermedad
que no ha menester doctor.

(Vase; salen DOÑA ANA y DON JUAN.)

JUAN. Yo pienso que es condición,

y no amor, vuestra porfía.
ANA. ¿Y quién sin amor podía
sufrir tanta sinrazón?

J. AN. No es sin razón la ocasión
que me fuerza a no querer
lo que del Conde ha de ser.

(Sale el CONDE, y dice a los dos que le llaman.)

CONDE. Necios celos me han traído
de un deudo, amigo fingido,
y de una ingrata mujer.

JUAN. Cuando no os quisiera bien
el Conde, mil almas fueran
las que estos ojos os dieran.

ANA. ¡Oh, mal haya el Conde, amen!

CONDE. ¡Don Juan la muestra desdén,
y ella a don Juan solicita!

ANA. ¿Con oro en mármol escrita
tiene el amor una ley
que, como absoluto rey,
no hay traición que no permita?

Demás que esto no es traición;
que nunca yo quise al Conde.

CONDE. En lo que agora responde
conoceré su intención.

JUAN. Ninguna loca afición
que se haya visto ni escrito
ha disculpado el delito
del amigo; que el valor
es resistir al amor
y vencer al apetito.

Que yo con vos me casara
es sin dnda, si pudiera.

ANA. ¿Y si el Conde lo quisiera,
y aun él mismo os lo mandara?

JUAN. Entonces es cosa clara;
mas cierta podéis estar
que no me lo ha de mandar.
Y así, me voy; que no quiero
dar a tan gran caballero
ni sospecha, ni pesar.

(Quiérase ir, y sale el CONDE, y dice a los dos.)

CONDE. Detente.

JUAN. Si habéis oído
lo que ya sospecho, aquí,
pienso que estaréis de mí
seguro y agradecido.

CONDE. Todo lo tengo entendido;
y si, por quereros bien,
trato mi amor con desdén,
doña Ana no ha sido culpa,
porque sois vos la disculpa.

incapaz de resistencia.
Yo no soy mármol, si bien
no soy yo quien me gobierna,
que obedecen a Isabel
mis sentidos y potencias.
Cuando esto en público digo,
no quiero que nadie pueda
contradecirme el casarme.
Pues hoy me caso con ella.
Sed testigos que le doy
la mano.

CONDE. ¿Qué furia es ésta?

ANA. ¡Loco se ha vuelto don Juan!

CONDE. ¡Vive Dios, que si es de veras,
que antes os quite la vida
que permitir tal bajeza!

¡Hola, criados! ¡Echad
esta mujer hechicera
por un corredor, matadla!

JUAN. ¡Ninguno, infame, se atreva,
que le daré de estocadas!

CONDE. ¿Un hombre de vuestras prendas
quiere infamar su linaje?

JUAN. ¡Ay, Dios, su bajeza es cierta!
Pues calla en esta ocasión,
ya no es posible que pueda

ser más de lo que parece.

CONDE. ¿Con cien mil ducados deja
un hombre loco mujer
que me casara con ella

si amor me hubiera tenido?

MARÍA. Quedo, Conde; que me pesa
de que me déis ocasión
de hablar.

JUAN.

¡Ay, Dios! ¿si ya llega
algún desengaño mío?

MARÍA. No está la boda tan hecha
como os parece, señor;
porque falta que yo quiera.
Para igualar a don Juan
¿bastaba ser vuestra deuda
y del duque de Medina?

CONDE. Bastaba, si verdad fuera.

MARÍA. ¿Quién fué la dama de Ronda
que mató, por la defensa
de su padre, un caballero,
cuyo perdón se concierta
por vos, y que vos buscáis?

CONDE. Doña María, a quien deben
respeto cuantas historias
y hechos de mujeres cuentan.

MARÍA. Pues yo soy doña María;
que, por andar encubierta...

JUAN. No prosigas relaciones;
porque son personas necias,
que, en noche de desposados,
hasta las doce se quedan.

Dame tu mano y tus brazos.

MARTÍN. Leonor, a obscuras nos dejan;
los padrinos son los novios.

ANA. Justo será que lo sean
el Conde y doña Ana.

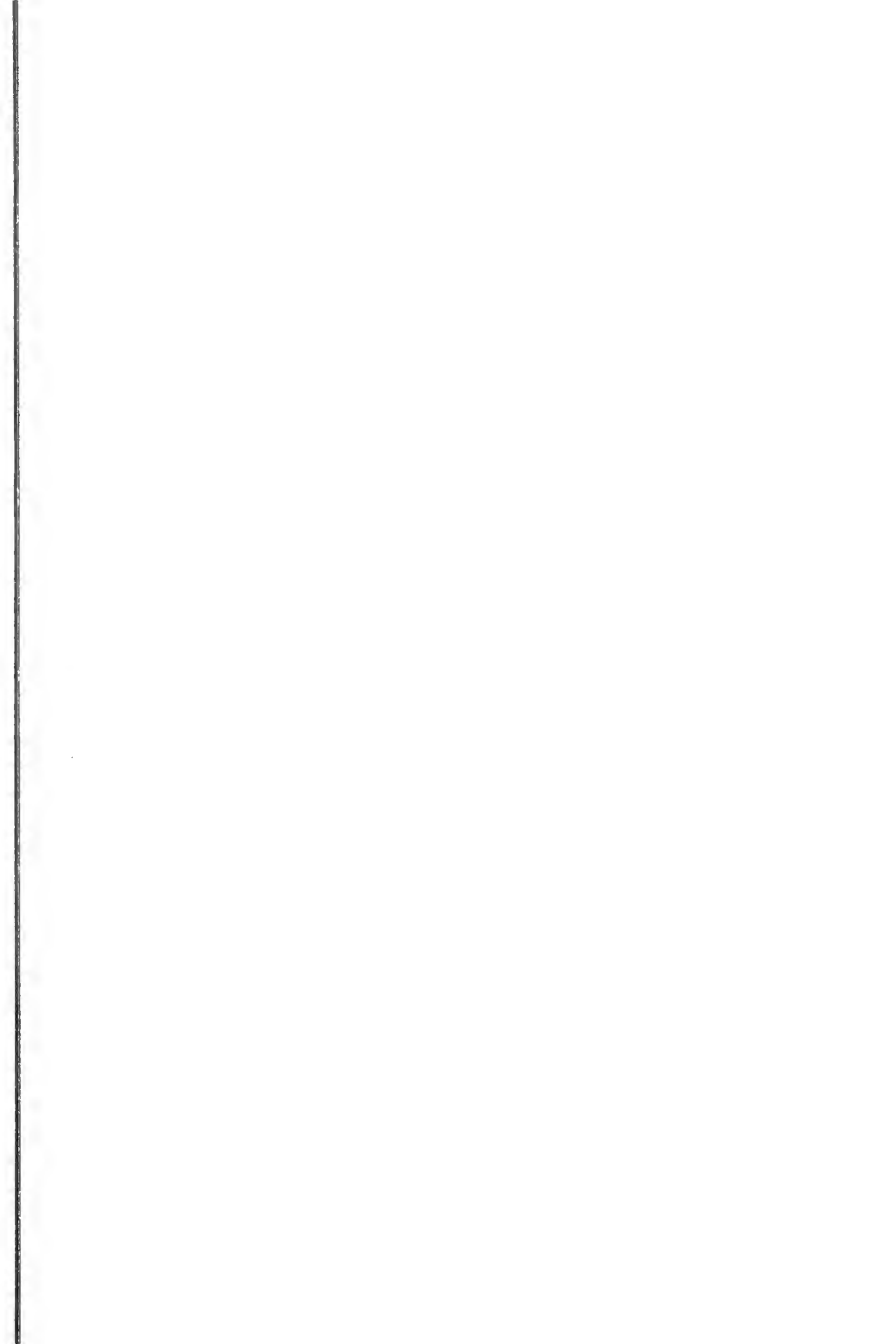
CONDE. Aquí

puso fin a la comedia
quien, si perdiera este pleito,
apela a *Mil y quinientas*:
mil y quinientas ha escrito;
bien es que perdón merezca.

ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

| PÁG. | COL. | LÍNEA | DICE | LÉASE |
|------|------|------------|---|--------------------|
| 4 | 1 | 17 | vienes! | viene! |
| 22 | 1 | 44 | Verso largo. Hartzenbusch suprimió el "yo". | |
| 24 | 2 | 4 | riamos; | ya más; |
| 30 | 2 | 39 | lado amanecer | lado todo amanecer |
| 31 | 1 | 40 | dará | dirá |
| 37 | 2 | 8 | se recela: | te recela: |
| 38 | 1 | última. | mis | mil |
| 39 | 2 | 13 | junta | juntan |
| 63 | 2 | 14 | caballero? | caballero! |
| 66 | 1 | 16 | disimulado, bien | disimulado bien, |
| 67 | 1 | 32 | licencia; | licencia. |
| 67 | 1 | 33 | estarás | Estarás |
| 71 | 2 | 24 | ¡Buen talle! | ¡Buen talle? |
| 75 | 2 | 34 | cadalso. | cadalso. |
| 82 | 2 | 5 | vasallan | vasallos |
| 91 | 1 | 38 | El mar | La mar |
| 137 | 1 | 7 | comer | comen |
| 140 | 1 | 1 | más tiene | nos tiene |
| 151 | 2 | 40 | oro. Alejandro | oro a Alejandro. |
| 155 | 1 | 30 | Abido. | Abidos. |
| 156 | 1 | 35 | "si". | "vi". |
| 167 | 1 | 9 | lo que pueda | lo pueda |
| 185 | 2 | 14 | y que te adoro. | y que te doro. |
| 192 | 1 | 38 | que el sol | que al sol |
| 194 | 1 | 16 | pederla. | perderla. |
| 201 | 2 | 41 | ha distancia. | hay distancia. |
| 209 | 2 | 30 | faltar la | saltar la |
| 211 | 1 | 48 | que puede: | quien puede: |
| 213 | 1 | 18 | paños | pasos |
| 218 | 1 | 1 | saco | jaco |
| 248 | 2 | 35 | ha | a |
| 252 | 1 | 27 | Este verso deberá leerse así:
que vas abriendo puerta a mi desco | |
| 252 | 2 | 28 | el amor y el | al amor el |
| 310 | 2 | 47 | calma | cama |
| 318 | 2 | 31 | en aceptar | en no aceptar |
| 322 | 2 | 35 | conocer | conoce |
| 335 | 1 | 45 | gente | tiempo |
| 354 | 2 | 25 | Muchos | Muchas |
| 364 | 1 | 26 | de aquel | del |
| 368 | 2 | 9 | quietarás | quietarás |
| 414 | 2 | 16 | año | amor |
| 417 | 1 | 3 | muchos tiempos | mucho tiempo |
| 428 | 1 | penúltima | Aragónes | Aragones |
| 447 | 1 | 5 | vos le | vos me |
| 463 | 1 | 8 | es de | es el |
| 476 | 2 | 8 | garrobillas | Garrobillas |
| 487 | 1 | anteúltima | Ísis | Ífis |
| 511 | 1 | 22 | alteran. | alteren. |
| 512 | 1 | 4 | no lo | no los |
| 530 | 2 | 33 | CARLOS. | CAMILO. |
| 530 | 2 | 36 | CAMILO. | CARLOS. |
| 557 | 2 | 37 | no pequeño. | rio pequeño. |
| 562 | 1 | penúltima | estado, | estrado, |
| 588 | 2 | 23 | yerro | hierro |

| | | LÍNEA | DE | LEASE |
|-----|---|---------------|---------------|-----------------------|
| 661 | 2 | 6 | captica | captica |
| 662 | 2 | 46 | la edad | la edad |
| 662 | 2 | 19 | la edad | la edad |
| 663 | 2 | 37 | Mucho | Mucho |
| 663 | 1 | 7 | Quien | Quien |
| 666 | 1 | 47 | Quien | Quien |
| 666 | 1 | 48 | Quien | Quien |
| 667 | 2 | 37 | Quien la ropa | Quien la ropa |
| 667 | 2 | 38 | viendo | viendo el sta co- |
| | | | | riendo, y parece evi- |
| | | | | dente |
| 668 | 1 | 21 | Quando | Quando |
| 668 | 1 | 36 | que deca | que deca |
| 670 | 1 | 3 | Quiera | Quieran |
| 671 | 2 | antepenultima | trato | trato |
| 673 | 1 | 25 | Quenta que | Quenta aver que |
| 674 | 1 | 38 | Quen y juegan | Quen juegan |



PQ
6438
A1
1916
t.1 3

✓
Vega Carpio, Lope Félix de
Obras. Nueva ed.

Erindale
College

